

José Moreno Villa

MEMORIA

Edición de
Juan Pérez de Ayala



EL COLEGIO DE MÉXICO / RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



serie
LITERATURA
DEL EXILIO
ESPAÑOL

José Moreno Villa

MEMORIA



Autorretrato, hacia 1927.

José Moreno Villa

MEMORIA

Edición de
Juan Pérez de Ayala

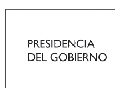


Este libro es una coedición de El Colegio de México y la Residencia de Estudiantes, fruto de la colaboración entre ambas instituciones para la coedición de obras relevantes en la historia intelectual de México y España y de sus relaciones.



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Su edición no hubiera sido posible sin la colaboración de:



La edición de este volumen forma parte del proyecto *Memoria de la Edad de Plata en la Sociedad del Conocimiento*, financiado por los Ministerios de Ciencia e Innovación; Educación; Industria, Turismo y Comercio; Cultura; y Asuntos Exteriores y Cooperación



Este libro es fruto de la estrecha relación entre la Residencia de Estudiantes y El Colegio de México, y forma parte de un proyecto conjunto para la publicación de las obras completas de José Moreno Villa, uno de los principales representantes de la Edad de Plata de la cultura española, cuya vida y cuya obra son, todavía hoy, relativamente poco conocidas, a pesar de encontrarse entre las más polifacéticas y originales de su época.

En 1998 se publicó el primer volumen de estas obras de José Moreno Villa con la recopilación de sus *Poesías completas*. Bajo el título de *Memoria*, este segundo tomo ofrece un compendio de los escritos autobiográficos del autor, cuya vida estuvo tan estrechamente ligada en su momento a las dos instituciones coeditoras: la Residencia de Estudiantes, en la que vivió durante casi veinte años, entre 1917 y 1936, y El Colegio de México, del que fue miembro desde su creación en 1940 hasta su muerte en 1955, además de haber sido uno de los fundadores, en 1938, de su antecesora, La Casa de España en México.

La publicación de este volumen forma parte del programa del centenario de la Residencia de Estudiantes, iniciado en 2010 y continuado en 2011, que ha dado y sigue dando como fruto la publicación de un conjunto de ediciones destinadas a ampliar y poner al día el conocimiento sobre la historia de la Residencia hasta 1936. Precisamente, en la autobiografía que abre este volumen, Moreno Villa escribió la primera narración que se conoce sobre la labor de la Residencia entre 1910 y 1936, reivindicando su legado intelectual y moral y el proyecto modernizador que la sustentaba. *Vida*

en claro es un libro que debería leer todo aquel que desee saber cómo era la España del primer tercio del siglo XX, además de uno de los relatos autobiográficos mejor escritos y más personales de la literatura contemporánea en español.

Poco después del comienzo de la guerra, en 1937, se inició para Moreno Villa un exilio que habría de ser definitivo. Con cincuenta años se vio forzado a abandonar su patria y a empezar una nueva vida en México, donde se estableció gracias a los buenos oficios de su amigo el embajador Genaro Estrada. Se reencontró entonces con Enrique Díez-Canedo, José Gaos, Jesús Bal y Gay, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados o Luis Cernuda, entre tantos otros, y siguió pintando, exponiendo, escribiendo, publicando y participando en las iniciativas de los intelectuales españoles afincados en México. Una vez allí, las circunstancias hicieron que sintiera la necesidad de recordar y contar lo que había vivido, especialmente a su único hijo, José Moreno Nieto, a quien dedicó *Vida en claro*, publicada en 1944. Pocos años más tarde, a partir de 1950, sus recuerdos autobiográficos se irían completando con la aparición, en los periódicos mexicanos *Novedades* y *El Nacional*, de una serie de artículos en los que, bajo el título común de «Memorias revueltas» o «Amistades mexicanas y extranjeras», Moreno Villa fue narrando sus experiencias en torno a varios aspectos de su vida.

El autor de la edición, Juan Pérez de Ayala, ha procurado rescatar, organizar y estructurar para este tomo todos los artículos de contenido autobiográfico que Moreno Villa publicó en la prensa mexicana entre 1937 y 1955, que aparecen por primera vez reunidos en un solo volumen. A ellos, Pérez de Ayala ha podido sumar, además, la transcripción de varios manuscritos que habían permanecido inéditos hasta la fecha, localizados, tal como se indica en las correspondientes notas a pie de página, entre los papeles del archivo de José Moreno Villa que se custodia en la Residencia de Estudiantes.

El archivo y la biblioteca de José Moreno Villa constituyen el primer legado personal que llegó a la actual Residencia de Estudiantes, donde fue depositado en 1990 por José Moreno Nieto. Los

manuscritos, cartas, dibujos y fotografías que integran este legado contienen tesoros en algún caso todavía desconocidos, como los diarios de viajes, memorias inconclusas, apuntes y notas que se reproducen en este tomo. Entre ellos cabría destacar los diarios y crónicas en los que Moreno Villa plasma los acontecimientos vividos por él durante la guerra civil española, escritos en octubre y noviembre de 1936.

Para ilustrar el libro se reproducen los dibujos realizados por el propio Moreno Villa que acompañaron la publicación de los artículos en México, así como una selección de fotografías personales y de sus obras pictóricas que tiene como fin ofrecer un breve recorrido en imágenes por la biografía del autor. Proceden en buena parte del archivo de la Residencia de Estudiantes y de la colección personal de José Moreno Nieto, pero también de otros archivos y colecciones particulares.

La Residencia de Estudiantes y El Colegio de México desean agradecer su ayuda y dedicación a todas las personas e instituciones que han hecho posible que este libro viera la luz. En primer lugar, a José Moreno Nieto, por su impulso y entusiasmo constantes, pero también por haber abierto —con la llegada de los papeles de su padre a la Residencia— un mundo tan rico de posibilidades para la investigación sobre Moreno Villa y sobre las personas e instituciones con las que estuvo vinculado a lo largo de su vida. Nuestro agradecimiento también a Juan Pérez de Ayala, que con la edición de este nuevo volumen de las obras completas ha mostrado una vez más su conocimiento sobre el mundo de la Residencia, pero sobre todo sobre este autor y su archivo, al que ha dedicado años de trabajo.

868.64
M8438j

Moreno Villa, José, 1887-1955.

José Moreno Villa : memoria / edición de Juan Pérez de Ayala. -- 1a ed. -- México, D. F. : El Colegio de México ; Madrid : Residencia de Estudiantes, 2011.

715 p. : il., retr., láms., fot. (algunas col.) ; 22 cm.

ISBN 978-607-462-337-6

Incluye bibliografía: p. 681-691 e índice

1. Moreno Villa, José, 1887-1955 -- Viajes. 2. Moreno Villa, José, 1887-1955 -- Diarios. 3. Moreno Villa, José, 1887-1955 -- Correspondencia. 4. Literatura española -- Siglo XX -- Miscelánea. I. Pérez de Ayala, Juan ed. II. Sobrino, Jaime, 1962-, coord.

Primera edición, 2011

DR © José Moreno Nieto

© José Pérez de Ayala

© El Colegio de México, A. C.

Camino al Ajusco, 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D. F.

www.colmex.mx

© Amigos de la Residencia de Estudiantes

Pinar 21-23

28006 Madrid

www.residencia.csic.es

Ilustración de cubierta: José Moreno Villa (detalle de uno de los dibujos incluidos en su cuaderno de notas del año 1938)

Diseño de interior: Montse Lago

Coordinación de la edición: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Fotomecánica: Cromotex

Impresión: Brizzolis, arte en gráficas

Encuadernación: Ramos

ISBN 978-607-462-337-6

Índice

15 INTRODUCCIÓN

Juan Pérez de Ayala

31 *Vida en claro. Autobiografía, 1944*

33	I. TOPOGRAFÍA DE LA CASA PATERNA
42	II. LA DINÁMICA DE AQUELLA CASA
51	III. DOSIS CAMPESTRE
59	IV. DOSIS MARINA
67	V. DE LA NIÑEZ A LA MOCEDAD
71	VI. POR EL MAR HASTA LA SELVA
81	VII. INTERMEDIO DE LAS FECHAS
82	VIII. DE LA MANO DE LAS MUSAS
98	IX. AUTORES Y TRAMOYISTAS DE LA HISTORIA DEL ARTE
104	X. EN PRESENCIA DE LA ETERNA JUVENTUD
120	XI. SEGUNDA VEZ LA MANTA A LA CABEZA
128	XII. SOLILOQUIO EN EL MAR
133	XIII. VUELTA AL RETIRO Y LA NUEVA GENERACIÓN
148	XIV. LOS CONTINUADORES DE APELES Y DE RIPAROGRAPHOS
157	XV. EN TIEMPOS DE LA REPÚBLICA
168	XVI. REPERCUSIÓN DE LAS CIRCUNSTANCIAS
183	XVII. LA HORA DE LA CATÁSTROFE
200	XVIII. VIDA EN VALENCIA
208	XIX. NUEVA YORK, WASHINGTON Y OTROS LUGARES
212	XX. EN MÉXICO
228	XXI. ATERRIZAJE Y DESPEGUE

243 *Textos complementarios a Vida en claro, 1906-1948*

245	LAS DOS CUERDAS
246	EL ESTUDIO DE LA QUÍMICA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS
250	(CÓMO FUE) EL CAMINO CON LAS MUSAS
257	LA RESIDENCIA
263	JIMÉNEZ, DON ALBERTO, ALBERTO

267 LA RAZÓN Y «LOS CUATROCIENTOS»

271 [NOTAS SOBRE FLORENCE]

274 BUSCA DEL CUARTO DESEADO

285 *Escritos sobre la guerra civil española,
noviembre de 1936-mayo de 1937*

287 NOTAS DESDE EL MADRID SITIADO
(MADRID, 30 DE OCTUBRE-21 DE NOVIEMBRE DE 1936)

300 LO VISTO

313 LA CONDUCTA Y LA REVOLUCIÓN

319 VALENCIA, PARÍS, FEBRERO DE 1937

321 WASHINGTON-ESTADOS UNIDOS, FEBRERO DE 1937

324 MEMORIA ESCRITA A WENCESLAO ROCES, 1937

327 UN MILICIANO DE LA CULTURA DE ESPAÑA SE ENCUENTRA EN MÉXICO

335 *Memorias revueltas, 1950-1952*

1950

337 MEMORIAS REVUELTAS

337 APRENDIZAJE ANÁRQUICO

341 MAGISTERIO DE LOS CRIADOS

345 LOS TIPOS ESTRAFALARIOS EN LA NIÑEZ

351 [A VECES ME PREGUNTO]

356 [AL METER HOY EL BIELDO]

1951-1952

362 EL MIRLO Y LA PUBERTAD

364 LA ENSEÑANZA DE LOS POBRES

367 LA ALCUBILLA Y LA HIGUERA

369 LOS JUGUETES Y LA HISTORIA

371 TOROS Y GALLOS BRAVOS

373 EL RIEGO Y LAS ALBERCAS

376 LA MARRULLERA

378 BARAJA DE PARIENTES

380 PRIMERAS NOCIONES DEL MUNDO

382 DE LAS PRIMERAS NOCIONES

385 LO IRREGULAR EN LA VIDA

387 EL VER Y EL NO VER

- 389 VERANEO DE TIERRA Y VERANEO DE MAR
391 ALCURNIA DEL PUEBLITO
393 AMANECER DE LA SEXUALIDAD
396 LA CALLE DE LOS SUSPIROS

399 *Amistades mexicanas y extranjeras, 1950-1952*

- 401 [YA VAN ACUMULANDO MEMORIAS]
406 [MI AMISTAD CON ALFONSO REYES]
411 [QUÉ GUSTO NO TENER QUE DEFINIR]
415 [RECUERDO A VALLE ARIZPE]
420 [LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD]
424 [HE DIBUJADO MUCHAS CABECITAS A PLUMA]
432 [ENTRE MIS AMISTADES]
439 AMIGOS REMEROS EN EL ESPACIO
444 MÁS REMEROS DE ALTITUDES
448 AMISTADES PERIÓDICAS Y FIJAS
452 [JUAN JOSÉ ARREOLA. JUVENTUD]
457 AMISTADES DE DISTINTAS LATITUDES Y CREDOS
460 REMEROS DE ALTURA. DEL LITORAL AL FONDO
465 IMPRONTAS Y MEDALLAS AMISTOSAS
468 [ACABA DE ÍRSELOS]

473 *Recuerdos y memorias, 1937-1955*

- 475 RECORDANDO AL AMIGO
479 EL AMIGO GENARO
483 RECUERDO DE FEDERICO GARCÍA LORCA, ANTONIO MACHADO
Y MIGUEL HERNÁNDEZ
484 EL NOMBRE HECHO HOMBRE
485 LA ORDEN DE TOLEDO
490 NI SOMBRERERO NI POETA
493 CARTA DEL MUNDO ANTIGUO
495 POETAS ATRAPADOS POR LA ACADEMIA
497 LAS CARTAS
499 UN RETRATO Y UN LIBRO DE LEÓN FELIPE
502 LOS HERMANOS GAOS

505	EL FERVOROSO VICENTE GAOS
508	EMPALME IMPOSIBLE
510	POE Y ANNABEL LEE
513	MÁLAGA EN EL ESTUDIO
525	ENTRE BALLETS RUSOS Y BAILES GITANOS, LA PINTURA DEL 16
529	EL ALMA Y EL DECANO DE LOS POETAS DE HABLA ESPAÑOLA
532	EL ALMA TIMPÁNICA
534	PEDRO SALINAS MUERE EN EL DESTIERRO
536	LA NOSTALGIA GASTRONÓMICA
538	EL AMIGO LUIS BUÑUEL
541	LOS RAMONES DE MI TIEMPO
544	AMERICANISMO Y MEXICANISMO DE VALLE-INCLÁN
547	LABOR PENETRANTE DE GUILLERMO DE TORRE
549	CHRISTOPHER Y LEÓN
552	LOS INGLESES Y NUESTRA LITERATURA
554	LIBRERÍAS, RESTAURANTES
557	FIRMEZA Y SONRISA DE SANTULLANO
560	MI SOBRINA TITA VALENCIA
562	CAÍDAS CON SUERTE
565	EL MAGNÍFICO RETRATO DE UNAMUNO
568	PELIGROSA CRISTALIZACIÓN
570	EL MADRID ABRAZADO
573	EL PORMENOR Y EL CONJUNTO
575	AMISTAD DESPEGADA Y FIEL
578	DOS AFLUENTES
580	MACABRO LEMA
583	AIRE EN GARCÍA LORCA. DESPLANTE EN FRANCISCA SÁNCHEZ
587	LOS AÑOS TIENEN SU MÚSICA
589	EL BOQUERÓN VIAJERO
591	FUMAR. NO FUMAR
594	LOS CELOS Y <i>ÉL</i>
597	ESTANCIA EN ASTURIAS
600	LOS ANTAGONISMOS
602	AMIGOS AQUÍ, DE PASO
604	IMPREVISTOS EN GUANAJUATO

606	UNA PLAZA EN MÁLAGA
609	LA MORERÍA DE MÁLAGA
612	RATOS CON PÍO BAROJA
615	LA ESCONDIDA SENDA
618	YA ESTO ES AQUELLO
620	EN MEMORIA (1.º DE NOVIEMBRE)
623	VOCABULARIO MALAGUEÑO
626	LA DESPENSA Y EL FIELATO
629	SEDUCCIÓN DE LA HISTORIA
631	LA SALUD RETIRADA
633	ELLA SE LLAMÓ MERCÉ
636	DETENCIÓN DEL TIEMPO

639 *Diarios y viajes, 1938-1949*

641	MÉXICO, FEBRERO-MARZO DE 1938
642	VIAJE A ACAPULCO, MARZO DE 1944
645	ACAPULCO, 18 ENERO DE 1946
649	TEPOZTLÁN, AGOSTO DE 1946
651	TEPOZTLÁN, FEBRERO DE 1949
653	VIAJE A CUBA, OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 1949

659 *Memorias inconclusas, apuntes y notas*

661	BURBUJA EN EL MAR O SÓLO BURBUJAS
668	[EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS]
670	EL MAGISTERIO DIFUSO
671	[DEBE MI MUSA]
673	[ORTEGA FUE PARA MÍ]
674	[HACE REÍR EL PUNTO DE MIRA]
675	[PARA LOS QUE PERDIMOS LA PATRIA ORIGINAL]
676	HOY CUMPLE TRECE AÑOS
677	[PARA UNOS CHICOS EL MUNDO]
678	[ENTRE LAS COSAS QUE NOS OCURREN]
679	EL FANTASMA DE CADA CUAL

681 *Bibliografía*

695 *Índice onomástico*

Introducción

Si la memoria supone un acto de reconocimiento de experiencias vividas de las cuales nos queda la enseñanza de lo aprendido, la imperiosidad de encarar este recuerdo se hará más presente en ciertas circunstancias personales.

Si la memoria supone, además, una necesidad de indagar en nuestro propio pasado para extraer las claves que permitan explicarnos lo vivido y, a la vez, reafirmarnos en el presente, estaremos intentando encontrar el sentido de lo que somos por medio del recuerdo de lo que nos ha hecho ser de una determinada forma.

Trabajar sobre nuestra memoria, enfrentarse a los recuerdos, ponerse a analizar las motivaciones personales o circunstanciales que hayan podido influir en la construcción de nuestra identidad viene provocado, siempre, por una situación que conduce a la reflexión, por un punto de inflexión en la vida que reclama introspección.

El ejercicio de la memoria será y se convertirá en un estado de ánimo, en un proceso de análisis de lo personal surgido de la necesidad de narrar la crónica de lo vivido. Se estará buscando la manera idónea que permita, mediante el engarce de los recuerdos, reflexionar sobre circunstancias y experiencias para poder llegar a conclusiones explicativas que nos resulten válidas.

Según sea la personalidad del individuo necesitado de explicarse a sí mismo, el método empleado en la forma de enfrentarse y de trabajar con la memoria será diferente. A veces la memoria nace de la nostalgia por lo perdido y, así, la infancia y los recuerdos de la niñez suelen provocar añoranzas y pedir un mayor protagonismo al cumplirse cierta edad. Otras veces se convierte en la

urgente necesidad de dejar testimonio personal de los acontecimientos vividos, al considerar que se ha sido testigo de hechos y acontecimientos que han pasado a formar parte de la historia de una colectividad o del propio país. Estaremos ante la memoria como recuerdo, crónica o testimonio; ante la memoria entendida como narración de la novela de una vida o de una época. Estaremos ante la memoria reconvertida en *memorias*.

Pero también sucede a veces que el sujeto que siente la exigencia de enfrentarse a su propia memoria es individuo reflexivo, dado a la introspección, con capacidad analítica muy pronunciada y con propensión a vivir en soledad. José Moreno Villa fue una persona de estas características y su indagación en lo que supusieron sus experiencias personales y vitales estuvo teñida por una introspección profunda que buscaba, a fin de cuentas, explicar su razón de ser y el porqué del devenir de su vida. La memoria de Moreno Villa se convertirá en la historia de una reflexión propia provocada por ese instante o momento al que se hacía referencia al principio, en el que el sujeto necesita analizar causas y efectos. Esta historia a la que nos referimos cubre un espacio temporal de siete años —habría que incidir en la persistencia del número 7 en el transcurso de su existencia, como el propio autor señaló en su autobiografía *Vida en claro*—, los que van desde 1938 hasta 1944. Una historia, sin embargo, que se había ido fraguando en el año 1935 y que, tras el estallido de la guerra civil española, con todos los cataclismos personales y humanos que tal desastre supuso, fueron gestando en él unas necesidades personales que terminarían germinando en su nueva tierra de acogida y ya en la condición de exiliado en México.

Moreno Villa recuerda que en ese año de 1935 su vida se había ido convirtiendo en un devenir entre la pobreza y la locura que veía agigantarse en España y una sensación de irrealidad fantasmagórica que empezaba a agudizarse por momentos en lo referente a su propia existencia. Los versos del poema escrito entonces, «Salón sin muros», muestran el punto álgido de un estado de ánimo, y conviene citar algunos de ellos para reafirmar la situación en la que Moreno Villa se encontraba: «Me sorprende que existan rastros / de un ser cuya existencia no alcanzo, / de un ser ingrátido,

invisible, / soplo de sombra en noche cerrada / que es la imagen que de mí tengo»; «Dudo de la realidad de mi cuerpo. / Tan fuerte es la realidad invisible». Aunque, tras esta introspección, pueda llegar a reconocer algo tangible, siquiera un acento, «un acento que es todo lo mío».

Salón sin muros, el poemario quizás más breve y, a la vez, el más sincero y logrado de su autor, en el que se incluye el ya citado poema del mismo título, fue publicado en febrero de 1936. A finales del mes de junio moría su padre en Málaga y Moreno Villa regresaba a Madrid a principios de julio a su cuarto de la Residencia de Estudiantes, que se encontraba de lleno en los cursos de verano para estudiantes extranjeros. Los hechos se suceden y encadenan sin tregua: pocos días después estalla la guerra civil, y Moreno Villa presencia los distintos avatares que sufre la institución donde vive y la ciudad en la que habita, vive el asedio de Madrid, observa los combates aéreos que tienen lugar por el día, contempla desde la distancia los bombardeos —no hay que olvidar que la Residencia de Estudiantes se encontraba en un enclave a las afueras de Madrid— y los estragos que causan las bombas al caer sobre la ciudad.

Moreno Villa, uno de los últimos en abandonar el lugar, es integrado en la primera expedición de científicos, intelectuales y artistas que son evacuados de Madrid para ser trasladados a Valencia, adonde el Gobierno ya se ha instalado. Desde Valencia, después de participar en distintas comisiones de ayuda al mantenimiento del patrimonio cultural que va llegando a la ciudad procedente de Madrid y sus alrededores, y de colaborar en diversos actos de apoyo, es enviado al extranjero en misión cultural de divulgación y propaganda del trabajo que el Gobierno está llevando a cabo en estos momentos de guerra. Tras llegar a París le destinan a Estados Unidos como agregado a la Embajada de España en Washington, cuyo titular es su viejo amigo Fernando de los Ríos. Una vez allí le organizarán viajes a varias universidades estadounidenses para ofrecer charlas sobre la situación española, exponer su serie de dibujos sobre la guerra civil realizados en Valencia y recabar en la medida de sus posibilidades el apoyo y la simpatía hacia el Gobierno republicano en estos primeros meses de la contienda.

Narrada la sucesión de acontecimientos en la vida de Moreno Villa, retomemos el hilo de la historia de la reflexión sobre la memoria. Si en el año de 1935 nos encontrábamos con un sujeto que estaba dando sus primeros pasos en la introspección de lo que he llamado en otras ocasiones «el inicio de ir poniendo su vida en claro», cabe suponer que la enfermedad, agonía y muerte de su padre, clara y firme referencia en su persona, no habría hecho más que acentuar esta tendencia. Sin embargo, los incidentes bélicos interferirán requiriendo una actitud nueva en él y una actividad no buscada, sino obligada por las circunstancias extraordinarias que se estaban viviendo. Aun así, Moreno Villa siente la necesidad de dejar constancia de lo que está sucediendo, de lo visto, de las reflexiones que le provocan los tiempos de revolución. Este diario de un Madrid sitiado, lo visto y vivido desde el inicio de la contienda, con su traslado a Valencia y posterior llegada a América, así como las ideas de orden ético y artístico que le incita el momento actual, serán la base para sus conferencias o charlas y, años después, para redactar los capítulos correspondientes de su autobiografía. Es decir, el individuo y su introspección quedan en otro plano para hacer frente a lo inmediato, a lo general. Dejará una crónica detallada de lo vivido que nos sirve, como sirven los diarios y los recuerdos, para conocer más la vida del sujeto y para poder deducir, siquiera, actitudes y formas de ser que constituyen el retrato externo de la persona. La situación tendrá que cambiar y apaciguarse para que Moreno Villa se encare con su retrato íntimo y esencial, para que retome e inicie esa necesidad de explicar su experiencia vital y de intentar encontrar ese acento que creía reconocer.

Serán ciertos elementos inesperados los que provoquen nuevos cambios: una llamada de Genaro Estrada desde México invítándole a trasladarse allí —una ocasión propicia que, además, puede ser beneficiosa para su misión de apoyo y propaganda— hace que Moreno Villa llegue a México en el mes de mayo de 1937. «No vinimos acá, nos trajeron las ondas», recordará en el poema de igual título en el que reflexiona sobre su relación con la nueva tierra que le acogió en su largo y definitivo exilio. Las ondas del momento que le llevarían a una nueva tierra y a una nueva vida y que le

permitirían, quizás, encontrarse definitivamente. Genaro Estrada se desvivirá por buscarle una situación digna introduciéndole en los ambientes culturales mexicanos, y, muy pronto, Moreno Villa, en el que se da la circunstancia de ser el primer español invitado oficialmente por el Gobierno mexicano como refugiado mientras durase el conflicto bélico, irá recuperando la tranquilidad y calma necesarias para enfrentarse a esa irrealidad fantasmagórica en la que se encontraba sumido desde años atrás. Han pasado muchos sucesos, pero con la tranquilidad resurge lo individual, el poso de las sensaciones personales vuelve a aflorar y comienza su diálogo con la memoria. Más adelante se explicará con detalle la gestación e historia de la construcción de su autobiografía *Vida en claro*, publicada en 1944, pero ahora sólo se adelanta que su primera memoria escrita se corresponde con un periodo breve y muy intenso en la vida del autor. Los años 1938 y 1939 están llenos de melancolía, alegría y serenidad, son años plenos en los que Moreno Villa vive un momento de reencuentro con el pasado y de insospechados encuentros con un futuro no adivinado ni buscado.

La vida sigue deparándole gratas sorpresas —matrimonio, nacimiento de su hijo—, hasta que en el año 1943 un serio aviso de enfermedad vuelve a enfrentarle con la necesidad de recordar, de dejar un testimonio, de explicarse a sí mismo y, sobre todo, de explicar a su hijo de corta edad quién fue su padre. *Vida en claro. Autobiografía* puede considerarse como el libro más hermoso escrito en lengua española sobre la memoria de un individuo y su mundo. Un libro especial y único que irradia ese estado de ánimo vivido en 1938 y 1939.

Superada la enfermedad, aunque su salud se irá resintiendo en el futuro, Moreno Villa parece dejar de sentir esa necesidad perentoria de volver a trabajar sobre la memoria, sin embargo, a partir de 1948, comienza a colaborar asiduamente en los dos grandes periódicos mexicanos, *El Nacional* y *Novedades*, y en más de una ocasión no deja de hablar de cosas pasadas, de recordar a ciertos amigos o de hacer crónicas de sucesos personales que llevan dentro la narración de hechos pasados de su vida. Su colaboración en la prensa mexicana se centra en el estudio de la historia del arte o

en el ensayo literario visto desde una perspectiva muy personal. Algunos de estos artículos-ensayos serán recogidos años más tarde en el volumen titulado *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá*, publicado en 1951, del que podríamos citar, como ejemplo del tipo de colaboración que realizaba, la serie dedicada a las mujeres de sus contemporáneos. Artículos de difícil clasificación ya que exploran géneros muy diversos y que, aunque estén repletos de anécdotas y recuerdos, deben seguir siendo considerados dentro de la categoría ensayística, categoría en la que Moreno Villa destaca de una manera muy singular.

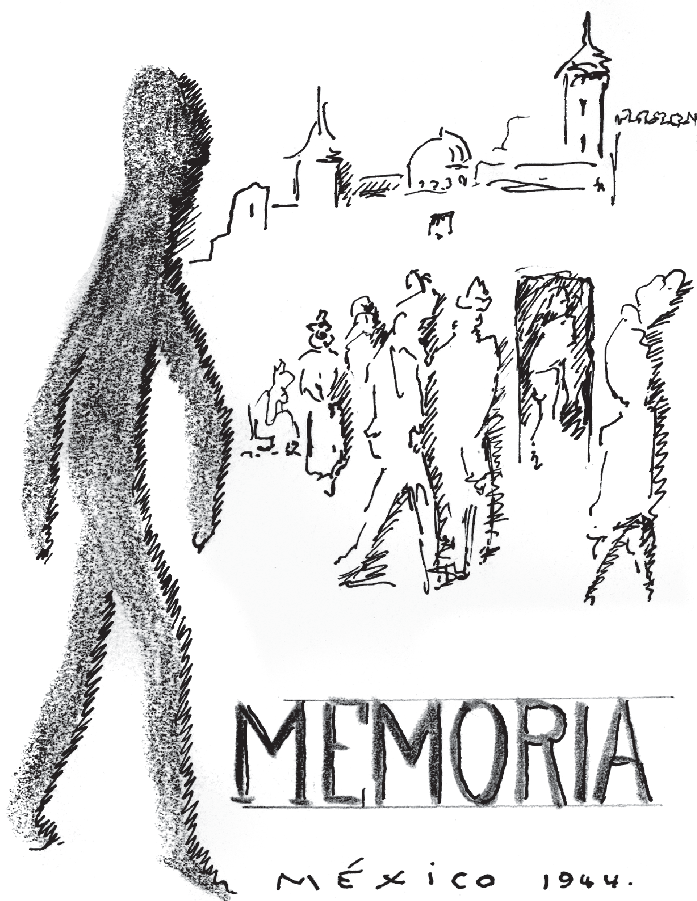
Se ha hablado al principio de las distintas motivaciones que hacen enfrentarse a la memoria y se señalaba que una de ellas era la añoranza, a la que añadiría también el sentimiento de nostalgia. Una nostalgia que en Moreno Villa se manifiesta poderosamente en sus últimos cinco años de vida. Tener la certeza de que morirá en tierra ajena, «morir en otro», saber que no volverá a visitar los lugares de su vida pasada y familiar, «hacia la casa dormida» de sus abuelos en Churriana, necesitar elevar su «voz en vuelo a su cuna» produce en la obra de Moreno Villa un corpus poético muy compacto, centrado en esa nostalgia hacia su vida campestre, que se complementará con el reinicio de su trabajo sobre la memoria. En 1950 comienza una serie de artículos, a la que titula «Memorias revueltas», que se inicia, como sucede en *Vida en claro*, con la descripción de la casa familiar en Málaga, aportando anécdotas y personajes secundarios a los que ahora quiere dar el protagonismo que le merecen.

Son artículos de gran poder evocador y descriptivo, memorias a vuelo pluma que evidencian una necesidad imperiosa de recordar, de revivir, de regresar, siquiera mediante la escritura, a un mundo irremediablemente perdido y añorado. En estos últimos cinco años de su vida podría decirse que el poeta ya no es un hombre en soledad, sino que sus circunstancias actuales le han ido convirtiendo en un hombre solo. No me atrevería a decir que abandonado —a pesar de que su matrimonio por esas fechas estuviera prácticamente terminado, aunque siguieran manteniendo la convivencia familiar—, ya que Moreno Villa acaba buscando y encontrando refugio en esos

puertos fraternales a los que hace referencia y, en especial, en sus grandes amigos Luis Buñuel y Manuel Altolaguirre, que se convertirán en dos de los puntales más firmes de su vida en esos momentos. Pero es indudable que el concepto y sentido de soledad ha ido cambiando y, ahora, lo que acaba produciendo esta soledad es una inevitable nostalgia.

Si se analiza con detenimiento lo escrito por Moreno Villa, sus poemas y las memorias redactadas en estos cinco años, y si, además, se conocen otros textos —de los cuales se incluyen algunos en este volumen, como «Burbuja en el mar», por ejemplo— podríamos llegar a establecer una cierta presunción al advertir, o suponer, que Moreno Villa parece estar decidido en el intento de escribir una novela sobre la Málaga finisecular a la que tanto evoca y añora. Un propósito que se produciría en paralelo y como complemento a estas evocaciones poéticas o en prosa sobre el mundo de la infancia. De este supuesto propósito sólo nos han llegado algunos capítulos sueltos en los que se suelen narrar sucesos familiares y en los que se han cambiado los nombres de los protagonistas para ocultar su identificación. Lo destacable es que estos capítulos acabarán siendo publicados en los periódicos mexicanos, formando parte de esta serie de «Memorias revueltas». ¿Podemos hablar entonces del posible intento de escribir una novela sobre la Málaga de finales del siglo XIX? Lo cierto es que no hay indicios rotundos que confirmen esta sospecha, pero tampoco se puede considerar como una afirmación descabellada, ya que en estos años Moreno Villa se planteará en varias ocasiones retomar la narrativa. Intentos que al final no quedarán en nada más que en una serie de capítulos sueltos, de esbozos y de esquemas que muestran una evidencia: ya fuera por abandono, por desistir en el empeño, por desgana o por falta de entusiasmo, lo cierto es que Moreno Villa dejará sin cerrar muchos de sus proyectos finales. Algo que también quedará reflejado en su último libro de poemas, el inconcluso *Voz en vuelo a su cuna*.

J. MORENO VILLA



Boceto para la cubierta de *Memoria*, México, 1944.

Vida en claro

Desde su llegada a México, Moreno Villa encontrará en la persona de Genaro Estrada una amistad incondicional y desinteresada que actuará como una sombra protectora hasta proporcionarle un acomodo adecuado y lograr facilitarle los medios para que pueda desarrollar sus trabajos. Estrada y Moreno Villa apenas se habían tratado en Madrid en los tiempos en que aquél fuera embajador de México en España, pero la simpatía mutua surgía sin necesidad de formalismos. Existía el previo y recíproco conocimiento y, sobre todo, el sentir que estaban unidos por ciertos lazos fraternales debidos al simple hecho de compartir a muchos y muy queridos amigos.

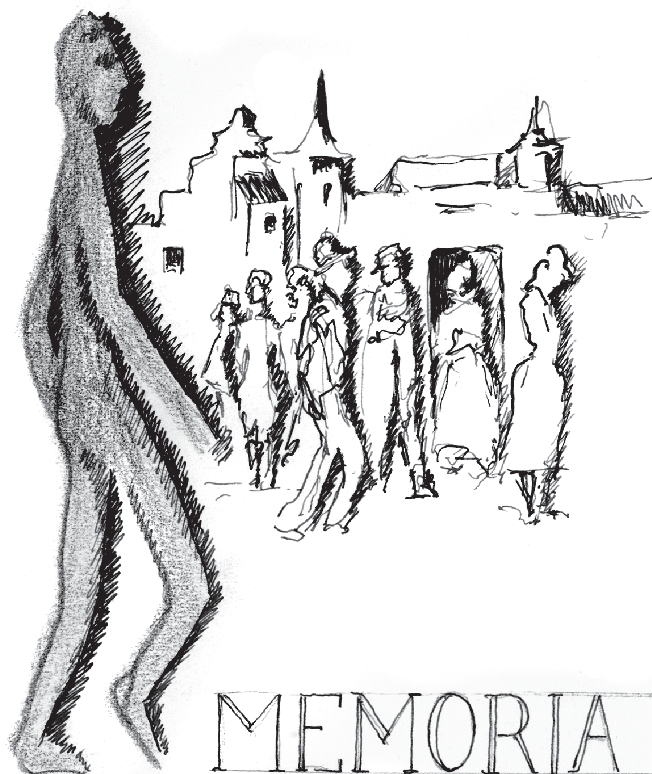
Pero el Genaro Estrada que Moreno Villa encuentra a su llegada a México es una persona desmejorada, cuya enfermedad irá empeorando hasta su fallecimiento poco tiempo después, en el mes de septiembre de 1937. Moreno Villa recuerda que iba a diario a visitarlo y que mantenían largas conversaciones acerca de cualquier tema relacionado con la situación de España y, principalmente, sobre el incierto destino que empezaban a sufrir los intelectuales españoles que se encontraban dispersos por el mundo. Pero, y en esto es en lo que hay que incidir, Estrada también obligaba a Moreno Villa a que le hablase de sí mismo, de su vida y de sus recuerdos de España. Y en los artículos aquí recogidos escritos en memoria de Genaro Estrada, así como en el correspondiente capítulo de su autobiografía, Moreno Villa nos muestra datos suficientes para imaginar en qué consistieron estas conversaciones. No hay duda de que Moreno Villa al llegar a México y establecerse, siquiera de manera transitoria hasta ver cómo se resolvía el conflicto español, comienza a recuperar la tranquilidad de espíritu y, en este reposo casi balsámico que tuvieron que ser para él sus conversaciones con Estrada, el reencuentro con la memoria se hace patente. La hora de la catástrofe nacional y del cataclismo interno que supuso para su espíritu ha quedado atrás, ya no está inmerso en el combate y sólo puede permanecer como observador desde la lejanía. En una tierra nueva que provoca en él regresos

a sus lugares queridos, Cuernavaca lo transporta a Churriana al contemplar cierto rincón del jardín, y, requerido por su amigo enfermo, Moreno Villa comienza la narración de sus recuerdos. Narraciones llenas de preguntas y comentarios entre ambos amigos que lograrían crear una atmósfera propicia para ir trabajando y enfrentándose a la memoria. Quizás Estrada sentía la necesidad de Moreno Villa en recordar, quizás fuera el propio Estrada quien provocara este regreso a la memoria por considerarlo como un camino propicio para lograr la calma de un espíritu zarandeado por los sucesos y acontecimientos recientemente sufridos. Fuera de una forma o fuera de otra, lo cierto es que poco después Moreno Villa publica un primer texto, «Topografía de la casa paterna. (Visión supersticiosa)», con el que inicia el intento de escribir su propia autobiografía.

Pero no adelantemos acontecimientos y sigamos encadenando los hechos: es el año 1938 y, por lo pronto, han ocurrido una serie de sucesos relevantes en la vida de Moreno Villa, ya que, tras la muerte de Estrada, y por petición expresa de éste en su lecho de muerte, no deja de ocuparse de los asuntos de la familia de su amigo y, sobre todo, no deja de cuidar y de estar pendiente de su mujer, Consuelo Nieto, a la que intenta animar y distraer en sus visitas diarias haciéndola conversar o dictándole, para que se entretenga, artículos y poemas que ella transcribe a máquina. Poco a poco, este cuidado diario y el hecho de que este trato, ahora, se produzca a solas van provocando una nueva y mayor intimidad entre ellos. Se irá creando una complicidad que acabará convirtiéndose en un amor que deberán mantener oculto a familia y amigos hasta 1939, año en el que decidirán casarse por considerar que ya ha pasado el tiempo prudencial que imponía el luto.

Comienza una época que se traduce en una producción poética, ensayista y pictórica que trasluce alegría y también serenidad, pero que tampoco está exenta de cierta melancolía. Moreno Villa pinta en fuertes azules celestes y rosas brillantes cielos desgarrados por nubes, poblados por aves fantásticas que sobrevuelan paisajes desolados y rocosos, alguna vez hay ángeles y otras, cabezas de jóvenes amantes en las que la mujer, siempre rubia, será Consuelo.

J. MORENO VILLA



MÉXICO 1944.

Boceto para la cubierta de *Memoria*, México, 1944.

Escribe sobre las nubes de la ciudad de México, tan poderosas siempre, que provocan sentimientos de melancolía y de desesperanza por el desarrollo de la contienda española; publica estudios sobre los ángeles y los mendigos como temas centrales en la pintura colonial mexicana; compone poemas de amor que, al estar fechados en 1938, prudentemente no dará a la prensa hasta años después, pero, sobre todo, Moreno Villa se encara a su memoria y realiza una primera serie, un bloque que iniciará y concluirá en 1939 pero que no llegará a publicar en su totalidad. Esta primera serie, compuesta por «Topografía de la casa paterna. (Visión supersticiosa)» y por «El cuarto deseado», forma en sí misma un conjunto cerrado, un pequeño libro autobiográfico del que se desconocen las razones que pudo tener su autor para no publicarlo entero y dejar inédito el segundo capítulo. Unos años después, Moreno Villa empieza una segunda serie de dos capítulos de los que vuelve a publicar sólo uno. Este segundo bloque está integrado por «Dosis marina», escrito en 1942, y por «Dosis campestre», del que, aunque no se tenga constancia de que hubiera sido publicado en su momento, es indudable que tuvo que ser escrito como complemento del primero. Leídos ahora juntos estos cuatro capítulos, se puede asegurar que tienen una entidad firme y contundente, ya que entrañan, en esencia, el espíritu y las claves en las que se asienta la futura *Vida en claro*. Es evidente que este primer trabajo autobiográfico no cubre todos los aspectos de su obra posterior, como también que, cuando en 1943 Moreno Villa se decida a escribir *Vida en claro*, estos capítulos serán o incorporados sin apenas correcciones o utilizados como la base o el primer borrador del publicado posteriormente. En uno o en otro caso, lo que resulta obvio es que *Vida en claro* estaba mucho más esbozada de lo que siempre se había supuesto y hay que señalar que, si las circunstancias últimas en la redacción del libro fueron otras, ese espíritu o estado de ánimo vivido siete años atrás es incorporado como el armazón sobre el que articular el resultado final.

Otra sorpresa más relacionada con *Vida en claro* vendría en lo referente a su título, ya que entre los dibujos que se guardan en el Archivo José Moreno Villa de la Residencia de Estudiantes de

Madrid hay dos bocetos para la cubierta de un libro, y en las hojas, junto a la ilustración correspondiente, está escrito lo siguiente: «J. Moreno Villa / Memoria / México, 1944». El dibujo representa a una figura difuminada, mera sombra o espíritu, que camina por una ciudad de rasgos mexicanos entre una multitud de personas que charlan o se ocupan de sus asuntos. La conclusión vuelve a ser meridianamente clara, en su primera opción el título de la autobiografía iba a ser simple y conciso: Memoria.

Pero desde nuestra perspectiva actual hay que decir que la elección final tomada no pudo ser más acertada, porque el libro, ya desde su definitivo título, nos está reclamando una atención especial y, también, porque la memoria, después de todo, no deja de ser un ejercicio personal para poner la vida en claro.

Memorias revueltas y Amistades mexicanas y extranjeras

Dada la repercusión que tuvo *Vida en claro* en el panorama de las letras hispanas no dejaron de oírse voces que reclamaban a Moreno Villa que retomara y ampliara temas o circunstancias que no habían sido suficientemente desarrollados. Estas voces parecían caer en el olvido, salvo en contadas ocasiones en las que el propio autor intentaba corregir la breve referencia a alguien en su autobiografía dedicándole una serie de artículos con sus recuerdos personales. Tal fue el caso de Buñuel, a quien reencontraría en México poco después de ser publicada *Vida en claro*.

De una forma o de otra, y de la misma manera que había sucedido antes de la publicación de su autobiografía, Moreno Villa irá escribiendo artículos sobre recuerdos o sobre amistades pasadas y presentes, pero no con la intención de realizar un nuevo trabajo de introspección, sino para aprovechar el artículo como la ocasión propicia para conversar con el lector de un modo ameno, haciéndole partícipe de sus recuerdos y vivencias.

En el año de 1950 se producirá un segundo cambio en la actitud de Moreno Villa y, como ya se apuntó anteriormente, la nostalgia dominará poderosamente al autor, que se decidirá a encarar un nuevo enfoque sobre su memoria. Este nuevo trabajo tendrá dos

fases o maneras de desarrollo: una primera parte o capítulo de lo que titula «Memorias revueltas» está referida en exclusiva a presentar a una serie de personajes familiares o cercanos a los que no había prestado atención en *Vida en claro*, así como en analizar y recordar la influencia que pudieron llegar a tener en su vida cotidiana o, a veces, en su vida personal. Esta primera serie, escrita en 1950, fue publicada en el periódico *Novedades*.

La segunda parte de estas memorias revueltas, publicadas durante 1951 y 1952 en *El Nacional*, tienen otra intención. Esta vez, los artículos son más breves y, aunque siguen estando centrados en su vida familiar y en sus recuerdos de la infancia, el tono es más reflexivo, y Churriana pasa a convertirse casi en el escenario principal en el que transcurren sus narraciones.

Estas dos series, de ambiente casi exclusivamente familiar y malagueño, componen un conjunto propio y exento, con una clara intención unitaria, y por este motivo se ha decidido reproducirlas juntas pero divididas en dos capítulos.

Igual sucede con otra serie compacta, la referida a las amistades mexicanas y extranjeras, que, aunque fueran publicadas bajo el epígrafe de «Memorias revueltas», tienen una unidad interna indudable. Parte de esta serie, la relacionada con las amistades mexicanas, se incluyó en un proyecto de libro del que se conserva algún índice general previo, pero que Moreno Villa no llegó a compilar ni a publicar. La obra en cuestión iba a titularse *Reperitorio mexicano* y, junto a estas semblanzas y recuerdos sobre sus amigos mexicanos, recogería artículos de temas diversos sobre México, entre ellos, como ejemplo, los dedicados a las fuentes mexicanas. El libro en proyecto daría una nueva visión sobre lo mexicano, pero abordada desde ángulos diferentes, mezclando el retrato de lo humano con el estudio de lo artístico.

Así, el conjunto de todo lo publicado bajo el amparo de «Memorias revueltas» ha sido necesario estructurarlo en bloques unitarios, además de incorporar algunos artículos a otra serie sobre recuerdos, de dejar para otra ocasión la publicación de los que nada tienen que ver con el tema de la memoria o de huir de una reproducción puramente cronológica. Porque el problema que presenta

la mayoría de estos artículos que aparecieron en prensa durante los años que van desde 1950 hasta su muerte en 1955 —salvo en los casos concretos que se han citado— es el de su falta de conexión interna y la carencia de un concepto unitario. Parece como si el título «Memorias revueltas» hubiera llegado a convertirse en una sección fija del periódico que propiciase incluir cualquier tipo de artículo, aunque algunos fueran propiamente ensayísticos o circunstanciales de un momento determinado.

Los bloques restantes que componen este volumen recogen diversos aspectos que complementan al libro autobiográfico *Vida en claro* y a la serie titulada «Memorias revueltas».

En el apartado «Textos complementarios a *Vida en claro*» se reúnen escritos que sirven para ampliar la narración de algunos pasajes del libro, además de incorporar dos de los capítulos que permanecieron inéditos y que posteriormente fueron reescritos en la redacción final de *Vida en claro*.

En «Escritos sobre la guerra civil española» se recogen los diarios, las crónicas y las narraciones de los acontecimientos presenciados, así como las consecuentes reflexiones y opiniones sobre lo acontecido y vivido por Moreno Villa.

El apartado «Recuerdos y memorias» agrupa, como su título indica, artículos sobre el tema escritos por Moreno Villa en México desde su llegada, en 1937, hasta el año de su muerte en 1955.

Como apéndice final a este volumen sobre la memoria, los apartados «Diarios y viajes» y «Memorias inconclusas, apuntes y notas» complementan con temas paralelos esbozados o levemente apuntados, con ideas y reflexiones, con recuerdos breves y crónicas telegráficas, otros aspectos de la vida de José Moreno Villa.

VIDA EN CLARO

autobiografía de
JOSE MORENO VILLA



EL COLEGIO DE MEXICO

Cubierta de la primera edición de *Vida en claro*, 1944.

Vida en claro

AUTOBIOGRAFÍA

[1944]

I

TOPOGRAFÍA DE LA CASA PATERNA¹

Veo ahora, de repente, que el cuarto de mi padre daba al mar y que el de mi madre daba a la catedral. Mi padre murió en aquel su cuarto frente al mar, que mientras vivió mi madre no utilizó nunca para dormir. Y mi madre murió en su alcoba de siempre.

Hay una tendencia en los hombres a convertir en símbolos ciertas observaciones. Yo no quisiera. Porque el simbolismo nos resulta ya cansado. Pero quisiera, porque ello me atrae, pensar un poco en estos hechos con que principio.

¿Tenía mi padre en su espíritu algo de mar? Me es difícil decir que sí o que no. Fue lo bastante sedentario como para hacerme creer que los viajes no le atraían. Y el mar, desde un puerto, es siempre una invitación al viaje. Nuestro comedor, justo al lado del cuarto donde murió, daba también al mar, y mi asiento a la mesa enfocaba el horizonte mediterráneo. Mientras yo comía, viajaba. Mis ojos acariciaban la marcha lenta de los barcos veleros y la más rápida de los grandes trasatlánticos. En cambio, el asiento de mi padre era de espaldas al puerto.

Mi recuerdo es que mi padre se alegraba más con la llegada de los navíos que con otra cosa cualquiera. Le gustaba que el puerto estuviese siempre lleno de barcos, porque esto significaba prosperidad o riqueza para Málaga.

Pero por otro lado acaso hubiera algo de mar en su espíritu, sobre todo de mar latino, con perfiles claros y ondas acariciantes. Su carácter era dulce y amoroso. Gustaba de besar a sus hijos tranquilamente, cosa que no era notable en mi madre. Ésta no fue nunca besucona.

Ahondando más, me atrevería a decir que el carácter de mi padre se asemejaba al mar, porque nunca le conocí proyectos. Y así como en el mar no hay caminos fijos, tampoco los hubo en la vida de mi padre. Tal vez ella no fue otra cosa que una onda marina impelida

¹ Publicado con el título «Topografía de la casa paterna. (Visión supersticiosa)», *Taller*, núm. 7, México, 1939.

por la providencia, sin más control que el fluir correctamente dentro de la sociedad con el menor rozamiento.

No fue mi padre onda tumultuosa de mar norteño, sino modulación marina mediterránea.

Jamás alborotó en privado ni en público. Hablaba poco y con gracia. No quiso nunca escalar ni brillar en ningún sentido. No peleó por la vida. Agotó sus posibilidades con dignidad y reposo.

Por esto, ahora, al pensar en su cuarto creo que murió en su sitio.

Pero ¿y el de mi madre? Porque en modo alguno puedo admitir que el carácter o el espíritu de mi madre tuvieran algo de alcoba. Al menos, a primera vista me parece imposible. Sólo de un modo podría admitirse dicha semejanza, a saber: pensando que fue como capitana de la nave y que, estuviera donde estuviera, veía, discutiría y mandaba. Tal vez su alcoba era el corazón de la casa.

He dicho que esta alcoba estaba orientada hacia la catedral. Y si pensamos con el corazón, comprenderemos que una madre activa y ordenadora, apasionada y reflexiva, tiene más de catedral que de mar.

Ella no era corporalmente grande y, sin embargo, yo la veo tan grande y tan agradablemente fresca en su interior como el ámbito de una catedral. En su pequeño cuerpo, de donde salimos trabajando varios hijos, yo me figuro que cabía con holgura toda la familia. Se ha comparado muchas veces a la iglesia con la clueca, por aquello del cobijo o del amparo. Pero tal comparación es sumamente relativa. Las alas de la gallina recogiendo a su prole son, como imagen, algo perfecto, pero lo que este amparo deja en los polluelos no es, no puede ser, nada tan duradero y trascendental como lo que la iglesia o la madre dejan para toda la vida en nuestras almas.

Mi madre era fuego y severidad, como yo entiendo que es la iglesia. Yo la quería y la admiraba a la vez, como algo íntimo y a la vez externo a mí. Por mi padre sentía ternura, pero no admiración. Mi madre, en cierto modo, fue la catedral, y mi padre el mar casi lago.

Algo de prisa he dicho que no sentía admiración por mi padre. Todo hay que matizarlo al escribir o al hablar. A veces una afirmación no es más que provisional, un escalón para otra afirmación

más delicada y más justa. ¿Es que no podemos admirar la bondad y el tono espiritual perfecto, invariable a través de los días, tanto como otras cualidades eximias del alma humana? Siempre que un hecho cualquiera, grande o pequeño, me demostraba la alta estimación y respeto que la gente en general sentía por él, me paraba a pensar, lo cual es admirarse. Porque la admiración no es otra cosa que una parálisis momentánea del ánimo ante un fenómeno, o pequeña maravilla. Hoy, ahora, contemplo aquella bondad de mi padre como aquel pedazo de mar Mediterráneo brillante y tranquilo que se extendía ante mis ojos infantiles.

El cuarto de mi padre daba sobre el mar. Y el de mi madre hacia la catedral.

¿Quién era más religioso? Ambos lo eran mucho, pero yo tengo la impresión de que mi padre lo era más. En aquel cuarto sobre el mar su muerte me pareció la muerte del justo, la muerte perfecta, sin un dolor aparente, sin una contracción, oyendo esas oraciones postrimeras, que por ser postrimeras cree uno que han de inquietar al moribundo, con un recogimiento y aceptación gustosa verdaderamente raros. Mi padre fue vástago de un árbol sumamente piadoso. En el árbol de mi madre, en cambio, hay alguna rama heterodoxa. Mi bisabuelo fue liberal militante, allá en la primera mitad del siglo pasado. Recuerdo mucho esta frase de mi madre: «Tú saliste a tu bisabuelo. Tienes rabo. Hueles a azufre». Y que a continuación me contaba cómo un obispo de Málaga, conocedor y apreciador de mi bisabuelo, le llamaba a palacio cuando había requisado de libros por la Inquisición y le decía: «Elige, Luis, lo que te guste, que contigo no van las prohibiciones».

Yo no sé todavía por qué me contaba todo esto mi madre. Muchas veces me he preguntado si en el fondo no le gustaba a ella que su hijo hubiera sacado algo del abuelo. Pero siempre que yo mismo me hacía la pregunta, trataba de borrarla por respeto a ella. Me parecía que si hurgaba demasiado en el asunto iba a matizar el espíritu de mi madre con algo de heterodoxia. Y, francamente, no quería. Hubiera sido injusto.

Parece mentira lo que puede influir una frase para dibujar indefinidamente el carácter de una persona. Si hoy mi madre me parece

menos religiosa que mi padre, es por esas frases que me dijo en algunas ocasiones.

Y, sin embargo, mi madre fue la catedral en mi vida, y, en mi familia, el lazo de unión entre los diversos caracteres. Mi madre murió en el cuarto que daba a la catedral, porque aquél era su sitio de muerte.

Pero este encuentro feliz de hoy, esta visión de lo representativo que fueron los cuartos de mi padre y de mi madre, me conduce a términos que yo no sospechaba, porque me encuentro con que yo viví durante mi infancia entre el cuarto que daba a la catedral, o sea el norte, y el cuarto que daba al mar, o sea el sur. Y como la vida de la infancia deja sedimentos y formación para el resto de nuestra existencia, yo me pregunto si acabará pudiendo más en mí el mar o la catedral. Es decir, si podrá más lo romántico o lo clásico. Porque no cabe duda de que la iglesia es norma o regla y de que el mar carece de ellas.

En resumen, que la sencilla consideración de los cuartos de mis padres me conduce a una pregunta de las más serias que puede hacerse el hombre: ¿qué soy, cómo soy?

No quiero aventurar la respuesta desde ahora. Es posible que ella vaya saliendo a medida que voy escribiendo. En primer lugar, pienso en que tengo sobre mí, y en mí, caracteres físicos y caracteres morales de mi padre y de mi madre. De modo que, lógicamente, debo tener un poco de sal marina y algún arbotante catedralicio. Y quien dice arbotante, o dice sal, puede decir lo mismo cancel, columna y coro o bien espuma, onda y brillo.

En realidad, no quiero aventurarme a la respuesta porque sería grotesco decir de mí mismo que tengo algo de catedral o de mar, dos cosas tan formidables si se atiende uno a sus nombres. En excusa mía podría decir que en la composición de una catedral entran muchos elementos, no todos grandiosos, aunque sí importantes, y que en la composición del mar entran igualmente cosas que no son agua pura, bello color y brillo.

Yo podría decir que mi padre vivió del silencio. Le gustaba que mi madre o sus hijos le hablasen, pero él permanecía callado. Es increíble para mí pensar hoy lo poco que me habló mi padre. No

recuerdo ni consejos suyos, ni explicaciones, ni relatos. Una sola nota de orden literario puedo adjudicarle: el haberme inducido a leer los poemas del enfático y oratorio Núñez de Arce.

No recuerdo cuáles fueron mis primeros libros de lectura. Sé que no leí jamás a Julio Verne, aunque lo intenté. Tampoco leí a Dumas. Y creo que mi padre me quiso inclinar hacia la retórica de aquel poeta vallisoletano para contrarrestar la nota lírica del poeta que me ofrecía mi madre: Gustavo Adolfo Bécquer. Mi madre se sabía de memoria todas las *Rimas* y bastantes *Humoradas* de Campoamor. ¡Ah!, y también el famoso «Tren Expreso».

Este encuentro con los poetas en boga pudo originar en mi tierno ánimo una incertidumbre (yo tendría diez años). Pero no fue así. A pesar de saberme de memoria los largos poemas de Núñez, percibía yo muy bien que eran trozos de declamación para recitadores públicos como el actor Rafael Calvo. Versos como para extender los brazos en actitud de natación y levantar la cabeza en actitud de ahogo y petición de auxilio. Y como nunca me creí ni quise ser farfante, me sentía mucho más deleitado con la lectura del poeta sevillano, que puede hacerse en actitud recogida, como hablando a nuestro propio corazón. Bécquer, en efecto, se apoderó de mi sensibilidad infantil. Recuerdo que hasta reviví en cierto modo alguna de sus leyendas, pues a los doce años, estando interno en un colegio, consideraba yo a la hermana de un compañero mío, chica de una belleza griega y sumamente pálida, como a una de las mujeres becquerianas nacidas para ser dulce tormento mío.

Vistos al cabo de los años estos influjos de mi padre y de mi madre, los relaciono con sus respectivos cuartos, el de los grandes balcones, como para vivir en el exterior, y el recoleto que daba sobre la catedral. A Bécquer le correspondía naturalmente éste, y a Núñez de Arce, aquél.

La topografía de la casa familiar yo no sé si influye mucho o poco en los caracteres. Cuando venimos al mundo, venimos no sólo a una determinada situación económica y a un determinado ambiente moral, sino como predestinados a un determinado cuarto. Las casas son más tiranas de lo que creemos. Ellas imponen lo que ha de ser comedor, sala, dormitorios, etc. Y el dormitorio de uno sale

de las conveniencias generales de la familia, no de la voluntad individual. Por esto digo que la topografía de la casa puede entristecernos o alegrarnos, según la suerte que tengamos. Es evidente que cada uno puede imprimir al cuarto que le corresponde en suerte mucho de su carácter y de sus gustos. Hay quien por limpieza y sencillez de ánimo elige muebles de líneas sencillas y hay quien sobrecarga las paredes y el mobiliario con toda clase de adornos superfluos. Hay quien gusta de vivir entre damascos y almohadones abigarrados y hay quien prefiere la cal blanca en la pared y el diván forrado de gris. Esto es verdad, pero a su vez el cuarto puede influir en uno por sus dimensiones, por la cantidad de luz que recibe, por el paisaje que tiene desde su ventana y por el encajamiento suyo dentro de la distribución general. Yo he sentido siempre antipatía por los cuartos interiores, y cuando he tenido que retirarme a uno de ellos circunstancialmente para dormir, he ido como a una especie de celda de castigo.

Mi cuarto quedaba entre norte y sur, con luz de oriente. Tenía en invierno y verano una estera de paja luciente, en su color natural, pajizo. Sobre la estera, una cama dorada, cuyo único adorno consistía en un escudo de México (¿por qué de México?), dos sillas, una butaca mecedora, un lavabo redondo y un escritorio de carpeta con un estante superpuesto. Este mueble, al que yo llamaba mi biblioteca, atraía toda mi atención. En él llegué a reunir las obras de Espronceda, Zorrilla, Duque de Rivas, Bécquer y Núñez de Arce, algunas novelas de Galdós, un volumen de Santa Teresa, dos de Gracián, un tomito de Heine, traducido, y una historia de los Estados Unidos que jamás intenté leer. Estaba allí porque su tamaño convenía para un hueco.

A pesar de lo que yo había soñado con tener un cuarto para retirarme y leer en paz, no lo conseguí nunca. Por las mañanas, porque apenas levantado comenzaban las criadas la limpieza, y por la tarde, porque me atraían otras habitaciones de la casa más iluminadas. Todo lo atrayente que era para mí el cuarto lleno de sol en la mañana, se convertía en inhóspito después de las tres de la tarde.

A oriente también, y un poco al norte, o sea en la misma dirección que el cuarto de mi madre, estaba el de mi hermana mayor,

la que se hizo monja. Y también a oriente, y con una fachada al sur, el cuarto grande de mis tres hermanas menores, de las cuales una murió temprano y las otras quedaron solteras.

¿Qué resulta de la topografía de estos tres cuartos? Que el de levante y norte dio una monja; el de levante y sur, un angelito y dos solteras, y el de en medio, un ser destinado a vivir fuera de su casa y de su tierra natal. Podría decir que, nacido en oriente, me atraía el occidente. Pero también podría decir que, habiendo nacido en el sur, me atraía el norte, puesto que salí de Málaga a los dieciocho años, España arriba hasta Alemania y, más tarde, al bajar del norte, me quedé en Madrid.

Al cabo de los años cada uno de estos cuartos encierra una pequeña novela vulgar. Ellos no existen sino en mi memoria y en estos momentos me recreo en ir recorriéndolos. El de mi hermana mayor, o sea el cuarto norte y levante, era de un color rosa, matizado por el tono claro de los muebles de arce. Aunque mi hermana lleva muchos años de monja, yo sigo pensando que su cuarto de muchacha le era más propio que la celda. No quiero juzgar los móviles de su entrada en religión. Los datos míos son éstos nada más: a sus dieciocho años era el carácter más sociable y alegre de la casa. Todavía pueden verse en ella algunos retratos suyos con disfraces para bailes de sociedad. ¿Cómo los recordará desde el convento? Esta hermana, la del cuarto rosa situado en la esquina norte-oriental, tuvo la mala fortuna de aceptar un noviazgo que duró nueve años. Uno de esos noviazgos que no se conciben en otros países.

El nombre de Ignacio se convirtió en algo funesto en nuestra casa. Ignacio era uno de esos jóvenes fatuos que en apariencia se van a tragar el mundo y en el fondo no sirven para nada. Al principio de las relaciones llegaba a la finca de campo todas las tardes en un precioso coche inglés de dos ruedas tirado por un caballo anglomoruno de la ganadería jerezana de Guerrero. Parecía que cada tarde lucía un traje distinto y que los puros que fumaba estaban siempre en sus comienzos. Hay personas tan superficiales que revelan todo su carácter en el modo de tirarse de los puños de la camisa o en el modo de sacarse el pañuelo del bolsillo. Acometen estos movimientos con tal desembarazo y amplitud que piensa uno:

«Esto es todo. Detrás de esto, no hay nada». Y así ocurría con Ignacio. Después de unos años de pavonearse por aquí y por allí con los ingresos que le proporcionaba ser adlátere de un madrileño caído en Málaga que resultó viviendo de un negocio vergonzoso que mantenía en Bilbao su vieja amante, Ignacio fue perdiendo su desenvoltura y brillantez social hasta que terminó vendiendo jabones por los pueblecitos de la provincia. Esta carrera hacia abajo duraría cuatro o cinco años. Y la retirada de mi hermana al convento fue cuando ya le vio todo el mundo en un estado de ruina moral imposible de vencer.

Cuando yo recuerdo el cuarto de mi hermana pienso en los dos puntos cardinales de su orientación, levante y norte, como si el cuarto presagiara la bifurcación en un momento de su vida, o sea dejar el norte por el oriente o éste por aquél.

El cuarto de mis otras hermanas era también de esquina, o sea con doble orientación, levante y sur, pero al morir mi hermana menor quedó para dos y es muy posible que por eso no se hayan visto ellas en una encrucijada grave como mi hermana mayor. Pensando supersticiosamente, diríamos que sobre una mandaba el sur y sobre la otra el oriente. Además, con los años y las mudanzas, con la ausencia de unos y las muertes de otros, el reparto de habitaciones cambió y mis hermanas viven hoy en la alcoba de mi madre. Respecto a que a una de ellas corresponda el sur y a otra el poniente, puedo decir que una es equilibrada en sus palabras y actitudes, suave y acariciante como el mar del sur, y la otra brusca, apasionada de voz y de gesto, aunque también profundamente cariñosa en el fondo.

Y me queda un cuarto, el de mi único hermano, el del hermano que llegó a la vida con algún retraso y tuvo que acomodarse donde pudo, en un cuarto interior cerca de la escalera. Para mí es evidente que en la topografía de la casa este cuarto estaba destinado para el que había de hacer una vida huraña y difícil.² Yo sé que la

² En «Topografía de la casa paterna. (Visión supersticiosa)», cit.: «para el que había de hacer una vida escondida, para el que había de entrar sigilosamente en las madrugadas. // Yo sé que la juventud de mi hermano ha correspondido a este presagio de su cuarto, pero no tengo derecho a trasladar aquí su novela. Ni su vida, ni la de las

juventud de mi hermano ha correspondido a este presagio de su cuarto, y eso es lo que me interesa, porque lo que persigo es saber si los primitivos cuartos influyeron en el resto de la existencia.

Cuando evoco los movimientos míos en el que me correspondió, los veo como movimientos callados de quien no quiere armar ruido para que tampoco lo armen los demás y le permitan entregarse a sus lecturas e imaginaciones. Es decir, movimientos en busca de apartamiento, reposo y voluptuosidad. Con todos los objetos puestos en orden y una butaca bañada de sol, hundirme en las vidas ricas en peripecias y sentimientos, examinadas con lupa y con habilidad por hombres dotados de perspicacia. Hundirme en mundos apasionados, sin actividades de pies ni de manos propios. Donde sólo caminan los ojos. Alejarme, caminar de ese maravilloso modo que le es dable al hombre, con sólo poner la vista sobre los renglones de un libro.

Yo quería hacer de mi cuarto un refugio donde, reinando el orden, pudiese abrir o extender mis planes, mis creaciones juveniles, sin que mis hermanos me revolviesen nada, sin que la vida exterior penetrase en la vida que yo iba forjando dentro de mí.

Pero mi cuarto estaba entre norte y sur y decidió sobre mi vida. Mi destino fue abandonarlo y vivir siempre, desde entonces, interinamente.

hermanas, me pertenecen. Tampoco quiero hacer de ellas plato de entremés gustoso para nadie. // De la mía es otra cosa. Si en estos momentos me dedico a desentrañarla y extenderla sobre el papel es por instinto y necesidad de investigación. Quiero convencerme de si es cierta o falsa la influencia de mi cuarto primero sobre el resto de mi existencia. Esto es todo».

II

LA DINÁMICA DE AQUELLA CASA

Otro aspecto de la casa, no menos influyente en el resto de la vida, es el ritmo familiar y todo lo que podemos llamar la dinámica doméstica. Ella está integrada por la movilidad lenta o rápida de los padres, pero también por cosas más útiles, como la voz familiar, los regaños, los ademanes, los actos en común, la tirantez de los silencios, la expresión de los ojos.

Mi padre caminaba con aplomo, pero sin pesadez. En la calle iba incluso con ligereza, como si tuviera prisa por llegar a algún sitio. En la casa, con moderación. Y recuerdo un detalle muy singular: siempre que pasaba por una puerta separaba los brazos caídos hasta tocar los quicios. Nunca le pregunté por el origen de este movimiento. Ahora se me ocurre que pudiera ser un movimiento inconsciente para cerciorarse de que pasaba la puerta justamente por el centro. Porque ustedes habrán notado lo feo que es pasar por las puertas pegándose a uno de los lados. Da la impresión de huida vergonzosa.

Según esta interpretación, mi padre gustaba de entrar por las puertas derecha y centralmente. Y había en su porte, al penetrar, una seguridad apacible que sólo alcanzan las razas muy cultivadas. Por esto desde que entraba se le quería.

Mi madre caminaba grácilmente, aunque vencíendose un poco sobre el pie derecho. Se movía sin prisa ni lentitud. Sus pies eran tan pequeños que yo le decía: «No se han hecho para caminar, sino para saltar, como los pájaros».

Estaba siempre en actividad: cosiendo, arreglando roperos y alacenas, vigilando la cocina y la limpieza, leyendo, arreglando a sus hijos. De tarde en tarde abría para nosotros un cajoncito donde tenía sus abanicos de valor u otro cajoncito donde guardaba estuches, curiosos rosarios, canastillas con algunas monedas de oro viejo, retratos antiguos, mil quisicosas que nos embobaban. Y todo aquello habíamos de verlo sin tocarlo, o tocándolo con sumo cuidado. Sus manos finas abrían un abanico grande con un ademán maestro y se lo colocaba ante el pecho mirándonos y sonriendo con sus alegres ojos, como diciéndonos: «Así se maneja esto».

Durante los años de más prosperidad, pasada ya la primera infancia, mi familia quedaba distribuida en tres pisos. En el alto vivían mis abuelos y mi tío, único hermano de mi madre; en el principal o intermedio, mis padres; en el bajo, los niños. Entre el principal y el bajo se estableció un contacto más íntimo instalando una escalera de caracol, que fue al principio un instrumento de feria para nosotros, los pequeños.

En nuestro piso se confinaba el alboroto, el juego y el desorden. Sobre todo en el cuarto de la costura, que era una pieza muy grande y soleada. Allí crujía yo mi látigo sobre cuatro sillas dobladas que hacían de caballos, y mis hermanas jugaban con sus casitas de muñecas, rabiando a veces y llorando a voces. Allí acudía mi madre a coser con la costurera, una buena mujer cojita que duró en casa sus buenos cuarenta y cinco años.

Cuando ya tuve edad de ir al colegio, volvía de éste a las cuatro. A esta hora se terminaba también el trabajo en las oficinas y mi padre regresaba a casa. Si se retrasaba algo, mi madre y yo nos apostábamos detrás de las persianas a esperarle. Todo en la casa estaba a esa hora en perfecto orden. Mis hermanas salían de paseo con la niñera o las amas de cría. Mi madre se acicalaba, se vestía como para recibir; y, en llegando mi padre, nos sentábamos los tres en el balcón de la esquina —como le llamábamos a uno que daba sobre el puerto y el parque—. Hora de quietud y de largos silencios.

Mi padre no podía pasar sin su par de horas en esta atalaya. Y, con él, mi madre y yo. Así me pude aprender a fondo los colores y los tonos de aquel paisaje, donde había agua marina, velas blancas, columnas encaracoladas de humos oscuros y claros que despedían los buques entrantes y salientes, montes azules, rojos, ocre, morados; filas de palmeras entre altos castaños de Indias; embarcaderos, lanchas, navíos de alto porte; la mole de la catedral; el castillo, acostado en la cima del Gibralfaro; la plaza de toros, pintada de almazarrón; la Aduana de Carlos III, pintada de albayalde; los carros y camiones que hacían el servicio del puerto, y los vencejos y las gaviotas describiendo círculos sobre tierra y sobre agua. Desde allí veíamos pelearse a los cargadores del muelle y beber a los marinos extranjeros en las tabernas. Desde allí veíamos bajar del diminuto

tren costero a los aldeanos del litoral, y desde allí vi embarcar y desembarcar a los soldados de Melilla y de Cuba. Embarcar lozanos y contentos para la isla, al son de la jacarandosa *Marcha de Cádiz*, y desembarcar tullidos, demacrados y amarillos.

Otras horas pasadas con mi padre eran las de la mesa. Hoy, casi ninguna familia está completa a la hora de comer; hoy se estila mucho más el aceptar invitaciones o costearse la comida fuera de casa. El ser invitado tenía entonces más importancia que hoy.

En la mesa, si mi padre estaba preocupado, hablábamos poco y con frases cortas. Si alguna de mis hermanas charlaba demasiado, los ojos de mi madre, tan expresivos, le decían que era inoportuna.

La hora de la mesa fue siempre hora de educación, hora de aprendizaje. El comer tiene su ritmo y quien *entra en forma* tiene mucho aprendido para el concierto social.

En el piso principal de mi casa reinaba el orden, la limpieza, el silencio y dos cosas más, sumamente importantes: un airecillo siempre renovado, cargado de brea y yodo marinos, y una media luz tranquila que se graduaba con las persianas. En este piso marcaban su presencia severa los muebles ingleses del comedor y de la sala. Mejor que presencia severa, presencia correcta, que al derramarse en el ambiente no le entenebrecían, como ocurre con los detestables artefactos de estilo Renacimiento español, falsos desde la raíz hasta la copa. En mi casa no dominaba la severidad, ni la tiesura. El hálito bondadoso, pero taciturno, de mi padre quedaba compensado por el temperamento férvido de mi madre.

Ella era todo ojos para adivinar en los cambiantes de la cara de él sus deseos, sus preocupaciones, su estado. Y sufría, y se sofocaba y nos marcaba el ritmo de vida conveniente. «Que a tu padre le duele la cabeza». «Que tu padre está disgustado». Con esto le bastaba para atemperarnos. Especialmente a mí. Yo no sé si por docilidad de carácter o por una mayor percepción que mis hermanos para el dolor ajeno. El resultado es que desde muy niño aprendí a conocer el sentido doloroso de ciertas posturas y movimientos, como el de apoyar la sien en la palma de la mano, el buscar con los ojos el cielo estando bajo techado, o el producir con la lengua y los dientes de arriba un especial chasquido que vale por una

queja, por contenido ¡ay! Yo aprendí de niño a ver cómo la mirada se apaga y huye al fondo del ojo en los momentos de tristeza, dejándonos en una especie de abandono. Y aprendí a diferenciar en los besos si la carga que portaban era de efusión o de melancolía, de compromiso o de desesperación.

Mi padre tenía unas manos bien dibujadas y llenitas, de piel sonrosada y seca. Y su jabón les prestaba un perfume a cedro muy querido de mis naricillas infantiles. Este mismo perfume despedía su hermosa calva, campo de mis besos cuando me recostaba en el brazo de su butaca.

Todo esto sigue perteneciendo a la dinámica de la casa. De las amonestaciones recibidas en la infancia queda mucho, pero imagino que nos queda mucho más del ritmo doméstico. Si en una casa como la mía se habla poco, es lógico que se viva más de la mímica, las miradas, los gestos y las interpretaciones.

Esto, sin embargo, tiene el peligro de convertir a las personas en fantasmas. Yo no puedo asegurar hoy que mis padres fuesen tales como yo los veo ahora. Es posible que los describa guiado por un falso espejismo. Pero mi voluntad de captación es pura y la deformación habría que achacársela a la dinámica familiar.

Cuando yo era muy niño, mi padre salía a las diez de la mañana para su despacho, que estaba en la casa de mis abuelos paternos, en la antigua calle de los Mártires, que después se llamó de Moreno Mazón, por mi abuelo. En aquel sitio me impresionaban varias cosas: un ángel de Zurbarán que había en la pared; el teléfono, que como primitivo era más complicado que el de hoy, con un manubrio para llamar; las etiquetas para las botellas de vino que fabricábamos; los libros copiadores de cartas, cuyas hojas se humedecían y prensaban; la cara adusta de mi tío Miguel; el modo de hablar castellano del teutón señor Rudolfi; las maravillas caligráficas de mi padre y, finalmente, la actitud doliente de un empleado que, al verme, decía siempre: «Así podría ser ya mi niño».

Mis abuelos vivían encima de este despacho, en un piso señorial muy extenso y algo sombrío, con dos grandes salas, una amarilla y otra carmín, donde colgaban cuadros de Murillo, Juan de Juanes, un primitivo flamenco y otra porción de anónimos. De mi abuelo

conservo únicamente su aspecto: alto, seco y de cabello blanco purísimo. En cambio, su hermano, el que fue patriarca de las Indias y arzobispo de Granada, era el hombre más obeso que yo he conocido. En sus últimos años dejó de decir misa por no poder estar de pie y para moverlo en la cama hubo que recurrir a dos bridas o bandas que, extendidas bajo su cuerpo, eran levantadas por el ayuda de cámara en el momento oportuno y hacían dar media vuelta al arzobispo.

Mi abuelo murió cuando yo tendría cuatro o cinco años. Y dicen que le avisó su muerte san Pascual Bailón. ¡Quién sabe!

De mi abuela tengo más recuerdos. Era una típica malagueña, con mañas del Perchel, famoso barrio popular. Quiero decir que era graciosa e intencionada, de esas que sienten crecer la yerba. Junto a la sequedad hidalga de mi abuelo Miguel, resultaba pura sal y pimienta. Don Miguel había buscado siempre los títulos y llegó a labrar su escudo en la escalera de la casa, mientras ella, doña Josefa, se sonreía, teniendo en el arcón papeles que la acreditaban como descendiente de Pelayo, nada menos. Es muy posible que, como Castañeda, procediese de Asturias, pero su gente debía llevar muchos siglos en aquella tierra nuestra moruna, romana y gitana. Su libro de nobleza fue a parar a manos de la condesa de Valencia de Don Juan, y nunca se recuperó.

Durante los años de escuela infantil la visitaba yo diariamente, porque mi colegio quedaba cerca del despacho de mi padre y allí me reunía con él. La recuerdo con sus mitones, unos medios guantes de encaje que dejaban fuera los dedos, y con una peluca muy peluca, es decir, nada disimulada, cuyas ondas en torno a la frente eran de una simetría irritante. Después de los besitos de rigor, metía la mano en la faltriquera, donde sonaban las llaves con un sonido que ya sabía yo lo que significaba: moneda. Dicen todos que yo era su nieto preferido. Lo que yo sé es que veía en mí al primer nieto que podía continuar el negocio de exportación de vinos iniciado por mi abuelo.

De su casa, nos íbamos mi padre y yo a la nuestra, pero parándonos en las tiendas del joyero, del zapatero y del sombrerero. Esto duró hasta que me dejaron salir solo.

Mi primera salida solo constituyó un acontecimiento, un ensayo solemne. Se apostaron todos mis familiares en la ventana del

comedor para verme llegar al embarcadero, que se me impuso como meta. Salí muy de prisa en la dirección indicada. El terreno me pareció más ancho que nunca, más polvoriento y más lleno de accidentes, carros y hoyos. Acostumbrado a verlo desde arriba, me pareció un pozo donde me hundía. De pronto, sentí miedo de la gente. Vi una pareja de la Guardia Civil y eché a correr en gran parábola hacia la meta. Cuando regresé a la casa aplaudieron mi aventura y se rieron del miedo a los guardias.

Éste es el pasaje de timidez o miedo más antiguo en mi vida. Y fue de miedo a la gente. Miedo que no he perdido, a pesar de los años.

Acaso influya un poco en la timidez la dinámica familiar. En mí han podido siempre mucho las palabras, y creo que buena parte de nuestra vida sería otra si hubiéramos recibido a tiempo la palabra debida. Hablando una vez, con mi amor yanqui, del triste papel que haría yo en Norteamérica sin saber el idioma, lo cual anula casi por completo la personalidad, me respondió: «A tu edad no se hace el ridículo». Brava afirmación, estimulante. Quizás no muy verdadera, porque siempre quedan reflejos de timidez, aun en épocas avanzadas de la vida. A los cuarenta años puede ya el tímido darse perfecta cuenta de que la gente no es tan aguda, tan ágil, tan arriesgada, tan osada como para ser temida, pero nadie le quitará su orgullo o su sentimiento de inferioridad, que son los orígenes de su timidez.

La vida de mis abuelos maternos repercutió también en el ritmo total de mi casa. Ellos ocupaban el piso alto, como ya dije. Se llamaban don Antonio Villa y Choza y doña Luisa Corró y Ferrer. Él, oriundo de Bailén; ella, nacida en Málaga, pero hija de catalanes establecidos allí el primer año del siglo XIX. Don Antonio le llevaba a doña Luisa veinticuatro años. Se casaron de cuarenta y dos y dieciocho, respectivamente. Tuvieron a mi madre a los siete años de casados, y a mi tío Antonio cuatro después. Éste se casó también de hombre maduro, aunque no tanto como yo. Creo haber alcanzado el récord en mi familia casándome a los cincuenta y dos años. Y, por parecerme al abuelo, le llevo veintitrés a mi mujer.

Don Antonio murió a los ochenta y siete, cuando yo comenzaba el bachillerato, y hasta cuatro días antes hizo su vida ordinaria, de pasear largo por las tardes, recalar en la tertulia de un sombrerero

amigo, jugar solitarios, fumar muchos cigarrillos, liar picadura para ellos y repiquetear con los dedos marchas militares en la mesa camilla donde pasaba sus veladas. Era capitán retirado y propietario de unos olivares allá en Jaén, cuyas rentas jamás llegaban a Málaga. Casado con mujer de algún dinero, nunca gastó un céntimo que no fuese de su paga, unos cuantos duros que percibía de su retiro. Fue un hombre honrado, serio, leal, sobrio y cariñoso. Le gustaba criar palomas y regar las macetas cuando estábamos en el campo. Bebió vino en las comidas hasta el fin de sus días y llegó casto al matrimonio. Era buen católico y gozaba en las misas cantadas porque podía canturrearlas en voz queda. Le correspondían unos títulos nobiliarios que nunca llegó a sacar. Si no me equivocó, era marqués de la Villa de Jodar y señor de Bélmez y de Villarrín. Los papeles están en el archivo del duque de Almazán. Nació en Bailén, y en el año justo de la famosa batalla.

Me detengo en genealogías porque mi madre me las recordaba siempre que yo aventuraba ideas liberales y democráticas, disonantes en aquel ámbito doméstico.

De doña Luisa, mi abuela, tengo dos estampas muy distintas: de señora muy padecida y de joven abuela hermosa y activa. En los últimos años estaba hinchada de piernas y de vientre y su vida se redujo a salir de la cama para sentarse en la butaca y levantarse de ésta para desplomarse en aquélla. Por entonces fui yo su compañero. Habiéndose quedado sola por muerte de mi abuelo y casamiento de mi tío Antonio, me pasaron del piso de los niños al suyo; y allí viví hasta mi salida para Madrid. Disfruté aquel tiempo de ancho cuarto para trabajar y de un dormitorio con vistas al puerto. En aquella amplitud y con una persona impedida, comencé a dibujar y a modelar en barro, tomándola por modelo. Le hice un busto que todavía conserva mi tío. Hice, además, una figurita de santa Rosa para mi hermana de este nombre, una cabecita de mi hermana Concha, un retrato mío caricaturesco y una talla en un bastón. Estas obritas me valieron un regalo: el *Repertorio estatuario* de Salomón Reinach. Desde entonces no he vuelto a modelar ni a tallar.

Pero recuerdo a mi abuela antes de llegar al estado de decrepitud, como mujer activa y hermosa, fresca de tez y con ojos muy

vivos. La recuerdo sobre todo en la finca de campo, entre macetas, rosales y arbustos que ella podaba y cuidaba con cariño. La recuerdo con su bata clara y almidonada, yendo a la despensa y a presenciar la solemne matanza del cochino que precede a la Navidad; la recuerdo haciendo sus antipendios de malla para los altares de la iglesita de Churriana, o preparando jaleas, borrachuelos, guindas en aguardiente y otras cosillas castizas para la boca española.

La dinámica general de mi casa, según llevo dicho, era sosegada, salvo en el piso de los niños. Mis padres no daban voces ni se peleaban, tenían maneras correctas y costumbres tranquilas. Si salían juntos, era para ir al teatro o a casa de mis abuelos paternos. Mis otros abuelos, los del piso de arriba, también eran gente normal y tranquila. Nosotros nos criamos felices y sanos. Y, sin embargo, yo notaba y noto mejor ahora que presidía un espíritu de temor suave en aquella casa y que esto le restaba impetuosidad a la juventud.

Pensando seriamente en este fenómeno, he acabado por dar con la clave. Lo que unificaba el ritmo de mi casa era la presencia constante de la muerte.

Y no se trata de nada imaginativo, ni místico. Mi padre cayó mortalmente herido cuando yo contaba cuatro o cinco años de edad. Sufrió lo que la gente llama un ataque al cerebro. No recuerdo de aquello más que una frase de mi madre: «Venía por la calle arrastrando el pie izquierdo». Es decir, no; recuerdo también, borrosamente, la figura de mi padre abatido, sentado en un sillón de ruedas y con los pies vendados. Se los habían metido en agua hirviendo, por puro aturdimiento, y se le habían formado unas ampollas dolorosas.

Aquel ataque duró lo que duró, no sé cuánto. Pero lo que no se separó jamás de mi padre fue la imagen de la muerte. Y, al no separarse de él, no se separó de nosotros. Alguien tuvo la perniciosa idea de decirle que tales ataques se suelen repetir a los diez años. Y el pobre comenzó a contar desde entonces los días que le quedaban de vida. Cada dolorcito de cabeza, cada pequeño malestar del hígado operaba en su ánimo como anuncio del fin.

Esto influyó decisivamente en la dinámica de la casa. Tener no sólo consciencia, sino presencia de la muerte, verle asediado por

ella, nos impuso a todos una medida en los movimientos, un freno en las acciones y en las palabras que acabaron por convertirse en hábitos imborrables. La misma acentuada religiosidad que veíamos en él, nos afirmaba en su preocupación. Le veíamos rezar, concurrir a las iglesias dos veces al día, costear misas, hacer votos de renunciar durante un año a tales o cuales cosas apetecibles. Mortificarse, en suma, para enternecer a la Divinidad.

Todo esto lo mandaba la muerte; y yo puedo afirmar hoy que en casa hubo siempre una dinámica especial, una dinámica «amortiguada» o mortecina, operante sin duda en mi espíritu, en mi concepto de la vida. Yo debí de empezar a creer que la vida es un estar rodeado de muerte. Que las cosas y las personas despiden muerte. Y que lo mejor para defenderse era la quietud, la no intervención en nada. Pasar desapercibido para la casa y para la gente de fuera, para el cielo y para la tierra. Comer y dormir en silencio, besar quieto, no golpear las puertas, no meter mano en nada que pueda descomponerse y requerir auxilio, no acometer cosas que causaran preocupaciones a los demás, responder con sonrisas en vez de palabras y reservar todas las facultades para gozar de lo intransferible, de esta hora de sol que se recibe como si uno fuese planta, de esta brisa marina que se absorbe como si fuese arenal desértico y de estas hojas de un libro que me van erizando los vellos de la piel.

Cohibición y voluptuosidad; éstas fueron en mí las consecuencias de la dinámica regida por la muerte.

III

DOSIS CAMPESTRE

Mi familia tenía una finca de campo a ocho kilómetros de Málaga y en ella pasábamos los veranos y las vacaciones de Navidad. Lo que dulcifica o humaniza el campo se descompensa con lo que endurece o enfriera la capital. Nunca agradeceré bastante a mi familia el haberme puesto de niño en contacto periódico con la bucólica rusticidad, con el riego y la trilla, la cepa de la vid, el carretero, el zagal, el arado, el guarda, el jardinero, la mazorca del maíz, la higuera, y, en suma, con todos los frutales y todas las plantas bravías, las rocas, los regatos y las noches cuajadas de estrellas y de sapos filarmónicos. Al campo debo parte de lo humano que yo tenga. Y entiendo por humano, atención lenta y cariñosa para todo.

En el campo el hombre es lento en sus palabras y en su trajinar. Habla con lento cariño a la bestia, como con lento ritmo, a sabiendas de que las cosas le aguardan sin prisa. El mero hecho de liar un cigarrillo al modo aldeano, crea un ambiente de tranquilidad alrededor. A cuarenta años de distancia, se yerguen ante mí aquellos labriegos o campesinos que se llamaron Pepe, *el Largo*, Curro y Palma, como prototipos de la hombría y la corrección. Se me aparecen ungidos de respeto, porque respeto es lo que inspira siempre la pericia, aunque se trate de cavar, de conducir bueyes o de vigilar la finca.

En el campo hay tiempo para lo más inverosímil: para ver cómo está hecha la flor del chirimoyo, para contemplar e interpretar los movimientos de los insectos, para mirar con envidia la soltura envidiable de los pájaros, para quedarse sentado en lo alto de una rama viendo el temblor del aire en el riguroso verano. Hay tiempo para seguir en su curso diminuto cualquier hilillo de agua escapado de la acequia; para ver cómo hace gimnasia sueca la lagartija, cómo atrapa moscas la araña, cómo va derivando la sombra de la casa según camina el sol. En el campo se aprende con lentitud a conocer las clases que hay en el reino de las plantas, porque en este reino hay también su aristocracia, su clase media y su estado llano: las flores, las legumbres y las yerbas. Y hay su gente maleante: las yerbas venenosas y las parásitas. Y gentes caritativas, que

se llaman plantas medicinales, sedantes, aromáticas; y gentes estimulantes y hasta alocadas, que nos atacan a los nervios.

A ese tiempo largo, sin puntos ni comas, que nos ofrece la vida en el campo, se debe el poder saborear la crepitación de los leños en la chimenea y el silencio del humo blanco, alma seráfica de los troncos, que sale por la pipa de los tejados.

Pero lo más importante para el espíritu en esa largura del tiempo campesino es la sensación de amplitud y de eternidad que tiene cada segundo y cada latido del corazón. Parece que vivimos mucho en poco y que todos nuestros sentidos se han limpiado y pueden percibir con nitidez las menores alusiones de la naturaleza.

No puedo decir que le debo al campo la mayoría de mis conocimientos, pero sí los más sabrosos y fundamentales. ¡Qué larga asignatura o libro de estudio tenemos en la vida campestre! Mirar bien lo que come el campesino, cómo lo come, lo que le cuesta, cómo duerme, de qué habla, en qué sueña, cómo se divierte. Ver al que trenza los espartos para hacer tomiza, mientras camina o mientras habla. Fijarse en lo que pesa el arado o la azada. Coger el palustre para alisar la mezcla en la superficie de un muro. Ensayar a poner un esqueje con ayuda del amocafre. Seguir con los ojos las tijeras jardineras que igualan poquito a poco las molduras de los cuadros.

En el campo vi la primera mujer abultada por la maternidad y las acometidas genésicas de los animales. Todo es franco y natural, sencillo y noble en su ambiente. El nido no quiere ser más que nido y los pajaritos son de verdad pajaritos. Esto que vemos es una madriguera. Esto es una cama de ranas. Y así, en un dos por tres, hemos aprendido cómo se vive en el aire, en la tierra y en el agua.

Mi devoción al campo no debe, sin embargo, falsearse. Hay un mito del campo, como de muchas otras cosas; y en estas páginas no busco mitos, sino huellas. Levantar con mesura los velos del tiempo, para sorprender intacto lo que el campo grabó en mi carácter, es mi único propósito. Y al verificar esta operación veo claramente dos huellas: lentitud para gozar observando y conformidad con los misterios y movimientos de la vida. Fe en mis observaciones y, al mismo tiempo, duda y renuncia intelectual ante una porción de oscuridades. Fe y superstición, en suma.

A estas dos cosas debo mis pequeños éxitos y mis fracasos. En todas partes y en toda labor puse fe porque confiaba cándidamente en mis facultades, pero sin olvidar que el éxito lo marca el destino, pues aprendí del campo que la sementera se logra si llueve, si quiere Dios que llueva, y que los designios de éste son insospechables. Así, en mi vida de joven y de hombre hice siempre mis cosas lo mejor que pude, pero con la convicción de que podría juzgarlas un hombre avisado o un tarugo, de lo cual dependería por el momento el éxito de mi trabajo.

Claro es que las dos huellas impresas por la vida campestre no son las únicas que presenta mi carácter. Junto a la lentitud para observar y junto a la conformidad con el misterio, junto a mi fe y mi superstición, veo en mí mucha inconformidad, mucho apresuramiento, mucha duda, incluso de la superstición. Pero estos rasgos tienen otras raíces, que tal vez encuentre en el camino que voy abriendo.

De momento sigo con las influencias del campo. Insisto en la superstición. De una manera más o menos clara, ella hace acto de presencia en casi todos los pasos importantes de mi vida y en muchos de los corrientes. Allá, en el campo, se saca el santo a pasear para que llueva o para que se aleje la tormenta. Allá se tiene fe en la oración o discurso que se le espeta a la sencilla mata del torvisco, a eso del amanecer, para que aleje unas calenturas. Pues bien, acá en la ciudad, como el hombre sigue sin saber por qué nació Caín, o el fraticida, ni por qué nacen mujeres infecundas, seres monstruosos, moscas y otras bienaventuranzas, pone su fe en cualquier cosa fortuita, en el color de la corbata, en el pie con que sale a la calle, en algo que llevaba encima cierta vez que tuvo éxito. Estas supersticiones son, por su calibre mayor, impropias de las personas cultas, pero estas personas tienen también las suyas, aunque más veladas, pudorosas o hipócritas. Y yo, las mías. Cuando, ahora poco, los horrores de una revolución y de una guerra impía rompieron mi ya larga trayectoria vital, dejándome en el mundo como el primer día de mi lucha por la existencia, se irguió delante de mí como salvadora excusa *el misterio*. Las razones de la hecatombe se pueden registrar una por una, pero siempre quedará un rabo por desollar, un misterio por descubrir. Con las mismas piezas de ajedrez gana y pierde en el mismo día un buen jugador.

La enseñanza más grande que debo al campo —casi diría que mi salvación— es la fe en el trabajo individual. Allí vi que el hombre podía con sus manos dirigir el rumbo del agua, enderezar el árbol, levantar una pared, ordenar las plantas, fabricar una herramienta eterna y sencilla, vivir con poco y gozar de una porción de cosas que no cuestan nada.

En el campo se acrecentó mi amor por el aislamiento. Tener una parcela de algo y cultivarla con esmero, atentamente, es lo que me puede salvar o dignificar.

Pero el aislamiento no gusta a la gente, lo interpreta como signo de egoísmo y de pereza. Muchas veces, cuando más activo andaba yo en mis adentros, comparando, deduciendo y despegándome de una realidad para subir a otra, penetraba en la sala un pariente y me decía: «¿Qué haces ahí, perezoso?». Aquella pregunta yo la sentía como una agresión que me nublaba de sangre el cerebro. La mejor respuesta hubiera sido tirarle una silla a la cabeza. Porque ¿cómo explicarle que mi pereza, como la del campesino, es una pereza activa y que de mi egoísta apartamiento quería sacar mi trabajo y mi contribución social?

Con el tiempo fui comprobando que no existen lagunas de ocio en mi vida. Mis actividades no me han enriquecido; mi trabajo continuo en una o varias cosas, no me ha reportado estabilidad económica o un tranquilo bienestar; esto demuestra que la índole de mis perezosas actividades no era egoísta ni iba en perjuicio de nadie. Lo que he hecho redundará en beneficio de los demás; unos cuantos libros que, aun los peor escritos, servirán para no volver a caer en mis faltas; y una porción de artículos, pinturas, dibujos, lecciones y conferencias.

Muchas veces he visto al campesino tendido a la bartola o con los brazos cruzados; semanas enteras de temporal en que no salía de casa; y, sin embargo, llegado el tiempo, la uva y la aceituna cuajaban en la cepa y en la rama, brotaban la mazorca de maíz y el tomate, florecían los rosales y se amontonaba el trigo.

La sala de la casa de campo donde me sorprendían ocioso mis parientes, era muy del gusto romántico, muy del 1840. Sobre un largo sofá de estilo imperio, un óleo con el retrato de mi bisabuelo don Luis Corró de Bresca, el catalán, vestido de levita negra y

corbatín. Delante del sofá, una mesa de tresillo, fina de patas y con filamentos de cobre embutidos. A un lado y otro, butacas de cualquier tiempo, y, adosadas a las paredes, sillas, una consola y otra mesa donde dormía, bajo su urna, una *Magdalena* en una cueva como de chocolate, varias litografías de *Pablo* y *Virginia* y unas acuarelas pintadas por mi madre en sus años de colegiala.

Toda la casona de campo era anchurosa, equilibrada de luz, fresca y ventilada. Su centro era un gran salón de distribución, solado de grandes losas de mármol, azules y blancas, perfectamente asentadas. Todo el techo lo cubría una parra pintada al óleo por un italiano anónimo, que puso entre los racimos algún detalle zoomórfico y humorístico: un gato y un lagarto. Del salón se salía a una galería cubierta que, con dos alas del edificio, formaba un patio abierto por el frente hacia el jardín primero, semicircular. En éste, sobre graderías para macetas, se destacaban unos grandes bustos de emperadores y poetas romanos. De él se pasaba a la huerta y a otro pequeño jardín. Desde la calle, abierto el portón, se filtraba la vista a través del zaguán, la cancela forjada en 1874, el salón, el patio abierto, el jardín y la huerta, topándose al fondo con un portón pintado de almagra que daba al campo, al viñedo y al olivar.³

³ Ya en 1925, Moreno Villa había descrito las características del patio y jardín de la casa de campo familiar en su estudio «Fisonomía del caserío malagueño», publicado en *Archi-vo Español de Arte y de Arqueología*, Madrid, septiembre-diciembre de 1925. Allí escribe: «Al patio se sale por una estrecha galería de robustos pilares y, al jardín, por unos arcos aéreos empenachados de jarrones de tipo Imperio. El jardín es semicircular, y su semicírculo queda trazado por dos filas de poyos escalonados, una fina verja y unos pilares que alternan con bustos de personajes romanos. Todo lo arquitectónico es allí blanco, de cal, menos la verja y los remates. Lo extremadamente luminoso de la cal contrasta con los verdes profundos y sordos del boj, del níspero y de los cipreses que forman un cenador fuera del primer jardín. Es forzoso reparar en las fuente-cillas centrales, en los arriates y atarjeas para diferenciar estos jardines; así como en el sentido de la línea y del color con que están utilizados los árboles y las flores. Hay paseos enteros de granados y chirimoyos entre acequias que bordea el almoraduj, y hay grandes yucas, bizarras y hostiles como bayonetas, junto a pomposos rosales y blandas cenefas de romero. La paleta impresionista nos parece aquí pobre y delirante. No pudo ninguna paleta unir tanta vibración de color distinto y tanta claridad de forma. Se comprende que todo esto no podía salir a la cara. Harto hizo el genio popular con recurrir a las fachadas de colores y a las cenefas. A veces, el rosa de una de ellas refleja bastante la alegría interior, y las barandillas y rejas el sentido lineal y decorativo de los jardines».

Resultaba una casona clásica por su simetría, romántica por su mobiliario y andaluza por su ventilación, su sombra luminosa y sus flores. En cada pedacito de ella encuentro hoy un nerviecillo de mi sistema y un germen que luego he desarrollado. Le debo más que a todos los colegios, universidades y libros. Le debo el claro oscuro, el aire, el tono y la sensualidad.

A mi padre no le gustaba el campo; a mi madre, sí. Al aproximarse el estío, siempre nos mortificaban las mismas dudas: ¿iremos, no iremos? Alguna vez triunfaba el deseo de mi padre, y no íbamos. Mis hermanas se ponían muy contentas, argumentando que la capital era más divertida, con más gentes y más cosas que ver. Mis argumentos en contra no valían de nada.

El campo lo disfrutábamos mi madre y yo. Desde las primeras horas de la mañana comenzaba nuestro silencioso saboreo del ambiente. Nos sentábamos en la galería baja del patio abierto al jardín, donde mi madre cosía o regaba las macetas de hortensias, mientras yo dibujaba o leía. El aire, airecillo fresco a las nueve de la mañana, se iba calentando poco a poco y, a eso de las doce, había que buscar la sombra de los chirimoyos. Mi madre prefería una silla baja o un banco de madera; yo, una mecedora o una larga butaca de mimbre o paja tejida. Ella solía tener unas tijeras en las manos, para cortar flores o para podar de ramitas secas los arbustos. Si no había de qué tratar, regaba la mirada con sosiego buscando motivos de acción. Yo miraba también, pero como buscando los motivos de ensoñación.

De repente venía el jardinero, que era muy conversador. Le llamaban «Castelar» los del pueblo. O bien surgía una voz bien entonada, en el lavadero, en un árbol del huerto vecino, o allá en la trilla.

El jardinero discurría siempre sobre los mismos temas: el sabor y el precio de las frutas, la época de las flores, las enfermedades de las plantas, el aspecto del tiempo, las cosas del cura, del sargento de la Guardia Civil, el médico y el barbero. De vez en cuando, para mayor encanto nuestro, relataba algo de fantasmas y apariciones, o de las costumbres de la culebra, que venía de noche a la cama de las mujeres y les sorbía la leche como si fuera un crío.

Estas charlas se interrumpían a cada paso por la llegada de alguien: la cocinera, que quería algo de la despensa; el campesino, que nos traía un canasto de brevas o de uvas; Wenceslao, el lejano pariente que podría llamarse «el cronista de la familia»; el quin-callero o la gitana que vendían puntillas y randas; el hombre que componía sillas desfondadas. Pero ninguna de estas interrupciones era violenta. La prisa y la violencia quedaban en la capital.

Mi madre se sentía tranquila en la finca porque nos tenía a todos dentro de su extensión, en la casa, en el jardín, en el huerto, o en la viña o la era, entre gentes campesinas de largo conocimiento y trato con la familia.

Mis recuerdos del campo abarcan edades muy diversas. Cuando era muy niño, hacía caminitos para la carreta de madera o el cochecito de metal que nunca llegué a poseer; cosa que me duele todavía. Los juguetes se han abaratado después. Yo me los hacía de madera. Fabricaba bueyes y caballos, sumamente elementales, con ayuda de un serrucho y de un martillo.

Algo más tarde, mis entretenimientos campestres fueron regar, trepar a los árboles, zambullirme en la gran alberca, trillar, cavar, hacer un huertecillo, donde sembraba y quería ver al día siguiente los productos de la siembra.

Más tarde aún, en plena adolescencia, mis entretenimientos eran leer y dejar la lectura para escuchar un pájaro o disfrutar de un aroma que pasaba; subir al tomillar, que estaba al pie de una sierra; montar en un carro, que tirado por un viejo mulo nos llevaba al mar, distante cinco kilómetros; ir a dibujar o a conocer las fincas circunvecinas: El Retiro, La Cónsula, La Gamera.

Cada hora del día me brindaba un deleite. La hora fresca de las mañanas veraniegas, tan limpias para los ojos y las narices; las horas caliginosas del mediodía, tan cargadas de sensaciones acústicas por el rumor de los insectos y del agua en los regatos y las fuentes; las de la tarde, con su invitación al paseo, la llegada de coches de la ciudad, la diligencia, el recadero que traía los periódicos y los encargos; las de la noche, las más difíciles para mi padre y mis hermanas, porque no sabían qué hacer. A estas horas nos sentábamos en la puerta a ver salir las estrellas, levantarse el fresco

y regresar las piaras y los rebaños. Casi no hablábamos, y esto me permitía paladear el tiempo, pensar que aquello iba a durar siempre, que mi padre seguiría viniendo todas las tardes desde Málaga, que yo no envejecería y podría disfrutar de aquel ocio cálido, de aquella inmersión en una atmósfera de paz, luz, armonía, aromas, recuerdos, sonrisas, anécdotas y seres queridos.

Nunca olvidaré, cuando del campo y de los pueblos provincianos se habla, esta frase de un viejo amigo: «Quise sacar de Madrid a mis hijos y traérmelos aquí para que aprendan a ver las cosas en sus orígenes. En Madrid, lo que aprenden es abstracto: beben la leche sin ver que sale de la ubre de la vaca; comen pescado sin haberlo visto salir del mar. Y así tantas cosas».

IV

DOSIS MARINA⁴

Cuando uno principia a vivir se ve en un futuro próximo como algo que va a ser grande, y cuando uno comienza a declinar, se ve muy pequeño, acaso más pequeño de lo que es.

Estos engaños ópticos no sorprenden a los que hemos nacido junto al mar, a los costeros. Yo, al menos, me familiaricé muy pronto con los tamaños falsos que presentan los buques en la lejanía y en la proximidad. Vistos desde tierra, en la línea del horizonte, son poco mayores que un punto y, vistos en el puerto, son excesivamente grandes. Con los años y los viajes se convence uno de que en el mar no son chicos ni grandes, que cualquier tamaño es bueno si el barco está bien construido. Los mayores trasatlánticos son cosa leve y diminuta en medio de los anchurosos mares. Ningún barco pequeño, por pequeño que sea, es insuficiente si tiene condiciones marinas y un buen capitán.

Yo nací un día de tempestad, a eso de las tres de la tarde. Muy cerca de mi casa, a cuarenta metros, se perdió un bergantín, deshecho contra el rompeolas.⁵

Cuando mi madre me contaba esto se me ensombrecía el alma, quizá por superstición. ¿Qué significaría ese naufragio en mi vida? ¿Auguraba algo? Considerando que las tempestades no son frecuentes en Málaga, subía el valor del signo; si es que lo era. Afortunadamente, no llegó a ser idea fija en mí, ni mucho menos.

⁴ Publicado, en dos entregas, con el título «La dosis marina», en la revista *Nadie Parecía. Cuaderno de lo Bello con Dios*, dirigida por Ángel Gaztelu y José Lezama Lima, núm. VIII, La Habana, agosto de 1943, [págs. 4-5], y núm. IX, La Habana, noviembre de 1943, [págs. 3-4]. La primera entrega, de agosto de 1943, va desde el comienzo del texto hasta el final del párrafo «Cuando alguna vez he oído decir a los turistas fugitivos...», y debajo del nombre del autor se especifica: «México, 1942». La segunda entrega, de noviembre de 1943, concluye el texto desde «El de Málaga tiene brillo...» hasta «Le había convertido en bruto, en bestia».

⁵ Para más información sobre el naufragio del bergantín *Valladores II* en las playas de San Andrés debido al fuerte temporal que azotó el puerto de Málaga, pueden consultarse las detalladas y minuciosas crónicas publicadas en *La Unión Mercantil* de Málaga los días 17, 18 y 19 de febrero de 1887.

En estas horas de introspección que dedico a los socavones de mi vida ha surgido aquel naufragio como surgirán otras cosas que en este momento yacen en la oscuridad todavía. Las cosas que debo a la marina, a la playa y al mar. Porque resulta que yo he vivido mis primeros dieciocho años en un escenario marino; antes que hombre de tierra adentro he sido hombre y niño de mar. Y de mar de Málaga, que comienza a ser diferente de otros mares en el color del agua, y en el sabor y la clase de los peces. En muchos lugares del planeta se conoce a Málaga por «la tierra de los boquerones». Y si se la conoce también por sus vinos, convendremos en que es sitio tan original en sus playas como en sus montes.

Lo más antiguo que yo recuerdo de la playa es el olor. Y siempre que he vuelto a Málaga, cuando todavía me faltaban kilómetros para llegar, me he asomado a la ventanilla del vagón con el ansia fuerte de oler la playa. Frescura tónica; de yodo y brea difundidos en la vagabunda brisa.

En la playa conocí el dolor del trabajo. De un trabajo idéntico al de los apóstoles, los pescadores hebreos elegidos por Jesús. Porque el modo de sacar las redes, lo que se llama en aquel país «sacar el copo», es idéntico al de los antiguos egipcios, y es de suponer al de los judíos.

Mis recreos en la playa consistían en manosear la arena caliente, hundir mi mano en la arena, sacar un puñado y desgranarlo en el aire. Me recreaba también examinar las formas del erizo y de la estrella de mar, tan distintos en forma y color. Me recreaba comparando las variedades de conchas. Pero lo que me llegaba más hondo era el movimiento del agua en la orilla, aquel jadeo, aquella especie de respiración casi humana, aquel pequeño empuje seguido del pequeño retraimiento, productores de un ritmo acompañado que me embriagaba.

Yo no tuve amigos o conocidos en la playa, como los tuve en el campo, pero a simple vista diferencié desde niño al hombre del puerto y al hombre de playa, al cargador y al pescador. El hombre del puerto era bronco, duro, pendenciero, agresivo; el pescador hombre callado, lento, sufrido, humilde, en general. Siendo ambos tipos costeros, el pescador se puede emparejar con el labriego, mientras que

el cargador, estibador, barquero de escalerilla y demás hombres de puerto, son productos capitalinos, y ya dije que la capital enfiereza.

Yo viví entre unos y otros. Les olía, les seguía en sus movimientos, me enteraba de sus instintos. Los cargadores, los arrumadores, los estibadores, formaban corros en el muelle cuando no tenían trabajo; y con las manos atrás o con los brazos cruzados afirmaban sus troncos hercúleos, con aire de desafío. Confieso que mis simpatías iban hacia los pescadores alejados del muelle y lindantes con el campesino. Porque había también pescadores feroces, los que trajinaban en el barrio conocido por La Pescadería, donde el hedor y las voces me repugnaban.

Los productos marinos acumulados son oponibles a los productos del campo. Llegan a ser hediondos, mientras aquéllos pueden ser fragantes. Y aquí vuelve la diferenciación por el olfato que tanto me sorprendió de niño. Cualquier ciego puede saber si está en un tomiillar y en una huerta, o en una pescadería. Y es que el mar encierra vidas, mientras el campo exhibe «naturalezas muertas». Y lo que es vida tiene una putrefacción más nauseabunda que lo no animal.

En el último año de estudios del bachillerato nos llevó el profesor a un lugar muy cerca de Málaga, a seis o siete kilómetros, y nos mostró unas ruinas fenicias, unos muros en el suelo que no nos decían nada. Pero él nos explicó que eran restos de fábricas de salazón. Este primer contacto del niño con la historia viva le llegó muy hondo. El niño pensó en los siglos que Málaga llevaba viviendo en parte de lo que sacaba del mar. Comprendió que el mar es riqueza, más riqueza que una mina de oro, por ser inagotable. La mirada interna del niño se fue hacia un pasado más lejano aún, hacia los primeros hombres que sentaron el pie en las playas de Málaga. Y tuvo la primera impresión de la continuidad de la vida. Años después, viendo estatuas fenicias y romanas, volvía sobre aquella impresión y consideraba las figuras como reales antepasados suyos, como parientes lejanos que habían luchado con el mar y con los hombres en aquel pedazo bellísimo de tierra que se nombra Málaga.

Tierra vieja, de muchas civilizaciones, de mucho flujo y reflujo. Si escalaba las ruinas de la alcazaba para divisar el mar desde lo alto, me inundaba el cuerpo una sensación de lejanía y de

hundimiento, una verdadera inhibición, tan sabrosa como caliente. Pensaba en los moros que se pasearon por estas callejas y se asomaron a estas mismas ventanas cuando todavía no existía la saliente de tierra en que se afincó mi casa. Y pensaba que también aquellos moros dejaron sangre en la ciudad y que alguna gota de ella corre por mis venas.

En cambio, cuando en vez de subir a la alcazaba me iba a la llamada «casa de botes» para lanzarme a remo en la bahía y fuera del puerto, como los esquifes eran de traza inglesa, pensaba en la vida sabia de los ingleses radicados en Málaga, en los sitios más estratégicos por su belleza. Todo lo inglés me parecía limpio y distinguido, empezando por el cementerio, que resultaba lindo jardín en vez de hacinamiento monstruoso de templete falsos, losas coruscantes y selva de cruces de todos tamaños.

Cuando alguna vez he oído decir a los turistas fugitivos: «En Málaga hay poco que ver», he contestado: «En veinte años no se aprende a ver lo que allí hay». Y me daban ganas de continuar diciéndoles: «Solamente el mar y su acción sobre las cosas y los hombres basta para entretener una vida. Porque el mar es algo más que un escenario para los ojos. No es el agua que comienza en la orilla y sigue más allá del horizonte; es también el yodo que desprende y, a caballo sobre el airecillo juguetón, se cuela por los ramajes, las rejas, las callejuelas y penetra hasta la catedral. Cuando el aire sopla de Levante, es decir, del mar, parece que llegan hasta el centro de la ciudad los ostiones, las almejas, las coquinas, cien pescados y mariscos sabrosos, y que se nos acercan las velas hasta flamear en nuestro costado. El mar está en nuestra vida como una solera imborrable. Si la gente caracolea en su andar y en su lenguaje, se debe al mar; si gallea y se encrespa, se debe al mar; si es remolona, se debe al mar; si es fantástica, se debe al mar. A este mar, no a otro. Porque hay tantos mares en el mismo Mediterráneo, como puertos de mar».

El de Málaga tiene brillo durante el día. El sol sale del agua y se zambulle en ella casi todo el año; de aquí su permanente reflejo en el pecho rizado o movedizo del mar. Cuando yo he estado en otras ciudades costeras orientadas al norte, donde el sol no juega

sobre las aguas, sino a espaldas del caserío, he pensado siempre que el mar allí era ciego.

Mar de ojos vivos, centelleantes, risueños y azules el de Málaga. A todo el que le embelese el juego de las llamas en la chimenea tienen que embelesarle las danzas, cambios, evoluciones y cabrillos del sol en una superficie sensualmente movediza, voluptuosamente rizada.

No sabré recordar todas las cosas del mar que han contribuido a la formación de mi carácter. Por lo pronto, quien vive en la costa, en un puerto, nota enseguida que vive en la frontera de dos elementos: tierra y agua. Irreductibles los dos, pero obligados fatalmente a permitirse ciertas intromisiones mutuamente. Así, el farol de tierra se adentra en el mar y recibe el nombre de faro o farola. (Son curiosos en castellano estos femeninos que indican mayor tamaño que el masculino: farola mayor que farol, cuenca mayor que cuenco, hueva mayor que huevo, etc.) El encanto de la farola es que se refleja en el agua y que aparece cimentada en el mar. Su encanto proviene también de que, siendo en realidad un farol, se ha transformado en algo sui géneris, por adaptación al medio en que vive y a la misión que cumple. Tiene algo de torrecilla; pero una torrecilla cuyo remate luce de noche y hace guiños gracias al giro del fanal coloreado.

Darse cuenta de esto, de que el farol urbano tiene, para ser marino, que adaptarse al nuevo medio; darse cuenta de que tal adaptación es un fenómeno fronterizo, puede ser de gran importancia para el niño, sobre todo si ha de trasladarse un día a otros países, a otros medios, como me sucedió a mí.

La farola de Málaga ingresa en el mar sobre una de las dos piezas que forman el muelle. A lo largo de estos malecones hay escalerillas para bajar al agua. El muelle y las escalerillas son cosas fronterizas también. En éstas se toman las lanchas, que son como los taxis del puerto. El muelle, por su parte, es como una fortaleza marina, una obra de ingeniería para defenderse de los ataques del mar. Aquí la tierra se mete en el agua, abusivamente, con el pretexto de hacer un amparo (muy objetivo) a las naves que vienen.

Por este y otros casos se ve que la tierra saca más partido del mar que el mar de la tierra. Lo que se debe, naturalmente, a que el hombre donde reside es en la tierra. En el mar está de paso. Los hombres de estos parajes fronterizos echan sus basuras y aguas residuales al mar, le roban a éste sus habitantes y se los comen, construyen en sus límites balnearios y se zambullen en sus aguas. No cabe duda de que es preferible tener al mar por frontera que a una de esas naciones en que se divide el mundo.

Con mi padre y mi tío Antonio recorrí muchas veces de niño los muelles y los malecones o espigones. Más tarde, cuando era estudiante, los recorría con mis amigos o solo; a veces me sentaba a leer en las peñas del rompeolas, en medio de un sol, un aire yodado y una sensación de inmensa plenitud.

Bordeando los muelles veía la vida interna de los faluchos y me imaginaba que los marinos eran hombres de otra especie, que se guisan sus comidas y que tocan acordeones melancólicos. También entonces me daba cuenta de estar en terreno fronterizo. Cada vapor o cada barco de vela me ponía frente a tipos humanos diferentes: suecos y noruegos, holandeses, ingleses, franceses, alemanes, griegos... Tipos rubios, altos y fornidos, tipos nervudos y de tez oscura, tipos chaparros y ágiles.

Alrededor de estos hombres se mueve una clase de individuos perteneciente a la picaresca que en Málaga se llaman «pimpis» de escalerilla. Son como guías de la mala vida. Acompañan a los marineros por tabernas, garitos y lenocinios y hacen sus pequeños contrabandos de tabaco.

A pesar de vivir yo tan inmediato al puerto, una sola vez subí a uno de los vapores surtos en él. No me atraían; me inspiraban repugnancia. Y esa vez que subí fue para conocer a un capitán inglés que nos traía zapatos ingleses y americanos a mi primo y a mí. Recuerdo su angosto y oscuro saloncito, los sabrosos tabacos rubios y la *ginger ale*. Pero ya entonces tenía yo mis diecisiete años y estaba próxima mi salida de Málaga en barco, es decir, estaba próxima la iniciación de los cortos y largos viajes por mar que había de hacer.

Los niños ven mucho más de lo que se imaginan sus padres. Tal vez no penetramos en el significado de las cosas, pero ellas se nos

quedan grabadas para siempre. A la edad que tengo veo como ayer aquel primer muerto, cosido a puñaladas, tendido a tres metros de mi casa en un charco de sangre. Como veo la cara de la pobre María, la portera, cuando le mataron a su marido entre las pilas de barras de plomo que él vigilaba de noche en los muelles. Plomo de Almería.

Y es que la orilla o frontera marina no es sólo belleza, es drama también. De hombres con hombres y de hombres con la fiera del mar. El nuestro, manso casi siempre, se irritaba de vez en cuando, «se le hinchaban las narices». Yo vi estrellarse el *Gneisenau* —barco escuela de guardiamarinas alemán— en las escolleras, un día furioso que rompió éstas por dos o tres lados.

Yo creo que a mis hermanas les atraía mucho más que a mí el aspecto dramático de los alrededores de casa, llenos de trabajadores del muelle, carros romanos, de dos ruedas y un caballo, tabernas donde cantaban y reñían los marinos que bebían sin tener en cuenta los grados de alcohol de nuestros vinos. Ellas se pasaban horas y horas sentadas detrás de las persianas mirando aquel trajín dramático de discusiones, amenazas y luchas. Cuando salían a relucir las facas, huían despavoridas y yo me acercaba entonces a ver, aunque como en los toros, cerrando los ojos en el momento del «viaje» o embestida.

De nada de esto sabían los malagueños del interior. Ellos no vivían la frontera. No compartían sus bellezas ni su patetismo. Yo me deleitaba mirando el flamear de las banderas y los banderines, pero me intranquilizaba e irritaba cuando veía entre dos luces luchar a un pobre guardia municipal con un puñado de marinos extranjeros borrachos que le despreciaban olímpicamente vociferando, cantando, denostando a la autoridad y pataleando. Lo uno y lo otro me hacían presumir que la vida era incoherente y monstruosa al mismo tiempo que encantadora. Y que lo más monstruoso provenía del hombre, no de la naturaleza. No me amedrentaba el mar furioso, pero sí el hombre enajenado. Con el tiempo confirmé este modo de sentir, llegando a la conclusión de que lo más terrorífico para mí es un hombre-bestia, un bruto. Los asesinos y fanáticos en un periodo revolucionario son más terribles que los aviones de guerra y los bombardeos. Los rayos, los terremotos y

derrumbamientos no me hacen temblar tanto como una sirvienta o sirviente obtuso, bruto y lleno de vagas nociones primitivas.

Por esto no me gustaban las «juergas» en mis años de adolescencia. Juergas malagueñas en que se trataba de reunir elementos de alegría como la mujer, el vino y la música, el canto jondo y la guitarra, pero en las cuales no faltaba casi nunca «el esaborío» (el desabrido) que sacaba una pistola cuando la manzanilla tomada a pasto le había embotado los sesos. Le había convertido en bruto, en bestia.

V
DE LA NIÑEZ A LA MOCEDAD

Antes de entrar en el colegio de jesuitas a estudiar el bachillerato, pasé por dos colegios de primeras letras: el de San Rafael y el de San Agustín. El primero era un antro rumoroso y falto de disciplina. Allí aprendí a leer y a escribir. Cuando mi padre vio las primeras planas de escritura, como él tenía magnífica letra inglesa, me hizo unos modelos. Pero no los copié. Siendo tan pequeño, sentí aversión por la caligrafía perfilada y rasgueada. Desde entonces opté por una letra clara y austera.

En el colegio de San Agustín aprendí mucho más. Empecé a conocer el mundo en los mapas y en el trato de los colegiales. Teníamos dos profesores, uno seglar y otro cura. El seglar era un pobrísimo maestro, con el hambre estampada en el rostro, que para ganar unos reales más nos encuadernaba los libros. ¡Qué libros tan maravillosos! En el de trozos de lectura me llamaban la atención aquellos versos antiguos que empezaban:

A ti Diego Pérez Sarmiento leal
cormano e amigo e firme vasallo...

Al leerlos en alta voz, poníamos la cesura en mitad del verso, de modo que quedaba así: «A ti Diego Pérez — Sarmiento leal...» y no entendíamos nada. ¿Cómo podía ser leal un sarmiento? Probablemente faltaba una coma después de este apellido; pero el maestro no nos aclaró aquello.

El profesor de hábitos eclesiásticos, llamado don Cándido, era obeso y velludo. Nos tomaba la lección retrepado en una silla. Y nosotros, mientras recitábamos como cotorras, nos fijábamos en los pelos que le salían de las narices y de las orejas.

La escuela primaria nos pone en contacto ya con la picaresca del mundo. Con el niño ladrón o ratero, con el enredador o mentiroso, con el procaz, con el mal hablado y con el libidinoso. Ante tales compañeros me sentía indefenso y angustiado. No podía ponerme en el plano que ellos y esto me creaba situaciones difíciles

que a veces no tenían otra salida que los puñetazos; aunque nunca fui peleón.

Pasé mi examen de ingreso y el año 1897 me llevaron mis padres como interno al colegio que los jesuitas tenían en El Palo, a cinco o seis kilómetros de Málaga. El edificio, los terrenos que le pertenecían y la situación eran casi ideales. La población escolar se diferenciaba totalmente de la conocida por mí en los colegios anteriores. El reglamento y la disciplina no toleraban aquellas manifestaciones soeces de la picaresca mencionadas ya. Me sentí a gusto durante tres años, atraído por los juegos, el estudio y la religión. Ésta llegó a penetrarme tanto, que pedí permiso al padre espiritual para usar cilicios, esas cadenillas con púas que se amarran a los muslos y se clavan más o menos al andar. Pero, al cuarto año, me rebelé contra ciertos aspectos disciplinarios, comencé a escribir y repartir diariamente una hojita que, como los periódicos, tenía varias secciones, con caricaturas verbales de los profesores, registro de los soplones, castigos que debíamos imponerles, etc. Y esta hoja me valió lo que llamaban «incomunicación», esto es, vivir aislado por completo, sin poder asistir a clases y teniendo que comer de rodillas en el pasillo central del comedor. Salí, pues, del colegio como un réprobo. Pero, contra lo que esperaban los profesores, no perdí el año. Lo gané con las mejores notas. Los exámenes tenían lugar en el Instituto Oficial de Málaga, no en el propio colegio; de haber sido en éste tal vez me hubiesen reprobado.

El quinto año lo estudié por libre en Málaga. Y al terminar el bachillerato me encontré, como muchos, sin saber qué camino tomar. Mi abuela paterna y mi padre querían que continuase el negocio de exportación de vinos, pero esto no me atraía. Y en esta perplejidad se me pasaron dos años, durante los cuales viví una vida absurda por influjo de mi primo Antonio, cuatro años mayor que yo.

Estábamos en plena mocedad. Antonio Duarte y Moreno, hijo de padre millonario, venía de Londres, donde había pasado varios años. Era guapo, fuerte, rico, bebedor y mujeriego. Si su padre fue alcohólico, razón tenía el hijo para ofrendarse a Baco. Y en sus brazos murió, después de algún tiempo.

Antonio me veía tímido, ensoñador, amigo del retiro, la lectura y los amores platónicos. Con habilidad maestra, sin burlarse de mis inclinaciones, fue llevándome a las suyas; cosa que al principio gustó a mis padres, ansiosos de verme metido en lo que la gente llama vida. Pronto hubieron de arrepentirse.

Antonio llegó a no hacer otra vida que la nocturna. Se acostaba al amanecer, dormía la borrachera hasta las tres de la tarde, no se levantaba ni permitía que abriesen las cortinas y maderas de los balcones hasta que se ocultaba el «odioso padre Febo», como decía él, se bañaba a las seis y al anochecer comenzaba el rosario de sus visitas a los «colmados» y mancebías. Pero, antes de caer en tan cerrado noctambulismo, salía conmigo en su precioso coche inglés y bebíamos a plena luz de la tarde.

Un Jueves Santo me llamó más temprano que de costumbre. Eran las cuatro y ya estaba listo para salir. Nos subimos al coche y tomamos el camino que va a Gibraltar. En cada taberna o tenducha donde vendían alcohol, echábamos nuestras copas. En una de ellas, me obligó a comer chorizo, aunque yo sentía temor de comerlo en día vedado. Mi crisis religiosa estaba tierna todavía. Comí para no pasar por medroso y continuamos nuestro paseo, que terminó en una casa oscura, llena de macetas, mujercillas y amigos nuestros.

Siguieron las copas y desde que estuvo borracho mi primo, comenzó con esta cantinela: «Conque... Jueves Santo, ¿eh? Pues hoy es el día. Súbete con ésta».

La casa radicaba en un barrio laberíntico, de ascendencia mora. A pocos metros de ella quedaba una iglesia de las más antiguas de Málaga. En aquellos momentos sacaban en procesión unas cuantas imágenes y se oía un fúnebre tañido de tambor. Yo me sentía molesto y con ganas de abandonar aquella compañía. La mujercilla se aferraba a mí y trataba de incitarme con puyas alusivas a mi cortedad. Mi primo remachaba su tarabilla y los demás parecían confabulados para presenciar y jalea la escena. Cada segundo me resultaba un siglo. No quería pasar por cobarde, y me repugnaba iniciar aquella clase de amor mientras otros se arrodillaban al paso de Cristo con la cruz a cuestas. Luché conmigo mismo, pero al fin fui vencido por la vanidad. El muchacho tuvo que demostrar su

hombría y subió. ¡Cuánta más valentía hubiese demostrado diciendo: «Me voy a la calle, amigos míos; no sigo la juerga en estos momentos»! Porque de verdad hay cosas que no se conllevan, sea-se creyente o no.

Una cosa fue importante para mí en toda aquella época de estúpido vagabundeo: la copla de cante jondo. Quien vive en Andalucía está bañado desde niño en cantares, porque cantan las criadas y cantan los campesinos. Pero los aficionados saben que el cante jondo tiene su momento, su hora justa; que sobre el cantaor no desciende el espíritu santo sino al sonar ese instante y, además, que no todo cantaor tiene duende. En Andalucía se habla mucho del duende. Yo le hice un poema, que se publicó en *Jacinta la pelirroja*, y, años después, el pobre de Federico García Lorca le dedicó un estudio muy sabroso, lleno de citas. Según él, Manuel Torres le dijo a uno que cantaba: «Tú tienes voz, tú sabes los estilos, pero no triunfarás nunca, porque no tienes duende». Y el mismo Torres dijo escuchando al propio Falla su *Nocturno del Generalife*, esta espléndida frase: «Todo lo que tiene sonidos negros, tiene duende». Federico cuenta que le oyó decir a un viejo guitarrista: «El duende no está en la garganta, el duende sube por dentro, desde la planta de los pies». En resumen, es un poder misterioso, un poder de la sangre, que no se compra ni se aprende.

En mi casa, y para nosotros sus hijos, cantaba algunas veces mi madre. Y entre sus antiguos abanicos encontré uno lleno de coplas manuscritas. Andando los años vi en el Palacio Real de Madrid un abanico igual que perteneció a la reina María Cristina.

Con mi primo Antonio escuché cante jondo en el Café de Chinitas, en el Café de España y en los reservados de las tabernas y ventorrillos.

Sin temor a equivocarme puedo decir que lo andaluz de mi poesía tengo que buscarlo en esos instantes de duende. Y que el cante jondo pudo en mi mocedad lo que pudieron el mar y el campo en mi niñez.

VI
POR EL MAR HASTA LA SELVA⁶

Diecisiete años. Éstos tenía yo cuando mi padre me puso en el barco. El puerto de Málaga fue mi puerta de la vida. *Portus... Porta*. La puerta se pasa caminando; el puerto, navegando. La puerta se pasa sobre lo inerte; el puerto, sobre lo inquieto.

Salí, pues, de Málaga sobre el agua viva del mar. Mi destino, por lo visto después, era vivir en lo inestable. Buscar el cuarto a propósito para una vida de concentración y hallarme siempre como bajo un mandato de salida. En mi cuarto de la Residencia de Estudiantes, donde viví veinte años, tuve la maleta constantemente a la vista.

No recuerdo si mi padre vino hasta el barco para despedirme. En mis otros arranques de casa, nunca vino a la estación. Me abrazaba y me decía con los ojos llenos de lágrimas: «¿Quién sabe si nos veremos otra vez?».

Dejar a un hijo en el barco es más conmovedor que dejarlo en la tumba, porque, al dejarlo en ésta, pensamos: «Ya está. De aquí no pasa. Ninguna tribulación o accidente puede sobrevenirle». Mientras que al dejarlo en el barco, pensamos: «Puede naufragar. Lo entrego a las fuerzas ciegas del mar y al fortuito engranaje con hombres y mujeres desconocidos».

Yo no iba solo. Iba con un amigo alemán poco mayor que yo. Recuerdo su nombre, olvidé su apellido. En Málaga le llamaban por el diminutivo de Óscar, Oscarito. Me acompañó hasta Basilea y no he vuelto a saber de él. He aquí un ángel de la guarda que el destino puso a mi lado durante unas dos semanas y desaparece para siempre en el laberinto de la vida. De repente me viene su apellido: Haussmann. Era de Hamburgo. ¿Habría vivido esta reciente destrucción de su ciudad? Hablaba el español con unas modificaciones fonéticas muy de los alemanes del norte, que convierten las *tes* en *des* y las *bes* en *pes*. Así, las *bellotas* suenan a *pellodas*. Por lo demás, carecía de gracia y de interés. Era un chico de sociedad como tantos otros.

⁶ Publicado con el mismo título en *Letras de México*, núm. 22, México, 1 de octubre de 1944.

El barco era de cabotaje y de pocas toneladas. A la altura del cabo de San Vicente sufrí mi primero y último mareo de navegación. Tocamos en Almería, Alicante, Cartagena, Valencia y Barcelona sin que me sorprendieran como ciudades. Dicen que los moros no se asombran de nada. Puede que como andaluz, la pizca de sangre mora que me corresponde influyese en esta falta de capacidad admirativa, pero yo sospecho que se debía más bien a la falta de cultura. Yo iba lo que se dice limpio, a pesar de mi bachillerato. La misma palabra germánica «cultura», no se había adueñado del mundo aún. Me quedan, pues, muy pocas cosas de aquel trayecto: la configuración perfecta y natural del puerto de Cartagena, el habla áspera y atragantada del catalán, un bar semimundano de Lyon y los maravillosos paisajes de Suiza. Esto, sí, se me impuso definitivamente.

Oscarito me dejó en Basilea bajo el amparo de un matrimonio suizo que me contemplaba como bicho raro, de grandes ojos negros y tupido cabello que entonces me quería invadir toda la frente, como a los monos. La misma sorpresa, acaso más acentuada y desde luego más explícita, causé a la recamarera del hotel. Ante ella comencé a sentir el misterio de las razas, sus diferencias y sus ideales. Aquella romántica sirvienta miraba en mí la imagen del sur con el mismo atractivo que Goethe al acordarse de los limoneros de Italia.

El ambiente callado, limpio y sombrío de Basilea me impresionó para toda la vida. El morito empezaba a reaccionar ante lo que veía. ¿Por qué resultaba como muerta una ciudad tan bien tenida y donde todo funcionaba según es debido? Por el silencio, el tono oscuro y la falta de bullicio; pero sobre todo por el aspecto gótico de sus antiguas viviendas. Allí sentí, sin explicármelo todavía, lo que tuvo ese estilo de encerramiento, intimidad, concentración y, a la vez, impulso ascendente.

Mi situación, sin embargo, era un poco angustiosa por la carencia de familiares o paisanos con quienes hablar. Desconocía el francés y el alemán. No hablaba más que andaluz, lengua completamente inútil en aquel paralelo. Comencé a sentirme solo, abandonado en la selva. Me faltaba la claridad mediterránea y el medio de compartir con alguien mis emociones. Iba a penetrar en

un mundo confuso y selvático. Ya de por sí es selvática la adolescencia. El amanecer sexual, con sus angustias, sus temores, sus anhelos infinitos, hunden al espíritu en una selva que se nos antoja sin salida. Años más tarde quise reflejar todo esto en mi poema «La selva fervorosa», que tuvo la suerte de ser presentada al público con un ensayo sobre la metáfora del entonces primerizo filósofo José Ortega y Gasset.

Me trasladé a Friburgo, en Breisgau, mi sitio definitivo, donde quería mi padre que estudiase Química.⁷ Todo era desconocido: la lengua, el carácter de las gentes, sus costumbres, sus comidas, hasta sus camas. Palabra por palabra, gota a gota, fui tragándome materialmente aquel idioma de estampidos ensartados y garabateos hiperbáticos, entre sorbos de té, mordiscos a las salchichas y unturas de mermelada al pan mantequillado. La mesa de comer fue mi primera clase de idioma.

Afortunadamente, me sobrepongo a las situaciones difíciles entregándome a ellas sin repelar. Di por concluso que la nueva vida era así, y que para entrar en ella era preciso aceptarla íntegramente, sin ironías ni reservas. Y, a los tres meses, hablaba y comprendía las lecciones de la universidad.

Durante esos tres meses aprendí, además, los caracteres de la familia donde me cobijé. Vivíamos en la Bernhard Strasse, número 3. Éramos ocho: el cabeza de familia, su mujer, una hija, dos hijos, un estudiante alemán, otro francés y yo. El doctor Kneis era un hombre de sesenta años, con un vientre desarrollado hasta el impudor a causa de la cerveza y de las grasas, unos ojillos muy brillantes y una manera de hablar atropellada. Presumía de saber leer el español, mostrando un ejemplar del *Quijote* y otro de las *Nove-las ejemplares*, pero las pocas palabras que entendía eran las más francamente latinas. Eso sí, sabía su latín, como también sus matemáticas y su ajedrez. Profesaba en un gimnasio o en una escuela de comercio. La base latina de aquel buen hombre me facilitó el ir comprendiendo lo que se hablaba en la mesa.

⁷ Véase «El estudio de la Química en las universidades alemanas», págs. 246-249.

Su mujer, Thilde, Matilde, era una menopáusica vivaz, cariñosa y entusiasta también de los meridionales o latinos, especialmente de los franceses. Cualquier francés era para ella un Borbón con peluca y todo. El sumo de la aristocracia y del buen gusto.

El hijo mayor, Ernst, era un muchachote basto de movimientos, pero lleno de buena voluntad y sana alegría. Andaba de pantalones cortos, siendo su talla de unos dos metros. Las botas más finas que usaba se parecían a las grandotas que los demás nos poníamos para andar en esquís. Se notaba que no le atraía el refinamiento, sino la fuerza. Por entonces luchaba con el griego y ensayaba el «paso de ganso» por puro gusto.

Su hermana, Thilde también, era una perfecta *backfisch*, ni fea ni bonita. Su mirada acusaba poca inteligencia, y sus dientes un porvenir nada parecido al de las magníficas bocas yanquis.

El menor de los hermanos, Berthold, no contaba por su poca edad.

El estudio del alemán fue intensivo en el seno de aquella familia. Después de las comidas, que suministraban un cierto caudal lexicográfico, jugábamos a uno de esos juegos de fichas que se mueven sobre un cartón ajedrezado o de casetones más nuevos y caprichosos, lo cual ofrecía otra parcela distinta de vocablos. Los domingos salíamos el francés y yo con la familia, muy al uso tradicional, de paseo y a tomar café —no té— en algún restaurante de las afueras. El doctor llevaba su bastón alpino de regatón picudo y un ganchito en la solapa de la chaqueta para colgar su sombrero. El paseo y todo lo que traía consigo daba material abundante para enriquecer el léxico.

Una vez aprendido lo suficientemente el alemán como para andar solo, fui adentrándome en la selva que yo esperaba. El estudiante germano —Dr. Jaeger— (a los estudiantes les llaman doctores en las ciudades universitarias) me empujó discretamente hacia la vida de borrachera y trueno del estudiante clásico tudesco que de cuando en cuando mide su temple viril con duelos de rapías que le dejan marcada la cara con cicatrices como a cualquier negro salvaje del África. Aprendí a cantar «O alte Burschenherrlichkeit! Wohin bist du verschwunden...?», bebí trece grandes tarros la noche de la novatada, por mandato cortés de los compañeros, hasta caerme al

suelo y ser llevado en volandas a mi casa. Pero aquello me repelía y Jaeger lo comprendió perfectamente.

Por entonces conocí a un checo y a un canadiense en el laboratorio de química. El primero se llamaba Otto Steuer, era de Praga y tocaba muy bien el violín; el segundo había nacido en Davos (Suiza) y por haber nacido allí le pusieron sus padres Davos Bein. Estos dos amigos nuevos fueron ya mis amistades firmes hasta que salí de Alemania. Por medio de ellos conocí a otros varios ingleses y alemanes anglófilos, entre los cuales estaba el muchachote rubio y alto que llamábamos Bubi Hanfstaengel, que con los años fue amigo íntimo de Hitler, pero que al estallar la guerra, o poco después, se escapó del Reich y se refugió en los Estados Unidos.

Todos estos amigos eran aficionados a las letras, las artes y la música. Y todos tenían más dinero que yo, lo que les permitía vivir en cuartos muy confortables. Bein disponía de una preciosa sala-estudio, un dormitorio y un baño. A pesar de las payasadas que hacía, pre-charlotescas, solo o jugando con su perro, era el más lector de todos. Arrellanados en los butacones de su sala, leímos a Omar Kayam lentamente, traduciéndomelo del inglés al alemán.

En el apartamento de Steuer, también rico, pero sin estantes de libros y sin la sobria comodidad británica, nos reuníamos para oír el dúo de violín y piano del amigo checo y del amigo Bubi.

En mi cuarto no hacíamos nunca reunión. Yo no tenía libros de arte, instrumentos de música, buenas butacas, ni licores caros. El primer cuarto que habité solo, al salir de la pensión Kneis, radicaba en la Erwin Strasse, en la misma casa que Steuer. No recuerdo lo que pagaba, pero desde luego como la tercera parte que este amigo. Era un recinto estrecho y alargado, con una mesa estrecha y larga, una dormilona y la cama, un pequeño estante para libros y un quinqué de petróleo. Mi padre no podía enviarme más que ciento cincuenta marcos al mes.

Al año siguiente encontré un cuarto más acogedor en la Sternwald Strasse, cerca de la casa de Bein. Se entraba a él por una terraza que daba al jardín. Estaba tapizado y amueblado de azul.

A cada uno de estos cuartos corresponde una serie de preocupaciones y de libros leídos. En el primero leí poesías de Goethe,

Heine, Schiller y Uhland. Más el *Quijote*, por primera vez, y las *Novelas ejemplares*. En el segundo, poesías de Baudelaire, Verlaine, Poe, Novalis, teatro de Hauptmann y novelas de Tolstói, Stendhal y Flaubert. Probablemente leí entonces también unas páginas selectas de D'Annunzio y una colección de poemas de Leopardi que compré a mi paso por Italia. En el tercero intenté penetrar en la poesía moderna alemana, pero su idioma me resultaba más difícil que el antiguo. Con el tiempo, ya en España, llegué a traducir una comedia de Hofmannsthal, *Der Abenteurer und die Sängerin*; traducción que entregué a García Sanchiz y olvidé por completo.

No cito aquí los libros de estudio porque no sonarán a los lectores poco versados en química. Pero sí diré que no igualaban en número a los literarios. Positivamente, a medida que yo iba formándome, iba acentuando más y más mi amor por la literatura. ¿Qué hacer? ¿Decirle francamente a mi padre que no me gustaba la química? Al principio de este problema moral creí que sería factible seguir la carrera científica y cultivar las letras en mis ratos perdidos. Pero esto no fue posible. Y el curso de 1907 al 8 no trabajé nada en lo que era mi deber. Jugaba al tenis y al billar con Bein, hablaba de asuntos filosóficos y religiosos con un estudiante cuyo nombre no estoy seguro de que fuese Kohlbe, y leía con un argentino, Holmberg, los siete u ocho tomos de *L'Histoire contemporaine* de Anatole France. Este nuevo amigo era un muchacho vivaz e inteligente, animoso para la vida aunque su mirada a veces lánguida como un tango y un cierto desmayo al caminar le dieran un aire apático y desdeñoso. Fue mi último amigo en Friburgo y hubieron de pasar veinticinco años para que lo volviese a abrazar en Buenos Aires, padre de familia, casado con una sobrina o hija del presidente Justo. Hará dos años pasó por México, enviado oficialmente para no sé qué estudios, y recordamos gustosamente otra vez los tiempos de Alemania. Creo que en su tierra era director del Jardín Zoológico.

La Alemania de principios de este siglo tenía cosas encantadoras. Stefan Zweig fue testigo mayor y le dedicó páginas maestras, preñadas de nostalgia irredimible. Su política cesárea se hacía sentir ya, pero Francia volcaba sobre ella sus gracias, sus modas, sus compases cabaretescos, como *La Matchiche*, necesarios a un

pueblo demasiado serio y pesado como el alemán. Los jóvenes literatos de entonces —precisamente Stefan Zweig, con Rilke y Hofmannsthal— levantaban otra vez, en un nuevo Renacimiento, el lirismo germánico; Strauss daba cada día un vals más deslizador y embriagador; Wagner se oía con emoción religiosa; Lehár echaba al mundo su *Viuda alegre* y en los centros filosóficos se incubaba la nueva filosofía. Ortega y Gasset estaba en uno de ellos y es también testigo mayor de lo que digo.

Pero aparte de estas manifestaciones de grueso calibre, había otras cosas tradicionales y genuinas que hacían amable la existencia. La *Gemütlichkeit*, por ejemplo, esa facultad de hacer íntima, cómoda y llana la convivencia, la casa, el mueble o la amistad. Facultad un poco aldeana, si se quiere, pero siempre bien recibida por la gente buena. En cambio, otras cosas eran odiosas. El estudiante corporativo, el empleado de oficina pública y las autoridades en general eran de una tiesura ridícula e insoportable, manifestando no sólo orgullo racial sino despotismo. Yo conocí allá gente muy atenta, pero poco a poco me fui desligando de los alemanes y acabé por vivir entre ingleses y algunos extranjeros de diversos países.

El destino me mandaba retirarme, aislarme. La sociedad era para mí como una gimnasia y le dedicaba unos ratos al día. Los demás los pasaba solo. Algunas veces subía al Schlossberg, un montecito próximo, con la ilusión de columbrar el mar. Sentía como ahogo, como falta de horizonte y de luz. Desde arriba dominaba en visión tranquila todo Friburgo, con su linda catedral gótica. Para un andaluz joven y recién salido de su ambiente, un monumento gótico es algo inexplicable. Las torres como lápices afilados, los arbotantes como muletas de tullido, las puertas abarrotadas de imágenes alfeñicadas, la piedra toda horadada, perforada, convertida en flores y hojas. Sospechaba que aquello quería decir algo, que no era un delirio del hombre. Lo que no sospechaba era que, con el tiempo, yo mismo iba a sentir en gótico, es decir, que aquella fuga ascendente de la piedra respondía al anhelo de un san Juan de la Cruz y a todo auténtico lirismo. Ya en los mejores poetas alemanes había notado esa capacidad de fuga lírica manejando vocablos que valían para el mundo material como para el espiritual.

Otras veces me internaba en la Selva Negra y subía hasta la gran mole del Feldberg, donde había un confortable refugio circundado de nieve. Tres años, hasta que conocí al estudiante argentino, estuve sin hablar español. Esto hizo que mi manera de pensar fuese adquiriendo una modulación y torneado nuevos. De repente, durante mis lecciones o mis lecturas, me inhibía y me consideraba a mí mismo como encerrado en un cuerpo extraño, que emitía palabras bárbaras y luchaba con un alma selvática, intrincada.

En ese momento final de la adolescencia, cuando se cuaja el hombre, el poder de absorción es enorme y lo mismo el ansia de probar todas las cosas, todas las fuentes. Penetrar en la carne de la mujer, penetrar en el misterio religioso, penetrar en los métodos científicos, en la vida de los animales y las estrellas del cielo. Yo manejaba moléculas y átomos en el laboratorio, escuchaba a Weismann su exposición sobre los orígenes del hombre, sufría las cuitas de Werther, me sumergía entre los cipreses de Boecklin, me encandilaba en el café-concert con la cupletista, sudaba entregado al tenis, discutía sobre las posibilidades de una guerra mundial, examinaba un acuario, compartía con judíos y nihilistas rusos.

Y, sin embargo, me sentía solo, confuso y lejos de lo verdaderamente mío. Más tarde comprendí que eso que llamamos nuestro, tampoco nos saca de la soledad. Pero esto es cuestión de temperamento y de sino. Hay quien nace para vivir solo y sentirse solo no ya en el mundo sino en el universo. Y, generalmente, los nacidos así somos supersticiosos y miedosos.

Entre los miedos sentidos en Alemania recuerdo éste: un desconocido llegaba a la casa donde yo vivía, fuese en Basilea, en Friburgo o en Fráncfort, a horas en que yo no estaba, inquiría si yo vivía allí y no me citaba ni decía para qué la averiguación.

¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Que misión desempeñaba?

Menos mal que yo sentía siempre, en tales momentos, como un ángel de la guarda que me fortalecía y aclaraba la mente. En las circunstancias más difíciles, he recobrado siempre una inmensa e inesperada serenidad que me ha salvado.

Una tarde, escalando montañas en la Selva Negra, la tempestad de nieve y ventisca se hizo tan poderosa que me separó de los dos amigos

que me acompañaban. Me quedé solo, azotado y en la oscuridad, sin conocer el rumbo. Era inútil buscar sendero, porque no lo había. Estaba sobre una masa de nieve alta y homogénea elevada sobre miles de metros. Decidí, después de muchas cavilaciones, mover los esquís y abandonarme a la suerte cuesta abajo. Bien pudo tocarme la pendiente de la muerte, la de un precipicio. ¿Quién enderezó mis esquís hacia la salvación? Yo no sabía cuál era el norte ni ninguno de los puntos cardinales. Una fuerza extraña, el destino, lo hizo todo. Yo bajé frenando con mis bastones y, pasado un rato, me detuvo la techumbre de una casa. La nieve era tan alta que llegaba hasta el alero.

Siempre que me he visto en una situación sin salida he terminado entregándome a la suerte, al azar. Supongo que a todos nos ocurre lo mismo.

La Selva Negra, en cuya falda yacía Friburgo, era una selva civilizada, con senderos llenos de indicaciones y sin fieras. Tampoco pululaban por ellas bandidos ni salteadores. Pero yo sentía la selva enredada y sin salida dentro de mí.

Ni las amistades ni las distracciones podían iluminar aquel estado de espíritu. Eran muchas las cosas cruzadas que yo vivía de un golpe. Y eso que Friburgo era un pequeño nido, «ein kleines Nest», como decían los alemanes. Pero un nidito al cual llegaban todas las cosas, lo mismo la Duncan que Sarasate, el estudiante japonés o ruso, que el americano, el inglés o el español. Su ambiente era muy apacible. No corrían automóviles, sino coches de caballos y trineos en invierno. Detrás del cuartel había una alameda donde los domingos daba un concierto la banda militar, como en cualquier provincia. Los días de fiesta se vestía la gente sus más estirados trajes y salía con ritmo más pausado a la calle, a la iglesia o a los jardines. Los restaurantes servían buenas carnes, ricas ensaladillas, fresca cerveza, exquisita mantequilla, por poco dinero. No había mendicidad ni limpiabotas, podía uno sentarse a comer un bocadillo y beber un vaso de Pilsen o de Múnich frente a la estatua de Berthold Schwarz, el descubridor de la pólvora, o cerca del palacio donde se albergó Carlos V.

Tanto quería yo a Friburgo que no quise vivir en ninguna otra ciudad alemana. Hacía mis excursiones y pequeños viajes, a los

Vosgos, a Baden-Baden, a Estrasburgo, a Fráncfort; pero regresaba a mi nido. Durante mucho tiempo llegué a considerarlo como a mi segunda patria.

Hoy, al escribir esto, pienso en infinidad de cosas que me desviarían del propósito y del tono de este libro. Hago una parada y continúo.

¿Qué sentido tiene dentro de mi vida la estancia en Alemania? Mi padre y mi madre creyeron siempre que había sido un error mandarme allá. Habían gastado inútilmente, puesto que no terminé la carrera de químico y no podía ni quería dedicarme a analizar vinos en Málaga.

Ellos estaban en lo cierto desde ese punto de vista. Pero yo tenía otro, muy distinto; tan distinto que no lo podían comprender. Por esto, cuando regresé a Málaga, después de pasar por Inglaterra, y de sufrir una penosa, larga enfermedad, decidí separarme de ellos, irme a Madrid y buscarme la vida como pudiera.

La pregunta de antes queda sin contestación. ¿Qué sentido tiene dentro de mi vida la estancia en Alemania? Con la distancia a que me hallo, se pueden ya apuntar ciertas cosas. Por lo pronto, adquirí un idioma. Y no un idioma de mozo de hotel o de cicerone, sino de universidad, es decir, de profundidad, que me reveló un mundo muy distinto del español y me permitió traducir, esto es, introducir en España algunas finas manifestaciones de ese mundo.

Creo, además, que el hecho de haber cuajado allí, o sea, de haber vivido allí durante los años críticos en que se forma el hombre, tiene una trascendencia que yo mismo no puedo analizar en estas páginas. Sólo apuntaré que el haber trabajado, por poco que fuese, en una universidad alemana enseña a ver el trabajo de una manera muy distinta que entre nosotros. Allí, el estudiante, no es un estudiantillo, es un hombre.

La contestación que yo busco a mi pregunta no queda satisfecha con esto. Acaso la pregunta no haya sido formulada con claridad. Lo que quiero es saber si Alemania ha influido en mi destino, en mi vida. Y a esto respondo categóricamente que sí. Ya lo veremos.

VII

INTERMEDIO DE LAS FECHAS

Mi padre me llevaba veintisiete años. Nació la Nochebuena de 1860. Mi madre, la Nochebuena de 1864. Yo, el 16 de febrero de 1887. Mi padre murió de setenta y seis, un mes antes de estallar la revolución o guerra civil en España. Mi madre, de sesenta y cinco, un mes antes de proclamarse la República.

En esta primera enumeración de fechas se nota, por un lado, el extraño paralelismo entre los nacimientos y las muertes de mis progenitores. Pero, además, la presencia inquietante del número siete.

El paralelismo y la presencia del siete no terminan aquí. Mi abuelo le llevaba a mi abuela veinticuatro años y su primera hija, mi madre, nació a los siete años del matrimonio. Yo me casé a los cincuenta y le llevo a mi mujer veintitrés. Conocí a la que había de ser mi esposa el año 1937. Ella era viuda y tenía una hija; pues bien, entre esta niña y el siguiente vástago, mi hijo, median siete años.

Todavía más: Ese abuelo de que hablo, don Antonio Villa, nació en Bailén el año de la célebre batalla; recuérdese que mis padres murieron también ante fechas memorables. Y agréguese que mi hijo nace en los comienzos de la guerra mundial. Parece que Marte domina o influye en nuestros pasos principales. Olvidaba apuntar que mi abuelo murió a los ochenta y siete años; decena con que termina la fecha de mi nacimiento. El 16 de febrero —fecha republicana y de mi nacimiento—, me embarqué para América el año 1927, y el 16 de febrero llegué a Nueva York el año de 1937.

VIII

DE LA MANO DE LAS MUSAS⁸

Una de las cosas que yo quiero afirmar de una vez es que todo se lo debo a las musas. Los padres no creen en ellas o les temen. Llevan su razón. Las musas son avaras con los poco dotados o francamente tontos, y, en ese caso, el sujeto que se entregó a ellas pasa mal sus días en esta vida. Las musas son tan exigentes como generosas.

Las musas detestan a los que se creen poetas por haber llegado con jadeos y suma fatiga a escribir un soneto o unas décimas. Todas las explicaciones serán pocas para convencer a ese desdichado de que la poesía, o secreción de las musas, es cosa mucho más fina, sutil y deliciosa que todo eso. Es algo que viene a uno como el effluvio del espíritu santo, no que sale de la retórica, los preceptos y las formas consagradas.

La poesía es saber, sí, pero saber enlazar, relacionar, fundir con lo que se llama gracia —gracia espiritual— lo que jamás se había conectado. Es llevar a la conciencia ajena el vislumbre de una realidad no constatada por otro camino que el de las afinidades profundas. Es poder sostener en vilo, mediante ese modo de caminar pensando, el alma ajena incapaz de expresarse cumplidamente. Por eso es, ante todo, verbo. Verbo feliz, acierto verbal. Lo cual no tiene nada que ver con las bellas palabras. Con las más bellas de Rubén Darío, un sujeto incapaz haría el poema calamitoso.

Yo no aprendí jamás retórica para escribir versos, como tampoco aprendí gramática para hablar o escribir con propiedad. El sentido del idioma está inmaculado en el campesino, en el pueblo, y le entra a uno desde niño con la niñera, el ama y el jardinero, como con los padres más o menos cultos. Lo que la gramática o la retórica hacen es enseñarnos ya clasificadas las formas que ha ido dando el pueblo o el estudioso a sus pensamientos y sentimientos. Son cuadros de nuestras conquistas y, por lo tanto, historia, pasado.

⁸ Véase la versión alternativa a este capítulo, no publicada por el autor en vida, titulada «(Cómo fue) El camino con las musas», págs. 250-256.

Cada poeta, además, trae su tono, su voz, su calidad y, si se quiere, su mensaje, palabreja muy en boga hoy. Yo creo que no hay mejor mensaje que un tono legítimo, auténtico; porque entonces es cuando habla lo más profundo del hombre, lo más humano. También este vocablo se dice hoy con un tono petulante, como queriendo indicar que en las épocas anteriores todo era inhumano. Majadería como pocas.

A principios de 1910, convaleciente de unas larguísimas fiebres de Malta, gozaba yo de ese retorno a la vida tan sabroso, tan lleno de sensibilidad, en la finca de Churriana, a nueve kilómetros de Málaga. Había decidido irme a Madrid, pero no sabía cómo. Le escribí a Jiménez Fraud que me buscasen los amigos alguna traducción del alemán. Intervino Américo Castro y me encargué de traducir una obra de Mauthner: *Crítica del lenguaje*. Era un volumen terriblemente gordo. Traduje la mitad y recibí del editor Jorro la cantidad de cuarenta duros, que me sirvieron para el viaje y para instalarme. Una vez allí supe que mi tía Trinidad, hermana de mi padre, quería pasarme una pequeña mensualidad hasta que yo pudiera valerme solo. A los tres meses le escribí diciéndole que ya ganaba para vivir y que recordaría siempre su cariñosa ayuda.

Desde Málaga había yo mandado también a Jiménez un poema a ver si lo publicaban en la hoja de *Los Lunes de El Imparcial*. Aquel poema que no he vuelto a ver y que sin duda tenía influencias de Arnim, Chamisso o algún otro de los líricos alemanes recientemente leídos, se lo enseñó Jiménez a Ortega y Gasset, y creo que él mismo lo llevó al periódico.

Este primer paso, de la mano de las musas, fue de enorme trascendencia. Ortega me recibió como a un compañero. Él no había publicado libro alguno por entonces, pero gozaba ya de un gran prestigio por sus artículos. Era un muchacho joven, de veintisiete años, con unos ojos penetrantes y claros, que con la ayuda de las cejas podían pasar de lo jovial a lo severo fácilmente sin perder fuerza. Su cara, como la de Onís, tenía ya en la juventud no sé qué trazos de madurez, algunas rayas prematuras, algún perfil acentuado de los pómulos. Estaba ya casado y hacía una vida laboriosa. Cuando nació su primera hija, llegué yo a su casa y me preguntó:

«¿Qué nombre le pongo? Usted que es andaluz dígame uno que sea bello». Y yo, sin titubeos, le respondí: «Soledad». Así fue bautizada. Ella quizás no lo sepa, y el padre acaso haya olvidado este hecho. Si alguna vez se han preguntado por qué lleva ese nombre, jamás habrán podido decir las razones que voy a dar. Al recibir yo la pregunta, concurrieron instantáneamente en mi conciencia estas ideas: «Es una niña que ha de ser guapa; yo tengo una prima monja, muy guapa, que se llama Soledad; la Virgen de la Soledad es para mí la más hermosa, la de nombre y situación más evocativos; yo, además, amo la soledad, soy un solitario».

Como esta afirmación es grave, quiero pararme un poco a repensarla. Amar la soledad, ser un solitario, equivale a no querer trato con nadie. ¿Es cierto esto? Creo que no del todo. He sido esquivo, huidizo, desdeñoso, pero jamás he dejado de tener un puñado de afectos y de gentes a quienes admiraba y estimaba.

El amor de la soledad comienza en mí desde muy niño. Me aburrían las discusiones y el barullo; me atraían la quietud y la meditación. La busca del cuarto apropiado no era otra cosa que amor a la soledad. Sospechaba que sólo así podría soñar y escribir, aspiración suprema.

Pero esta aspiración implica un problema morrocotudo si lo que uno quiere escribir no es de calidad mercantil, como son los reportajes y periodismo en general, o las novelas llamadas de gran público, o el teatro, o el ensayo filosófico, pues hasta esto ha llegado a ser valor mercantil.

Para escribir lo que no es artículo de eso que llaman de primera necesidad, hay que ser un poco héroe y trabajar doble. Hay que tener un oficio, una carrera, una ocupación cualquiera lucrativa, que le deje tiempo para la suprema aspiración, que es insobornable.

Las musas me llevaron ante don Francisco Giner. Este hombre era una fuerza cordial y espiritual a la vez. Andaluz hasta los tuétanos, tenía, por disciplina, mucho de inglés. Fenómeno nada extraño en Andalucía. Como andaluz era impulsivo; como anglófilo, refrenado. Constantemente, después de dejar correr a su verbo grácil e intencionado se paraba en seco, se arrepentía y reanudaba el tema con sosiego y severidad.

Lo traté poco. En la primera visita, me preguntó:

—Y usted, ¿qué quiere hacer? Porque hacer poemas... Claro que hacer buenos poemas es ya algo... pero usted sabrá que de poemas no se puede vivir. Es bueno tener dos oficios, porque, cuando falla uno... queda otro...

Yo le contesté que pensaba dedicarme a la historia del arte.

—Magnífico. Pues vaya usted a ver a Gómez-Moreno.

A los pocos días comenzamos Ricardo de Orueta y yo a recibir lecciones de este maestro. Y, poco a poco, fui adentrándome y orientándome. Determiné estudiar las miniaturas mozárabes y visigóticas. Hice muchas excursiones con Gómez-Moreno. Dibujé capiteles y zapatas, hice fotografías y tomé cantidad de apuntes.

Desde entonces, desde 1911, empieza mi contacto con los pueblos de España, tan pobres y tan benditos como el pan. Con Gómez-Moreno recorrí La Rioja, Haro, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, León, Alba de Tormes, Toro, San Román de Hornija... ¡Qué sé yo!... Solo o acompañado de Ortega y Gasset, Baroja y Domingo Barnés estuve en Sepúlveda, Béjar, Cuéllar, Arévalo, Peñaranda de Bracamonte, Madrigal de las Altas Torres, Ávila, Segovia, Toledo. Esta ciudad merece trato especial porque en ella tuve, con Américo Castro, Alfonso Reyes y Solalinde, un refugio al que llamábamos El Ventanillo.

Muy posteriormente, en mis últimos años de España, viajé también en compañía de mi desdichado amigo Francisco Solana y de su mujer. Solana sostuvo conmigo una amistad de joven a viejo, más respetuosa que confiada. Por esto no supe hasta bien entrada la guerra civil que era un lugarteniente de Primo de Rivera y que se abrió las venas cuando fue detenido y encarcelado. Pocos días antes, se me presentó en el Archivo del Palacio Nacional a pedirme un consejo y hacerme una revelación.

Principió por preguntarme si yo conocía gente de alguna embajada. Le respondí que no. Que ya sabía lo desconectado que estaba yo de todo.

—Ya ve —le dije—, ni un papel de partido tengo para presentarlo al primero que lo reclame.

—Y ¿por qué no se va usted?

—¿Adónde y por qué? Yo estoy en mi puesto.

—Pero, ¿y si entran los franquistas?

—Pues, ya veremos.

Después de algo más, me hizo la confidencia:

—En mi casa se ha introducido una señora que es perseguida por ser viuda de Fernando Primo de Rivera. Yo soy un caballero y no puedo echarla a la calle. Por eso le busco alojamiento en alguna embajada.

Le dije que era mal asunto, que podía costarle caro. Que a toda costa tenía que separarla, muy caballerosamente, pero separarla.

Como yo confío en la veracidad de la gente, no recapacité sobre lo extraño de que aquella señora hubiese escogido refugio en casa de Solana. Salimos juntos del Archivo y me dijo que me llevaría a casa en coche, porque el Instituto Nacional de Previsión se había portado muy bien con él no quitándoselo. Aquella fue la última vez que le vi. Me separé de él con tristes presentimientos. Al montar en el camión que nos sacó de Madrid el 29 de noviembre, le pregunté a Sánchez Arcas que estaba por allí:

—¿Qué es de Solana?

Y me respondió:

—¿No sabe usted? Se mató, se abrió las venas con el cristal de las gafas, en la cárcel.

No pudimos hablar más.

Como Solana fue uno de mis últimos amigos de excursiones; como los ratos pasados en su casa hablando de lo divino y lo humano están todavía muy cerca, pienso en él y en su pobrecita viuda con cierta frecuencia. La índole de mis estudios en México me obliga, además, a repasar láminas de obras artísticas españolas, de Alcalá de Henares, del Escorial y de otros muchos sitios a donde fuimos juntos.

Mi círculo de amistades madrileñas fue siempre muy reducido. En el Ateneo conocí entre otros al poeta clasicista Enrique de Mesa, al novelista y poeta Ramón Pérez de Ayala, y al poeta, crítico e historiador de la literatura Enrique Díez-Canedo.

Mesa fue un hombre extraordinariamente fino y comprensivo. Le gustaba sumirse en el ambiente del siglo quince, pero vivía

intensamente la vida liberalota de Madrid y el aire puro de la sierra. Amaba a la cupletera llamada la Fornarina y a la sombra del célebre marqués de Santillana. Era un hidalgo demócrata como algunos otros españoles de primera fila.

Mesa —secretario de la Sección de Literatura en el Ateneo— me sacó al público. Había organizado un «Florilegio de la lírica española» que se desarrolló por una porción de escritores, intervinando tres cada domingo. Presidía Jacinto Benavente. A mí me tocó hablar de Santa Teresa. Yo sentí durante la lectura que el público estaba bien sujeto y las felicitaciones al final fueron calurosas. Benavente me obsequió uno de los enormes cigarros puros que siempre le acompañan.

Mesa, además, bautizó mi primer libro de versos con el nombre de *Garba*, porque yo no quería llamarle «gavilla». Lo que probablemente ignoraba el clasicista Mesa es que la palabra era germana, «Garbe», arraigada en Aragón y Murcia desde el tiempo de los visigodos acaso. Algún estúpido le puso peros, siendo tan castiza como muchísimas otras cuyas raíces hay que buscarlas en el árabe, en el alemán, en el griego y en el sánscrito. Desde luego es un nombre menos corrompido que «gavilla», procedente del bajo latín. Y, cosa notable, se encuentra íntegra en un nombre tan pronunciado por los españoles como «garbanzo».

Ramón Pérez de Ayala escribió un artículo, allá por el once o el doce, en que lamentaba la falta de brío lírico para escribir un poema algo extenso. No sé por qué me impresionó aquello. Acaso por considerar que se había abusado del poema corto. El resultado fue que hice el poema y se lo dediqué. Me refiero al titulado «La selva fervorosa», incluso en mi segundo libro *El pasajero*, que lleva un prólogo ensayo sobre la metáfora escrito por José Ortega y Gasset. Pérez de Ayala se ha portado siempre bien conmigo, aunque lo he tratado muy poco.

En cambio he tratado mucho a Enrique Díez-Canedo y, por vivir aquí en la emigración y verlo a cada paso, no he de lisonjearle. Desde *Garba* empezó a escribir sobre mi poesía. Tal vez fue el primero en ocuparse de este libro. Y, después, hemos convivido en la redacción de la revista *España*, en la casa editorial Calleja, y en

innumerables cosas. Yo he conocido pocos hombres tan ponderados, tan abiertos a las voces nuevas y tan iguales en su amistad a lo largo del tiempo. Ha sido un enorme trabajador que dispersó su simiente en los periódicos alentado por una de sus vetas: la humorística. Escribió durante años una sección en *La Voz* titulada «La cena de las burlas». El humorismo le brota en la charla de café. Recuerdo que en el Café de Levante nos hizo un día seis o siete parodias de una poesía de Valle-Inclán que tenía por estribillo: «Es la hora del lubricán». Voy a transcribir sólo dos.

Es la hora de Alfonso Reyes,
escritor de abundante léxico,
que piensa en las calles de México
y en los cactus y los mameyes.
Es la hora de Alfonso Reyes.

Es la hora de Solalinde
el benjamín de los filólogos,
que redacta notas y prólogos,
de quien Don Ramón no prescinde.
Es la hora de Solalinde.

Ahora caigo en que Alfonso Reyes las reprodujo todas en su libro *Pasado inmediato*.

Las cerezas de los recuerdos tiran unas de las otras. En realidad son las musas las que tiran, para volverse a ver. En este capítulo sólo caben aquellas figuras que determinaron algo en el curso de mi vida, y a las cuales fui conociendo por la virtud de unos poemas primeros que hoy me parecen llenos de ingenuidades.

Novato en las letras y tímido porque sí, entraba donde había celebridades con verdadero miedo. Así, una noche en la tertulia de Renacimiento, casa editorial fundada por Martínez Sierra. De las muchas personas que estaban allí no recuerdo más que al fundador, al menudo como un muñeco armado de altos bigotes don Jacinto Octavio Picón, y al cegato, lastimero y falsificante de estilos viejos Ricardo León. Yo no sé ahora lo que me llevó hasta aquella

casa. Tal vez hablar sobre una novelita de Federico Schlegel, *Lucinda*, que me había encargado Martínez Sierra sin saber lo que encargaba, y que me rechazó cuando la hube traducido. Por esta informalidad y por otros detalles, llegué a tener desprecio para él. Estando allí se presentó Baroja. Venía como siempre, vestido de negro, encerrado en ropas gruesas y larga bufanda de tres vueltas. Cuando alguien me presentó a él, dijo en tono cordial: «¿Usted es Moreno Villa? Pues esos medallones publicados en *Garba* están muy bien».

Era otro aliado que las musas me ponían delante. Yo salí henchido de satisfacción. Baroja era uno de mis pocos autores españoles. Lo era de casi toda la juventud. En muchos amigos veía yo claro su influjo anárquico, desconcertante y desdeñoso. Sus características gustan a la juventud porque ella es así. Yo le he querido siempre, aunque algunas veces llegó a entenebreecer mi espíritu tanta negación. He paseado muchas tardes con él y con Azorín por la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo en la época que su cuñado Caro Raggio tuvo una librería en las Cuatro Calles. Hacia 1921. La última vez que le vi fue en París en 1937. Hablamos poco, pero me dijo algo muy significativo: «Moreno, ¡qué mal hemos quedado los del 98!, ¿verdad?». Yo me contenté con abrir ligeramente los brazos, cerrar los párpados y mover la cabeza afirmativamente. Lo veía tan apocado que no quise decirle: «Acuérdese de cómo juzgaba usted a los de la Institución, cuando ocupaban puestos de gobierno. Nadie valía, para usted, y, sin embargo, actuar es mucho más difícil que sostener con la conducta lo que se sostuvo con la pluma».

No hay que ensañarse con nadie y menos con los más cercanos a nosotros, con los que no pueden vivir sino sobre la tierra que los crió. Es el caso de Azorín; hubiera sido el de Unamuno; lo es el de Benavente. La sustancia de sus obras, su alimento diario es del pueblo español. Se diría que nada les nutre de los pueblos extraños. ¿Qué hubiera sido de ellos en América? Lo que fue de Unamuno en París, lo que fue de Azorín allí mismo. Andar como sombras errantes, sin asidero posible a nada. Son autores muy del terruño. Por más que ahí está el caso de Stefan Zweig —un europeo universal— que no resiste la terrible prueba de la expatriación y se suicida.

Azorín ha sido siempre una sombra; una sombra que se pasea por los pueblos de España sin armar ruido, con pies de plumas. No sé ya cuándo ni dónde lo conocí. A partir de incierta fecha comienza a enviarme tarjetas de visita con una palabra alentadora. La última, con motivo de los artículos titulados «Pobretería y locura», decía: «Ha llegado usted al sùmmum, la sencillez».

Madrid tenía estas cosas: en medio de la aspereza que siempre existe en los medios literarios sentía uno que, desde lejos, contaba con la atención de éste y de aquél; sentía uno la presión literaria y lo mejor que tiene ella: el estímulo.

Azorín me nombró una vez miembro de lo que llamó «Amigos de Lope de Vega». En un papel timbrado con ese lema, me comunicaba que éramos muy pocos, creo recordar que once. Yo le contesté mandando hacer otros tantos ceniceros a una fábrica de Talavera con el mismo lema y el año, ¿1914? No, algo después, acaso 1921. Cerca de la fecha en que Américo Castro publicó el *Lope de Vega*, de Renner, traducción y ampliación.

Otra de las figuras a quienes debo agradecimiento por su conducta conmigo en estos primeros tiempos es Juan Ramón Jiménez. Lo conocí el año de 1914, recién publicado mi libro *El pasajero*. Su lectura le impresionó hasta el punto que le hizo escribir un poema: «A José Moreno Villa (poeta trashumante que, al incendiar su primera selva, ha intentado quemar en ella al amor)». No quiero privarme de trasladarlo aquí. Se apoya en dos versos míos:

... Yo sé que ha entrado en la selva
y no sé de dónde viene...

J.M.V.

Mira que no es en balde que nuestra humana boca
haya cantado al cielo por la fronda en que amamos.
Lo por venir es sólo una cóncava roca
que guarda un eco eterno de lo que le contamos.

Quando la claridad de una frente arcángelica
nos nieva el corazón con su casta blancura,
claridad es ya siempre. Nada la lira bélica

puede contra esta cándida venida de la altura.

Rey serás una noche, viendo lo que fue verde
redondearse en cúmulos de humeantes carmines.
Mas la luz de una frente no es cosa que se pierde
en tizones. Los tizos te olerán a jazmines.

(Aquel albor que entró por la fresca alameda
sin que tú lo esperaras, tornará a entrar, ¡el mismo!
Pisará tus talones, y blanqueará de seda
la piedra hueca de tu inútil dinamismo.)

Cuando la maravilla de unos ojos serenos
nos nimba el corazón de celeste constancia,
maravilla es por siempre. Arrojos agarenos
quebrarán contra esta quietud su petulancia.

Más larga es la memoria, más fiel que lo que espera.
Ojos que amaron tienen inmortales colores.
La primavera forma siempre a la primavera,
y su belleza es lo clásico de las flores.

¿Piensas coger más altas aventuras reídas,
tras la ilusión de estériles juegos accidentales?
Crearás llegar a mágicas selvas desconocidas.
Dirás llegando «¡Únicas selvas primaverales!».

(Aquel blancor que entró por la tierna alameda
sin que tú lo supieses, tornará a entrar, ¡el mismo!
Pisará tus talones, y nevará de seda
el hierro frágil de tu inútil dinamismo.)

Lo sé. Quemé mi selva más de una vez. ¡Qué torre
pensaba que alzaría la mudanza en mi llano!
El cielo no se va en el agua que corre.
Amigo, habrás quemado también tu selva en vano.

Bocas nunca escuchadas traen, en el vago viento
de los sueños, silvestres cantos, cárcel de flora.
¿Para qué el pensamiento derriba al sentimiento?
La única boca ornaba los bosques de la aurora.

Cuando la melodía de una insigne garganta
nos dora el corazón con impalpables mieles,

canción es para siempre. La voluntad no es tanta
que pueda ahogar las fúlgidas estrellas con claveles.

(Aquel candor que entró por la grata alameda
sin que tú lo llamaras, tomará a entrar, ¡el mismo!
Pisará tus talones, y escarchará de seda
la vana fuerza de tu inútil dinamismo.)

(Voto)

Que se lleve la hormiga los caídos madroños
de tu invierno inconstante...

Y cuando, loco, vuelva
febrero azul, que veas verdear de retoños
puros los negros troncos de tu quemada selva.

(1914)

En esta poesía quiero resaltar una palabra que seguramente no aparece antes en los versos de Juan Ramón: «dynamismo». Y aquí es tan importante que cierra las tres estrofas. ¿Qué es esto? ¿Qué revela? Ya se ve que con ella alude en el poema a la celeridad inútil con que yo quemé la selva. Pero lo que me interesa aquí no es su sentido concreto, sino el hecho de haberla empleado.

Pues bien, es la palabra con que yo trataba de definir el estilo de mi poema, hablando entonces con Juan Ramón. Otras veces le decía que era un poema barroco, lleno de movimiento y de violencia, montado sobre metáforas. Yo sabía que era un poema difícil de gustar para los españoles, por estar muy aparte de lo que se hacía y se había hecho. Como síntoma confirmatorio diré que en Cataluña fue más comentado que en Madrid. Y mejor comprendido.

Juan Ramón tuvo para mí otro rasgo que nunca olvidaré. El año 1916 le invitó Rafael Calleja a colaborar en su casa editorial. Aceptó, pero se cansó pronto o coincidió con su casamiento y su viaje a América. Entonces, le dijo a Calleja que yo le sería más útil. Éste me llamó y con él estuve trabajando hasta 1921. El sueldo que recibía me permitió bastante holgura.

Desgraciadamente las amistades se enturbian a veces por errores o falsas interpretaciones de los hechos. Además, la juventud llega un momento en que no tolera al maestro (y no lo digo tanto por mí como por la generación siguiente a la mía). Juan Ramón se sintió pontífice supremo, infalible como el Papa y único poseedor del secreto poético. Esto le valió el desdén y hasta la agresión de algunos. Hoy, después de tantas cosas vividas, creo que nos miramos comprensiva y amistosamente.

Durante la Primera Guerra Mundial se fundó en Madrid la revista *España*. Su fundador fue Ortega y Gasset. Después pasó a manos de Araquistáin y finalmente a las de Azaña. La financiaba Luis García Bilbao. Allí, en su redacción, conocí a bastante gente, pero ninguna de la nueva me atrajo en realidad. Ortega me invitó siempre a colaborar en las publicaciones que iniciaba, pero yo no me encontraba a gusto entre artículos filosóficos, políticos, sociológicos y de divulgación científica. En *España* publiqué bastante, en la *Revista de Occidente*, poco. Donde publiqué más fue en *El Sol*. Me agradaría recoger algunos de los trabajos aparecidos en él. Pero yo no saqué de España más que la ropa puesta y una muda. Al salir de Madrid tuve la sensación de que íbamos a rodar por los caminos como almas aventadas y que todo salía sobrando.

Antes que a Juan Ramón y que a todos los citados conocí a Unamuno. Fue en Málaga, y el año seis. Unos cuantos jóvenes lectores y escritores aprendices que fundamos allá una revista, *Gibraltar*, hicimos una colecta y lo trajimos desde Salamanca a que diera unas conferencias.⁹ Fueron sonadas. Mis paisanos vivían muy bien sin complicaciones espirituales y no tenían hechos los oídos más que a los discursos políticos en épocas de elecciones. «Pero ¿qué es esto? ¿Qué piensa este tío? ¿Es protestante o católico?», me dijeron algunos. Años después llegó a tener Málaga su Sociedad de Conferencias, a imitación de Madrid.

⁹ Se ha corregido la fecha de la visita de Miguel de Unamuno a Málaga, que fue en agosto de 1906. La posterior fundación de la revista *Gibraltar*. *Revista de Literatura, Ciencia y Arte*, por el mismo grupo de amigos, tuvo lugar tres años después, en 1909. Para más información sobre la visita de Unamuno a Málaga, véase el artículo «Las dos cuerdas», pág. 245.

Pero mi recuerdo más vivo de don Miguel corresponde a Salamanca, su verdadero marco. Allí, una tarde del año 13, le leí yo mi «Selva fervorosa» y él me correspondió leyéndome su «Cristo de Velázquez» y otras poesías. Algunas, satíricas y sarcásticas, entre las cuales estaba la que tomaba por víctima a Ortega. Cuando terminó la lectura de ésta, me preguntó: «¿Qué le parece?». Y yo le contesté: «Que es una lástima». «¿Cómo? ¿Por qué?». «Porque es una lástima que anden ustedes a la greña. Ortega es un gran valor, como lo es usted». Se quedó recapacitando un poco, hundida la barba en el pecho, y enrojeciendo hasta por el cuero cabelludo. Al fin me contestó: «Pero es de una soberbia...». Mudó de conversación; me habló de los filósofos alemanes y en especial de Cohen, con quien Ortega había estudiado, afirmando que su ética, como de judío, era retorcida. Y para esto retorció sus facciones en mueca de asco.

Al día siguiente supe que había contado esta escena en su peña del café.

¿Puedo llamar amigos a estos luminosos personajes con quienes tuve alguna relación? En general, no. Fueron como las musas, casi incorpóreas. Espíritus amigos en todo caso. No sé por qué se me aparece ahora Eugenio d'Ors. También hace pocas noches, aquí en México, abrí uno de sus libros y me puse a repasar su tono. Es que recientemente me han dicho que está muy retirado en la calle del Sacramento, en Madrid, y sentí pena de él como de algunos otros.

Eugenio d'Ors ha sido uno de los autores que más han puesto para afinar el gusto español, tan bronco. Muchas de sus páginas se recordarán siempre. Pasemos por alto sus cursilerías —porque nadie negará que ha sido un gran cursi, un amanerado hasta repeler—. Pasemos también por alto sus equivocaciones políticas. Recordemos nada más lo bueno suyo, que es bastante. ¿Es que después de lo acontecido en España se puede decir «pasemos por alto»?; me arguye la conciencia. Con esa frase sólo quiero decir que apartemos ahora toda consideración que no sea de orden literario. Mañana la historia literaria no se ocupará de su conducta; no cae dentro de su jurisdicción. Es la otra Historia, la general, la que sopesa el valor y el acierto o desacierto de los hombres públicos.

En mi vida representa algo. Le leí desde que escribía sus *Glosas* en catalán. Y cuando yo comencé a publicar libros de versos, siempre tuvo para mí, en sus cuartillas, un comentario estimulante. No; a pesar de mi sequedad, yo quedo agradecido para siempre a los que se portaron bien conmigo.

Otro de ellos fue Antonio Machado. A Darío, a él y a Juan Ramón dediqué mi primer libro. Eran las tres grandes figuras que yo tenía delante.

Recuerdo bien dónde lo vi por vez primera. Estaba parado en la puerta del Ateneo. Yo venía con Juan Ramón, que me dijo: «Mire, aquél es Antonio Machado». «¿Aquél tan sucio?», le pregunté. «Sí».

Además de sucio era distraído. Una tarde, me senté a su mesa en el Café Kutz. Estaban con él su hermano Manuel y un tal Fernández que sabía de teatro. Éste y Manuel estaban fumando, yo saqué mi petaquilla, tomé un cigarro, y como los que yo fumaba no solían gustar a los españoles, no le ofrecí a Antonio. Éste, sin embargo, distraído, y creyendo que yo le había dado uno, encendió una cerilla y se la aplicó a los dedos llevados a la boca.

Andando por la calle parecía uno de esos eternos cesantes que nadie sabe de qué viven. Daba también la impresión de que venía de muy lejos, con muchas leguas de carretera atrás y que iba hacia otros parajes que los demás mortales. ¡Qué suyos aquellos versos: «Yo voy soñando caminos...»!

Alguna vez subió hasta mi cuarto de la Residencia de Estudiantes a escuchar mis últimas poesías. Este gesto de llaneza, de humildad, me conmueve todavía. Porque hay que pensar en que él era una gran figura y yo no pasaba de principiante.

La última vez que le vi fue en Valencia. Salimos de Madrid en el mismo camión. Llevaba ocho o nueve personas de la familia. Hicimos noche en el entonces terrorífico pueblo de Tarancón, y su pobre madre tuvo que dormir en el suelo.

Como figura americana que presta verdadera atención a mis primeros libros y cuya amistad, por consiguiente, debo a las musas, fue Pedro Henríquez Ureña. Hace más de veinte años que no le veo. Cuando apareció en Madrid, era un joven de negro pelo rizado que hablaba con la calma y la seguridad de un profesor maduro.

Pienso que Madrid no se enteró de su valía debido tal vez a su modestia o al tono de su conversación. Al tono y al *tempo* lento.

Pedro se sabía de memoria poemas míos. Yendo de pie en un tranvía, comenzó una vez a recitarme uno, se paró a media fuga y se me quedó mirando al ver la incertidumbre retratada en mi cara. Yo le dije: «Me suena eso». Y él se echó a reír. Nunca, hasta estos últimos años, he releído mis versos. Cosa hecha, cosa pasada, era mi lema.

En el año 1920 me indicó que debía enviarle mis libros a García Monge, director de El Convivio en Costa Rica, para que hiciera una colección. Aquel envío dio por resultado un fascículo titulado *Florilegio*, que por fortuna encuentro ahora en la biblioteca de Alfonso Reyes. Va precedido de un prólogo de Henríquez Ureña que es una muestra perfecta de su modo científico de escribir. Comienza así: «José Moreno Villa pertenece a la aristocracia cerrada de la literatura española. No lo digo como metáfora de elogio; hablo en términos de clasificación estricta, técnica. Quien observe el cuadro actual de la literatura española con sentido de la *estrategia literaria* (arte sobre el cual saben tantas cosas los franceses), se dará cuenta de que existen en Madrid cinco clases literarias». En este comienzo se ve al hombre metódico, clasificador y objetivo. No quiero con esto insinuar que fuese un hombre seco y sin sentimientos, pero sí que su sistema los encubre. No quiere que sus juicios puedan considerarse como frutos partidaristas o sentimentales. Cosa característica del científico. El estudio que sigue a esas frases transcritas es de una gran clarividencia, de hombre que llega y se apercibe enseguida de la trama íntima y del cuadro externo.

En este *Florilegio* se incluyó, no sé si por Henríquez Ureña o por García Monge, una *Glosa* de Xenius (Eugenio d'Ors) que dice:

El pasajero de Moreno Villa: Un acontecimiento muy importante se prepara. Puede lanzarse el vaticinio de que la poesía castellana va a conocer su Juan Maragall. Va a conocer el poeta de la pura sugestión, el de la nominación extasiada, sin conceptos tras de la nominación y aun sin imágenes.

Pero el extasiado Moreno Villa es algo filósofo. Él posee, como Antonio Machado, una guitarra metafísica. ¡Caso estupendo, que

el mundo no sospechó jamás! Sabíamos de metafísica en los tercetos detonantes de la *Commedia*: ¡pero en ese vago y dulce susurro de las asonancias!

La guitarra metafísica de Machado es intelectualista. Sus asonancias riman a veces el paso, ni siquiera apresurado en exceso, de una disertación. Pero el poeta nuevo canta el oscuro fluir. *El pasajero* permanece fiel a lo pasajero.

Hay aquí un peligro. Toda música es un peligro. *Le reste est littérature...* Mañana gritaremos, vueltos a lo clásico: Viva el resto.

(España, Madrid, enero de 1915)

IX
AUTORES Y TRAMOYISTAS DE LA HISTORIA
DEL ARTE

La vida de los hombres de acción enamora a los novelistas. Dígalo Baroja. Pero ¿por qué ha de llamarse así sólo a los hombres que se agitan, se meten en empresas difíciles y de política, negocios, amóríos, guerras, viajes y enredos de mil clases? Yo creo que Menéndez Pelayo es tan hombre de acción como Bolívar o San Martín. Y lo mismo digo de Unamuno y de Ortega.

Es demasiado burdo eso de pensar que la vida del trabajador intelectual es pasiva y sin accidentes, peligros y sobresaltos. Quien vive de verdad vive en acción, vive haciendo cosas. Y quien hace cosas auténticas es combatido, zaherido, zarandeado. Lucha con la verdad para apoderarse de ella y se despeña muchas veces. Tropezaba con el egoísmo ajeno, tiene que gastar fuerzas en deshacer entuertos. Si no, que lo diga el hígado de casi todos estos hombres de acción rigurosa.

Yo diría que el escritor es el más aventurero de los hombres, el de acciones más temerarias. Precisamente tenemos en España un tipo como el Quijote, que es el intelectual en acción. Cervantes compuso su imagen para dar salida a las ideas de justicia, de rebeldía contra los atropellos que nos atosigan a cada paso. Cervantes, aunque no hubiera ido a Lepanto ni hubiese sufrido cautividad en Argel, era un hombre de acción porque llevaba dentro la lucha de las ideas y de las sensaciones.

El Centro de Estudios Históricos era un silencioso campo de batalla. En mi sección, la de Arqueología e Historia del Arte, éramos dos jefes y seis soldados. Los jefes, don Manuel Gómez-Moreno y don Elías Tormo. Los soldados, Ricardo de Orueta, Leopoldo Torres Balbás, Francisco J. Sánchez Cantón, Jesús Domínguez Bordona, Antonio Floriano y yo.

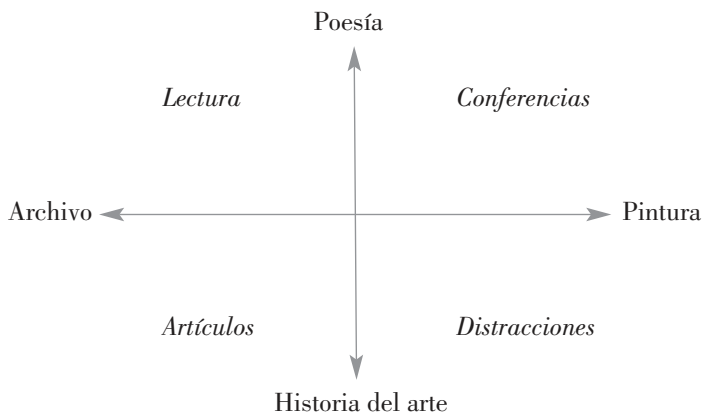
Gómez-Moreno, sarraceno puro, fue sacado de Granada por don Francisco Giner para la gran batalla por la arqueología y la historia del arte. Estaba viviendo oscurecido allá, dando clases en el Sacromonte. Traía un enorme bagaje de conocimientos y unas

interpretaciones que habían de encalabrinar a los historiadores franceses que han querido siempre ver en Francia la matriz de todo lo creado, desdeñando, anulando las enormes aportaciones de España en las viejas centurias.

Gómez-Moreno era de una gran actividad, y de una gran sobriedad. No fumaba, no bebía, no tomaba café con los amigos. ¿Los tenía? Tenía mujer e hijos, pero ¿amigos? Los investigadores llegan a no tener tiempo para eso. Es lo que le ocurre también a Menéndez Pidal. Todas las horas de la vida son pocas para lo que tienen que hacer.

Gómez-Moreno nos daba trabajo. Yo me encargué de las miniaturas visigóticas y mozárabes. Él estaba preparando su gran libro sobre las iglesias mozárabes. Pero, además de calcar miniaturas y de fotografiar páginas de códices allá donde estuvieran, en León, en Burgos, en Silos, en Asturias, en El Escorial, en Toledo, o en las diversas bibliotecas de Madrid, había que dibujar trozos arquitectónicos y medir ruinas en pleno campo. La iglesia mozárabe de San Baudilio de Berlanga, con su miserable cueva para el cenobita, me inspiró el cuento «Eximino, el presbítero» incluido en mi libro *Evoluciones*. El nombre de Eximino lo recogí de un códice mozárabe también. Los trabajos históricos de la Alta Edad Media me suministraron material y espíritu para algunos otros escritos literarios. Aquel contacto con los pueblos, que era un contacto con el tiempo, me tocaba muy hondo. Pero jamás mezclé la literatura con la historia cuando se trataba de investigaciones. Esto es pecado contra la inteligencia. Lo que en cambio tomé de la historia para la literatura fue lo evocativo. Mi primer poema del primer libro está dedicado a la catedral de León, con esta subdedicatoria: *A María de la Paz porque me dijo un día «¿Y a ti te gustan esas cosas viejas?»*.

Juan Ramón me censuró cuerdamente, en conversaciones particulares, el haberme metido en trabajos históricos o eruditos. Decía que acabaría por secarme o disciplinarme demasiado. Yo no lo lamento. Todo es útil si se asimila bien. Además, me permitía vivir y me sigue permitiendo vivir en México. Yo no he tenido nunca holgura económica para dedicarme exclusivamente a la poesía. Puedo esquematizar mis actividades en esta forma:



Una de las cosas que debo al trabajo científico es haber aprendido a administrar bien las horas del día. Así pude, a partir de 1927, dedicar cuatro horas a la biblioteca o al archivo como funcionario del Estado, pintar, escribir y organizar los números de la revista *Arquitectura*, explicar el Museo del Prado a los estudiantes de la Residencia, los sábados, charlar con los amigos y leer. La rosa anterior pertenece a mis actividades entre mis cuarenta y mis cincuenta años.

Pero no hemos llegado aún a esa edad. Estoy con el Centro Histórico y sus gentes. Estoy en los años de mayor pobreza, ganando cuarenta duros al mes; viviendo en comunidad con Ricardo de Orueta, Manuel García Morente, Enrique Ramos (que fue más tarde ministro de Hacienda con Azaña), Antonio Cruz Marín (que fue cónsul y secretario de embajada), Américo Castro y un sobrino de Orueta. Cada uno pagaba veinticinco duros por cuarto y comida. Era la edad heroica.

Orueta entró en el Centro Histórico a la par que yo; pero pronto se sacudió la tutela de los jefes, constituyéndose en capitán de una sección de historia de la escultura compuesta por él solo. El pobre murió antes de terminar su libro de gran vuelo sobre ese tema. Murió en Madrid pocos días antes de entrar Franco. Era dieciocho años mayor que yo. Cuando nos conocimos en Málaga, me doblaba la edad y yo le di siempre la broma de que tenía dos veces mis años. Materialista acérrimo, me hizo leer a Darwin y a Flammarion antes de salir para Alemania. Fue la persona que más influyó en mi cambio de

Málaga por Madrid. Cuando vino la República, fue nombrado director de Bellas Artes. Era republicano viejo, de toda la vida. En el Centro Histórico publicó una monografía sobre Pedro de Mena, escultor olvidado, otra sobre Alonso Berruguete, un volumen sobre escultura funeraria en Castilla la Nueva y un volumen pequeño sobre el escultor vallisoletano (aunque de origen gallego) Gregorio Hernández. Fue académico de Bellas Artes. Pero lo más notable en él era su personalidad, muy parecida a la de Silvestre Paradox. Su cuarto daba risa. Vivía estrechamente entre muebles viejos de su padre, desbarnizados y astillados, máquinas y ampliadoras de fotografiar, estantes abarrotados de libros, colecciones de mecheros y plumas estilográficas, petacas de Ubrique, atriles, herramientas, cubetas para revelar y alambres cruzados en todas direcciones para llevar por las noches el foco eléctrico adonde le conviniera.

Metido en aquel cubil, se entregaba a las tareas más peregrinas: limar mangos de cepillos de dientes para hacer plegaderas o cuchillitos de papel; vaciar camafeos para hacer unos sellos de barro con que mataba el lacre de las cartas; inventar ratoneras que verdaderamente cogían ratones, que soltaba todas la mañanas; rociar de pan o de semillas el suelo para que los gorriones entrasen cuando él estaba todavía en la cama. En Málaga había sido catador de vinos, y en sus últimos años de Madrid fue un gran bebedor de cerveza.

De Orueta se podría escribir un libro divertido y dramático. En cambio, de los demás compañeros de trabajo sé muy poco.

Sánchez Cantón, por ejemplo, era bastante hermético, desconfiado. Tenía una memoria fantástica, como su maestro Tormo y su compañero Allende-Salazar. Fue siempre muy lector y anotador de curiosidades históricas, pero se le escapó lo mejor de la vida en estos detalles, sin haber dado un libro de meollo. Su saber era indispensable en aquel Centro y, poco a poco, en otros. Muy joven llegó a ser subdirector del Museo del Prado y académico de la de San Fernando. Serio, leal con los amigos y con las cosas rectas, fue ganando respeto y prestigio dentro y fuera de España. Durante los primeros terroríficos meses de la revolución sobrellevó con entera dignidad las adversidades. Tengo entendido que los del «paseo» le prendieron más de una vez. Conmigo fue siempre correcto y atento.

Y conste que hablo en pasado porque me parece que escribo desde otra vida, no porque haya muerto. Es algo más joven que yo y ojalá viva muchos años y podamos abrazarnos.

Ya es demasiado «barojismo» este desfile de personas. Y, sin embargo, tengo que dar la impresión de que el mundo del Centro Histórico era otro que el de la calle, donde estaban las musas. Allí se congregaba mucha gente; los de Filología, los de Historia del Derecho, los de Árabe, los de Matemáticas, con sus jefes, Menéndez Pidal, Hinojosa, Ribera, Asín Palacios, Rey Pastor, que luego se fue a Buenos Aires.

Con Menéndez Pidal trabajaban Américo Castro, Onís (al principio), Navarro Tomás, Solalinde, Alfonso Reyes, Amado Alonso y algunos más que no recuerdo. En el título llamé a todo este conjunto de sabios y aprendices «tramoyistas y autores»; después, soldados y jefes; pero quizás la imagen antigua sea la que más convenga al Centro de Estudios Históricos y a sus miembros: colmena de abejas. Cada sección era una colmena, pero las abejas de una iban a otra a consultarse en ciertos casos, para ver si las conclusiones obtenidas por la vía artística coincidían con las logradas por el camino de la literatura o viceversa.

Yo salía del Centro con los de Filología en busca del aperitivo de la cena, un tarro de cerveza o dos. También se nos agregaba don Francisco de Icaza, otro mexicano, como Alfonso Reyes. Don Francisco era mordaz, con mordedura de desgarró. Cuando se hablaba de la Pardo Bazán (y se hablaba para oírle) asomaba los caninos como un mastín excitado. Reyes, en cambio era cortés y agudo, con infinitas alusiones literarias perfectamente encajadas. En sus ojos vivaces reía siempre un pensamiento que volaba o se detenía para enseñarnos el colorido tropical de su plumaje. Parece mentira que entonces le quedasen ganas de bromear; atravesaba la peor época de su vida; tenía que ganarse el pan familiar a punta de estilográfica. Él inició en Madrid, en *El Sol*, la crítica de cine. Luis Bello, el periodista, decía que Reyes era un prócer de las letras hispanas.

Todos estos discípulos de Pidal han hecho un camino brillante; todos son internacionalmente conocidos, incluso el malogrado

Solalinde. Razón tenía Américo en sus luchas por la severidad o seriedad científica del Centro. La labor de aquellos años quedará como modelo en nuestra historia.

Américo era un hombre difícil y hasta antipático para muchos. Tenía el fanatismo y el espíritu de clan del semita. También su tesón, su infatigable perseverancia. Gozaba creando conflictos; defendía casi siempre causas justas, pero de un modo impertinente o en una ocasión inoportuna. Conmigo fue extremadamente afectuoso durante un largo periodo de la vida. Su casa fue como mía. Teníamos, ya lo dije, un apeadero en Toledo para ir a descansar los finales de semana. Y, para colmo, cuando yo llegué a México, me escribió una carta ofreciéndome ayuda monetaria si me encontraba en apuro. «Te la ofrezco como a un hermano», decía en ella. Después, silencio de años, y pasar por México sin avisarme. Misterio.

Aquellos años —del 12 al 16— fueron duros para mí. No acababa de encontrar el modo de conllevar los estudios históricos y la poesía; estaba disgustado conmigo mismo; ganaba apenas para sostenerme; no podía pensar en casarme ni en tener un amor oscuro. Por fin, el 16 me trajo la entrada en la casa Calleja y el 17 me lié la manta a la cabeza y seguí el impulso de la pasión. Era ella una moza de pueblo, de la provincia de Cuenca, de Fuentes, dulce y sabrosa. Sólo que mi destino fue contrario; no quería de mí aquellas alianzas, y me la enfermó. Tuve que recluirla, tuberculosa, en el sanatorio de Valdelatas. Yo quedé como un Bécquer macilento que se encontraba a veces, sin darse cuenta, errando por los senderos del Retiro. La mano tendida por Jiménez Fraud me llevó a la Residencia de Estudiantes.

La experiencia vivida me dejó maltrecho, alicaído. Fue entonces cuando uno de los hombres más buenos e inteligentes que yo he tropezado, me dijo: «Vente a la Residencia de Estudiantes. Yo necesito en ella unos cuantos hombres jóvenes que, por su rectitud moral, su afición al trabajo y su entusiasmo por las cosas nobles, influyan sin reglamento ni cargos determinados en el ambiente de la casa. Tú no vas a ser pedagogo, pero vas a ayudarme más de lo que te figuras».

Este amigo, este casi hermano, Jiménez Fraud, me conocía desde los dieciocho años. Me conocía mejor que yo. Supo apreciar rectamente lo que me había ocurrido. Sabía que yo no era un crapuloso ni un aficionado a «líos».¹⁰

Miré mi cuarto nuevo con cierto recelo. Ingresé en la Residencia dudando. Pensaba que, en vez de ir penetrando cada día más en la complejidad de la vida, y en su seriedad, iba a caer de nuevo en la niñez o la mocedad irresponsables. Pero aquella institución ejemplar y única en España me fue seduciendo insensiblemente, y me retuvo durante veinte años, desde 1917 a 1937 (otra vez los siete). Hasta que la guerra civil acabó con ella. (La fecha exacta de mi salida fue la del 29 de noviembre de 1936.)

Muchas personas, entre ellas Ortega, me decían: «¿Pero es que se va a quedar toda la vida ahí?». Yo sonreía y me encogía de hombros. No me tomaba la molestia de responderles que mi destino era la interinidad —concepto católico—, y que en mi cuarto tuve siempre a la vista la maleta para el momento preciso. Era largo y difícil de explicar todo lo que tenía de maravilloso aquel refugio para un carácter como el mío, ansioso de tarea y harto de esas complicaciones materiales que entorpecen tanto en las casas: luchar con la servidumbre, pagar rentas, contribuciones, luz, teléfonos, buscar lavanderas, plomeros que arreglen los baños, albañiles que quiten las goteras, oír constantemente que sube el precio de los alimentos y qué sé yo

¹⁰ Véase nota 36, pág. 276.

cuántas cosas más. Allí todo estaba en manos de la administración. Pagaba uno su mensualidad, y listo. Un hada madrina miraba porque estuviesen las cosas como es debido. Y así, las horas completas del día eran para las ocupaciones nobles: estudiar, pintar, escribir, hablar con la gente. Si yo salía de excursión por varios días, no tenía que preocuparme por dejar la casa sola. Estaba bien guardada. Si yo quería comer fuera, no tenía que avisar, ni excusarme. Es una gloria vivir sin gente sobre sí ni bajo sí. Mi cuarto, además, iba lográndose. Ya he dicho que mi preocupación fundamental en la vida ha sido buscar el cuarto apropiado a mis necesidades. Con el tiempo logré una ampliación para poder pintar. Al principio, el caballete, los lienzos, las pinturas y los tarros de aguarrás y aceite estaban en mi dormitorio, único recinto; donde además tenía mis libros, una mesa de mi bisabuelo, dos butacas, dos sillas y un archivador.

En aquella especie de celda frailuna ha quedado todo lo reunido y lo hecho durante veinte años. Bosquejos, dibujos, estampas, cuadros, fotografías familiares y de arte, relojes de oro de mis abuelos, cadenas de ellos, libros, ropas, manuscritos. Yo trabajé hasta el último momento, mientras encima de mi cuarto luchaban los aviones defensores de Madrid contra los alemanes e italianos. Algunos de estos combates se dieron a pleno sol, y las máquinas relucían, destellaban en el cielo azul, como joyas.

Pero no es hora todavía de recordar estas cosas del final. Pienso en mi cuarto lleno de sol mañanero, en un día de domingo. Yo ponía mis discos de *fox* o de zarzuelas antiguas, mientras pintaba. «La juventud eterna», los estudiantes, se esparcían por los campos de juego, cantaban bajo las duchas, tomaban baños de sol en las azoteas o discutían en sus cuartos.

Abajo, en unos bancos, platicaban con Jiménez Fraud, Ortega y Gasset, don Blas Cabrera, Sacristán, el psiquiatra, y algunos otros que no eran tan asiduos como éstos.

Jiménez era un fanático para su «Residencia».¹¹ En los veinticinco años que la dirigió, no dejó pasar un día sin pulir de algún

¹¹ Véanse los artículos «La Residencia» (págs. 257-262), «Jiménez, don Alberto, Alberto» (págs. 263-266) y «La razón y “los cuatrocientos”» (págs. 267-269).

modo, mediante la consulta con personas identificadas con él o con la Residencia, la obra de ésta. Jamás se contentó con que fuese un mero albergue estudiantil. Quería hacer de ella un organismo complejo, donde se educase o formase el «caballero o señor», no el *señorito*; pero, además, quería que las actividades allí fuesen de interés para la gente de fuera. Por eso creó la Sociedad de [Cursos y Conferencias y la revista *Residencia*, los laboratorios, las clases, los cursillos. Tenía el mismo amor a su obra que los santos fundadores. Y todo ello sin mojigaterías, sin reglas ni petulancia. Conocía bien la historia universitaria de España y pensaba escribir un libro con ese tema. Alguna vez fuimos a Alcalá de Henares a fotografiar el Colegio de Málaga, fundado en el siglo XVI. Pero conocía también perfectamente las universidades inglesas, y yo creo que soñaba con ir fundiendo lo bueno de nuestro señorial Siglo de Oro con lo bueno de lo tradicional inglés. Después de todo, *hidalgo* vale tanto como *gentleman*. Lo que ocurre es que el hidalgo se enranció, mientras el *gentleman* no ha perdido la lozanía. La universidad y la familia fueron dejando caer más y más a sus colegas e hijos en la plebeyez, no en la democracia. El sentido de la pulcritud moral o el de responsabilidad eran ya ajenos al estudiante o al hijo de familia rica. Y todo esto quería revalidarlo Jiménez, hombre digno de ponerse en la historia de la educación española al lado de Giner y de Cossío.

«La eterna juventud» tardaba en darse cuenta de los ideales de Jiménez, pero al fin los barruntaba, llegando a resumirlos en este concepto: «El espíritu de la casa». Frase que los inconformes pronunciaban con reticencia.

Las personas mayores que yo encontré allí fueron: don Ángel Llorca, famoso maestro de niños, que tenía su escuela modelo en un barrio tan popular como era el de Cuatro Caminos; don Paulino Suárez, médico especializado en bacteriología; el doctor Guerra, médico también, pero dedicado a la biología, como ayudante de su primo Juan Negrín, el futuro político; Ricardo de Orueta, historiador de arte. También estuvieron algún tiempo Marcelino Pascua, que fue embajador en Rusia y en París cuando la guerra intestina, ensayo de la universal, y un dibujante que murió loco, Romero

Calvet, gran amigo de Gómez de la Serna. Por cierto, una de sus manías era decir que Ramón había tomado de él el género llamado «greguerías».

Éstos fueron los amigos que más duraron. Pero hubo otros que temporalmente ayudaron a Jiménez, por ejemplo, Antonio Cruz Marín y Francisco Beceña, diplomático el primero y profesor de Procedimientos el segundo. Éste murió asesinado en Asturias cuando el levantamiento.

Beceña, Pascua, don Paulino y yo nos reuníamos con Guerra después de las comidas a tomar café en el laboratorio de Negrín, que sólo alguna vez concurría. Hacíamos un café perfecto e invitábamos algunas veces a los famosos personajes que pasaban por la Residencia: Unamuno, Frobenius, Le Corbusier, Max Jacob, etc. Durante los veranos concurría también don Blas Cabrera.

La Residencia tenía un cuarto destinado a los huéspedes ilustres, que desde la creación de la Sociedad de Conferencias eran muy frecuentes. No creo que voy a recordarlos todos. Algunos, además, no vivieron allí. Me acuerdo de Keyserling, de Chesterton, de Aragon, de Calder, de Falla, de Wells, de Valéry, a quien le hice un retrato que anda por ahí en algún libro de homenaje. La lista sería enorme.

Las conferencias de los primeros años eran sólo para los de casa y tenían lugar por la noche. Entonces no teníamos dinero más que para una gratificación a los escritores españoles que actuaban. Yo recuerdo haber llevado a Valle-Inclán y a Manuel Machado. No sé quién llevó a León Felipe. Eugenio d'Ors y Federico de Onís fueron los dos primeros que tomaron parte en estas veladas y sus conferencias fueron impresas.

Me faltan elementos para presentar un cuadro bastante exacto de estas actividades y me duele olvidar nombres. La Residencia se propuso desde el principio poner en contacto directo a los grandes maestros de cualquier saber u oficio con los estudiantes. Por eso hubo conferencias de astronomía, de arqueología, de medicina, de derecho, de etnología, de mística, de filosofía, de urbanismo, de oceanografía, de pintura y escultura, de folklore y hasta de baile y canto flamenco. Allí estuvo una noche la Argentinita con García

Lorca. Recuerdo que me olvido de Einstein, número también de gran categoría. Como también lo fue la conferencia de Howard Carter, el arqueólogo que, con Leonard Carnavon, descubrió la tumba de Tutankamón. Las proyecciones en color gustaron o interesaron tanto que hubo que proyectarlas por dos o tres veces más a petición de la gente que no había podido verlas; y después recorrieron media España.

La extraordinaria situación de la Residencia era otro de sus alicientes. Radicaba en alto, sobre unas colinas que dominaban Madrid. Ningún edificio ajeno podía molestarle, porque los terrenos inmediatos eran suyos y servían para campos deportivos. Constaba de cuatro pabellones y otro pequeño para biblioteca. Más tarde se le agregaron la casa del director y un edificio para espectáculos y conferencias que se llamó Auditórium.

He dicho que ningún edificio ajeno podía molestarle; sin embargo, teníamos un sanatorio de locas junto a las tapias de los dos pabellones primeros. Era una propiedad antigua, que como cuña se metía en los terrenos adquiridos por la Residencia. No molestaba. Sólo de tarde en tarde se escuchaban los soliloquios delirantes de alguna demente.

Aparte de esto, el edificio más cercano era el cuartel de la Guardia Civil y el Museo de Historia Natural, con su jardincillo. A este jardín bajaba yo todas las tardes de primavera, verano y otoño a tomar mis cervezas y a leer. Tenía un kiosco, despacho de bebidas, y muchos veladores o mesitas redondas acompañadas de cómodos sillones de mimbre. Los niños y las niñeras animaban el sitio hasta la puesta del sol. Después venían las parejas de tórtolos o enamorados. Yo seguí yendo durante el otoño de 1936, hasta que desaparecieron niños, niñeras y cantineros asustados por las bombas y por el monótono tamborileo de los reclutas que ensayaban el paso militar en la Castellana y el antiguo hipódromo, donde se construían entonces unos magníficos ministerios. Don Pío del Río Hortega, el famoso histólogo, fue también de los últimos que cruzó por allí saliendo de su laboratorio de la Residencia. Eran tardes tristes, desesperantes. Una de ellas dejé mi asiento y el lugar, bajé a la Castellana y penetré en un edificio grande y rojo —la Escuela de

Sordomudos—, donde a la sazón se inscribía uno para el servicio militar. Hice cola, di mis datos y quedaron en avisarme. A los pocos días recibí una carta diciéndome que me llamarían cuando fuese necesario. Yo estaba por cumplir los 49 años.

Es inevitable esta intrusión de las horas finales en el relato. Me propongo hablar de «la juventud eterna», pero se me presentan los nubarrones de los últimos días. Días en que la juventud se había dispersado.

Creo que los años del 20 al 27 fueron los más interesantes en la Residencia. Fueron los años en que coincidieron allí García Lorca, Salvador Dalí, Emilio Prados, Luis Buñuel, Pepín Bello y otros espíritus juveniles llenos de ocurrencias. Federico había estado antes, acaso en 1917. Él venía por temporadas, de un modo irregular. A veces se quedaba un año entero. No todos los estudiantes le querían. Algunos olfateaban su defecto y se alejaban de él. No obstante, cuando abría el piano y se ponía a cantar, todos perdían su fortaleza.

Su voz mala, carrasposa y sembrada de afonías, pero emotiva, me hizo pensar algunas veces si para mover el sentimiento ajeno importaría muy relativamente la perfección del instrumento.

Nos reuníamos en el salón de conferencias o en alguno de nuestros cuartos. En el salón estaba el piano; en el cuarto, la guitarra. Ángel del Río, el profesor de Columbia University, ha reproducido en su magnífico estudio sobre García Lorca una caricatura que le hice a Federico sentado al piano. Lo tocaba muy bien y tenía un extenso repertorio de cosas clásicas, modernas y recién pasadas. Se había criado junto al piano de Falla, le había seguido en sus creaciones, compartiendo todo o casi todo lo que esto lleva consigo de meditación, enfoque, suma de factores, eliminación de adherencias, resonancias populares y alardes técnicos refinados. Con él aprendió a escuchar y recoger del pueblo lo sabroso.

Federico se sentaba al piano como un maestro, con pleno dominio. No importaba que entre pieza y pieza hiciera chistes y diabluras como un chico; recobraba el dominio en cuanto depositaba la yema de los dedos sobre las teclas. Tal vez la fascinación que producía era debida a la conjugación feliz de lo culto y lo popular, lo primario, infantil y fresco, entrelazado con lo reflexivo y riguroso.

Tal cosa es muy andaluza, y puede comprobarse en el torero, en el cantaor y la bailaora. Alternan el frenesí dinámico y el hieratismo, la desbordante alegría y el sollozo. Pasan de la gracia al ay. Del juego a la muerte.

Después de oírle tocar Chopin o Schubert, Mozart, Debussy, Ravel o Falla, este amigo que hoy le recuerda, le pedía que se metiese de lleno con las tonadillas del XVIII y del XIX que iba coleccionando. La transfiguración que se operaba en él repercutía en nosotros. Ya no miraba las teclas. Levantaba la cabeza, cambiaba la mirada, de perdida en picante, de divagada en precisa, quebraba hacia atrás la cintura, alargaba los brazos, sonreía con su gran boca iluminada y cantaba aquello de: «Corre que te pillo, / corre que te agarro, / corre que te lleno / la falda de barro». Y después otra y otra. Todas las que luego arregló para la Argentinita y corren en discos por ahí.

A la tercera o cuarta vez que le oí aquellas cosas, le dije delante de algunos amigos: «Lo que usted debe hacer es cantar y tocar todo eso en público. La gente quedaría extasiada, como hemos quedado nosotros».

Al principio le pareció un disparate, pero la sugestión mía buscó forma en su pensamiento y cuajó en aquella colaboración suya con la Argentinita.

Para tocar la guitarra se guardaba más. Le avisaba a muy pocos oyentes. Entre otras cosas porque no cualquiera puede saborear el canto jondo. Requiere cierta dosis de gitanería en la sangre, por nacimiento o por inyección acústica, saber lo que es la pena, la malita pena, y esa muerte a la vista siempre, que no es muerte, sino estar-se muriendo sin parar. Requiere haber oído a los «buenos» y saber distinguir, no ya las variedades o tipos de coplas, sino las inflexiones, modulaciones y claroscuro de cada alma en voz lanzada.

Federico no tenía garganta para lanzar seguidillas, soleares y todo lo serio. Pero entonaba maravillosamente otras cosas. ¿Cómo no recordar estas coplas y romances?:

Eres como el correo de Vélez,
que en cayendo cuatro gotas
se le mojan los papeles.

No salgas paloma al campo,
mira que soy cazador,
y si te tiro y te mato,
para mí será el dolor,
para mí será el quebranto.

Federico era un alma musical de nacimiento, de raíz, de herencia milenaria. La llevaba en la sangre, como Juan Brevas, Chacón o la gran Argentina. Daba la impresión de que manaba música, de que todo era música en su persona. Aquí radicaba su poder, su secreto fascinador. Despedía música y, donde él caía o entraba, caía o entraba el arrebató alegre y levitante de la música. Se puede ser músico con las manos, con la cabeza, con la boca y hasta con los pies. Se puede ser un magnífico profesor de música y no ser músico a la manera del poeta granadino, como un manantial. Si su muerte alevosa me parece más inexplicable que la de cualquier otro literato español, es por eso. Nadie puede concebir que un pueblo elimine a un elemento humano que fue su deleite, su verdadero encanto.

Tan vivo era este poder suyo que bastaba nombrarle para sentirse invadido de alegría musical. «¡Federico sale de Granada, mañana lo tenemos aquí!», gritaba alguien en la Residencia, como quien ve acercarse una alegre cabalgata sonora. Y como este don tiene valor universal, lo mismo se le abrían las puertas de Cuba que las de Nueva York o la Argentina. Tener un alma musical es ser un Don Juan del mundo, un conquistador involuntario.

Cuando comparo la personalidad de Lorca con la de otros poetas contemporáneos, se acentúa la jugosidad humana de él y la sequedad de los restantes. ¿Habría alguna relación entre la musicalidad del hombre y su simpatía? ¿Estará en relación lo uno con lo otro?

Si pienso en Unamuno, en su grito aquel «¡Música, no!» y en lo seco, lo poco efusivo que era con el prójimo, me pregunto si no le faltaría esa musicalidad sanguínea que se desbordaba en García Lorca. Sólo con ella se puede escribir aquel delicioso «Pequeño vals vienés», donde se destacan tales versos: «Toma este vals con la boca cerrada. / Toma este vals de dolida cintura. Toma este vals que agoniza en mis brazos. / Toma este vals del “te quiero siempre”».

Junto a Federico recuerdo a Salvador Dalí¹², que era todo lo opuesto. Delgaducho, casi mudo, encerrado en sí, tímido (¿quién lo dijera?), como un niño abandonado por primera vez o separado violentamente de su padre y de su hermana, melenudo, no muy limpio, enfrascado siempre en las lecturas de Freud y de los teorizantes modernos de la pintura.

Su vocación era indudable. En poco tiempo se adueñó del oficio, se sublevó contra el ambiente de la Academia de San Fernando y pintó algún cuadrillo que yo llevé una tarde al Museo del Prado para que los estudiantes que me acompañaban pudieran comparar su ejecución minuciosa con la de los primitivos flamencos.

Con motivo de la primera exposición de aquella sociedad llamada Los Ibéricos, hice un artículo para la *Revista de Occidente*, donde lo presenté como valor que aparecía, junto a Bores y algún otro.

Al principio seguía muy de cerca a Picasso. Después, el suprarrealismo y su natural morboso le llevaron hasta lo increíble por su enlace con la exmujer de Paul Éluard. Hoy vive en los Estados Unidos dedicado a pasmar a los *snoobs* con sus extravagancias y payasadas. Igual que hacían los bufones en la corte de los Austrias. Como pintor me parece un *pompier*.

Federico le dedicó una oda en aquellos días de la Residencia. Se sentían los «gallitos» triunfadores, aunque pasaban días sin blanca. Una vez hicieron una faena de pícaros con un matrimonio sudamericano, personas de la diplomacia. Discurrieron invitarlos para venderles un cuadro de Dalí por las buenas. Encargaron una gran bandeja de dulces a Lhardy, la mejor pastelería de Madrid, tomaron su té, platicaron y se rieron mucho, entre alabanzas a la obrita que querían colocar. Pero los diplomáticos no picaban, como

¹² «Este nombre, Dalí, que parece raro, debiera conocerlo todo español, pues era el del pirata Dalí Mami, que apresó a Cervantes y le metió en sus mazmorras en Argel. Arráez o capitán de goleta, griego renegado, avariento y cruel». Esta nota, la única que Moreno Villa introduce en la edición de *Vida en claro*, está cargada de intención —irónica o malévola— hacia el que fue su gran amigo en los años de la Residencia de Estudiantes y por el que sintió sincera admiración. En 1944, Moreno Villa reprueba la conducta que ha mantenido Dalí en esos años y es evidente que los atributos que otorga al pirata Dalí Mami, «renegado, avariento y cruel», también están dirigidos al pintor.

se dice vulgarmente. Y, entonces, García Lorca, con gran cinismo le dijo al señor: «¿No tendría usted en su cartera un par de billetes de cinco duros?». El señor sacó su cartera y los dos billetes. «¡Muy bien —exclamó Federico—, éste para Salvador y éste para mí! Y vámonos, Salvador, que estos señores son unos pelmazos». Los diplomáticos presentaron sus quejas al presidente de la Residencia.

Al grupo de Federico pertenecía también Luis Buñuel, «el gran loco», que quiso estudiar entomología pero dedicándose exclusivamente a la gimnasia. Con él compuso Dalí, años después, *Un perro andaluz*. En París dejó la gimnasia por el cine. Y cuando se pelearon o disgustaron estos dos colaboradores, recuerdo que alguien le preguntó a Dalí: «¿Qué es de Buñuel?». Y que repuso: «Cet abruti par le bureaucratisme stalinien».

Buñuel era un mocetón atlético, hijo de padres ricos y, por lo tanto, con dinero casi siempre. No paraba nunca. Desde muy temprano le veíamos semidesnudo salir con la pértiga a saltar en las mañanas más crudas de Madrid. Luego se enredaba a puñetazos con un balón colgado de un soporte. Después, salía en su automóvil, a comer en un merendero fuera de Madrid, regresaba y se metía en un café, asistía a una sesión de hipnotismo, hipnotizaba a una chica y hasta quiso hipnotizar al escribiente de la Residencia, que llegó a cobrarle miedo.

Eran los años del poeta francés Apollinaire, y todo el grupo se puso a componer unos llamados «anaglifos» que no sé quién bautizó. Constan de tres sustantivos, uno de los cuales, el de en medio, había de ser «la gallina». Todo el chiste consistía en que el tercero tuviese unas condiciones fonéticas que impresionasen por lo inesperadas. Ejemplos:

El búho,
el búho,
la gallina
y el Pancreator.

La codorniz,
la codorniz,
la gallina
y el viso.

El té,
el té,
la gallina
y el Teotocópuli.

La creación de anaglifos fue como una epidemia, en la cual me vi envuelto. Se hacían a montones, y a todas horas y en todos sitios, pero salían pocos perfectos, que gustaran a la mayoría. Y como en todo movimiento imaginativo, enseguida apareció el disidente, que fue Federico.

Su variante consistía en alargar el último elemento del anaglifo convirtiéndolo en frase, por ejemplo:

La tonta,
la tonta,
la gallina
y por ahí debe andar alguna mosca.

Tales juegos respondían al espíritu revolucionario de entonces, se daban la mano con la escritura automática y otras manifestaciones más serias.

A mí me recreaba salir de aquel ambiente juvenil y ponerme a pasear con Azorín y Baroja, que no entendían nada de los movimientos modernos. Recuerdo que en uno de estos paseos desfílamos por delante de una frutería de la calle Mayor, cuyas hermosas frutas, variadísimas en color y formas y tamaños, estaban colocadas verticalmente. Azorín me dijo señalando hacia la frutería: «Un cuadro cubista». Lo mismo le pasó con el superrealismo. Y en cuanto a Baroja, todo lo resolvió con negaciones: «Eso es una tontería. Eso no va a ninguna parte. ¡Bah!, majaderías. Picasso no sabe dibujar».

De repente, el año 1921 se me presentó malo. La casa Calleja tenía que modificar su estructura interna porque las cosas no iban muy boyantes. Eliminaron a muchos y conmigo tuvieron la consideración de seguir aceptando mi trabajo hasta que me encarrilase nuevamente. Me preparé para las oposiciones a Archivos, Bibliotecas y Museos y logré plaza. Pero me destinaron a Gijón (Asturias). Y tuve que abandonar la Residencia.

La separación no fue larga: un año. En Gijón me sobraba tiempo para todo. Cumplía con mis deberes de bibliotecario por las mañanas, de nueve a una; hacía fotografías de los dibujos antiguos coleccionados por Jovellanos y Ceán Bermúdez; jugaba al tenis, consultaba la Enciclopedia Francesa en el Casino, me paseaba con el pintor Piñole, cenaba y todavía me quedaba tiempo para traducir una obra que me encargó Ortega y Gasset: *Conceptos fundamentales en la Historia del Arte*, la sugestiva obra de Wölfflin.

Los primeros quince días de Gijón los pasé en casa de unos parientes ricos: el ingeniero Domingo de Orueta, casado con una prima de mi padre. Este Orueta, hermano de Ricardo el investigador o crítico de escultura, fue quien armó tanto ruido un día con el hallazgo del platino y otros minerales caros en la serranía de Ronda. Su casa era espléndida, anchurosa y revestida de madera por dentro, como las casas inglesas. Tenía un gran huerto y la fábrica de vagones y herramientas dentro de la finca, enclavada en el barrio de El Llano.

Aquellos días me sirvieron para tranquilizar el espíritu y hacerme al cambio de vida. Me había quedado pobre otra vez. El sueldo de bibliotecario era muy mezquino entonces. Tuve que renunciar a mis cigarrillos ingleses y a muchas cosas, la más importante de todas el aseo de la Residencia. Me recliné en una pensión o casa de huéspedes barata, donde éramos cuatro a la mesa: un hortera, muchacho joven y simpático que leía los periódicos y conocía a algunos literatos de Madrid por las firmas; un traficante en carbón, que faltaba mucho a la hora de comer, afortunadamente, porque era sumamente antipático y arribista; un viejo abarrotero, que había hecho algún dinero en Cuba y tenía loca a su mujer, metida en un sanatorio en Oviedo; el cuarto era yo.

La época de Gijón se me presenta como una mina, como un túnel sombrío. Lluvia, lluvia, oscuridad en la casa, en la biblioteca y en la calle. Durante tres meses estuvo lloviendo sin parar y no podía uno dejar el impermeable ni los chanclos de goma. Como en la casa no había baño, me duchaba en el tenis, con agua fría.

El trabajo fue mi defensa. Inicié con gran celo mi carrera de bibliotecario. Abrí la biblioteca del Instituto Jovellanos, dejé entrar a los estudiantes y les serví los libros. El viejo erudito jovellanista

don Julio Somoza vino enseguida a conocerme y se mostró contrario a mis medidas. «Lo que debe usted hacer es cerrar la biblioteca, porque lo que hay en ella no es para chicos. Son los libros y los papeles de Jovellanos y alguna basura moderna comprada por su antecesor de usted. Éste es un templo donde no deben entrar más que usted y yo. Ni a los profesores se les debe dar beligerancia. Hace años, uno de ellos se llevó a su casa un montón de papeles del fundador, se murió sin devolverlos y todavía siguen en manos de la familia, que pretende venderlos a un inglés».

No le hice caso al bueno pero fanático jovellanista en lo de impedir la lectura a los estudiantes, pero escribí a la familia que atoraba lo que no era suyo, diciéndole que por orden de la autoridad del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas tenía la misión de recobrar los papeles. La familia debió de asustarse y me los entregó a los pocos días. Yo mandé hacer una vitrina especial y los coloqué como quien coloca un tesoro reconquistado.

El trabajo más importante que hice allí fue, sin embargo, la catalogación de los dibujos. Los fotografié todos, pero sólo se reprodujeron unos cuantos en la edición hecha a expensas de la Diputación. Como todos se quemaron cuando la revolución del 36, mi libro tiene hoy un verdadero interés. En él se reproduce uno de los pocos y mejores dibujos del Greco.

En el verano de 1922 me trasladaron a Madrid, pero a una biblioteca fea, la de la Facultad de Farmacia. En ella estuve hasta el advenimiento de la República. Ricardo de Orueta, director general de Bellas Artes, me obligó casi a aceptar la dirección del Archivo de Palacio. Digo «me obligó», porque yo no quería jefaturas de ninguna clase.

Vuelto a Madrid, reingresé en la Residencia. Otra vez estaba en presencia de la eterna juventud. No me moví de ella hasta el año 27 y los recuerdos que siguen corresponderán a esos cinco años.

Casi nada había cambiado aparentemente. Prados, García Lorca, Dalí, Buñuel, seguían allí. Prados, más neurasténico cada vez, intentó suicidarse tomándose de golpe no sé cuántas pastillas de aspirina. Cuando se alivió, tuvo una broma para un estudiante demasiado crédulo que vivía cerca de él. Le llamó y le dijo: «Oye, Manolo, no puedo

resistir más el dolor de la vejiga. Será muy doloroso, pero voy a arrancármela». Y, diciendo esto, forcejeó debajo de las sábanas y sacó una masa gris que quiso entregarle a Manolo. Éste salió dando gritos, sin fijarse en que se trataba de una bolsa de agua caliente.

La marea literaria juvenil iba creciendo. Pronto irrumpiría la nueva generación con verdadero ímpetu. Federico se metía más y más en el escenario del Eslava, con la Bárcena, Martínez Sierra, Barradas y Fontanals. Su primer intento dramático fue un fracaso, pero el de *Mariana Pineda* le alentó a seguir.

Un muchacho nuevo se acercó a este grupo de la Residencia. Era andaluz y alegre. Decía que pintaba, pero lo único que yo vi suyo en poder de Federico no valía nada. Pronto había de sorprendernos con un libro de poemas frescos y luminosos, que yo defendí acaloradamente en el jurado para el premio de literatura del año 24. Era Rafael Alberti. Quiero contar esta escena del jurado sin omitir mi metedura de pata. Lo constituíamos Menéndez Pidal y el conde de la Mortera (Gabriel Maura y Gamazo) para lo histórico, Arniches para el teatro, Antonio Machado y yo para la poesía. Tal vez me olvide de alguien. Como secretario, Gabriel Miró. La cosa marchó perfectamente hasta que tocamos a la poesía. Maura propuso en primer lugar al llamado «Pastor poeta». Yo me opuse inmediatamente. Maura argumentó con una frase poco feliz: «Su poesía huele a lana y a chorizo». «Basta eso —repliqué— para que una poesía dé asco». Y aquí fue mi metedura. Continué diciendo: «Eso es tan repulsivo como la pintura de don Luis Menéndez Pidal, ahumada y renegrida como las morcillas». Con el acaloramiento, no pensé que estaba delante su hermano don Ramón. Intervino Miró hábilmente y todos me dijeron que diera yo un nombre para primer premio. «Pocas veces estoy tan seguro de votar con acierto como ahora; el poeta que se anuncia en este concurso como valor de trascendencia es Alberti con su libro *Marinero en tierra*». Entonces Antonio Machado, que había permanecido mudo, convino en que sí, que era lo mejor. Maura y todos aceptaron, pero aquel conde llevaba otro candidato, además del «Poeta pastor», y era Gerardo Diego. Propuso entonces que se diera un segundo premio, trasladando el de teatro a la poesía. Y así se hizo.

Yo no sé por qué me nombraron elemento de aquel jurado compuesto por tan ilustres personajes. Ni por un momento pensé que mi papel iba subiendo en la jerarquía literaria. Es cierto que ya contaba con siete títulos de libros: *Garba*, *El pasajero*, *Luchas de pena y alegría*, *Evoluciones*, *Patrañas*, *La comedia de un tímido* y *Colección*. Pero mi sentir era que no había hecho nada, que no había empezado a escribir. Exactamente lo mismo que ahora.

¿Es esto una mezcla de humildad y de orgullo? Probablemente. El considerar que lo hecho no vale nada es humildad, pero también orgullo, pues indica que uno se siente capaz de algo mejor. Ahora veo que aquí está el resorte de mi vida; lo que me hizo estar en perpetua ocupación u ocupaciones.

Pero este aspecto de mi carácter va unido a otro factor importante: mi despego de las cosas y las personas corrientes y mi falta de sentido de la propiedad. Federico me decía siempre: «Con usted hay que comenzar la amistad cada día». Sí, en cierto modo, sí. Quería mi absoluta independencia y mi soledad. Nadie valía lo que estas dos cosas que son en realidad una sola. En las épocas que más gente traté, siempre sentí ganas de alejarme, de aislarme. Cuando iba a la revista *España* todas las tardes, percibía una vaga sensación de alejamiento y ganas de marcharme. Lo mismo me ocurría en la peña del Café Regina, donde iban Azaña, Araquistáin, Negrín, Luis Bello y otros. O en la *Revista de Occidente*, donde los contertulios eran Ortega, [García] Morente, Vela, Sacristán, don Blas Cabrera, Pittaluga.

Respecto al sentido de la propiedad, yo renuncié a lo que me correspondiera de mis padres a favor de mis hermanas, que permanecen solteras. Nunca les he pedido nada de casa, ni siquiera un anillo que me asignaba mi madre para la que fuese un día mi mujer. Nada me parece mío aparte de mi pensamiento y mis sentidos. ¿Quién concibe que sean de uno el amigo, la mujer y hasta el mismo hijo? Son propiedades muy relativas. En cambio, nadie duda de la lealtad, el desinterés y el apego inseparable de lo que uno lleva dentro.

Seguiremos, sin embargo, hablando convencionalmente del amigo tal o cual, porque es la manera de entendernos. A mi cuarto de

la Residencia solían acudir diariamente Miguel Prados, estudiante de Medicina, Martín Domínguez, estudiante de Arquitectura, y Antonio Rubio Sacristán, estudiante de Derecho. Los tres se destacaron más tarde en el ejercicio de sus profesiones. Tomaban té conmigo y charlábamos de la vida y de los estudios. Ellos me dijeron, andando el tiempo, que me debían mucho en su formación humana. Yo me quedaba sorprendido. ¿Cómo va a contribuir a la formación de alguien un individuo tan disperso en múltiples actividades como yo? De todos modos, a estos tres los consideraba yo un poco míos; entendámonos, un poco como algo mío.

En realidad, nadie se da cuenta de lo que pudo influir en los otros. Federico, cada vez que yo publicaba un libro de versos, me escribía desde Granada diciéndome que era magnífico y que se los leía a sus amigos. Algunas veces me sorprendió, en efecto, recitándolos de memoria. Pero ¿influí yo algo en él? Sólo puedo decir que los temas del guardia civil, de los gitanos y de la calle andaluza están en mi primer libro, *Garba*. También el de la Virgen de la Soledad. Pero no vale compararlos; Federico los superó. Les dio aire, levedad. Yo me quedaba pegado a ellos, hundiéndome en ellos. Mi modo de enfocar los temas ha sido muy distinto.

Recuerdo que una tarde tomando café en el Palace Hotel con él, Dalí y Pepín Bello, les conté mi hallazgo del día: un libro sobre la rosa. Un libro francés de principios del siglo XIX muy sugestivo, con todas las variedades conocidas y los nombres latinos o modernos. Pronto me olvidé de aquello, pero, a los dos años, se presentó con *Doña Rosita la soltera*, y aparecían algunos de los nombres que le dije, entre ellos el de «*Rosa mutabilis*» que es toda una evocación. Por esto, al estrenarse la obra en Barcelona, le puse un telegrama diciendo: «Te felicita cordialmente el abuelo de Doña Rosita».

Este capítulo de «La eterna juventud» tiene que terminarse, porque de prolongarlo vendría una descompensación al resto orgánico del libro. Pero me duele separarme de esta época llena de cosas. He de contar mi segunda salida de la Residencia para una boda que se frustró.

XI

SEGUNDA VEZ LA MANTA A LA CABEZA

En aquel apartamento de la Residencia, rodeado de afectos y de respeto, escribí *Evoluciones*, *Patrañas*, *Colección*, una monografía sobre el Greco, para la casa Calleja, que no se publicó, igual a la de Velázquez, aparecida en una colección de arte emprendida por dicha casa, e interrumpida a poco, otra sobre el Divino Morales, para un concurso abierto por el Museo del Prado, que allá duerme; muchos folletos para *El Sol*, conferencias y comedias. También pinté mucho, a partir de 1924, y pienso dedicarle a esto unas páginas.

Pero la sabrosa soledad tiene también sus espinas. De cuando en cuando me acometían unas terribles angustias. Bajaba la tensión de mi espíritu y encontraba que todo carecía de sentido.

En una de estas fases conocí a Jacinta, en casa de Jiménez Fraud.¹³ Era una joven yanqui, rubia y admirablemente formada y vestida. Yo quedé embobado, pero más triste porque pensaba que mis medios de vida eran insuficientes para enamorar a una muchacha como aquélla. Charlamos de cosas insustanciales o divertidas y me despedí. Pero aquella misma noche vino a buscarme y me sacó vivamente de la Residencia. Vino con un secretario de la embajada americana y fuimos a un piso de la calle de Serrano, donde había bastante gente sumida en una penumbra tan densa que casi no se veía. Estaban oyendo música y todos eran extranjeros.

Pasadas unas dos horas, salimos de allí dos parejas o tres y fuimos a la casa donde vivía Jacinta. La chimenea estaba prendida y nos pusimos a charlar y a beber. Ella sabía bastante de español y me traducía las palabras de los demás o las mías al inglés. A pesar de estas dificultades, la conversación fue interesante para mí. Pude ver que aquella chica era instruida, pero estaba llena de cosas confusas dignas de ser aclaradas. A veces me pareció vivir una escena de Dostoievski.

Volvimos a salir a eso de las doce de la noche. Hacía mucho frío; estábamos a fines de noviembre y como Jacinta y yo queríamos seguir hablando, nos despedimos de los otros y entramos en un café

¹³ Véase «[Notas sobre Florence]», págs. 271-273.

de la calle de Alcalá. De lo que allí hablamos sólo recuerdo este trozo de diálogo: «Mirando tu perfil, como yo soy dibujante, hago mis deducciones. Una vez, dibujando al escritor Alfonso Reyes, le dije: “Alfonso, descubro ahora, al trazar unas líneas, que usted tiene ciertos rasgos no europeos”. Y él, sin contestar, se levantó, sacó una fotografía de una cómoda y me la presentó diciéndome: “Mi madre. Efectivamente, mexicana pura”».

Mientras yo le contaba esto a Jacinta, se fue cubriendo de rubor, y acabó confusa y abochornada. No sabiendo por qué, le dije: «¿Te he molestado?». Ella dijo que no, y pasamos a otra cosa sin aludir para nada ya a lo que yo descubría en sus facciones.

Al día siguiente nos volvimos a ver en otro café donde nos habíamos citado. Entonces sí, le dije de un modo penetrante: «Porque tú eres una pequeña judía». Quise con esto desvanecer aquel malestar que le creaba su complejo y lo conseguí. Pasamos el resto de la tarde muy interesados y, cuando nos despedimos, le dije: «Yo soy un hombre de rutinas. Lo que hago hoy quiero hacerlo mañana. ¿Nos volveremos a ver?».

Así comenzó nuestra amistad que fue creciendo rápidamente. Qui-so enseñarme inglés y todas las noches nos reuníamos en su casa para leer. De las lecturas pasamos a los dibujos y de éstos a las conversaciones íntimas y a los primeros besos. Yo vivía fuera de mí. Comencé a vivir en realidad para algo que no era yo ni eran mis cosas. En esto, caigo malo, con gripe. Era por Navidad. Me pasé varios días en la cama, desesperado de no verla, aunque con el alivio de sus cartitas, llenas de cariño. Al reanudar nuestras entrevistas, comenzamos a hablar de casamiento. Y he aquí la providencia: se me presentó en mi cuarto, como emisario de la Sociedad de Arquitectos, uno de los miembros de la Junta, mi amigo Bernardo Giner de los Ríos, que solicitaba de mí el encargarme de la publicación de la revista que la Sociedad editaba, ofreciéndome quinientas pesetas al mes. ¿No era maravilloso? Otra vez, sin yo buscar nada, las musas proveían. Con aquel nuevo ingreso ganaba ya mil pesetas mensuales, más las colaboraciones esporádicas en *El Sol*.

Cuando le dije a Jacinta lo que había, respondió: «Perfectamente, yo pongo otro tanto al mes de lo que aportes tú». Y nos echamos

a la calle a buscar piso. Ella cablegrafió a sus padres y escribió a un hermano que tenía de paseo por no sé qué país de Europa. Yo pedí a mis padres la partida de nacimiento.

El tiempo se nos hacía larguísimo. Los nervios estaban en una tensión insostenible. Hubo hasta momentos de discrepancia y anulación de lo convenido. Llegamos a separarnos, pero vino a buscarme otra vez.

Entretanto, los padres de Jacinta, alarmados por la rapidez de nuestras relaciones, encargaron a una persona de su confianza que averiguara quién era yo. Esta persona, un inglés muy castizo, Mr. Fitt, nos invitó a cenar una noche y en la cena nos dijo:

—Recibí el encargo y comencé a informarme de usted. Los informes son inmejorables y en este sentido he telegrafiado a los padres de esta muchacha, que desde luego es inferior a usted. Se lo dice un viejo amigo que la ve bailar demasiado en los cabarets.

—Eso era antes, Mr. Fitt —repuse yo.

—Es ridículo —añadió Jacinta—. Aquí en Europa se escandalizan de que una joven vaya a los cabarets. No así en los Estados Unidos.

Habíamos pensado casarnos en una ciudad del sur de Francia para evitar no sé qué inconvenientes que le presentaban en la embajada de Madrid. Pero los padres de Jacinta insistían en que fuéramos a Nueva York antes de casarnos.

Al fin salimos de Madrid y justo el día de mi cumpleaños. Cumplía los cuarenta.

En Barcelona recibió Jacinta una carta de su hermano remachando el deseo de sus padres de que fuésemos a Nueva York. Y que yo no me preocupase, porque los gastos del viaje corrían a cuenta suya. Jacinta me animaba diciendo que todos estaban deseosos de conocerme y que de seguro iba a causar sensación en su mundo. Yo le respondía que no sabiendo el idioma toda persona pierde personalidad y hasta hace el ridículo. Ella contestaba que a mi edad no se hace el ridículo.

Yo comenzaba a sentir cierto disgusto, un vago malestar. No me agradaba ser invitado como a prueba y, además, comprobé en el cuerpo de Jacinta cierta anormalidad que ella se apresuró a

decirme que se podía corregir fácilmente con una pequeña operación.

Llegamos a Génova, que era el punto de reunión con el hermano y la mujer de éste. Me recibieron con grandes demostraciones de satisfacción. Cenamos alegres y al día siguiente embarcamos. Yo no sé lo que pasó, lo que hablaron durante la primera noche de travesía. El hecho es que a la mañana siguiente, Jacinta estaba llorosa y no quiso levantarse. A mis preguntas respondía enigmática:

—Han sido muy malos. Ya empiezan las perturbaciones de que te he hablado algunas veces. ¿Por qué no nos bajamos en Nápoles y nos casamos en Francia?

—No; ya hay que seguir. Hay que arrostrar lo que sea —le contesté.

Y mi ánimo se fue ensombreciendo. Era evidente que las reflexiones hechas por su hermano y por su cuñada le habían sumido en perplejidades o dudas. Yo no supe nunca de qué orden eran. No fueron explícitos conmigo jamás. El hermano me trataba con afecto, y la cuñada con verdadera atención. Durante toda la travesía hubo ratos de llanto y ratos de arrobó. Algo, sin embargo, se había levantado entre nosotros.

Llegamos a Nueva York. La familia tenía dos apartamentos en Park Avenue. En uno vivían los padres y en otro las hijas. Porque Jacinta tenía una hermana, Carolina, menor y muy guapa. Una chica frívola, que cuando me conoció me dijo: «Pepe, yo he nacido para trompo». Quería decir que vivía para bailar. Su madre le reñía duramente delante de mí porque se acostaba al amanecer y se levantaba a las dos o las tres de la tarde.

Durante la primera semana fueron obsequiosos y amables conmigo. El padre me buscaba los cigarrillos ingleses que yo tenía costumbre de fumar en España. La madre me decía que aquélla era mi casa, que podía venir cuando quisiera. Tuvimos banquetes en sitios de lujo y palcos en los teatros. Me llevaban a casas amigas, extraordinariamente bien puestas. Se diría que pretendían deslumbrarme.

Con Jacinta visitaba otros medios de menor categoría social, pero más interesantes: casas de antiguas compañeras de colegio, casadas, que vivían modestamente.

Pero al cabo de la semana, fueron apareciendo síntomas extraños. La madre me decía de repente: «Debería usted casarse con Carolina. Ella, cuando se case, será buena compañera. Jacinta no es para casada». Aquellas palabras de la madre, fueron proféticas. El tiempo le dio la razón.

Una noche me dijo Jacinta:

—Ven, que mi padre quiere hablar contigo.

La entrevista, dificultosa por sí, y agravada por no conocer yo el inglés, fue para decirme que él se oponía al casamiento, y que si su hija insistía la desheredaba.

Yo le respondí que cuando nosotros, ella y yo, pensamos casarnos, no sabía yo de herencias ni del dinero que pudiera tener, que habíamos formado nuestro plan de vida a base de lo que yo ganaba en España y de otro tanto que ella aportaría.

Al día siguiente me dijo Jacinta que su padre ya no quería que yo viniese por su casa.

—Y tú, ¿qué dices?

—¿No quieres conocer a un abogado?

—Yo, no. ¿Para qué?

Cuando le referí este diálogo a mi confidente y casi único amigo en Nueva York, Federico de Onís, me dijo:

—Claro. Es que aquí se arreglan esos asuntos con un abogado. Un europeo cualquiera —no siendo español— pide por daños y perjuicios una indemnización y se va a su tierra otra vez. Pero yo sé que usted no es de éstos.

Viendo el giro que tomaba el asunto, dejé el hotel donde me hospedaba y alquilé un cuarto barato, de once dólares a la semana, cerca de la Universidad de Columbia y de la casa de Onís. Influyeron en esto también unas palabras del padre que decían: «Que estén separados tres semanas y ya veremos».

Allí me pasé solo no sé cuántos días, dibujando, visitando el Museo Metropolitano, y conviviendo bastante con Onís y con algunos otros profesores. También escribí dos largos artículos sobre la pintura moderna española y sobre Unamuno, a petición de un profesor que me dijo los traduciría y publicaría en buenas revistas. Por mi cuenta, además, comencé la serie que luego publiqué en

El Sol y reuní más tarde en un folleto titulado *Pruebas de Nueva York*.

Jacinta, sin embargo, no resistió la separación. Vino a buscarme a mi escondite, acompañada de un sujeto que me inspiraba celos, y de la mujer de éste. Yo los recibí de muy mal humor. Venían a proponerme un viaje a New Haven. Ahora veo claramente lo perturbado que andaba con todo lo que me estaba sucediendo. Eran tantas las variaciones de criterio en aquellas gentes, que ni podía retener el orden de los acontecimientos. ¿Cuándo me dijo el padre que en qué podía ayudarme? Yo recuerdo sólo que le contesté: «Gracias, en nada».

Fuimos a New Haven y allí me consumió de celos Jacinta con sus antiguos conocidos. Las escenas violentas se sucedieron y volvimos como apaleados a Nueva York.

¿Por qué no rompía de una vez con ella? ¿Por qué, ellos, no me dejaban a mí en paz? ¿Pensarían que yo estaba tramando algo? El hecho es que, vueltos a la ciudad, traté de aislarme otra vez y no fue posible. Me llamaba por teléfono, me decía que la acompañara a ver a la cirujana amiga porque ya estaba dispuesta a la pequeña operación y a casarse conmigo, aun en contra de su padre; asistió a la conferencia que di en Columbia University sobre los nuevos pintores españoles, presentando la obra todavía incipiente de Dalí por vez primera en América; y aquella noche arregló con Onís que éste fuese a hablar de mí con su padre. Éste, por su parte, me invitó a no sé qué fiesta familiar. Todos andábamos como locos, yo, por haberme liado la manta a la cabeza, que es quedarse sin la facultad de ver, y ellos por la intrepidez de Jacinta y la imposibilidad de quedar bien conmigo inventando aquellos métodos tortuosos. Pero todos queríamos guardar una compostura de buen jugador.

Sólo una vez se descompuso el padre delante de mí. Fue una noche en que ella me hizo subir a su apartamento, durante una de sus rachas de optimismo. Estábamos los dos en un sofá, charlando de lo de siempre, cuando entró su padre. Al verme, se le desorbitaron los ojos. Me saludó con una inclinación de cabeza y enseguida se dirigió a ella en inglés. Yo no entendía nada, pero notaba que el diálogo se tornaba disputa y que iba subiendo de tono. Jacinta llegó a contestar algo

muy duro, porque vi que su padre levantó la mano trémula e iba a descargarle un golpe. Me puse de pie y me acerqué diciendo: «No, eso es demasiado». El padre se volvió a mí con los ojos arrasados de lágrimas y dijo algo, saliendo inmediatamente. Ella, como loca, se levantó, se dirigió a otro cuarto y se puso a componer las maletas. Me dijo que se iba a un hotel. Que su padre la había expulsado y dicho que no contase con él en adelante. Que ahora seríamos los dos solos.

Aquello pasaba a las doce de la noche. Hasta la una estuvimos su madre y yo convenciéndola de que no llevase las cosas a tal extremo. El episodio le pudo mucho, porque su padre la había mimado siempre.

Ya no recuerdo si esta escena fue antes o después de la visita de Onís. Ésta tuvo lugar en el apartamento paterno, y se habían reunido allí algunos otros familiares. Aquello fue algo grotesco; al menos, así me queda en la memoria. Jacinta había preparado la entrevista ponderando el valer del profesor Onís, español que llevaba tantos años en los Estados Unidos y era la máxima autoridad española en la Universidad de Columbia. Onís, después de los preámbulos oportunos y de las generalidades del caso, ponderó mis condiciones morales e intelectuales y hasta mi ambiente familiar y mi clara y noble ascendencia. El padre le escuchaba atentamente. Yo intervine alguna vez en alemán, que la familia medio entendía por hablar el yidis. No sabiendo por dónde salir el padre de Jacinta, se agarró a lo de la nacionalidad mía, y al lugar común de que los judíos no podían olvidar lo que hicieron con ellos los españoles. Onís contestó que aquéllos eran otros tiempos y que los españoles de hoy no tenían aversión al judío, como lo demostraba mi caso. Que en España no era como en Alemania. (Cosa que confirmó la República, venida cuatro años después de aquella conversación.) Luego argumentó el viejo con otro lugar común: el de la dificultad de entenderse unas razas con otras. A esto contesté yo que todo era cuestión de educación y buenas maneras.

De aquella entrevista no salió nada tampoco. Se hizo por curiosidad, más que otra cosa. A pesar de la venda o la manta que nos pone el amor o nos liamos a la cabeza nosotros, era evidente que nuestro matrimonio estaba frustrado.

Jacinta continuaba con sus altibajos o sus cambios radicales. Mucho más tarde, diez años después, me di cuenta del complejo que le martirizaba. Por entonces siempre volvía a lo mismo: «Vamos a ver a la cirujana». Y fuimos.

Era otra judía. Yo no anduve más que entre judíos entonces. Se saludaron muy cariñosamente y me dejaron en una antesala mientras la reconoció. Yo pude oír sus gritos en aquel intervalo que duró la ligera exploración. A poco, salió la cirujana y me dijo:

—No es nada de particular. Un fibroma bastante grande, pero que podemos abrir cuando quiera. Sólo que no quiere. Enseguida grita.

Cuando salimos le dije:

—¿Por qué no has querido?

—Ya ves que no es nada. Pero hoy no quise. Ya vendré yo sola.

Habíamos caminado unos pasos, cuando me sorprende esta proposición:

—¿Nos casamos ahora mismo? Estamos cerca del juzgado.

Yo, imitándola, respondí:

—Vamos a dejarlo para otro día.

Ya estábamos en la cuesta abajo. Yo, al menos. Tenía que pensar en mi regreso. Caducaba muy pronto mi licencia oficial y en Nueva York no tenía nada que hacer; ya hice más de lo debido.

Al conocer mi determinación, cambiaron todos. Volvieron a las deferencias de los primeros días. Y con tono cordial me dijeron los padres:

—Es muy conveniente separarse por tres meses y ver lo que ocurre.

Ella también me dijo:

—Dentro de tres meses estoy en Madrid. Quisieron sacarme el billete de vuelta pero yo les contesté que ya lo había sacado.

Todavía quiso Jacinta llevarme hasta el embarcadero. Vino en compañía de su cuñada. Salimos por una calle muy larga a eso de las diez de la mañana. Pregunté por el nombre y me contestaron que «La calle de la muerte».

En el barco, Jacinta no quería soltarme. Ya estaba trabajando la hélice y seguía abrazada a mí. Su cuñada dijo la última palabra: «Déjalo ya».

XII

SOLILOQUIO EN EL MAR

Una gran cosa obtuve de esta verdadera aventura: el triunfo sobre el romanticismo. Con todo lo sufrido en Nueva York pude haber hecho infinidad de poemas jeremiacos o alguna novela desconsoladora. Pero preferí callar, reflexionar y atenerme a la saludable norma de poner buena cara al mal tiempo, que se corresponde con lo de ser *good sport*, jugador noble.

La acción sedante de mi buen viaje marino no se paga con nada. El barco era pequeño; se llamaba *La Bourdonnais*. Tardamos en cruzar el Atlántico diez o más días. Todos inmejorables; de mar quieta, sol sin nubes, noches claras y deliciosa temperatura. Era mediados de abril.

Jacinta me mandó unos cables cariñosos. Se conoce que, en medio de todo, sufría. Como yo, en medio de todo, seguía queiriéndola. ¡Qué de contradicciones hay en los procesos amorios! ¡Qué de alzas y bajas! ¡Cuánto creer y no creer! ¡Cuánto esperar y desesperar!

Tumbado en la cubierta, pensaba en Nueva York y en España. Mientras el apetecido sol de primavera me calentaba, escribía mis artículos con las cosas observadas en aquella ciudad monstruosa y admirable. Todos se recogieron, como dije ya, en el folleto *Pruebas de Nueva York*. Pero, cuando me cansaba de escribir, y me fijaba en las crestas o camellones de agua que abría el barco, pensaba que por momentos nos acercábamos a la costa española. Mi vida estaba allí, mi poca o mucha personalidad, también. ¿Quién era yo en aquel otro país extraño y rodeado de gentes que se ríen de las costumbres europeas por demasiado rancias, gentes que toman por tonto al que obra con caballerosidad o hidalguía?

Una gran satisfacción me inundaba cuando comparaba mi conducta con la de ellos. Ya se acordarán de mí. Tal vez les quede algún resquemor en el alma. Quizás, andando el tiempo, verá aquel señor de Wall Street, que le venció en el terreno de la honestidad humana un hombre sin otros caudales que los sentimientos de honor, respeto, lealtad y justicia amasados por largas generaciones.

Esta experiencia hace época en mi vida, abriendo una brecha —pensaba—. Desde hoy siento que mis sesos están más firmes en su lugar y que todo lo que yo escriba ha de tener un punto de mira. Ya no puedo seguir dando lo primero que se me presenta a la imaginación o al sentimiento. Ha pasado la juventud.

Pero ¿cómo ha de haber pasado la juventud si he empezado a bailar a los cuarenta años y me ha traído hasta el Nuevo Continente una muchacha fantástica?

¡Qué color y qué calidad de pelo tan únicos los de esta Jacinta! ¡Y qué poder de asimilación el de su memoria! —seguía yo pensando—. ¡Mira que haber repetido al día siguiente, en un colegio de chicas, la conferencia que di en Columbia University sobre pintura española! Pero, ¡qué carácter tan difícil, tan poco domesticado! Me acordaba de aquel día de viento en que le entró una mota de polvo en un ojo. Se puso furiosa; se guareció en el pórtico de una iglesia, y pateando de rabia me decía que la dejara, que yo no tenía que hacer nada en aquel accidente, sino el médico. Por una mota de polvo.

La proa del barco iba tenazmente abriéndose camino; un camino que se volvía a cerrar apenas pasaba la mole del casco.

Yo pienso que esta mujer no va a separarse nunca de mí. Podremos no casarnos, pero ella estará en mi pensamiento, trabajándome, hasta marcándome la dirección. Es como si hubiera metido su puño bajo mis costillas y gobernase mis sentimientos. ¡Ella, que parece desprovista de ellos!

—Tenemos muchas cosas en común—, me decía, queriéndome decir que coincidíamos en muchas cosas.

¿En qué coincidíamos? En arte, en sentir las obras de arte. ¡Qué emoción aquel día de Barcelona, cuando el marchante del joven pintor Dalí nos dijo que el cuadro que nos mostraba era el regalo de bodas que nos hacía el amigo! También coincidíamos en otras cosas de gusto: en el tipo de muebles, en las formas de vestir... De pronto la veía probándose zapatos en aquellas estupendas tiendas de Nueva York o desnudándose en el tren. ¡Maravilla de cuerpo!

—¿De dónde has sacado ese cabello tan único? —le pregunté una vez.

—Del bigote de mi padre —fue la respuesta.

Pero su padre, ese enorme besugo, de ojos saltones y vacío de pensamiento... Atesorar, atesorar... A mí, que no tengo el menor sentido para la propiedad. «Pepe, no ha hecho dinero a los cuarenta años y ya no lo hará». Esto dijo delante de mí. Yo contesté: «No quiero más dinero que el necesario para el día. No quiero quebraderos de cabeza por eso».

Las amistades de Jacinta me decían: «En cuanto usted se vaya, le harán mil regalos sus padres, para hacerle sentir que la vida junto a ellos es mucho mejor que allá en España con usted. Ella es mujer de lujo, aunque tenga afición a la vida de los artistas. Se le antojan viajes a cada paso; y viajes caros. A Rusia, al Egipto, a Italia. Todos los años va a Europa».

Sí, es evidente que nos hubiéramos hecho imposible la vida. Pero, ¡es tan dura la separación! Aquí voy, en este barco, tranquilo y cómodo. Voy pensando en reanudar mi vida madrileña; pero al pensar en el aislamiento noto su falta con angustia. Me había hecho a la idea de tener una compañera, y guapa. A mi edad debería haber escogido una mujer sensata y un tanto madura. No lo hice y lo pagué. No lo haré nunca. No quiero compañeras pasadas, ni sensatas. Siempre me he enamorado de locas, tontas y brutas. Esto se lo dije a ella en cierta ocasión. Y es verdad. Me gusta la lozanía, me gusta la piel tersa, me gusta la ropa bien cortada y la figura bien trazada.

¿Ha sido pura sensualidad este amor? Creo que sí. Pero ¿qué es un amor sin sensualidad? Conveniencia, cálculo frío.

¿Y cómo he soportado tantas molestias de ella y de sus padres? ¿No habrá intervenido el amor propio? Ya lo creo. Mucho. Yo no quería volver sin ella porque me parecía volver desechado. Yo quería vencer las dificultades. Pero nunca recurrí a pintarle un paraíso futuro en el orden material. Y hasta admití que pudiera aburrirse en España, sin sus medios económicos y sin sus amistades. En España se encontraría un poco sola.

He hecho bien, he hecho bien en arrancarme de ella. ¡Qué desastre, si no!

Yo soy disciplinado y buen administrador de mi tiempo. Llevo una vida rutinaria, pero siempre en tensión, aplicado a lo que tengo por delante. Necesito muchas horas para lo mío, sin descanso

ni distracción arbitraria o a merced de alguien. Ella fue un remolino en mi vida. La inundó de alegría y de ilusión, pero la deshizo. Desde que la traté, se acabó mi trabajo. Yo pensaba que aquello era lógico, que era el arrebató de los primeros y sabrosos tiempos, pero que luego vendría el nuevo ajuste.

¿Qué pensarán ahora mis amigos íntimos al verme llegar con mis dos maletines a la Residencia?

—¡Solo!

—Sí, solo.

—¿Que pasó?

—Todo se deshizo.

¿Cómo explicarles el cúmulo de menudencias y cosas gordas que hicieron imposible el casamiento? Yo no puedo echarle a ella la culpa porque todavía la siento muy cerca, muy querida o deseada. Tampoco puedo mirarla con misericordia, como a una demente. Ni como a una frívola, porque también resultaría yo un frívolo. Les diré la verdad oficial, aunque me repugna. Y ella es que «estamos en una prueba de tres meses». Que todo está en suspenso, hasta que triunfe la constancia o triunfe la volubilidad.

Estas reflexiones me las hacía lentamente, acá y allá, en este entreacto o en el otro, según el ritmo tranquilo de la hélice, más que tranquilo, igual siempre. ¡Qué semejanza la de este elemento mecánico y nuestro corazón! Día y noche sin parar, y siempre con el mismo empuje.

A ratos leía y a ratos escribía los dichos artículos. No hablaba con nadie más que durante las comidas. El mar tranquilo me produce un efecto hipnótico, sobre todo cuando el sol se desmigaja en él. Estas migajas de sol se convierten en puntas diamantinas que no están quietas como las estrellas, sino en un continuo aparecer y desaparecer, subir y bajar, agrandarse o achicarse, según el cabrilleo del agua.

También en mí suben y bajan las puntas diamantinas de los recuerdos. Y en las crestas de las ondas internas se entrelazan las luces de Nueva York y las madrileñas. Sé que en este preciso momento, el pintor Juan de Echevarría está pintando su enésimo retrato de Baroja; que Ortega está preparando su clase de Filosofía o su folleto para *El Sol*; que Menéndez Pidal redacta su libro *La España del*

Cid; que Arniches ensaya un sainete; que Manuel Machado entra y sale en la Biblioteca del Ayuntamiento, de la cual es director; que Antonio «conversa» con Juan de Mairena; que Azorín desmenuza la carne de un clásico —momia ya— y consigue extraer un globulillo perfumado; que don Pío del Río Hortega está sobre el microscopio dibujando no sé qué célula del cerebro; que Juan Ramón Jiménez discurre algún modo de atrincherarse en el silencio; que don Manuel Bartolomé Cossío, postrado y todo, corrige pruebas de mil cosas, recibe visitas, se exalta con esta evocación artística o con este detalle político antiliberal; que Benavente se fuma su interminable puro, a pasitos apresurados por las calles, o con la cara burlona en el café; que Martínez Sierra luce su indumentaria de nuevo rico; que Ramón y Cajal estudia las hormigas; que Américo Castro lucha a brazo partido con Santa Teresa, con Erasmo, con Lope y con la Divina Providencia; que Zubiri ahorca los hábitos y se coloca a la cabeza de la filosofía profesional; que Gaos gana su cátedra; que Navarro Tomás enseña fonética a las americanas; que Giménez Caballero quiere ganarse a toda costa un lugar notorio en la literatura; que Azaña sigue de empleado modesto, pero trabajando en la penumbra su programa político y su *Jardín de los frailes*; que García Lorca lee, con ahogos de alegría, su nueva comedia; que los eruditos afinan, que afinan los poetas y los filósofos; que Valle-Inclán depura en las tertulias de café la manera eficaz de contar un esperpento; que Maura dirige una carta a don Alfonso XIII como de un instructor a un discípulo; que D'Ors sigue glosando sobre las cúpulas o sobre el sentido ecuménico; que Falla está como embrujado en el piano; en suma, que Madrid hierve, que mis amigos quieren superarse. Todos, todo un enjambre. Hay un rumor renacentista que los mantiene en vilo. ¡Qué maravilla! Durante veinte años he sentido este ritmo emulatorio, y he dicho: «Así vale la pena vivir. Un centenar de personas de primer orden trabajando con la ilusión máxima, a alta presión. ¿Qué más puede pedir un país?».

Con este trenzado de reflexiones y recuerdos arribé a Vigo, me introduje en el tren y tuve que platicar a la fuerza con un viajante de comercio que, sin haber estado en Nueva York, me refutaba lo que yo había visto.

No quiero ni sugerir siquiera que mi vida fue abierta y agitada. Hechos como el anterior son aventuras y yo he sido el menos aventurero de los hombres; a no ser que se tome como aventura el lanzarse a la existencia con la poesía como único salvavidas. Lo cual, dicho aparte, es verdad.

¿Es que no cuentan ahora para mí las otras actividades? Sí, pero como secundarias; aunque ellas me absorbían algunas épocas.

Reinstalado en mi cenobio, vuelvo a vivir en mí mismo, encerrado en aquel salón sin muros que es lo más íntimo mío. Porque si desde un punto de vista he sido permeable o refractario para esas actividades que apasionan a los hombres, como el ganar dinero, el luchar por puestos o preeminencias o, en general, intervenir en la vida pública, desde otro he sido abierto siempre a lo que llamaría tejido de las cosas y personas espirituales. Desconozco el pensar filosófico, no sé expresarme en los términos debidos a la filosofía, pero esta tarea que tengo entre manos, y otras que tuve antes, obedecen a un ansia de conocimiento. En el caso presente, al ansia de conocerme, de saber cómo he sido y cómo soy.

Cuando era niño, mi madre me decía: «Eres un hurón». Quería decir que huía de la gente, que era por naturaleza huraño. Y esa característica perdura en mí, aunque con los años se fue sometiendo un poco a los mandatos sociales.

Vuelto a la casa sin conflictos, a la Residencia, reanudé mi trabajo y me puse a recapitular. Estaba en la cumbre de la vida y no había hecho nada que valiera la pena. Todo aquel encierro voluntario había conducido a nada. Seguía teniendo fe en mis dotes poéticas, pero el instinto me decía claramente que iba quedando oscurecido, entre dos generaciones luminosas, la de los poetas del 98 y la de los García Lorca, Alberti, Salinas, Guillén, Cernuda, Alto-laguirre, Prados.

Cuando empecé a escribir no sabía nada de lo que hacían los demás, quiero decir que me traía sin cuidado la llamada política literaria. Yo la llamaría banca literaria, por aquello del alza y baja

de los valores. Fue muy tarde cuando me di cuenta de que el escritor tenía que salir a la plaza con algo cotizabile. Pero, ni aun entonces rectifiqué mi modo de trabajar. Y, cosa curiosa, mis siguientes libros de versos fueron recibidos por la nueva generación como cosas unidas a ella. Nadie se tomó jamás la molestia de analizar este fenómeno evidente. Si la nueva generación fundaba una revista, me invitaban a colaborar, si se reunía para rendir culto a Góngora, me llamaban; si hacían una antología moderna, me incluían.

Yo me expliqué el fenómeno. Los nuevos veían en mí como cosa buena la legitimidad de mi obra, pero también veían, como cosa impura, mi descuido formal. De lo uno y de lo otro quiero hablar.

Eran los años en que publiqué *Jacinta la pelirroja*, *Carambas y Puentes que no acaban*. El primero de estos libritos me basta para indicar lo que entiendo por legitimidad y por descuido. *Jacinta la pelirroja* es un libro auténtico porque brota de una experiencia absolutamente concreta y personal: la de mis amores con Jacinta. Pero no por esto sólo, sino por el tono empleado en él, sin parecido con el de ningún otro poeta conocido. Ya he dicho que lo sacado por mí de aquella aventura fue mi liberación de la melancolía romántica.¹⁴ Me levanté a un plano vívido, confiado, por encima del abatimiento en que pude caer. Me situé como en una tribuna de hipódromo, al aire libre y al sol, o como en el interior embriagante de un cabaret de Harlem, el barrio neoyorquino de los negros.

Un español no puede adoptar este tono y si yo lo adopté fue por hacer efectivo aquel principio inglés del *good sport*. Hoy todavía me complace haber irrumpido en la producción española de entonces con una reacción tan insólita.

Ahora bien, esto, lo insólito, era lo que más atraía y desconcertaba a la gente. Hay que tener en cuenta que algunos de los poetas

¹⁴ En carta a Alfonso Reyes del 13 de noviembre de 1928 Moreno Villa le confiesa: «El espíritu se ahogaba ya en el sentimiento. La congoja no permitía respirar. Por eso rompí con la poesía mía. Y ahora me encuentro con el espíritu como con un caballo bravío; y me divierte su doma y el quedar rendido todas las noches para despertar más fuerte y entrenado a la mañana»; recogida en «José Moreno Villa escribe a Alfonso Reyes, 1922-1931 (algunos datos más sobre una larga amistad)», presentación y notas de Juan Pérez de Ayala, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, núm. 13-14, Madrid, mayo de 1993, pág. 124.

nuevos eran en el fondo tradicionalistas: Federico y Gerardo Diego los casos más elocuentes. Y ambos han titubeado entre lo formal antiguo y lo informal moderno, hicieron sonetos a la vez que poemas a lo francés en boga. Casi ninguno se libró de este pecado contra su identidad, contra su sinceridad. Yo también pequé. Pequé con las *Carambas*. No me dejé influir en ellas por ningún francés determinado, entre otras cosas porque yo no leía a ninguno de los poetas galos que armaban ruido; pero indirectamente me llegó el espíritu de rebeldía latente en la juventud. Rebeldía formal e interna, que iba contra la forma y contra lo estatuido.

Romper la medida de los versos era un gusto ya viejo en mí, pero la gente nueva no se detenía en este detalle, iba más allá. Antes de la contaminación francesa surrealista, ya había en España un espíritu despreocupado, rompetíferos, audaz, funambulesco, sumamente intuitivo y, a veces, poeta en prosa: Ramón Gómez de la Serna. Yo he sentido toda la vida un despego hacia él, pero reconociendo su valor y su influjo sobre la generación de que hablo ahora.

El Madrid literario y pictórico de los años 1927 a 1936 era iconoclasta, juguetón, *snob* y farisaico, o sea, que iba contra el espíritu de la verdad. Pienso al decir esto en la generación nueva de entonces y en el público. Hasta Azorín se salía de sus casillas, queriendo *epatar* con su «brandy, mucho brandy». Pero este es un caso aislado entre los escritores maduros, porque si Baroja pretendía *epatar*, era a su viejo modo. Ni Ortega ni Unamuno ni Antonio Machado ni Juan Ramón jugaban a esto.

Jugar, sí, todo tenía un aire de juego. A Picasso se le tomaba por un jugador y a Cocteau por el más ágil de los jugadores. Los juegos plásticos de Max Ernst hacían estremecerse a la juventud. Tenían su genialidad, su misterio, pero eran admirados sobre todo por lo que tenían de juego y de osadía. Extremo de osadía fue Giménez Caballero, que comenzó a publicar en *El Sol* unos artículos con tantos ingredientes como los más complicados *cocktails*, y después fundó *La Gaceta Literaria*, para la cual hice yo bastantes retratos a pluma. Él y José Bergamín me parecen escritores alentados por Gómez de la Serna. Cada uno con su malabarismo propio y con un atormentamiento, que no se nota en aquel iniciador de la algara. (Ir en

algar es ir en vanguardia y jaleando, según puede verse en *El poema del Cid*.) Hubo entonces harta algarabía, o gritería confusa. Un día que me tropecé con Giménez Caballero, le dije que iba a terminar en el trabalenguas, y su modo de sacarse la espina fue editar un libro titulado *Trabalenguas sobre España*, donde aparece por cierto un dibujo mío, que hice para el Patronato de Turismo.

Nada le gustará a José Bergamín que le haya emparejado con un personaje como Giménez Caballero. Demasiado sé que no pueden reunirse sino por ese nexo del malabarismo lingüístico, juego peligroso porque acaba afectando a lo fundamental, las ideas. El hecho de querer fundir en sí mismo cristianismo y comunismo, Unamuno y Cocteau, Gracián y Gómez de la Serna es ya bastante complicado. Pues añádase a eso todavía el espíritu de chufra que de Málaga, su cuna, le viene, y ayúdenme a conciliarlo todo.

A veces se da en la literatura lo que en la torería, vienen por parejas los escritores; el compañero de Bergamín fue Marichalar, como el de Salinas fue Guillén y el de Federico fue Alberti. También pueden constituir parejas Cernuda con Aleixandre y Altolaguirre con Prados. No se negará que la nueva generación tenía sus matadores.

Estas parejas por cronología y amistad llegan a distanciarse. Marichalar, de menos ánimo que Bergamín, se concretó a la información literaria, más que a la creación. Además, se apegó a la *Revista de Occidente*, que era hechura de Ortega y Gasset, mientras que Bergamín fundó enfrente *Cruz y Raya* con ayuda de Ruiz Senén, hombre de dinero, ligado a los jesuitas.

Salinas y Guillén no fueron hombres de algarabía. Sus puestos de catedráticos les apartaban de la corte, pero, además, ellos eran más pudorosos y retraídos. Comenzaron a publicar cuando ya eran padres de familia y puede decirse que salieron maduros al palenque. Constituyen la pareja más auténtica, más afín. Han seguido rectamente sus respectivas líneas, no hicieron jamás política literaria ni de la otra y fueron amigos de todos.

Tampoco fueron alborotadores Cernuda y Aleixandre. No recuerdo dónde conocí al primero. Tal vez en casa de Altolaguirre, cuando éste vivía ya en Madrid. Desde el principio vi que estaba dotado y fichado por las musas. Era entonces un jovencillo fino y tímido,

muy atildado y muy triste. Sufría con las cosas materiales y con las de relación humana. Dicen que lloraba delante de los escaparates de prendas de vestir porque no podía comprarse unas camisas de seda; pero, desde luego, yo le he visto casi llorar por no tener amigos ni nadie que le quisiese. Esto fue en mi cuarto de la Residencia, un día que vino a visitarme. Le recuerdo muy bien, con sus zapatos gruesos ingleses revestidos de botines blancos, su traje sin arrugas, muy planchado, su camisa limpia y con buena corbata, su buen sombrero verdoso y sus recios guantes. Un perfecto «pollito» sevillano. Me habló de las contrariedades con su familia y de que le entristecía el calor y la luminosidad; pero, más que todo, la falta de una amistad. Andando el tiempo hizo poemas que aclaran la tortura de entonces.

Después le vi muchas veces en casa de Altolaguirre, porque llegó a tomar un piso encima del de éste. Por cierto que lo amuebló de una manera demasiado femenina. Ahorraba para comprarse un mueblecito o un cacharro antiguo. Vivía solo y comía con Altolaguirre. Y se peleaba. Porque era de un carácter muy difícil.

La casa de Altolaguirre, sobre todo en los últimos tiempos, era un punto de reunión literaria constante con el pretexto de la imprenta o de las revistas. Tanto él como Concha gozaban viéndome llegar. En las épocas peores, me iba yo a cenar con ellos a sabiendas de que no tenían casi qué comer; yo les decía que estaba cansado de la cena en la Residencia y que prefería comer allí, con ellos, unas rajadas de merluza frita. Diciendo esto, le entregaba unas pesetas a la criada para que trajera raciones para los tres. Les tenía la confianza que a la familia. Eran bondadosos y discutidores. Propensos a entusiasmarse con todo. La última vez que entré en su casa —ya durante los bombardeos de Madrid—, me encontré instalado en ella a Pablo Neruda, enfermo. No sé dónde habrían ido a parar Manolo y Concha. No sé tampoco de qué hablamos. Muchas cosas de aquellos días han desaparecido de mi memoria.

La amistad con Manolo venía de Málaga, de cuando fundó la revista *Litoral* en aquella linda imprenta de Emilio Prados, llamada Sur. Además, conocía a sus familiares desde niño. Conocí a su padre, que era el Mariano de Cavia de Málaga. Un escritor zumbón,

fino y apretado, que usaba barbas, hablaba poco y se paseaba solo y triste. Conocí también a su madre, que era alta y desgarbada como todos los Bolín, oriundos creo de Francia.

Parecerá raro que hable de la gente como si toda hubiera fenecido, viviendo algunos de ellos aquí en México y viéndolos de vez en cuando. Y es que lo fenecido es el tiempo aquél que ahora evoco. Todo es forzosamente pasado, caído en un abismo además, en el derrumbe histórico de España y acaso de la civilización europea.

En una pausa que acabo de hacer, he puesto la radio y he oído cantar unos fandanguillos gitanos.

Te encontré
como paloma perdía.
En la calle te encontré,
y al entregarte mi vía
te volastes otra vez.
Tu sino volar sería.

No sé, no sé, de verdad que no sé lo que tienen las letras de nuestro bárbaro y refinado pueblo. Y no digo la música. Hay una intimidad conseguida con tan pocos elementos en nuestras coplas, que apresuradamente penetra en el torrente de la sangre.

Consuelo...
Y a ti te llaman Consuelo,
consuelo de mis pesares...

No pude transcribir el resto. Cerré la radio. Mi mujer se llama Consuelo. Y estuvo en Madrid, con su primer marido, Genaro Estrada, por los años que sujetan mi atención ahora. Estrada sentía como pocos el gran renacimiento lírico de España. No sé si fue en una comida que nos dio donde conocí a Vicente Aleixandre. Era difícil verle porque vivía lejos y salía muy poco a causa de su enfermedad. Su aspecto físico despistaba. Nadie lo hubiera creído enfermo. Parecía un inglés dado al *whisky*, roja la piel y brillantes los ojos. Hablaba con efusividad, casi atropelladamente. Y su modo de reír era luminoso.

Después estuve tres o cuatro veces en su casa, con Federico, Cernuda y algunos otros. Confirmé que aquel inválido con aspecto ultrasano era un espíritu efusivo, cordial y limpio como el azul de sus ojos. Como poeta me pareció menos seguro que Cernuda, más divagado.

Entretenido en estas pinceladas individuales dejé aquel tema de la algarabía y el juego, que no me parece baladí. Como exponente significativo, la doble revista de Gerardo Diego: *Carmen* y *Lola*. Gerardo siempre estuvo desdoblado; una mitad suya era clasicista y otra creacionista (invención del poeta chileno Vicente Huidobro). Pues bien, *Carmen* era la seria y *Lola* el instrumento jocosos. En ésta apareció lo que sigue, una burla al pobre José María Hinojosa, que en verdad era un poeta pardillo deslumbrado por una larga estancia en París¹⁵:

SERRANILLA DE LA JINOJEPÁ

Musa tan fachosa
non vi en la Poesía,
como la Hinojosa
de José María.

Faciendo la vía
desde el surrealismo
a Californía
—y lo cuenta él mismo—
por tierra fangosa
perdió la sandía

¹⁵ La frase «que en verdad era un poeta pardillo deslumbrado por una larga estancia en París», aunque vaya acompañada por ese «pobre José María Hinojosa», que puede suavizar algo el comentario, también es reflejo de otro rechazo, como ocurrió con Dalí, hacia un amigo muy querido en otro tiempo. Quizás, en este caso, el rechazo vino dado por su abandono de la poesía y por tomar parte activa en la vida política malagueña dentro del Partido Conservador, en el que militaban su padre y su hermano. Sea por lo que sea, Moreno Villa no parece perdonarle a Hinojosa ese cambio. Es evidente que el distanciamiento tuvo que producirse hacia 1933 y hubo de ser doloroso ya que hay pruebas evidentes de la amistad y cercanía que mantuvieron en años anteriores.

aqueste Hinojosa
de José María.

Cerca del Moncayo
—forzoso es decillo—
topó a su tocayo
Pepe el Tempranillo.
Y dice la glosa
que no le creía
el otro Hinojosa
de José María.

En un reservado
con varios pintores,
con Joaquín Peinado,
con Francisco Bores
y Apeles Fenosa,
retratos pedía
el buen Hinojosa
de José María.

En la catoblepa
se encontró a Picasso
y díjole: —Paso.
Europa es ya Eureka.
Y viva la Pepa.
Ya no hay más poesía
que la Jinojepa
de José María.

Esta poesía burlesca no es, después de todo, cosa rara en la vida literaria de cualquier tiempo y país, aunque lleva el sello lingüístico de la época por el uso del galimatías o la jerigonza, como «jinojepa» y «catoblepa». Por entonces surgió también el calificativo de «putrefacto» para todo personaje que comenzaba a oler a rancio. *Lola* no respetaba a nadie. Con motivo del homenaje a Góngora proyectado por este grupo juvenil, hubo bastantes disconformes y

Gerardo les contestó a rajatabla en su traviesa revista. Uno de los disconformes fue Juan Ramón Jiménez, que escribió una carta ocultando su nombre con las iniciales K. Q. X. La carta decía: «Madrid, 17 Feb. 1927.—Sr. D. Rafael Alberti.—Madrid.—Mi querido Alberti: Bergamín me habló ayer de lo de Góngora. El carácter y la extensión que Gerardo Diego pretende dar a este asunto de la *Revista de Desorienté*, me quitan las ganas de entrar en él. Góngora pide director más apretado y severo, sin claudicaciones ni gratuitas ideas fijas provincianas —que creen ser aún ¡las pobres! gallardías universales—. Usted —y Bergamín— me entienden sin duda. —Suyo siempre, K. Q. X.».

La carta era correcta, aunque mordiente para Gerardo y para Ortega. Por casualidad he encontrado en casa el número de *Lola* donde está incluida, y por considerarla, como la contestación, testimonios de mis tesis, las copio; siendo éstos los únicos documentos gráficos que he utilizado hasta aquí en este libro. Va la contestación de Gerardo:

«Bueno: K. Q. X. es el mismísimo Juan Ramón Jiménez según él mismo confiesa, aunque la gravedad de las acusaciones que en esa esquila se leen no parecen lo más congruente con esa bromita de firmar en cifra. Pero en fin, le seguiremos el humor, y buscando una interpretación razonable y conciliadora le llamaremos por ahora Kuan Qamón Ximénez, que es francamente precioso. Kuan Qamón Ximénez: preciosísimo. (Quememos en holocausto a don Luis un ejemplarito de ese *Diario poético* donde se le pospone a «cierto orgulloso poeta descontento»; busquen sus leves cenizas la compañía aérea que más les agrade. Lo que siento es que se queme también la «bella queja de amor lanzada en Cartagena» al dorso del distinguido a Góngora.) Y, naturalmente, le contestaremos por la misma vía Alberti, y en serio».

El descoco de esta *Lola* no se para ante nadie. En el mismo número leo: «Porque cada uno de nosotros pensamos y escribimos sin importarnos un rábano cuanto —en orden a un posible magisterio ideológico o estético— piensan y escriben Unamuno, Ortega y Gasset, Jiménez y el propio magnífico Valle-Inclán, aunque guardemos para ellos la consideración debida a sus innegables méritos».

Con estos pequeños botones de muestra podemos ver cómo se tiraban los unos a los otros y cómo la juventud era embrolladora y amiga del juego. Podría reportar más datos, pero me cansa y cansaría al lector. Lo que me interesa es dejar sentado que la nueva generación irrumpía sin miedo, en franca algarabía, y que la tensión de la vida literaria de entonces era muy fuerte.

A mí me invitaron los jóvenes a colaborar en aquel homenaje a Góngora, porque decían que en mí principiaba el movimiento moderno, pero, después de asistir a las primeras reuniones, me retiré y no intervine para nada. En el fondo estaba ya contra el gongorismo.

Las revistas juveniles se multiplicaban; las había en Málaga, en Sevilla, en Murcia, en Valladolid, en La Coruña.

Yo estaba entre dos fuegos. Pero seguí mi camino impertérrito. Veía la razón de los viejos y la de los jóvenes como dos sinrazones. Di mi *Jacinta la pelirroja*, que sigo viendo con buenos ojos —salvo en algunos poemillas—, y más tarde las *Carambas*.

En el primero de estos libros quise apareciera algo del espíritu y la forma sincopada de *jazz*, que me embriagó en Norteamérica. Está compuesto de tres partes: una, dedicada a los encuentros y descubrimientos con Jacinta; otra, a iniciarla en la poesía mediante algunos poemas difíciles, y la última, al rompimiento. Todo ello alegremente, es decir, sin melancolía. El verso es bastante quebrado y con tendencia a ser hablado, no cantado. Para dar una muestra, voy a transcribir el último poema, que toca precisamente a la fundamental barrera que se me levantó en Nueva York.

ISRAEL, JACINTA

Después de tan venturoso y adverso viaje,
me obsesiona, Jacinta, el templo de Salomón:
columnas de oro,
sabiduría
y Amor.
Un rey barbudo
cantaba cantares de pasión.

Todo el pueblo se disgregaba
con el soplo constructivo de Dios,
pero, al remate de los años mil,
cada súbdito es un rey Salomón.
Ese libro ¿de quién es? De un judío.
Esa mina ¿de quién es? De un hebreo.
Esta ciencia ¿de quién es? De un semita.
¿No es un hebreo el máximo actor
y el Ministro de la Economía Nacional,
y el maravilloso inventor?

Davides surcan los mares de petróleo
sin arpa ni cetro de sol;
con arcas que no son de Alianza
y Leyes que no son de amor.
Hay un eterno Abraham de ojos gordos
que mata y no mata por orden de Dios,
y un Moisés que cruza el mar océano
hacia la tierra de promisión.
Hay una Sara y una Ruth y una Ester
en Hollywood, Minnesota, Nueva York,
y las borriquillas de Nazaret
se construyen en los talleres de Ford.
El Líbano, ya no sé dónde cae
y el Gólgota cambia de sangre y de nación.

Los profetas jibosos y narigones
salen del seminario sajón
y, siempre descalzo, gemebundo y seboso,
recorre el litoral mediterráneo, Job.

Ésta es la última poesía del libro; reparemos en la primera, en sólo
sus tres primeros versos:

Eso es, bailaré con ella
el ritmo roto y negro
del «jazz». Europa por América.

Iniciar un libro de versos con el título de «Bailaré con Jacinta la pelirroja» indica un desenfado voluntario, un elocuente ¡basta ya! a los trémolos del coleante romanticismo, pero, además, confirma que toda Europa, frenéticamente entregada al *jazz*, pide que la rapte América. Tal cosa puede tomarse hoy por un presagio. Europa está siendo raptada.

Hay en este libro bastantes flojedades, fáciles de suprimir. Los españoles de todos los tiempos somos más amantes de perseguir la emoción que la perfección. Esto se ve más en las artes plásticas. Citaré a Berruguete y a Goya como casos culminantes. Pero también puede ser palpable en Lope como en Unamuno, en Bécquer, en León Felipe, en Calderón, en García Lorca, en Baroja, en el Arcipreste de Hita y tantos otros. La pasión nos arrastra con vehemencia en busca de lo que creemos fundamental: la emoción. Aunque se trate de una emoción reflexiva y tranquila. Los aspirantes a la perfección, como Azorín o Guillén, resultan extraños. Como resulta Velázquez, siendo tan español bajo otros aspectos.

Para dar un poco más de idea del libro que examino ahora, copio dos poesías:

COMIENDO NUECES CON JACINTA

Comemos las nueces, Jacinta,
que son como seres viejos acartonados
y comemos naranjas, Jacinta,
que son como anticipos de tu juventud.
¡Qué sentido tan vario éste del paladar!
Lo seco y sin aroma,
lo aromático y tierno.
Nueces, nueces pardas, arrugaditas,
informes, acartonadas;
nueces para jugar y apedrear,
que hay que romper con herramientas
y comer como simios.
Naranjas, naranjas de fuego, de chorreosos gajos,
carne —¡joye, carne!— en pura geometría,

donde metemos cuchillo y uña
codiciosos, como las reses bravas.

Al cabo de los años, mirando esta poesía como si fuera de otro, la considero más directa, fresca, libre, juvenil y jugosa que la de todos los poetas de mi tiempo. ¿Qué quieren ustedes? No puedo ni quiero remediarlo. La otra es ésta:

JACINTA SE CREE ESPAÑOLA

Eh, Jacinta ¿qué hay? Te vas poniendo seria.
Peli, mi pelirroja ¡que mudanza de ánimo!
¿Es por aquel jinete guerrillero y serrano,
y por aquel paisaje lunar,
y por aquel vino y aquella copla gitana,
y aquella frailería militante,
y aquellos hombres de luces que quiebran toros?
¿Es por estos poblados míseros,
de seres que miran como gallipatos?

¿Es por las grandes iglesias
y los pintores de cosas divinas?
¿Es por el Tiempo derramado y no recogido,
por el Tiempo hecho basura?
¡Jacinta! ¡Jacinta! La seducción es un engaño.

Jacinta, mirándome, exclama:
«¿Y lo dices tú?».

Como ustedes pueden ver, hay en todas estas poesías una intimidad profunda, legítima, que no se parece a la intimidad literaria de otros. Yo estaba de veras frente al alma de Jacinta, a su nivel humano, comunicándole el misterio del verdadero mundo que nos envolvía.

Muy otra cosa son las *Carambas*. Casi todas están escritas en una cervecería madrileña, de nombre alemán, Heidelberg. Están escritas dejándome llevar por la fuga de ideas, sin control, gozando

de lo arbitrario y detonante, de lo dulce y lo irrespetuoso. La cadencia de algunas fue tomada por un poetastro majadero cuyo nombre omitiré siempre.

30

Si puedes ir a la luna en unos cristales,
ve con mis palabras a la ribera de la magnitud.
No son los números ni los metros,
son los gritos los que miden al hombre.
Por eso los animales callan,
el perro, el buey, el mirlo, la rana...
¡Cuántas bestias atónitas
miran los rayos eléctricos de la lengua escarlata!

38

En el alboroto de la menopausia
todos los cogollos le parecían al alcance.

Y ella iba como bicicleta
en torrente de automóviles,
agitando sus melenas,
anuncios de calefacción.

31

El correo te muerde la memoria,
pero el eterno dislocado es un querubín;
y las leyes no rigen para la amnesia
ni los vericuetos padecen de simetría.
Sigue huido, con tu rabo macabro,
perseguido por los jardines azules.

Ensartada en la imponderable aguja de las horas,
 iba la desesperación desmelenada
 como estrella fugaz y pez errante
 que no columbran puertas de cielo ni de mar.
 Entre tanto, las golondrinas,
 seguían quitando espinas a la corona,
 y en los hogares tibios
 servían «chantilly».

Laberinto serás a toda costa
 y saxofón de seria voz humana,
 y cuando la oropéndola se engría,
 serás un simple suspiro entre sus alas.
 Y laberinto serás en la cuadrícula
 y en medio del orden y la simetría,
 y cuando nadie recuerde la esquizofrenia,
 divagarás con tus eternas verdades al hombro.

Estas disolventes *Carambas* se escribieron, es decir, se publicaron, en los meses de enero, febrero y marzo de 1931, cuando todo acusaba el derrumbe de la monarquía y soplaban aires descompuestos. El nombre de «Caramba» no tiene relación alguna con María Antonia Fernández, famosa tonadillera del siglo XVIII, ni con las moñas de ese mismo nombre que usaron las mujeres entonces, sino con la interjección que todo español conoce y usa a cada momento.

XIV
LOS CONTINUADORES DE APELES
Y DE RIPAROGRAPHOS

Hace años, cuando Picasso era el único español en algara o vanguardia, solía decir que los pintores españoles pintaban bien, pero en la rutina tradicional. Hoy no lo diría. Después de él invadieron París unos cuantos muchachos que agitaron la opinión e intentaron nuevas salidas. Primero fue el malogrado Juan Gris. Después, Miró. Después, Boreas (otro malagueño), y después Dalí. Citaré también a Pruna, a La Serna, a Cossío, aunque menos vigorosos. Y todavía quedaron en España otros muchachos bien dotados, como Benjamín Palencia, Ramón Gaya, Rodríguez Luna, Bonafé (hijo del gran cómico), Flores, los hermanos Eduardo y Esteban Vicente, Climent, Souto y algunos más.

Yo alenté lo que pude aquel movimiento juvenil en su fase más difícil, la abstracta. Y, para ser más sincero, me puse a pintar con verdadero fanatismo. Esto empezó hacia 1924. Asistí a las clases libres del pintor Moisés¹⁶, en el Pasaje de la Alhambra, donde acudían Dalí y Maruja Mallo, entre otros. Allí dibujábamos desnudos, pero sin dirección de nadie. Pasado un mes, dejé de ir. Pero en mi casa me afanaba por hacer cuadros cubistas que sólo conocía por reproducciones. Mi sentimiento del color emparejaba con el de Juan Gris, o con el de Braque. Los colores sepia y verde profundos de algunos cuadros suyos me entusiasmaban, jugando con los blancos o los ocreos. Yo encontraba que manejar los colores así, a lo cubista, ofrecía un placer más fresco y puro que manejándolos a la manera tradicional. Llegué en mi fanatismo a no poder contemplar un cuadro del Museo del Prado. En vista de esto dije a los estudiantes que yo llevaba los sábados al museo: «Amigos, por ahora no puedo seguir mis explicaciones. Estoy tan metido en los problemas modernos de la pintura, que veo con repugnancia todo esto. Yo sé que algún día volveré con ustedes, pero de momento más vale no hablar; diría disparates».

¹⁶ Julio Moisés (1888-1968).

Uno de los jóvenes que más me animaron a pintar fue Uzelai, pintor vasco que parecía un pelotari por su pergeño, su boina y sus saltos. Buen chico y buen pintor por entonces; no sé lo que habrá hecho después.

Mi pasión por el cubismo llegó hasta el punto de traducir al lenguaje cubista un cuadro de Goya, *El Tribunal de la Inquisición*, que estaba en el Museo de la Academia de San Fernando, en Madrid. Lo llevé y lo exhibí en una conferencia de gran público en el Museo del Prado. En ella me di cuenta de que el público madrileño estaba ansioso de novedades, y también de que sentía por mí un indudable respeto. En otros tiempos y con otra directiva no me hubieran tolerado aquello, que yo no hice por audacia, sino por afán de que vieran los otros lo que veía yo.

El Museo de Arte Moderno me pidió una conferencia, y para hablar de algo de lo que tenía aquel desbarajustado y hasta grotesco albergue oficial de las primeras medallas, propuse como tema «Picasso y el escultor Julio Antonio». De éste había una sala con los llamados «bustos de la raza»; del otro, no había nada. Pero llevé una colección de fotografías de las últimas obras de Picasso, y al hablar de lo triste que era tener que recurrir a tal expediente por no haber un solo cuadro de español tan ilustre en el museo, pude oír que su director, don Mariano Benlliure, le decía por bajo al secretario, Enrique de Mesa: «Ni falta que hace».

En la sala de exposiciones de este museo, que se modificó y mejoró mucho durante la República, bajo la dirección de Juan de la Encina, presenté yo, hacia el año 32, más de cuarenta obras entre óleos, punta-secas y dibujos. De aquella exposición mencionaré dos hechos muy diversos. Uno, que el embajador de México, don Genaro Estrada, a quien yo no conocía por entonces, me compró un cuadro que años después encontré en su casa y volvió a ser mío por casamiento con la viuda.¹⁷ Otro, que el duque de Alba fue a ver el doble retrato que yo le había hecho sin que posara ante mí; se le veía de frente y de perfil; en el de frente representaba la edad

¹⁷ Esta anécdota está narrada con más detalle en «El amigo Genaro», pág. 479, y en la nota 120 de la misma página.

que tenía entonces, en el de perfil, unos veinticinco años. El perfil se acusaba en el espejo.

El duque no supo nunca por qué se me ocurrió pintarlo. Aquí lo diré: por saturación. Sí, por saturación de verlo todos los días en los periódicos y revistas, como presidente electo de tal academia, de tal sociedad, como ministro de Estado y hasta como posible presidente del Gobierno.

Este retrato fue reproducido por Manuel Abril, crítico de arte, en *Blanco y Negro*, y apunto dato tan poco importante porque ya no existe: lo borré cuando estalló la sublevación militar y comencé a pintar encima un águila gigantesca abatiéndose sobre algo apenas esbozado. Allá quedó en el caballete.

No recuerdo las fechas de mis exposiciones en Madrid, pero sí los lugares. Expuse por primera vez en el Palacio del Retiro con muchos más de los artistas llamados Los Ibéricos. Luego, solo, en un salón para automóviles Chrysler, en la Gran Vía; después, en el Ateneo (dos veces); en una tienda de artes que abrieron el arquitecto García Mercadal y el escritor Giménez Caballero; en el Museo de Arte Moderno, que ya cité, y, por último, en un local muy simpático de la Carrera de San Jerónimo, que se llamaba algo así: «Exposición permanente de materiales de la construcción»¹⁸. Era de unos arquitectos amigos. En el mismo sitio se expusieron poco antes de la revolución unos grandes y últimos cuadros de Picasso, conseguidos por la sociedad Los Ibéricos, animada, si no dirigida, por Guillermo de Torre, infatigable propulsor de la vida artística.

Mi relación con los pintores fue más cordial, si cabe, que con los literatos, quizás porque fue más distanciada.

En el estudio de Sorolla no estuve más que una vez. Por cierto que al oír mi nombre exclamó como alarmado: «No será usted pariente de Villa, el mexicano». Hoy, después de Hitler, Villa nos parece un manso corderito.

Sorolla me hizo la impresión de hombre basto, astuto, codicioso y poderoso. Vivía espléndidamente, en amplia residencia, con varios estudios llenos de riqueza. Me enseñó los cuadros grandes

¹⁸ Se refiere al Centro de exposición e información permanente de la construcción.

que pintaba entonces para Huntington —a quien explotó— y los retratos de literatos que pintaba por encargo del mismo yanqui. Recuerdo que el de Baroja me impresionó por lo malo que era. A Baroja, quien lo ha pintado más ha sido Juan de Echevarría, un pintor oriundo de Bilbao, que vivió mucho en París y puede considerarse como un vástago de madre francesa y padre toledano. Quiero decir que aprendió finuras en Renoir, Cézanne y Gauguin, habitación y fuerza e intensidad emotiva en el Greco. Empezó a pintar ya tarde y murió pronto. Era de una lentitud pasmosa; insistía con pesadez. A mí me empezó un retrato, y viendo que en tres meses de posar no lo acababa, dejé de ir por su estudio. Pero Baroja fue más resistente que yo. Le posó durante años. Le hizo tres, cuatro, cinco retratos y, aunque no eran muy justos de parecido, tenían interés. Echevarría estaba preocupado con aquella enorme cabeza un tanto rusa. Admiraba al literato y quería meter en la pintura que le hacía más preocupaciones de las admisibles, resultando obras atormentadas, aunque sabrosas de color. Un dato mayúsculo de su pesadez y tenacidad es éste: principió un retrato de una de las hijas de Díez-Canedo a la edad de cuatro años y lo terminó o dejó cuando tenía seis o siete. Le traté mucho. Ya en el año 1919 escribí sobre su pintura unas cuartillas para una obra que se publicó en Bilbao, titulada *La pintura vasca, 1909-1919. Antología*. Entre otras cosas decía yo entonces: «En sus cuadros de flores y lozas populares —objetos de pura presencia— el color y el convencionalismo son productos tan delicados y sonrientes que rechazan el calificativo tradicional de *naturalezas muertas*. Nos sujetan con su alegría expansiva y su ternura como si se tratase de una celeste doncellez». Después de este párrafo afirmaba que su gran preocupación era el retrato psicológico.

Según Baroja, Juan no sabía dibujar. Pero es que Baroja tiene las mismas nociones de arte que un mozo de café: simplistas y llenas de prejuicios. Él no veía sino que en cada retrato era otro, y esto le bastaba para decir aquello. Sin darse cuenta de que muchos desdibujos los hacía el pintor voluntariamente. La gente simple no se ha fijado nunca en que ni la máquina fotográfica obtiene siempre la misma imagen. ¿Cuántas veces decimos «en esta fotografía

no has salido bien»? Los que conservan colección de fotos de sí mismos, pueden comprobar esto que digo. Y es que el buen retrato pictórico es una suma y una resta de detalles fisionómicos.

Al vasco mayor, Ignacio Zuloaga, lo traté muy poco; creo que le hablé dos veces, una en Zumaya, en su estudio, y otra en Madrid, en plena Castellana. A su estudio fui con Ortega y Gasset. Estaba preparando el retrato de Marañón, y lo tenía dibujado al carbón tan apretadamente, que casi no echaba uno de menos los colores de su bronca paleta. Esta visita debió ocurrir hacia los años 21 o 22, antes de dedicarme a pintar. Por entonces valoraba en él la audacia de haberse lanzado a pintar la España negra, de la cual había escrito un librito su paisano el paisajista Darío de Regoyos; valoraba también su tremendo modo de dibujar y hasta la gallardía de sus retratos femeninos, tensos y como dispuestos a dar un brinco de corza libre. Cinco años después le aborrecí, tanto por sus temas como por su estilización y por su paleta. Cuando expuso gran parte de su obra en el Círculo de Bellas Artes y estuvo a verla don Alfonso XIII, me pareció cosa pasada e indeseable. Hoy pienso que, tal vez dentro de cien años, se busquen sus obras como documentales.

Emanado de esta visión de la negra España hay que considerar a Gutiérrez Solana, tipo estafalario, degenerado, pero mucho más profundo que Zuloaga y más sabroso de paleta, aunque también sombría. Su casa era de pesadilla. La criada que abría la puerta se presentaba liada en trapos pardos y rojos y con un peine hincado en las greñas. Cerca de la puerta, y frente a la sala, se veía el retrete de casa vieja, sombrío y sin higiene. Solana le recibía a uno con alborozo. Inmediatamente servía unas copas de coñac, se afanaba de acá para allá, traía un enorme lienzo, ponía en movimiento un muñeco mecánico o se llevaba a uno de sus hermanos que estaba rezándole al sol, hincado de rodillas en el balcón y con los brazos abiertos. Los cuadros antiguos, de lindos paisajes, tenían todos una casa con una torre, y en ella un reloj que daba la hora y tocaba una pieza de música. En la alcoba se veía la cama del pintor, sin hacer. Y él explicaba riendo y tapándose la boca, que a veces se acostaba sin quitarse las botas, llenas de barro. Con el pulso temblón, le servía al visitante otra copa de coñac mientras masticaba un puro;

la saliva, saturada de nicotina, le teñía las comisuras de los labios. Sus ojos, muy brillantes y aguanosos, de auténtico alcohólico, sonreían como los de un chico malicioso mientras decía que la criada servía para todo... y para todos. Quien no haya leído sus libros, debe comprarlos inmediatamente. Son de un poder observativo, como no se ve en la literatura española. Sólo que su mirada se clavaba en lo marrano, en lo asqueroso, igual que la de aquel pintor griego de la Antigüedad llamado Riparographos, de quien habla no sé ya qué tratadista.

Solana fue una de las columnas firmes de Pombo, creación de Gómez de la Serna, a pesar de ser un café tan antiguo.

Solana inspira simpatía. Yo lo traté bastante en Valencia, cuando nos sacaron de Madrid el 29 de noviembre de 1936. Allí empezamos, con el desgraciado Arteta, a hacer litografías en color, en los talleres de Renau. El pobre Arteta murió de un golpe, aquí en México, al caerse en el pasillo de un tranvía. Murió cuando las cosas empezaban a irle bien. Llevaba cuatro mil pesos en el bolsillo, ganados con su pintura en los últimos meses. Solana se volvió de París a Madrid; no quiso trasladarse a América. Yo lo excuso; no creo que un hombre como él pueda hacer ya cosa de interés sin estar en el medio que le nutría. Y ahora España es más negra que nunca; lo cual le favorecerá, porque le dará más datos macabros y retorcidos.

Un poco más viejos que él eran Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, los hermanos Zubiaurre y Daniel Vázquez Díaz. Los dos primeros puede decirse que salieron de la cabeza de Valle-Inclán. Tanto influyó en ellos durante los primeros tiempos en el famoso Café de Levante.

Romero de Torres ha sido el más repugnante amanerado, porque su amaneramiento era anacrónico. Las explicaciones que Valle-Inclán le diera del Renacimiento se le indigestaron, y queriendo pintar a lo Vinci, no pasó de un Divino Morales acaramelado, relamido y seboso. Complicó más todavía el problema queriendo interpretar el alma andaluza, pintar la copla y otras abstracciones por el estilo. Ni que decir tiene que la mediocridad de los muchos quedó embobada con aquellos abortos. Y más embobada todavía si

tuvo ocasión de conocer al pintor, que era personalmente un cordobés guapo y jaranero, siempre de capa y sombrero ancho.

Anselmo Nieto, después de una aparición prometedora, se encerró a pintar mujeres guapas y se oscureció.

Los hermanos Zubiaurre, sordomudos, tuvieron también su época y triunfaron en los museos extranjeros. Son ramas del tronco zuloagüesco por lo de interpretar escenas populares, pero con otro espíritu y otros medios. Valentín era el más reconcentrado, melancólico y reflexivo. Ramón, más optimista, luminoso y externo. Todo el mundo de entonces recordará sus *Vencedores de Ondárroa*, un cuadro de remeros triunfantes después de unas regatas. Y recordarán el cuadro parejo de Valentín titulado *Por las víctimas del mar*.

Finalmente, Vázquez Díaz. Un caso dramático. Un andaluz que quiso hablar francés y tan pronto le hablaba a uno de tú como de usted. Un gran dibujante y un pintor de finas armonías, pero vacío, por no saber a qué carta quedarse. En realidad quería romper con el zuloagüismo. Su drama se lo dio la época. Fue el eslabón entre ese «ismo» y lo realmente nuevo.

Pero este lote de pintores costumbristas y literatos dejó de interesarme íntimamente. Lo nuevo me tocaba más a lo vivo y despertaba estímulos en mí. Cada número de *L'Art d'Aujourd'hui* o de *Cahiers d'Art* era recibido como palabra de promesa, como mirada sonriente. En ellos no había nada de lobrete, ni de cansinas viejas aldeanas, ni de vestidos que trascendían a vaho caliente. La imaginación entraba en juego por vez primera en la historia del arte. Sí, sé lo que me digo. Tengo presente el juego imaginativo de todos los tiempos y razas al decir esto. Si el Giotto le soltó la lengua a la pintura —según Wölfflin—, Picasso le soltó la imaginación. Jamás disfrutó de tanta libertad y, por consiguiente, de tanta alegría. Lo que para Ortega fue deshumanización, para mí fue liberación de lo más oprimido del hombre. Por algo coincide el movimiento llamado moderno con la revolución rusa y con los hallazgos de Freud. El hombre quería acabar con opresiones y fórmulas viejas. El pintor, como el obrero, estaba oprimido por la sociedad que no le permitía, ni le permite aún de buen grado, salirse del modo de ver tradicional, enraizado y podrido. Me da pena ver que hoy

se sigue o se vuelve a lo antiguo por jóvenes españoles que han vivido nuestra guerra.

Yo no he sido nunca político. Creo que la política ha sido siempre un sistema de recursos para tener en la mano al pueblo. Y no he tenido tiempo ni afición para estudiar comparativamente los diversos sistemas. Si en Madrid voté por los republicanos y socialistas desde que tuve voto, fue porque veía que el sistema de don Alfonso XIII no daba más de sí. Una vez, hallándome frente a frente del duque de Almazán, éste, mirándome la ropa, la cara, las maneras y hasta el tono, me preguntó:

—Y usted ¿por qué es republicano?

A lo que respondí:

—Por lo mismo que usted es monárquico; es decir, porque creo que ese sistema puede traer más bienes a mi país.

Alguien puede argüir: «No se los trajo». Pero sería un embrollador, un insincero. Demasiado sabemos todos por qué no pudo traer más bienes a la nación la República.

Y no se me tome por un rojo —equivalente de sanguinario, para muchos—, ni por un anarquista. Creo que la política es sistema, y que todo sistema lleva consigo orden, jerarquía, apreciación justa de cada valor humano. Sin esto, la Rusia de hoy no sería lo que es, no hubiera podido vencer a un sistema ni a un pueblo tan rígidos como el de los teutones. La ocultación de este hecho al pueblo, por parte de los oradores mitinescos, me parece una engañifa cruel.

Me doy cuenta, al llegar a este punto, que la pintura me condujo insensiblemente a hablar de mi sentimiento político. Está bien. En algún capítulo había de brotar. Él hace y deshace los mundos; mata o avienta a los hombres, como si no fuesen nada. Acaba con las civilizaciones, para volver a empezar.

Pero ¿es que había sentimiento político en el cubismo y demás fenómenos pictóricos de la primera mitad de este siglo? En el cubismo, no; pero en el surrealismo, sí. Declaradamente, en sus programas y manifiestos. Estas declaraciones, sin embargo, no añaden nada a lo que yo insinué. Mi pensamiento y mi creencia son que, subconscientemente, cualquier movimiento de aquéllos fue revolucionario, iba contra las normas burguesas, adormecidas e

ineficaces. En Madrid, ya lo he dicho, quedamos pocos defendiendo el arte nuevo con obras y con palabras escritas. El mejor de los que quedaron fue Benjamín Palencia. Estaba bien dotado. Hizo cosas finas y se preocupaba mucho de las tierras. Se salía por los alrededores de Madrid a buscarlas como quien busca minas de oro y me las enseñaba con un entusiasmo rebosante. No sé qué habrá hecho ni qué hace.

Afluían a Madrid jóvenes de todas las provincias: Gaya, de Murcia; Souto, de Galicia; Climent, de Valencia; Palencia, de Ciudad Real; Rodríguez Luna, de Córdoba. Todos éstos, menos Benjamín Palencia, están hoy en México y ganándose la vida con los pinceles. Ya no son aquellos muchachos de entonces. Todos han vivido cosas duras, de esas que hacen tambalearse los principios y las nociones que tenía uno por más firmes. Aquí está también Miguel Prieto; y no cito a otros porque hacen esas obras comerciales muy gustadas por los *gachupines* incultos. Ya van bien pagados por ellos.

Gaya no fue nunca cubista, a no ser en sus primeros tanteos. Fue siempre un pintor delicado, agudo para captar y transmitir matices y valores tenues de gran seducción. Su obra de hoy es muy ponderada, sin audacias de ningún orden.

Souto tampoco creo que fue cubista en su mocedad. Lo que le distinguió y le distingue es su extraordinaria facilidad y fecundidad. También su sentido acomodaticio.

Climent fue cubista; lo ensayó todo y adquirió una verdadera maestría, que hoy pone al servicio de las naturalezas muertas y del retrato.

Rodríguez Luna es el que sigue sosteniendo mejor su línea de misterio y poesía. Últimamente, después de una larga estancia en Nueva York, ha enriquecido y acendrado su paleta. Yo espero cosas muy buenas suyas.

Miguel Prieto es el benjamín o más joven. Yo he empezado a conocerle aquí. Tiene algunos puntos de contacto con Rodríguez Luna. Trabaja afanosamente y espero que haga cosas.

Los años de 1931 a 1936 fueron para mí los más apacibles, aunque ellos comienzan y terminan con las muertes de mis padres. Mi madre murió un mes justo antes del advenimiento de la República; mi padre, un mes justo antes de estallar la traidora sublevación de los militares.

El sentimiento de interinidad no se apartaba de mí. Lo cual llevaba aparejado el deseo de que no pase el tiempo. Creo haber heredado esto de mi padre, que contaba las horas de la vida.

La política de la Dictadura y de la República me obligaban a vivir en tensión, como si cada día se salvase por milagro. Todo estaba pendiente de un hilo. Y, sin embargo, recuerdo esos años como apacibles. Sin duda porque había conseguido un trabajo público agradable y una situación económica suficiente para mis necesidades. Nunca llegué a ahorrar nada; el último día del mes gastaba el último céntimo.

La República tuvo conmigo tres atenciones: cambiarme de puesto, pasándome de la biblioteca de la Facultad de Farmacia a la dirección del Archivo del Palacio Nacional, antes Real; nombrarme el año 33 para dar unas conferencias en Buenos Aires, con motivo de la Exposición del Libro Español, y hacerme miembro de una junta cultural encargada de editar, rica y profusamente, nuestros clásicos. Las tres cosas eran halagadoras, pero mi carácter, enemigo de complicaciones, las recibió a la defensiva. Finalmente las acepté.

La dirección del Archivo Real no fue para mí un puesto de mando, sino de trabajo gustoso. En algunas salas estaban amontonados los papeles como para ser barridos o quemados. Recuerdo haber hecho una fotografía de aquel atentado repugnante. Por allí andará. Como las salas no tenían nombre ni numeración, me hice un plano de cada piso (eran tres), numeré no sólo las salas, sino los estantes y puse en los planos indicación de lo que contenía cada recinto. Aquel plano podrá orientar a cualquiera de mis sucesores; ya no tendrá que recurrir a los mozos para saber hacia dónde cae tal reinado o tal materia. Es como una primera guía global. Una

vez encarrilado el trabajo profesional de mis auxiliares, comencé la labor detectivesca de buscar a los enanos y bufones que vivieron en Palacio cuando Velázquez era pintor de Felipe IV; búsqueda que dio por resultado el libro que publiqué ya en México: *Locos, enanos, negros y niños palaciegos en la corte de los Austrias*.

La inmersión en el pasado de aquel lugar y de la gente grande, mezquina, prudente o insensata que lo pisó, que alentó en él, fue captándome con fuerza íntima día tras día. Por mi mano pasaban las esquelas donde quedó apuntado lo que quiso desayunar la reina tal día de tal mes y tal año; los bufones que acompañaron a los reyes en la jornada de El Pardo, de Aranjuez o de Cataluña. Yo volvía a leer lo que leyó el contralor al revisar las cuentas de vestidos, alhajas, zapatos regalados por los monarcas a sus criados, algunos de los cuales eran grandes de España. Tan pronto venía a mis manos un recibo del gran retratista Antonio Moro, como un recado de Velázquez pidiendo carbón desde El Pardo.

Las ventanas del Archivo dominaban la Casa de Campo. A la derecha, y en la lejanía, daba su nota levemente azul la sierra del Guadarrama, que tantas veces miró Velázquez con aquellos ojos tan seguros, dotados de tentáculos que se afianzaban a las cosas. El enano vasco llamado Lezcano jugaba con el niño Baltasar Carlos entre almohadones y cortinas, como podéis verlo en el Museo de Boston. Hoy le han regalado tres pares de zapatos de siete suelas y un trajecito verde. Mañana le regalarán un trajecito pardo como el que tiene en ese retrato suyo mal conocido por *El niño de Vallecas*. Nicolasito Pertusato ha pisado la cola del perro dormido y escapa por entre las cortinas. Pero... ¿qué hace aquí la esposa de Carlos IV? Yo estaba con Velázquez y con los niños. No comprendo por qué se sienta Goya entre Felipe V y Felipe II. ¿Es esto una recepción más allá del tiempo? Don Alfonso XIII se asoma conmigo a esta ventana. Primero lanza un suspiro, porque todo lo que ve, y era suyo, no lo es ya. Luego, divisa las huestes de Franco más allá de la arboleda de la Casa de Campo y sonrío. Felipe IV le llama, le coloca a su lado y le dice a Velázquez: «Dime si somos hermanos». El pintor Carreño se adelanta en este momento y coloca a Carlos II junto a los dos monarcas. Velázquez cree haber pintado a los tres. Goya le

dice: «Los pintaste a todos de una vez y para siempre». De repente hay un revuelo de faldas, meriñaques, casacas, pelucas y golillas. Todos se sienten a escuchar a Scarlatti. Al terminar una pieza, la duquesa de Alba, doña Cayetana, se levanta, se desnuda y se tiende en una dormilona. Doña Mariana de Austria, con sus ropas monjiles, pasa por delante de la popular duquesa con aire altivo; le sigue el padre Nithard. Pero otros, como el conde-duque de Olivares, Lope de Vega y Romero Robledo, se calan los anteojos y miran de cerca el desnudo maravilloso. Goya penetra en la sala inmediata y vuelve a aparecer con una bandeja de churros. Felipe II está de pie junto a una cortina color de vino tinto. Sostiene el cetro en la mano y mira a su padre, sentado en un sillón frailerio traído de Yuste. Calderón le recita trozos de *La vida es sueño* a don Antonio Maura, a Antonio Pérez, a la condesa de Éboli y a un virrey de México. También le escucha Cristóbal Colón, sentado y atado a una columna. Cinco conquistadores de América penetran con sus caballos y sus banderas desplegadas, mientras por el lado opuesto avanzan las Brigadas Internacionales. La confusión es espantosa. En esto se levanta un hombre alto, seco, enarbolando una lanza. Sus ojos quieren escapar de las órbitas. No pudiendo valerse con la lanza, tira de la tizona del Cid y comienza a cintarazos con todos aquellos personajes, como Jesús en el templo. Es don Quijote.

Un casco de metralla que penetra por la ventana de mi despacho en el Archivo palaciego me saca de las evocaciones. El portero me dice que la administración manda poner sacos terreros delante de las ventanas y que se debe cerrar la dependencia a mi cargo.

Giro la vista en torno; levanto unas carpetas, abro unos cajones. Acá y allá quedan repartidos mis papeles, incluso mi título profesional. ¿Para qué llevármelos? En esto me acuerdo que el presidente Azaña me llamó un día a su despacho y me dijo: «Quiero pedirle un favor. Que guarde en el Archivo mis cajas de papeles». Reflexioné y repuse: «Lo que usted mande; pero ¿cómo sacarlos en su día? Yo no puedo ni dejo sacar papeles de ahí». «Sí, usted tiene su reglamento, pero ¿quién sabe adónde iremos todos a parar!».

Esto es, ¿adónde iremos y adónde irán todas estas cosas que ya quiero tanto?

Al salir por la Plaza de la Armería pensaba en que los planos y los papeles me habían enseñado la antigua disposición de aquellos terrenos y de la Casa del Tesoro, y del Obrador y de la comunicación con el convento de la Encarnación. ¿No había yo publicado en la revista *Arquitectura* el proyecto de la Plaza de Oriente según don Isidro Velázquez? Proyecto que se empezó a ejecutar y se suspendió por carecer de la grandeza debida.

Cada momento de la vida es interinidad, y ella en conjunto. Parece que venimos interinamente y a prueba, como los bufones o locos de los reyes. Todas las cercanías de Palacio están llenas de restos mortales gloriosos, de gentes que, en su interinidad, fueron o representaron papeles importantes. Allá en lo alto, entre los bustos que coronan el palacio por esta Plaza de Oriente, está el de Sacchetti, el arquitecto italiano que lo levantó. Este palacio se hizo con humo. Quiero decir que con la renta del tabaco.

La plaza estaba desolada. Unos zapatos viejos tirados en la calzada es todo lo que recuerdo de aquel momento urbano. La recorrí con miedo, esperando que algún individuo viniera a pedirme papeles de identificación.

Alcancé por fin la taberna de Los Hijos de Eladio, donde comía yo a esa hora sabrosos pollos asados o cordero, con un buen vaso de vino de Valdepeñas. No me dieron de comer casi nada. Y el local estaba lleno de hombres con fusiles. Era el 7 de noviembre. Los cañones zumbaban con furia.

Retrocedamos ahora, en busca de la segunda atención que tuvo conmigo la República.

Me citaron en el Ministerio de Fomento. Allí estaba el editor Ruiz-Castillo, presidente de la Cámara del Libro, quien me dijo que me habían designado para dar unas conferencias en Buenos Aires, con motivo de la exposición.

A poco apareció Álvarez-Buylla, el subsecretario, y hablamos del dinero para el viaje, la estancia y lo que fuese necesario. Recuerdo que a mí me pareció mucho y lo expresé cándidamente. Pero Ruiz-Castillo, con buen sentido, me hizo ver que tal vez necesitaría hacerme un traje, completar mi equipo, y, además, que en un viaje largo pueden surgir imprevistos. Mi temor a gastar demasiado

del erario público me hizo insistir todavía: «Bueno, lo que me sobre lo devolveré». Lo que me valió una risotada y un «por Dios, Moreno Villa, no sea usted niño». Realmente, los despachos ministeriales me convertían en pipiolo.

Tomé un barco inglés en Vigo. Corría el mes de junio. Elegí aquel barco por estar más solo y dedicarme a preparar las conferencias. Yo no recuerdo días de mayor bienestar. Una vez separados de Lisboa, desapareció todo balanceo. Nos deslizábamos suavemente, sobre una superficie blanda, intensamente azul, que espejeaba los rayos solares en una determinada zona. La brisa era tenue y templada hasta que llegamos al trópico. La gente fue poco a poco aligerándose de ropa. Cuando apretó el calor, improvisaron una alberca al aire libre. Yo me pasaba las mañanas leyendo cómodamente o escribiendo. No bajé a tierra en Pernambuco, Bahía, Santos, pero sí en Río de Janeiro, donde tuvo la deferencia de venir a recibirme Alfonso Reyes, embajador de México allí. Con él pasé todo el día, repartido entre Copacabana y su casa. Mi impresión es que Reyes nunca ha sido tan feliz como en aquel maravilloso sitio.

Salir de la famosa bahía en el momento del ocaso, entre los islotes negros, los juegos de luces y el dosel nocturno que se echaba lentamente con todas sus joyas, no se olvida nunca.

En el barco iban solamente dos muchachas: una muy jovencita, muy alta y distinguida, acompañada por su madre, y otra bajita y algo regordeta. El equipo varonil contaba con un solo joven, los demás éramos gente madura. Las chicas tuvieron que bailar con los encanecidos viajeros. Yo, que aprendí a bailar con Jacinta a mis cuarenta años, y nunca llegué a maestro, inicié mis bailes con la más modesta, pidiéndole mil perdones por mi poca destreza y mi ignorancia del inglés. Ella, por cortesía seguramente, me respondió que bailaba como los demás y que, en cuanto al habla, podíamos continuar en español, porque vivía en Buenos Aires. Resultó una chica simpática, sencilla y alegre, que para poder dar un vistazo a Inglaterra se había convertido en aya de unos niños.

La orquesta, algo ratonera, no se parecía nada a las de los grandes trasatlánticos ni a las de los buenos centros nocturnos. Repetía

tanto un antiguo vals inglés que, ahora, al escribir esto, me viene a la memoria y me distrae con deleite. No supe cómo se llamaba.

Con la otra joven bailé un par de veces y me sentí más diestro; sin duda la diestra era ella. No bailé más porque la acaparaba el único muchacho del equipo y porque desconocía el español. Con su madre me entendí en alemán o en francés, malos por cierto. Y recuerdo que, al enterarse de que yo iba como emisario del Gobierno republicano, me dijo que lo natural para España era la Monarquía. Esto dio motivo a unas cuantas explicaciones sabrosas.

Fuera de estos ratos nocturnos de sociedad, no hablaba con nadie; me sumergía en la contemplación del mar, en la degustación de los vinos de mesa y en mi trabajo. Me sentía tan a gusto, que al tocar en los puertos no me interesaba en bajar y compadecía a los que se iban en busca de polvo, calor, cicerones y curiosidades. A los cuarenta y seis años ya no hay viajes turísticos que valgan; eso de ver sin resuello cosas y cosas, marea y no deja lastre.

Algo de esto me ocurrió en Buenos Aires, y lo lamento. No estuve allá más de un mes, y de él una semana imposibilitado por «el trancazo». La niebla y el frío de nuestro diciembre corresponde en aquellas latitudes a junio.

Han pasado diez años y las cosas más próximas son las que más se olvidan. No obstante, recuerdo perfectamente que me recibió en el puerto Amado Alonso, otro amigo desde España. Él fue mi conductor en la gran ciudad y acabé siendo su compadre, pues hice de padrino del hijo que le acababa de nacer, al cual se le puso Pepe.

Por Amado Alonso conocí al arquitecto Rinaldini y a su esposa, a Fernández Moreno, a Amorim, a Borges, a Victoria Ocampo, a Méndez Calzada, Mallea y muchos más. En casa de Rinaldini se reunían algunos literatos una vez por semana. Allí pude oír música boliviana indígena gracias a Nieves, la señora de la casa. Me impresionó el sonido de la «quena», instrumento hecho con el hueso de la tibia, hueso largo que en español vulgar se llama canilla, palabra que fonéticamente no dista mucho de «quena». Nieves me regaló unos discos de estas canciones bolivianas, entre ellas una titulada «El llanero», infinitamente melancólica, verdadera flor de estepa.

Nieves era como una llama sonora; un temperamento férvido y una voz alta. Le di uno de los primeros ejemplares de mis poemas *Puentes que no acaban* y, para comunicarme su entusiasmo sentido al leerlos, me convidó a comer en el club marítimo un mediodía lleno de sol.

Su marido no tenía estas manifestaciones extremosas, pero se le notaba la finura espiritual en todo. Él me llevó a la oficina de urbanismo donde trabajaba y me procuró una conferencia en la Sociedad de Arquitectos. Por entonces me tenía sugestionado la arquitectura funcional, que con el tiempo ha llegado a ser la menos funcional de todas.

Creo que la casa de Victoria Ocampo se la trazó Le Corbusier mismo, padre de dicha arquitectura. Lo que conocí de ella, la sala y el comedor, eran dos piezas hermosas. Verdad es que la riqueza exquisita del mobiliario, tapizado de piel blanca, podía salvar a cualquier obra no tan funcional. El tapete de la sala respondía a un boceto de Picasso, cubista y en colores tabaco y gris.

Victoria, tan reconcentrada como alta, no hacía alarde de nada, pero se la veía gozosa en aquel ambiente de arte nuevo cuya nota máxima era la limpieza. De arte aséptico fue calificado en su día.

Me invitó con el músico Ansermet, con Amado Alonso y con Mallea. Después de comer nos llevó a su finca de San Isidro. Yo le regalé unos dibujos y ella tuvo la atención de enviarme al barco, cuando salí de Buenos Aires, una maceta con una planta que yo había admirado en su casa.

La casa de Victoria lindaba con la embajada española. Nuestro embajador entonces era Danvila, y el segundo de a bordo Fiscowich. Gente fina, pero con ese algo de antiguo régimen que salta a la vista.

Yo no tuve que intervenir en la instalación de los libros para la exposición. Ya estaba casi terminada. El día antes de la apertura noté que faltaba la nueva bandera de España y así se lo dije a nuestros diplomáticos, que enseguida atendieron a mi observación. ¿Por qué no cayeron ellos en la cuenta? ¿Por animosidad hacia la República? No, sino por ese algo de antiguo régimen que digo. La República era todavía muy joven; no se había captado por completo a los funcionarios antiguos.

Di mi conferencia y quedé libre para otras actividades. Hablé en el Casino Español, hablé por radio, hablé en la Sociedad de Arquitectos, como ya dije, leí en una cena del PEN club, cuyo secretario, el escritor Antonio Aíta, no quería creer que yo fuese español: «Usted parece más bien un inglés, por su reposo al hablar, la emisión de sus juicios, el color encarnado de su cara y hasta la manera de vestir», me dijo. A lo que contesté leyendo el poema:

¿POR QUÉ NO ES EL MUNDO MI PATRIA?

Si la luz del fiord embalsama mi aparato respiratorio
y la música negra rejuvenece mis talones;
si a ratos voy por el Sáhara sin carne ni pescado
y otras veces navego en un témpano polar;
si a las hijas del Rin debo las mejores apoteosis
y me gustaron los vinos de la campiña francesa,
¿por qué no es el mundo mi patria?
Si acompaño al ruso visionario,
y voy con Gandhi por sales prohibidas;
si adoro las isletas del Pacífico
y me deslizo por los Alpes en esquís,
¿por qué no ha de ser mi patria el mundo?
Si la caña de manzanilla es mi sacramento vespertino
y el barro de cerveza mi mejor alimento;
si me divierte Roma por su gran *vaudeville*
y Cinelandia por sus amores de telón;
si aplaudo las regatas de Oxford
y el balancín del chino me sabe a Rolls-Royce
[en determinados momentos;
si sé de la gran *paura* y de la *saudade*;
si me sumerjo en el tango argentino
y salgo a flote con el «vito» andaluz;
si en las piscinas de Checoslovaquia
he descubierto las sirenas griegas
y el tabaco turco lo alterno con el de Virginia;
decidme, caros amigos de todo el planeta,

hombre del cocotero, mujer de la naranja,
viejo del microscopio, zagal de los renos,
doncella del kimono celeste, secretario de Moscú,
doctor de la Escuela de la Sabiduría,
padre de las pinturas subconscientes,
descubridor de aparatos,
¿por qué no es la tierra unidad?

Con el poeta Fernández Moreno y el novelista Amorim estuve en un santuario y museo de las afueras de Buenos Aires. En el museo habían reunido los enseres domésticos del autor de *Don Segundo Sombra*. Este culto al ambiente que rodeó a los hombres significativos me afecta por lo que tengo de historiador. Es una intimidad que presta calor a la historia.

Para llegar a este sitio tiene uno que asomarse a la Pampa. Pero eso es lo malo: se asoma uno y no se adentra. Sospecho que para sentir la grandeza de la Pampa hay que meterse en ella hasta encontrar al hombre que, con su pequeñez, sirve de escala o medida. Sin este paso, la enorme planicie vacía no dice nada.

Al escribir esto pienso de repente en Colón y en su séquito. ¿No fue su grito de alegría «¡Tierra!»? E inmediatamente pienso en aquel griego que al arribar a no recuerdo qué costa y ver una ciudad, gritó alborozado: «¡Hombre!», queriendo resumir con ello que la tierra no estaba sola, que la habitaba quien era capaz de trazar una ciudad y sostenerla. El hombre. Al griego le preocupaba la posible soledad de una isla; al español, que llevaba meses de flotar sobre lo inseguro, e iba en busca de tierra, ésta y no más llenó su alma.

Fernández Moreno acababa de recibir el Premio Nacional de Literatura. Su obra podía llegar a las masas por varios conceptos, por sus temas urbanos, por su mezcla de nostalgia y buen humor y, finalmente, por su acatamiento a los metros y rimas clásicos. Tenía ya doce o más volúmenes publicados. Personalmente, era un hombre fuerte, más bien corpulento, amable y conversador.

Amorim, en cambio, tenía poca labor hecha. Me dio a leer *La carreta*, novela que me dejó un excelente recuerdo. Como persona me pareció un afortunado y, tal vez por lo mismo, inclinado a la

vagancia. Disfrutaba de medios económicos, buena figura, buenos trajes y desenvoltura social.

Unas de las compensaciones que tiene el escritor es la de hallar en cualquier sitio del mundo un simpatizante digno, un casi hermano que le recibe con los brazos abiertos. Allí fue Amado Alonso, un navarro casado con una inglesa, que se trasladó a Buenos Aires hace unos quince años y es hoy una de las máximas autoridades filológicas del continente. Sin él me hubiera sentido muy solo, a pesar de las nuevas amistades.

Una de éstas fue Mallea, el novelista y organizador de los dominicos literarios de *La Nación*, en plena juventud por entonces. Joven elegante, muy argentino, muy correcto e inteligente; que quizá me convidó a comer porque yo era amigo de ciertas personas distinguidas. No creo que por otra cosa; pues si hubiera sido por estimación literaria, en su mano tenía el demostrármelo. Jamás me invitó a colaborar en el gran diario. Y cuidado que han acogido en él a gentes de peso pluma, o mejor dicho, de pluma sin peso y de plumas archipesadas.

Dos colecciones de arte conocí en aquellos días, la de González Garaño, sorprendente por las piezas de plata e interesante por las obras del pintor local Pellegrini, del cual me ocupé luego en la revista *Residencia*. La otra colección era del señor Llobet, dedicada a la pintura francesa, especialmente a la impresionista.

De arte moderno argentino apenas recuerdo algo. Faltan allí grandes personalidades. No hay en pintura o en escultura alguien que pueda parangonarse con Lugones, con Güiraldes, con Larreta, con Borges. La literatura está muy por encima de las artes plásticas.

En el orden material, lo que convence de Buenos Aires son los parques y los sillones de vaqueta o cuero de «vaquillona» como le llaman allí. Ver desfilar por aquéllos a los alumnos de no sé qué escuela militar, con sus guerreras azules y sus pantalones blancos, a un compás perfecto, como yo los vi durante una fiesta nacional, tonifica y alegra. Sentarse en los sillones de cuero en un café, como el de la calle Florida, sugiere que toda la vida del país alcanzó un positivo grado de bienestar.

Yo busqué inútilmente por Buenos Aires casas normales que me hablasen de la colonia. Desde mi hotel, próximo al muelle, vi que

se conservaban algunas manzanas de la primitiva cuadrícula, pero de fachadas típicas, nada. En cambio, vi calles y grandes avenidas selladas por estilos francés, catalán o neoyorquino.

La gente que caminaba por estas arterias me hizo una impresión desconcertante la mañana de mi desembarco. Tipos anglosajones, alemanes, franceses a cada paso. Tan fuerte era esta impresión que no me atrevía a hablar en español al entrar en un café. La población dominante me resultaba extraña, cosa que no me ocurrió en México.

Más tarde fui descubriendo acá y allá, rasgos y siluetas de marca española propiamente argentina. La señora argentina se viste con buen gusto. Por entonces se estilaba ir de negro, para la calle.

Respecto al lenguaje, una cadencia muy pegadiza, muy fácil de imitar. Otra evidente diferencia con México: aquí, después de siete años, no puedo imitar el habla.

En Buenos Aires volví a encontrarme con Reyes y con Díez-Canedo. Éste se hallaba de embajador en Montevideo. También vi a Gómez de la Serna y hasta medio escuché una de esas conferencias suyas en que los efectismos truculentos rebasan la patochada, como presentar al *Caballero de la mano al pecho* con un brazo articulado que el conferenciante deja caer cuando dice que ya está cansado de verle en dicha postura. La pirueta, signo de una época, coleaba el año 1933.

Mi regreso, en un barco de la misma compañía inglesa, fue tan sabroso como el viaje de ida. En no sé qué puerto se subió a bordo el entonces ministro de Hacienda inglés Simons, que se pasó la travesía jugando al golf diminuto, al ajedrez y leyendo entre otros libros el *San Michele* que estaba en boga. Sus vacaciones consistían en tomar un barco, llegar a Río de Janeiro, por ejemplo, y allí tomar otro barco de regreso. Vacaciones que me parecen ideales. Ya se sabe que los ingleses entienden lo que es vivir.

La tercera atención que tuvo la República para mí fue la de nombrarme miembro de la junta para edición de clásicos. Ocurrencia de Azaña que no llegó a realizarse porque vino la sublevación militar. No celebramos más que una reunión, y ella fue borrascosa desde el momento en que se puso a debate si debían cobrar honorarios o no los miembros cada vez que celebrasen juntas. Américo Castro fue paladín del no; Azorín, del sí.

XVI
REPERCUSIÓN DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Las circunstancias se reflejan siempre en mis versos. Tal cosa será mal considerada por algunos maestros; dirán que es impureza. Sin alarde de ningún género he de decir que la reducción del repertorio poético a una docena de motivos sublimes no me parece propia del ser humano. En el hombre —y el poeta lo es— tienen que repercutir lo mismo las cosas que los hechos circundantes. Lo contrario me resulta monstruoso. No quiero decir con esto que la poesía ha de ser de circunstancias. Las poesías de circunstancia, como las hechas para un abanico, una boda, un nacimiento, son por lo general versos, nada más que versos. Rarísima vez se levanta el poeta en tales casos al plano que le corresponde.

Quiero ir viendo cómo repercuten en mi obra las circunstancias, pero antes he de decir que durante la República hice una serie de artículos de orden ético para *El Sol*, los cuales popularizaron mi nombre durante un par de años. Todavía encuentro gentes que me saludan como si no hubiera escrito nada más. Es lo que trae el periodismo.

Mi colaboración en aquel periódico había sido siempre de otro carácter. Con el propósito deliberado de compensar el tono severo de los demás colaboradores, estuve mucho tiempo pergeñando unos artículos que yo llamaba «Estudios superficiales». Es decir, estudios de percepción directa, sin gran dosis de preparación libresca, intuitivos, sugerentes y hasta divertidos. Por ejemplo, el titulado: «Animales que conocen los españoles». En él reuní los animales que salen a cada paso en la conversación diaria. Veamos. Buen *pez* está fulano; Es una *víbora*; Salió hecho un *león*, hecho una *pantera* o una *hiena*; Se quedó como una *rana*; Con su mirada *felina*; Es más vivo que la *ardilla*; Qué *camello*; Vaya *sardina*; Esa inglesa es una *jirafa*; Buen *camaleón* está zutano; Ése es un *perro* asqueroso; Valiente *cerdo*; Es un *buitre* comiendo; Qué *ganso* eres; Qué *mona*; No seas *burro*; Salió hecho un *toro*; Fulana está hecha un *bacalao*; Parece una *lombriz*; Con menos sesos que un *mosquito*; Es talmente una *quisquilla*; Es un *percebe*; Parece un *centollo*; Qué *chinche* eres;

Eres *Fun besugo*; Buen *corderito* está; Qué *zorro*; Eres una *mula*; Fulano sirvió de *conejillo de Indias*; Este pariente es una *sanguijuela*; No seas *topo*; Estás hecho un *berraco*; Es un *águila*; Buena *garza*; Vaya par de *tórtolos*; Vaya *potranca*; Vaya *zángano*; Salió hecho un *pavo*; Es un *ratón* de bibliotecas; Eres un *cuco*; etc. Animales conocidos, cuya psicología nos sirve de proyectil para herir al prójimo en su amor propio. Después de citar otras muchas frases, saco estadísticas y apunto la idea de comparar nuestro repertorio con el de otras naciones. Total, observación y buen humor. Este artículo, único que he encontrado en México de aquella serie, es de 1917. No puedo fijar el número de los que escribí en los veinte años siguientes, ni de los temas que traté, pero puedo asegurar que todos estaban desprovistos de pasión o espíritu exaltado.

En cambio, los de «Pobretería y locura», bajo problemas generales de aseo y de moral españoles, atacan con energía la situación política Lerroux-Gil Robles. Mis amigos estaban desconcertados. Gabriela Mistral llegó a decir que no había un español más moderno que el mío. Azorín me escribió felicitándome. Y un tendero y anunciante en el *ABC* utilizó mi nombre y algo de un artículo mío para elogiar la cortesía de sus empleados.

Poco antes de caer la Monarquía hice también un poco de política valiéndome de apariencia científica, el truco de lo que llamé «Onomatología». Esta fantástica ciencia pretendía sacar de los nombres y apellidos el valor moral intelectual o social de los hombres públicos. Era en tiempos de rigurosa censura y había que escribir con habilidad. Me cansé de elogiar a los republicanos y socialistas, así como de rebajar a los monárquicos. El mismo equilibrio difícil que hube de mantener en los artículos de «Pobretería y locura», de los cuales no llegó la censura a tachar más de dos.

Descartadas con esto las prosas debidas a las circunstancias, intentaré hablar ahora de los poemas en que éstas repercuten. Ellas irán saliendo a medida que examine en detalle y en conjunto cada libro.

En *Garba* aparecen muchos motivos o temas y prefiero empezar clasificándolos a lo científico:

Motivos de la Edad Media: «Ante la catedral de León». Motivos psicológicos: «Alma tullida», «Inquietud», «Piruetas», «Irreverencia»,

«Reconocimiento», «Galeras de plata». Motivos moralizadores: «Sonsonete», «El nieto de Don Quijote» (influjo de A. Machado). Motivos líricos: «El fuego», «Sensación de ocaso», «Coplilla», «No había fondo», «Mis novias», «De cuaresma», «Son de chanza», «En Córdoba». Motivos históricos: «Leyenda de la mora Argentea». Motivos descriptivos: «Tres momentos del Parque de Málaga»; y los retratos líricos de don Ramón del Valle-Inclán, Baroja, Unamuno y Azorín. Motivos lírico-filosóficos: «Las sugerencias del mar». Motivos irónicos: «El sacristán». Motivos españoles: «La hombrada», «Lo fatal», «Dolorosa», «El toro de lidia», «Lo de la serranía», «Servidumbre», «El terror mítico», «El potro andaluz», «La reja», «Pan nuestro de cada día» (influjo de A. Machado), «La tristeza mora».

Resumen: Influencia del criticismo circundante y de sus hombres, los del 98. Problemas españoles, lirismo filosófico (heredado de los líricos alemanes y de Darío, los Machado y Unamuno, que a su vez lo bebió de los ingleses), temas hispánicos que desarrolló luego con gran aire Federico García Lorca y, finalmente, mis inquietudes amorosas y psicológicas en general.

Con razón me dijo en carta Manuel Machado que en aquel primer libro estaba todo el Moreno Villa de mañana. La baraja de temas era muy amplia, los tonos también. Por esto, aunque veo con claridad meridiana sus defectos, sus ingenuidades, lo analizo con detalle. Sobra insistir en lo que contiene de «circunstancias». No hay tema que no esté a mi vista, a mi alrededor. Según esto soy un visual y un reflexivo que en los momentos mejores puedo disparamme, fugarme de la realidad hacia otros planos. Y aquí recuerdo que Ortega me dedicó su primer libro con esta dedicatoria: «A Moreno Villa, que huye de las cosas, con una gran esperanza, de José Ortega y Gasset».

¿Es esto lo fundamental en mí, huir, escapar de las cosas? Tal vez. Mirando mi vida, así lo creo. Hasta que caí, hasta que me ataron una porción de circunstancias aquí, en México. Porque mi fuga no es sólo en el terreno poético, sino en el de la vida. Ya lo expresé de otra manera en páginas anteriores; mi deseo radical fue siempre aislarme, y para ello encontrar un cuarto apropiado. Hay una poesía en *Jacinta la pelirroja* que dice:

Al pueblo, sí, pero contigo, Jacinta.
Bordeando la vía del tren y el río,
bordeando todas las flores del camino,
bordeando la iglesia,
el castillo,
la nube
y los bellos espíritus.
Bordeando la salud.
Corriendo por la inteligencia al filo.
Manteniendo nuestro corazón de carne
con carne sencilla e instinto.
Ven Jacinta, pelirroja,
copa sin pie, puro equilibrio.
Vamos al pueblo bordeándole todo:
el aire, la luz y hasta el concierto divino.

Esta poesía la considero como la más expresiva de mi raíz, como la más definidora de mi «yo». Pero vamos despacio; ya llegaremos a encontrar otros puntales y otros perfiles de mi alma en este examen. Ortega dice que las almas tienen forma, y que las vemos al primer golpe de vista o contacto con el prójimo; yo voy a tratar de ver la mía. Difícil empresa. Delicada.

En mi segundo libro, *El pasajero* (Madrid, 1914), prologado por Ortega, reaparecen poemas sugeridos por la contemplación del pasado: «Frente al castillo de Cuéllar», «En la que fue celda de Teresa de Jesús», «El claustro» (de Silos), «Frente al retablo de San Miguel que hay en el claustro de la catedral vieja de Salamanca», «Rondando el monasterio» (del Escorial), «Toledo». Ninguno de ellos merecería recordación si no es porque señalan la continuidad en mí de los temas históricos. Pero en este libro hay un poema largo que hizo sensación en su día. Puedo traer aquí los conceptos de Ortega y Gasset y los de Montesinos.

El primero, después de decir unas palabras amables y sensatas a los poetas correctos pero faltos de originalidad, añade: «Pero reservemos nuestro amor de lectores para los verdaderos poetas, es decir, para los hombres que traen un nuevo estilo; que son un

estilo. Porque estos hombres enriquecen el mundo, aumentan la realidad». Esto lo dice al principio y, después de un estudio de la metáfora, agrega: «Y esto (la promesa de que el mundo va a ser aumentado con un nuevo estilo) es para mí el librito de Moreno Villa. Hay en él un poema titulado “En la selva fervorosa” que debe el lector leer con sumo recogimiento. Hay allí una poesía pura. No hay en él más que poesía. Se halla exento de aquel mínimo de realidad que el simbolismo conserva al querer dar la *impresión de las cosas*. No se conserva de éstas ni siquiera la impresión (como en las composiciones descriptivas que preceden al poema acontece).

»Entre todas las cualidades físicas hay una donde apunta ya la irregularidad: es el aroma. Para percibirlo buscamos como un ensimismamiento: sentimos que nos es preciso aislarnos del contorno, el cual nos sujeta e incrusta en el orden utilitario de las realidades. Para ello cerramos los ojos y damos unas cuantas aspiraciones honradas a fin de quedarnos por un momento solos con el aroma. Algo parecido exige la comprensión del poema citado, compuesto con carne de adoraciones.

»Desde el fondo druídico de esa selva nos sonríe una nueva musa que aspira a crecer, y un día, esperamos, llegará a la plenitud de sí misma.

»En nuestro tórrido desierto una rosa va a abrirse».

Tales palabras no podían ser más alentadoras para el joven que yo era entonces. Pero lo que me importa ahora no es lo que tengan de halago, sino lo que tengan de acierto, es decir, de penetración en la índole del poema, el cual, por otra parte, tiene todavía sus ingenuidades.

Creo que Ortega vio claro que aquél era comparable al aroma; porque yo, al sufrirlo, al redactarlo, no tenía otra cosa constante en mi alma que eso tan parecido al aroma y que se llama anhelo. Yo sentía una tensión ascendente, una levitación sólo equivalente a la de los místicos. Durante mucho tiempo estuve convencido de que aquello era un poema místico-erótico. Y es que, además, respondía a la lucha verdadera que libraban dentro de mí el deseo carnal por un lado y el deseo de pureza o perfección por otro.

Las palabras de J. Fernández Montesinos, extraídas de su libro *Die moderne spanische Dichtung* (Teubner, Leipzig-Berlín, 1927), no conocidas en español, son éstas: «Esta selva, que es a la vez la Humanidad y la Naturaleza, dentro de la cual se siente el poeta como solo entre solitarios, y en la cual expresa él su suerte y su sufrimiento, su inquietud y su angustia con fuerte acento anhelante, es, como el mar en el “Sendero innumerable”, un gran símbolo ético. Pero toda comparación con la obra de Pérez de Ayala termina en esto. Las diferencias entre las obras de los dos poetas son tan grandes que no permiten pensar ni en una dependencia íntima. Ayala y Moreno van por caminos opuestos. Ayala mira al verdadero mar y lo levanta en su poema como un imperativo o paradigma ético para la Humanidad. La “Selva” de Moreno Villa, por el contrario, siendo a la vez Humanidad y Naturaleza, queda siempre en una gran metáfora. En las imágenes que ve se depositan sus propias luchas espirituales. Las diferencias no son menores en el terreno artístico: en Pérez de Ayala, el pensamiento moral está en primer plano, la estructura lógica del conjunto es indudable, la estilización de las expresiones está llevada cuidadosamente; la serie poemática de Moreno Villa, por el contrario, no presenta un contorno tan nítido, sus poesías nos parecen envueltas en sueño. También difieren fundamentalmente ambos poetas en el tono rítmico. En “La selva fervorosa” predominan los versos de catorce sílabas, asonantando entre sí o formando pareados. Más tarde (en *Evoluciones*, 1918), encontramos una resonancia de Ayala, concretamente en la poesía titulada “Ritmo roto”. Los trozos que reproducimos de “La selva fervorosa” dan una idea muy incompleta de esta poderosa obra; no muestran más que el modo de hacer; hay que leer toda la creación para gustarla».

No sé por qué se le ocurrió al profesor Montesinos emparejar obras tan dispares. Acaso por ser poemas largos, cosas raras en aquel tiempo. En lo que acierta es en decir que mi poema es una gran metáfora todo él. En cambio no está enterado de que, en *Garba*, mis «Sugestiones del mar» ofrecen ya el símbolo ético, y pongo como paradigmas su *equilibrio*, su *unidad*, su *gracia* y su *grandeza*. Y tampoco entrevió Montesinos lo que vio perfectamente

Ortega, a saber, que las realidades se transfiguran enseguida en mis versos, se volatilizan en beneficio de otras realidades más altas. Esta continua transfiguración es precisamente lo que imprime a mi poema la vaguedad del sueño. Del sueño y de la música.

La dificultad técnica de aquella obrita radicaba en lograr sostener la atención sin el cuento que han llevado siempre consigo los largos poemas. Yo no quería salirme de la lírica y echarme en la épica, que es narración versificada. La manera de resolverla fue desarrollar el poema en breves cantos dirigidos a un mismo fin. Por esto la insinuación narrativa está cortada a cada paso, para dejar escape al grito lírico, que era lo importante para mí. Como esto era nuevo en España, lo entendieron pocos.

En vez de escuchar la voz de éstos, atendí a la voz de la serpiente, que tildaba de barroca y confusa mi obra. Fui débil y quise hacer otro poema claro, diáfano. Con lo cual me hice traición a mí mismo y no logré contentar a la serpiente. Me refiero a *Luchas de pena y alegría y su transfiguración* (1915). Hoy me resulta como un juguete sin resorte. Una alegoría ingenua y floja. La nota de alta intimidad lograda en el poema anterior se rebaja.

En *Evoluciones* (1918) vuelven a dominar las circunstancias exteriores, la historia del arte y los viajes arqueológicos. En este libro aparecen los «Epitafios», que se diferencian de los reales en que aluden a caracteres, no a individuos. También en esto hay intimidad, pero intento alejarme de lo puramente subjetivo. Voy en busca de la intimidad del objeto.

Pasó como una saeta
romántica, delirando.
Los corderos que pacían
se quedaron extasiados.

Con la brida, refrenando,
y con un sentido severo,
pasó como pasa el astro
serenamente el firmamento.

Este incesante paso del hombre, esta cadena de seres que vienen y se van para no volver ya nunca, siendo como son a veces tan completos, tan beneficiosos, tan brillantes, ocupa muchas veces mi espíritu. Seis años después, en *Colección*, volví a hacer algunos. Como se ve es el epitafio del alma ida, no el epitafio del cuerpo que se llamó Fulano de Tal y Tal, como en los cementerios. Yo hubiera querido poder radiotelegrafiarlos a las estrellas para que se dispusiesen a recibir debidamente al alma egregia que se nos iba. Tal sentimiento se expresa en el siguiente:

Tocó la Tierra y floreció la tierra.
Sirio, Venus, ¿estáis a su llegada alerta?

Algunos, sin embargo, son satíricos, para advertir también a los astros que quien escapó fue un pillo, un indeseable.

Si da con el punto de apoyo
y con la palanca arquimedeas,
suspende al hombre en el vacío
quitándole de los pies la Tierra.

¿Qué hay de nuevo en *Colección* (1924)? Por lo pronto un deseo de ponderación y paz del ánimo. Parece mentira que esté escrito en los años aquellos de la Residencia más movidos y funambulescos.

Principio por considerar como modelos las altas montañas.

Sin adornos, sin cambios,
en sobriedad eterna,
—un tanto arisca— lejos
y por encima de nuestros tejados.

En esto aparece otra vez el deseo de apartamiento y el de elevación. Inmediatamente considero que mi voz está madura, y digo:

Déjame tu caña verde,
toma mi vara de granado.

Me preocupa la placidez, precisamente porque la inquietud me devoraba:

Pausadamente pasa el río
por su cauce su lomo cobalto
espejo del pájaro alto
y de la nube en desvarío.
Quien orgulloso de albedrío
vive en perpetuo sobresalto
por este afán o aquel asalto
del infortunio feo y frío,
bendice la paz monocroma,
se embelesa en el lento raso
y se abisma en la inmensidad
de este curso que huye y asoma
con el ritmo y sereno paso
del planeta en la eternidad.

Este libro es muy rico en temas; contiene canciones, coplillas, sentencias, epigramas eróticos, poesías descriptivas, saludos y maldiciones de mendigos y gitanas, pero lo importante para mí ahora es destacar la tónica que lo informa. Y ella es de serenidad y tranquila melancolía.

En la orquesta difícil de la vida
llevas aquel motivo sordo y lento
que punza en el más íntimo aposento
y despierta la llama empobrecida.

No puede estar más claro que la serenidad es aparente, externa o de tono. Por dentro va la procesión, como se dice vulgarmente. Acá y allá se descubre el sinsosiego:

Mar de obsesión,
mar de locura,
mar del que ya no puede con sí mismo.

Aunque la tónica y la forma de estos poemas sean muy distintas de las de «La selva fervorosa» —aquí atormentadas, allí serenas—, hay en ambos casos la misma terrible lucha interna entre la fuerza destructora y la del bien o de la perfección. Si hay un momento en que me parece ver la luz de la Epifanía, la luz que conduce a los Magos, en otro no veo sino laberinto que lleva a la nada.

STELLA

Tú fuiste la luz tranquila
clavada en la inmensidad
pavorosa de la vida.
Yo vagaba lastimero
turdíendome las entrañas
en las malezas del suelo,
como vagaba el bicho rudo
por la estepa —sed y hambre—
en la noche sin refugio.
De repente, sobre un pico
serrano del horizonte,
apercibí mi destino:
Eras tú, la luz tranquila
clavada en la inmensidad
como luz de Epifanía.
No supe al pronto pensar
ni comprender el misterio;
mas tu dulce claridad
ungió la raíz del alma.
Sentí dentro de los párpados
un bailoteo de lágrimas.
Nada más. Todo el contorno,
lleno de padecimientos
y encabritados demonios,
tornó a la nada. Yo, libre,
recomencé la existencia.
Hoy contemplo mis humildes

manos, esparcidoras
de la simiente lozana
que cubrió lomas y lomas,
y confieso que mi vida
no es más que la potestad
de tu dulce luz tranquila.

Éste es el momento de la fe. Veamos ahora el contrario:

UN VUELO, NADA

Pasó con vuelo incierto
por el jardín sombrío
la mariposa blanca.
La seguí por el viento,
por encima del río
y de la azul montaña.
No pensaba en el tiempo
ni en los seres queridos
ni en la ignota distancia.
Era el instinto abierto
a la flor del estío
y a toda la fragancia.
De aquí su vuelo incierto,
su vaivén raquítico,
su liviandad fantástica.
La seguí por el viento,
más allá de los ríos
y los montes del mapa.
Nos perdimos en medio
de un verde laberinto
fabricado en la nada.
Es el destino del alma.

Pero a esta lucha interna, intelectual y religiosa, se añadía la de la carne, la sexual, como en «La selva fervorosa». Veamos este poema:

Alondra de mi silencio,
 ¡canta, pero acércate!
 quiero música y cuerpo.
 Alondra de mi silencio,
 como en tu voz
 vibrará en tus ojos lo inmenso.
 Alondra de mi silencio,
 me estremece tu canto
 como a las hojas el viento.
 Alondra de mi silencio,
 vale la vida por ti
 lo eterno.

Se puede pensar que a tal estado de lucha me conducía la educación religiosa; que yo seguía viendo en «mundo, demonio y carne» los enemigos del alma. Es posible que subconscientemente hubiera algo de esto; pero también había la firme creencia de que caer en la fascinadora red de Eva era incapacitarme para la tarea absorbente de la creación artística. La cual no admite respiro. Mi problema fundamental ha sido ése y no salí de él hasta que vino la catástrofe, con la expatriación, y se vinieron abajo todos los puntales de mi espíritu. Crisis terrible que me duró varios años.

Tres citas más he de hacer de este libro. La primera porque se refiere al sentido de la vista:

Ojos maravillados
 que asistís al concierto
 sigiloso del mundo
 mil veces más etéreo
 y sutil que la música.

La segunda porque alude a algo permanente en mí: la interinidad.

Vivo, en efecto,
 bajo la inminencia
 de un cambio perpetuo.

Y la tercera porque vuelve a otro tema frecuente:

LOS CONTRARIOS

Un mirlo se paró en el almendro;
en busca de lo blanco, lo negro.
Todos vamos,
con ansia de complemento,
si somos tierra,
en busca de cielo;
si somos aire,
en busca de encierro;
si somos quietud,
en busca de tormento;
si somos fuerza,
en busca de blando misterio.

Sobre la novedad que *Jacinta la pelirroja* (1929) acusaba, ya he dicho lo bastante. Aquí me queda por añadir lo que acusaba de antiguo en mí, es decir, lo que por repetirse puede tomarse como específico de mi ser. Hay que buscarlo, naturalmente, en la parte central del libro, dedicada a iniciar a Jacinta en la poesía. Por lo pronto encontramos esto:

CAUSA DE MI SOLEDAD

No es afán de apartamiento,
sino atención al secreto.
Soy yo mi medio.
No es orgullo ni desdén,
sino hambre de conocer.
Soy pico y pared.
La solución de los otros
no me basta, siendo asombro.
Soy mi piloto.
Quisiera morir habiendo
sido poeta, carpintero,

pintor, filósofo, amante y torero.
¡Ah! Y cantor negro
de un jazz que siento
a través de diez capas del suelo.

Atención al secreto, es decir, estar alerta para entrar y descubrir lo que las cosas y el mundo espiritual tienen oculto a la vista corriente, pasajera. Por eso digo que quisiera haber tenido esos varios oficios o actividades. Me aparto, pues, para llegar a la intimidad de las cosas. En primer término, a la de la poesía.

Otro aspecto que no traté antes al hablar del libro es su absoluta dependencia de las circunstancias. Si no hubiese conocido a Jacinta y no hubiera hecho el viaje a Nueva York, no existirían los poemas que lo integran.

¿Por qué insisto tanto en este aspecto circunstancial de mis poemas? Y ¿cómo se concilia dicho aspecto con aquellas palabras de Ortega: «Se halla exento de aquel *mínimum* de realidad que el simbolismo conservaba»?

Insisto en lo primero porque con ello acuso la unidad o uno de los elementos de unidad que hay en mi aparente disgregada producción. Pero, además, porque no quiero parecerme a los poetas que parten de cosas no vividas por ellos.

En cuanto a la segunda pregunta diré que esas realidades vividas me sirvieron de trampolines para pasar a otro plano, al de la transfiguración. Puede ser que no siempre haya tenido presente este deseo volatizador. En ese o esos casos mi poesía es nula, sin resorte.

No quiero citar nuevas *carambas* ni señalar en ellas los contactos con la realidad o con la intimidad. Son demasiado evidentes. Reconozco que hay en ellas una procacidad que nadie esperaba de mí y reconozco que ella me dura varios años, hasta que publico *Salón sin muros*, que es de pocos meses antes del levantamiento militar. Reconozco que tal cosa es perderse el respeto a sí mismo. Pero hay momentos en la vida en que es preciso poner la lengua a rechinar contra las guijas. Son momentos de pasión y nublazón de la vista. Fue la estridencia de aquella época final. Final de una

España y de una Europa. En medio de tanta procacidad aparecen estas palabras que suenan a vaticinio:

No sería nada extraño que la Humanidad se pegase un tiro delante de la Sociedad de Naciones.

(*Puentes que no acaban*, 1933, pág. 37)

Qué modorra gris y qué desconcierto de ametralladoras en la vertiente de las circunstancias.

(*Ibíd.*, pág. 39)

Para mí es indudable que la peripecia de Nueva York opera un cambio en mi poesía, como lo operan también más tarde la sublevación y guerra civil. Aquélla, le presta una soltura o, mejor, desenvoltura que nunca tuvo, y ésta un aplomo y una severidad que espero sean definitivos. Pero, a pesar de tales cambios, la línea de intimidad y de concentración puede seguirse lo mismo en *Puentes que no acaban*, *Salón sin muros*, *Puerta severa* y *La noche del verbo* que en los libros anteriores. Esta línea tendrá más temperatura en unos momentos que en otros, pero es la misma. Siento no poder trazar una gráfica térmica. Con el tiempo llegarán a eso los críticos.

XVII
LA HORA DE LA CATÁSTROFE

Esta hora se venía preparando. Todos teníamos la sensación de que no era una hora como las demás del reloj, sino la de acabar de una vez. Ya nos habíamos acostumbrado al estado de guerra, a ver las calles con soldados esparcidos portando sus carabinas. Pero el trajín de carros de asalto, con sus flamantes guardias, las insistentes huelgas (tengo entendido que tres mil en un año, siendo ministro Largo Caballero), el estado caótico de Andalucía, lo de Asturias, con su bárbara represión, el cardenal Segura con su bárbara ceguera, Gil Robles y Lerroux con sus tortuosos sistemas, *El Debate* echando leña, Unamuno avisando que se cernía la lucha civil, Calvo Sotelo retando imprudentemente en las Cortes, todo acusaba la tensión agresiva, pero de una agresividad mortal. He aquí un artículo mío publicado año y medio antes del estallido, el 26 de enero de 1935 justamente. Perteene a la serie de «Pobretería y locura» y su título es:

YO LOS MATABA A TODOS

¿Cuántas veces oye uno la bárbara frase a lo largo de estos días de locura? Y proferida con saña, amartillándola con un ademán duro, contrayendo los músculos faciales y enseñando los mordientes cuernecillos de las encías.

¿Quiénes son los que matarían y quiénes los dignos de ser sacrificados? Porque yo tengo oída la frase a buenas amas de su casa, a señorones de aparente ponderación, a oscuros transeúntes, a destacadas personas que llevan trajes profesionales, a mozos y charlatanes de café. Por eso la recojo aquí, porque la frase que flota y domina en las conversaciones es siempre aviso del tiempo y del alma del tiempo. En este caso, borrascoso, tenebroso. Al parecer, todos somos dignos de muerte y todos queremos darla. Un veneno cruel nos circula por la sangre, una toxina de locura. La lleva lo mismo ese cardenal requetehispánico, hecho de nudos de chaparro, que el dubitativo diplomático. Se oye el espíritu de venganza en los cuartos de banderas, en las sacristías, en los cafés y plazas, en torno a las

camillas del brasero... Y a la hora de dormir, que debiera ser hora de contrición por lo que el sueño tiene de muerte, la mujer le dice al marido: «Yo los mataría a todos».

Creyendo que esta atmósfera de locura se condensa exclusivamente sobre las poblaciones de algún tamaño, sale uno en busca del campo y de la aldea. La primera impresión es reconfortante. Aquel boyero que surca la loma con sus bueyes y el arado debe de llevar dentro la paz que hay fuera, porque, al fin y al cabo es también un pulmón: exhala lo que aspira.

Y esa mujer que lava en el pilón, y ese hombre que maja esparto, y ese otro que abre caminos al agua de riego, y aquel que pasa con el borriquillo y la vara de acebuche, destacados en esta soledad, en este anchuroso aislamiento que dan los pueblos a sus moradores, y que tal vez origine nuestro individualismo, ¿no alentarán también la paz que el boyero visto en las afueras?

No vale fomentar ilusiones. El aldeano ignora muchas cosas, barrunta otras y tiene de algunas muy erróneas ideas, pero su deseo de paz y de justicia topa y es herido de tarde en tarde o frecuentemente. Habla poco, almacena heridas y, alguna vez, cuando pasa alguien —alguien que es representativo de algo— amartilla la frase: «Yo los mataría a todos».

Hay verdadera ansia de exterminio. Y se extiende más allá de las personas: todavía no se dice: «Quisiera acabar con todas las cosas», pero se hace. En esta vorágine de pobreza y locura, hay quienes van a la destrucción de las llamadas cosas. Y no se piense en los anarquistas ni en los fichados como profesionales peligrosos. Los destructores temibles para el Estado y para la nación son ese alud de ventajistas, aprovechados y logrerros, incompetentes todos, que por militar en partidos numerosos tienen derecho —lo que llaman derecho— al mando. Nuevos vándalos que, enloquecidos por los gajes en perspectiva, no pueden columbrar lo nauseabundo de su pobreza y lo miserable de su locura.

España está bajo el espíritu de Sade. El ensueño de los surrealistas franceses lleva camino de realizarse en este país, que, por otra parte, ha sido siempre tan cariñoso y digno, sensual y generoso. Se diría que la semilla de aquellos dos ejemplares de

crueledad del tiempo de la Dictadura prendió en nosotros todos, fomentada por el soplo del dios de la venganza, del terrible dios del Sinaí.

No toda España es Asturias, pero toda ella lo es un poco. La toxina sádica corre por las venas de quienes visten sobrepelliz, cazadora galonada, jersey de blando vellón, tricornio, escapulario, zamarra y blusa.

¿Es que vamos a seguir en esto mucho tiempo? Por la zamarra debiéramos agarrarnos unos a otros y zamarreándonos gritar: «Eh, despierta. ¿No ves cómo estás? ¿No ves lo que haces? ¿Lo que deshaces?».

Presiento que algún lector me interrumpirá de buen talante para advertirme que la causa de todo lo que ocurre es muy sencilla, y que ando despistado al citar a Sade o aludir a los verdugos famosos de hace pocos años; que la causa o mal de fondo es universal y archisabida.

Haciendo caso a tal presentimiento, le dije al lector que tampoco tome el rábano por las hojas, porque de lo que me duele en este apunte no es del motivo revolucionario, sino de esa forma de lucha y de contralucha que, a todas luces, es locura sádica, sadismo bárbaro.

En resumen, de lo que se debe doler toda persona cabal es de que se sienta y se diga esa frase del título y de que en la práctica de la contralucha puedan llevarse a cabo ferocidades que ni por pobreza ni por locura se perdonan a un régimen.

Ya no sé el tiempo que llevábamos en esta tensión, en esta precursora guerra de nervios que se acusa en este y los demás artículos que escribí por entonces.

Creo haber dicho que a principios de junio del 36 fui a Málaga porque mi padre agonizaba, y que desde el cuarto donde yacía vi pasar una muchedumbre detrás de un féretro. Una verdadera manifestación, con gigantescas coronas. Mi padre, al ver que mirábamos por las persianas, preguntó: «¿Qué es?». Le dijimos que un entierro popular con mucho séquito. Y él agregó aquellas sus últimas palabras: «Mucho he visto, hijos, pero ustedes van a ver más».

Este más fue colmado. En Málaga estaban en pugna mortal las dos grandes organizaciones obreras y cada día caía un obrero de uno de los bandos. La cosa no era, pues, tan simple como se decía; no era la lucha del pueblo contra tales o cuales poderes tradicionales, sino del pueblo con el pueblo además. Es decir, que la clase baja estaba tan dividida como la burguesa, y como la militar y como la eclesiástica. Estábamos, pues, en guerra civil. Y no comprendo cómo no veían claro aquel fenómeno los que teniendo el poder tenían más datos informativos que un hombre como yo alejado de todo núcleo político, sumido casi todo el día en los mundos de la pintura, la poesía y la historia.

Volví a Madrid y a la Residencia cuando ésta se hallaba en pleno curso de verano, inundada de jóvenes yanquis como otros años. No sé si había ocurrido ya la muerte de Calvo Sotelo. Veo a Miguel Maura gesticulando desesperadamente en un lugar tan tranquilo como los jardines del Museo de Historia Natural, donde yo leía todas las tardes. ¿Qué habrá pasado para que este hombre político no esté en el Parlamento y, en cambio, esté aquí conversando de manera tan acalorada con su amigo?

Estalla la rebelión militar e inmediatamente se produce un cambio de actitud en la servidumbre de la Residencia de Estudiantes: unas cuantas mujeres aleccionan a las demás y comienzan a mirarnos como a burgueses dignos de ser arrastrados. Un escribiente de la oficina se enfrenta con la Dirección y pide que se le entregue el dinero de aquella casa. Jiménez Fraud puede escribir sobre aquellos levantamientos internos de gentes que se respaldaban con la amenaza del «paseo». Huyeron las chicas americanas, huyeron los estudiantes en casi su totalidad. Los que permanecemos allí nos congregábamos con la servidumbre a escuchar las noticias emocionantes de la radio. Recuerdo aquel discurso de Indalecio Prieto asegurando que la victoria sería del Gobierno porque éste tenía el dinero. Más tarde pudo aprender que no le valía de nada, porque nadie quería venderle armas al poder legítimo.

Para que los elementos incontrolables no se incautasen de la Residencia alguien consiguió que se estableciera en ella una escuela infantil, de niños pobres o huérfanos. Con ello comenzó su naufragio

o inseguro destino. Mientras tanto, se refugiaban en ella algunas personas amigas que temían por sus vidas; entre ellas Ortega y Gasset y el profesor Ramón Prieto, que había sido subsecretario con Lerroux. A éste quisieron sacarlo de allí para asesinarlo, pero pudo escapar.

Ortega estaba bastante grave del hígado. Parecía un esqueleto. Durante las charlas que tuve con él no aludí para nada a lo que nos rodeaba. Me recibía con mucho agrado; yo creo que le causaba impresión la tranquilidad que yo le mostraba viniendo de mi Archivo como en tiempos normales. Me preguntaba por mis investigaciones sobre los bufones y hasta me pidió algunos datos sobre corridas de toros para la enciclopedia taurina que hacían en Calpe por iniciativa suya. Cuando desapareció de la Residencia pensé que no le vería más; tan acabado le encontraba.

La situación se fue haciendo cada vez más violenta y encarecida en aquella nuestra casa. Desapareció la escuela infantil y la sustituyó una división motorizada, que siquiera nos podía defender de cualquier asalto de los criminales. Todas las noches oíamos descargas de fusilamientos en las cercanías, y cuando nos levantábamos oíamos contar a las criadas cómo eran las víctimas de los famosos «paseos»: «El de hoy era un señorito fascista, tenía zapatos de charol y estaba envuelto en la bandera monárquica. El de ayer era un pobre de alpargatas». Se fijaban mucho en el calzado y en las manos.

Después de oír esto me iba al Archivo y me recibía el portero con una noticia espeluznante: «Le dieron el paseo al mozo Tal de la biblioteca. Hoy apareció muerto en la Cuesta de las Perdices el administrador señor Anguiano. Hoy se llevaron de su vivienda al señor Casas, lo llevaron a la checa».

Cuando se agudizó el cerco a Madrid y la metralla penetraba por las ventanas del Archivo, dejé de ir. Hablé con Navarro Tomás, por ser viejo funcionario del Cuerpo de Archivos, y me dijo que debía inscribirme en las milicias de la FETE. Aquella misma tarde lo hice. Por cierto que al ir en busca de Navarro, a la calle de Medinaceli, me encontré de pronto solo en la plaza de las Cortes al tiempo que pasó un auto, volado, lleno de forajidos que asomaban sus escopetas por las ventanillas y me miraron con sospecha. Si hubieran

podido contener la velocidad excesiva que llevaban o la prisa que tenían y me hubieran reclamado papeles de identificación a estas horas sería polvo en cualquier derrumbadero madrileño. Porque yo andaba sin papeles de filiación alguna. Madrid estaba verdaderamente medroso, en esta época de los incontrolables. Y es curioso el fenómeno del miedo: no lo sentía cuando bombardeaban, ni ante la posibilidad de que cayera en manos militares enemigas, pero sí cuando se acercaba el hombre fiera, que sin saber leer ni entender las explicaciones exigía papeles de identificación.

Después de los primeros tiempos malos en que salía a buscar comida en las tascas o cigarrillos de vendedoras clandestinas, me encerré en la Residencia, donde ya no quedábamos más que cuatro civiles y la servidumbre.¹⁹ Se había convertido en cuartel de guardias de asalto. Estaba sucia. No había agua caliente, se tenía uno que duchar con agua helada en el mes de noviembre, pasar el día sin hacer nada, oyendo los cañonazos, el bombardeo y la fusilería, y bajar al comedor para no comer más que un platillo de lentejas.

Las sirvientas, a pesar del cambiazo, nos preguntaban si las cosas iban bien y cuánto durarían. Yo las reconfortaba diciéndoles que unas semanas más.

Las noches eran penosas, porque teníamos que vivir en una penumbra intensa. Nos reuníamos don Ángel Llorca y yo; algunas veces acudía García-Pelayo, que estaba militarizado y era oficial de enlace con las tropas destacadas en Guadalajara.

Don Ángel tendría cerca de setenta años y era un ejemplo de rectitud. Usaba barba, se sacaba todas las noches el ojo de cristal para lavarlo y, al hacer esta operación, estornudaba, porque se le enfriaba la cuenca vacía.

Viéndole día y noche llegué a pensar que debía yo dejarme la barba también. Después de todo, y en aquellas circunstancias, ¿no era estúpido ponerse delante del espejo a afeitarse? Así, al cabo

¹⁹ El relato de estos días en el Madrid sitiado y la salida hacia Valencia sigue escrupulosamente los diarios y las notas que Moreno Villa escribió en esos meses de 1936-1937. Al leer en esta edición «Lo visto» (págs. 300-312) o «Notas desde el Madrid sitiado» (págs. 287-299) el lector advertirá que, en alguna ocasión, Moreno Villa copia literalmente estos textos redactados en el momento de los hechos.

de un mes yo era otro, un individuo que se parecía a Cambó, a Cosío y a algún personaje del Greco.

Una de las pocas salidas que hice en los últimos tiempos fue para visitar a un compañero, Pepín García, que estaba encamado en el hospital que se improvisó en el Casino de Madrid. Era socialista, de la fracción de Besteiro, y había conseguido que le hicieran comisario político. Nadie hubiera sospechado el temple de aquel muchacho de veintidós años viéndole una carita de niño imberbe y oyéndole hablar en un tono dulce y bajo. Lo encontré deshecho, con tres heridas mortales, en el vientre, en una pierna y en la cara. Debía de sufrir mucho, pero no se quejaba del dolor ni de su suerte. Como yo le dijera: «Pero, hombre, si usted nunca fue militar...», me contestó: «Había que hacer algo». A los dos días, murió. Lo sentí como a un hermano. Sus padres no tenían otro hijo. Eran de Colmenar de Oreja, provincia de Madrid, donde gozaban de la mejor casa del pueblo y del mucho cariño de la gente. Inteligente, humilde en el trato, laborioso, Pepín García y García no ha figurado como héroe en ningún papel de propaganda. Yo siento no tener un retrato suyo para incluirlo en este libro. Fue un *residente* perfecto.

De repente, sumido yo en aquella inactividad, sentí precisión de escribir unos poemas. Mi musa se me apareció vestida de miliciana. Con severo semblante me dictó lo siguiente.

EL HOMBRE DEL MOMENTO

Botas fuertes, manta recia,
fusil, pistola: es el hombre.
Barba hirsuta, barba intonsa,
salivas e imprecaciones;
pisar duro, mirar fijo,
dormir vestido: es el hombre.
Es el hombre de la hora.
No se ve más que este hombre
en calles, trenes, portales,
bajo lluvias, bajo soles,

entre sillas derrumbadas
y fenecidos faroles,
entre papeles mugrientos
que el cierzo invernizo corre.
Toda la ciudad es suya
y nada le importa dónde
reclinará su cabeza
con fatiga de diez noches.
Parece que no ha tenido
ni piaras ni labores
ni familia que lo cuide
ni mujeres en que goce.
Bebe, canta, riñe y cae,
porque caer es de hombres.
No sabe de casi nada
(pero ese casi es de hombres).
Sin embargo, quiere cosas,
(que este querer es de hombres).
Quiere verse libre, sano,
(como deben ser los hombres).
Quiere verse dueño y uno
con todos los demás hombres.
Quiere libro, pan, respeto,
cama, labor, diversiones
y todas las cosas buenas
que hace el hombre para el hombre,
o da la Naturaleza
para que el hombre las tome.
Bajo la lluvia inverniza
y entre los graves cañones,
le veo por la ciudad
devastada, serio y noble,
como un vástago que busca
su raíz. Éste es el hombre.

(Madrid, 21 de noviembre de 1936)

Tarde negra, lluvia, fango
tranvías y milicianos.
Por la calzada, un embrollo
de carritos sin caballos
o jumentos con el mísero
ajuar de los aldeanos.
Caras sin color que emigran
de los campos toledanos,
niños, viejos,
mujeres que fueron algo,
que fueron la flor del pueblo
y hoy son la flor del harapo.
Nadie habla. Todos van,
todos vamos,
a la guerra o por la guerra,
en volandas, o rodando,
a millares, como hojas
en el otoño dorado.
Pasan camiones de guerra
y filas de milicianos
entre zonas de silencio,
lluvia y fango.
Pasan banderines rojos,
delirantes, desflecados,
como nuncios de victoria
en las proas de los autos
mientras las mujeres hacen
colas por leche, garbanzos,
carbón, lentejas y pan.
Los suelos están sembrados
de cristales y las casas
ya no tienen ojos claros,
sino cavernas heladas,
huecos trágicos.
Hay rieles del tranvía

como cuernos levantados.
Hay calles acordonadas
donde el humo hace penachos
y hay barricadas de piedras
allí, donde nos sentábamos
a mirar el cielo terso
de este Madrid confiado,
abierto a todas las brisas
y sentimientos humanos.
Confundido, como pez
en globo de agua, deshago
mis pisadas por las calles.
Subo, bajo,
visito las estaciones
del metro. Aquí, como sacos,
duermen familias sin casas.
Huele a establo;
se respira malamente.
Subo, salgo,
vuelvo a la tarde nublada.

Me siento como encerrado
en un Madrid hecho isla,
solo en un cielo de asfalto
por donde cruzan los cuervos
que buscan niños y ancianos:
Tarde negra, lluvia, lluvia,
tranvías y milicianos.

(Madrid, 22 de noviembre)

REVELACIÓN

Roto el encanto de la paz,
vino la locura primero;
y enseguida la guerra tenaz
que te llevó en sus garras de acero.

Supiste, entonces, lo que nunca
hubieras visto ni soñado:
que si la guerra todo lo trunca,
nos revela el solar amado.
Antes vivías como en Babia
creyéndote ciudadano del mundo;
mas ahora aprendes, con rabia
a querer lo tuyo profundo:
lo que te rodea y sostiene,
lo que te alegra y te mantiene,
lo que te impulsa y te previene,
lo que te capta o te retiene.
Somos de esto y nada más.
Y esto de que somos cautivos
es lo mejor y es, además,
nuestro destino.

EL AVIÓN NOCTURNO

Apodérate de la noche
pajarraco de mala entraña
y apodérate de los cuerpos
indefensos bajo las sábanas.
Ven y hunde, destroza y quema;
salgan cunas por las ventanas,
rueden ancianos impedidos
entre cascotes, hasta la calzada.
En la negrura de la noche
esconde tu proeza de infamia,
desarticula hogares tibios,
desmembra familias de un alma.
Toda la fuerza es tuya, tienes
un pueblo dormido y sin balas.
Ensáñate, que nadie te ve;
la noche sin luna te ampara.

(Madrid, 23 de noviembre)

DESCANSO DE UN MILICIANO

Este lobezno que roe su pan
¿en qué pensará?
Mientras los buitres enemigos
agujerean la ciudad,
este lobezno roe su pan
sin una sonrisa ni un ademán.
Tendido en la broza, ¿pensará
por un acaso en la que allá
quedó mirándole marchar?
¿O acaso piensa en que le ronda
la muerte sin pestañear?
Este lobezno, este lobezno
es la propia serenidad.

(Madrid, noviembre)

FRENTE

Este es el frente; aquí no hay
el menor asomo de juego.
Ya no valen literaturas;
este es el frente duro y seco.
Es la bala y el cuerpo humano,
es la tierra y el cuervo siniestro,
es la cabeza y es la mano
y es el corazón contra el hierro.
Es subir y bajar cañones
por lomas atónitas de miedo.
Es aguantar cuchillos y cascos
sin moverse del parapeto;
es acompañar a los tanques
monstruosos en sus sondeos;
es no beber y no comer
y no dormir un día entero;

es salir con la frente alta
o en la lona del camillero.

(Madrid, noviembre)

MADRID Y SUS ENEMIGOS

Yo los vi sobre la loma
de Carabanchel un día,
luego, en la Casa de Campo,
entre arboledas tranquilas.
Estaban lejos y eran
como pequeñas hormigas.
¡Quién pensara que de aquellas
motas de la lejanía
vinieran kilos de hierro
sobre la rosada Villa!
Los vi desde una ventana
que el Campo del Moro enfila
y todo el Pardo y la sierra
que a Velázquez complacía.
Ya está cerrada. No hay paz
propicia para la vista.
No hay más que truenos, cañones,
tambores y algarabía.
Todos aquellos que vi
en Carabanchel un día,
vienen a quitarme esto
que es tanto como mi vida:
el libro, el lecho, el hogar,
hasta el aire que transita
por los barrios de Madrid,
aire de la cumbre limpia.
Yo sé que en el mundo hay
pueblos de gran maravilla,
barrios enteros de magia

y rincones de poesía;
pero, en el trance de hoy,
me parecen las Vistillas,
la Moncloa, Chamberí,
Castellana o Buenavista
las cumbres de lo mejor.
Son pedazos de mi vida
sembrados de sentimientos
y vivencias infinitas.
Son yo mismo y son también
tú y vosotros y las vidas
buenas o malas que el tiempo
arrebato en su codicia.
Somos nosotros y son
Velázquez, Goya y Cetina,
Lope, Calderón y el Greco,
Cervantes, Chueca y Zorrilla.
Somos todos esas casas
que el bombardeo aniquila.
Los balcones desprendidos
o los techos que se abisman
no son balcones o techos
de una ciudad de película,
sino pedazos de todos
nosotros, de esta familia
hispana, sensual y anárquica,
un poco mal avenida
pero siempre generosa
como la fuente más viva.
Que me desmientan si no
los cóndores de las Indias,
las rutas del Océano
y Europa, que nos olvida,
o se acuerda de nosotros
para hundirnos en ruinas.

(Valencia, enero de 1937)

Irrumpí en romances sin darme cuenta porque el aire que se respiraba era marcadamente popular. Luego vi que esto les pasó a casi todos los poetas, llegando a formarse un grueso *Romancero de la guerra*.

El día 28 de noviembre leí en el *ABC* que el Ministerio de Instrucción Pública sacaría de Madrid a los intelectuales. Hablé por teléfono a Navarro Tomás y me dijo que me comunicase con Sánchez Arcas. Éste se sorprendió de que yo siguiese en Madrid y me dijo que preparase un pequeño equipaje y estuviese listo para salir a la mañana siguiente.

Pasé la noche intranquilo, comprendiendo que la salida podía ser definitiva. ¿Qué sería de todo lo acumulado en aquel cuarto durante veinte años de trabajo? ¿Qué cosas me llevaría conmigo? Todas eran preciosas para mí. «No sacaré nada; puede ser que dentro de unos días volvamos todos», pensé para engañarme.

El jardinero, el buen Marcelino, me acarreó la maleta desde casa a la de Miguel Prados, el psiquiatra que también era sacado. Abandoné al compañero don Ángel Llorca con profunda emoción, asegurándole que haría porque los trasladasen enseguida.

En casa de Prados me enteré de que nos daban un banquete de despedida en el cuartel del Quinto Regimiento, cosa que me pareció fantástica. ¿Un banquete en aquellas circunstancias? ¿Pero es que había comida para banquetes?

Comida y entusiasmo, vinos y discursos llenos de emoción. El Quinto Regimiento estaba compuesto por comunistas. Ellos fueron los que se preocuparon de sacar de Madrid a los artistas e intelectuales. Allí vi a los que habían de ser mis compañeros de viaje. Al doctor don Pío del Río Hortega, a Antonio Machado, al pintor López Mezquita, al pintorazo Gutiérrez Solana, a Juan de la Encina, al doctor Márquez, al escultor Victorio Macho, a Navarro Tomás, al psiquiatra doctor Sacristán. Y a todos con sus familiares. Nos acomodamos en dos grandes camiones amparados por milicianos bien pertrechados, jóvenes comunistas sumamente discretos y atentos con los viajeros. Salimos al atardecer. A las nueve estábamos en Tarancón, el paso difícil, el pueblo donde la FAI dejó aterradora fama.

Arrebujaados en nuestros abrigos, bajamos de los camiones y fuimos conducidos a una casucha oscura, donde habían puesto unas largas mesas y unos bancos. La estancia estaba alumbrada por candiles de aceite o por velas colocadas en los extremos. Nuestros cuerpos proyectaban sus sombras en los platos y no veíamos bien para comer. Unos hombres toscos y bruscos nos traían la comida. Yo me figuraba en deportación a Siberia, y sentía de golpe una gran ternura o amor por los niños que iban en la comitiva y por aquellas madres burguesas que jamás habrían cenado en un local tan lleno de sobresalto mudo, de terror latente.

Por otra parte, gustábame vivir una experiencia como aquella, tan áspera. Después de la cena nos separamos. Los que nos habían servido la comida nos señalaron albergue para dormir. A mí me tocó ir con Miguel Prados, su mujer y sus dos hijas, a una de las mejores casas del pueblo. En la puerta había un hombre con fusil y mala cara, que nos recibió diciendo:

—¡Ah, vamos! Ustedes son de los sabios.

Yo entablé un breve diálogo:

—¿De quién era esta casa?

—De unos marqueses.

—¿Eran madrileños?

—No, de Bilbao.

—Venían aquí por temporadas nada más, ¿verdad?

—Sí.

—Y ahora ¿dónde están?

—Tranquilos.

—¿Pues...?

—Los matemos.

La casa era lujosa y de mal gusto. Todo el patio estaba vestido de azulejos. En el antepecho del segundo piso se desarrollaban las aventuras del Quijote en el mismo material decorativo. Por todas partes se veían destrozos: alfombras arrancadas de las escaleras, sillones de terciopelo desgarrados, libros de ejecutoria tirados en el jardín.

Nos indicaron que debíamos subir y en silencio nos llevaron a un dormitorio en que había una lujosa cama doble y unos imponentes

retratos modernos de los marqueses; ella, de cuerpo entero y vestida de blanco, descotada y con larga cola enrollada; él, de medio cuerpo, sentado en una butaca y llevándose un puro a los labios.

Yo sentí cierta angustia ante la perspectiva de dormir en aquella pieza. Por fortuna nos dijo el guía que estaba destinada para unos comisionados rusos. Nos llevó a otra seguidamente y nos indicó que allí podíamos quedarnos los hombres. A la mujer de Prados, Micaela, y sus hijas, les señaló otra que yo no vi.

Nos tendimos en las camas sin desnudarnos. Yo tuve que poner no sé qué trapo sobre la almohada para no percibir el olor a mal cosmético que despedía. Me dormí pensando en los marqueses y en el diálogo breve sostenido en la entrada. Aquel «los matemos» tenía su terrible faceta recargada por la modificación prosódica. Era más personal que el «matamos». *Maté-mos* conserva la primera persona del pretérito: maté, y le añade el «mos» como paliativo, como para repartir con los demás la fechoría. «¿Los habré matado ese que habló conmigo? ¿Y estarán enterrados en el jardín?». Con estas ideas me quedé dormido.

Antes de acostarnos, el individuo que nos llevó al dormitorio nos dijo que no nos sorprendiera la entrada de un ruso, el cual tenía que pasar por donde estábamos nosotros para llegar a su cuarto; y que a las tres horas volvería a salir. Yo le dije a Prados: «Intentaremos hablar con él en alemán». Pero fue imposible. Apenas dije esto cruzó nuestro cuarto y se encerró en el suyo sin dirigirnos la mirada, con un simple saludo. A la madrugada, entre sueños, le sentimos salir otra vez y atravesar nuestra habitación con una lámpara eléctrica en la mano.

A la mañana siguiente nos lavamos como pudimos, después de cerciorarnos de que Micaela y sus hijas habían pasado la noche sin novedad. Dimos un recorrido a la casa y salimos en busca de los demás viajeros para continuar a Valencia. Creo que no desayunamos ni comimos hasta llegadas las dos de la tarde, que encontramos unas salchichas en un pueblo del camino. ¡Qué buenas estaban! Durante el trayecto me enteré de que la madre de Antonio Machado y él mismo habían dormido en el suelo la noche pasada en Tarancón. ¡Pobre vieja, qué entera y qué simpática!

XVIII
VIDA EN VALENCIA

En Valencia no se oían los cañones ni las bombas. Las calles estaban concurridas, funcionaban las tiendas, los cafés y los teatros, podía uno comer ricas paellas en los restaurantes a la orilla del mar. Todos los ministerios se habían trasladado allí, con sus numerosos funcionarios, y se encontraba uno a cada paso con amigos y caras conocidas. De no ser por ciertos síntomas, hubiéramos creído que estábamos en tiempos normales.

Nos albergaron en un edificio que había sido hotel, y que a la mañana siguiente de nuestra llegada lucía en sus balcones un gran lienzo blanco sosteniendo este rótulo: «Casa de la Cultura». Título que me abochornaba un poco. Los valencianos le llamaban «El casal dels sabuts de tota mena» (La casa de los sabios de todas clases).

En este albergue tuve primero un cuarto común con Victorio Macho, el cual descubrió que yo roncaba, pero finalmente, es decir, sin el estrépito de ciertos vecinos. Después conseguí vivir solo, en un cuarto con baño adjunto que había de calentarse con un bastón eléctrico sumergido en el agua. Teníamos criadas, recamareras, pero a los pocos días comenzaron a decir que éramos unos burgueses. No sería por lo del baño, pues no habiendo más que un calentador como el ya dicho, nos tocaba bañarnos cada semana una vez. Tampoco sería porque nos quedábamos tarde en la cama: todos desayunábamos a las ocho. ¿Sería por los vestidos modestos de las señoras, o por las manos, o por los modales? ¡Quién sabe! A veces pensaba uno que en las revoluciones de aquel tipo, lo que se pretende es que nadie se lave, que se coma metiendo las cucharas en una cazuela común y se cojan con los dedos los manjares, que se vista uno con jirones, que duerma con una mala manta, sin desnudarse, que las manos se vuelvan callosas y que al hablar no puedan expresarse más que cuatro ideas elementales en la forma más ruda o más procaz.

Al día siguiente de llegar a Valencia entramos el doctor Sacristán y yo en una cantina con la mayor naturalidad, pero a los pocos minutos se nos acercó un individuo y nos dijo:

—Supongo que tendrán su documentación.

Esto ya estaba prohibido, pero nosotros no lo sabíamos. Sacristán enseñó un pase, y como yo no hice ademán de sacar papel alguno, insistió el mal encarado sujeto:

—Y el camarada tendrá también el suyo.

—Sí —dijimos los dos con aire de que nos dejara en paz.

—Sí, porque... ya saben los camaradas que... como hay tanto emboscado...

—Vivimos aquí junto, en la Casa de la Cultura.

Pagamos y salimos con ánimo de no volver a entrar en pequeñas cantinas. No tuve otros encuentros de esta naturaleza.

Pasados los primeros días de acomodación, nos pusimos a trabajar. Arteta, Solana y yo comenzamos a hacer litografías, en negro y en colores. Para ello nos facilitó Renau sus talleres. Dibujábamos en casa, pero íbamos a sacar las pruebas a éstos. Arteta conocía ya la técnica, Solana y yo la aprendimos con entusiasmo. Mis primeras en color se basaron en motivos del frente que me contó Emilio Prados: «Los perros hambrientos sobre los milicianos muertos» y «Los efectos de una bomba», donde se veía una pierna hincada en una reja de ventana.

Aparte de esto, escribía sobre los datos adquiridos en el Archivo de Palacio relativos a los enanos y los bufones reales. El preámbulo se publicó en el número inicial de la revista *Madrid*, editada en Valencia.

Unos literatos jóvenes, Gil-Albert, Dieste, Gaya y Barbudo, me pidieron que fuese a ver con ellos al director de Propaganda para hacer otra revista. Fue inútil que les dijera que yo no tenía ni amistades ni influencia. Me aseguraron que al director le bastaba con que yo diese mi respaldo, es decir, que quería una persona mayor para apoyar la empresa. Así se fundó *Hora de España*, donde tantas cosas buenas publicó Antonio Machado. De la presentación o dirección tipográfica se encargó el acreditado en estas faenas, poeta Manuel Altolaguirre.

Por las noches, después de cenar, nos reuníamos los de la Casa de la Cultura en unas grandes salas. Éramos varias familias y tres solterones, los dos Solanas y yo. Como siempre ocurre, pronto se fue la gente dividiendo y agrupando. Y resultó que yo, sin darme cuenta, mantuve cierta cohesión entre aquello que tendía a

fraccionarse. Esto lo supe por una carta que me escribió Navarro Tomás ya que hube salido de España.

Debido a esta fuerza cohesiva —verdadera virtud social que yo desconocía en mí— me nombraron vocal de la Junta de Cultura, integrada entonces por el eminente oculista don Manuel Márquez, el filólogo Navarro Tomás, el escultor Victorio Macho, yo y como secretario el pedagogo Luis Álvarez Santullano.

A mí no me gustaron nunca los cargos ni las juntas, pero en aquellas circunstancias no podía uno negarse a nada y, además, sentía satisfacción ayudando en lo que fuese. También me hicieron vocal de una sociedad de amigos de la URSS. Pero lo mismo para la una que para la otra serví poco, porque a los cuantos días me mandaron fuera de España.

En Valencia intervine en dos actos públicos. El primero, organizado por el Ministerio de Instrucción Pública, tuvo lugar en la plaza mayor de la ciudad, donde levantaron una tribuna bastante flaca e incómoda, sin un mal banco para sentarse, ni escalera para subir. Recuerdo los apuros de Machado para trepar por unas vigas o tablones estando tan torpe de movimientos como estaba. El ministro explayó su discurso, Machado leyó su poema a la muerte de García Lorca, León Felipe un romance, y yo no sé si intervine aquella tarde u otra, leyendo algunos de los poemas de guerra ya transcritos. El segundo acto público tuvo lugar en un inmenso teatro abarrotado de gente. Creo que éramos once los participantes en aquel mitin monstruo por las víctimas del *Konsomol*, barco ruso hundido en nuestras costas, del cual no se salvó un solo hombre. Allí hablaron los representantes de todas las fuerzas del Frente Popular y de instituciones culturales. Yo fui elegido por la Casa de la Cultura para leer lo que escribiese. Y tuvo un éxito de silencio como no he visto otro. Mis palabras no llegaron al gran público, caían fuera del estilo usado en los mítines. Figuraban un telegrama imaginario puesto desde el fondo del mar por los héroes desaparecidos.²⁰ Palabras sentidas, pero demasiado lacónicas o concen-

²⁰ En *Verdad. Diario de Unificación de los Partidos Comunista y Socialista* (Valencia, lunes 28 de diciembre de 1936) se reproduce el texto leído por Moreno Villa: «En

tradas. Sin embargo, las recogieron y glosaron algunos oradores, entre ellos Pascual Leone. El representante de los anarquistas me dijo aquella misma tarde, en el banquete que siguió al acto, que yo había sido el más elocuente de todos, sin ironía. El hombre estaba conmovido. Me tocó estar junto a Maisky en aquella comida. Hablaba perfectamente el español; me dijo que había vivido en México.

Otra de las cosas hechas en Valencia fue la de inventariar los libros traídos del monasterio del Escorial y empacarlos en cajones bien forrados. La tarea la hicimos entre Navarro Tomás y yo, en los sótanos del Banco de España (sucursal de Valencia). Tardamos unas veinte tardes.

Había tiempo para todo, menos para retirarse y concentrarse. Nadie lo prohibía, pero lo rechazaba la conciencia. El ambiente solicitaba colaboración.

En el café mejor de la ciudad tuve la grata sorpresa de encontrar botellas de rica cerveza alemana. Costaban caras, pero como no tenía en qué gastar mi sueldo de archivero, las fui consumiendo todas poco a poco. En este café recalábamos un par de veces al día. Era animadísimo. Llegaban con frecuencia jóvenes militarizados, unos con licencia y otros enviados de Madrid. Los temperamentos se acusaban en los semblantes como nunca. Algunos hombres maduros estaban deshechos por las emociones y lo incierto del porvenir. Algunos envejecieron repentinamente, otros sacaron

nombre de la Casa de la Cultura, el señor Moreno Villa leyó lo siguiente: «Radio del mar: ¡Camarada, camarada de Valencia! ¡Camarada! Aquí el seno del mar. Aquí en mi fondo inquieto —¿comprendes camarada?— yacen el capitán Mesensec y sus treinta y siete valientes. // Sus treinta y siete jóvenes, amigos de España, conocidos por ti, camarada, festejados hace poco por toda Valencia. // Están aquí, camarada, en estas compactas capas de cristal viajero, que los mueve lentamente y acabarán sacándolos a las playas. // Cuida tú, camarada, que arriben a playas leales, a las dulces playas de Málaga, que serán las más próximas. // Son treinta y siete cuerpos jóvenes. Fueron treinta y siete almas de empuje marino. El marino, como el buen comunista, es hombre universal, es ciudadano del mundo. Son, pues, tuyos, son treinta y siete hijos de Valencia, estos jóvenes rusos del *Konsomol*. Dale de baja en tus listas de ciudadanía, poniendo no una cruz, sino una estrella al margen. // Y después, camarada, vira en redondo, fíjate en los barcos de la traición y del disimulo vergonzoso y, con dignidad, como tú sabes, levanta el puño”».

fuerzas de la acción y se rejuvenecieron. La guerra daba a luz caracteres que nadie sospechaba. Un joven que se había pasado la vida en frivolidades se revelaba como gran militar, enérgico, sufridor y lleno de iniciativas. Otro, que al principio parecía que iba a tragarse el mundo y se agitaba como gran organizador, caía en el desprecio de las gentes y vagaba derrotado. La guerra nos saca a todos de nuestras casillas; y esto de sacar al hombre de sus casillas puede ser beneficioso para él o pernicioso y fatal. Hay quien se encuentra incapaz para todo lo que no había hecho antes, y ése está perdido. Confieso que si yo no hubiese tenido entonces cincuenta años, hubiera preferido tomar el fusil y marcharme al frente en vez de quedar en la retaguardia para menesteres necesarios pero de poca monta. Y, sobre todo, extraños a mis hábitos. Pero de esto he de escribir en otro momento. Aquí me corresponde decir que me encontraba desajustado y que para conservar el equilibrio que aparentaba gasté mucha fuerza nerviosa. Este gasto, imperceptible entonces, me fue apareciendo años después.

Uno de los espectáculos feos de la retaguardia es el de los arribistas. Valencia estaba llena de ellos, y bastaba no aspirar a nada ni pedir nada para que le mirasen a uno como persona digna de aprecio.

El arribista encuentra terreno apropiado en épocas de guerra, porque éstas viven de la prisa; no disponen de calma para deliberar como las épocas normales. Y el arribista es un barullero que elogia las baratijas suyas a sabiendas de que faltan buenos y tranquilos tasadores en aquellos momentos. Nuestra pobre República no sabe todavía el mal que le acarrearón muchos de estos pestíferos engendros enviados acá y allá con embajadas, compras de armamento y otras canonjías.

Durante diciembre del 36 y enero del 37, que fueron los meses que pasé allí, se gozaba de tranquilidad y se comía bastante bien. Hasta disfrutábamos de algunos verdaderos banquetes. Aparte del ya citado, estuve en uno que dio Negrín en el Ministerio de Hacienda, dos meses antes de llegar a jefe del Gobierno. Nunca supe si era en honor de un almirante de la escuadra inglesa, pero lo sospeché. Tampoco supe por qué me invitó, pues en él no vi más que

ministros aparte del doctor Puche y de mí. El banquete fue cumplido, sin que faltasen los buenos vinos, incluso el rico champaña. Pero lo que resultó verdaderamente impresionante para mí fue ver al amigo Negrín en funciones de ministro después de haber comido fuerte y bebido con generosidad. Cuando el marino inglés se despidió y se fueron yendo los demás comensales, Negrín me rogó que me quedase, que todavía me regalaba con no sé qué bebida. Pasamos a su despacho, me senté retirado de su mesa y entre sorbo y sorbo le vi despachar durante hora y media asuntos difíciles, con altos funcionarios del Ministerio o con militares que tenían su genio. Aquella noche comprendí que mi amigo podía con todo y con todos. Su robustez física, de guanche legítimo, estaba al nivel de su capacidad reflexiva, discursiva y dialéctica. Los regalos embriagantes no le nublaban el cerebro y, además, pasaba del tono severo al sonriente con una flexibilidad notable. A las dos de la madrugada le abandoné y él siguió como si fueran las de la tarde.

Este banquete tuvo lugar pocos días antes de salir yo para Norteamérica. ¿Cómo surgió este viaje? Navarro Tomás me dijo que querían enviarle a él, pero opuso algunas razones y había propuesto que fuera yo. Mi reacción primera, como siempre que me proponían una cosa fuera de mis cálculos, fue contraria. La verdad es que yo me sentía apegado a mi tierra y que, aunque pasaba miedos, prefería pasarlos entre gente conocida y amiga. Fui a hablar con Rocés, el subsecretario. Me explicó que se trataba de un viaje de propaganda cultural, sin nada político. Que mis conferencias podían versar sobre literatura o bellas artes. Yo argüí que desconocía el inglés y que temía mucho que me dejasen colgado en el otro mundo, es decir, abandonado. A lo primero me contestó que diese las conferencias en español, donde pudiese, y, en cuanto a lo segundo, que no había motivos para tales temores. Más que aceptar, acaté lo que me proponía. Todos nos considerábamos como movilizados.

Cuando supieron de mi próximo viaje en la Casa de la Cultura, me miraron con envidia y no podían comprender mi pesimista situación de ánimo. Era difícil explicarles a fondo lo que yo sentía: el presentimiento de que el separarme de España iba a ser definitivo,

sin saber por qué. Podía ser por un accidente, por caída del avión, por naufragio o torpedeamiento, por abandono del Gobierno, por torpeza mía. ¡Quién sabe! Son tantas las cosas adversas que concurren de golpe a la cabeza de un tímido. El tiempo confirmó después que mi presentimiento no era infundado.

Salí de Valencia el 3 de febrero de 1937. Febrero y siete. El 16 iba a cumplir mis cincuenta años. La guerra, su ambiente coercitivo y quizás la barba que me dejé crecer, me habían avejentado por fuera y por dentro. El golpe moral, verdadero traumatismo, me hacía ver las cosas sin esperanza. Un cambio se operaba en mí, no sé si para bueno o para malo. Me sentía sin asidero y sin tierra firme, a merced de la ventisca. En el extranjero se agravó mi desplome psíquico viendo la conducta que sostenían con España las naciones todas, menos México y Rusia. Comprendí que estábamos casi perdidos, pero tuve entereza todavía para no dejar ver mi abatimiento. Me ayudó a demostrar fe en la victoria la ilusión o profundo deseo de que las cosas salgan como uno quiere; el esperar de no se sabe dónde el golpe de suerte.

Salí en avión. Un viaje precioso, costeanado por el litoral de Aragón y Cataluña. Era un día radiante y clarísimo. Veíamos desde gran altura las velas de los pocos pesqueros que se aventuraban en aquellas aguas encubridoras de submarinos. Aterrizamos en Barcelona, para mostrar los pasaportes. El miliciano que examinó el mío exclamó apretando el entrecejo: «Moreno Villa... sí, me suena». Venía conmigo Rafael Méndez, que andaba en compra de aviones. Volvimos a levantar las alas y pasamos los Pirineos que ofrecían sus moles blancas de nieve matizadas de sombras azulinas e irisaciones que me recordaron cuadros de los impresionistas franceses.

Era tan bello todo lo que vi luego sobre tierra francesa, que me decía: «¡Ojalá no venga nada parecido a lo nuestro sobre esta maravillosa campiña!». Dejamos el avión en Burdeos. Al sentarme en un café sentí como si me hubiesen desatado unas opresivas ligaduras del tórax. ¿Qué me ocurría? Me ocurría una cosa tan sencilla como ésta: que la vida en torno era libre y normal; que el tráfico callejero era intenso, que las luces urbanas estaban encendidas, que los camareros servían con la amabilidad de siempre, que se

podía beber y comer lo que a uno se le antojara, que las muchachitas alegres andaban olfateando su presa. Un inmenso bienestar me bañaba por dentro y hasta me acariciaba la piel. De repente me asaltaban escrúpulos. ¿Merecía yo aquel bienestar mientras quedaban tantos españoles allá oprimidos por la catástrofe? ¿Quién era yo para ser así recompensado?

En París, al día siguiente, me encontré con algunos amigos. Me invitó nuestro embajador, Luis Araquistáin, a comer en la embajada; al día siguiente comí con Alberti, Buñuel, Luis Lacasa (arquitecto que ahora se encuentra en Rusia) y otros que no recuerdo. Comimos en un *bistró* a orillas del Sena. Visité a los amigos que tenía en la Ciudad Universitaria: Pío Baroja, que me dijo lo ya transcrito en otras páginas, don Blas Cabrera y Paulino Suárez. Allí me encontré con Zubiri, filósofo, ex sacerdote y casado con Carmencita Castro, hija de Américo, a quien tuve en los brazos recién nacida. Ya empezaba uno a encontrarse con la media España desperdigada por el mundo.

El encargado de facilitarme los fondos para la travesía fue José Gaos, que hacía de presidente de la Junta de Relaciones Culturales. Al día siguiente embarqué en el trasatlántico *Île de France*.

Otra vez América: ¿Sería mi destino? Regresaba a Nueva York a los diez años justos de mi viaje con Jacinta. Para mí esta ciudad era Jacinta, cada cosa me la recordaba. Pero ya de una manera tranquila. Sentí curiosidad por saber qué había sido de ella. No he dicho anteriormente que a los tres años de nuestro viaje se casó con uno de sus amigos universitarios y que estuvieron en Madrid sin lograr verme, porque yo no quise. Entonces estaba la herida un poco abierta todavía; pero, al cabo de diez años, no quedaba más que un recuerdo de una ilusión pasada.

Como mi destino radicaba en Washington, apenas me detuve un día en Nueva York. En la capital de los Estados Unidos me recibió nuestro embajador, mi antiguo amigo Fernando de los Ríos, con grandes muestras de afecto y gran deseo de tener noticias directas de la guerra. Creo que les di una inyección de optimismo a todos los de la embajada, impresionados por la caída de Málaga y otros síntomas. Yo les predije la subida de Negrín a la jefatura del Gobierno, fundándome en el ambiente favorable que iba teniendo. Les hablé también del espíritu tenso que dominaba a nuestra gente y de otros detalles particulares. Es muy comprensible que mis primeras charlas recomfortasen el ánimo de aquella célula española enquistada en un país que, en el fondo, nos miraba con recelo por la terrible propaganda germanófila del mundo.

Fernando de los Ríos trabajaba incesantemente, dando conferencias, sosteniendo pláticas con los periodistas, visitando el Departamento de Estado, hablando con Roosevelt, viajando, escribiendo. La teletipo receptora de noticias funcionaba todo el día y estábamos todos pendientes de ella como si fuese una persona que en un momento siempre esperado nos iba a dar la buena nueva.

Al poco tiempo de estar allí pude exponer en los salones de la embajada mis dibujos de guerra, aspectos terroríficos de la catástrofe, que a las mujeres yanquis producía cierto malestar en el estómago, pues enseguida se llevaban la mano a esa parte y ponían cara de disgusto.

Paco Giner, muy joven y deseoso de ir a España a pelear, escribía ya sus cálidos a la vez que dulces poemas. Él y el agregado comercial Ignacio Castillo me orientaron y enseñaron la capital. Mis nervios deshechos no apetecían más que sosiego. Cualquier ruido fuerte, como el estallido de una rueda de automóvil, me alteraba de pies a cabeza. No podía soportar el cine. Ansiaba, en cambio, visitar jardines y parques tranquilos. Por las noches, después de cenar, me quedaba con la familia De los Ríos charlando o jugando a cosas tan inocentes como a lo que llamábamos «los palitos», un haz de palillos chinos o japoneses que se empuñan y, al abrir el puño, caen sobre la mesa en posturas imbricadas. El juego consiste en ir sacándolos uno por uno sin que los demás se muevan.

Todas las mañanas dibujaba o escribía para mis futuras conferencias. Se tardó mucho en recibir contestaciones de las universidades donde podía ir. Me puse en correspondencia con Solalinde (amigo desaparecido poco después), con Centeno y con Onís, el jefe máximo del profesorado español en Norteamérica. Di mi primera lectura en un centro hispanoamericano de Washington. La segunda en el Instituto de las Españas, en Nueva York; la tercera en Princeton, donde me quedé veinte días invitado por Augusto Centeno; la cuarta en New Brunswick.

En Princeton, además de leer en la universidad, expuse mis dibujos de guerra, no sin dificultades, pues la gente temía abrir sus locales a un artista tildado de rojo. Conocí entonces a Einstein y a otras personalidades científicas refugiadas. Augusto Centeno se portó conmigo como un hermano. Él y su mujer me fueron a buscar a la estación de Baltimore y me llevaron en su coche al lindo pueblo universitario. Vivían en una casita sola en las afueras, rodeada de campos verdes. Recuerdo aquellos días de primavera con auténtica nostalgia. Centeno es un gran conversador, repleto de ideas originales que nunca quiere asentar en libros por pereza de escribir. Lleva muchos años en los Estados Unidos, se hizo ciudadano yanqui, se casó con norteamericana, y tengo entendido que a estas horas está incorporado al ejército por voluntad propia.

La lectura en New Brunswick fue para muchachas americanas y para familias de obreros españoles. Más que lectura fue charla

improvisada, en la que intercalé varios romances de los hechos por mí. Las españolas lloraban; las americanas tuvieron conmigo la deferencia de cantar canciones populares españolas. Fue aquella una reunión cálida, no un acto estirado. El profesor español Salas Viu se portó cumplidamente; arregló bien todo y hasta colectó diez dólares para el conferencista, que hasta entonces no había recibido ni una peseta de su Gobierno. Yo viví casi medio año de anticipos que me hizo Fernando de los Ríos.

Estando en Princeton recibí dos cartas inesperadas, una de un señor a quien había visto tres veces en Madrid, Genaro Estrada, y otra del embajador nuestro y jefe mío en Washington. Ambas hablaban de lo mismo, de mi traslado a México. Esto tenía otro antecedente. Estrada me había escrito dos meses antes una carta llena de simpatía diciéndome: «Sé que está usted ahí. Ése no es su sitio. Véngase a esta tierra de México, donde no le faltará nada de lo que tenía en España; ni siquiera un árbol como aquel que se veía junto a su cuarto de la Residencia de Estudiantes»²¹. Carta a la cual contesté que yo estaba sujeto a la voluntad del Gobierno y que no me parecía prudente solicitar nada. Por lo visto, en el interregno, Genaro Estrada arregló, mediante la embajada española en México, mi traslado. Y yo confieso que este hecho es algo que me parece mágico, fuera del orden normal de los acontecimientos, verdaderamente inexplicable. ¿Por qué había de ser Genaro Estrada el único americano que se preocupase de mí? Otros, mucho más amigos, tenía yo en este continente y no fueron para ponerme una postal de saludo. La llamada de Genaro me hizo pensar mucho pasado algún tiempo, y a estas fechas no sé si considerarla como obra del destino.

Volví a Washington dando por terminadas mis conferencias. Allí me aguardaba otro caso que no olvidaré. Antes de salir de gira había escrito yo una carta al hermano de Jacinta preguntándole por ella. Se la dirigí a un hotel de Nueva York. Pero en este hotel quien vivía era el padre y éste la remitió a su hijo, que vivía en Washington.

²¹ Véase la reproducción exacta del párrafo mencionado por Moreno Villa en la nota 121, pág. 480.

A mi vuelta de Princeton, me invitó a comer. Estaba destanteado al verme viviendo en la embajada y con cargo de agregado cultural. No sabía cómo atenderme. Llegó hasta a citar a sus padres para que concurriesen a la comida. Y aquellos que no me quisieron diez años antes, vinieron de Nueva York y estuvieron sumamente amables. Mucho se acordarían de su postura frente a la España antisemita de siglos atrás al ver lo que Alemania hacía —empezaba a hacer— con los judíos.

Lo más curioso es esto: que al decirme que Jacinta estaba en México y arreglando su divorcio, tuve que decirles: «Pues allá me destina el Gobierno». ¿Qué pensarían?

Los últimos días de Washington los empleé en acabar un retrato al óleo de Laurita de los Ríos y en despedirme. Había conocido allí al embajador de México, Castillo Nájera, y al secretario de Hacienda, licenciado Suárez. A éste le hice bastantes preguntas sobre su país durante una cena con motivo del aniversario de nuestra tambaleante República. Castillo Nájera quedó muy amigo mío desde que me oyó una conferencia, y sé que habló muy bien de mí a muchos mexicanos.

Dejaba Norteamérica con cierto fastidio. Me hubiera gustado vivir allí, entre buenos museos, buenas bibliotecas, gente respetuosa y un nivel de vida material suficientemente elevado. Pero el misterio, valiéndose de Genaro Estrada, me llevó a otro sitio.

XX
EN MÉXICO

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.

¿Qué alentaba en mí durante el viaje de Washington a México? ¿Buscar, como otras veces, el cuarto donde poner unos libros, un caballete, una mesa de escribir y una butaca donde ir atrapando del aire y del humo de mi cigarrillo eterno las sustancias y los esqueletos de mis libros y mis pinturas?

Poca ilusión me hacían ya los libros y el arte después de la tremenda experiencia de España. Me sentía desligado de todo lo anterior, de toda forma y de todo contenido. Respiraba el fracaso de Europa, de España y de todos nosotros, pero, a pesar de esta crisis de la fe en los hombres y en sus sistemas, me reconfortaba la idea de ser útil a alguien y a algo. No venía en viaje de turismo; venía para algo, mandado por alguien. Y yo estaba dispuesto a cumplir lo que fuese, porque yo iba dejando de ser aquel que fui. A lo menos, me lo figuraba. Me sentía peón de brega, con las limitaciones naturales de quien nunca estuvo al servicio de nadie.

¿Pensaba también en la interinidad de todo, como había pensado siempre? Desde luego. La idea de interinidad no podía borrarla porque es consustancial en mí. Yo pensaba que mi estancia en México podía ser de unos meses o de dos años a lo sumo. No conocía el país ni las cosas que pudiera brindar a un hombre tan poco acometedor de empresas y negocios como yo, tan poco hábil para la vida. Los países americanos se consideraron siempre como pingües factorías por los europeos, y yo no tengo papel en una factoría. No sé de números, soy lento en el trabajo, no me gusta atesorar, me engaña cualquier pillo, porque soy crédulo, confiado y, en resumen, porque no sé embaucar a la gente. Yo veo que hay tipos capaces de defenderse en la vida por mucho que ésta les zarandee: quien dice, por ejemplo, que es cocinero, sin haber volcado jamás dos huevos sobre la sartén. Pero, en cambio, hay otros que no saben ni presentar su auténtica y decorosa labor con aire de seguridad. Éste es mi caso. Tengo tan alta idea de lo bueno, que todo lo que

hago me parece imperfecto y, por consiguiente indefendible. Para que yo colaborase en un periódico o revista en España, tenían que pedírmelo, tenía yo que ver la confianza de los otros en mi obra o manera de trabajar. Sin esta confianza previa, nunca di un paso.

¿Cómo sería México para un hombre así? Por lo pronto había un señor que me demostraba esa confianza: Genaro Estrada.

Este hombre sentía por España una pasión auténtica: lo bueno de nuestro pasado y lo bueno de nuestro presente lo manejaba, remiraba e impelía como a cualquier español de los mejores. No llegó a ser gran poeta, pero allí donde olfateaba poesía, estaba él. Y yo le oí decir que consideraba el movimiento poético de España en los últimos tiempos como el más importante de Europa. Me consta que lo que hizo por mí lo hubiera hecho por Federico, por Salinas, Alberti, Guillén, etc. No me extraña, pues, nada que me tendiese la mano en un momento tan crítico para mí. Por este aspecto no hay misterio. Lo misterioso para mí comienza al pensar que aquel hombre, amenazado de muerte por la hipertensión, aguarda morirse cinco meses, es decir, hasta que logra para mí una estabilidad en México. Y lograrla sin aspavientos ni como el que vende favores; al contrario, preparándose las cosas sin decirme nada, o quitándoles toda importancia. Confieso que esta finura de espíritu la encontré dos o tres veces en la vida, nada más.

Ya iremos viendo otros detalles que acentúan lo misterioso del caso. Quiero guardar la cronología lo más fielmente que pueda.

Me preparó la llegada publicando en una gran revista recién fundada entonces, llamada *Hoy*, una nota crítico-biográfica y un retrato mío a buen tamaño. Retrato que me pidió en Madrid y tenía en su escritorio junto al de Juan Ramón, Francis Jammes, Azaña, Marañón, Zuloaga, Amado Nervo y Urbina. El número de la revista me lo presentó un señor en el tren, diciéndome: «¿No es usted este señor que veo aquí retratado?».

Él preparó mi recibimiento, reuniendo en la estación a unas veinte personas.

Al bajar del vagón, no le conocí; tan desfigurado estaba, tan flaco, aquel hombre obeso que había conocido en Madrid. Alguien tuvo que llamarme la atención. Entre las personas estaban el actual

director del Banco de México, Eduardo Villaseñor, y Margarita, su mujer, andando el tiempo compadres míos.

Eran las diez de la noche. Yo traía mis cuatro días de tren, pero a pesar de esto, después de dejar la maletas en el hotel, me llevó a Prendes, el restaurante que él frecuentaba.

Quería, sin duda, ver la primera impresión que me hacía México de noche. Recuerdo que al llegar al ensanche o plaza donde radica Bellas Artes, le dije: «Lástima que los edificios de esta plaza no presenten un nivel aproximado». Hoy, carece de unidad. Pasados pocos años ha conseguido tenerla, aunque todavía queda alguna casucha baja.

Durante dos meses y medio estuvimos yendo a cenar al restaurante citado. Nos reuníamos una hora antes en la antigua librería de Robredo, que, como editora además, comenzaba a publicar una serie de obras históricas dirigida por Estrada. Éste cenaba poco o nada, por estar sometido a rigurosa dieta. Pero gozaba con encontrar gente en aquel sitio. Allí conocí al Dr. Atl, a Montenegro, y a algunos literatos.

Pronto me di cuenta, sin embargo, de que aquel hombre estaba bastante solo, como político hundido. Le saludaba mucha gente —con ese «Adiós, licenciado» tan divertido para él como para el español recién llegado— pero pocos le hacían tertulia. Y los que se le acercaban, no eran «lambiscones» (aduladores).

Aunque no se quejaba de nada ni de nadie, pude advertir también que su posición no era muy desahogada. Creo que tenía unos cuatrocientos pesos al mes como secretario del consejo de un banco, y nada más.

Apenas llegado me comunicó que andaba en la traída de españoles eminentes a México; que cruzaba cartas con don Ramón Menéndez Pidal y con Juan Ramón Jiménez sin lograr convencerlos, que su gran ideal consistía en crear en este país un organismo como el Centro de Estudios Históricos de Madrid, aprovechando los intelectuales españoles que iban saliendo de España o podían salir. «Vaya usted —me dijo— a ver a Montes de Oca, dele nombres de los que debemos llamar». Vi al entonces director del banco y hablamos de muchas personas. Era evidente que en las alturas políticas miraban con agrado el proyecto.

«Usted puede hacer muchas cosas aquí», me dijo a los pocos días de llegar, mientras nos encaminábamos a la Junta de Investigaciones Científicas. Y añadió: «Puede publicar artículos en el *Hoy*, donde ya he hablado por usted y le pagarán cuarenta pesos por artículos breves, de tres o cuatro cuartillas; puede hacer investigaciones artísticas y puede pintar y hacer versos».

Lo de escribir artículos lo puse en ejecución inmediatamente, porque seguía sin recibir dinero de España. Por cierto que mis artículos llevaron como título general: «¿Será esto así?». Me ponía en ellos apuntar lo que iba viendo en México, pero como la hecatombe de España me había hecho dudar de tantas cosas, quise con ese título demostrar que ya no daba crédito ni a mis ojos. El director de la revista no debía de tener de mí tan buena idea literaria como Estrada, pues en cuanto murió éste fue retrasando mis artículos, hasta que me aburrió. Yo no he tenido suerte con la prensa de México: en *El Nacional* no pude obtener colaboración en aquellos tiempos en que por ser órgano del Gobierno resultaba el único periódico afecto a los republicanos españoles, y en *El Popular* no llegué a escribir más que un par de meses. Al cabo de cinco años todos los escritores españoles tienen sus colaboraciones en los diarios y revistas menos yo. En esto, pues, no acertó el buen Estrada. O no acerté yo con lo que aquí gusta.

No he dicho hasta ahora nada de mi relación con la embajada, que desde luego visité enseguida. Nuestro embajador, el señor Gordón Ordás, me recibió amablemente y me dijo que buscara sitio para pintar o para escribir en la misma casa de la embajada. Pero no hubo ocasión, porque a los pocos días de mi traslado, recibimos un telegrama del subsecretario de Instrucción Pública diciendo que si yo no encontraba en México alguna clase retribuida por la universidad, me reintegrara a España. Yo quise contestar con otro telegrama, pero el secretario señor Argüelles no lo consideró viable, y yo no me ocupé más del asunto. Montes de Oca me dijo que en cuanto yo necesitase ganar algún dinero, se lo dijese, y, en efecto, al comenzar el año 38, fui favorecido con un empleo en relación con Bienes Nacionales como catalogador de las obras de arte recogidas de los templos. En esto me ocupé hasta

que se fundó la Casa de España, de la cual fui uno de los primeros miembros.

A mediados de junio, estando en Prendes con Genaro, distinguí a Jacinta cenando con un individuo. Sin poder dominar la emoción, le dije al amigo:

—Perdóneme, es que veo allí a Jacinta la pelirroja; voy a saludarla.

Me acerqué lentamente, dominándome. Nos dimos las manos con un apretón largo y me senté con ella y su acompañante, que resultó ser un guitarrista y cantor de Taxco.

—Sabía que estabas aquí, por una carta de mi familia.

—Sí, comí con ellos y me enseñaron fotos de ti en tu nueva España.

—¡Cuántas cosas habrás visto! ¡Qué horror eso de España!

—Bastante. Pero ganaremos.

—¿Tú crees?

Así comenzó nuestro diálogo después de diez años de no vernos. Como todos habíamos terminado nuestra colación, nos levantamos y salimos. Jacinta nos encaminó a su hotel, donde enseguida hizo cantar al tasqueño para que yo conociese algo de la música popular mexicana. Al poco entró su compañera de viaje, una gringa escultora, que me enseñó sus dibujos. Después vinieron otras amistades, y nos pusimos a beber. Jacinta no podía negar la emoción y comenzó a volcar sobre mí una desmedida cantidad de elogios. Yo la besé. Y ella con un leve gesto dijo: «No, todavía no».

A los dos o tres días fui a Taxco, y el 20 visitamos juntos las cuevas de Cacahuamilpa. En Taxco pude ver que seguía haciendo su vida de siempre, un tanto incongruente, pues se preocupaba medio día de la salud y media noche de destruirla. Montaba a caballo y nadaba para estar en forma, enamorada de su cuerpo; y bebía por las noches entre discusiones intelectualistas que barajaban el arte con la política y las relaciones sexuales. La vi muy partidaria del comunismo; cosa que no me extrañó, porque en los Estados Unidos pensaban así, por moda, muchos que tenían grandes cuentas corrientes en los bancos.

Salí de Taxco sin sentir el corazón, y antes de llegar a México me detuve en Cuernavaca para ver a Estrada. Entonces le hice un retrato a pluma, que se publicó más tarde en *Letras de México*.

En este mes de junio, si no recuerdo mal, comenzaron a llegar-me las mensualidades que debí de haber recibido en Washington allá por marzo y abril. Con ellas viví modestamente hasta fines de año. Sé que en julio tenía cuatrocientos setenta y seis dólares.

Estrada, antes de irse a Cuernavaca, me presentó a todos los amigos que podían serme útiles en un momento dado, entre ellos a Manuel Toussaint, el historiador de arte. Y éste fue el que me llevó a las bodegas de la catedral a clasificar y catalogar cuadros, esculturas y libros.

Al trasladarse a Cuernavaca Genaro Estrada, me sentí muy solo. Es cierto que ya trabé amistad con la interesante tertulia de los médicos que tenía lugar en el antiguo Café Colón. A ella iban por entonces los doctores Perrín, González Guzmán, Francisco de P. Miranda, Fournier, Chávez y algunos otros menos fijos. Pero, aparte de esa hora de charla, me encontré solo y sin trabajo obligatorio durante medio año. Me refugié por consiguiente en la pintura y en la escritura. Redacté dos conferencias, que leí en el Salón Verde del Palacio de Bellas Artes, hice una exposición de dibujos en otra sala del mismo y una de pinturas en la Galería de la Universidad establecida en la calle de López.

Estas manifestaciones me trajeron nuevas amistades: la de los poetas Villaurrutia, Cardoza y Aragón, finos espíritus de América, y la de Inés Amor, que se iniciaba entonces en el comercio de cuadros con la Galería de Arte Mexicano abierta en Abraham González. El primer pintor que conocí en ella fue Federico Cantú. Frequenté mucho su estudio, donde le hice un retrato que me compró Eduardo Villaseñor en la primera exposición ya mencionada.

La única diversión que me permitía por entonces, de vez en cuando, era ir al frontón. En Madrid no me acordaba de él; no lo necesitaba, porque toda España es como un inmenso frontón. Pero el ambiente comedido de México me exigía la compensación de este juego tirante y violento y ruidoso, tres condiciones de la vida española.

Por medio de Inés Amor alquilé un estudio en casa de una antigua familia mexicana, Martínez del Río, que jamás olvidaré. A más del estudio, que era también dormitorio, tomé pensión completa, o lo que es lo mismo, me quedé a vivir en aquel simpático

caserón de la calle de Londres. La familia se componía de doña Amelia, sus dos hijas, Amelita y Chela, y un sobrino, Luis Zamacón. A pesar de ser yo un rojo, todos fueron conmigo sumamente gentiles. Doña Amelia, hablando de los españoles que había conocido, me citó a un tal Freuller, que estuvo en la embajada hacía treinta o más años. Al oír esto, le dije: «Lo conocí, era de Málaga, hijo del marqués de la Paniega, a cuya casa iba yo con mi abuelo Villa, que jugaba al tresillo con ellos. Yo debía tener ocho o nueve años pero me acuerdo muy bien de este diplomático y de las curiosidades que había comprado en los países asiáticos, no sé si Japón o China». Se levantó doña Amelia, me trajo un álbum de fotografías y, mostrándome una de un grupo, me preguntó si lo reconocía entre aquellas personas. Yo no titubeé. Allí estaba el viejo solterón, con sus barbas, tal como yo lo conservaba en mi memoria.

Estas cosas viejas atan mucho a la gente, rompen las distancias y establecen enseguida una comunicación nada ficticia, que es lo antipático en las relaciones sociales.

En mi estudio nuevo me sentí como en mi Residencia de Madrid. ¿Sería éste mi cuarto definitivo? ¡Qué paz la de aquella casa! ¡Me hizo tanto bien; estaba yo tan necesitado de ella! Mi sistema nervioso había dejado de ser sistema; se asemejaba a un reloj medio loco. Sólo a fuerza de dominio sobre mí mismo podía salir, hablar con la gente, dar conferencias o montar en los camiones. Al cabo de unos meses, al pasar por una esquina de la calle de la Moneda, compré un puñado de cacahuets (o cacahuates, como se dice aquí) y, al ir mondándolos y comiéndolos, me dije: «Esto es buena señal; hace unos días no lo hubiera hecho. Hoy tengo un soplo de tranquilidad. ¡Qué alegría!».

Todo esto se lo contaba yo a Genaro Estrada en las visitas que le hice a Cuernavaca. Y el pobre, se sonreía. Creo que si yo le hubiese dicho entonces este primer verso de un poema: «No vinimos acá, nos trajeron las ondas», hubiera asentido con la misma sonrisa comprensiva. Como de hombre que está en el secreto.

Sentados en la galería de aquella casita de Cuernavaca, donde parecía mejorar, hablábamos de España, de sus pueblos y de sus

hombres; contemplábamos el paisaje, que me recordaba el de mi Churriana, el de mi finca de campo; veíamos a Consuelo pasar de prisa y sonriente, o a su hija Paloma, que jugaba en el estanque. Él mismo me retrató con ella, con esta niña nacida en la Embajada de México en Madrid, asistida por un médico amigo de todos mis amigos, Varela Radio, y bautizada en la iglesia de Santo Tomé de Toledo, en la capilla donde el Greco dejó una de sus obras capitales: *El entierro del conde de Orgaz*. Todo esto me lo contaba Genaro con brillo de júbilo en la cara.

En nuestras charlas sosegadas hablábamos de los presidentes de la República española como de amigos que estaban tras las Lomas de Chapultepec, no más lejos. Conocía lo mejor de la gente de España. Y de una manera nada superficial, sino honda. Así, al hablar de nuestros valores literarios, políticos, artísticos, étnicos o folklóricos, jamás caíamos en discusiones. Esto, que parece no ser nada, revela dos cosas: al hombre de educación profunda, que nada tiene ya de petulante, jactancioso ni «finchado», y al hombre de mi generación. Yo era cuatro meses más viejo que él. Con los de la misma generación se entiende uno siempre mejor que con los de otras.

Hablando una vez del ir y venir de las cosas materiales de un continente a otro, me contó lo siguiente: «Durante las jornadas veraniegas en San Sebastián, solíamos hacer excursiones a la frontera francesa. En el camino, al pasar por una huerta, vi que había un plantel de calabazas en flor. Bajé del coche, me acerqué al hortelano y le dije que si me vendía unas cuantas flores de aquéllas. “¿Vender? —exclamó el vasco—. ¡Si no valen nada! ¡Yo se las tiro a los puercos!”. “Pues yo, me las como”. Me dio las flores y esta escena se repitió tres o cuatro veces más, hasta que, por fin, le envié con el chofer unas “quesadillas” como las que se hacen en México. Las cató el serrote vasco; gustaron mucho a él y a toda su familia; se informó de cómo se hacían y es muy probable que desde entonces coman este manjar mexicano en aquel pueblo»²².

²² Moreno Villa incluye la anécdota que ya había narrado en 1937 en el artículo «Recordando al amigo», reproducida en este volumen, pág. 476.

Así, en efecto, emigran las cosas, de un modo anónimo y al parecer misterioso. «No vinimos acá, nos trajeron las ondas».

Al regresar de Cuernavaca a su casa de las Lomas de Chapultepec sin haber conseguido reducir su presión arterial, Genaro no salió sino para las cosas más indispensables. Los médicos le habían impuesto reposo absoluto. Fue perdiendo la vista —otro síntoma de la enfermedad—. Este fenómeno fue lo más duro para él. Sin andar ni visitar librerías, sin leer ni escribir, se vio reducido a la mera actividad mental y a la conversación. Sin esfuerzo, con el mayor gusto, dediqué mis tardes a distraerle, a sacarle de los vericuetos penosos en que forzosamente había de hundirse su pensamiento. Nuestras charlas se fueron prolongando cada día más en aquella parte de la gran biblioteca donde recibía a sus pocos amigos. Yo no recuerdo más que a los siguientes: Eduardo Villaseñor y Cosío Villegas, que fueron una tarde, Anselmo Mena, que fue un par de veces, y el historiador Valadés, que por entonces buscaba editor para su libro sobre Alemán.

Genaro y Consuelo empezaron a insistirme en que me quedase a «merendar» con ellos. Yo me resistía, y él, hundido en su sillón, inclinado hacia delante para disminuir la disnea, levantaba la cara y decía sonriente: «¿Por qué no? ¿No estamos aquí más a gusto que en Prendes? Aquí tiene usted el libro que acabamos de citar y la vieja estampa de México que le interesa ver. Aquí tiene los grabados de los maestros españoles que le servirán para su conferencia. Yo no me acuesto temprano».

Su mente no se nubló en todo el tiempo. Tampoco su buen humor. Nunca pude darme cuenta de si percibía su gravedad, hasta este punto fue entero y dominador de sí mismo. Sólo en los últimos días le oí un par de frases relacionadas con la muerte, pero de un modo general.

El día 28 de septiembre, a las nueve de la mañana, me llamó Consuelo por teléfono para decirme que Genaro había sufrido una caída, por parálisis, a las siete y media. Salí volando. Cuando llegué, recibí una impresión fatal. La torcedura de la boca le impedía decir con claridad las palabras. Su madre y su esposa estaban reclinadas sobre la cama. Yo me senté en el borde y le estreché la

mano que me tendía. Mis ojos buscaron en su semblante algún movimiento expresivo, pero no vi sino un anticipo de la muerte. Movía los ojos de sus familiares a mí. Pronunció el nombre de España, y después, dejando mi mano, agarró la de su mujer, la puso en mi pecho y dijo: «Moreno, mi mujer, mi madre, mi hija». Fueron las últimas palabras que le oí. Me hicieron una impresión terrible porque quedaron sueltas en el aire, sin apoyo ni explicación. ¿Qué sentido tenían? ¿Acaso ningún otro que nombrar a los que le acompañábamos? No; puesto que citó a su hija, no presente. Además, ¿por qué me puso en el pecho la mano de su mujer? Yo no quería interpretar aquel acto erróneamente, me resistía a creer lo que me parecía evidente, que me encomendaba a las personas queridas.

¡Cuánto pensé y cuánto he pensado sobre esto! ¿Cómo iba a encomendar su familia a un hombre desterrado y sin talento para lo que se llama ganarse la vida? Meses después, supe por Consuelo que él tenía una fe ciega en mi lealtad, puesto que le dijo varias veces: «De Moreno, puedes fiarte».

¿De qué provenía aquella fe? Porque hay que pensar en que nuestro conocimiento verdadero no pasaba más allá de cinco meses. Es cierto que en el último mes y medio no hubo tarde en que no dialogásemos sus buenas cinco o seis horas y que durante ese tiempo yo le conté infinitos detalles de mi vida y de mis ilusiones o desilusiones. Además, aunque no me trató en España como para conocerme a fondo, sabía que el círculo de mis amigos era de cierto nivel moral.

Un cuarto de hora después de aquella frase, entró en coma y ya no se oía de él en toda la casa más que la penosa respiración. Veintitantas horas de obsesionante jadeo, de lucha con la asfixia. Aquella noche me aguardaba todavía otra frase gemela. Yo estaba en el *hall* con otras personas amigas que se disponían a velar. En esto, se me acerca una de las hermanas de Consuelo y me dice que suba, que ésta quería decirme algo. Subí a su recámara, donde la acompañaban su madre y tres hermanas. La madre me dijo: «Acérquese, que le llama, tiene algo que decirle». Me pusieron un banquillo cerca de su cabecera. Me senté sumamente cohibido. Aquella mujercita estaba deshecha, demacrada y casi sin voz. Me cogió las

manos, hizo que me acercara y me dijo llorando acongojadamente: «Prométame, Pepe, que nunca nos abandonará».

Consuelo no se acuerda de esto. Es posible que lo dijese sin darse cuenta, hundida como estaría en la especie de locura que le producía lo terriblemente insólito. Pero sus palabras eran como el eco de las de Genaro. Yo la tranquilicé diciéndole que por qué iba a abandonarla. Que no me separaría de ellas. Que iría todas las tardes, como antes.

Y así fue. Las mañanas las dedicaba a mis trabajos para Bienes Nacionales, y a pintar. Abandoné la tertulia del Café Colón y, después de comer, tomaba el camión de las Lomas. Palomita salía jubilosa a mi encuentro y me conducía donde estaba su madre. La nana de Paloma, Pilar, una española de Colmenar de Oreja, corazonuda, activa y muy dramática en sus modales, esperaba que yo le dijera cada día si la guerra iba a terminar pronto. Consuelo, en fin, me recibía y se preocupaba de que no me faltase tabaco ni una copa de coñac. Nos sentábamos frente a frente. Al principio, tuve que acostumbrarme al cambio de interlocutor y a la densidad del diálogo. Casi no la conocía. Se mostraba silenciosa. Yo tenía que hablar para ir dando con los puntos que podían distraerle o interesarle. Recordando ahora, me quedo sorprendido de mi locuacidad, porque, generalmente, soy de pocas palabras en el trato corriente.

La confianza fue acentuándose día por día. Pronto fui su consejero y le redactaba las cartas importantes. Le gustaba escribir a máquina y, algunas veces, a petición suya, le dicté los artículos para los periódicos. Andando el tiempo le dicté hasta poemas, que yo iba improvisando. Experiencia que jamás se me había ocurrido hacer.

Insensiblemente fui llegando a vivir más allí que en parte alguna. Trasladé mi caballete y mis pinturas y comencé a hacerle un retrato. La tremenda crisis la había dejado casi esquelética, pero esto mismo ayudó a que me saliera una obra más espiritual.

De cuando en cuando llegaban algunas amigas a verla, pero por lo general estábamos solos, o con la niña, a quien yo le contaba cuentos.

Y un buen día, todo confuso y medroso, le hice la pregunta que viene rodando desde el comienzo del mundo: «¿Me quieres un poquito?».

Desde aquel día cambió mucho nuestro estado de ánimo. Yo me sentí rejuvenecido, lleno de alegría. Me asaltaban bastantes problemas, entre ellos dos principalmente: el de mi edad y el de la memoria de Genaro. Pero el entusiasmo podía con ellos. Hay dos modos de honrar la memoria de un difunto, uno pasivo y otro activo: mantenerse en quietud, recordando sus hechos o sus virtudes, como cosas que terminaron radicalmente y no admiten prolongación, o bien, unir las facultades de uno a las del fenecido y tratar de prolongar la obra que dejó inacabada. Respecto a mi edad, no era mayor que la de Genaro sino en cuatro meses, y yo me sentía sano.

Dice Ortega en no sé dónde que los poetas se creen siempre jóvenes. Gran verdad por lo que a mí respecta. También recuerdo una buena frase de don Manuel Bartolomé Cossío en vísperas de su muerte: «Todos creemos que los que han de morir son los otros, no uno».

Pero en mi memoria aleteaba una confesión del propio Genaro: «Algunos vieron mal que me hubiese casado con una muchacha muy joven, pero ¿es mejor casarse con una vieja?».

Yo también confieso que me hubiera sido imposible unirme a una mujer que no me gustase físicamente. Me horripila la vejez. En cambio, la juventud, la piel tirante, la boca fresca, me levantan el alma.

Aguantamos lo que pudimos, y un día de sol del mes de enero, uno de esos días jubilosos del invierno mexicano, después de larga discusión, decidimos casarnos. Se acabó la soledad del poeta. Se cumplió lo que me decía la esposa de Fernando de los Ríos, allá en Washington: «Usted ha nacido para casarse. Usted hará un buen padre de familia».

Había nacido para casarme, pero no en un lugar cualquiera, ni siquiera en mi patria, sino en México, lugar a donde me trajeron las olas en un momento inesperado.

Y nací para dejar sobre esta bendita tierra el fruto de la semilla.

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.
Confusa marejada, con un sentido arcano,
impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.

Nos trajeron las ondas que viven en misterio.
Las fuerzas ondulantes que animan el destino.
Los poderes ocultos en el manto celeste.

Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.

El corazón estaba aferrado a lo suyo,
alimentándose de sus memorias dormidas,
emborrachándose de sus eternos latidos.

Era dulce vivir en lo amoldado y cierto,
con su vino seguro y su manjar caliente,
con su sábana fresca y su baño templado.

El libro iba saliendo, el cuadro iba pintándose,
el intercambio entre nosotros y el ambiente
verificábase como función del organismo.

Era normal la vida: el panadero, al horno,
el guardián, en su puesto; en su hato, el pastor,
en su barca el marino, y el pintor en su estudio.

¿Por qué fue roto aquello? ¿Quién hizo capitán
al mozo tabernero y juez al hortelano?
¿Quién hizo embajador al pobre analfabeto
y conductor de almas a quien no se conduce?

Fue la borrasca humana, sin duda, pero tú,
que buscas lo más hondo, sabes que por debajo
mandaban esas fuerzas, ondulantes y oscuras,
que te piden un hijo donde no lo soñabas,
que es pedirte los huesos para futuros hombres.

En México hubo que recomenzar la vida, cosa dura si ya no se tiene la ilusión y la flexibilidad de la juventud. Y recomenzarla sobre los mismos instrumentos de siempre: la pluma, los estudios de arte y acaso la pintura.

El desastre de España me impuso la convicción de que mi vida allá se había terminado y de que era preciso poner a prueba mis facultades de todo orden a la presión más alta. Y, en efecto, en los siete años últimos, he hecho más cosas que nunca. Llevo escritos siete libros, entre grandes y pequeños: *Locos, enanos, negros y niños palaciegos en la corte de los Austrias*, *Cornucopia de México*, *Doce manos mexicanas*, *La escultura colonial mexicana*, *Puerta severa*, *La noche del verbo*, *Temas de arte* (inédito aún) y esta autobiografía.

He dado seis o siete conferencias. He viajado por el país, por los museos, iglesias, archivos fotográficos, colecciones particulares y tiendas de antigüedades para recoger datos. He hecho veinticuatro retratos al óleo y varias docenas de cuadros imaginativos, que fueron expuestos sucesivamente en las Galerías de Arte Mexicano y de la Universidad.

Y todo esto en las peores condiciones físicas, porque la altura de la ciudad, unida a los sufrimientos morales, traían desquiciados mis nervios. Sentía mareos, inseguridad de piernas, opresión en la caja torácica y una injustificada premura como si el tren se fuese a escapar. Nadie sabe lo que tuve que dominarme para trabajar. Las pruebas de adaptación fueron dobles: al ambiente social y matrimonial y al ambiente físico. Los estados de depresión que atravesé desde el año 39 han sido numerosos y grandes, aunque he tratado de disimularlos. Pasé por varios médicos, para ver si radicaba en el hígado, en los nervios o en el pecho el origen de mis dolencias. Me hice radiografías, me dejé sacar las muelas, me analizaron sangre, orina, esputos, y me inyectaron mil veces calcio, estricnina, vitaminas y otros productos. Lo único positivo que hallaron los médicos fue que el hígado estaba algo crecido (cosa que no me extraña, con los años que tiene) y que la bronquitis del fumador se había convertido en aguda a principios del año 43. Éste ha sido mi peor año. Y lo salvé trasladándome a Mocambo, en Veracruz.

Los veinte días tranquilos en aquel lugar, en pleno mes de agosto, sudando (cosa que había olvidado), bañándome y comiendo bien, me sirvieron de mucho.

No cabe duda de que hay que sudar y que comer para vivir. ¡Y tanto! Tal vez sea el mayor pecado del escritor el no sudar materialmente al escribir. Si sudase uno, mirarían los demás su trabajo como verdadero trabajo. Pero nuestro empeño mayor es que la obra no acuse la fatiga pasada al hacerlo, que parezca salida como Jesús, sin dolor. Y, así, todo el mundo cree que el escribir es un juego.

El escritor no suda sudor, pero suda otras cosas que un médico pueda señalar con sus nombres. El trabajador del espíritu segrega otros jugos. Jugos que le adelgazan y extenuan. Hay algunos trabajadores de esta clase verdaderamente privilegiados, que desafían todas las secreciones y siguen tan orondos; es lo que a veces me hace sospechar de Goethe. Pero es que estas naturalezas extraordinarias tuvieron, además, compensaciones fuertes, vigorizadoras. Con grandes estímulos se compensan los trabajos.

¿Siente uno estímulos en esta nueva vida? Si no hubiese sido por Genaro Estrada y luego por Villaseñor, Montes de Oca, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, a esta hora no sé dónde estaría. Debo mi existencia a la creación de la Casa de España y luego al Colegio de México, fundaciones pensadas, ayudadas y dirigidas por estos hombres de tipo internacional. Y mi gratitud no es muda. Creo haber correspondido a la confianza que ellos pusieron en mí, con los trabajos hechos.

Pero yo no soy esencialmente un científico, sé desenvolverme en el campo de la investigación histórico-artística porque, como dije en otras páginas, pertenecí al Centro de Estudios Históricos, en Madrid, y porque mi carrera de archivero, bibliotecario y arqueólogo me mantuvo en contacto con los documentos y las obras de arte toda la vida; pero mi pasión no se satisface con la actividad científica. Busca otras salidas, la poesía y la pintura. Considero a la ciencia como una muleta, mientras la poesía y la pintura son alas.

¿Es que las alas necesitan estímulo para volar? Claro que sí. Aire en que apoyarse, por lo menos.

Pero no hay que ser quejumbroso ni descontentadizo. En los tiempos actuales, tener un hogar, comida y trabajo, sin oír bombas ni sufrir destrozos, es una bendición. Además,

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.

y según el mismo poema dice,

Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.

Sí, hay una llamada exterior, una fuerza trágica, que manda al hombre salirse de su camino individual o solitario, habitual y egoísta, una fuerza que le dice: «No has dado todo lo que puedes dar de ti».

Esa fuerza se valió de la catástrofe española y Genaro Estrada para arrancarme de mi tierra y hacerme que sembrara mi semilla en las alturas de México.

Ahora veo con absoluta claridad que la ubicación de mi cuarto infantil apuntada en el primer capítulo de este libro, fue un presagio.

XXI

ATERRIZAJE Y DESPEGUE

Un constante aterrizar y despegar es la acción del poeta en la vida. Le es tan necesaria la tierra como el cielo. Sin el apoyo duro, no puede dar el salto. Pero su tragedia es que ni la tierra ni el cielo le satisfacen. La vida en la tierra es demasiado complicada y violenta; la vida en el cielo demasiado simple o llena de nubes. Por esto su acción es de fuga constante. He pretendido aquí detener y presentar dicha acción. Acaso no he subrayado debidamente la angustia permanente que sofoca al hombre de este género. Pero esa nota constante quedó adherida a sus poemas.

Y ahora, hijo mío, semilla hispana convertida en fruto al caer en tierra mexicana, quiero dedicarte especialmente lo que sigue, aunque todo el libro está redactado para ti. El último mandato que me impuso la vida, misteriosa siempre, fuiste tú. ¿Por qué tan tarde?

Naces de padre maduro, casi viejo, pero me reconforta pensar que naces de madre joven, dinámica e inteligente. Ella te puede ayudar más que yo el día de mañana.

Nací al nivel del mar, pasé lo central de mi vida en la estepa castellana, a seiscientos metros de altura; mi última etapa transcurre en esta elevadísima ciudad donde tú has nacido, a más de dos mil metros. ¿Significa algo la curva ascendente de mis sucesivas residencias, Málaga, Madrid, México?

Y, ¿qué significa esta insistencia de la inicial M? Málaga es un eco mediterráneo de la Malaca indochina. ¿Quién la bautizó? ¿Un grupo de malayos trashumantes? Ya que todo lo anterior de mi libro se basa en hechos concretos y vividos, en este capítulo final no he de oponerme a lo puramente intuitivo. En mi ciudad de origen quiero ver hoy el paso de un grupo malayo porque aquí, en México, se encuentran también vestigios de tales gentes malayo-polinésicas. Así me recreo en la redondez del mundo y en su pequeñez.

Entre Málaga y México, tengo a Madrid, que como Madrigal fue sitio de madrigueras. Y de esto concluyo que Madrid era para enquistarse y Málaga y México para fugarse. ¿Por qué? Porque Málaga, a la orilla del mar, es como rampa que invita al deslizamiento,

al alejamiento; y México, ubicado entre altos volcanes, es como remate de columna de donde arranca el arco del cielo.

Tú, mi hijo, has nacido en este capitel volcánico. La cigüeña lo quiso así. Nada te impedirá volar un día, siguiendo la pauta del arco, y aterrizar o amerizar en Málaga, donde tienes primos hermanos con tus mismos ojos. Yo los dejé muy chiquitos, en una edad que no tiene instrumentos para retener imágenes. Por esto te preguntarán: «¿Cómo era tu padre?». Y tú les contestarás poniendo en sus manos este libro: «Así era».

¿Cuál será tu destino, hijo? Si la inicial de mi primer apellido, Moreno, me marcó para vivir las tres ciudades antedichas, acaso mande en tu trayectoria la N del apellido materno, Nieto. Y vayas a parar a Nueva York, o a Niza o a Núremberg. La tierra será cada día más enjuta. De Niza a Nezquipaya volarás en una noche.

Tu destino empezó a preocuparme antes de que mis ojos te vieran, aunque ya mis manos sentían el latido de tu corazón. Entonces escribí lo que sigue:

La luna reina como pocas noches.
Camináis lentamente.
Llevas a tu mujer como si fuera
un ánfora sutil que el tacto rompe.
—¿Cómo será...? ¿Será niño el hijo?
Sus ojos, ¿serán graves y expresivos?
¿Lo quieres ya sin verle?
—lo quiero ya porque eres tú conmigo;
porque no puede oler sino a nosotros;
por ser carne de entrambos—.
En idilio paterno
camináis bajo el sueño de la luna
con otro amor que la pareja novia,
con un amor que pesa en las entrañas,
no aquel que vuela sin dejar prenderse.
Ya no es anhelo Amor, es fruta hecha.
Y os queréis como quiere
el escultor sus manos.

Hay gratitud en este nuevo amor.
Gracias a Dios —decís, pero pensáis
gracias a ti, además.
Y luego, con inmensa y muda voz:
Gracias a todo, a todo,
a la luz, al momento, a los jardines,
al cielo, a los volcanes, a los ríos,
al aire que mecía tus cabellos
y a la estrella que vimos en el aire.
Luego, tú, el padre,
en un silencio breve pero lleno,
dijiste para ti:
Vine del viejo mar, soy como un mito;
acaricié la vida
como un alma pagana,
pero viví también la oscura selva
que tortura a las almas religiosas;
y, al fin, cuando mi Edad
es luna, tiempo y muerte,
hago esta flor sencilla
en un vaso muy joven. Soy un loco.
—Nuestro hijito, ¿será poeta, «mami»?

Yo quisiera que fueses poeta y que no lo fueses. Ya ves si soy mal pedagogo. No sé qué aconsejarte. Creo en el destino, en la estrella, más que en la razón. Creo en el impulso ciego, en la corazónada, en el destello que por un instante ilumina nuestro interior oscuro. Por eso escribí también en aquel librito titulado *Puerta severa* —hecho pensando en ti— lo que sigue:

Delante de la estrella está la luna,
hijo, no te confundas.
Primero está la Edad, en giro muerto;
después, la estrella, en lo lejano eterno.
Tu estrellita es tu sino
al nacer, hijo mío;

pero es también tu sino
al morir y perderte en lo infinito.
Al nacer tienes cosas a tu mano:
el gato, la lechuza y el caballo,
el ciprés, la tortuga y la escalera,
la fuente, la paloma y una estrella.
¡La tuya, entre millones!
Las otras han de ser para otros hombres.
Y el secreto en la vida
es dar con esa estrella que te envía,
es dar con esa isla
que en el mar de los cielos te vigila.
Es trabajoso averiguar cuál es,
pero escúchate, hijo, y óyete.
Tu estrella, está contigo.
Que llamamos el cielo, lo infinito.
Contigo y en el fondo del abismo.

Habrás advertido que en estos dos poemas escribo con mayúscula la palabra Edad y que vale tanto como Luna. Es que en ese librito hay una poesía, la primera, que se titula «Edad», en la cual, acongojado por haberte traído al mundo en el declive de mi vida, considero mi edad como si fuese la luna. Dice así:

I

La edad, como la luna,
silentemente se me va perdiendo.
Se va a perder por no sé qué praderas
o montañas del firmamento.

La Edad, eso tan vago
y a la vez tan concreto;
esa luna lunática
de ilusiones y sueños,
fabricada con años
que vivo solo ahora, al cabo de ellos.

Mis años son edad,
esa luna que pierdo,
que se me va por las oscuras lomas
hacia praderas que me dictan miedo.

Antes, no la veía;
estaba muy adentro;
era cosa menuda;
pero creció y abandonó mi cuerpo.
Desde ahora la miro
como miro en el cielo
esa luna en declive
color de blanco y amarillo espectro.
La edad llega a ser algo
completamente externo.
La mía no concuerda
de todo a todo con mis sentimientos.

2

La Edad me impone ahora cierto ritmo.
La noche empieza larga y más profunda.
La luna congelada,
esa Edad hecha piedra,
piedra suelta en el aire,
felinamente gira en torno mío.
Gira la Edad, la luna,
y mi sombra es la sombra mareada
de una luna sin cielo
que busca la verdad de un muro blanco
donde afirmar su leve silueta.

3

Mareada mi sombra,
pisa y pasa por fríos estelares
mirando aquella luna, aquella Edad
que fue saliendo de ella
como la espuma de la mar inquieta.

4

Ya la luna traspone
 y Dios me va a encontrar hecho una sombra,
 sin nada valedero.
 Ya la Edad se encarama
 y me voy sin sembrar nada que sirva;
 que sirva para bien, para alegría,
 para conocimiento de mi gente.
 Años, montón de años, gran Edad,
 toda una luna de años he vivido,
 y no supe, no quise,
 o no pude acabar nada perfecto.

5

Ya no es hora. Los gajos de mi vida
 se han congelado en esa luna calva
 que sólo Dios podrá recalentar
 si mete su perdón en mi pasado,
 si mete su perdón en esta Edad
 que, destacada de mi cuerpo, cae,
 cumbres abajo, como luna monda.

6

Esa luna inquietante,
 la Edad, que se destaca silenciosa,
 me mira como un ojo
 de la noche sin fin. Y yo no acierto
 a leer lo que quiere,
 porque el lenguaje de verdad es algo
 no aprendido por nadie todavía.

7

Ese idioma lunar, lengua de siglos,
 lo siento como un baño,
 como un baño de Edad,
 como una deslizante ducha helada,
 como polvo de luna.

8

En el abismo blanco
 de un lenguaje cifrado por los dioses,
 no valen el oído ni los ojos.
 Por eso me concentro más y más
 en aquel otro abismo
 de lo ya transitado y no entendido,
 de lo que ya quemé de mi substancia,
 de todos los afectos y apetitos.

9

Con esto, loco, huyo de la luna,
 de la edad material, definitiva;
 me engaño, me distraigo, me enajeno;
 me fugo a otro planeta, voy contigo,
 con los pocos que viven estas cosas,
 con los que merodean por los astros
 y beben luz de magia cada día.

10

¿Adónde vas, Edad? ¿Adónde, luna,
 sin pies y sin caminos en el cielo?
 ¿A rodar, a dar vueltas
 en el ámbito sordo,
 en la noche sin cabo
 donde esperan los mundos su agonía?

¡Qué delicia pisar la tierra firme!
 Solamente la Edad cuajada en luna
 comprende la verdad de los caminos
 y de la humilde planta de los pies.
 Cuando ya no le quedan
 ni los pies ni el camino;
 cuando ya no le quedan
 ni manos ni frutales.

Esta verdad, angustia y agonía,
 desesperada pesadilla parda,

es superior al hombre;
por esto lo hace piedra, seca luna.

De vez en cuando, un párvulo optimismo
le dice: ¡Siéntate! ¡Pon en la tierra
tu corazón, y riégalo!
¡Enmaceta raíces o memorias!
Sólo en la tierra pueden prolongarse
las cosas que nacieron en la tierra.
Mas responde: Soy viejo y nunca he visto
corazón enterrado que florezca.
La tierra no devuelve corazones;
se traga los que nacen.
Y, al cabo de los siglos,
tu corazón de polvo lo alzó el viento.
¿Qué niño tendrá hoy
polvo del corazón de San Francisco,
de Miguel de Cervantes o de César
entre sus dulces labios?

Hubiste de venir al mundo para que mi edad se me presentase de este modo, tan serio. Es más, desde que tú naciste, mis escritos tienen una preocupación más humana y más grave. Tú has centrado mi atención y mi capacidad de cariño de un modo que no sospechaba. Mira este último poema:

LA NOCHE DEL VERBO

¡Qué lejos está todo lo más íntimo!
El Yo también está como los mundos
cercado de infinito.
Una burbuja de suspiro emplea
días y años en salir a flote;
la pudorosa angustia se ilumina
después de navegar lustros de sombra.

¡En qué infinita lejanía yaces
breve sustancia, pequenín resorte

y diminuto fuego primordial!
Sé que eres mío por los accidentes,
pero jamás encuentro tu semblante,
jamás te veo cara a cara, Yo.
Me mandas un suspiro tembloroso,
un resplandor sulfúrico de ira,
una satisfacción de paz fraterna
y te quedas allá donde no llego,
en un recato lóbrego divino.

Ventana al interior. Entre fulgores
he removido mucho, pero nunca
me atreví con el fondo de mi fondo.
Me da miedo llegar.
Me dan miedo las últimas respuestas.
Yo pregunto y me escapo.
Pregunto y doy el brinco a la ventana.
La respuesta es un lirio, una toronja,
un mirlo, un potro, un toro,
un monte, un mar, un cielo...
Todos ellos responden, se presentan:
Aquí estamos. ¡Deléitate!
Nuestro mundo es un acto de presencia.
—Vuestro mundo bonito,
es terrible por dentro, como el mío.
Sois respuestas ¿a qué?
¿A qué «responde» aquella linda estrella?
Y ¿a qué responde el seno interminable
donde giran los mundos;
ese espacio sin fin, inconcebible,
como el estar y el ya no estar del hombre?
No respondes —¡Oh mundo de presencias!—.
No respondes. Y yo,
que soy una pregunta, si soy algo,
cierro al fin la ventana que te mira
y miro desde fuera
este mundo de adentro, sin colores,

sin cuerpos,
donde vive una luz de maravilla
una cosa que llaman luz, de apodo,
y que no es cosa, ni sustancia alguna,
sino función del alma misteriosa.

Ya no veo la estrella, la recuerdo.
Ya no veo la flor, pero la uso.
Ya el toro bravo no cornea nada
porque este redondel no admite cuerpos.
Aquí lidia el amor con la ignorancia.
Es el amor a todo
quien pone en movimiento este teatro
sin actores, ni luces,
donde naufraga el hombre
o se salva reuniendo,
con la gracia divina, mudos símbolos.
Es teatro del verbo y nada más.
Del verbo descarnado.
Y, cuando la palabra es bien certera,
nos sirve más que el sol para la vista.

Negra ventana mía,
para mirar palabras sin sonido;
palabras que desfilan o pelean
en la cerrada noche.
Negra ventana mía,
déjame ver esta palabra: Dios.
Ya está en la noche sola, destacada.
Es verbo, voz del hombre, forma suya.
Negra ventana mía,
déjame ver esta palabra: Hombre.
Ya está en la noche como perla verde.
Es verbo, voz humana, forma eterna.
Dios y Hombre en la noche son palabras
de idéntico valor, sin finitud.
Para encarnarse, el Verbo

tuvo que hacerse hombre;
y, una vez encarnado,
señaló a Dios en sí
con la palabra mágica.
En la noche cerrada
revivo su tragedia:
El hombre ha de morir en el verbo, su obra.

Negra ventana mía,
déjame ver esta palabra: Niño.
Ya está en la noche como estrella rosa.
Es el Hijo del Hombre y es el Verbo.
Es el centro del mundo.
Se destaca en mi noche
cercado de palabras diamantinas:
«pastores», «reyes», «ángeles».
Las manos más dispares
lo reconocen como ser supremo.
Leves manos angélicas,
severas manos reales,
terrosas manos del pastor,
que venís vagorosas desde el cielo,
calmosas desde el trono,
humildes desde el monte abrupto y manso,
vedlo en la noche de las grandes palabras.
Es la mayor de todas.
El niño será Dios eternamente.
Nadie alegra la Vida sino Él.
Estrella rosa de la noche: Niño.
Milagro en el milagro de la vida.
¿Cómo no te adoraron
los hombres anteriores a Jesús?

Déjame noche negra esta palabra
delante de los ojos clausurados.
Quiero verla con otras que nutrieron
el corazón del hombre primitivo:

chacal, toro, coyote,
cerdo, serpiente y monstruo,
liliputienses fálicos,
y ranas achatadas.
¿Qué viraje sufrió la humanidad
para ver en el niño
el centro de la vida?
Del terror al amor: así fue el cambio.
Déjame noche negra y pensadora
derramar mi alegría como llanto
delante de este amor que es lo indefenso,
lo puro y lo vivaz, lo que en su día
vuelve a crear el Verbo.

Esta noche interior en pleno día
es borrasca, indomable y amarga.
Yo pensaba en el Niño por mi hijo;
paternidad nos lleva a cristiandad.
Pero aquélla, la noche de los verbos,
el escenario sin control posible,
se inundó de palabras
que yo no conjuré:
«Claudicante», «Medroso»,
«Simulador», «Veleta»,
describían parábolas
en un fondo morado
vertiginosamente.
Y a la par, con un halo
amarillo verdoso,
«Humanidad», «Justicia»,
«Reparto», «Burguesía»,
«Yugo», «Martillo» y «Hoz»,
«Cruz gamada» y «Victoria»,
«Mercaderes de armas»,
«Tiranos», «Criminales»,
«Espías», «Delatores».
Y más allá, en tercera

dimensión opalina:

«Muerte», «Paz», «Armonía»,
«Conjunto familiar», «Isla de calma».

En este torbellino de vocablos,

caleidoscopio significativo,

acciones y omisiones

aparecían como helados fuegos.

«Leal», «Enterro», «Firme»,

«Constante», fueron nuevas

palabras parabólicas.

«Fe», «Nuevo Mundo», «Libertad»,

«Desesperanza», «Viejo Mundo», «Esclavos».

La angustia, la terrible angustia onírica

de no ver fin al vértigo,

convertía en sudor la sangre helada.

De repente, un espejo que se quiebra

y en el fondo, sobre nimbo naranja,

en caracteres blancos,

esta palabra: «Niño».

Era el hijo de nuevo.

Era volver al centro.

Era entrar en lo único.

Me fui con esta voz por los senderos

y la grité debajo de los árboles.

La grité al parpadeo de la aurora.

La dejé resbalar por la marina.

«El yo también está como los mundos / cercado de infinito». Sí. Por ello he buscado siempre el cuarto, la habitación propicia donde pueda revelarse, donde puedan verse los arranques y las direcciones que toman sus rayos. Toda nuestra labor exterior depende del cuarto, se fragua en él. Y toda obra exterior tiene en él repercusión.

Un cuarto, hijo mío, y en él un mundo; para mí, tres: el de la historia, el de la pintura y el de la poesía. Creen algunos que la historia del arte no es digna de figurar junto a la gran actividad creadora de la poesía o de la pintura. Tal vez lleven razón; pero yo te digo que en cada pintor pasado se pueden sentir hoy los latidos de su yo. Frente

a un cuadro de Vermeer de Delft puede uno sentir la intimidad de un hogar holandés de lenta luz suave, donde una mujercita hacendosa y limpia lee o escribe una carta. La carta que viene del mundo al cuarto o que sale de éste para aquél. Este pintor nos entrega su vida apacible, íntima y sonriente. En cambio, Velázquez vive severamente, dentro de una luz encerrada, de una luz cenital o de montante tan alto que no deja ver el horizonte. El mundo que nos brinda es angustioso, de reyes exangües, locos y enanos. Mundo de cortinas pesadas, tapices amortiguadores, sillas de vaqueta, consolas y espejos fríos, relojes encerrados en fanales de cristal, que el relojero de Palacio, el médico del tiempo, observa y sostiene en marcha día por día. Si te alejas de este pintor y te colocas frente a Patinir, te lanzas a un mundo panorámico, pintado en perspectiva caballera, o sea desde arriba; porque le gustaba recrearse o vivir el encanto y el misterio de las peñas, arroyos, lagos, caminos sinuosos y nubes errabundas. Él fue uno de los primeros que pusieron nubes tormentosas en el azul purísimo de los cielos antiguos. En él dejó de ser el cielo lo que fue para los pintores medievales: concepto de pureza inmaculada. La vida de Rubens, a su vez, la que dejó en sus cuadros, te lanza al dominio de la sensualidad dinámica, de los desnudos femeninos nacarados y opulentos que se agitan o se recuestan entre columnas salomónicas —que son resonancias formales de ellos— y entreuntuosas telas y frutos carnosos, que son también sus rimas obligadas.

Las mejores biografías de los artistas son sus obras. En ellas están fijadas sus vidas, sin comentarios ni errores. Si Miguel Ángel hubiera querido escribir la suya, no se hubiera retratado con la firmeza y la profundidad que en sus esculturas y pinturas. Aunque sus poesías nos revelan el estado angustioso de su alma, jamás llegan a plasmar el poder titánico que en sus atormentados superhombres. Y Miguel Ángel fue eso, un poder titánico en un cuerpo desmedrado, una tormenta fabulosa en un cuerpo mezquino, un mundo inmenso metido en un cuarto.

Yo no sé, hijo mío, si en estas páginas he logrado dejarte una imagen clara del movimiento de mi cuarto y el movimiento de mi mundo. Mi vida fue la de un retraído; y en las paredes de mi cuarto —que son ahora mis libros— verás los rastros de mis situaciones felices o angustiosas.

Textos
complementarios a
Vida en claro
1906-1948



Miguel de Unamuno.
Pablo Casals.

Dos hombres, dos místicos, dos poetas, sugestivos e íntimos, llegaron a la ciudad e hicieron vibrar los sentimientos de sus habitantes con vibraciones hondas, fuertes, profundas.

Recordad a Casals. Bajito, calvo. Recordadlo sentado con el violoncello entre las rodillas y los ojos siempre bajos. No los abrió nunca mientras tocó en público. Quería transmitirnos por medio de la cuerda todas sus agitaciones, dudas, penas, alegrías, todo lo más íntimo suyo, su alma.

Por esto Casals nos subyuga, por esto nos sugiere o sugestiona, porque se nos entrega tal como es.

Recordad ahora a Unamuno.

Frío al parecer, insinuante, sugestivo también, atrae, pero no como el otro.

Unamuno atrae pero es para absorbernos. Casals se nos entrega, lo absorbemos nosotros.

Casals nos impresiona agradable e interesantemente. Pasa y deja una estela suave, armónica, que se va desvaneciendo, como las notas de algunas de esas composiciones que ejecuta.

Don Miguel, en cambio, con un aspecto frío, va deslizándose palabras y frases, oraciones y ejemplos y cada una de ellas es el golpe seco del martillo.

Espolea el espíritu, lo maltrata, lo vuelve a la vida (que antes dormía) y nos deja. Es su labor, dejar en tensión la cuerda que ha empezado a vibrar.

¿Seguirán sonando en nuestro interior sus admirables notas o se perderán?

²³ Publicado en *La Unión Mercantil*, Málaga, 9 de septiembre de 1906, y firmado, con seudónimo, «Rapagón» (mozo joven a quien todavía no ha salido la barba, y parece que está como rapado). Este artículo y los dos dibujos que se reproducen son las primeras referencias, escritas y dibujadas, que se tienen de su autor; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, edición de Carolina Galán Caballero, Málaga, Centro Cultural Generación del 27, 1999, pág. 650.

EL ESTUDIO DE LA QUÍMICA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS²⁴

La universidad alemana da más libertad quizás que ninguna otra al estudiante. No le impone textos, ni época de exámenes (no existiendo más examen para los químicos que el final, para recibir el título de doctor). El alumno escoge las *Vorlesungen* (lecciones) que cree más convenientes; en estas *Vorlesungen* (que equivalen a nuestras clases), no es preguntado el estudiante y goza de libertad para asistir a ellas cuando desee. En estas *Vorlesungen* nadie es preguntado, como he dicho, nadie interrumpe la palabra del profesor que aclara, experimenta y explica durante los tres cuartos de hora. Aunque el tiempo oficial de una *Vorlesung* es de una hora, la etiqueta universitaria hace que el profesor aguarde al alumno y no comience su conferencia hasta pasado el primer cuarto de hora.

En una de las primeras *Vorlesungen* de cada semestre, el profesor muestra a los alumnos un gran número de volúmenes recomendables para continuar estudiando privadamente los problemas que el profesor explica públicamente. Les habla de cada uno de los libros, anota las buenas cualidades y las faltas; pero no impone ninguno. El químico tiene que saber química, y no un determinado libro que hable con mayor o menor lucidez de esta parte de la ciencia. «Los libros —dicen los profesores— no sirven para leerlos como una novela; su empleo debe ser como el del diccionario, para buscar lo no comprendido en la *Vorlesung*, para aclarar una duda».

Digamos ahora algo sobre el laboratorio. El joven que entre en uno de ellos para comenzar sus estudios prácticos, será enseguida impuesto por uno de los *asistentes* (ayudantes) en la clase de trabajos con los que debe empezar. Estos asistentes, así como los *Privatdozenten*, son doctores en Química y no se separan del practicante. Ellos le aclaran las dudas, trabajan con ellos, les corrigen. Los *Privatdozenten* tienen derecho a sostener *Vorlesungen* y opción a entrar más tarde en el profesorado. El principiante comienza por hacer

²⁴ Publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1.ª época, año XXXI, núm. 570, Madrid, 30 de septiembre de 1907; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 918-920.

análisis cualitativos y preparar sustancias inorgánicas. En estos análisis les ayuda el asistente. El número de análisis cualitativos que precisa hacer un practicante varía según la universidad; así, por ejemplo, en Berlín necesitan setenta; en Heidelberg, cuarenta y cinco, en Friburgo de Brisgovia, treinta. Creo que para un joven que piensa más tarde dedicarse a Química Orgánica es abusivo exigirle setenta análisis cualitativos y otro tanto de preparados inorgánicos; y, en general, con treinta o cuarenta análisis adquiere suficiente conocimiento práctico el alumno. Al mismo tiempo que éste analiza, va estudiando, en su libro-guía sobre los trabajos prácticos, el porqué y cómo de cada una de las operaciones que ejecuta; así las leyes, las fórmulas, las hipótesis, se van engranando y fijándose mejor que por el endiablado método de esos libros que comienzan «¿Qué es Química?, su objeto», etc., y continúan con la exposición de cierto número de leyes, todas en muy bonito orden, pero que el alumno además de costarle un trabajo ímprobo fijarlas en la memoria, rara vez llega a comprender. Nuestros libros y nuestras clases están apestados por el método Ripalda, de preguntas y respuestas.

Cuando el practicante termina con sus análisis cualitativos, pasa a los cuantitativos, bajo la dirección de otro asistente dedicado a esta clase de análisis. En unas universidades dan comienzo estos trabajos con análisis gravimétricos, a los que siguen los volumétricos; pero lo más general es principiar por estos últimos, pues así el alumno, al llegar a los gravimétricos, sabe trabajar con limpieza y, sobre todo, sabe pensar bien, que es uno de los puntos capitales. El número de análisis varía, siendo el término medio de unos cincuenta, entre los de volumen y los de peso.

Acaba el practicante sus trabajos inorgánicos, y pasa a los análisis orgánicos (siempre bajo la dirección de asistentes especiales), al cabo de los cuales da comienzo a su trabajo de doctor. Sobre estos trabajos doctorales pienso dar otro día notas más amplias, por concedérseles utilidad inmensa.

En estas investigaciones, trabaja el *Privatdozent* con el alumno, interesados ambos por el resultado ignoto, el cual, en la mayoría de las veces, tiene más interés científico que técnico o lucrativo.





José Moreno Villa en Friburgo, 1905.

En los laboratorios reina gran armonía entre los practicantes, ayudándose los unos a los otros. La seriedad del estudiante ya antiguo y la finura de los asistentes para con el joven practicante sirven de estímulo a éste, que, aun siendo alegre y bullidor fuera del instituto, se conduce en el laboratorio con seriedad y trabaja, el tiempo que está en él, sin interrupción. El estudiante joven, el que lleva cursado un semestre o dos, a lo sumo, se considera satisfecho con su trabajo práctico, principiando solamente más tarde a sentir la necesidad de una tendencia u orientación un poco más elevada. Entonces, cuando lleva cursados cuatro o cinco semestres, es cuando aparece, por lo general, el libro de Ostwald²⁵ en los pupitres y mesas de trabajo del estudiante.

Yo llevo cursados algunos semestres en la Universidad de Friburgo de Brisgovia. La afluencia de estudiantes a este laboratorio es tal, especialmente de extranjeros, que el director se ha visto preciso a elevar la cuota al que no es del país, pues los indígenas se quejaban de no encontrar plaza para ellos.

El director del instituto, Ludwig Gattermann, es de un prestigio más reconocido aún en Inglaterra y los Estados Unidos de América que en la misma Alemania, teniendo ya en ésta lugar preferente, sobre todo por sus trabajos sobre Química Orgánica. Los ingleses citan como uno de los mejores libros de Química Orgánica Práctica el de Gattermann, *Die Praxis des organischen Chemikers*.

Tenemos en la universidad un grupo de profesores de los de mayor empuje, contándose entre ellos el célebre zoólogo Weismann. Al estudiante químico, se le exige, además, el conocimiento de dos asignaturas complementarias, siéndole obligatoria la Física y elegible la otra entre Matemáticas, Geología, Mineralogía, Botánica, Zoología, etc.

²⁵ Moreno Villa se refiere a alguna de las obras fundamentales de Wilhelm Ostwald: *Lehrbuch der allgemeinen Chemie* (1885-1888), *Electroquímica, su historia y doctrina* (1894-1895), *Los fundamentos científicos de la química analítica* (1894) o *Líneas fundamentales de la química inorgánica* (1900).

(CÓMO FUE)
EL CAMINO CON LAS MUSAS²⁶

Tan importante como lo que uno hace por ir avanzando en la vida es lo que hacen las cinco o seis personas que el destino pone a nuestra vera como ángeles tutelares. Yo he tenido una media docena. Hay que rendir justicia y gratitud a los que nos ayudaron en la vida.

De estas personas, hay unas que son impulsoras. Tales fueron mis padres y un viejo amigo, pariente de parientes, Ricardo de Orueta. Mi padre, quizás contra su íntima voluntad, me lanzó camino de Alemania. Contra su íntima voluntad, porque cada vez que se separaba de mí se le humedecían los ojos y pronunciaba un «quizás no me veas más». Orueta, años más tarde, me impulsó a dejar Málaga por Madrid.

Yo digo que mi camino empieza en esta segunda salida de Málaga, a mis veintitrés años. Porque los años de Alemania, más que jornada recta fueron años de revoloteo indeciso y de ojeo sin verdadera visión de la realidad. Aunque allí fue donde conocí el valor insondable, la capacidad e interés del mundo poético.

Es muy posible que yo no haya tenido tampoco más tarde verdadera visión del camino. La meta me ha importado poco o yo no tuve jamás propósito de eso que se llama llegar a algo. Pero es evidente que, a partir de mi segunda salida del pueblo natal, busco los medios de sostenerme en la vida por mi propio esfuerzo, sin auxilios económicos familiares y que esto encarrila mucho mis impulsos vagos.

La cosa no fue nada fácil. Casi toda la angustia juvenil que reflejé por aquellos años en mis libros de versos, nació de la lucha sostenida por mi espíritu propenso a la contemplación contra la realidad económica que exigía disciplina, constancia y atención a lo que pide el mundo. Hubo que estudiar cosas concretas; y ya se

²⁶ Manuscrito a tinta, [hacia 1939-1943], Archivo José Moreno Villa (JMV/5/39/1), Residencia de Estudiantes, Madrid; recogido por primera vez en José Moreno Villa, «(Cómo fue) El camino con las musas», nota previa de Juan Pérez de Ayala, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2.^a época, año I, núm. 3, Madrid, diciembre de 1987, págs. 95-100.

sabe que el estudio de lo concreto y la excesiva disciplina están reñidos con el clima poético, que se nutre de intuiciones múltiples y de relaciones sujetas a una lógica propia, en nada parecida a la de este mundo circunstancial.

Esta lucha por vivir en los dos mundos a la vez dibuja el perfil de mi vida. Por ella he sido más triste que otros y más alegre, más sensato y más absurdo, más tímido y más resuelto, más laborioso y menos triunfador. El ser a ratos archivero-bibliotecario, a ratos poeta, a ratos pintor y a ratos conferencista de pintura o articulista de periódicos es lo suficiente para desconcertar a la gente ligera que necesita despacharnos con un solo calificativo y que no tiene tiempo de discernir lo que es en uno fundamental y lo que es accesorio. De todos modos, haya hecho daño o beneficio a mi obra literaria, debo a esa multiplicidad de actividades el haber ocupado casi plenamente las horas del día. Puedo decir que he administrado mi tiempo de una manera codiciosa sin dañar a nadie.

Con cuarenta duros que me ofrecieron por una traducción del alemán, dejé mi casa. Cuando me decidí a salir, me dijo mi padre: «Si te vas, no cuentes con mi ayuda. No puedo. He gastado en ti durante los años de Alemania más de lo que es justo». A los tres meses de estar en Madrid, le dije en una carta: «Ya tengo para mi vida de estudiante; no me mandes nada». Y desde entonces no volví a recibir un céntimo de nadie. Ni como dádiva ni como préstamo.

Madrid empieza para mí en 1910. Había pasado por ella en 1905 y en algún otro año, camino de Friburgo. En una de estas paradas conocí a don Francisco Giner, otra de las personas estimulantes halladas en mi trayectoria. En 1910 le volví a visitar; ahora como joven aspirante a trabajador. Por él entré en el llamado Centro de Estudios Históricos, entonces recién creado.

Don Francisco inspiraba miedo y atracción. Inquiría como un confesor. Y esto le hacía molesto; pero se notaba enseguida que aquel afán inquisitivo era producto de un rectilíneo interés por uno. Zahería, se mofaba, se reía y alentaba. Le visité poco, por todo ello, especialmente porque su actividad mental chispeante y profunda, fulgurante y opaca me reducía y me convertía en un doctrino. Su personalidad no puedo compararla con otra alguna. Tenía ese genio

vivo y grácil del andaluz, pero con algo más, ese algo netamente hispano que tienen todos los grandes españoles y que no sé si llamar psicología o sangre de toro. Ese algo apretado, macizo e impulsivo que veo lo mismo en Unamuno que en Ortega, en Baroja que en el mismo Azorín.

Cuando yo publiqué mi primer libro de versos se lo mandé a don Francisco y cuando le visité después, lo agarró y leyendo unas estrofas, exclamó: «Pero, ¿qué pasa hoy, que todos ustedes hacen versos mejores que los poetas de mi tiempo?».

Y es que don Francisco, aun en su vejez, tenía juventud y sentía el lirismo de la nueva España y la mortal versificación oratoria de sus contemporáneos, que ahora vuelve aunque envuelta o sostenida por un sinnúmero de metáforas que hace doblemente fatigosa la lectura.

A don Francisco le debo yo mi primera situación como trabajador, como investigador. Y a él, como a todos los que me ayudaron en la vida, llegué conducido por las musas. Los versos —¡los inútiles versos!— son la base de mi existencia. Por los versos conocí enseguida a todos los que andando el tiempo iban a formar la nueva España que ahora se ha derrumbado estrepitosa y trágicamente.

Ricardo de Orueta había formado una «república» en una casa de la calle Serrano. Llamábase «república» al grupo de amigos —cinco o seis— que alquilaba un piso para vivir con más independencia y autonomía que en una casa de huéspedes. Todos éramos estudiantes. Algunos llegaron a ser hombres eminentes en sus disciplinas: Américo Castro en la filología; Manuel [García] Morente en filosofía; Orueta en la historia de la escultura. Por ella habían pasado Alberto Jiménez Fraud, director más tarde de la Residencia de Estudiantes; Enrique Ramos, que fue ministro con la República de letra grande; Joaquín Álvarez Pastor, que es profesor de Filosofía. Orueta era «el viejo» y el inconvencible. Logró sostenerla hasta el año 1917. Y en calidad de huéspedes amigos, por la mesa de la «república de Serrano, núm. 36», pasaron Ortega y Gasset, don Francisco Giner, Besteiro, Unamuno y no sé cuántos más.

La «república», el Ateneo y el Centro de Estudios Históricos fueron los sitios donde incubé mis amistades, que nunca fueron muchas.

El Ateneo era un lugar de muchas posibilidades, según los caracteres. En su membrete campeaba el título de «Ateneo Científico y Literario», pero bien pudo llamarse también «Ateneo científico, literario, político, cafeteril y casinesco». Pues tenía mucho de casino, café y parlamento. Todo el mundo sabe que tuvo gran influencia en la vida política de España, que allí se formaron muchos de nuestros políticos y que en los momentos graves se alzaron en su salón de discusiones las voces de Costa, de Ortega y Gasset o de Unamuno, para subrayarlos, cifrarlos.

Yo nunca me encontré a gusto en el Ateneo y acabé borrándome de él a los seis o siete años, cuando comenzaron las banderías políticas y éramos citados a cada momento para votar en sesiones solemnes donde se ventilaba (según decían) la vida liberal de la institución. Recuerdo con gusto al que fue secretario durante algún tiempo, Enrique de Mesa, poeta serrano, demasiado santillanesco sin duda, pero fino, generoso, caballero siempre. Él me empujó a la tarima del estrado en mis primeros días madrileños, cuando leí un pequeño trabajo sobre santa Teresa de Jesús que inspiró bastante curiosidad. A él debo también el haber ido publicando mis poemas en *El Mundo*, en *El Imparcial* y algún otro periódico. El nombre de mi primer libro de versos, *Garba*, se lo debo a él también. Yo lo acepté, a pesar de su sabor arcaico y rebuscado, por no aceptar el de «Gavilla» que aconsonantaba con mi segundo apellido.

Pero las musas me condujeron ante otras personas más influyentes aún en la vida literaria; la primera, José Ortega y Gasset. La segunda, Juan Ramón Jiménez. Más tarde, Eugenio d'Ors y Antonio Machado.

Conocí a Ortega antes de publicar su primer libro, pero ya tenía fama por sus artículos en *El Imparcial*, por sus conferencias en el Ateneo y por sus oposiciones a la cátedra de Salmerón en la Universidad de Madrid. Me hizo la impresión de estar poseído de su valer, pero, al mismo tiempo, de ser sensible a los valores que nacían. Me dijo que ya me conocía por un poema que le envié desde Málaga a mi buen amigo Jiménez Fraud y que se publicó en *El Imparcial*. La expresividad de su semblante y la claridad brillante de su lenguaje me impresionaron tanto como las de don Francisco Giner.

Pero con una diferencia, Ortega parecía parapetado, mientras don Francisco parecía lanzado cuando hablaba.

Esta impresión primera no ha sido corregida después, y si nuestra amistad no fue más permanente se debe en el fondo a ella. Ortega con su atención a mis primeras obras me hizo mucho bien; Ortega me recibió como a un compañero, prologó mi segundo libro, que nació cuando su hija Soledad, para la cual le sugerí yo el nombre; Ortega me ha invitado en varias ocasiones a recorrer pueblos de Castilla en compañía de Baroja y yo declaro que siempre me he sentido contento en su compañía, pero aquel parapeto, aquel atril que siempre tuvo delante, no era para mi carácter. Y en nuestra amistad ha habido por eso meses y años de lagunas. No obstante, cuando nos volvemos a ver, sentimos, yo siento al menos, que nos une cierta comprensión de las cosas y algo racial imposible de destruir ni de definir.

Una de las primeras veces que fui a su casa le dije: «Usted se llama como mi padre, José, y su mujer se llama como mi madre, Rosa».

La amistad con Juan Ramón ha sido más afectada que real. Éste es mi juicio. Juan Ramón es un despiadado adorador de valores; despiadado porque carece de ese sentido humanitario, humano, que se llama tolerancia, o comprensión o indulgencia o caridad. No es humano. Es duro como un ente de razón, a pesar de sus aciertos sentimentales. Algunas veces le brota el alma, pero es a escondidas o a hurtadillas de su razón pura. Recuerdo un hecho. Cierta día, después de haberle visitado recibí un libro (*Jitanjalí*, por cierto) con una dedicatoria tan expresiva que me conmovió. No la recuerdo letra por letra, pero decía muy aproximadamente: «Ayer estuvo usted en casa; le vi triste; le hubiera querido acompañar a la suya. Que este libro le ayude a levantar el espíritu». Algo así, tan afectuoso, tan verdadero, que borra muchas cosas.

Pero la amistad de Juan Ramón es algo tan propenso a nublados como el cielo de Bretaña, porque, como dije y creo, no se apoya sino en el valor de las obras literarias que uno vaya dando y se desinfla ante pequeños movimientos vitales que sólo enojan a las damas. Los días actuales son tristes y de reflexión, son, además,

años de madurez en que se borran muchas menudencias molestas de la vida. Yo sé que cuando nos encontremos de nuevo, si es que nos encontramos, habrá entre nosotros alegría y comprensión, pero también incompreensión y tristeza. No somos de la misma raza, pese al andalucismo. Se levanta delante de nosotros una muralla de remilgos y maneras afectadas, en cierto modo d'annunzianas, que a mí me repugnan sobremanera.

Las musas, sin embargo, nos relacionaron un día. Fue cuando publiqué mi *Pasajero*, prologado por Ortega. A Juan Ramón le impresionó mi «Selva fervorosa» y me dedicó un poema. Escribió él, entonces, su *Laberinto*, donde apuntan preocupaciones barrocas que le separan de la línea poética que traía. Desde entonces, con sus alzas y bajas Juan Ramón hizo cosas por mí. Me llevó a la casa Calleja, donde me ganó la vida seis años, y, acá y allá, cuando pudo, me recomendó ante los amigos para tal o cual trabajo literario o de arte.

Hay que tener en cuenta que durante estos años de mi presentación literaria dominaba en nuestro mundo madrileño una escrupulosidad por los valores auténticos, un aquilatamiento de calidades como no se recordaba. Y es muy probable que a tal censura estético-literaria-científica se deba la relativa plenitud intelectual que se alcanzó en España durante el primer tercio del siglo. Sirva esto para justificar la tirantez o estiramiento de algunos.

Pero hubo otros, como Antonio Machado, cuyos timbres humanos sonaban sin amortiguadores. Antonio era un hombre nada brillante; no tenía esos destellos del agudo, ni esas frases ingeniosas o preparadas en el cuarto de estudio como las tenían otros. Andaba renqueando, con aire pesado y vestimenta destartalada y sucia. Daba la impresión de no haberse mirado jamás por fuera y de que, en cambio, vivía para adentro, mirando los «camino de la tarde», las «soleidades». Era corpulento. Se vestía de negro. Fumaba mucho y la ceniza le regaba la pechera, el chaleco y los pantalones. Le recuerdo en los cafés castizos sentado con pocos amigos, asintiendo con la cabeza y los ojillos negros y aventurando alguna anécdota u observación sensata con aquella boca en que los dientes parecían unos piñones a medio masticar que le estorbaban la locución.

A este Machado no le oí jamás una censura, juicio adverso o malévolo sobre algún escritor. Era de una prudencia absoluta, como los que miran los acontecimientos cercanos desde un mañana tranquilo. Tenía el compás medido de un cura rural. No se concibe a Machado con prisas ni precipitaciones.

La vida española no le rescató a su debido tiempo de esos lugares tan bellos como olvidados y medio fenecidos que nutrieron su musa, Soria, Baeza y Segovia. No le rescató, quizás para bien de su fisonomía total. Porque Madrid no le desvirtuó como a tantos otros.

Repito que las musas fueron mis verdaderas fuerzas en la vida. Un buen día del año 1913 mandé imprimir mis primeros versos en una imprenta barata de la calle de Valverde. Había logrado reunir cincuenta duros y me los gasté en eso. El interés que me han producido aquellos pocos duros ha sido enorme. Todo se lo debo a ellos. Incluso el vivir ahora en México.

Mi librito *Garba* me puso en contacto con Baroja, Benavente, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Eugenio d'Ors, Azorín, Díez-Canedo, Manuel Machado, etc. Todo un mundo.

Lo primero que descubre en Madrid el «residente» nuevo es el punto donde radica su casa. Este punto es alto y despejado. Se le conocía por el nombre de «Cerro del viento». Después de construida la Residencia, un poeta que vivió en ella la quiso rebautizar con el de «Colina de los chopos». Pero ambos nombres se irán perdiendo cada vez más según el avance de la población hacia estos collados y oteros.

Hace pocos años —doce o trece—, nuestro cercado era un montón de dorada sílice por donde discurría la estrecha cinta del llamado «canalillo». Unos chopos y unas acacias marcaban en el aire el trayecto de sus aguas.

Fueron irguiéndose, poco a poco, los pabellones de que consta hoy la Residencia. Los dos primeros y el tercero los trazó el arquitecto don Antonio Flórez; los otros, don Francisco Luque. Unos pabellones están orientados al mediodía y otros a levante y poniente. Los de Flórez tienen azoteas, lo cual realza más la vista que ya nos daba el cerro, y permite ver con libertad el libre juego de las nubes, tan vario, suntuoso y cromático en el centro de España.

Se ve desde la Residencia, el Guadarrama al norte, muy en la lejanía, muy en azul, con sus largos toques blancos en el lomo durante casi todo el año. Los aposentos que dan al mediodía, dominan partes de la ciudad, las que sobresalen en esta marea fija del suelo de Madrid.

Cuando el radio de la capital llegue a Chamartín podrá decirse que se extiende sobre tres grandes banales: uno que principia en el pueblo citado y termina al pie de nuestro primer pabellón; otro, el segundo, que partiendo del Hipódromo llega hasta Santa Cruz o calle de Atocha, y otro, el de los barrios bajos.

Los cuartos que dan a levante ven hoy un escenario muy madrileño; desmontes y casas a medio labrar, que surgen casi asfixiadas

²⁷ Publicado en *Residencia*, vol. 1, núm. 1, Madrid, enero-abril de 1926, págs. 24-26; recogido por primera vez en Alberto Jiménez, *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, México, El Colegio de México, 1947; 2.^a reimp., *Historia de la universidad española*, Madrid, Alianza, 1971, págs. 502-504.

de este removido mar de arena. Conventos, cuarteles, hospicios, colegios, son los edificios que se destacan por su mole acá y allá, lejanos, en el panorama silíceo roto a veces con la sorpresa verde y azul del canalillo, o los moños de adusto follaje que salpican el barrio de la Prosperidad.

Los cuartos que dan a poniente disfrutan de la vista más abstracta y lírica, porque si en el primero y bajo término domina la geometría —una cúpula gigantesca, una gran chimenea y una porción de pirámides y cubos pertenecientes a la parte nueva de la ciudad— sobre él discurren cada día los más esplendorosos y líricos atardeceres.

Forzando, pues, un tantico la realidad, cabría decir que disfrutamos de un paisaje lírico y de un paisaje épico (el de levante nos evoca un poco la paramera del Cid todavía), más un paisaje alpino —el de la sierra— y otro urbano.

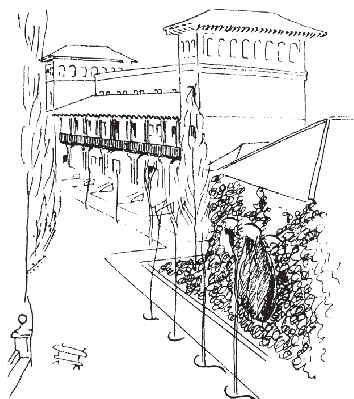
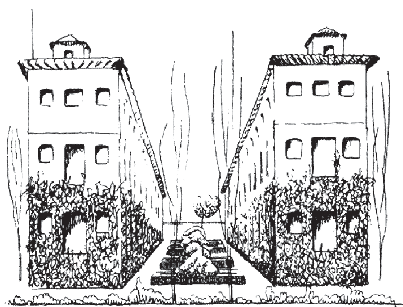
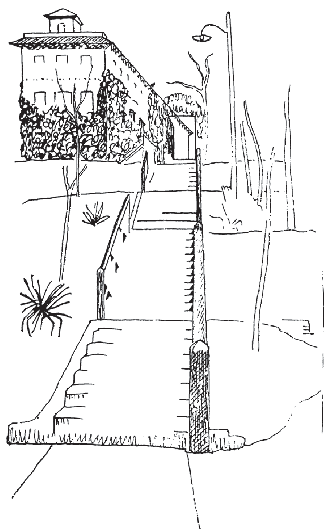
Pero el residente que contempla con gusto y cuidado no sólo verá estos caracteres de gran bulto. Verá también que aquella primera soledad en que vivía el chopo se ve quebrantada hoy por la presencia de otros árboles que, como los almendros, ciruelos y albaricoques, aclaran, vivifican los últimos días del invierno, o como los tilos, acacias y plátanos, reconfortan en plena época estival. Verá también entre el primero y segundo pabellón un jardín, silencioso de color y de línea durante el invierno que, de súbito, en verano enciende su severidad con potentes y sencillas flores de adelfa escarlata —rojo de cadmio, mejor dicho— y de adelfa blanca. Este jardín de paso no puede ser más sencillo ni más fuerte. Cuatro grandes golpes de adelfa, encerrados en cuatro marcos de alto boj, serio y perfilado, como en el jardín escurialense, llamado «de los frailes».

Las paredes que dan a este jardín son de ladrillo, el material pobre de los bellos monumentos mudéjares. Lo sonrosado de su materia cocha se combina en ellos con el severo tono verde de la hiedra y el brillante verde de las vidriadas tejas del alero. Las hiedras revisitando el muro evocan el Norte, las tejas brillantes, el Sur.

El residente que pasea tranquilo y atento notará también que si el «banco del duque de Alba» es de granito y de líneas herrerianas o escurialenses, con sus bolas de granito, el perfil del tercer



Entrada a la Residencia de Estudiantes por la calle Pinar, 1926.



La Residencia de Estudiantes, 1926. De izquierda a derecha y de arriba abajo: entrada desde el paseo de la Castellana; los Pabellones Gemelos y el Jardín de las Adelfas; vista desde el canalillo; vista del Pabellón Central y del Transatlántico.

pabellón es de un timbre mozárabe por sus torres, sus aleros, su material y sus arquillos. Lo mudéjar se acentúa en otros pabellones por la combinación de ventanas ciegas y ventanas abiertas.

Si el paseante echa de ver que no hay un solo balcón en nuestros edificios, acaso descubra que tal ausencia está compensada por un pasillo al aire que hace de balcón a lo largo de uno de ellos. De balcón y de pasillo, de solana y de galería, de todo tiene. Desde su altura se domina el Hipódromo, se pueden ver las carreras hípias de otoño y de primavera.

Este pasillo-balcón y las dos torrecillas son los perfiles más característicos de la Residencia, véngase a ella por el camino que más guste: por el jardín de Bolívar —junto al Museo de Historia Natural—, por el cuartel de la Guardia Civil o por la calle del Pinar.

Si desde aquel jardín y bordeando la espalda del museo, de la Escuela de Ingenieros Industriales y del cuartel —que todo es un edificio—, nos detenemos junto al tenis y levantamos la vista, es posible que recaiga sobre uno de los pocos elementos de hierro que hay en toda la Residencia: dos graciosas y simples barandillas en un contrafuerte que da sobre el canalillo, ante la cabeza del segundo pabellón, en la desembocadura de la explanada principal. Trazas de Winthuysen, como la del banco del duque de Alba.

El segundo pabellón es el abanderado. En él se levanta la insignia española y la residencial. Ésta es un gallardete azul con una estrella blanca de cinco puntas. Cada punta responde a un pabellón.

El primer pabellón ya tiene bastante con ser primogénito. El tercero es «la casa», el organismo completo —dirección, oficinas, sala de conferencias, comedor, cocina, dormitorios—. El cuarto es el científico, porque toda su planta baja la ocupan los laboratorios. Pero este pabellón tiene un mote: «el Transatlántico», por su largo balcón de borda y porque sobre la tendida recta de su azotea flotan al viento nuestras ropas como equipos de tripulación en cordaje naviero.

Detalles... cada día trae un montón. Basta templar la velocidad de la vista. Bichejos de experimentación, conejos y conejillos de India, ranas, galápagos, peces, en sus madrigueras, jaulas y alberquillas; matas, flores, un plantío de chopos; aquí, una casamata

donde trabaja el naturalista Zulueta, y allá, un marco de prensas de fotografía, donde vive un investigador de nuestra escultura histórica. Los ojos dan sobre el tenis o el campo de fútbol, los ojos recaen sobre una reproducción de Vermeer de Delft, de Hobbema, de Miguel Ángel, o sobre el retrato de Goethe que preside el recinto de los libros. El año no sé cuántos, cada residente compró y puso un plantón vegetal. ¿Quién puso el escudo de Madrid, tan rococó, en el segundo pabellón? Sobre el canalillo cruza un puente de madera pintada de verde y otro de hormigón. Esta ducha del primer piso es más fría que la del tercero. Es que en el bajo se asoma la hiedra a la ventana, y en el último, el sol. Las mujeres del servicio van de negro y blanco o de mallorquín a rayas azules. No hay perro en la Residencia. Las noches son de un silencio absoluto. En un cuarto se «hace» medicina; en otro, cálculo infinitesimal; en otro, legislación; en otro, historia; en otro, caminos, puentes hacia la eternidad, versos. ¿Es que hago un relato simultaneísta? Es la realidad. Un mundo es esto. Con todo. Y todo funciona y todo sigue su trayectoria. Siga el residente.

Acogido en la Universidad de Oxford desde 1936 vive uno de los españoles que, sin trompetería ni reclamo, hicieron una labor profunda en la educación española durante el periodo culminante de nuestra cultura. Periodo que viene a quedar encerrado entre los paréntesis de dos catástrofes: la pérdida de Cuba y la pérdida de la libertad espiritual en la Península.

Su nombre sospecho que es poco popular en América. (De los gringos nos viene esto de usar popular por famoso, ilustre, conocido de toda persona culta.)

Teniendo esto en cuenta, encabezo la presente nota con los tres modos de llamarle. Jiménez le llamaban las personas mayores no ligadas a él por gran amistad, o francamente opuestas a él; don Alberto le llamaban los estudiantes que vivían en la famosa Residencia (Madrid, Pinar 18); Alberto le llamábamos los verdaderos y antiguos amigos.

Desde hoy en adelante van a conocerle, y a fondo, todos los americanos que se interesen por la historia de la universidad española y, en general, por la vida espiritual de un núcleo humano tan importante como el español a través de los tiempos. Van a poder conocerle porque ha publicado El Colegio de México un libro suyo, creo que su primer libro grande. Y este libro está escrito con un sentido de ponderación, claridad y buen gusto que lo hará clásico.²⁹

No voy a resumir la obra, ni reseñarla siquiera. Ello es cosa de otras páginas. Me propongo hablar del hombre y del amigo.

Le conocí en Málaga a principios de siglo. De allí éramos los dos. En 1908 lo encontré en Londres y pasé con él quince días en la misma *boarding house*. Andaba entonces leyendo a Carlyle, entre otros. Yo venía de Alemania con mi Goethe, mi Heine, mi Mombert y mi Stefan George. Cada uno tenía sus problemas; él me pareció más

²⁸ Publicado en *El Nacional*, México, 23 de mayo de 1948; recogido en *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá*, México, El Colegio de México, 1951; 2.^a reimp., México/Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, págs. 70-73.

²⁹ Moreno Villa se refiere a la publicación de *Ocaso y restauración...*, cit.

orientado que yo. Sobre todo más seguro de sí mismo y con un ideal en la cabeza. Tendría entonces veintitrés años o veinticuatro. Yo, veintiuno.

Al año siguiente fundamos en Málaga una revista intelectual y literaria, que duró escasamente un año.³⁰ El promotor y animador era él. Hicimos también una colecta para costear el viaje de Unamuno a Málaga.³¹ Imprimimos las conferencias con que nos regaló a unos cuantos y desconcertó al resto.³² Después volvió Jiménez a Inglaterra, a estudiar el espíritu de los colegios ingleses. Un año después ya estaba en Madrid, como yo. Atraviesa todavía una época de lucha interior, pero su vocación se manifiesta con firmeza. Ya está relacionado con don Francisco Giner y con Cossío. Es amigo de Ortega, de Onís, de Zulueta. Todos ellos deseaban reformar a fondo la universidad española. El destino eligió a Castillejo y a Jiménez para que fuesen los realizadores de las ideas reformadoras que habían ido incubando en la Institución. Había que hacer una universidad fuera de la existente, fuera de la oficial; sin aspecto rival. Lo importante era crear laboratorios y centros de cultura donde se trabajase seriamente y donde se fuese preparando a una juventud capaz de dirigir lo que fuese. Hacer ciudadanos completos, capaces, morales, fuertes, optimistas, creadores.

Castillejo, secretario de la llamada Junta de Pensiones para ir al extranjero, hizo una labor increíble, que nunca le agradecerá bastante la nación. Ya ha muerto, en el destierro londinense, el año 1945.

Jiménez se encargó de fundar la Residencia de Estudiantes, que llegó a ser puesta como ejemplo en toda la Europa mejor. Desde el año 1917 hasta el 36 he vivido en ella; y dice Jiménez que ayudándole. En mi *Vida en claro* le dedico páginas; no todas las que merece. Allí transcurrieron mis años mejores; y allí asistí muy de cerca a toda la tremenda lucha que Jiménez tenía que sostener con la

³⁰ Se trata de *Gibralfaro. Revista de Literatura, Ciencia y Arte*, que se editó en Málaga entre enero y octubre de 1909.

³¹ Las conferencias de Miguel de Unamuno tuvieron lugar en 1906, tres años antes de la creación de la revista *Gibralfaro*. Véase «Las dos cuerdas», pág. 245 y nota siguiente.

³² Miguel de Unamuno, *Conferencias dadas en Málaga por D. Miguel de Unamuno en los días 21, 22 y 23 de agosto de 1906*, Málaga, Tipografía La Ibérica, 1906.



Alberto Jiménez Fraud y José Moreno Villa, Málaga, años veinte.

solapada política de los enemigos. La Residencia fue un colegio original que poco a poco se impuso. Jiménez fue con el tiempo director de otras tres. A él se debe también la creación del Comité Hispano-Inglés de Relaciones Culturales. A Jiménez le ayudan con su presencia y su actuación Cajal, Menéndez Pidal, Cossío, Ortega y Gasset, Morente, Cabrera, Bolívar, Pío del Río Hortega. Su talento, su rectitud moral, su lealtad y dedicación absoluta a la obra le sumaron la simpatía y el respeto de los más altos valores internacionales en literatura, ciencias, filosofía. Todos ellos venían a la Residencia con lo más interesante que tenían en el telar. La cátedra de la Residencia tuvo resonancia mundial. Y la labor educativa y administrativa infundía cariño y admiración en el país, a la gente en general y a los políticos. Era una institución invulnerable gracias a la rectitud e inteligencia de ese hombre que se llama Alberto Jiménez. Su obra educativa es hoy imitada por los que más le combatieron, como dice Ortega en su *Misión de la universidad* publicada en Princeton.

Al pedir el otro día una ración de tarta en un restaurante, como el mostrador estaba cercano a mí, pude ver las vacilaciones del cuchillo, de la mano, de la razón que dirigía, calculaba y medía el trozo que cortar. Comprendí de repente que el hombre del mostrador razonaba racionando, y que razón y ración se confunden en el origen (latín: *ratio, onis*).

El caso de la tarta, vulgar y pequeño, fue a ponerme de lleno otra vez en el camino de la comprensión del idioma. Jamás hasta ese momento habían tenido para mí tanta claridad estas dos palabras: razón y ración. De pronto, al emparejarlas, me resultaron transparentes, sonrientes y unificadas.

Vi que quien pide una ración pide una razón, pide una medida razonable; así como quien pide una razón pide una porción de discurso, una ración de palabras justas, convenientes, convincentes, ordenadas.

Vi con idéntica claridad lo justo que es la frase popular: «Nos dejó a media ración» cuando alguien no supo explicarse ante nosotros enteramente, es decir, cuando nos dejó sin término su razonamiento, cuando dejó sin acabar su razón.

Y estando en estas filosofías recordé que era hora de filosofar o, mejor dicho, de ir a recibir ración de filosofía, o razones racionadas, de Ortega y Gasset.

Se han reunido para oír a este admirable amigo cuatrocientas personas, esos «cuatrocientos» entrecomillados del título, que merecen ya unas líneas cariñosas, laudatorias. Son los cuatrocientos que acuden a ciertas exposiciones, a ciertas conferencias y espec-táculos; que saben idiomas, *saben* naciones y *saben* nociones. Que viajan por las culturas del mundo y que están siempre dispuestos a pedir una ración de razón o una razón de arte que añadir a las ya digeridas. Una razón más; no la misma ración. Una porción más fina, más justa, mejor cortada, más certera en todo, en la literatura,

³³ Publicado con el título «Estudios superficiales. La razón y “los cuatrocientos”», *El Sol*, Madrid, 18 de mayo de 1929; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 718-719.

en el trato social, en la cuestión más compleja y perentoria como en la tarea más deportiva o superflua.

«Los cuatrocientos» son a su vez una porción, una ración de Madrid y, consecuentemente, una razón de la corte, una razón de cultura que nos ha de alegrar y enorgullecer. No es muy grande, pero es proporcionada a la población. Y como las razones se contagian, ésta de hoy tiene posibilidades de crecimiento.

No podrá crecer mucho, de todas suertes, sin perder su índole minoritaria. Hoy por hoy, esos números son individuos que pasan como tales. En las minorías, cada elemento es un ser activo, cuya labor le crea una lonja, un campo a su alrededor parecido al de los antiguos monasterios. Cada minorista lleva consigo a donde vaya un distrito que, al fin de cuentas, no es más que el nimbo de su virtud, de su facultad o de su carácter.

Esos «cuatrocientos», o razón de la cultura —hombres y mujeres, tan claras ellas, recuérdese: *De claris mulieribus* (Boccaccio), como los claros varones—, se reúnen en una sala, una exposición o un teatro y desfilan por tal galería. Se reconocen unos a otros, y aunque los separe un poco de envidia, rencor, antipatía y demás dolencias, se alegran al verse; primero, porque el hecho de reconocerse reporta satisfacción inmediata al hombre; segundo, porque cada uno siente afirmada o robustecida su fe al ver que asiste tal o cual otro elemento; tercero, porque cada cual tiene su pequeña vanidad y piensa que el núcleo existe por él, lo cual es cierto, y cuarto, porque hallar motivos de unión para los díscolos es también causa de alborozo.

La lista o nómina de estos «cuatrocientos» puede consultarse en varias sociedades: Sociedad de Cursos y Conferencias, Sala Rex («El Caracol»), Cursillo filosófico de Ortega, Cine Club. La traería de buena gana, pero no cabe aquí. Debería incluirse, sin embargo, en algún libro, porque esos elementos de cultura deben pasar a la historia en lo que valen, sin más, pero también sin menos. Cuando el historiador de mañana se pregunte cómo fue posible a ciertos hombres de hoy actuar de cierto modo en un ambiente por lo general nada favorable, hallará en esos datos la contestación exacta. Hallará en ellos esa razón social bautizada aquí con el nombre de «los cuatrocientos», el único latido sincrónico de España

con el mundo tenso y vivaz de nuestra época. Y hallará que en cada población importante de nuestro país hay un correspondiente «cuatrocientos», una «docena» o «centena», ración adecuada que hace posible allí también ciertas manifestaciones espirituales.

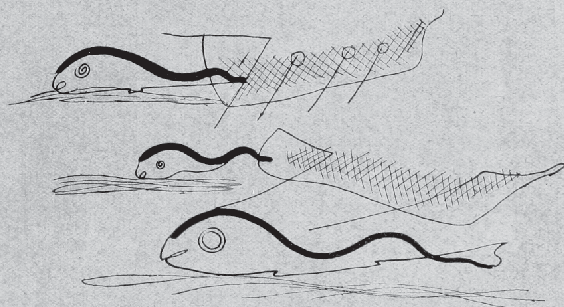
Cumplido así, por mi parte, con el historiador de mañana, del cual no espero gratitud aunque llegara a expresarla, ingurgito la fracción última de la ración de tarta y, agradecido a ella por sus aclaraciones sustantivas, me sumerjo en los cuatrocientos para vagar durante una hora dentro del mundo de las razones últimas.

JACINTA

LA PELIRROJA

poema en poemas de

J. MORENO VILLA



II.º suplemento
de litoral
málaga
1929

Las clases con ella.
El beso.
Me muestra sus vestidos primorosos.
Me habla de los muebles venecianos.



Mal augurio.
Me abandona en la Puerta del Sol porque se empeñó en que no
comprase tabaco.
Fui a buscarla a su casa. La encontré echada en la cama y sin que-
rer hablar ni explicarse.
Le afeé su conducta y reñimos. Salí como para no volver.
Fue a buscarme a Heidelberg y salimos para enviar un telegrama
diciendo que rompíamos compromiso.
Reanudamos la amistad antes de enviar el telegrama.



Una carta de mi madre.
«Hijo, por el retrato que me mandas de tu novia, no la creo simpática».
(Esto irá en la serie de cuadros que corresponden a la salida de
Madrid.)



Despedidas.
De la madre de Alberto:
—No me gusta esa mujer para usted.
De Natalia y Alberto:
—A pasarlo bien. De cualquier modo le conviene a usted salir y
esponjarse un poco.

³⁴ Manuscrito a tinta, [hacia 1939], Archivo José Moreno Villa (JMV/5/53/1), Residencia de Estudiantes, Madrid; recogido por primera vez en «Centenario de José Moreno Villa», *Culturas*, suplemento de *Diario 16*, Madrid, 15 de febrero de 1987, pág. II. Florence era el nombre real de Jacinta «la pelirroja».

Del jefe:

—Licencia para ausentarse. Es para algo que no se repite mucho en la vida.



En el barco.

—Temo hacer el ridículo. El hombre que no puede hablar pierde casi toda su personalidad.

—A los cuarenta años no se hace nunca el ridículo.



Los besos de los amigos al llegar.

Las atenciones de los padres. Él me trajo los cigarrillos preferidos por mí. Ella (la madre) se fijó en mis manos y las elogió por finas. Expectación de todos ante el español.

Me conducen a un hotel.



Escena del día en que me prohibió acudir a su departamento porque tenía cita con Bubi.

Me dio con la puerta en las narices.

Me retiré a mi cuarto y estuve como loco dos días sin verla y entregado al dibujo como única distracción.

Vista de mi mesa de dibujar.

Llamada por teléfono. Mi rechazo.

Pero yo tenía que dar una conferencia en Columbia University y allí se presentó.

Después de la conferencia salimos con el profesor Onís que hizo mi presentación al público. Y después la llevé a su casa.

Discutimos en el taxi, discutimos en un cafetín y la dejé malhumorada en casa a la una y media de la noche.



Escenas en la Universidad de Yale.

—Allí había uno que le hacía tilín.

Su estudio.

—Cuadro de ella manteada (sin manta, entre brazos) por dos estudiantes.

Mi malestar.



Cambio en todos.

Me llaman a conferenciar con el padre. Éste da sus razones para oponerse:

—Pepe, a los cuarenta años no ha hecho dinero y no lo hará.

—Pepe es de otra religión y es español.



Decide romper con sus padres.

Hace las maletas para irse a un hotel. El padre que se había opuesto a que yo fuese por su apartamento, me encuentra en él con ella y haciendo las maletas.

Quiso pegarla. Yo me permití decir: «Eso es demasiado». Y se contuvo, saliendo airadamente.



Ella me insinuó que viera a un abogado.



Promesas a última hora cuando ya estaba tomando el pasaje.

Y yo: «Sí, sí. Bueno. Sí, dentro de tres meses tú estás allá, conmi-go». Había que sostenerse digno. Hacerse el crédulo. No ofender. «Ser buen jugador», como ellos dicen. Y, en el barco, abrazos y llanto porque algo moría, en efecto.



El barco. El mar. El pensamiento en la vuelta a la Residencia. El trabajo propio, la vida clara, sin complicaciones.

Después de haber descubierto que la influencia de mi cuarto de niño fue grande en mi futuro y determinó muchos pasos, he descubierto otra cosa no menos importante: que mi vida ha sido en total la búsqueda de un cuarto, del cuarto justo a mis necesidades y grato a mis aficiones. Repasando velozmente, como se hace en sueños, los cuartos en que he vivido, llego a la conclusión de que ninguno era el deseado.

Mi primer cuarto en el extranjero, en la simpática ciudad de Friburgo de Brisgovia (Alemania), era uno de esos cuartos de pensiones modestas cuyos muebles parecen tapizados por las uñas de los gatos, el polvo de las ciudades y la grasa de los cabellos humanos. Allí, mal que bien, aprendí mi alemán y leí *El Quijote* por vez primera. Allí recibí del árbol de Navidad un Goethe en dos volúmenes y un Schiller en cinco o seis. Desde allí contemplé la primera nevada de mi vida. Allí tuve los primeros amigos internacionales, dos franceses y un alemán. Con éste recibí mi bautizo de cerveza. Allí aprendí a cenar embutidos fiambres acompañados de tazas de té. Pero, si me atengo únicamente a las condiciones del cuarto y a lo que pudo influir en mi ánimo, veo que era un cuarto de paso, de muebles menos pulcros de lo que yo deseo y con ciertos detalles, como el quinqué de petróleo, que me perturbaban por lo anacrónicos. Un recuerdo dulce me queda sin embargo de aquella casa, el de las muchachitas alemanas. Pero ellas no eran mi cuarto; ni siquiera entraban en él. Mis dieciocho años colmados de timidez y de fuego contenido no pasaron en aquellos rodeos amorosos del simple beso furtivo.

En la misma ciudad de Friburgo tuve otros dos cuartos, pero ya independientes, sin familias. El primero, junto al de un estudiante amigo, de nacionalidad checa. Se llamaba Steuer, y tocaba el violín con buen estilo y sentimiento. Mi cuarto era más barato que el suyo y, por consiguiente, más pobre. El suyo tenía salón con dos o tres balcones y una recámara para dormir, buena alfombra, buena

³⁵ Manuscrito a tinta, [1939]. Se conserva una copia de las dos primeras páginas pasadas a máquina con una variante en el título: «II. El cuarto deseado», Archivo José Moreno Villa (JMV/5/37/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

chimenea, un sofá y dos butacas. El mío, era largo y estrecho como un pasillo, con una sola ventana al fondo. Mi mesa de trabajo era grande, destartalada y cubierta con un tapete vulgar. Una otomana era el único mueble cómodo de que disponía y en él leí con apasionamiento las poesías de Baudelaire y compuse algunos poemas desastrosos y pesimistas. Entonces no podía yo darme cuenta de que buena parte del pesimismo se lo debía al mal habitáculo.

El otro cuarto fue ya totalmente aislado, con entrada por un jardincillo. Estaba mejor amueblado, pero carecía de sol y de alegría. Por entonces tuve un compañero de estudios muy aficionado al tenis que me presentó en un club. Era canadiense, de pelo jaro y se distinguía por su carácter serio y chusco a la vez. Cuando años más tarde apareció en la pantalla la figura de Charlot, comprendí que muchos movimientos pantomímicos de mi camarada Bein se habían anticipado a los del actor de cine o eran producidos por la sangre inglesa común a ambos.

Si con Steuer, el checo judío, aprendí a escuchar la música del violín, con el canadiense aprendí a jugar tenis y billar, a fumar en pipa y a oír en inglés los poemas de Omar Kayam.

La historia de estos tres cuartos (Bernhard Str.; Erwin Str.; Sternwald Str.) que tuve en Friburgo me revelan una trayectoria que se podría llamar de despegue de los alemanes y aproximación a los ingleses. Aunque no lo razoné por entonces, comencé a sentir que los ingleses saben vivir, saben instalarse y arreglar su cuarto conforme a sus necesidades.

He aquí la lógica interna del pensamiento. Lo que me andaba dentro del ánimo aparece de sopetón, sin previo aviso y hasta un poco prematuramente. En la última frase del párrafo anterior aparecen como correlativos «el saber vivir» y «el saber instalarse». Lograr el cuarto apropiado no es, pues, otra cosa que lograr la vida deseada.

¿Es esto una cosa tan difícil? Tan difícil es dar con el cuarto justo y amable como dar con la vida que se desea. La mayor parte de nosotros, los hombres, vive sin ese cuarto a su medida, lo cual es vivir una vida doblemente imperfecta.

Durante los años de aprendizaje y estudios universitarios allá en Alemania o luego en España, este deseo del cuarto adecuado

estaba un poco acallado o adormecido por la idea vulgar de que al estudiante le va mejor lo bohemio, el desorden y la caprichosidad. Cuando me asomaba al alma el deseo latente, lo dominaba diciéndome: «Todo esto es interino y pasajero. Al terminar los estudios y situarte en la vida, será otra cosa».

Pero las cosas no suelen ocurrir como uno las imagina. Llegó el momento de dejar mi cuarto de estudiante. Me instalé en un pisito con mis propios muebles y una sirvienta. Yo tenía entonces treinta años y ella era guapa y cariñosa. El cuarto que yo soñé de trabajo, recogimiento y libertad fue de lucha amorosa, entusiasmo, celos y, finalmente, enfermedad. Interné a Clotilde en el Sanatorio Antituberculoso de Valdelatas, cercano a Madrid, y levanté la casa.

La experiencia vivida me dejó maltrecho, alicaído. Y fue entonces cuando uno de los hombres más buenos e inteligentes que yo he tropezado en la vida, me dijo: «Vente a vivir a la Residencia de Estudiantes. Yo necesito en ella unos cuantos hombres jóvenes que por su rectitud moral, su afición al trabajo y su entusiasmo por las cosas nobles en general influyan sin reglamento ni cargos determinados en el ambiente de la casa. Tú no vas a hacer pedagogía, ni a dar clases, pero vas a ayudar a mi obra más de lo que te figuras».

Este amigo, este casi hermano me conocía desde los dieciocho años. Me conocía mejor que yo mismo. Supo apreciar rectamente lo que me había ocurrido. Sabía que yo no era hombre de «lífos» de faldas. Y que el afán profundo de mi vida era escribir, rodeado de cosas que no se interpusiesen en mi tarea; tarea que al vulgo no parece tarea porque no es movimiento externo, sino recatado, íntimo, de las cuerdas racionales y sentimentales.³⁶

³⁶ En el manuscrito, escrito al dorso y tachado, se lee: «Él vio, vivió, la lucha que sostuve conmigo mismo para salir del ambiente malagueño y venir a Madrid sin otros medios que doscientas pesetas ganadas en una traducción. Me vio ingresar en el Centro de Estudios Históricos con un sueldo de ciento veinticinco pesetas mensuales, a trabajar en una investigación sobre miniaturas visigóticas y mozárabes. Me vio durante años conllevar este trabajo con los estudios universitarios costeados por mí mismo, en mi pobreza, y dar a la prensa varios libros de versos. Me vio, en suma, iniciar mi vida literaria y científica con dignidad y ser acogido con deferencia por los hombres que entonces despuntaban en la vida madrileña».

Yo miré mi cuarto nuevo con cierto recelo. Ingresé en la Residencia dudando. Pero aquella institución ejemplar y única en España me fue seduciendo insensiblemente y me retuvo durante veinte años. Hasta que la guerra civil me sacó de ella y acabó con ella. Es que la Residencia me fue permitiendo hacer mi cuarto. Es que poco a poco se fue formando mi cuarto con las cosas que yo producía y yo gastaba. Todo en él era mío. Muebles, ropas, útiles de trabajo, cuadros y libros. Mi vida de veinte años quedó allí perdida tal vez para siempre.

Muchas personas se extrañaban de que durase yo tanto tiempo en una casa de estudiantes. Algunas me tachaban de cenobita o de fraile. Ninguna llegaba a entender lo que era aquel maravilloso refugio para mí. En primer lugar, lo presidía un hombre de alta limpieza moral y material, cuyo ideal humano era formar jóvenes caballeros —no señoritos caballeros—, es decir, gentes leales, honradas, limpias, generosas, apasionadas por las cosas nobles. Y este ideal se transparentaba en la vida total de la Residencia: lo mismo en el mobiliario que en el trato con la servidumbre, en el jardín y los campos deportivos que en los laboratorios y en las obras culturales propias: conferencias, libros, revistas. Por la Residencia pasaron en los diez últimos años los talentos mejores de Europa a comunicarnos en sus propias lenguas lo mejor de su espíritu.

Estaba emplazada esta casa en las proximidades del antiguo Hipódromo, en unos cerros que dominaban todo Madrid. Mi cuarto se bañaba de sol en las mañanas, hasta las dos de la tarde. Con el tiempo, obtuve una pequeña ampliación para poder pintar con cierta holgura y despejar de libros y lienzos mi dormitorio. En éste tenía mi cama, que casi parecía diván, una mesa de escribir que compró en Inglaterra mi bisabuelo a principios del siglo XIX, dos butacas, un fichero, un ropero y un estante. Todo era limpio pero lleno de vida, es decir, con huellas del trabajo, con útiles de escribir o de pintar y dibujar. En el cuartito adjunto tenía mi lavabo, mi biblioteca, mi caballete de pintar y los lienzos pintados. Más otro mueble lleno de estampas. La ventana del dormitorio daba al mediodía, la del estudio, al poniente. Desde estas ventanas contemplé aterrado y maravillado los combates aéreos durante los

primeros cinco meses de guerra, de aquella guerra-ensayo de la de ahora.

En este refugio tenía yo absoluta paz. Podía pasar ocho horas sin que nadie viniese a romper el hilo de mis reflexiones, mi trabajo y mis dolores. Dolores de soledad. Cuando yo quería tertulia, intercambio de ideas o descanso, siempre hallaba con quién hablar o dónde sentarme a beber una cerveza y mirar paisajes y gentes. Gracias a este ritmo de trabajo y descanso sin interferencia de la vida hogareña, ni de la vida política, ni de la vida de cafés, ni de la vida de los negocios, fue bastante fructífera mi vida durante veinte años, aunque no brillante. Yo no he buscado jamás el brillo, y desde mis primeras obras literarias me reconocí como un autor más bien nórdico que meridional. Mis metas eran el lirismo neorromántico y la savia del cante jondo. En mi primer libro³⁷, de 1913, canté al «Equilibrio» en esta forma:

Equilibrio
en los movimientos:
he aquí una faceta
del secreto.

Con todo el ímpetu
que tiene el mar,
no rebasa el borde,
de su heredad.

Móvil de acción
cuanto más bizarro,
que en las intenciones
hay que ser largo.

Pero al llegar
a las realidades
tascarás un freno
fuerte y suave.

³⁷ *Garba*, Madrid, Imprenta José F. Zabala, 1913.

Nervio motor
con alma de titán,
pero da la mano
con suavidad.

Que equilibrio
en los movimientos
pide el hada, madre
del secreto.

En aquel cuarto apartado, rodeado de afectos y de respeto, escribí prosas y versos, conferencias, artículos, catálogos, cuentos, comedias, y pinté no sé cuántos cuadros y tracé no sé cuántos miles de dibujos. Muchos de éstos los rompí, azorado por el terror que me inspiraban los dementes en aquellos meses trágicos del principio de la guerra.

Pues bien, a los diez años de vivir allá, me sobrevino la segunda gran tentación amorosa. La primera había sido en 1917; la segunda, en 1927. Este segundo amor me arrebató y llevó por encima del Atlántico hasta Nueva York. El amor esta vez tuvo que ir a mi cuarto y sacarme de él con sus hechizos. Perdí la cabeza, aunque yo creía ir razonando cada uno de mis pasos. Concerté mi casamiento, pedí permiso al Estado para ausentarme por tres meses, me despedí de los amigos y del cuarto de la Residencia, embarqué en Génova con mi novia y un hermano suyo casado. Llegué a Nueva York el día justo en que cumplía mis cuarenta años. Y en Nueva York empezaron las desilusiones, las contrariedades. Se irguieron los obstáculos, que yo consideré definitivos. Jamás olvidaré los cuartos donde se desarrollaron las peripecias alarmantes, las graves, y donde yo me sentí como náufrago, solo y emporcado por una sociedad sin alma, sin sentido moral y sin respeto a la dignidad humana. De aquella pequeña o gran tragedia pude reaccionar porque allí mismo aprendí a ser *good sport*, y escribí un librito poemático donde cambié el nombre de mi amada llamándola *Jacinta, la pelirroja* y donde aventé mis angustias sometiéndolas a un aire de *fox* inspirado en los locales nocturnos de Harlem.

Esta pasión tronchada me hizo volver los ojos a mi cuarto de diez años. A su luz comencé a sentir una mayor comprensión para la vida externa y una mayor tolerancia para las acciones humanas aunque sean contrarias a uno. Con sentido dramático fui buscando la razón de los personajes y, al cabo de otros diez años, cuando la guerra me lanzó otra vez a los Estados Unidos, ya estaba yo lo suficientemente dueño de mí mismo en aquel aspecto como para enfrentarme —como me enfrenté casualmente— con la familia de mi ex amor. También a ella la encontré de nuevo, en México. Y el encuentro fue de dulce melancolía. Ella estaba preparando su divorcio.

Volví, pues, a mi cuarto de la Residencia, a aquel cuarto interino que estaba a punto de convertirse en definitivo. Me sumergí en el trabajo como salvación indudable. Administré mi tiempo con más avaricia y orden que nunca, si esto era posible. La mañana, para una biblioteca del Estado, la tarde para pintar, de seis a ocho para la revista *Arquitectura*. Las noches, para leer y escribir.

Me consideré ya como solterón definitivo, desligado de todo lo que no fuese ocupación artística e intelectual. Y viví diez años de bastante felicidad convirtiendo aquel cuarto en mi piel propia.

Yo sé que mucha gente me consideraba como afortunado mortal. Ortega y Gasset se extrañaba siempre de ver que no me nacían arrugas en la cara. Y las generaciones nuevas veían en mí un espíritu siempre joven, interesado en todas las iniciativas y sondeos del arte.

Desde mi cuarto viví el nacimiento del cubismo y del surrealismo. Por mi cuarto pasaron los dadaístas, los ultraístas, los gongoristas. Allí dibujé a Paul Valéry. Allí platiqué con García Lorca, con Antonio Machado, con Dalí. Mi dedicación a la pintura se formalizó el año 1924 como consecuencia de los problemas que presentaba a mi espíritu el cubismo. Por entonces empezaba a estudiar pintura el hoy famoso catalán Salvador Dalí, que era un chico delgado y ensimismado, lector pertinaz de Freud y de los pintores teorizantes. Él y García Lorca y Buñuel vivían también en la Residencia y sus cuartos eran hervideros de discusiones y de travesuras estético-literarias. Allí acudían músicos jóvenes, poetas, pintores y fervorosos de todas clases.

Resulta, pues, que siendo mi cuarto un ámbito de apartamiento y trabajo era, por obra y gracia de la Residencia, un lugar propicio para conocer infinitos caracteres humanos, tanto juveniles como maduros. Yo me apartaba de la vida, pero la vida, con sus obras y hombres, se me acercaba y me rodeaba.

De vez en cuando, sin embargo, me acometían crisis melancólicas. Entonces miraba las maletas que nunca se apartaron de mi cuarto para señalarme la interinidad de aquella morada. Y apetecía un hogar, una mujer y unos hijos. En tales momentos, abandonaba mi cuarto y me refugiaba en casa de Jiménez Fraud, el presidente de la Residencia, donde encontraba calor familiar con aquella distinguida señora francesa que fue su madre, con Natalia, su mujer, y con sus dos hijos. Allí conocí a Florence, la americana que me arrebató en uno de tales momentos.

Cuando caía en tales simas de angustia, mi cuarto me resultaba inhóspito y toda mi labor me parecía estéril. «¿Qué he hecho en cuarenta años? Nada». Recuerdo que un día entró en mi cuarto un joven, hoy catedrático de Derecho en Sevilla, y que al preguntarme: «¿Qué hace usted ahora?», le contesté: «Aquí me tiene, entre pobretería y locura», señalando los papeles y los cuadros.

Resultaba que con todas sus condiciones buenas aquel cuarto no era completo aún y que yo anhelaba de vez en cuando un escape, una variación total, aunque fuese catastrófica.

Y ese escape vino, y diez años después vino también la catástrofe, la guerra, lo único que ya podía acabar con mi cuarto y con la Residencia.

A fines de noviembre de 1936 me dijeron los encargados de evacuar a los intelectuales de Madrid: «Prepare usted una maleta y esté listo para salir mañana temprano para Valencia». Era el final de mi cuarto. ¿Qué hacer con todo aquello que había ido creciendo durante veinte años de trabajo? Abandonarlo definitivamente. Ya había cuajado en mí la impresión de que fenecía toda una época de mi vida y de que comenzaba una peregrinación sin rumbo fijo. Yo fui uno de los últimos supervivientes de la Residencia que se había convertido primero en una escuela de menores, luego en cuartel de la Brigada Motorizada y después en cuartel de Guardias

de Asalto. Comíamos un plato de lentejas al mediodía y otra cosa equivalente por la noche, con o sin pan, que era muy malo. Yo tenía un tarro de ginebra y una lata de té. Un amigo nos regaló varias botellas de vino y un paquete de galletas. Nos bañábamos en agua helada a fines de noviembre y desde las seis a las nueve de la noche charlábamos don Ángel Llorca y yo en una oscuridad casi absoluta porque teníamos que cubrir con trapos el foco de la mesa de escribir para que no viesan luz los aviones.

Era el final de una etapa y el final de mi cuarto. No vivíamos más que considerando el fragor de la lucha, la intensidad del tiro-teo y de los cañonazos y el zumbido de los aviones. Tenía la impresión de que todo lo hecho en la vida había sido inútil. Y de que se derrumbaba lo más estimable para uno. Aquello no era vivir. Dejé mi cuarto repleto de cosas íntimas. Nada he recuperado. No sé si algún espíritu justiciero y bondadoso las habrá recogido.



Salí de Madrid como un desterrado, a merced de la casualidad y de los bandoleros. Me sentía nadie o, mejor dicho, una pluma zaran-deada por el huracán. Una cosa insignificante a la cual empujaban y metían acá y allá unos hombres con fusiles que habían disparado sobre personas inermes y podrían disparar sobre uno a la menor falta de tacto. En el fondo, sin embargo, me quedaban arrestos. Arrestos para empezar otra vida. Y mi edad rayaba en los cincuenta años.

Viví en Valencia. Y después en Washington. Un amigo mexicano de quien no esperaba nada y en quien yo no creí jamás haber dejado tan firme recuerdo, se empeñó en traerme a México y lo consiguió.

Este amigo, Genaro Estrada, que resultó uno de los más leales, murió asistido por mí a los pocos meses de mi llegada. En su última hora agarró la mano de su mujer, me la puso en el pecho y logró bal-bucir: «¡Moreno! ¡Mi mujer, mi hija, mi madre!». Yo no abandoné a estos seres aparecidos en mi existencia. Y hoy son mi familia.

Había vuelto yo al continente americano a los diez años justos y, por tanto, al cumplir los cincuenta años. A las dos fechas de 1917

y 1927, había de sumarse la de 1937. Y ahora, en 1939, he dado un paso definitivo que puede tener una repercusión tremenda en el tema del cuarto.³⁸ Tengo la impresión de haber dicho: «Éste es mi cuarto, el cuarto que yo quería y deseaba para refugio, reposo y trabajo, entrad en él». Tengo la impresión de haber cedido ante la vida y de que mi soledad se quedó en la existencia anterior, en la europea.

³⁸ Moreno Villa se refiere a su matrimonio con Consuelo Nieto.

*Escritos sobre
la guerra civil
española*

NOVIEMBRE DE 1936 – MAYO DE 1937

NOTAS DESDE EL MADRID SITIADO

(MADRID, 30 DE OCTUBRE – 21 DE NOVIEMBRE DE 1936)³⁹

¡Cómo huele la gran masa de árboles del Campo del Moro y Casa de Campo en este día 30 de octubre, segundo de la ofensiva! ¡Qué aroma serio, ligeramente húmedo, de hoja otoñal, que da el final de su jugo! Una ligera niebla se cierne sobre la cuenca del Manzanares. Más allá están los frentes. Todas estas últimas mañanas vengo asomándome a ver la maravilla que era este octubre, por su luminosidad y templanza, tan opuesta a la negrura de la guerra. ¡Parece imposible! Los días anteriores a la ofensiva fueron de opresión. Sonaban lejos los cañones, volaban los aparatos facciosos y se oían los barrenos nuestros en las obras de defensa inmediatas a Madrid.

Las calles próximas a Palacio están casi despobladas. Algún camión que cruza o algunos peatones sueltos. Hay papeles rotos por el suelo y hasta algún zapato viejo. Los soldados que han quedado de custodia en Palacio son pocos y muy jóvenes. Toda aquella abundancia de tropa y de milicianos que hubo hasta ahora aquí y en las calles ha desaparecido. La fuerza está en el frente. Los coches que antes daban a Madrid un aire de agitación casi loca han cesado de correr. Aquellos coches con banderines que cruzaban sin guardar direcciones de circulación, chocando a veces unos con otros.

En estos días, que son los más críticos, sorprende la cantidad de milicianos que contraen matrimonio. Dice la gente que los novios piensan en la viudedad que puede quedar a las novias. El resultado es que se casan y que se van juntos al frente. Me cuenta un alférez de enlace que es frecuente ver cerca del frente, durmiendo en una ermita, quince o veinte hombres con sus mujeres propias. Esto, además de guerra, dice de revolución. Responde a conceptos nuevos; no es tradicional en España.

³⁹ Manuscrito a tinta, Archivo José Moreno Villa (JMV/5/44/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Los ruidos

Ninguno de los ruidos de la guerra y de la revolución se nos escapa porque son de muy distinta índole que los corrientes. Son ruidos desconocidos.

Aunque todos estemos habituados a oír los tambores en tiempo normal, el tambor solitario que ahora es tañido para marcar el paso a los reclutas nuevos suena de un modo acre y más que melancólico a la vez.

En la lejanía —una lejanía de veinte kilómetros—, el cañón da un estampido sordo, de tapón bajo tierra. Más parece una maza que golpea o una explosión de un sol lejano. La insistencia de tales golpes es lo que más sobrecoge.

Las llamadas en las puertas o en las ventanas cuando ya se apagaron totalmente las luces de las viviendas; el alto que le dan a uno en plena calle para pedirle la documentación, o las voces de grupos en avalancha y los coros que cantan *La Internacional*. Todo es nuevo y por lo mismo inquietante.

Lo desconocido rodea y opera en el interior del hombre y siente uno como si dentro del pecho llevase ojos muy abiertos, de aldeano sorprendido.

Le parece a uno vivir en un mundo que no entiende. Ahora es cuando se nota que los ruidos habituales o normales eran para nosotros signos claros a los cuales no [se] prestaba atención o sobre los cuales se deslizaba uno con plena confianza.

Estos ruidos de ahora nos imponen un alto en la tarea o en la meditación y a cada paso nos obligan a considerar la magnitud y extensión del fenómeno social. Cada uno de ellos viene a ser un vagido, resuello o manotazo del monstruo belicoso.

Suenan carros pesados; hay un rodar constante de cosas que uno ignora pero que adivina.

Los hombres que antes no levantaban su voz son los únicos que ahora vociferan y cantan. Y sus canciones sueltas resultan como extemporáneas en medio de tanta cara seria y preocupada.

La sirena que en la noche denuncia la proximidad de los aviones nos lanza de la cama o nos deja en ella con el aliento en suspenso. Y, enseguida, se agudiza el oído para percibir el zumbido del motor enemigo.

La trepidación o tableteo de la ametralladora parece que actúa en nuestras vísceras. Y cada bomba de avión que explota suena a más exterminio de lo que es.

La guerra es además guerra de infamias, calumnias, mentiras y enredos. Existe toda una táctica para producir el embrollo y la confusión. Se precisa una cabeza muy serena para evitar los conflictos que aporta esa maraña de invenciones cruzadas y retecruzadas como en laberíntico esquema cubista.

Es sumamente difícil ponerse a escribir bajo una presión ambiente como la que hay. Los disparos de cañón hacen trepidar los vidrios de las ventanas de este fuerte Palacio. Hay que pensar que los muros tienen un metro ochenta de espesor. Se quieren llevar a cavar trincheras a los mozos del Archivo y demás dependencias. La chica que trae el periódico por las mañanas ha dicho que quizás no podrá venir al día siguiente porque también reclutan a las mujeres. Cada grupo, cada asociación y todos los periódicos llaman y llaman. Es el día decisivo según dicen. Indudablemente no pueden estar más cerca.

Uno de los mozos, que vive en la ronda de Segovia, cerca del Viaducto, ha ido a sacar un poco de ropa para dormir esta noche en otra casa. Se han ido de ella todos los vecinos; y desde Carabanchel para acá vienen todas las pobres gentes con su hato.

Suenan las sirenas. Acaban de derribar un trimotor. La noche pasada hubo bombardeo desde la una menos cuarto.

(5 de noviembre de 1936)

Al fin no se llevaron a los mozos a cavar trincheras. Hoy se distingue el bombardeo del enemigo sobre el campamento de la carretera de Extremadura. Por nuestra parte se nota menos artillería. Pienso si la habrán llevado a otro sitio.

Vuelan aviones, unos altos y otros más bajos.

Se nota hoy más confianza o más ánimo que ayer en el vecindario. Probablemente porque nuestra aviación hizo ayer cinco bajas de aparatos enemigos.

(6 de noviembre de 1936)

La tarde del viernes 6, después de una mañana al parecer tranquila, se agudizó la embestida del enemigo y Madrid sintió como nunca su proximidad. Llegó a Carabanchel y a las tapias últimas de la Casa de Campo. La tensión en la capital creció. Se acuartelaron todas las fuerzas. Se trasladó el Gobierno.

Al día siguiente, ayer sábado, se reaccionó y se les hizo retirarse en algunos puntos.

Madrid está lleno de aldeanos y soldados. A ciertas horas hay un trajín enorme. El cañoneo es incesante. Algunos obuses de ellos cayeron ayer en la calle de la Princesa según me dicen. Casi todos los cristales de balcones y ventanas presentan fajas de papel engomado para evitar la rotura por las trepidaciones de los estampidos.

Hoy domingo sigue el cañoneo. Nuestra aviación vuela por encima de la ciudad.

La comida va siendo más escasa; y falta el vino de Valdepeñas.

(Domingo, 8 de noviembre)

Lunes, 9 de noviembre

Hoy el frente puede decirse que está donde yo estoy. Las ametralladoras y los cañones disparan desde la entraña del bosque de la Casa de Campo y desde los flancos del Palacio, Cuartel de la Montaña y Vistillas. Todo retumba. Pero ya estoy familiarizado con estos ruidos. Jamás lo hubiera pensado.

A tres metros de la puerta del Archivo, en la Plaza de la Armería, hay un hoyo abierto por una granada de avión.

Me asomo a la ventana de mi despacho y el paisaje sigue espléndido, como en los mejores días. Si no fuese por los estampidos de cañón y el tecleo de las ametralladoras nadie diría que se lucha ahí enfrente. El ánimo se tranquiliza, o se embota, no lo sé. El hecho es que hoy tuve que vencerme para venir a mi puesto y, una vez en él, me veo como vacío de temores y capacitado para medir la grandeza de esta hora terrible.

Por todo el camino desde el antiguo Hipódromo a la Cibeles, hombres movilizadados que desfilan. Carecen de uniforme militar y sin

embargo hay en ellos algo uniforme: botas y polainas, jerséis, pasamontañas y chaquetas hasta la cintura con cierre de corredera.

La impresión es fuerte en conjunto porque no reconoce uno las calles ni los paseos. El trajín militar los envuelve en un tinte sordo y apretado, sin notas de color. Las pocas mujeres que se ven por la calle o en los tranvías tienen años o van a quehaceres imprescindibles. No hay deambulantes. Las hojas de otoño son arrastradas con el polvo de la ciudad que no se barre casi ni se riega.

No sé el número de víctimas que hizo ayer la aviación. El portero del Archivo, que vive en la calle de la Morería, núm. 5, dice que la casa vecina fue deshecha.

Jueves, 12 de noviembre de 1936

Llevo tres días sin apuntar nada. Y no es por falta de hechos o impresiones.

Se pelea en Villaverde, Getafe, Carabanchel Alto, Casa de Campo, Pozuelo. Hubo ayer de madrugada incluso una filtración de enemigos por un puente (dicen que el de los Franceses). Se han capturado moros, un general entre ellos, y legionarios. Los de la Casa de Campo parece que están copados y son unos mil.

Desde allí tiran sobre la ciudad. Alguna metralla ha entrado en Palacio; en el Archivo hemos recogido varios pedazos y tenemos muchos cristales rotos.

El día 10 no fuimos. Hoy doce tampoco he ido al Archivo. Hoy llueve y la lucha parece algo alejada. Al menos, desde aquí, de la Residencia.

En ésta quedamos muy pocos. Unos seis hijos. Se fueron Orueta y Suárez. Éste anda errabundo, de casa en casa. Parece un enfermo, un neurótico.

Quien se conserva bien es don Ángel. Va a su escuela, somete a los maestros que pretendían no asistir, da clases hasta las cuatro, se preocupa de la casa de su amigo S. y todavía le quedan fuerzas para trabajar en casa o charlar conmigo por las tardes, hasta la hora de cenar.

Ayer tarde fue horroroso el cañoneo y cuando cesó, justo al anochecer, nos quedamos con la incertidumbre del resultado.

Interrumpíamos la charla para oír, para escuchar: «¿Se oyen los tranvías?». «¿Se oyen las ametralladoras?».

Del cuartel que es la Residencia se llevan hombres, pero son sustituidos. De algunos que mueren, se sabe. Anteanoche mató un centinela nuestro al compañero chofer que traía la consigna. No sé detalles.

Nuestra vida es bastante apretada, incluso entre la de los soldados y sometida a las naturales privaciones de estos días. Las chicas salen a comprar leche, aceite, pescado, cebollas... lo que haya. Comemos un solo plato y sopa, más unas uvas o una naranja. En general no está mal para los días que corren. Porque van faltando muchas cosas. El agua caliente no es más que un recuerdo. El tabaco inglés se acabó. Nos tenemos que acostar a las diez, porque es forzoso apagar las luces. Falta el papel de retrete y bastante limpieza. Los chicos van a cavar trincheras. No hay reparto de nada porque todos los hombres están en menesteres de guerra. A don Ramón Menéndez Pidal le han puesto junto a su casa una batería y dicen que estaba desesperado. La aviación facciosa no bombardeó ayer ni hoy; sin duda por los nublados intensos; pero entre sus bombas de días pasados y los obuses de cañón debe de haber víctimas e incendios, según los periódicos.

Viernes 13

Es la una y no se oye un tiro de fusil ni de cañón. En toda la mañana no hubo otra cosa que visita y pasada de aviones; las bombas de éstos y nada más. ¿Qué pasa? ¿Es que se han replegado? El oído está alerta desde esta colina adonde llegan todos los ruidos del combate siempre. A mí me gusta que no haya bombardeo ni cañonazos, contrariamente a lo que le afecta a don Ángel.

Hace un día espléndido de otoño madrileño, con sol y templanza. Si no fuera por el runrún de los aviones diríamos que se vive en paz.

¡Qué raramente nos suena esta palabra! Paz. ¿Cuándo volveremos a ella? Y ¿en qué forma? Indudablemente los augurios no sirven. Cache Azcárate me decía siempre: «Ellos no se proponen entrar en Madrid». Y ya vemos cómo acertó. Otros decían hace un mes: «Son pasos contados: dentro de tres o cuatro días están aquí». Y ya se ve.

El general Miaja, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, ha dicho que Madrid puede resistir un año.

Sigue viernes 13

Ahora mismo acaban de arrojar una bomba incendiaria en el sector de Tetuán según mi orientación.

Y a los pocos minutos quedamos otra vez en el más absoluto silencio, interrumpido acá y allá por el cacareo de un gallo como en cualquier aldea.

¿Qué pasa?

En esta interrogación perpetua se vive desde hace días y tal vez meses.

Ya no suenan las sirenas cuando se acercan los aviones enemigos.

Han zumbado varias bombas hacia Palacio o más allá. Y otras dos. Y otras dos. Y otras dos.

En los intervalos se ve la ciudad soleada y muda y, como si fuera una pieza de uno mismo, se la quiere con cariño hondo y callado.

Viernes, 13 de noviembre de 1936

El ataque a Madrid dura ya una semana. Los periódicos extranjeros afectan a los «nazis» comienzan a ver fracasado el intento. Madrid ha acumulado muchos medios de defensa. Hay muchos hombres y sobre todo columnas bien organizadas. Y tanques poderosos y buena aviación. Hoy, a las ocho y media de la mañana, hubo un combate de aviones sobre la población. Lo vi desde mi cuarto. Es un espectáculo que entusiasma a la gente. Yo creo que por lo que tiene de deportivo. No se ve la sangre y sí la agilidad y el ataque, el esguince y la vuelta. Nosotros teníamos catorce cazas, según los que los contaron.

El duelo de la artillería es hoy menos intenso, hasta ahora. Suele recrudecerse por las tardes. Tengo la impresión de que la línea de combate se halla algo más retirada. El mando cuida de no decir en sus partes o notas puntos ganados.

Ayer y anteayer arrojaron obuses de cañón sobre Madrid. No sé el número de casas afectadas. Desde luego, en una murió la mujer de Galán y en la que vive don Pedro Blanco cayó uno que perforó dos pisos.

Don Ángel conserva una moral excelente. Dice que si tenía imaginación antes de esto, la ha perdido por completo; que vive la hora presente, pero que es incapaz de imaginar la que le sigue. Insiste en que lo mejor es quedar en su sitio cada uno, ante toda eventualidad, porque así en todo caso es fácil justificar la estancia. Hemos pasado horas de miedo, como todos, pero a él no se le descubre. Lo único que le intranquiliza aparentemente es la cesación de cañoneo, el silencio repentino, sobre todo a la hora de oscurecer. Entonces aplico yo el oído y le digo: «Siguen funcionando los tranvías; no han entrado».

También se conservan enteros y ejemplares García-Pelayo y José García y García. Éste ha sido nombrado comisario político de la columna de Galán y aquél sigue ejerciendo de enlace con el frente de Guadalajara. Ayer nos trajo un saco de patatas, que en todo hay que pensar.

No sé dónde estará el hijo de Díez-Canedo.

Sábado, 14 de noviembre

Como de noche hay que vivir sin luz eléctrica apenas se cena para no atraer aviones, escribo a media mañana y tengo que recoger lo del día anterior por la tarde.

En la de ayer hubo un combate aéreo largo y seguramente el más importante tenido hasta hoy en el mundo. Dieciséis nuestros contra doce de ellos. Tuvo lugar frente a mi ventana del poniente. Parecía encima de la Castellana; encima del edificio que fue de Sordomudos. Una gran nube morada, ribeteada de oro, sirvió de escudo muchas veces a los combatientes, que se internaban en ella o la aprovechaban para girar y volver sobre el adversario.

Las hélices de aluminio y las alas brillaban de vez en cuando. Otras veces eran pájaros negros, a contraluz.

No era posible distinguir a los nuestros ni a los enemigos. Allá arriba, como moscas dotadas de inteligencia y voluntad, se les veía dar vueltas y acercarse sin tropezar por milagro. Y como no se oían las ametralladoras parecía un torneo en el que se tratase de no ser alcanzado por el hocico del contrario.

Se ve que a la gente le entusiasman estos combates. Los milicianos gritaban: «Ahora sí que tenemos armas de combate». Y es

que la lucha en el aire tiene algo deportivo. No enseña la sangre y en cambio lucen la destreza y la acometividad.

Nuestra aviación destruyó ayer diez aparatos. Nosotros perdimos uno por la mañana y dos por la tarde, según el parte oficial. Uno de los suyos cayó en el patio de un cuartel, hecho añicos.

Por la noche, a las nueve, se sintió un intenso tiroteo que yo localizaba hacia la Ciudad Universitaria, más al fondo naturalmente puesto que no han pasado el río. No sé lo que sería. Nos sorprendió porque durante la jornada no se oyeron más disparos que los de un cañón nuestro de retaguardia.

Hoy por la mañana, a las ocho y media, han bombardeado los aviones suyos Atocha; han destruido el Museo Antropológico; han hecho averías en una conducción de agua y en el metro; han matado unos niños y caballerías por aquel sitio. Éstas son noticias traídas por un chofer de enlace que llegó de por allí y vio cómo las ambulancias recogieron enseguida a las víctimas, antes de que el público afluyese.

Hoy es el tercer día que dejo de ir al Archivo. Hasta que aquel paraje deje de ser zona de guerra de hecho dejaré de ir. Yo creo que el lunes estaremos en muy otras condiciones.

La mañana transcurre bien, aparte ese bombardeo que he dicho. Se oye algún cañonazo, pero nada de fusilería. De todas maneras debe de ser difícil desarraigar a los facciosos de esos escondrijos de la Casa de Campo y cercanías. El Gobierno dice que tiene ahí cincuenta mil hombres. Esto es una garantía indudablemente.

La Residencia sigue rodeada de compañías nuevas que ensayan los movimientos militares. Dentro de ella, los guardias de asalto y las criadas fraternizan. Lo serio es la oscuridad en las noches. Hace cuatro días un centinela mató a un compañero chofer que traía la consigna, y hace dos un guardia atravesó de un tiro el pie de un compañero. Pero en general se portan con cierto miramiento. Únicamente perturban con sus coplas, su descuido en los retretes y en tirar cajetillas, papeles, cajas de cartuchos, etc., por los pasillos y caminos interiores entre pabellones.

De los destrozos hechos por la artillería enemiga en las casas no puedo saber más que lo que llega por particulares. Hay que aguardar a verlo.

El Instituto Nacional de Física y Química ha aparecido esta mañana adornado con una bandera yanqui abrazada a las dos columnas de la entrada. ¡Rockefeller nos ampare!

¡Cuántos amparados no habrá en las embajadas! Durante estos meses he visto que éstas necesitaban echar mano de otros edificios —y nada pequeños—, los cuales son indudablemente refugios de gente insegura, es decir, culpable o simpatizante con el movimiento. Aunque también de otras que no hicieron nada malo. ¡Es tan complicada la situación!

Vivo en unos edificios que fueron siempre albergue de estudiantes. Desde que estalló la guerra ha ido pasando mi morada por varias fases. Primero se convirtió en guardería infantil. La poblaron los chicos pobres. Llegó un grupo compuesto de criaturas sucias, harapientas y revoltosas. Eran de la capital. Y otro de hijos de segadores gallegos, a quienes hubo que pelar, lavar y vestir también, pero muy diferentes en maneras. Se mantenían callados y correctos. De todos modos, la casa cobró un aspecto muy distinto. Comenzó a estar sucia. Los chicos destrozaban periódicos y libros sembrando con los trozos todo el jardín; derramaban o rociaban la comida en los suelos del comedor, dejando manchas, claveteaban las maderas de balcones, antepechos y puertas, las pintarrajeaban; y tenían especial interés en atentar contra las plantas del jardín.

Lunes, 16 de noviembre

La presión del enemigo fue viva anteanoche y más viva aún esta noche pasada. He oído el combate a las dos, a las cinco y a las siete. A las ocho y media empezó un cañoneo fortísimo de nuestra parte. Durante la noche parecía que los tiros de fusil y ametralladora sonaban ya dentro de la población.

Ayer vino a vernos el comandante médico de carabineros de la columna de Sabio. Habían venido con los suyos a situarse en la Ciudad Universitaria como segunda línea.

Seguimos sin saber de la mortandad de estos días terribles. Seguramente están más enterados en el extranjero que nosotros. Es natural: toda reserva por parte del mando es poca.

Ayer, domingo, hubo otro bombardeo aéreo y murieron varias personas.

Don Ángel ha perdido quince mil pesetas de libros que tenía depositados en el almacén de Hernando (calle de Quintana), que ha ardido. Con esto y con la probable desvalorización del papel del Estado se queda el hombre sin sus reservas para la vejez. No obstante sigue tan terne. Es admirable.

Suárez consiguió al fin lo que deseaba. Salió en avión.

Martes, 17 de noviembre

Parece mentira que la barrera humana resista un cañoneo como éste, incesante desde hace dos noches y dos días. ¡Tanto hierro contra tanta carne! Muchos hombres deben de tener ahí, a orillas del Manzanares.

La última noche ha sido tremenda. Madrid se acostó viendo dos hogueras grandes allá por Atocha. Me dicen que una corresponde a San Carlos o al hospital. Incendios de avión. La fusilería no paró en toda la noche. Estar en la cama mientras se oye este modo de golpear en las puertas para invadir la ciudad es algo que anonada, avergüenza y reduce el ámbito en que se respira. La razón se encabrita ante su impotencia de comprensión. ¡Es la guerra, es la guerra! Esto se dice uno para taponarse las entendederas ya que ellas quieren y no pueden explicarse el momento. Llegan a no interesar los periódicos, ni las noticias. Qué más noticias que éstas del zumbar constante de los aeroplanos y de los cañones. No interesa ya nada, ni de dentro ni de fuera. No interesa más que el alejamiento del enemigo. ¡Qué horas nos tenía reservada la vida!

Jueves, 19 de noviembre

Los destrozos causados por la aviación parece que son muy grandes. Yo no salgo de casa desde hace una semana. Los mozos no van al Archivo. No encuentro al habilitado. Estarán en algún menester militar. Los tranvías de la Castellana no pasaban ayer de la Cibeles. Por la Puerta del Sol no hay tránsito. Gran parte de Madrid está sin cristales. Parece que los aviones facciosos tienen orden de respetar una zona que abarca desde Zurbano hasta el Paseo de Ronda.

Anoche a las ocho y media se libró un combate rudo y tan cercano que don Ángel y yo tuvimos por seguro el rompimiento de nuestras defensas. Fueron momentos de gran perplejidad. Nos quedamos paralizados, y en la tiniebla de una bombilla arrojada para que alumbrase lo indispensable. Luego resultó que era una operación para desalojar a los grupos que se habían hecho fuerte en la Casa Velázquez.

Durante la noche hubo tiroteo intenso a la una —que no oí—. Pero me despertó el bombardeo de un avión a las dos y media. No me moví de la cama y, a poco, me dormí.

Esta mañana ha transcurrido tranquila. Se oye algún cañonazo lejano.

Nuestro compañero de casa José García y García, que se alistó de comisario político con la columna de Galán, cayó herido anteayer. Tiene heridas de bomba de aviación en la pierna, en el vientre y en el hombro. Dice que la explosión le levantó del suelo. Iba al lado del comandante, que resultó muerto. Conserva un ánimo ejemplar. Cuando le dieron el éter, se adormeció cantando *La Internacional*.

Hoy he visto a Pío del Río Hortega que venía a su laboratorio. Cree que ha sido N. quien le ha obligado a reintegrarse. Me ha enseñado el telegrama que le enviaron desde Monreal. Está descontento. Ha tenido que venir a pie porque los tranvías estaban parados. Y, en efecto, dos horas después sigo sin oírlos. No sé a qué se deberá, porque corriente eléctrica hay.

Hace varios días que no pruebo cerveza, ni fumo Virginia ni casi como carne. Ayer por la mañana comí un poco de cocido pobre y por la noche unos boquerones y puré de lentejas.

Paso las horas como vacío de mí mismo, como hecho pelo o pedazo de carne inútil. Los hechos materiales son tan impotentes que han cortado de raíz las ocupaciones normales de mi vida. Miro como extraño el pintar o el escribir poesías, teatro o cuentos. No hay más que guerra.

Viernes, 20 de noviembre

He ido a ver a José García al hospital que Izquierda Republicana tiene en el antiguo Casino de Madrid. ¡Pobre chico! Rota la pierna derecha por el fémur, una herida que le sangra en el hombro

derecho, huellas de metralla en la cara, una marca morada en la cuenca del ojo derecho. Devuelve lo que toma porque con los días de fatiga se le ha renovado una afección al hígado. No tiene fuerzas para hablar y su respiración es fatigosa. Dicen que el peligro de gangrena es ya menor y que lo de la pierna es largo de curar. Pero ¿tendrá resistencia? ¡Es tan endeble! Salí muy impresionado. Tan buen chico, tan sencillo y tan apasionado en medio de su tranquila apariencia.

Los trozos que vi de la calle de Alcalá impresionan por la devastación. No hay cristales en Correos, ochava del Banco, Banco del Río de la Plata y muchos otros sitios. Desde el Casino de Madrid —hoy hospital— hasta la Puerta del Sol no dejaban pasar. En la estación del metro de Sevilla, un cartel de «No hay servicio». Fuerte olor a quema venía de la Puerta del Sol. No he visto más, pero por lo que veo los estragos de las bombas son muchos y grandes.

El día, lluvioso, pasó sin aviones ni ruidos de cañonazos hasta las ocho que hubo algo, aunque poco.

Sábado, 21 de noviembre

Las dificultades crecen por momentos en todos los órdenes. En el de la alimentación muy especialmente. Las chicas de la Residencia van a las colas y no obtienen casi nada. Algo sacan prestando servicios a los guardias, guisándoles. Pero con tales servicios se consume nuestro carbón y nuestro aceite. Teníamos carbón en el Auditórium; pero se les ocurrió a Lizcano y a las criadas traerlo a la cocina, vieron los guardias el traslado y ya piden sacos para ellos y para los que están en los hoteles vecinos, que son guardias de asalto también. Llegará el momento en que no se podrá guisar, pues no hay gas apenas y carecemos de hornillos eléctricos.

Por otra parte se propugna por la evacuación de todas las mujeres, niños y ancianos. Y es que con la venida de tantos aldeanos ha crecido el número de consumidores inútiles. Las estaciones del metro están abarrotadas de gente que no se mueve de ellas, formando un ambiente horrible y muy favorable para el desarrollo de epidemias.

Hoy se oye algún cañoneo. Llueve y no está el cielo para aviones. Ayer, nuestra artillería incendió la Casa Velázquez.

I. [MADRID]

Dejando a los filósofos de mañana la interpretación de los hechos y a los historiadores la totalidad de ellos, abordo aquí el relato de lo visto por mí.

¿Qué he visto?

He visto y oído llamar violentamente a la puerta de un catedrático y ex ministro, con las culatas de los fusiles y voces de «salga inmediatamente». Se lo querían llevar por haber sido ministro durante el segundo bienio, con aquellos políticos que ayudaron a los militares sublevados.

He visto y oído a los curiosos, mujeres y niños inclusive, acercarse a los desmontes, en las afueras de Madrid a ver qué clase de gente era la fusilada durante la noche. Unos volvían diciendo: «Tenía zapatos de charol», otros decían: «Yo creo que es el verdulero». Unos hablaban de que un cadáver estaba envuelto en la antigua bandera. Otros, evitando acusar en su semblante cualquier juicio declaraba que el fusilado era un artesano pues tenía las manos encallecidas y grandes. Todas las observaciones recaían sobre lo mismo, la apariencia. Se diría que llevaba la gente una lista de los ricos y los pobres que caían. Y cayeron de muchas clases: políticos y no políticos, militares y paisanos, empleados de la administración y porteros, taberneros y periodistas. Por datos definitivos de intervención en la rebeldía o por asuntos particulares.

Estos horrores de la revolución, idénticos en todas las revoluciones, desmoronaron la entereza relativa de algunas personas significadas y directoras, las cuales salieron de España embozadamente. Podría citar los nombres de algunos que hicieron las maletas delante de mí.

Hablando durante aquel mes de agosto con un policía, supe de sus labios que había visitado un hotelito de un aristócrata donde

⁴⁰ Manuscrito a tinta, [1937], de la conferencia pronunciada en Estados Unidos en 1937. Junto al manuscrito se conserva el sobre donde se guardaba, en el que está escrito a tinta y a lápiz rojo: «Lo visto (en los últimos días en España)», Archivo José Moreno Villa (JMV/5/52/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

había un fichero de uno de los partidos enemigos —no recuerdo si de la CEDA o de Falange— y que no quiso dar cuenta de él porque, como decía, «ya es bastante; no hay que fomentar la matanza».

Tales cosas ocurrían en la sombra. Durante la noche se oían las descargas perfectamente. Eran tres, cuatro o cinco disparos seguidos y luego los de gracia. Bajo el pecho, en el tórax, sentíamos una contracción, que era de miedo. Ella aumentaba o decrecía, pero no desapareció en mucho tiempo.

Todavía estaban lejos de Madrid las tropas rebeldes. Los cañones sonaban lejos, en las alturas del Guadarrama. Durante el día sonaban pocos tiros, pero al anochecer se sucedían por cualquier motivo; una luz en movimiento, un apagar y encender promovían sospechas. En las casas donde había enfermos o parturientas pasaban grandes apuros.

He visto variar la expresión de los semblantes y dominar en ellos la perplejidad, la interrogación y la desconfianza. Los ojos españoles, tan expresivos en general, declaraban esos tres estados de ánimo en las personas pacíficas. En las otras, por el contrario, vibraba el ansia de lucha. Recorrían las calles avalanchas de gentes, o de camiones con milicias que cantaban *La Internacional* con los puños en alto. Había manifestaciones de mujeres, y desde el primer momento se formaban grupos numerosos de hombres en los paseos para aprender la instrucción o los movimientos militares. En cada explanada o avenida se ensayaban los pelotones al son de un tamboril tan inquietante como melancólico. Los individuos de estos pelotones acudían con su indumentaria habitual; unos con alpargatas, otros con zapatos de lujo, unos con chaqueta, otros con blusa desgarrada. Unos eran jóvenes y endebles, otros eran veteranos y, algunos, más gruesos de lo conveniente para la lucha.

Por aquellos días desapareció el uso de la corbata casi totalmente. Y muchos hombres afectaban desaliño en su porte. Se ponían los trajes más deformados, no se abrochaban la camisa y se despeinaban o alborotaban el pelo.

Era verano aún. En algunos jardines de Madrid, situados aparte, se congregaban todavía los niños con sus madres o criadas. Jugaban a la guerra y a los fusilamientos. Si pasaba un avión, miraban

curiosos pero sin miedo. No habían empezado los bombardeos aún. Lo invariable aquellas tardes era el amor. Las parejas seguían arrullándose en estos jardines al socaire de un seto. Los kioscos seguían despachando cerveza y refrescos inocentes. Hasta acudían el hombre del guiñol y los músicos ambulantes.

La música respiraba en las calles, mediante el tambor o las bandas de milicianos; pero también en los bares. Los altavoces de la radio lanzaban todavía *fox-trots*, pasodobles, rumbas y tangos entre noticias graves.

Esto era en verano. Se notaba una tirantez extraordinaria en la vida pública. Pero en la privada, una cierta perplejidad, sobre todo entre gentes de estudios, oficinas y de servicio. Sin embargo, se llegó a formar un batallón de la FETE con estos elementos que de por sí no eran los más aptos para la dura vida de la guerra. Y este batallón peleó con bravura y brillantez cuando más tarde sobrevino el asedio. Existía, además, el grupo de intelectuales antifascistas y una gran cantidad de hombres de letras y ciencias que sin pertenecer a ningún sindicato ni partido se colocaron junto al Gobierno y dirigieron o ayudaron en la recogida de libros y cuadros en los palacios, iglesias y museos.

El espionaje y el trabajo subterráneo de los fascistas continuaba su actividad dentro de Madrid. Se propaló la frase del general Mola, una de las más imprudentes que pudo pronunciar un hombre dirigente, según el cual contaba en Madrid con muchos y buenos partidarios cuya suma constituía la «quinta columna». Esta frase encolerizó al pueblo y muchas demasías se deben a ella.

En el centro de la capital, siguió todavía durante los meses de septiembre y octubre la vida de cafés y de trájín. Fue menguando algo la locura de la circulación, el derroche de gasolina y desgaste inútil de coches incautados. Seguía la revolución pero el pueblo quería organizarse. Y lo ensayó a su modo. En cada casa de vecinos, en cada oficina, en cada organismo y centro comercial surgió un «Comité». Hasta en los centros docentes y sanitarios. En el Hospital General de Madrid, por ejemplo. Estos comités asumían la dirección y el cabeza de ellos se llamaba «responsable». Estaban constituidos por la antigua servidumbre. Porteros, jardineros, bedeles. Estos

comités admitían miembros técnicos, personas de carrera, antiguos dirigentes; pero los destituían a la menor contrariedad.

La revolución se notaba también en las incautaciones de casas y en el desvalijamiento de tiendas y comercios. Un almacenista de paños de la calle de Toledo me dijo que en un mes habían sacado de su negocio por valor de treinta mil duros. En estos primeros tres meses todo era consumir, sacar de las tiendas. Unas veces pagando en efectivo y otras dando vales. Si las tiendas y comercios de Madrid tenían *stock* para un año de venta normal o de abastecimiento normal, se concluyó en tres meses. Ya en octubre escaseaban las cosas.

La escasez de gasolina y el apremio de la guerra, que se iba aproximando a Madrid, dio pie al Gobierno para atajar el desenfreno circulatorio y el uso de fusiles en la ciudad. Con buen tacto fue el Gobierno encauzando y frenando al pueblo. Rápida o violentamente —como querían algunos espíritus exigentes— no hubiera sido posible. Después de restringir la gasolina y de propugnar que los fusiles eran para el frente, no para la retaguardia, dictó el Gobierno órdenes contra las incautaciones de casas y las investigaciones domiciliarias por individuos que no fuesen agentes suyos. A principios de noviembre se puede decir que ya habían pasado las truculencias revolucionarias en Madrid. Pero, entonces, entró Madrid en los horrores de la guerra.

Yo vi mi domicilio convertido en cuartel. La Residencia de Estudiantes, cuya fama había traspasado las fronteras, centro durante muchos años adonde acudían los más interesantes investigadores, literatos, científicos y filósofos del mundo a dar conferencias, se convirtió en cuartel de Guardias de Asalto. En ella hecha cuartel he vivido yo dos meses, cuando ya los enemigos estaban en la Ciudad Universitaria, cuando ya no comíamos más que arroz, lentejas, sopas de ajos y alguna naranja, cuando teníamos que andar a tientas por la noche porque el encender luces era sumamente peligroso. En aquel lugar de limpieza comenzaron a verse papeles mugrientos, zapatos rotos tirados, letreros por las paredes. En algunos cuartos dormían seis y ocho hombres. En los retretes y los pasillos se acusaba la nueva fase de la casa, a pesar de que las antiguas criadas seguían cuidando de la limpieza.

Desde aquel sitio, alto y apartado, he visto y oído cosas de horror, incendios nocturnos en la ciudad, caída de aeroplanos, bombardeos y combates aéreos, fuego de fusiles y cañones en el horizonte. Desde aquel extremo nordeste de la ciudad tenía yo que trasladarme cada mañana al extremo suroeste, al antiguo Palacio Real, cuyo archivo estaba a mi cargo.

La ciudad tuvo siempre diferentes aspectos según las horas del día, pero en estos meses de octubre y noviembre de 1936 se acentuaron y diferenciaron más. Por la mañana, a las nueve, no se veían en la Castellana más que pelotones de hombres haciendo la instrucción. Más al centro, junto a la verja del Ministerio de la Guerra, filas de hombres y algunos camiones que cargaban fusiles. Los horteras y oficinistas iban sin sombrero o con boina. El sombrero resultaba ya cosa insólita.

Pasada ya la Puerta del Sol y cerca de Palacio comenzaron a levantar trincheras de adoquines a principios de noviembre. Los hombres que no estaban enrolados en las milicias o no tenían mejor trabajo de retaguardia iban en largas filas a cavar trincheras. Un día se quisieron llevar a los mozos del archivo. Pero no pudiendo llegar a donde se pensaba porque las balas de cañón dominaban el sitio, volvieron. El Palacio Nacional y naturalmente su archivo, que dan al Campo del Moro y a la Casa de Campo, se encontraban en el frente de batalla. Yo veía, a simple vista, a los enemigos en Carabanchel. Un día me encontré con un hoyo profundo, de bomba, a la puerta del archivo, y otro día recogí dos trozos de metralla en mi cuarto de trabajo. Hubo que cerrar aquello. Además, la columna de Mangada se había encargado de Palacio. La vida literaria y profesional era ya imposible en aquel sitio. Estaba cortada.

Pero estaba cortada ya de antes, como la de muchos. Muchas veces me decía yo: «Pero ¿es posible que puedas tú seguir haciendo lo tuyo de siempre?». Y pensaba en uno, dos, veinte casos de amigos que con profesiones distintas estaban ya haciendo otras cosas o muriendo de angustia por no poder hacer algo verdaderamente útil. Nadie que no lo haya vivido sabe lo desesperante que es eso de no poder justificar su existencia con algún trabajo útil. En tiempos de paz tiene el vago cosas para distraerse: los cafés

animados, los paseos, las tertulias, todo eso que se llama «espectáculos» o diversiones. Pero en tiempos de revolución y de guerra, una de dos: o se actúa o se encierra uno en su casa para morir de asco.

Lo primero que se preguntaban los amigos al encontrarse en la calle era: «Y tú, ¿qué haces?». Uno estaba en el Hospital General, otro en la Junta de Incautaciones de Objetos de Arte que iba formando un nuevo museo en las Descalzas Reales, otro recogía libros y los trasladaba a la Biblioteca Nacional, otro estaba de técnico en una fábrica de bombas, otro establecía enlace entre las fuerzas del frente de Sigüenza y el Cuartel General, otro hacía ensayos de gases asfixiantes; mientras las mujeres hacían trabajos de manos de carácter sanitario o trabajos de costura.

Poco a poco Madrid iba quedando con los que tenía que quedar, es decir, con los absolutamente leales y colaboradores. Había, es cierto, elementos contrarios escondidos en algunas embajadas y mucha gente inútil, refugiados o antiguos vecinos; pero unos y otros quedaban en la oscuridad. No salían a la calle en absoluto o salían para lo indispensable.

Entretanto habían empezado los bombardeos de avión y de cañón. Tres «pájaros» oscuros y grandes —los únicos aviones feos y siniestros— que despertaban miedo e ira en la gente. Sus bombas se veían caer desde largas distancias. Ellos las lanzaron sobre Cuatro Caminos, palacio de Liria, Museo del Prado, Biblioteca Nacional y Hospital de San Carlos. Respetaban una zona de Madrid, la de lujo, y se cebaban en los barrios pobres. Esto lo vio el pueblo antes de que los rebeldes hablasen de su respeto a dicha zona neutra.

Madrid fue teniendo aspecto de boca estropeada, con enormes caries. Se veía crecer la destrucción y se veía el traslado de los vecinos de las zonas más atacadas a las más respetadas. Las bombas caían sobre iglesias, edificios de administración, casas humildes, plazas públicas, escuelas y palacios indistintamente. Los restaurantes baratos se cerraron y en los caros se comía muy deficientemente. En los cafés no se veían más que milicianos. Pero funcionaban todavía los cines. Yo no entré en ninguno.

Imposibilitado de ir a mi trabajo habitual, reducido a mi cuarto y a mi estudio, quise pintar y escribir, pero me fue imposible. No conseguí en quince días otra cosa que anotar impresiones sobre el silencio y los ruidos de la guerra.

Hablaba con sólo dos o tres personas, no leía más que a ratos sueltos y muy breves. Me pasaba las horas escuchando y aguardando no sé qué. Sin duda un grito de victoria y liberación.

Uno de los pocos jóvenes que habían quedado viviendo en la Residencia, José García y García, inteligente, bueno, trabajador y fino por dentro y por fuera —demasiado fino para la lucha del frente—, cayó herido y fue hospitalizado en el Hospital de Sangre del antiguo Casino de Madrid. Fui a verle. Hacía una semana que no me había acercado al centro de la ciudad. La encontré muy otra. Se había suspendido la circulación entre Cibeles y Puerta del Sol. En ésta ardía una casa en la entrada justamente de la calle de Alcalá. Olía a quema. La techumbre del metro había sido perforada allí cerca. Los cristales de las casas no existían. Los cierres metálicos de las tiendas y kioscos de periódicos se estiraban y retorcían en el aire trágicamente. Los raíles del tranvía estaban retorcidos. Era forzoso pensar en los negocios deshechos, en las tiendas destrozadas, en el inmenso número de familias anónimas que quedaban sin medios de vida. Era forzoso pensar en lo terrible de la guerra. Estaba uno metido en ella, rodeado de estragos y sintiendo en torno, sin oírlos, los sollozos de los innumerables tocados por ella.

José García y García, el joven amigo, comisario político de la columna de Galán, me hizo un efecto desastroso. Tenía una pierna rota por el fémur, una herida en el vientre y otra en el hombro, más pequeñas erosiones de metralla en la cara. Tenía la barba a medio crecer y los cabellos largos alborotados. Su mirada era dulce y algo estrávida. No tenía fuerzas para hablar. Yo, que conocía los detalles de su episodio, no tuve que pedirle nuevo relato. Sabía que iba hacia el frente del Manzanares, caminando junto a su comandante —un sustituto de Galán—, y que, en las proximidades de la Estación del Norte, cayó una bomba junto a ellos, matando al comandante y levantándole a él del suelo. Sabía yo también

que cuando le anestesiaron para hacerle la cura dolorosa de la piedad se adormeció tarareando *La Internacional*.

No le dije más que lo siguiente en tono de cariñoso reproche: «Se empeñó usted en esto. Yo le tenía dicho que no era hombre de guerra». Y él me respondió dulcemente: «¡Qué quiere usted! ¡Había que hacer algo!».

Viéndole allí tendido y destrozado, se me figuró este alumno querido de Besteiro y de Fernando de los Ríos, que era un nuevo Doncel de Sigüenza. En él se congregaban la juventud, la finura y el heroísmo y yo siempre le veré en la postura de la famosa estatua de la catedral de Sigüenza: en arnés, recostada y con un libro en la mano. La mirada baja y profunda.

II. CAMINO DE VALENCIA Y VALENCIA

Yo, como casi todos los archiveros y bibliotecarios, me había inscrito en la FETE. Pero, sin duda por mis cincuenta años, me dijeron que me llamarían para prestar servicios auxiliares cuando fuese preciso. Pasaron los días (quince o veinte) sin que sonase esta llamada. Eran días interminables aun siendo los más cortos del año. Me los pasaba inerte, no sé cómo, y en soledad, salvo los momentos de charla con el miliciano que venía por el alférez de enlace o los que pasaba con el entero y viejo amigo don Ángel Llorca. El miliciano era un mocetón fuerte y sano, de cuerpo y de alma. Muy hablador. Siempre tenía algo que contar. Una vez, hablando de los objetos religiosos y de arte me contó que le había puesto varios dedos a un Cristo roto y que había salvado otras imágenes. Y tuvo este inciso admirable: «Porque yo, que soy un conato de Humanidad...». «¡Algo más que un conato, amigo!», le respondí.

El alférez a quien este chofer traía y llevaba a Taracena me contaba también lo que veía. Hablando con él de la cantidad de milicianos que contraían matrimonio la víspera de irse al frente me dijo: «Por el sector que yo visito y muy cerca del frente de batalla se ven las pequeñas ermitas repletas de milicianos recién casados que duermen con sus mujeres». Y comentaba: «Esto, además, de guerra, significa revolución. Responde a conceptos nuevos. No es tradicional en España».

Los temas de charla con don Ángel, el maestro de primera enseñanza jubilado en los primeros días de la revolución, eran sobre la escuela, sobre lo que sabíamos y sobre nuestra permanencia en la Residencia. Conservaba una moral excelente. Seguía yendo a la escuela sin obligación, por amor a un centro creado por él. Con el bombardeo y consiguiente incendio en los almacenes de la editorial Hernando calculaba haber perdido quince mil pesetas de libros y con la desvalorización del papel del Estado todas sus reservas para la vejez. No obstante seguía tan terne. «Si antes de todo esto tenía imaginación —solía decirme— la he perdido por completo. Vivo la hora presente, pero soy incapaz de imaginar la que se aproxima».

Respecto a si debíamos cambiar de domicilio por las contrariedades de la vida en cuartel, insistía en que lo mejor era quedar cada uno en su sitio de siempre ante toda eventualidad, porque en ningún otro estaría tan justificada la presencia.

Las noches del 16 y 17 de noviembre fueron tremendas. Madrid se acostó viendo dos hogueras grandes allá por la calle de Atocha. La fusilería no paraba. Estar en la cama mientras se oye lo que se oye, este duro modo de llamar a las puertas de la ciudad, anonada, avergüenza y reduce el ámbito en que se respira. A las ocho y media de la noche del 17 se libró un combate tan cercano que don Ángel y yo tuvimos por seguro el rompimiento de nuestras defensas. Nos pusimos de pie. Fueron momentos de perplejidad. Nos quedamos paralizados y en la tiniebla de una bombilla arropada prudentemente para que alumbrase lo indispensable. Yo me acerqué a una ventana para escuchar si corrían los tranvías. Los sentí por la Castellana. Seguía Madrid dueño de sus movimientos. Nos tranquilizamos y comentamos la serenidad magnífica de los tranviarios.

Diez días después me comunicaron que debía salir para Valencia con los intelectuales evacuados. Sentí profundamente abandonar al buen viejo don Ángel. Pero decidí trabajar para que lo sacasen también.

La evacuación la había organizado el Quinto Regimiento en relación con el Ministerio de Instrucción Pública. Y antes de salir nos regalaron con una comida en la casa cuartel de aquellos milicianos.

Éramos unos sesenta entre escritores, profesores, médicos y científicos varios con sus familiares. Hablaron en la comida un comandante y un capitán, desbordantes de confianza y buen espíritu. Salimos para Valencia a las seis de la tarde. Pero tuvimos que hacer noche en Tarancón.

Este pueblo era ya famoso por las brutalidades. Pero nos advirtieron que ya estaba en caja.

Después de una cena penosa por la lentitud, en un cuarto grande y mal alumbrado, sentados en bancos, donde nos sentíamos como seres lanzados o arrebatados por el viento, nos distribuyeron para dormir.

A mí me tocó entrar en un caserón-palacio. En la puerta había un miliciano con su escopeta al hombro. Me preguntó: «¿Es usted de los sabios?». Le respondí un poco abrumado: «Sí». Apenas hube dado un vistazo al patio sobrecargado de escayolas renacentistas, azulejos con pasajes del *Quijote* y mil chucherías pretenciosas, hice al miliciano un pequeño interrogatorio. Fue así:

—¿De quién es esta casa?

—Ahora, es mía.

—¿Y antes, de quién era?

—De una condesa.

—¿Vivía aquí todo el año?

—No. Sino en Bilbao. Aquí, por temporadas.

—Le cogió aquí la revolución.

—Sí.

—¿Y ahora, dónde está?

—Tranquila...

—¿Pues?

—La matemos.

Con este «la matemos» tan sobrio y característico subimos a elegir dormitorio.

Entramos primeramente en uno muy solemne donde había una cama de matrimonio y dos retratos imponentes de la condesa y del marido. Ella, de cuerpo entero, en traje de gala, con una gran cola enrollada a los pies. Él, de americana, sentado en un sillón de baqueta y fumando un puro.

La idea de dormir allí después de lo escuchado no me agradaba. Por fortuna se adelantó el miliciano a decirme que aquel cuarto estaba reservado para ciertas personalidades que esperaban.

Me llevó a otro. Me advirtió que a través de aquel dormitorio pasaría un ruso que dormía en otro más adentro y que no nos alarmase verle salir a medianoche, porque tenía trabajos cada cuatro horas. Salió. Yo le dije al doctor Prados, mi compañero de viaje, que sería curioso hablar con el ruso. Diciendo esto, se abrió la puerta y apareció. Pero hizo el saludo reglamentario y se metió en su cuarto. A medianoche sentí, en efecto, que abría su puerta. Alumbrándose con una lámpara de bolsillo cruzó y salió sin ruido. Nosotros dormimos bien, aunque sobre sábanas que olían.

Por la mañana escudriñamos algo de la casa. En un patio semi-jardín y lavadero, un automóvil desvencijado y sucio, un libro en pergamino, la ejecutoria de la familia y otros enseres estropeados. Por los altos corredores del patio, arcones con libros sin interés y periódicos. Las butacas y sofás con los forros arrancados. La escalera con señales de haberle arrancado también la alfombrilla central. En lo bajo del patio varios hombres con fusiles. La noche había transcurrido sin ruidos. La paz era completa.

Del resto del viaje, quedan en pie dos fuertes impresiones: la conducta de los milicianos del Quinto Regimiento encargados de custodiar nuestros dos camiones y la llegada a la primera posada bien abastecida de comestibles, ya en terreno de la provincia de Valencia. Los milicianos parecían chicos educados en un ambiente de auténtica finura. Solícitos, atentos, sufridos y animosos. Al llegar a Valencia redactamos una carta para el Quinto Regimiento en la que subrayábamos esta conducta con alegría y reconocimiento.

La impresión de Valencia era igual para todo madrileño: de una exuberancia casi agresiva. No era otro escenario simplemente, sino el opuesto. Era templanza de aire y luminosidad, tiendas abarrotadas de comestibles y bebidas, calles repletas de gente, animación y, sobre todo, escenario sin tecleo de ametralladoras, estampidos de cañón y explosiones.

Presenta la ciudad huellas de la revolución, pero nada de la guerra. Los ministerios trasladados de Madrid se instalaron en los

palacios mejores y lo mismo hicieron los grupos, asociaciones y sindicatos. En sus salones, que conservaban muebles de raso celeste, cornucopias doradas, bustos familiares en purísimo mármol, y hasta un poco de la última pieza de música tocada, se celebraban ahora juntas y se despachaban asuntos sociales, guerreros, económicos.

El ministro de Instrucción Pública nos reunió a los expedicionarios para declarar oficialmente su conducta con nosotros, es decir, su posición respecto a los cultivadores de la ciencia, las artes y las letras. El paso dado por el Gobierno tuvo resonancia en todo el mundo.

A partir de aquel día llovieron sobre nosotros los periodistas, con sus peticiones de interrogatorios. Para los corresponsales y enviados extranjeros tuvimos que redactar un cuestionario y sus consiguientes respuestas porque no siempre había en la Casa de la Cultura (nuestra casa) elementos que poseyeran varias lenguas y pudiesen contestar claramente.

El ministro de Instrucción nos había dicho que pidiésemos lo necesario para proseguir los trabajos que interrumpimos en Madrid; que todo se nos facilitaría y sin apremio. La generosidad del Gobierno era admirable y nos obligaba, pero ¿sería posible a todos continuar en lo suyo? Pronto se vio que no. Y unos, como Del Río Hortega fueron enviados a París (nuevo alarde generoso del Gobierno) y otros tuvimos que ir ayudando en infinidad de cosas. Yo fui requerido para dar lecturas de poemas en la plaza pública, en mítines y por la radio; fui nombrado vocal de la Junta para Ampliación de Estudios y un nuevo organismo de Relaciones Culturales con la URSS. Intervine en la creación de las revistas *Hora de España* y *Madrid*, la primera debería llenar, a ser posible, el hueco de las dos revistas literarias serias de Madrid (*Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*), la segunda se proponía ser órgano de la Casa de la Cultura.

En atención a los artistas evacuados, el director general de Bellas Artes nos sugirió la idea de hacer litografías y nos puso en relación con un taller. Comenzamos a ensayar el nuevo arte José Gutiérrez Solana, Arteta y yo.

Doy cuenta de estos actos personales por estar ligados íntimamente a hechos de gobierno muy significativos en las circunstancias aquellas.

Apuntados ya, seguiré con lo que he visto en Valencia. He visto la llegada de los cuadros y tapices del palacio de Liria y el interés que despertó en el pueblo.

He visto la llegada de cajones con cuadros del Museo del Prado.

He contribuido a instalar y acomodar los de libros procedentes de Madrid y del Escorial.

He visto llegar y distribuir muchas expediciones de niños que ahora están perfectamente cuidados.

He visto trabajar y despachar a los ministros hasta las dos y media de la madrugada.

He visto y hablado con milicianos que venían de todos los frentes con licencias o misiones especiales.

He asistido a la inauguración del primer instituto para obreros que abre a los trabajadores las puertas de la cultura superior.

He visto, en fin, un esfuerzo, un ansia enorme en la gente directora por crear y empujar hacia arriba en el orden cultural al mismo tiempo que les era forzoso crear un ejército, dotarlo y avituallarlo, reducir a los elementos perturbadores, llevar con tacto las cuestiones internacionales, abastecer a Madrid y resolver otras infinitas dificultades del momento. Pocos Gobiernos del mundo creo que habrán tenido sobre sí al mismo tiempo una revolución, una guerra y una invasión extranjera. Pocos como este de la España llamada arteramente *roja* por los enemigos merece la asistencia total y efusiva de los españoles.

Puede creerse que al sobrevenir la guerra civil, y la consiguiente revolución, los españoles se colocaron rápidamente cada uno en su sitio como las piezas de ajedrez: los negros en sus casillas y los blancos en las suyas. Pero no pudo ser así. Muchos españoles demócratas se vieron sorprendidos por la tragedia en lugares apartados de su residencia habitual y tomados por los reaccionarios. A su vez, muchos de éstos se vieron sorprendidos en territorios dominados por los demócratas. Salir de estos sitios no fue posible a unos ni a otros y puede decirse que si eran personas destacadas políticamente fenecieron, fueron eliminados. A esto se le llamó «limpia». Eran como importantes piezas blancas de ajedrez encajadas en las filas negras o viceversa.

Pero si los importantes fueron eliminados, quedaron los demás, que sin relieve alguno tenían su ideal político o, por lo menos, su inclinación. Éstos constituyen una gran mayoría. Y son una inmensa cantera donde pueden ser examinados los más curiosos matices del carácter y de la conducta.

La conducta humana se pone a prueba ante un cataclismo social. Nada en la vida corriente puede medir la bondad de la conducta como puede medirla una guerra civil o una revolución. El drama doméstico o cualquier conflicto de los muchos que a diario presenta la vida puede ofrecernos un indicio de la elevación moral de un individuo, pero el cataclismo social pone al desnudo la moralidad de todos y sin veladuras en ningún caso.

Es impresionante el panorama que ofrecen los tipos morales ahora que la conducta sube al primer plano de los valores. Ahora que la conducta está por encima del razonamiento.

Hay que fijarse bien en esto, en que el razonamiento o la razón está en crisis hoy por hoy mientras que la conducta es la mejor moneda para circular por el dividido mundo español. Por esto enmudecen los pensadores y actúa la voz de los poetas. No es tiempo de

⁴¹ Manuscrito a tinta, [1937], de la conferencia pronunciada en Estados Unidos en 1937, Archivo José Moreno Villa (JMV/4/16/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

tanteos ni de cautelas. Es tiempo de sumarse y actuar. Es tiempo, pues, de conducta o calor cordial. De soldados y poetas. Las ideas quedaron atrás, fueron la base de todo lo venido. Las censuras, las críticas, los programas, toda la balumba del pensamiento quedó en la última estación de la línea normalizada. Desde que la línea perdió su normalidad entran en juego otros valores: la acometividad, el esfuerzo, la lealtad, el entusiasmo, la resistencia. Todos ellos resumibles en esta palabra: conducta.

Palabra grande, palabra mayor. Para darnos idea de su tamaño no hay más que colocar a su lado unos cuantos tipos humanos de dudosa moralidad: el «cuco», el dócil, el avisado, el hábil; hasta el perplejo, tipo muy abundante en las catástrofes sociales.

Todos están ahí, todos siguen viviendo entre las filas leales o enemigas. Y la mirada humana, que acecha en las circunstancias actuales con un tesón obsesionante, los descubre al paso por la acera o al doblar una esquina. Se diría que hoy llevamos la conducta impresa en la faz y que cualquier ciudadano, aun el analfabeto, quiere leerla. Fenómeno característico del momento.

Al hablar de conducta lo primero que hay que preguntarse es esto: conducta ¿frente a qué? Y responderemos que frente al peligro. No frente al propósito o ideal del combate, sino frente al peligro. Porque lo fuerte del combate es eso. Si no hubiese peligro no tendría mérito la conducta, no se la estimaría más que en tiempos normales.

Y frente al peligro lo que se produce es el miedo o la valentía, el pánico o la serenidad. Todos los que huyeron de España, algunos abandonando puestos oficiales, cargos públicos, huyeron por miedo o pánico. Hablando de esto he oído decir: «El miedo le sobrecoge a uno como la fiebre. Es tonto censurar al que se ve atacado por ésta o por aquél; son reacciones fisiológicas naturales». Esto será verdad, pero lo que nos importa aquí es el resultado. Y el resultado es que la naturaleza que sucumbe ante la fiebre o el miedo es una naturaleza endeble o por lo menos más endeble que las de aquellos que resisten a la una y al otro.

Miedo hemos sentido todos y lo seguimos sintiendo. Pero nos sobreponemos a él; lo vencemos. Incluso forjándonos ilusiones y

mentiras. El miedo es tan hijo de la guerra como el heroísmo. Sólo que uno es hijo negativo y el otro hijo positivo.

La conducta, pues, hay que valorarla o tasarla frente al miedo, en contacto con él. Es éste la piedra de toque. Y por lo tanto, la conducta del perplejo o del emboscado, del habilidoso y del cuco, del ingenuo y del fanático hemos de considerarla en función con el miedo.

Yo he visto en los primeros tiempos individuos resueltos, agitados que querían intervenir en todo y exigir responsabilidades con una extrema dureza. Gentes conocidas de antes por mí, comedidas e incluso tímidas. Y, pasados unos meses, he sabido que después de todo aquel alarde revolucionario de primera hora, habían huido o habían buscado comisiones fuera del país. Eran cobardes, fueron cobardes. Cayeron bajo el miedo, y, algunos, encubrieron su pánico mediante la «cuquería» de hacerse nombrar comisionados de algo.

Estoy por creer que las ferocidades mayores cometidas en esta hecatombe doble se debieron a estos cobardes que se «camuflaban» de revolucionarios o purificadores; de estos «cucos» y «ventajistas» de la retaguardia. Conozco casos terribles de bajas venganzas cometidas por individuos ínfimos resentidos por las órdenes antiguas de un superior administrativo.

El «cuco», sin embargo, no es generalmente agresivo ni cruel. Cuida de sí mismo, de defenderse con habilidades. Y considera peligroso atacar a alguien. Suele ser un miedoso inofensivo. Irrita a la gente su conducta, porque ahora como digo todo lo que no sea de buen temple moral es despreciable o irritante, pero a pesar de todo alguna vez mueven a risa o a conmiseración sus trucos. Y, como no debo escamotear verdad ninguna, reconozco que hay «cucos» útiles, es decir, que las estratagemas o martingalas usadas por él para evitar el peligro han resultado de utilidad para la causa o la lucha. Hay, en efecto, «cucos» que desempeñan tareas o trabajos de positiva ayuda en ministerios, escuelas, transportes, enlaces, custodia de objetos, embalaje y acomodación de ellos, dirección de establecimientos, presidencias o secretarías de comités, etc.

Otro tipo del momento y más complejo que el anterior es el perplejo. Suele serlo aquel que habiendo sido arrollado, empujado y envuelto por los hechos se encuentra más allá de donde quería o desde luego fuera de su sitio apetecido. Es lo que les ocurre a muchos sencillos republicanos. Gente buena, incluso de probado e ilustre abolengo moral, pero cuya perplejidad es hoy nociva. Gente buena que resulta de mala conducta por su dubitación. Oyen decir que de esta lucha va a salir una España distinta, un orden social nuevo no parecido en nada al anterior, y se aterran. Se aterran tanto como de pensar en un mundo fascista. A veces piensan que volverían a votar por el Frente Popular si la historia se repitiese. Y ello porque nada les parece tan funesto para el progreso y vida del país como la intolerancia e intransigencia de las derechas españolas, aferradas a la religión única y al sistema feudal.

Pero otras veces piensan que los terribles estragos de una guerra civil deben ser evitados a toda costa. Que la de hoy sumirá a España en la ruina y que el conflicto se ha producido por un antagonismo de ideales extremos ajenos al suyo.

Pudiera creerse que este tipo es el más ponderado y razonable. Pero es porque lo consideramos en abstracto, fuera del lugar y del tiempo. Y es preciso considerarlo en España y en estos momentos. No en los de antes, no en los de normalidad.

No. Ese tipo de hombres daña, y es considerado como dudoso y hasta favorable en ocasiones para la tesis del enemigo.

El hombre absolutamente razonable y ponderado no cabe en los campos de lucha material y pasional. En una guerra civil, que no es cosa exactamente igual a un combate pugilístico, ni a un partido de fútbol, no cabe el papel de árbitro o personaje dispuesto a dar puntos buenos y malos indistintamente a los combatientes. Ese hombre no cabe en España hoy por hoy.

En España queda, indudablemente, un tipo de hombre razonable y ponderado, pero muy distinto. Es el que cumple con su deber, el que no rehúye responsabilidades y se mantiene en estos momentos difíciles sereno y leal a su Gobierno. Es el que si hace crítica la hace para corregir algo concreto, no para lucir su ingenio. Es el que trabaja en la sombra, quiero decir sin teatralidad, ni buscando

aplausos. Es el que vuelca toda su atención sobre los problemas que le incumben. Éste sí, éste es un valor moral. En él hay conducta.

Yo he oído al hombre aparentemente ponderado y razonador, aquel que dijimos no cabía en España, lo siguiente: «No se puede estar ni con unos ni con otros». Y, en efecto, a los pocos días estaba fuera del país. Y mucho más acongojado que si se hubiera sumado a una de las dos tesis en pugna. Porque ahora estaba desgajado de lo suyo, sin tierra firme y a merced de la caridad. Y sin horizonte para el mañana; pues no le querrán ni los unos ni los otros. Con lo cual resulta que este tipo, al parecer razonable y ponderado, no lo es realmente. Y es que lo más razonable, y hasta lo más práctico, es comportarse debidamente, según pidan las circunstancias. Es decir, que cuando las circunstancias pidan lealtad, firmeza y abnegación, o sea conducta, no pretendamos eludirla y poner en su lugar el cálculo, la cautela o la razón.

Lo más razonable de todo en tiempos de guerra civil es ser miliciano. Y si no se puede o no se debe porque la Administración le exige que ponga sus facultades especiales en cosas de mayor dificultad, sumirse en ellas sin reservas.

Notaréis que los tipos humanos enfocados aquí no son los más llamativos y característicos en los periodos de guerra, sino los más grises y complejos, los que tienen una moral inestable o confusa. En este trabajo no han de aparecer el espía, ni el traidor, personajes melodramáticos sin delicados problemas. Me interesan los individuos acongojados o aquellos que arrastra el huracán como si fueran vellón de lana o pesado leño.

Entre estos últimos están el ingenuo y el fanático. El ingenuo, hombre candoroso, sin reserva mental ni doblez alguna, es traído y llevado como vellón de lana, mientras el fanático es arrastrado y lanzado como leño gravitante.

¿Cómo se comportan uno y otro frente al miedo, esto es, frente a la piedra de toque de hoy?

Siendo el ingenuo un producto simple de la vida, con un alma tan intacta que apenas tiene conciencia de sí misma, un alma de espejo o de reflejo, aparecerá confiado, valiente, o desconfiado

y cobarde, según las circunstancias. He conocido a un ingenuo que fue revistero de salón cuando vivía en la gran burguesía y luego comunista cuando tuvo que vivir entre obreros por azares de la vida. Este ingenuo se sentía tan contento en su primera misión como en su segundo avatar. No sólo le arrastraba el ambiente sino que le encendía y entusiasmaba. Su goce y razón de existencia era la exteriorización. Pero no de nada suyo, sino del contorno. Como todo ingenuo era incapaz de apoyarse en algo interior suyo. Es sabido que el ingenuo perdería su ingenuidad desde el momento en que se enfrentase con un problema o una duda. Él pasa por la vida como cuerpo sonámbulo. Su miedo o su valentía pueden resultar, sin embargo, de interés para la lucha por lo que tienen de expone- nente social ya que su ser acusa lo que pasa fuera.

El fanático, en cambio, alma inyectada o mordida por el conocimiento, es un introvertido. La chispa de fuego hizo presa en su interior seco y ávido. Todo lo dará por la causa, que es, ante todo, un clavo en su conciencia. No deberá sentir miedo, ni flaquear. Pero si por este lado nada hay que temer de él, puede ser nocivo para la causa por la ceguera de su ímpetu, falto de complejidad.

Se dirá que los tiempos de guerra son simplistas, o enemigos de la complejidad, pero es lo cierto que en las alturas del Gobierno existe siempre la complejidad y que un fanático puede ser a veces una complicación para el gobernante.

VALENCIA, PARÍS
(A BORDO, RUMBO A LOS ESTADOS UNIDOS),
DEL 6 AL 10 DE FEBRERO DE 1937⁴²

Día 6 de feb[rero], 37

Salí de Valencia a las 12 ½

Llegué a Toulouse a las 4 1/2

Orillas de Cataluña. Peñíscola.

Mar de los Picos de los Pirineos.

Tolosa. Café burgués medio. Mujeres de negro con sombreritos
pico de gallo.

Jugadores de cartas. Humedad y lluvia.

Tranquilidad que no acierto a creer todavía.

No he comido más que un poco de salchichón desde que salí de
Valencia.

Ahora, a las 6, un *brioche* y dos vasos de cerveza.

Día 11, a bordo del *Île-de-France*

Embarqué ayer después de haber estado en París tres días. En
estos días ha cambiado todo mucho. Cayó Málaga y aprietan el cer-
co de Madrid. En el barco me preguntan si quiero figurar en la lista
de pasajeros porque la agencia ha dicho que no me incluyan. Me cre-
erán un enviado rojo.

El periódico del barco es partidista y de Salamanca. Se ve que
para el extranjero el Gobierno republicano es indeseable.

Yo, mientras tanto, sufro pensando en mis hermanos Miguel,
Rosa y Trini. ¿Habrán tenido que salir de Málaga? ¿Qué será de
ellos?

No hablo con nadie. Leo el *Ecce homo* de Nietzsche. ¡Cómo han
bebido en él todos los del 98! Incluso Ortega: con su trasmutación
de valores y su empujón hacia la filosofía de la vida. Hasta Cossío
recibe influencia suya, con lo dionisiaco y lo apolíneo.

⁴² Manuscrito a lápiz y tinta, Archivo José Moreno Villa (JMV/5/43/1), Residencia de
Estudiantes, Madrid.

En París visité la Casa de España, donde vi a Baroja, a don Blas [Cabrera], a Establier y su familia, a Paulino [Suárez], a Carmencita Castro y su marido Zubiri.

Comí en la embajada. A la mesa estaban Zarazola y Palencia Oyarzábal. Otro día comí en un restaurante popular de la isla de San Luis llamado *Au rendez-vous des mariniers*. Bien el paisaje, muy Simenon, pero la comida cara y no muy a tenor del precio.

WASHINGTON, ESTADOS UNIDOS

(FEBRERO – ABRIL DE 1937)⁴³

El 18 iré a Nueva York y el 19 será la conferencia.

El 12 iré a Princeton. El tren llega a Trenton a las 2.05. Sale de Washington a las 11.

La lección en Princeton la di en un aula donde poco antes habían tenido lección de Latín y, en la pizarra, a mis espaldas quedó la frase latina: «Castigat mores ridendo».

Resumen de los dos meses

Detalles de lo hecho.

Al suspender mi estancia en los Estados Unidos por orden del Gobierno, que me envía a México, redacto la adjunta memoria de mis trabajos en Norteamérica desde el 18 de febrero a fines de abril.

En estos dos meses he escrito dos conferencias y he dado cuatro en otras tantas poblaciones.

Y he dibujado doce asuntos de guerra y revolución que con los que traía llegan a veinte, los cuales fueron expuestos en las poblaciones visitadas.

Para compensar mi desconocimiento del idioma inglés, y para no estar ocioso mientras se concertaban las fechas y lugares de las conferencias (cosa difícil en este país porque las universidades tienen sus programas hechos), recurrí al dibujo, que es lengua universal, y a fuerza de concentración y recuerdo hice unos cuantos cuadros que sacuden la sensibilidad de esta gente. Los asuntos son éstos:

1. Cola de mujeres en busca de alimentos.
2. Evacuación.
3. Convalecientes en un palacio.
4. Vida y muerte en el frente.

⁴³ Manuscrito a tinta, Archivo José Moreno Villa (JMV/5/42/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

5. Miliciano a caballo.
6. Refugiados en un sótano.
7. Los paseos cambian de aspecto.
8. Refugiados en el metro.
9. Fusilamiento de un leal.
10. Mitin al aire libre.
11. Víctimas de una bomba.
12. Perros famélicos.
13. Casa de aldeanos bombardeada.
14. Cacería en aldea.
15. Camarada caído.
16. Destrucción y hambre.
17. Efectos de una bomba.
18. Los perros y el cadáver.
19. Arrastre de un hombre.
20. Otro miliciano.
21. Camión con milicianos.

Estos dibujos fueron expuestos en Washington desde mediados de marzo al 11 de abril; en Princeton (el 21), y en New Brunswick el 22, habiendo impresionado mucho.

El eminente profesor Panofsky, gran autoridad en arte, dijo de ellos: «Es la primera vez que veo unidos el arte y la política de un modo perfecto».

Y yo declaro que gracias a ellos he penetrado en un ambiente conservador como el de Princeton, refractario a la propaganda guerrera o política.

Remover a esta gente beocia lo considero importante. Princeton no facilitó mi conferencia pública ni ayudó para exponer mis dibujos. Tuve que hablar en la universidad para los estudiantes de español y recurrir a exponer en un club de señoras (que aquí son las dueñas). Así y todo creo que tuvieron que pensar en España durante unos días. Y esto era lo importante.

Los temas de mis conferencias han sido:

—Enanos y bufones en la corte de los Austrias (adaptación de un estudio que hice en España).

- La guerra, la revolución y la crisis del arte.
- La conducta, primer valor en estos momentos.
- Cosas vistas y sabidas.

En Washington, Nueva York y Princeton hablé sólo de arte histórico. En New Brunswick improvisé una conferencia manejando los otros tres temas que tenía desarrollados por escrito y, además, leí mis poemas de guerra. Fue la conferencia más cordial. El público era de obreros españoles (casi todos salmantinos, de Béjar y sus aledaños) y de alumnas norteamericanas del New Jersey College for Women. Esta conferencia me la organizó el profesor Salas Viu.

Resultó perfectamente. Los obreros dijeron al final: «Ha hablado uno de la familia», indicando que el tono íntimo y llano les había llegado.

Era mi propósito haberme trasladado después a Madison, estado de Wisconsin, donde está de profesor el señor Solalinde. Éste me había ofrecido una conferencia en su universidad y arreglo de otras en sitios cercanos. Pero, al recibir la orden de trasladarme, dada la distancia a que está Madison de Princeton, renuncié.

Creo mi deber decir a usted que conforme he ido dándome cuenta de los modos norteamericanos y de su psicología y posición ante nuestro problema he ido afirmándome en la creencia de que yo podría hacer aquí algo a nuestro favor (aun con mi falta de instrumento verbal). El modo de ser, de presentarse y de actuar es de gran importancia aquí, donde la inmensa burguesía cree que nosotros somos unos rojos desenfrenados. Yo les he visto desconcertarse ante mi naturalidad y mis trabajos.

Memoria

Sr. D. Wenceslao Rocés

Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes

Al suspender mi estancia en los Estados Unidos por orden del Gobierno, que me envía a México, pongo en sus manos esta *Memoria* de lo realizado por mí en los dos meses y medio pasados aquí.

Llegué a Washington el 18 de febrero. Inicié la correspondencia con los profesores universitarios que podían arreglarme conferencias en distintos puntos del país, cosa dificultosa porque requiere ajustar las fechas unas con otras y anunciar los temas con bastante anticipación. Yo tenía que pensarlos y redactarlos. En unos sitios no permitían hablar de nuestro problema, en otros sí. Adapté para los primeros el estudio histórico-artístico que ya tenía hecho en España sobre los *Enanos y bufones de los Austrias*⁴⁵, y escribí para los segundos unos ensayos sobre los temas siguientes: *La conducta y los momentos actuales de España* (sosteniendo que era el valor que flotaba hoy sobre todos)⁴⁶; *La crisis de la pintura y del pintor ante la guerra y la revolución* (sosteniendo que las cosas se ven ahora de otro modo, tanto las posiciones estéticas de los últimos años como las históricas)⁴⁷; y un *Relato de cosas vistas o recogidas*⁴⁸.

Quise, además, prepararme una colección de dibujos originales que poder presentar en todas partes. Y llegué a hacer veintiuno, que se expusieron por primera vez en la embajada de Washington

⁴⁴ Copia mecanografiada de la carta enviada a Wenceslao Rocés por José Moreno Villa, Correspondencia José Moreno Villa, Archivo José Moreno Villa (JMV/1/8C/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

⁴⁵ Se refiere al artículo «Locos, enanos y negros en la Corte de los Austrias» publicado en la revista *Madrid* (Valencia, febrero de 1937) que, poco después y con ligeros cambios, sería el estudio introductorio al libro *Locos, enanos, negros y niños palaciegos* editado por La Casa de España en México en 1939.

⁴⁶ Alude a «La conducta y la revolución» reproducido en las páginas 313-318 de este volumen.

⁴⁷ Se trata de la conferencia titulada «Del mundo creativo a la dura realidad. La crisis del arte con motivo de la revolución».

⁴⁸ Se refiere a «Lo visto», reproducido en las páginas 300-312.

durante la segunda quincena de marzo y primeros días de abril, logrando mucho efecto por su dramatismo.

El día 9 de abril di mi primera conferencia en esta capital, en el Instituto de las Españas (filial de Washington).

El día 11 me trasladé a Princeton (habiendo recabado de la embajada un anticipo de doscientos cuarenta dólares para viajes y gastos, ya que no había recibido aún ni mis sueldos de marzo y abril ni nada para trasladarme de un punto a otro).

En Princeton opusieron dificultades para lo que llaman *conferencia pública* y para exponer debidamente mis dibujos. El ambiente beocio, de universidad conservadora y rica, estaba en guardia. Pero esto me incitaba. Y pude dar la conferencia a los estudiantes de español, exponer un solo día en un club de señoras y conocer a las personas de más altura espiritual, entre ellas a Einstein, Weill y Panofsky. Este último, personalidad mundial en arte, dijo de mis dibujos: «Veo en ellos por primera vez perfectamente unidos el arte y la política». La experiencia de Princeton me demostró que con el arte y las conferencias sencillamente culturales se podía penetrar en todas partes y atraer la atención sobre España y su problema indirectamente.

Desde Princeton fui a Nueva York, donde actué el día 19 por la noche en el Instituto de las Españas, con el tema de Washington. Me presentó don Ángel del Río y después de mi conferencia habló y leyó mis poemas el señor Onís, organizador del acto. Volví a Princeton el 20, donde di una lectura este día y salí el 22 para New Brunswick, pueblo cercano donde el profesor de Español Manuel Salas Viu me había preparado una conferencia en el New Jersey College for Women, reuniendo público universitario femenino y trabajadores españoles. Este acto ha sido el más cordial de los cuatro realizados. En él improvisé y añadí cosas sobre la actividad del Ministerio de Instrucción y sobre el sentimiento de patria. Los españoles y españolas, conmovidos, decían: «Hemos oído a uno de la familia». Y las chicas norteamericanas cerraron el acto cantando canciones españolas. Volví a Princeton con el profesor de Español de esta universidad, don Augusto Centeno, gran espíritu que defiende nuestra causa, y di por cerrado el ciclo primero de

conferencias, ya que para ir a Madison, como me proponía antes de recibir la orden de traslado, necesitaba unos quince días, entre viaje, estancia y regreso.

Abandono este país con sentimiento y convencido de que a pesar de faltarme el instrumento verbal (cosa que hubiera podido ir adquiriendo) podía influir a nuestro favor con los otros que están en mis manos.

José Moreno Villa
Washington, 27 de abril de 1937

UN MILICIANO DE LA CULTURA DE ESPAÑA
SE ENCUENTRA EN MÉXICO⁴⁹
APUNTES DE UNA CONVERSACIÓN CON JOSÉ MORENO VILLA
POR LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

Hace ya algunos días que el gran poeta español José Moreno Villa se encuentra en México. Es un hombre representativo de la España eterna, un poeta verdadero y, como tal, un hombre que ha estado siempre con el pueblo. Su obra es copiosa y en ella constamos que la poesía ha sido, no la preocupación de su vida, sino su vida misma. La pintura, el dibujo, son otras formas de su voz para decírnos lo que olvidan sus palabras, lo que sus palabras pueden decírnos.

Miliciano de la cultura

—«Soy un miliciano de la cultura, un emisario del Gobierno. Por eso estoy en México —nos dice José Moreno Villa—. Daré algunas conferencias y expondré dibujos. Por el momento, escribo poco. El dibujo me ofrece una manera más apropiada para expresarme. Casi no puedo escribir. La guerra trastorna muchas cosas, entre ellas la lógica del pensamiento. Lo escrito por mí, por mis amigos, ¡me parece tan alejado, tan sin interés ahora! La guerra española me ha ocasionado una crisis profunda, aguda. No creo que sea sólo mi pensamiento el que atraviesa por esa crisis, sino el pensamiento de muchos intelectuales españoles. He dejado la pluma estas semanas últimas, casi por completo, después de haber escrito unos cuantos poemas de guerra que gustaron en España. He dibujado mucho, en cambio».

Las revistas: *Hora de España y Madrid*

—«Antes de salir de Valencia, en donde la República reunió a lo más valioso de la inteligencia española, fundé con otros escritores, artistas y científicos, las revistas *Hora de España y Madrid*. Espero que les hayan llegado a México. Escribí en ellas las palabras de saludo al iniciar sus labores. Al salir de Valencia y encontrarme fuera de España, por orden del Gobierno, me di cuenta de la gran

⁴⁹ Entrevista publicada en *El Nacional*, México, 12 de junio de 1937.

tensión con que vivía allá. Sentí que todo yo me dilataba. Pero, ahora, de nuevo me siento como falto de España, de una manera intensa y continua».

(A mí me pareció que el poeta sufre profundamente con estar fuera de su patria. Le hace falta el aire, el cielo, la tierra, los muros, las piedras, las plantas... No podría soportar un alejamiento largo, porque como dice: «La nutrición espiritual me la da mi suelo. Fuera de mi país me siento alma errante, sin arraigo». Alguna vez le dije esa impresión que me daba. Y recordé páginas de Azorín, escritas en París, un Azorín completamente desaclimatado en lo espiritual, lleno de sufrimiento y que parece que no ha vuelto a pisar tierra firme desde que salió de España).

—«Confío en que su pericia e inteligencia excusará la pregunta corriente de “quién ganará la guerra”. Esta pregunta me resulta de una frivolidad incomparable. Me recuerda a los que se acercan a un jockey en las carreras de caballos para informarse y apostar. Y la guerra no es una carrera de caballos, ni una jugada de bolsa. Estar en la guerra es querer ganarla, poner fe y entusiasmo en ganarla, no detenerse en profecías ni conjeturas, sino ayudar. Es poco serio eso de pasarse las horas discutiendo cuando las gentes se están matando y las poblaciones necesitan avituallamiento.

»Por eso la posición de los que se van de España a contemplar la guerra es inmoral. Ellos creen que el peso de sus palabras podría encender más la contienda, empeorar la matanza, pero el hecho es que con el mutismo o el balanceo “cuco” hacen más daño.

»Y hoy por hoy, la conducta, el valor moral, es mucho más apreciado que cualquier otro valor, por grande que sea en los terrenos de la cultura».

Lo individual deja paso a lo general

—Usted no ha hecho nunca política, que nosotros sepamos. Siempre le hemos visto, desde aquí, metido en su poesía, en su pintura, en sus investigaciones artísticas. Es el caso de muchos de los más altos exponentes del pensamiento español. Usted siempre ha sido un poeta.

—«Yo no soy político, replica Moreno Villa. No he figurado nunca en partido alguno, aunque he tenido mis simpatías. He sido y sigo siendo liberal, eso que ya se considera una antigualla. Pero mi posición no tiene importancia. En estos momentos españoles, lo individual deja paso a lo general. Y en el individuo lo que más importa es la conducta. En tiempos de guerra, como le digo, suben los valores morales. Casi lo dominan todo. El Gobierno, sin embargo, quiere sostener los valores científicos, literarios, artísticos. Ya sabe usted que sacó de Madrid a las personas que hacían obras de importancia en cualquier terreno espiritual y les dio albergue y medios de trabajo en Valencia.

»Usted sabe que allí hemos fundado dos revistas con ayuda del Gobierno: *Hora de España y Madrid*. Se debe ya saber en América lo que ha hecho el Ministerio de Instrucción por la enseñanza primaria y secundaria, lo de las guarderías infantiles y el instituto para que los obreros puedan pasar a la universidad mediante un bachillerato abreviado. También se debe conocer lo hecho por salvar cuadros y libros. El esfuerzo del ministro Jesús Hernández y del subsecretario Rocas han sido enormes, teniendo en cuenta que se hacían y hacen en los momentos en que la guerra exige para sí el material humano».

Primera visita a México

—«Sí; es la primera vez que estoy en México. Lo conocía un poco por personas, lecturas y grabados. Me falta conocer el ambiente o la realidad directa. Todavía es pronto para hablar. Lo que vaya escribiendo en estos días no pasarán de meras observaciones.

»He compuesto aquí algunos poemas de ausencia, que se publicarán más adelante. Ahora, a ver lo que hay de diferencia o análogo en la arquitectura, en los monumentos, en los materiales de construcción, en los productos del país. Ese tezontle que usan en las construcciones aquí es maravilloso por su calidad y su color tan cálido y tan serio. La luz de México me recuerda la de Madrid, que también es muy clara. En ella se dibujan con absoluta nitidez las formas lejanas. Comienzo a ver la pintura mexicana. En España me parecía descomunal, gigantesca. Ahora la estoy viendo dentro de una proporción más humana, más a su tamaño verdadero».

(Naturalmente procuramos, y no hubo para ello esfuerzo alguno, conversar con José Moreno Villa de los valores literarios y artísticos que interesan en México, a fin de conocer algo de los puntos de vista del poeta español).

Antonio Machado

—«Leo muy poco, sólo lo que siento que me alimenta profundamente. No conozco la producción literaria moderna de América con detenimiento. Lo que me apasiona es el trabajo de creación y a ello dedico las pocas horas de que dispongo. En Madrid pasaba todas las mañanas en mi labor de archivero. En el día tengo sólo dos o tres horas verdaderamente mías que dedico a mi obra. Mis lecturas predilectas son de autores afirmados ya por los siglos o por varias generaciones. Busco la solera del pensamiento, del sentimiento, no lo agraz o de moda.

»Allá por el año 1913 rendí homenaje a Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Yo, neófito, les reconocí como maestros, pero dispuesto a realizar mi voz propia. Creo que Antonio Machado es el poeta más hondo, más trascendente, más grande de la España actual. Me encantan, asimismo, algunos poemas de don Miguel de Unamuno. Y he animado primero y admirado después a García Lorca, Alberti, Cernuda, Prados y Altolaguirre.

»Sí; Neruda es denso. No es para nada una poesía ligera la suya. Juan Ramón le ha combatido. Es todo lo opuesto que pueda imaginarse a su poesía. Pero, es una poesía cargada de savia, honda, llena de vida».

La literatura es la cosa más miserable si...

—«Creo que nada es más triste —prosigue Moreno Villa— que una poesía que no es indispensable, que no es verdaderamente grande. La literatura es la cosa más miserable si carece de nobleza, hondura y significación».

—Dalí nos ha interesado en México, le decimos a Moreno Villa. Creemos, no obstante, que se le señala como ultra literario, ha logrado extender las fronteras de la expresión pictórica. Des-

pués de Pablo Picasso, español también, Salvador Dalí ha dado un nuevo impulso a la pintura europea que se encontraba como sin salida.

Inmoral la obra de Dalí

—«En efecto —responde el poeta español—, Dalí tuvo genialidad suficiente como para eso. Ha interesado al mundo pictórico e incluso al mundo médico. Pero visto desde el ambiente de guerra y tragedia en que nos movemos los españoles resulta inmoral su obra. Esas preocupaciones de la libido, esos temas eróticos de marcado sabor paranoico, todo ese mundo de Freud y de alguien más, sobre ser patológico es inmoral en estos momentos, por la ausencia de amor a algo. Creo que es una cuestión de moda que no tardará mucho en pasar. Poseo una cantidad regular de dibujos de Dalí, hechos mientras estudiaba en Madrid, y notas para un estudio sobre él. Creo que prácticamente no suma gran cosa a la pintura».

Cubismo: pintura sin drama

—«El cubismo —continúa Moreno Villa— me parece un arte neutro. Huyó del drama. Una pintura sin drama humano carece de profundidad. El cubismo, por ello, pronto degeneró en decoración y en la decoración encontré, acaso, su mejor salida. En un cuadro bastan unas cuantas manzanas, un árbol, una figura, para crear el drama. El cubismo, voluntariamente, se alejó de él».

—Sorprenderán e interesarán sus opiniones —le decimos a Moreno Villa—. Recordar la moral a propósito del arte, a propósito de Dalí, o juzgarlo todo en relación al particular momento histórico, merece una explicación más completa para no ofrecer una síntesis demasiado primaria de su pensamiento. Y en cuanto a los del cubismo ¿no le parece que el drama del cubismo es más bien un drama exasperado, intencional y vertiginoso, acaso no el de la vida objetiva, sino el drama puro de la inteligencia? Y el cubismo no es más que un episodio de la prodigiosa actividad artística de Picasso.

La moral en el arte. La guerra y los valores morales

—«Ya sé que los valores pictóricos no se deben pesar o medir con pesas o medidas morales, nos responde Moreno Villa. Pero yo, en las circunstancias presentes, no puedo eludir este modo de juzgar las cosas. Comprendo que es efecto de la guerra y que, cuando vuelva la paz, volveré a ver los productos humanos (literarios o artísticos) de otro modo.

»Si la pintura y la poesía fuesen como la matemática, la química o la astronomía, esto es, ciencia, esto es, pura objetividad, donde no cabe sentimiento, pasión, ingenio, gracia humana, sería totalmente absurdo acercarse a ellas con la moral. Pero las artes son subjetividad ante todo. En ellas se revela el alma del productor. Y al alma se le puede pedir cuenta de los ingredientes morales que la componen.

»Esto no es algo que se me ocurra a mí caprichosamente. No niego que haya una crítica de arte que se limite a pesar los valores plásticos; pero existe también otra crítica que ante la obra total de un hombre se hace la siguiente pregunta: “¿qué hay en el fondo de esta personalidad?”. Y esa pregunta se contesta desde el campo de la psicología, o de la moral. No es nada difícil mirar así a un Goya, a un Velázquez o a un Greco. Si tengo tiempo escribiré aquí en México algo sobre este tema, que desde luego ha nacido en mí a causa de la guerra. Por hoy baste decir que cubismo significa para mí “neutralismo”, apartamiento del drama humano, y que el mundo revelado por Dalí es un mundo adverso, contrario a la salud pública, perverso, que nadie querrá tener ante los ojos en una pared de su casa.

»Insisto, amigo mío, en que con la guerra se han apoderado de nosotros, con exclusividad, los valores morales, entre los cuales están la conducta, el estímulo, la abnegación, el sacrificio, la lealtad, el amor al suelo y a su gente».

—Mil gracias por sus explicaciones. Observo que constantemente en el diálogo el arte nos lleva a la guerra y la guerra nos devuelve al arte.

—«Dejé Valencia con la seguridad absoluta en toda España del triunfo de la causa noble del pueblo español. En México, mejor

que en cualquier parte del mundo, se siente el entendimiento completo, general, de nuestro problema. Y, por ello, casi le agradezco que no hayamos hablado de lo que ustedes conocen con tanto detalle como fervor. Dentro de pocos días llegarán quinientos niños españoles que recoge el pueblo de México. Con toda sencillez quiero decirle la emoción profunda, grave, que he sentido al llegar a México. Estaba en los Estados Unidos, por órdenes de mi Gobierno, porque no soy sino un miliciano más, y por órdenes de mi Gobierno y gestiones de mi grande amigo Genaro Estrada vine a México, en donde espero ampliar las simpatías que los mexicanos sienten por mi pueblo».

Memorias revueltas

1950-1952

MEMORIAS REVUELTAS⁵⁰

Como no he perdido del todo los memoriales todavía y en mi libro *Vida en claro* hay aspectos intocados, por olvido en aquellos días o por no desviar la trayectoria inicial, comienzo ahora a redactar estas nuevas *Memorias*, que se llaman *revueltas* porque carecerán de orden cronológico. Trenzaré en ellas lo pretérito con lo inmediato y lo intermedio.

Todo es provisional. Entrego la redacción improvisada de asuntos que por lejanos quieren borrarse o de otros que por la excesiva proximidad se me deforman.

Abrigo la esperanza de que diviertan y hasta enseñen algo al lector por ser la experiencia de alguien. Escribo de lo mío como si se tratase de otro. Después de todo, uno es y no es el mismo que fue. Uno ha ido siendo. Y en este *siendo* está el chiste, o la desdicha de la existencia.

APRENDIZAJE ANÁRQUICO

Los maestros oficiales no fueron nunca mis verdaderos maestros. Venían a ser para mí como jueces que me sometían a un interrogatorio antipático. Su sola presencia me intimidaba y las más sencillas preguntas se me convertían en cuestiones sin sentido. ¿Cuánto tarda la Tierra en [dar] un giro completo sobre su eje? Demandado este conocimiento por un señor sentado en un sillón sobre tarima, y ante un auditorio que también se componía de jueces, aunque menores, hacía que las palabras de la pregunta se me convirtiesen

⁵⁰ «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 65, México, 30 de abril de 1950; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, edición de Humberto Huergo Cardoso, Valencia, Pre-Textos, 2010, págs. 91-95.

en otros globos terráqueos que giraban alocadamente en mi corazón más que en mi cabeza.

Este desconcierto ante las preguntas en público me siguió durante toda la vida. Yo hubiera hecho un papel lamentable en un congreso de diputados, y si me viese algún día envuelto en algún lío de tribunales, sería tal mi descomposición de ánimo que a las primeras de cambio recaerían sobre mí todas las sospechas.

Mis maestros no fueron los oficiales, sino otros señores cuyas caras no vi nunca, o las vi cuando ya era mayor y pude ser amigo de ellos. Mis maestros fueron los libros, las conferencias, las palabras oídas a la gente, las cosas vistas en las calles o en las casas.

El aprendizaje a base de un magisterio tan vario y deslabazado tiene sus inconvenientes. Por falta de disciplina, resulta anárquico y lleno de lagunas. Las cosas que debí aprender al principio las aprendí a destiempo, y muchas de las aprendidas resultaron equivocadas, erróneas o trasnochadas. Otro muchacho menos reconcentrado y menos propenso a buscar los conocimientos por sí solo, más sometido que yo al orden y al método, hubiera invertido la quinta parte del tiempo en aprender las cosas elementales. Pero yo me desquité con algo que considero eficaz: la perseverancia. Desde que mis inclinaciones o vocaciones cuajaron, es decir, desde mis veintitrés años, he insistido hora tras hora en ellas; sin desviaciones ni fatiga; y sin desaliento, aunque los medios en que me moviese fueran poco estimulantes para mis actividades.

Éstas han sido muchas; demasiadas. Otra prueba de anarquismo. He pintado y pinto, he compuesto poemas y los sigo componiendo, he cultivado la historia o la interpretación de las bellas artes y por esta actividad se me conoce principalmente en México, he hecho análisis literarios y libros de viajes. Son demasiadas osadías, lo comprendo. Pero tengo necesidad de ellas. Son mi vida, mi alimento y mi desgaste. Un desgaste sobre todo porque pongo mucho cuidado —que es esfuerzo— en que ninguna de esas actividades pise a las otras, es decir, que en mis escritos analíticos no se cuele la poesía, por ejemplo, ni viceversa.

Ahora mismo, al ir redactando estas memorias, hago un análisis y no me permitiré fantasías. Si de algo sirven las memorias es

para conocerse a sí mismo. No vale, pues, novelizar ni esquivar, porque se desvirtuaría todo el trabajo. En cambio, siendo fiel a los recuerdos encontramos a cada paso revelaciones. Así, en las pocas líneas que llevo escritas, descubro que si soy tímido para contestar en público, soy osado para actuar con producciones que nadie solicita de mí. Nueva prueba de anarquismo y hasta de cerrazón mental frente a las exigencias del mundo.

Otra de las cosas que se me revelan aquí es que, a pesar de tanto anarquismo en el aprendizaje, deseaba con fuerza someter a disciplina mi producción, fuese verso o prosa.

Me costó mucho tiempo. Las cosas que iba publicando en la revista *España* (cuando la Primera Guerra Mundial) no me dejaban tranquilo. Mi segundo libro de versos, *El pasajero*, aunque prologado por Ortega y atendido generosamente por la crítica de Madrid y de Barcelona, me reveló la gran inmadurez en que estaba. Comprendí que todo lo que hacía era producto del impulso juvenil, y que de las lecturas no sacaba enseñanzas sino mero deleite y acrecimiento del gusto por escribir. Era preciso leer de otro modo. Especialmente aquellos autores cuyo estilo sin estilismos me habían gustado siempre: Galdós, Santa Teresa, Juan de Valdés. Dejar a Baroja y a Unamuno, en cierto modo, si era posible; dedicar más atención a la disciplina de aquellos que construían sin torturar y sin torturarse, con la aparente sencillez de la fuente que mana. Dejar los efectismos y las truculencias.

Parecerá una paradoja, pero es cierto que el alemán Wölfflin me enseñó más disciplina para la prosa que muchos españoles. Cuando traduje sus *Conceptos fundamentales en la Historia del Arte*⁵¹ ya tenía yo páginas bastante disciplinadas, pero con el trabajo atento de aquella traducción me acostumbré a enfocar los temas con más rigor y a penetrar más hondamente en ellos mediante el análisis, las relaciones de unas cosas con otras y la visión de conjunto. El resultado fue que la pintura me enseñó a componer;

⁵¹ Moreno Villa traduce esta obra de Heinrich Wölfflin en 1924 por encargo de José Ortega y Gasset, director de la colección Biblioteca de Ideas del Siglo XX que publica la editorial Calpe de Madrid. Hay que señalar que en la actualidad sigue siendo esta traducción la que continúa en el catálogo de la colección Austral de Espasa-Calpe.

los principios fundamentales de las artes plásticas se me aparecieron como rectores para la escritura. Y hasta para la vida.

No por esto perdí aquel impulso anárquico de mi juventud. El impulso sigue latente a toda hora en mi producción actual, pero ya no campea como fuerza silvestre, sino asistido por la crítica y la disciplina que aprendí de la pintura.

La pintura aparece en mi vida desde los diez años. A los once conocí a mi primer maestro de dibujo, en el colegio de El Palo, fundado por los jesuitas en las cercanías de Málaga. Era un viejo tullido, que andaba con dos muletas grandes y de madera muy blanca. Nunca supe qué enfermedad padecía; lo que recuerdo es que algún mozo le ayudaba agarrándole de un brazo y que los pies, al dar el paso, se agitaban como trapos sin alma.

Este pobre despojo humano, que debió de ser buen copista de Murillo en sus mejores años, a juzgar por las copias que decoraban la capilla, me puso a dibujar orejas, narices y ojos según una lámina. Después hube de imitar una famosa cabeza de la *Madonna* de Carlo Dolci. Los instrumentos de trabajo eran la carboncilla, el lápiz piedra, el difumino y la goma.

El segundo maestro se llamaba Fernández Alvarado. Tenía un estudio grande y lleno de cornucopias, cortinas, sillones imponentes, tibores, tapetes árabes y toda clase de chirimbolos. Era el gusto de entonces, que se ve en los cuadros de Fortuny.

Con este hombre, que era bajito y regordete, no adelanté gran cosa. Me sentó frente a una figura de yeso, de espaldas al caballete donde él lamía y retocaba el único cuadro en que le vi trabajar: una gran ola y un barco hundiéndose. Estaba muy orgulloso de su marina. Charlaba humorísticamente con unos amigos que concurrían todas las tardes al estudio, y no examinaba mi papel sino cuando llegaba la hora de irme. Yo, de cuando en cuando, volvía la cabeza para verle pintar y me parecía que su pincel iba a mojar-se en el agua de aquel mar tan realista.

No creo que pasaran de tres meses los que frecuenté su estudio. Ninguno de estos dos maestros me interesaban. Yo era vehemente y quería recorrer pronto la etapa primera. Quería pintar. Y quería ver pintura. Afortunadamente, mi padre y mi abuelo tenían cuadros

antiguos y modernos. También tenían colecciones mi tío abuelo, arzobispo de Granada, y mi tío Antonio Duarte. La de éste fue formada bajo el consejo de mi padre con cuadros italianos y franceses del siglo XIX. Mi padre y mi abuelo habían dibujado en la juventud. Yo quería superarles. Pero sin maestros. Lo mismo que me ocurrió con la caligrafía, me ocurrió con el dibujo: ante un modelo de letra inglesa muy bonito sentía nacer en mi pecho una repulsión inexplicable y me negaba a remedarlo. Quería conseguir mis letras propias; mi *a* mi *b* y mi *c*, claras y uniformes de tamaño pero con rasgos e inclinaciones míos.

Contra esta indisciplina radical, quizás muy española o muy berebere, he tenido que luchar toda la vida, aunque de cierto modo, buscando mi propia disciplina, es decir, la dimanada del objeto que me proponía. Cada cuadro, cada libro, cada poema exige una norma; y en cada momento luchan en uno el impulso silvestre y las exigencias de la expresión, la disciplina.

MAGISTERIO DE LOS CRIADOS⁵²

Me siento impulsado por una gratitud, o por un apego sordo, a escribir de unos seres humildes que me rodearon en la infancia y hasta pudieron influir en mi manera de ver el mundo: los criados, las criadas.

Sé que el tema no puede ser entendido ya porque en una gran parte de la tierra civilizada no se usan criados a estas fechas, o, si se usan, no se parecen a los de sesenta años atrás. Pero esto no me ataja; el pasado es historia verdadera y, por otra parte, todos somos criados de alguien en algún modo. Especialmente hoy, que la libertad va siendo barrida a furiosos escobazos.

Estoy con la memoria en la última década del siglo pasado. Mi abuela vivía en un piso más alto que el nuestro, y sus criadas eran

⁵² Publicado con el título «Memorias revueltas. II. Magisterio de los criados», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 66, México, 7 de mayo de 1950; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 97-101.

para nosotros como nuestras. Unas y otras llevaban años de servicio en la familia. Salvo algunas que por sus especialidades duraban el tiempo conveniente, por ejemplo, las amas de cría. Hubo años en que se juntaban tres de esta clase en mi casa.

Durante las primeras horas de la noche la mayor de mis hermanas y yo nos reuníamos con las criadas de arriba o de abajo en el cuarto de planchar, o en otro junto a la cocina. Nuestros padres estaban fuera de casa. Sobre una mesa con faldas y brasero había un gran quinqué. Era la hora de los cuentos y de hacer con las tijeras, los naipes viejos y las serpentinas pequeños objetos que exigían habilidad o destreza manual. Isabel, la doncella de mi abuela, me enseñó a fabricar unas estrellas con serpentinas de varios colores que, todavía a los cincuenta años, he podido repetir aquí en México para divertir a mi hija Paloma. Las otras criadas cosían, mondaban habichuelas o contaban cosas. La más vieja de todas, Fuensanta, se dormía.

Esta Fuensanta era una institución; había criado a mi madre y desde que entró en casa como ama de cría no se separó de ella. Procedía de un pueblo malagueño llamado Coín, y de allá se trajo a su madre y a su hija Antonia. Con el tiempo, esta Antonia tuvo una hija, Fuensantita, de modo que yo pude ver muchas veces en casa las cuatro generaciones de esta familia ejemplar.

De la vieja no recuerdo más que un bulto liado en su mantón y sentado en la butaca donde murió. De Fuensanta, Antonia y Fuensantita puedo escribir algo.

Fuensanta parecía un obispo de los gorditos y bien chapeados. Su expresión era bondadosa y sonriente. No se enfadaba nunca, reía de nuestras diabluras y miraba a mi madre como orgullosa de haber amamantado a una mujer tan despierta y equilibrada.

De Antonia, la hermana de leche de mi madre, no puedo expresarme con la simpatía que yo quisiera. No era mala, ni mucho menos; todos decíamos que iba para santa, pero su beatismo me pareció siempre algo hipócrita. No vivía de asiento en casa. Venía cuando se anunciaba un parto, porque era comadrona; y venía también cuando alguno de nosotros se enfermaba y necesitaba vigilancia nocturna. Fue siempre nuestra enfermera. Una enfermera

sin bata blanca, que se sentaba cerca del enfermo con sus vestidos negros y no se despojaba más que de la toquilla en toda la noche. Fue siempre tolerante, calmosa, muy pesada en sus cuentos y muy solemne; hasta para dormirse.

Parece mentira que de tal mujer naciera Fuensantita, una de las jóvenes más lindas que he conocido. Rubia, blanca y rosa, de regular estatura y bien formada. El recreo sensual más lejano que hay en mi vida es el de haber acariciado sus cándidos y tibios senos con mis manitas de niño. Tendría yo seis años por un cómputo que sigue. Hay una fecha clave, la del año 98. En este año tenía yo once y se terminó la guerra en las colonias. El héroe de Baler —fortaleza filipina— se llamaba Martín. Este hombre, que salió de Málaga como simple soldado voluntario, fue esposo de Fuensantita. Estuvieron casados unos dos años, tras uno de noviazgo; otros dos pasó Martín en la campaña filipina; luego hay que restar cinco a mis once años. Esto, por lo menos. Porque aquellas inolvidables caricias tuvieron lugar antes de ser novia la malograda muchacha. Después, no la vi más. Una tisis galopante se la llevó al cielo, y tal vez sin saber que su esposo había conseguido la gloria por otro camino.

No sabría decir si la sensualidad infantil es más curiosa que la de otras etapas vitales. Quizás no se diferencien mucho. Digo esto al recordar de qué distinto modo me impresionaron más tarde criaturas tan diferentes de esa divina Fuensantita, como Frasquita la cocinera o las niñas amigas de mis hermanas.

Ante éstas sentía yo una especie de inhibición. Eran de mi edad y, sin embargo, me imponían y enfriaban. ¿Se debía esto a sus preciosos vestiditos, a sus modales o a lo que había detrás de ellas?

En mi *Vida en claro* no traté de esto porque con las premuras no vi el modo de enfocarlo. Ahora, al pensar que la servidumbre ejerce un magisterio anárquico, pero magisterio al fin, sobre el niño, he visto la entrada del puerto. Ya no queda fuera de lugar el decir que el roce confiado del niño, entre filial y fraternal, con aquellas criaturas campesinas, amorosamente sanas, despertó en él la sensualidad y de modos muy distintos.

Frasquita, la cocinera, por ejemplo, con su aspecto silvestre, con su vellosidad y sus descompasados movimientos. Yo no sé qué tenía

para mí, siendo tan rústica y poco agraciada. Además, con olor a cebolla, a clavo, a café, a perejil y a pelo. A veces pienso en que esto no se explica sino por la común animalidad de ella y mía. Mis instintos, a pesar de las generaciones cultivadas que me precedieron, seguían intactos, como de ser primitivo. Y el cabello, como dice el Talmud, es desnudez.

Otro de los aspectos magisteriales de la servidumbre es el de los cuentos. Isabel, la vieja recamarera, parecía haberse especializado en cuentos de miedo, a base de fantasmas, espíritus que se dedican por las noches a tener en vilo a los pobres mortales, arrastrando cadenas en los sotabancos, ánimas del otro mundo que no son redimidas si no consiguen tales o cuales sufragios de sus descendientes, etc.

La pobre Isabel tenía en su misma figura mucho de fantasma, por la delgadez y por la talla. Sus prendas de vestir pendían flácidas de una armazón alámbrica, más que de los huesos. Sus dedos estaban retorcidos por el reuma y el trabajo. En la boca se le veían más mellas que dientes, y en la cara un sembrado de verrugas tier-nas y claras. Lo que la salvaba era el aseo. Siempre iba muy lavada y planchada.

Lo que más nos divertía en esta criada era saber que toda su diversión en los días de permiso o de asueto consistía en irse al cementerio a charlar con el portero y su familia. Era tan solterona y casta que se le conocía en la voz. Hay una tonalidad y sonido casi infantiles en tales mujeres. Jamás pronunciaba palabras feas. Vivía para mi abuela, con verdadera abnegación, aunque también con asomos de mandonería. Finalmente, siempre estaba al tanto de la última moda en cuestiones de santos. Recuerdo que, mientras fregaba el suelo de mármol de la sala, me dijo un día: «El santo de moda es ahora san Expedito; ve a verlo, lo han puesto en la catedral; dicen que fue un soldado romano». Fui a verlo y le encontré un gran parecido con un maniquí ortopédico que campeaba en el escaparate de cierta farmacia malagueña.

Algunas veces me pregunto por el sentido pedagógico de los cuentos terroríficos al pensar en estos años infantiles. ¿Será bueno, será malo, para la formación del carácter impresionar a los niños con misterios y terrores?

A la editorial Cruz y Raya se le ocurrió hace años publicar unos cuentos infantiles de un clásico italiano; los mandó traducir a Sánchez Mazas —destacado falangista— y me los dio a ilustrar.⁵³ Los ilustré, pero me dejaron una impresión desagradable. Me parecieron demasiado brutales o crueles para entregarlos a las tiernas criaturas.

Pero ésta es una impresión de persona mayor. ¿Hubiera reaccionado lo mismo a mis diez u once años? ¡Quién sabe! Sólo puedo decir que a esa edad un criado de un primo mío, el guarda de su finca de campo, nos contaba las brutalidades escabrosas mayores a los dos muchachos y que, si mi primo gustaba de ellas, yo salía rebotado. Para toda la vida se me quedó la imagen de este Rafael, el guarda, como paradigma de la monstruosidad pedagógica, de la insensatez y de la falta de hombría. Y eso que era un hombrón y un valentón.

LOS TIPOS ESTRAFALARIOS EN LA NIÑEZ⁵⁴

Entonces no formaba uno juicio sobre persona alguna; recibía impresiones y reaccionaba con risas, espanto, repugnancia o cariño. Los juicios quedan para después. Un niño no puede decir que tal tipo es grotesco ni atractivo. Sabe que le mueve a risa o que le gusta, pero no se mete en más.

Venciendo las dificultades de la lejanía, quiero congrega aquí algunos tipos estrafalarios; no por malevolencia, sino por agradecimiento. Ellos me enseñaron a ver lo distinguido, lo distinto.

⁵³ En 1935, José Bergamín, como responsable de la editorial Cruz y Raya, publica cinco cuentos de Giovanni Battista Basile ilustrados por pintores españoles del momento. Moreno Villa realizará las ilustraciones para el número 1, *Las siete palomas*, y para el número 4, *El archipámpano de las pulgas*. Existe edición facsimilar de estos cinco cuentos: *Las siete palomas*, *Las siete cortezas de tocino*, *Los tres reyes animales*, *El archipámpano de las pulgas* y *La fábula del ogro*, Renacimiento, Sevilla, 1989.

⁵⁴ Publicado con el título «Memorias revueltas. Los tipos estrafalarios en la niñez», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 69, México, 28 de mayo de 1950; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 103-107.

Me hicieron ver que entre la masa amorfa de la gente puede surgir un alma con rasgos definidos y total independencia. Creo que mi gran simpatía por las personas algo locuelas en mi edad adulta y hasta en la madurez proviene de la infancia. Son más divertidas que las demás. Me separan de lo cotidiano molesto mucho más que las mediocres comedias y películas que a montones rocían sobre los candorosos públicos.

El primer personaje que acude a mi congregación se llamaba nada menos que Wenceslao. Nombre que no le pega a un malagueño. Este nombre polaco, a pesar de su terminación correcta, suena a chulapería madrileña —*helao*, *atontao*— y presenta una sonoridad total muy poco española. Por algo nuestros saineteros se sirven de otros parecidos, como Ladislao; para agregar: ¿qué le has *dao*? y con el contraste mover a risa.

Wenceslao era grande como un san Cristóbal. Además, daba la casualidad de que su vivienda veraniega —donde yo le veía— era muy pequeña y baja de techo. Cualquiera de las habitaciones las llenaba con su persona si abría los brazos. Y siempre estaba abriéndolos, porque gesticulaba mucho y acompañaba sus ademanes ampulosos con voz de bajo profundo y grandilocuente. Su estilo era ampuloso, y como aplicaba tal estilo a cosa sin importancia o corriente, resultaba de un grotesco que me maravillaba.

Wenceslao estaba graduado en Derecho, pero no había ejercido nunca. Vivía de unas rentas heredadas. Se casó ya viejo con una joven muy guapa; de la lujuria derrochada en los ocho primeros años se hacían lenguas las comadres y salieron ocho hijos.

A pesar de estos empujes caballerosos, con el pasar de los años y el aflojamiento muscular se le torció la mujer. Lo sabía todo el mundo; pero Wenceslao siguió siendo el mismo; tan grandilocuente y narrador de historias viejas. En mi *Vida en claro* dije que yo le tenía por cronista de la familia. Los parientes le llamaban «el letrado». Y es que hablaba de Tito Livio como quien habla de un contemporáneo famoso.

Los libros y los cuadros eran su pasión. Se le veía en los tenduchos de cosas viejas, comprando infolios apergaminados y cuadros ennegrecidos. Sus casas de campo y de ciudad estaban repletas

de chirimbolos que no valían un comino, pero que a su dueño le parecían objetos de gran museo.

En cierta ocasión le hicieron alcalde de Málaga, después de algunos años de concejalía. Le recuerdo vestido de frac y con banda cruzada al pecho, presidiendo la procesión del Corpus. Tenía prestancia y sabía en tales ocasiones disimular los defectos de sus pies, que eran planos, juanetudos y vueltos hacia fuera. Caminando con señorío al compás de la música sacra, podía lanzarlos sin que el cuerpo revelase contrariedad dolorosa. Hasta podía levantar un poco la cabeza que, por ser cargado de espaldas, adoptaba siempre la postura de embestir.

Cuando después de un acto público y solemne regresaba a su casita de campo, lindante con la nuestra, el hombre representativo se cambiaba de ropa, se ponía fresco —como se dice en aquel país semitropical— y se sentaba a charlar con nosotros en la puerta de la calle, desde una butaca baja y muy retrepada. Entonces empezaban mis delicias. Mi padre o mi madre le dirigían una pregunta o un comentario y enseguida reaccionaba él de alguno de estos modos: o alegrándose estrepitosamente, con acompañamiento de reiteradas afirmaciones: «Sí, oye, sí...», o quedándose sumido en un silencio momentáneo, con la mirada perdida y produciendo unos chiflidos suaves por sus dientes caballunos. De estas pequeñas ausencias salía de pronto con preguntas inesperadas: «Oye, Pepe, ¿has conocido a Moret en el Ateneo? Gran hombre. ¡Qué bien habla!».

Cuando yo volvía de Madrid, siendo estudiante o ya becario del Centro de Estudios Históricos, me preguntaba por altos personajes y sitios famosos. A mis respuestas asentía con ojos de asombro y yo percibía que me consideraba mucho por el simple hecho de vivir en Madrid.

Esta mezcla de sencillez aldeana y de pomposidad declamatoria tenía tanto de tierno como de grotesco.

Muy cerca también de nuestra casa veraniega, vivía otro personaje curioso. Le llamaban «Chinchín», llamándose Ricardo Larios Heredia. Era un misógino. Se había reservado el piso alto de la casa y no permitía que subieran a él ni sus primas, que eran las propietarias. Aparte de su madre, no veía más que a varones, y a

ratos, por la noche, para asombrarlos con telescopios, vistas del mundo entero, fonógrafos, órganos, violines, trabajos suyos de carpintería, estampas japonesas y cajitas de juegos construidas por hábiles manos orientales.

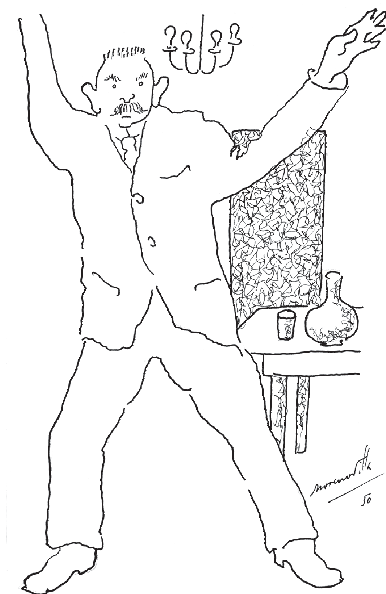
Los varones contertulios se asombraban de cualquier cosa, ya que eran el barbero del pueblo, el jardinero nuestro llamado «Castelar» y su propio jardinero, que, a pesar de llamarse Pedro Chillo, nunca le oí dar un grito. Los tres, personas de edad, casados y sin asomos de perversión.

Chinchín era de los mismos años que mi tío Antonio, con el cual paseaba yo por el pueblo y recorría la finca. Una vez nos encontramos con este vecino, que iba sobre su hermoso caballo *Bismarck* y seguido de un perrazo cuyo nombre no recuerdo. De aquel encuentro salió mi primera y única visita al hermético apartamento. Nos invitó a ver sus curiosidades y fuimos. Allí estaban los tres campesinos, Castelar se sentía orgulloso y contento de compartir la charla con un hombre tan viajero e ilustrado. No se consideraba inferior, sino igual. Yo no he visto hombre tan inculto y tan seguro de sí mismo; solía decir, entre otras cosas, que sabiendo sumar y restar salían sobrando las demás operaciones aritméticas.

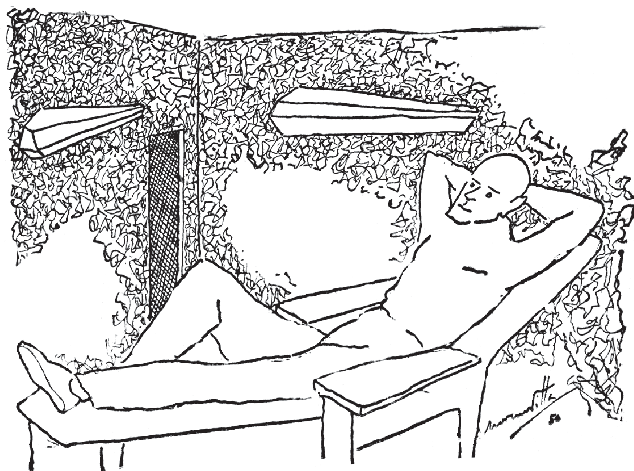
Chinchín nos atendió con la naturalidad de un joven bien educado. Lucía su mollera rasurada a la alemana, como su cara. Era alto y bien formado. Su voz, robusta, varonil. En sus ademanes no había remilgos ni quebraduras de movimiento. Contestaba a las preguntas con sencillez, sin petulancia. Yo creo que sus rarezas provenían de la tuberculosis, es decir, de la seria amenaza de muerte. Como su padre era diplomático y rico, le pudo sostener temporadas durante años en Suiza; y el hijo parecía más sano que todos nosotros. Pero algo de preocupación le embargaba. ¿Por qué, si no, aquel cuarto vacío que pintó de negro y sobre el negro cuatro ataúdes en blanco?

Aunque nunca volví a verlo, algunas veces lo recuerdo; tanta impresión me hizo la visita y el misterio de su vida. En Alemania, años después, conocí a otro malagueño, misógino también, que no quería salir de la pensión y pasaba el día leyendo, fumando y haciendo girar unas tijeras sobre la mesa. Como una de las puntas

Wenceslao.



Ricardo Larios Heredia, «Chinchín».



la apoyaba contra su dedo índice, se le produjo un callo. Se llamaba Antonio Martos, y era hijo de un médico famoso en Málaga.

Pero no son los personajes estrafalarios como éste, conocidos ya de adulto, los que me interesan ahora, sino aquellos que yo miraba desde abajo en mi pequeñez, como se mira a las imágenes de los altares. Ellos sólo me interesan porque fueron los que poco a poco me revelaron lo cómico y esperpéntico de la vida.

Recuerdo a un lejano pariente de mi madre que nos hacía temblar por lo pesado y redicho. Llegaba a casa muy atildado y atrasado de moda; hundía su cuerpo pequeño y rechoncho en un sillón, y todos los niños teníamos que besarle en la mejilla, que era congestionada y sudorosa. Todavía me viene a la nariz su olorcillo agrio, rancio.

Este hombre hablaba y hablaba sin parar y sin decir una sola cosa interesante. A veces nos hacía reír por lo rebuscado de sus frases, tan anticuadas como sus patillas de bocajacha, su rayita en medio del pelo, a lo Amadeo de Saboya, y sus chaquetas ribeteadas. Pero nos desesperaba porque no se iba nunca. Las criadas nos decían que recurriésemos a poner escobas volteadas detrás de las puertas; pero el recurso mágico era inútil; seguía impertérrito y lanzando frases como ésta: «Mi Paca padece de insomnios, y por más que le prodigo palabras de amor y consuelo, nada».

En contraste con este tipo pesado me acude el de este otro: «¿Ves tú ese que está sentado en la quinta fila de butacas junto al callejón del centro? —me preguntó una vez mi madre en el teatro; y siguió—: ¿Ves que tiene la barba pintada de verde chillón? Pues mañana la traerá de amarillo, de azul o de rojo». «¿Por qué mamá?». «Por molestar a la mamá de su novia, que no le quiere para su hija».

Este mismo tipo y por los mismos motivos fue capaz de instalar un piano de cola en la plaza de la Catedral y darle un concierto nocturno a la que no quería ser su suegra. Era tan chistoso como estrafalario. Su preocupación por la limpieza fue tan grande que le llevó a ponerse un enema o ayuda para oler bien por dentro.

Compañero de este tipo, en cuanto a no preocuparse de la opinión pública, fue aquel general que yendo al frente de su regimiento en un desfile por Málaga, le gritó a su mujer que estaba de mirona en un balcón: «Oye, Lolita, que me guardes berza con bastante tocino».

A veces me pregunto el porqué de los olvidos, y encuentro que en algunos casos obedecen a algo mecánico, a la marcha del tema inicial, o a desviaciones inesperadas que acaban por apoderarse de la atención.

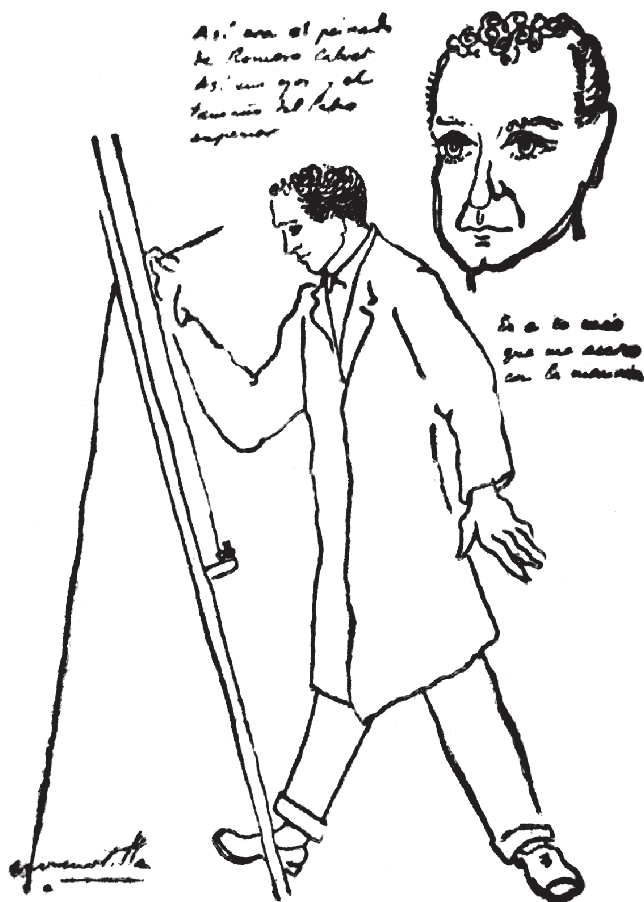
Mi *Vida en claro* la escribí fluidamente y ahora noto que faltan detalles, sobre todo de la niñez y de la muchachez, que es donde se colectan más impresiones.

¿Por qué me olvidé de apuntar que como estudiante no fui parejo en todas las materias? En unas alcanzaba matrícula de honor y en otras me suspendían. Fui muy desigual. En las asignaturas de discurrir era buen alumno, pero muy malo en las de fechas y sucesos. Renegaba de la historia, pero me atraían la geometría, la psicología y la retórica. Del examen de Historia Natural me escapé muy chuscamente. Sintiéndome mal preparado, les dije a mis compañeros: «Si saco de la bolsa números de lecciones que no me sé, les haré a ustedes una señal y abandonan el aula. Como el examen, para ser válido tiene que hacerse con algún testigo, yo le pediré permiso al tribunal para salir en busca de alguno de ustedes». Y, en efecto, saqué bolas de lecciones que no sabía, pedí el permiso, salí a buscar oyentes y me alejé volando del instituto. Cuando me presenté de nuevo a examen, en el mes de septiembre, me recibió el catedrático, don César Martínez, con la siguiente pregunta: «¿Ha vuelto usted ya de buscar a sus compañeros?».

Orgullo, pundonor o miedo al ridículo me hicieron cometer esta grosería con aquel excelente maestro.

Unido a este episodio va otro. Estando en el colegio de El Palo, el jesuita padre Ortiz me levantó de clase, por no sé qué cosa, me mandó ponerme de rodillas y en cruz delante de todos y declarar que estaba arrepentido. Hechas las tres cosas recalcó: «¿Ese arrepentimiento es auténtico? ¿Siente usted lo que dice?».

⁵⁵ Publicado con el título «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 2 de julio de 1950; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 109-113.



Rafael Romero Calvet. («Así era el peinado / de Romero Calvet / Así sus ojos y el / tamaño del labio / superior»
«Es a lo más / que me acerco / con la memoria»)

Me hirvió la sangre de tal modo, que respondí seco e insolente: «Si no lo sintiera, no lo diría».

Esta respuesta fue la gota de agua que hace rebosar el vaso. Me sacaron de clase y me incomunicaron. De esta «incomunicación» he hablado en mi autobiografía.

No creo haber sido un niño díscolo; mis rebeldías con los profesores obedecieron a reacciones naturales o sanas. Lo mismo que las pocas peleas que sostuve con los compañeros. Me acuerdo de dos. La una fue con un chico que después tuvo cierta fama como dibujante y fue muy amigo de Ramón Gómez de la Serna. Se llamaba Rafael Romero Calvet.

Capitaneaba este muchacho una banda de «chaveas» del lado allá del río Guadalmedina. Todas las tardes venía esta banda a hostigarnos a los «señoritos de la Alameda», como nos llamaban. Un día vinieron con piedras. Nosotros arremetimos con los puños y amparándonos en los troncos de los árboles. De repente me vi cara a cara con el capitán que me invitó a duelo. Nos pegamos fuerte, hasta dar en tierra. Nos separó el público, pero nos dimos cita para seguir en la llamada calle Fresca. Y allí, mano a mano otra vez, le pude, le tiré al suelo y le di de cachetadas hasta que se declaró vencido.

Veinte años más tarde fuimos compañeros en la Residencia de Estudiantes. Nunca le recordé aquel episodio de la niñez. Ni sé si él lo recordaría por su parte; pero siempre estuvo reservón conmigo, como receloso. Hablábamos de arte y de literatura, nunca de Málaga. Presumía de raro y de original. Más de una vez me dijo que el verdadero inventor de las «greguerías» era él. Que Ramón las había captado en los paseos que daban por Madrid. Terminó loco. Empezó por dejarse la barba; luego por intentar leerse toda la biblioteca de la Residencia, comenzando por el primer tomo de la Enciclopedia Espasa; después cayó en misticismo y en tijeretear los cuellos de las camisas. Daba lástima, porque siempre había observado con todos una conducta correcta, aunque retraída y sarcástica; y porque era un habilidoso dibujante, aunque muy alambicado y premioso. Tardaba meses en un dibujo a pluma. Los trabajaba como Alberto Durero sus grabados, insistiendo en los

oscuros y buscando valores intermedios hasta terminar con los blancos. Ilustró bastantes libros hasta poco antes de morir. No supe si murió en el manicomio o en casa de un hermano.

Por si alguna vez se hace historia de los dibujantes españoles del primer tercio del siglo XX, añadiré algunos detalles más sobre su persona y actividades. Era muy bajito y casi calvo; disimulando la calvicie con un laborioso peinado. Vestía siempre de negro. Andaba despacio y con la mirada baja. Sus ojos eran luminosos y claros. Cuidaba mucho de su aseo. No bebía ni trasnochaba. Tomaba el sol asomándose a la ventana muy vestido y levantando la cara para que los rayos le tostasen derechamente. Así permanecía largo tiempo, como un sacerdote idólatra. Finalmente, era dibujante en la sección de galvanoplastia del Ministerio de Marina. Cuando yo ingresé en el llamado Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, saliendo una mañana juntos para nuestras oficinas, me dijo: «Está bien el tener un cargo del Estado, por lo que tiene de servicio al público. Así se compensa nuestro trabajo particular o íntimo, que es egoísta».

De la otra pelea no diría nada porque se parece a la de cualquier chico. Mi contrincante no ha lucido en la vida nacional, que yo sepa. Era de Bujalance (Córdoba), y se llamaba Abundio González. Nos peleamos en uno de los patios de juego del colegio de El Palo. Y menciono esto por ser la segunda y última lucha a brazo partido.

Se ve que no era peleón, y como he dicho en otra parte, gozaba más reposando y contemplando que en la brega física. Sin embargo, jugué bien y con resistencia y brío al balón, a los carros y al toro, a las partidas de bandidos y guardias civiles y a las carreras. Una de éstas en bicicleta, que entonces eran novedad. La mía no se prestaba a concursos porque la rueda delantera era algo mayor que la trasera.

Como jinete, no me distinguí. Durante una de mis últimas lecciones, se desbocó mi jaca negra y no se paró hasta que logré enderezarla hacia un paredón de las afueras de Málaga, allá por los altos del Guadalmedina.

Entre los trece y los diecisiete años hice algunas caminatas por los montes; y los campesinos se sorprendían de la seguridad y ligereza de mis piernas. También puse a prueba mi capacidad de

equilibrio a lo largo de un empinado acueducto. Pero todo esto pasó pronto. Mi vocación no se avenía a ser excursionista ni equilibrista sino por los senderos de la lectura, en los cuales sigo aún. Senderos que se habían de complicar con los de escribir y pintar.

Como a mi madre le preocupaba verme leer tantas horas en la casa, agarraba un libro y me salía en busca de alguno de los sitios apartados y deliciosos de la población: las escolleras del morro, la parte más alta de la torre de la catedral, el jardín de la Victoria, junto a la iglesia y un hospital, el castillo de Santa Catalina.

En algunos de estos sitios, más que leer, soñaba mecido o encunado por el jadeo del mar, el cabrilleo de la luz, las perspectivas dilatadas o el recogimiento romántico de un jardincillo con fuentes y estatuas de poco fuste.

Una intranquilidad me asaltaba, sin embargo, entre tanta delicia: la incongruencia de mi actitud con la vida malagueña. Barruntaba las exigencias que impone la profesión de las letras, esa dedicación absoluta y el contentarse con poco dinero para vivir. Esto chocaba con el medio malagueño. Y sólo el pensarlo me convertía en un ser anómalo, aparte y comoapestado.

¿Por qué no vienen todos a gozar de esto que me rodea o veo?, me preguntaba. ¿Por qué no ven en la lectura, la meditación y la efusión espiritual una fuente inagotable de goces y la máxima ocupación del ser humano?

A tan ingenuas preguntas me respondía solamente la evidencia: los cafés, los ventorrillos, las conversaciones.

Mi despegue de la ciudad comercial fue mayor cada día, a partir de los dieciocho años. A los veintidós era total. No me trataba más que con un selecto grupo de pocos amigos de las letras y las artes, entre los cuales sobresalían los Jiménez Fraud y Pedro Vances.

Con Alberto y con Pedro platicaba mucho y hacíamos lecturas. Recuerdo las hechas en el cerro de Santa Catalina: las *Cartas finlandesas* de Ganivet —gran descubrimiento entonces—, los *Héroes* de Carlyle y los cuentos de Clarín.

En la casa de los Jiménez Fraud pasaba más tiempo que en la mía. Doña Enriqueta Fraud era una señora francesa bellísima y tan fina de cuerpo como de espíritu. Sus hijos salieron en esto a la madre.

Allí, en la casita a espaldas de la iglesia de San Agustín, le dije un día a Manuel García Morente: «¿Por qué no pones música a este poema?». Y el buenazo de Morente compuso una especie de *Lied* que elevó mi poema a mis oídos como si se tratase de una creación de Schubert. Recuerdo que comenzaba así:

Conserva en el rincón de tu memoria
la estrella que fue un día
luz en el sendero de tu vida...

De esto hace cuarenta años. Doña Enriqueta, su hijo Gustavo y Morente desaparecieron ya. Tal vez no escribió más música que ésta mi buen amigo.

[AL METER HOY EL BIELDO]⁵⁶

Al meter hoy el biello en esta era de los recuerdos, para aventarlos y separar el grano de la paja, me siento rodeado de impresiones teatrales.

Una prima de mi madre —tía segunda mía, por lo tanto— era propietaria de un palco en el mejor teatro de Málaga, y, desde que comenzaba la temporada de invierno hasta que fenecía, estábamos en él todas las noches mi primo Enrique y yo. Los «niños», o mejor «niñacos», puesto que en la época de mayores impresiones acumuladas tendríamos de catorce a dieciocho años.

El teatro era un gran teatro para aquella época. Su enorme telón de embocadura y el inmenso techo habían sido pintados por un pintor de renombre: Ferrándiz. El telón me hipnotizaba. Como yo iba muy temprano —mucho antes de comenzar la función, apremiado por el deseo— reinaba en el teatro la soledad, y mi vista se concentraba en la figura gigantesca de un Mefistófeles recorriendo

⁵⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 23 de julio de 1950; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 115-119.

la gran cortina de la farsa, que era el tema ideado por el pintor. Mis ojos interrogaban al semblante del Mefisto, que sonreía eternamente y hasta empalagosamente, y después interrogaban por lo que vendría o surgiría una vez recorrida por completo la cortina roja. Era un gran telón, un acierto, según el parecer de todo el mundo.

También me fascinaba la pintura del techo, una alegoría de Málaga, con su tráfico porteño de embarque de frutos: pasas, vinos, uvas, limones, etc. Me quedaba pensando en que sin estar yo ni mi familia, ni nadie de la ciudad, representados en la alegoría, lo estábamos implícitamente, puesto que todos éramos comerciantes en tales productos o hijos de comerciantes. Era otro acierto del pintor.

Estas consideraciones se iban desflecando poco a poco con la entrada de los pobres músicos que amenizaban los entre actos y con la iluminación, que iba creciendo hasta convertirse en radiante. Se componía de reverberos de gas, medio encerrados en unas tulipas invertidas que parecían grandes copas de champaña.

Ya estaba todo encendido; ya las localidades altas estaban repletas y se iban llenando de gente rica el patio de butacas, los palcos y plateas. Los antepechos eran bajos, para que lucieran bien los talles femeninos y los descotes. ¡Qué opulencia de descotes en aquellos tiempos!

Todo el mundo aprestaba sus gemelos o sus impertinentes, y empezaba el detenido examen de la concurrencia. Las señoras cuchicheaban: «¿Has visto las perlas de Fulana, y el collar de Zutana?». Los caballeros, especialmente los solteros de los palcos prosenios, atisbaban con sus gemelos ciertas figuras embutidas acá o allá que eran de lindas meretrices o «comprometidas». Todos se sentían felices de volverse a ver así, situados, emplazados y entendiéndose a distancia con las miradas. Yo mismo, tan insignificante por lo niño, lanzaba mis visuales melancólicas sobre alguna determinada chica, y si por casualidad se encontraban nuestros ojos, tenía que hacer un verdadero esfuerzo para sostener la mirada.

Nadie puede entender hoy el encanto de estos duelos visuales de una época tan recatada y tan caliente como aquélla. Las costumbres han variado. En los teatros no hay tanto lujo; casi nadie se mira; los señores no se paran a ver desde su fila de butacas las

caras que hay detrás, y todos vamos a ver la función con un espíritu de crítica que antes quedaba para la exclusiva del crítico profesional. Me parece que hoy vamos al teatro y al cine en críticos más que en amantes. Se pide concentración, no diversión y se goza en la oscuridad, no como antes, a plena luz.

Mi tía María, con su palco en el teatro Cervantes de Málaga, me hizo mucho bien, pero me acostumbró mal. Nunca, a partir de entonces, he vuelto a saborear los espectáculos teatrales tan cómodamente; todas las localidades me resultan extrañas, y en ellas me considero un intruso que puede ser levantado por un desconocido propietario.

El palco de mi tía era como una prolongación de mi casa, con su pequeño gabinete —el antepalco—, donde podía fumar sin ser visto y hasta recostarme en el sofá. Durante los entreactos, escuchaba en él los comentarios sensatos de mi tío Enrique, anciano ya, medio cegato y muy parecido a Galdós. De él y de tía María tendré más ocasiones de hablar; uno y otra dejaron huella en mi niñez por el trato tan íntimo que tuvieron con nosotros. A distancia me resultan hoy personajes de novela.

¿Qué vi desde aquel palco? ¿Qué impresión me hacían las tragedias, los dramas, los entremeses, las óperas, los melodramas, las comedias y hasta las acrobacias de unos hermanos Geraldini, que fueron famosísimos?

Vi de todo. Desde *Otelo* y *Hamlet*, pasando por todo el teatro clásico español, hasta *Cyrano de Bergerac*. *La figlia di Iorio*, lo francés de Sardou, lo de nuestros románticos y contemporáneos. Desde luego mucho Echegaray, pero también Dicenta, Galdós, Sellés, Guimerà y las primeras obras de Benavente y de los Quinteros. Con los actores y actrices mejores de la época: Mario, Tallaví, Ricardo Calvo, Díaz de Mendoza, la Guerrero, Thuiller, María Tubau, la Pino, la Cobeña...

Aprendí de memoria trozos de *El desdén con el desdén*, como aquello de: «Amar, señora, es tener / inflamado el corazón / con un deseo de ver / a quien causa esta pasión, / que es la gloria del querer». La tirada de versos es larga y ripiosa, pero el tono cálido y la creciente intensidad del énfasis que añadía el actor producía en nosotros cierto escalofrío de gusto.



«Vi de todo. Desde *Otelo* y *Hamlet*...».



«El palco de mi tía».

Aprendí también trozos del *Don Álvaro, o la fuerza del sino*; aquello de: «La jaca torda, / la que, cual dices tú, los campos borda...». Y algo también de *El gran Galeoto* y *En el seno de la muerte*.

Se me hace muy difícil presentar en su pureza o exactitud lo que yo sentía y lo que pensaba de actores y obras; los juicios y emociones formados de mayor pueden influir y falsificar lo prístino.

Lo que puedo asegurar es esto: sentía nacer en mí un afecto intenso por los héroes o heroínas; me enamoraba de las actrices que encarnaban estos papeles y miraba con satisfacción familiar a los actores.

Muchas de las palabras y pensamientos lanzados por ellos pasaban por mis oídos sin la menor significación, y notaba que esto no tenía importancia, porque la directriz o el ímpetu del discurso eran claros y prendían con vigor en mi caletre y en mi conciencia juveniles.

Me gustaban los monólogos y los diálogos culminantes; me enfriaban los pasajes aclaratorios o preparatorios. Las conversaciones de intriga me desesperaban. A los traidores les deseaba la muerte. Sentía, en fin, como he visto luego que siente y reacciona el pueblo sencillo de las galerías.

De María Tubau y de la Pino me acuerdo más que de la Guerrero, me dejaron más huellas. Tal vez por su naturalidad. Odio los sonnetes de las actrices dramáticas. En París, en la Comedia Francesa, años después, oyendo al más famoso actor francés cuyo nombre no recuerdo, le dije a mi acompañante, que era Manuel García Morente: «Vámonos, no puedo resistir este amaneramiento musical».

La Tubau se asemejaba a mi tía María, la del palco, y esto me acercaba más a ella. A pesar de haberla visto en muy diversos papeles, siempre la recuerdo vestida lo mismo y en pie. Es un fenómeno que no me explico. La recuerdo con un vestido de cola y holanes, de color impreciso, entre rosa y ocre, y un cuello de redecilla, abierto encaje que bajaba hasta el descote. Tenía señorial presancia en escena. Nunca la vi fuera; no sé si era alta o baja. Cuando hace poco pude contemplar un retrato suyo en casa de su hijo Cefirino Palencia, en la capital de México, volví a reconocer el parecido con mi tía y a revivir emociones de la mocedad.

De todos los actores aquellos, tres eran de Málaga: Thuiller, la Pino y Tallaví. Creo que éste se inició en el célebre Café de Chinitas. Le recuerdo vagamente, no sé si en *Un drama nuevo*, como un actor fogoso y un poco líder de barriada. No puedo explicármelo.

Hay actores que me quedan grabados por un solo papel o por una sola escena. Con Borrás me ocurre algo más complicado, pues le veo tan pronto de rústico, con zaragüelles, montera felpuda y zamarra o pelliza al hombro, como de caballero vestido de negro y con melenas blancas. De Menelic y del abuelo a la vez.

El primer autor dramático que conocí en mi vida lo conocí en aquel teatro de Málaga, y no era dramático, sino festivo: don Vital Aza. Me reía tanto con sus comedias y con sus versos, que le escribí una carta rimada y se la mandé con un pariente mío que le conocía. Recibí contestación versificada también, que terminaba así: «Estudia, lee, trabaja / y serás un escritor».

Mi tío me lo presentó durante un entreacto, después de este cambio de misivas. Era un gigantón muy velludo y cetrino. Usaba barba cuadrada y casi carecía de frente, como los monos.

Todavía recuerdo una de sus poesías festivas que me aprendí por entonces, escrita en francés macarrónico. Comenzaba así:

Mon cher ami Nicolás,
ye suí arrivé a París,
et ye me divierto ici
lo que tú no sabes p'a.

1951-1952

EL MIRLO Y LA PUBERTAD⁵⁷

Me ufana el pensar que convidé al mirlo, antes que otros poetas modernos, a entrar en la poesía. Cada vez que ahora le veo invitado por poetas más jóvenes, me acuerdo de mi lejana invitación y del sitio aquel donde yo gozaba oyéndole durante los años mozos, tan fervientes y soñadores.

El mirlo, no el ruiseñor, no la alondra, como era tradicional en los poetas. Me parecía más afín con mis palpitaciones de entonces. El mirlo del pico amarillo y de las negras plumas, que canta monótonamente y con gran melancolía.

Málaga tiene pedazos de verdadero trópico. En uno de ellos estaba nuestra finca de campo. En él se daban el chirimoyo, el aguacate, el plátano, junto a los naranjos y granados. Hoy, desde distintos lugares del México tropical, miro por dentro de mí hacia el pedazo doblemente lejano, en el tiempo y la distancia. Y me veo, durante largos estíos, sentado en larga butaca de paja y bajo las copas de un chirimoyo y un níspero, en espera de que cantase el mirlo y me acompañara con su variado cántico por todos los países que yo soñaba o presentía.

Ha bastado que recuerde tales momentos para que mi prosa cambie de tono y de ritmo, haciéndose más morosa y nostálgica.

Los senderos del jardín, hasta el cenador, donde empezaba la huerta, estaban cubiertos con arena gruesa de río, que acusaba cualquier paso. Me agradaba distinguir si eran de persona descalza o con alpargatas, si eran de perros o de señores con suelas duras. Ejercitaba el oído tanto como la vista. Si temblaba una ramita en la quietud del follaje, presumía que iba muy pronto a presentarse un gorrión; acaso un charmariz, tal vez el mirlo.

⁵⁷ Publicado con el título «Memorias revueltas. El mirlo y la pubertad», *El Nacional*, México, 29 de julio de 1951. En el recorte de prensa que se conserva en el Archivo José Moreno Villa (Residencia de Estudiantes, Madrid) aparece la siguiente anotación escrita a lápiz: «1^{er} del tomo».

No, ya sabía yo que a tan leve movimiento de hojas no correspondía a la violencia y la corpulencia del mirlo, que es ave selvática. Pero era el deseo de oírle cantar. ¡Tenía tantos modos! Con el tiempo, ya de estudiante mayor, pude leer en un libro italiano algo sobre el variado lenguaje de este pájaro. Decía el autor que el mirlo tiene cinco modos distintos de manifestar sus sentimientos, y los citaba naturalmente con bellas palabras italianas que yo apunté y me complazco en transcribir: *martella*, *zirla*, *verso*, *stride*, *chioccola*.

Para mayor claridad presentaré los calificativos en sus frases correspondientes:

Martella, es decir, martillea con tono enfático por las mañanas. *Zirla*, o chilla como el tordo, perlinamente, al viajar. Entona en la primavera un aria o *verso* muy sonoro y aflautado. *Stride* o clama en tono cantante cuando se ve sorprendida por el macho. *Chioccola* con *fischi staccati*, es decir, con silbidos sueltos y dulces, en los reclamos amorosos.⁵⁸

He guardado este apunte cuidadosamente durante años, como si fuese la hoja de capacidad extendida por un profesor a un alumno del conservatorio; a un alumno que fue maestro de armonía para mí durante la pubertad.

Al encontrarlo esta mañana he sentido la curiosidad de ver la frecuencia con que me acompaña el mirlo en mi obra, en mi vida. Compruebo que apareció en mi primer libro, *Garba*, que es del año 1913, y en esta forma:

Quiero ser como ese mirlo
que se chapuza en el agua,
que pía cuando es su gusto,
que a placer abre sus alas...⁵⁹

⁵⁸ «Con el mirlo en mi niñez. / Mirlo. Ave selvática. / *Dal becco giallo e dalle nere piume* que canta melancólicamente, monótonamente. / Ofrece el mejor ejemplo de variedad del lenguaje *nei pennuti*, teniendo cinco modos distintos de manifestar sus propios sentimientos... Ellos son: enfático, “*martella*” en la mañana, *zirla*, perlinamente viajando, tiene el verso sonoro y aflautado en las canciones de primavera; *stride* en tono canzonatorio cuando se ve sorprendido por el macho y huye; *chioccola* con “*fischi staccati*” e *dolis* en los reclamos amorosos. (A. Renault) p. 192», manuscrito a tinta, Cuaderno II, pág. 163, Archivo José Moreno Villa (JMV/3/cu-1/2), Residencia de Estudiantes, Madrid.

⁵⁹ «Piruetas», en *Garba*, cit.

Sigo y veo que vuelve a visitarme, el año 24, en un poema del libro *Colección*⁶⁰, y el 29, en el primer poema de *Jacinta la pelirroja*⁶¹, el 33, en *Puentes que no acaban*⁶². Cuatro años después cambia mi vida, vengo al Nuevo Continente; pero no deja de visitarme, lo encuentro en *La noche del verbo*⁶³, que es de 1942.

Las apariciones no son muy cercanas, lo cual me revela que no obedecen a una preocupación mía, o dicho de otro modo al propósito deliberado de utilizar al mirlo como signo estilístico. Pero son constantes a lo largo de la vida y de la obra. Creo que se deben al impacto recibido en la pubertad. La imagen del mirlo, su dibujo apretado y elegante, lleno de tensión bravía y de agilidad; más su variado lenguaje canoro, unas veces enfático, otras como silbos sueltos y dulces, chillón o aflautado, manso o triunfal.

Creo ver en estas visitas del mirlo, en suma, una pervivencia de la juventud. Y esto, aunque sea ilusorio, me agrada.

LA ENSEÑANZA DE LOS POBRES⁶⁴

Preguntaba mi padre: «¿Dónde están los niños?». Y mi madre respondía: «Seguramente en casa de Pepe Chica».

Pepe Chica era el jardinero en la casa de campo; pero esto es poco decir, era mucho más, casi una institución. Estaba casado con Pepa Ramos, que tenía la misma edad de mi madre y había nacido allí, en nuestra casa veraniega. Su padre había sido jardinero con mi bisabuelo, y fue quien salvó a su amo de que lo fusilasen con

⁶⁰ Se refiere al poema «Contrarios»: «Un mirlo bajó al almendro: / en busca de lo blanco lo negro».

⁶¹ Se trata del poema «Bailaré con Jacinta la pelirroja»: «Pero hemos de bailar si se mueve la noria, / y cuando los mirlos se suban al chopo de la vecina. / [...] / Ya tenemos el mirlo arriba, / y la noria del borriquillo, gira».

⁶² Se refiere al poema «¿Cuándo?»: «¿Cuando se aúpan los sembrados rubios, / o tal vez cuando el mirlo pica la ciruela?».

⁶³ El mirlo vuelve a estar presente en el poema «La noche del verbo»: «La respuesta es un lirio, una toronja, / un mirlo, un potro, un toro, / un monte, una mar, un cielo...».

⁶⁴ Publicado con el título «Memorias revueltas. La enseñanza de los pobres», *El Nacional*, México, 5 de agosto de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 167-169.

Torrijos. Cuentan que previendo la sorpresa se valió de un ardid para sacarlo de la reunión que tenían los liberales y que, una vez en su presencia, lo agarró como a un saco y lo raptó materialmente.

La casa de Pepe Chica estaba separada de la nuestra por la cochera. Dábamos seis pasos y ya nos encontrábamos en la pieza donde Pepe y Pepa comían con sus cinco hijos: Pepico, Mariquita, Pedro, Angelita y el menor, llamado por nosotros *Palotera*. Le apodamos así porque cuando empezó a escribir, le preguntábamos: «¿Qué has escrito hoy?» y respondía riendo y avergonzado: «¡Na... una palotera!». Un montón de palotes.

Nosotros acudíamos a casa de los Chica a cada momento, con cualquier pretexto, pero con mayor calma y regularidad a la hora de su comida y de su cena. Me encantaban sus discusiones, sus regaños y, sobre todo, el modo sentencioso de hablar que distinguía al padre.

Todos eran muy sucios; más sucios que otros pobres campesinos. Aquel mantelillo donde colocaban la cazuela grande, los grandes panes dorados y las cucharas de madera, tenía todas las manchas de todos los mapas, algunas de relieve, y sobre éstas se adormecían grupos de moscas.

¿Nos gustaba esta suciedad? ¡Quién sabe! De niño no se apreciaba la limpieza en lo debido. Nos enseñan a ser limpios con severidad y vigilancia; al menor descuido eludimos el aseo. Sin embargo, no creo que fuese la suciedad la que nos arrastraba hacia el hogar de aquella buena gente. Hoy, atando cabos de la experiencia, creo dar con una explicación. Es una explicación honda, y por lo mismo difícil de aceptar a la primera oída. Ibamos porque allí no reinaba el verbo «deber», y, en cambio, se oían cosas y casos de la vida que jamás hubiéramos oído de labios paternos.

Muchas de esas cosas eran fantásticas, supersticiosas o exageradas a tal grado que maravilla. La exageración no es tan nociva como se cree. La fuerza normal de un hombre si se somete a exageración crea Hércules y nos estimula a ser fuertes.

En las casas nuestras aparecían a cada momento las palabras deber y corrección, rectitud, decoro, honestidad y veracidad. Nuestros padres querían para nosotros verdades morales y verdades

científicas, aunque en cierto terreno admitiesen los mitos. Pero en la casa de Pepe Chica se dudaba de lo científico —por ejemplo, de la redondez de la Tierra— y, en cambio, se creía en las almas en pena, en los fantasmas, o en hechos quizás más comprobables, como éste: les oí decir que la culebra se acerca por las noches a la cama de la mujer que cría, separa al niño del pecho materno, chupa ella y engaña al crío introduciéndole en la boquita su cola.

Las cosas de este género no eran las únicas que aprendíamos allí. Aprendíamos otras muy realistas, de la vida práctica, relativas a la relación amorosa, al celo de los animales, al modo de amasar y cocer el pan, al tiempo que tardan los diferentes árboles en dar fruto, a la frecuencia de los sembrados en un mismo terreno.

Con Pepe Chica aprendí cosas de campesino que no me hubiera enseñado nadie; cosas que no he necesitado en la vida tal vez, pero que me enriquecieron, ayudándome a comprender al hombre del terruño. Aprendí a fabricarme una honda con crines de caballos o fibras de pita (ágave); aprendí a trenzar esparto para sogas; aprendí a diferenciar aves, flores, árboles; a desgranar maíz, a trillar.

Me resulta imposible recordar una por una todas las cosas que llegué a conocer por Pepe Chica; en cambio tengo muy presente la grata sensación que me proporcionaba su compañía: la de estar más cerca de la naturaleza que con otras gentes. Aunque se las daba de más leído que los demás del pueblo, manaba inocencia. Yo, con mis diez o doce años, notaba su falta de instrucción; lo consideraba por esto inferior a mí, pero lo consideraba superior en hombría, en desenvoltura humana y en penetración psicológica. Hablaba con penetrante exactitud de Fulano y de Zutano y hasta juzgaba a los grandes políticos. Precisamente al oírle emitir juicios sobre personas que conocía de trato directo y juicios sobre las que conocía por la fama, aprendí que se puede ser muy injusto con los hombres si nos faltan datos para conocerlos.

En la finca teníamos una construcción rara y atractiva, que no se encuentra en el norte de España ni en el centro, sino en Andalucía la Baja, en ese pico que parece haberse roto de otro igual en tierras africanas. Picos que formarían, al romperse, el estrecho de Gibraltar.

Aquella construcción tenía forma de medio huevo. Hay cúpulas así, pero éstas son las monteras de las iglesias o de recintos altos y solemnes; la de mi finca, en cambio, no remataba nada; vivía por sí. Era un gran cascarón blanquísimo asentado en tierra, y destacaba su blancura sobre los verdores de las viñas y los maizales.

«¿Qué es eso?», pregunté de niño. «Es la alcubilla», me contestaron. Y como siguiera preguntando qué era la alcubilla, supe que el *arca del agua*.

Todo es maravilloso para el niño; me quedé sorprendido de que el agua se pudiese encerrar en un arca, y pedí que la visitásemos. Me llevó Pepe, el jardinero. Abrió una puertecilla y penetramos en el misterioso cascarón.

—¿Ves?, esto es todo; una especie de pileta redonda, con unas compuertas que derivan el agua hacia donde se quiere.

Yo me sentí a gusto en la frescura de la alcubilla, pero lo que más gusto me dio fue el descubrir lo que era por dentro aquel edificio cerrado y tan diferente de todos los que alcanzaba la vista. Para encontrar otro igual había que alejarse mucho y penetrar en fincas ajenas.

Desde aquel día, uno de mis sitios preferidos fue la alcubilla, aunque no su interior. Trepaba a su casquete por las ramas de una gran higuera. Llevaba conmigo un libro, un cuaderno, unos lápices de colores. Desde lo alto dominaba los contornos de la finca y del pueblo, con su iglesia pintada de cal y almagre.

Había dado con un buen observatorio. Sentado, con las piernas cruzadas, a lo Buda, pero sin cerrar los ojos como éste, iba ingiriendo

⁶⁵ Publicado con el título «Memorias revueltas. La alcubilla y la higuera», *El Nacional*, México, 12 de agosto de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 171-173.

observaciones. Unas eran de movimiento, otras, de color, de forma o de tacto.

Al echar la vista sobre las manchas de maíz, se reflejaba en mis dedos la sensación táctil percibida tantas veces al pasarlos por los filos de sus hojas largas.

Si miraba las viñas, se me llenaba de jugo la boca y pensaba —¡ya!— que meter la mano en la cepa era como levantar unas enaguas.

Los sentidos se ayudan mutuamente. Oír el canto de un pájaro y presentarse su imagen es todo uno. Ver venir los bueyes y sentir el vaho de sus hocicos y de toda su piel es también simultáneo.

Desde la alcubilla sombreada ligeramente por la higuera, dejaba caer la mirada sobre toda cosa y ser viviente; incluso sobre el aire, que en las horas de intenso calor flamea, como en las pinturas de Van Gogh. La silueta de una casa, la tapia de otra, el macizo de árboles de aquella que se llamaba La Cónsula, me conducían a pensar en sus moradores y en lo que estarían haciendo. Los conocía a todos. Las niñas de La Cónsula estarían jugando en el jardín, corriendo, con sus pimpantes vestiditos blancos. Ya me gustaba una de ellas, Pepota, que tenía por los brazos y las pantorrillas una pelusa como el melocotón.

Han pasado cincuenta y más años desde entonces. No sé si vive aquella niña. Posiblemente es abuela. Un hermano suyo ha sido ministro de Agricultura con Franco. Para mí, tanto ella como sus hermanos están fijos en aquel tiempo. De nada vale que yo me mire al espejo y relacione mi semblante de hoy con los que ellos tendrán. No puedo figurármelos. Sé que nadie está en su sitio, salvo la alcubilla. Murieron los marqueses de la Paniega, murió el loco Chinchín, Ricardo Larios. Murieron mis padres, los jardineros, el señor cura... Y yo, si no he muerto, vivo en otro mundo.

Pero, en fin, he podido subir esta mañana por la higuera a lo alto de la alcubilla y he vuelto a verlo todo, a sentirlo todo. Oigo croar las ranas en las albercas, veo subir y bajar las hormigas por el lomo de este *morabito* donde estoy sentado. Miro los vencejos trazar sus firmas en el espacio. Contemplo a los bueyes que pasan lentos, arrastrando la carreta cargada de maíz y dejando en el camino esas plastas que convertirán en bolas los escarabajos.

¿Sigue en pie nuestra casa? Un escritor inglés, Gerald Brenan, me mandó hace poco un libro suyo, titulado *The Face of Spain*, en cuya dedicatoria me dice: «De su admirador y casi conciudadano, pues vivo en Churriana, Málaga».

He reconocido la casa en que vive: es la contigua a la mía. La de los Crooke.

LOS JUGUETES Y LA HISTORIA⁶⁶

Ahora me toca sacar al campo de estas memorias mis soldados de plomo. Los del año 1893 y los del año 1897.

En 1893 tuvimos guerra cerca de Málaga, en Melilla; guerra con los moros. Yo tenía seis años y recuerdo perfectamente el embarque de tropas y el aspecto marcial de mi tío Manuel Ortega, general que fue enviado al lugar de la pelea cuando mataron a Margallo.

La conciencia del niño viene a ser una semiconciencia: percibe o absorbe muchos datos, pero no los valora. Yo veía moros en el puerto y calles de Málaga desde que mis ojos pudieron ver, pero no tenía la menor noción de lo que Melilla y los moros representaban para España. Todo mi saber se reducía a que, en ese lugar de África, los moros se peleaban con los españoles. ¡Los moros... esos mismos que, pobres o ricamente vestidos, se cruzaban conmigo en las calles! Los de las babuchas rojas o amarillas, los de los jaiques y turbantes, los de las barbas. La verdad es que algunos me daban miedo por su corpulencia, y pensaba que vencerían a los soldaditos nuestros en toda lucha mano a mano. También es verdad que otros me parecían hermanos nuestros, con los mismos ojos grandes y melosos, con la misma manera de sonreír. Realmente, aquellas peleas me parecían peleas entre familiares.

Las fábricas jugueteras nos proporcionaron a los niños soldaditos españoles y moros, plomizos y bien pintados. Los de caballería

⁶⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. Los juguetes y la Historia», *El Nacional*, México, 19 de agosto de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 175-177.

se desmontaban. Llegué a tener un centenar, y al ponerlos en orden de batalla nos sorteábamos mi primo Enrique y yo quién se encargaba de dirigir a los moros y quién a los españoles. Así es el azar de nuestros caudillos, desde el Cid Campeador, aunque no por sorteo, sino por designio histórico.

Cuatro años más tarde, en 1897, los combatientes plumizos habían cambiado en un cincuenta por ciento. Los mambises sustituyeron a los moros. Mambises o tagalos; así llamábamos a los insurrectos de Cuba y de Filipinas.

También en aquella ocasión los elementos del juego marcaron para siempre en mi memoria un hecho, y muy grave, de nuestra historia patria. Y también seguía el niño sin comprender su alcance, a pesar de que ya leía periódicos y escuchaba lo que decían en su casa los familiares y las visitas. Todo se reducía para él a un nuevo pugilato, que poco a poco se complicó con un tercer elemento, el yanqui.

Mis insurrectos presentaban un aspecto nuevo en la indumentaria guerrera. Vestían camisolas a rayas blancas y azules o blancas y rojas. Se tocaban con sombreros de palma, y todos eran negros. Tanto mi primo Enrique como yo éramos alternativamente el general Weiller —mandamás español—, o los generales Maceo y Máximo Gómez. No sé por qué me gustaba y aterraba más el caudillo Maceo que el otro. Todavía suena en mis oídos el grito de «Maceo ha pasado la trocha». Y yo me empeñaba en pasar la trocha abierta en nuestro juego belicoso.

Meses después, en febrero del 98, mes en que yo cumplía once años, ocurrió lo del *Maine*, la sucia faena que se olvida cuando conviene. En agosto ya no tenía España sus colonias antillanas ni Filipinas.

Desde que se vio venir la guerra con los Estados Unidos, decayó mi juego con los insurrectos. Mi casa se vio invadida por cuadernos mentirosos en que se parangonaban las escuadras yanqui y española. Cuadernos que incluían caricaturas engañosas también, que pretendían mantener en la conciencia española un estado de ignorancia con respecto al poderío y la capacidad del pueblo norteamericano.

También me acuerdo de un papel, una hoja suelta, que nos gustó mucho; en ella, mediante una preparación de pólvora, o qué sé yo, se conseguía simular la explosión del *Maine*. No consigo ser más explícito; se me borraron los detalles.

En aquel verano del 98, al retirarme del colegio de El Palo y refugiarme en la finca de Churriana con mi familia, las caras y las conversaciones me fueron aclarando la conciencia, formándomela, mejor dicho. Aunque esto era difícil todavía. Sonaban nombres de políticos, recriminaciones, elogios para Cervera y los pobres marinos que hicieron la lucha en barcos de madera sin acorazar. Comprendí que algo muy grave había pasado. Mis juguetes no acusaron esta vez los acontecimientos.

TOROS Y GALLOS BRAVOS⁶⁷

Quien quiso aficionarme a las peleas de gallos y a las corridas de toros fue mi tío Antonio, hermano menor y único de mi madre. Un tío muy señorito, o sea bueno para nada, que me llevaba unos dieciocho años y permaneció soltero hasta después de los cuarenta.

Cuando yo tenía diez, él tenía veintiocho, es decir, estaba en plena juventud, y presumía de unas cuantas cosas: buena presencia, de saber llevar el campo, de mujeriego y saber un poquito de toros.

La presencia o buena estampa la perdió pronto, antes de casarse, al ponerse barrigón y echado para atrás. Del campo no entendía nada, pues allí enterró buena parte de la fortuna de mi abuela. Mujeriego sí fue, pero de lo ínfimo. Y en cuanto a su inteligencia del toreo no creo que sobrepasase la de cualquier aficionado.

Con mi tío fui a todas las corridas que se dieron en Málaga desde que yo usaba calzón corto hasta que terminé el bachillerato. Recuerdo borrosamente haber visto una vez a Lagartijo. ¿Qué año sería? Y un par de veces a Reverte. Lo que conservo muy vivo es el efecto que me hizo la noticia de la muerte de este torero adorado por

⁶⁷ Publicado con el título «Memorias revueltas. Toros y gallos bravos», *El Nacional*, México, 26 de agosto de 1951.

el público. Leí la reseña, y fue un impacto para toda la vida. Murió en las astas del toro. En ellas se fue encogiéndose, cerrándose como un caracol. Por entonces se cantaba aquella copla:

La novia de Reverte
tiene un pañuelo,
con cuatro picadores, ¡olé!,
y el toro en medio.

Copla que un cura chusco puso en latín macarrónico y recuerdo todavía:

Esponsa Reverteris
lintheum habet,
cum cuator picatoribus, ¡jejeu!,
taurum in medio.

Bien sabía el clérigo que el énfasis latino resultaba humorístico aplicándolo a una copla tan vulgarizada. Es un truco muy socorrido. Me viene a la memoria otro caso que raya en irreverencia. En la iglesia pueblerina de Churriana se salió tocando el organista durante una misa la musiquilla juguetona y picaresca de aquel cuplé:

Alza y toma, yo tengo un morrongo,
que cuando en la falda y así me lo pongo...

Claro que disfrazándolo con una modificación del tempo, pasándolo de *vivace* a solemne. Pero lo reconocimos y lo comentamos riendo.

Durante las corridas me aleccionaba mi tío con términos de torero. Poco a poco fui sabiendo lo que era un toro marrajo, corniveleto, berrendo, bragado, etc. La primera vez que me dijo: «Este toro es tuerto», le respondí: «¿Cómo lo ves desde aquí?». A lo cual me contestó: «Porque no embiste de un lado; señal de que no ve con el ojo correspondiente».

La verdad es que durante aquellos años pude darme cuenta de cómo toreaban Guerrita, Fuentes, Mazantini, Rafael *el Gallo*,

Machaquito, Bombita, y muchos otros de menos talla. Pero también es cierto que la fiesta me dañaba profundamente, me congestionaba y producía dolor de cabeza. Desde que comenzaba, lo que yo quería es que las faenas terminasen pronto.

Me gustaba —eso sí— el aspecto animado de la plaza mala-gueña antes de abrirse el chiquero para el primer toro, y el entre-acto que hacían entonces entre el toro tercero y el cuarto. Rato que se utilizaba para regar la plaza y para estirar las piernas y comer o beber algo.

No logré ser un aficionado a los toros. Así se comprende que más tarde, durante mis veintiséis años en Madrid, no fuese a la plaza arriba de tres veces, y que en los catorce de México haya visto dos corridas en el redondel. Ahora, algunas tardes de domingo, las veo en televisión, en casa de mi cuñado y doctor Roberto Sánchez. Pero es otra cosa.

En cuanto a las peleas de gallos, las recuerdo con repugnancia. No asistí a muchas y sólo puedo referir un caso inolvidable. La pelea estaba finalizando; había sido muy viva y muy dura y muy pareja por ambas partes. Las apuestas vibraban y aturdían. Por fin, uno de los gallos hincó el pico, pero, ya en el suelo, estiró una pata de forma que le dio con la espuela un golpe mortal al contrario, quedando así vencedor el que parecía rendido.

Lo que sí aprendí en las corridas y en las peleas, como en las carreras hípicas, es que hasta los animales tienen que hacerse un tipo, es decir, estilizarse, si quieren pelear bien o correr bien. Tienen que ser cultivados. Gran enseñanza para el hombre mismo.

EL RIEGO Y LAS ALBERCAS⁶⁸

Tres grandes albercas teníamos en la finca: la del huerto, la del Cortijuelo y la del Cuartón. Y tres eran los hombres que regulaban

⁶⁸ Publicado con el título «Memorias revueltas. El riego y las albercas», *El Nacional*, México, 9 de septiembre de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 179-181.

sus aguas de riego: Pepe *el Largo*, el cojo Palma y Pepe Chica. Las tres albercas y los tres regadores acuden ahora a mi llamamiento sin que lo impida el medio siglo transcurrido. En la placa de mi niñez quedó todo registrado.

Me figuro que los ojos de las lagartijas y pequeños lagartos, rastreando por entre las yerbas y matas próximas a la alberca del huerto, no las conocerían mejor que yo. Como tampoco los desconchones de los muros, ni las grietas, por donde desaparecían velozmente. Todos los accidentes del suelo me eran familiares. Aquel rincón del huerto estaba algo descuidado; los caminitos, invadidos por raíces que asomaban y por plantas rastreras. Junto a helechos amarillentos crecían violetas; había ladrillos rotos, caracoles, cañas tronchadas. Y todo humedecido por el agua que rebosaba a veces.

Pero si mis ojos de chaval podían competir con los del lagarto para conocer lo que había en las proximidades bajas de la alberca, también se echarían a pelear con los ojos de los gorriones, que desde los árboles próximos miraban el interior del depósito. No siempre era cristalina el agua, no siempre era un espejo azul; durante nuestra ausencia —que duraba meses— se llenaba de camas de ranas, y la operación de limpieza cuando llegábamos en verano era muy afanosa y divertida. Pepe Chica, sus hijos y yo, provistos de largas cañas, sacábamos estas aparentes cabelleras verdes que sirven de lechos a esos animalitos verdosos y con resorte, que cantan croando, es decir, como a gorgoritos, o quizás mejor como crótalos.

La alberca del huerto era nuestro centro de diversión y algunas veces de susto para la familia, porque mi primo Amaro, que era malintencionado, empujaba a una niña distraída, haciéndola zozobrar a medias con vestido y todo.

Para mí eran la alberca y el riego algo más que diversión. Ya me gustaba ir relacionando unas cosas con otras; los regatos, con las venas de mis piernas o brazos; el agua, con el alimento. Pepe Chica se me convertía en un gran general, que atendía a las distintas plantaciones, enviaba el racionamiento debido y marcaba el rumbo a las corrientes.

Las otras dos albercas, las exteriores al huerto, no eran tan frecuentadas por mí; entre otras razones porque estaban menos al alcance y porque Pepe *el Largo* y el cojo Palma me aleccionaban menos. No hablaban; no eran tan comunicativos como Pepe Chica. A éste le llamaban Castelar. De todos modos, algunas tardes —de esas muy largas, estivales—, me sentaba o tendía en los anchos bordes de las grandes albercas solitarias y ya iba sintiendo el misterioso encanto de los ocasos y el acompañamiento sonoro de los sapos, las ranas, los grillos. Meditaba sobre el alcance de las aguas, sobre los productos del campo, sobre la vida de los labriegos que pasaban cansinos como los bueyes que guiaban.

Qué sedimento tan cálido deja en el alma del muchacho la hora campesina. Es la hora de la nutrición más sana y completa. Es como la leche en la infancia y como el estudio en la pubertad, pero superior, con más conexiones espirituales y físicas. No imagino un poeta sin un trozo de vida infantil en el campo y con gente de campo.

Fuera de las tapias del huerto, pegada a ellas, corría una acequia, que los míos llamaban *el cau*. El cauce, en catalán. Es que mi bisabuelo materno y sus tíos fueron catalanes. El pueblo todo, acabó llamándola así. También éste fue un lugar predilecto para mí. Desde él columbraba la torre de la iglesia y parte de la fachada, que fueron objeto de una de mis primeras pinturas. En la puerta que daba al *cau* había dos poyetes, donde me sentaba. Por debajo pasaba el agua. Agua que venía de no sé dónde, y que era administrada por el municipio y se daba por horas y «pajas» a los propietarios de fincas vecinas. Recuerdo al que llamaban el alcalde del agua. Era como otro campesino cualquiera, pero pasaba con su azada al hombro y un aire de mando que parecía emperador. Es que tenía en su poder la regulación de aquel elemento precioso.

En la corriente del *cau* echaba yo mis barquitos, que a veces eran simples hojitas secas. La mayor fascinación para mí la producían unos animalillos negros y poco mayores que hormigas, llamados allí «escribanos». Tenían la particularidad de estar como corriendo sobre el agua, pero en contra de la corriente, de modo que ni avanzaban ni retrocedían. Muchos años después, al pensar en Unamuno, he dicho: va siempre como los escribanos.

Fue famosa esta mujer en el pueblecito. Se le llamaba así por sus marrullerías. Como no he oído este vocablo en México y no todo lector tiene cerca un diccionario, diré que marrullería puede suplirse por astucia, por ardid o artería, pero lleva en sí algo distinto. El marrullero es desde luego un ser taimado, astuto.

El mejor ejemplo de marrullería nos lo dio la Marrullera acercándose al confesionario. Una vez allí —como quien va a confesar sus pecados—, le espetó al señor cura un «te quiero, padre, no lo puedo remediar; aquí, en secreto de confesión te lo digo: te adoro, sueño contigo, no vivo en sosiego».

Yo no vi la cara que puso don Rafael, cura párroco de Churriana durante treinta o cuarenta años. Los curas tienen recursos estudiados para salir de los aprietos en que se pueden ver durante el tremendo ejercicio de la confesión, pero creo que una persona tan loca como la Marrullera puede destantear al más diestro.

Yo era bastante pequeño aún y cuando mis padres hablaban con don Rafael de este asunto se valían de medias palabras.

Venía de visita el cura de vez en cuando, por las tardes, a sentarse a la puerta de la calle, donde estábamos tumbados —como se dice allá—, en butacas y mecedoras, viendo cómo volvían los gañanes del trabajo, los porquerizos con piaras trotonas y grotescas y todo ese mundo de personas que van de paso con borriquitos, carritos, carretas, coches o un simple petate a la espalda.

Como eran tardes calurosas, de pleno estío, antes de sentarnos regábamos todo el suelo delantero de la casa y hasta de las inmediatas. Así evitábamos el polvo.

—¿Qué hay de la Marrullera, señor cura? —preguntaba mi madre.

—Hecha una loca. La noche pasada me dio una serenata. Se puso a cantar debajo de mi balcón y tuvo que salir el sacristán para convencerla de que se fuera. Lo peor del caso es que van a irle con

⁶⁹ Publicado con el título «Memorias revueltas. La Marrullera», *El Nacional*, México, 17 de septiembre de 1951.

el cuento al señor obispo y... ya comprenderán ustedes, me va el curato. Me mandarán a otro peor, y desde luego no Málaga, que es a lo que aspiro.

Don Rafael, que era hombre sesentón y desdentado, tenía un modo de hablar muy difícil de entender. Siempre lo tuvo, pero en la senectud resultaba ya completamente enigmático y acababa por fatigarnos. Quería sazonar sus frases con muecas, risas, ademanes, guiños y todo un repertorio mímico, pero aun esto, después de media hora, resultaba cansado.

Al recordar ahora los tipos de la Marrullera y del cura, reflexiono sobre las costumbres y maneras de vivir en los pueblos. Primero sobre los motes. Aquella loca tendría un nombre, y hasta dos o tres, pero nadie la conocía sino por el apodo. Era la Marrullera. Era la mujer que discurre arterías y enredos, que trama ladinaamente y coloca a las personas en situaciones difíciles, beneficiosas para ella. Era la mujer taimada y astuta que sólo tiene para vivir esas argucias y modos condenables.

La escena del confesionario parece ejemplo marrullero de gran sutileza. El haber discurrido que en aquel lugar tendría que oírle el cura a la fuerza y sin poder revelar lo que ella decía, por ser secreto de confesión, revela bastante astucia, pero las marrullerías nunca triunfan, y la mujer además, como disparatada o loca, siguió haciendo barbaridades que acabaron por desprestigiarla totalmente. No sé si terminaría siendo una de tantas locas pueblerinas acosadas por los chicuelos callejeros.

En el pueblo había seguramente otras muchas personas astutas o taimadas, porque así lo pude comprobar. Astuto era el cojo Palma, el Melaíco y no sé cuántos más, pero eran cautos a la vez, no tan enredadores.

Por esto pienso que la marrullería envuelve algo más que astucia. Los matices últimos de algunos vocablos se sienten, pero no se pueden definir. Son creaciones populares en que a veces lo definitivo es el valor onomatopéyico. El sonido de la radical «marru» puede inspirarle al pueblo no sé qué de retorcido, enredoso. ¡Quién sabe!

Al presentármese los tíos y primos así, como baraja sobre el tablero de la memoria, la reacción inmediata es que se anteponen mis abuelos y mis padres, como si fuesen de otra categoría. ¿Qué es esto, es efecto del natural cariño a lo más inmediato?

Los años han pasado, y muertos están casi todos. La inmediatez dejó de existir hace mucho tiempo. Creo poder separar lo que fue y sigue siendo amor filial y considerar solamente los valores individuales tal y como yo los percibía en mi niñez y pubertad.

Es justo hablar de baraja. Los parientes son naipes de distintos palos y valores: espada, bastos, oro, copas; ases, reyes, caballos, sotas, etc. No digo que sean para jugar, aunque... quién sabe. Entre la familia inmediata, doméstica, y los parientes hay siempre —queramos o no— un juego. Quizás no divertido, quizás difícil, pero un juego. Yo puedo imaginar que mi familia propia echaba un solitario y que le iban saliendo cartas buenas y cartas que obstaculizaban la buena marcha y la salida franca.

La parentela resulta una cosa externa y, mi familia, no; esto es obvio; pero hay más: en mis abuelos y mis padres descubro ejemplaridad. Desde la niñez percibí esta virtud. Todo lo que hacían era lo que debían hacer. La parentela, no tanto.

Si empiezo por mis abuelos, que fueron los primeros en desaparecer, voy anotando los recuerdos nimios o mayores sin que me parezcan risibles los unos y extraordinarios los otros: todos parejos en su ejemplaridad. Si mi abuelo Villa usaba un gorro parecido al de Anatole France, fue porque en la milicia se acostumbró al gorro de cuartel. Lo usaba para la casa; era de seda y negro. Me gustaba y me parecía más respetable que el de los curas. Si el mismo abuelo le decía a mi abuela en momentos difíciles: «No te apures... para lo que hemos de vivir...», yo admiraba su tranquilidad frente a la vida y la muerte. Yo admiraba su bastón de paseo, sus

⁷⁰ Publicado con el título «Memorias revueltas. Baraja de parientes», *El Nacional*, México, 23 de septiembre de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 183-185.

botas de elásticos, tan fáciles de poner, su despertar temprano, su afeitarse con navaja, venciendo las arrugas de sus ochenta y siete años. Admiraba el ritmo de su existencia, la reglamentación de sus horas. Y así todo.

Lo mismo con el abuelo Miguel y con mis padres. No sólo no les encontraba tacha, me parecían dechados de perfección. Y no creo que todos los niños y jóvenes sientan lo mismo, no es caso de puerilidad, es que yo era muy sensible a la limpieza, la claridad y el orden desde temprano. Y muy contrario al barullo, el embuste, la trampa y las suciedades morales o físicas.

¿Encontraba en los parientes la misma ejemplaridad que en mis padres? Mi tío Miguel era un egoistón y lo que llamamos en Andalucía un «mal ángel». Mi tío Rafael, *codo*⁷¹ y libertino. Mi tía María, casada con un general, muy en la línea de su hermano Miguel, sosa y aprovechada. No hubiera querido nacer de ninguno de estos tres hermanos de mi padre. Pero mucho menos de mi tía Trinidad —también hermana suya—, ni de mi tía segunda María, prima de mi madre. Y hago esta distinción porque con ellas tuve más trato. Merecen párrafo aparte, aunque sólo voy a señalar en él lo que de niño y mozalbete me chocaba en ambas.

La tía María entraba, por lo pronto, en mi casa como si fuera suya. Se retrepaba en una butaca y, al cruzar las piernas, las enseñaba sin miramiento. Quienes mirábamos éramos nosotros. Hace medio siglo se consideraban tales actitudes y movimientos como exclusivos de mujerzuela procaz. Enseguida lanzaba un chisme o un embuste, lo cual impacientaba a mi padre, quien a veces, no pudiendo resistir tanta desfachatez, le paraba diciendo: «No, eso no es así, María». Pero ella, sin inmutarse, replicaba: «Pues eso dicen». «¿Quién lo dice?». «Por ahí lo dice todo el mundo».

El «pues eso dicen» sacaba de quicio a mi padre, como algunas otras cosas de mi tía, por ejemplo, el pedir dinero prestado y olvidársele. En ocasiones, cantidades de tres mil y cuatro mil pesetas, que eran para tapar alguna deuda contraída en el juego por su marido, que estaba viejo y se dormía sobre la mesa del tresillo.

⁷¹ *Codo*, mexicanismo de avaro, tacaño, del que no sabe compartir.

Ya he hablado de esta tía con motivo de las comedias que vi de niño desde su palco de propiedad en el teatro Cervantes de Málaga. Y hablaré en otras ocasiones, porque mi vida infantil está muy pegada a ella, a su marido y al sobrino que prohijaron y maleducaron: mi primo Enrique.

De la otra, mi tía Trinidad, sólo digo ahora que era fatua en extremo. No le preocupaba más que el buen parecer. Ocultaba hasta las enfermedades de sus hijos, no ya los despilfarros y atrocidades que hacían. Y tanta ocultación trajo consigo la muerte paulatina de tres de ellos y la casi ruina económica.

¿Podía verse ejemplaridad en estos parientes?

PRIMERAS NOCIONES DEL MUNDO⁷²

Las primeras nociones del mundo social o de la condición humana las recibimos de los parientes y de la servidumbre. Ni unos ni otra actúan de pedagogos, nos ilustran y orientan sin querer. Lo más importante que nos enseñan es que la humanidad se compone de tipos muy heterogéneos y muy diferentes de los padres de uno. Que de ellos no podemos esperar la abnegación y el cariño de los progenitores. Que el prójimo «va a lo suyo», como dice la sabiduría popular.

Al pensar en aquellos años infantiles veo mi casa paterna como el centro de un círculo o, mejor, de varios círculos concéntricos. En torno al núcleo familiar está el circuito de los criados, después, el de los parientes, después, el de los comerciantes y acreedores, entre los cuales incluimos a los maestros profesionales, los institutos, las escuelas, y, por último, los amiguillos y la mayoría indiferenciada.

No es fácil que el niño se dé cuenta clara de todos estos grados o círculos sociales en los cuales se halla inmerso. Si es ingenuo y

⁷² Publicado con el título «Memorias revueltas. Primeras nociones del mundo», *El Nacional*, México, 30 de septiembre de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 187-189.

confiado, como lo fui yo, se entrega, se sume en tales círculos indistintamente y hasta encuentra en ellos ciertos atractivos no descubiertos en el núcleo familiar. En las casas de mis tías María y Trinidad, encontrábamos, por ejemplo, mi hermana María Luisa y yo las siguientes seducciones: coches en que pasear o ir al campo, niños o niñas con quienes jugar, curiosidades y objetos distintos a los de casa, y una especie de libertad de movimientos o de menor vigilancia. A mi hermana —hoy monja de la Asunción, orden francesa— le encantaba pasarse de casa a la [de] tía María Soliva, que vivía frente a nosotros, para curiosear en el salón japonés o para verla sacar trapos, abanicos y alhajas de sus roperos y mueblecitos. A mí me gustaba más el café en aquella familia que en la mía porque lo daban en unas tazas amarillas. También tenían unas azules, pero yo prefería las primeras.

Esta tía María, como he dicho en otra ocasión, no era muy recatada y nos dejaba entrar en sus habitaciones estando vistiéndose o peinándose. La recuerdo en corsé y en enaguas —entonces no se usaban «fondos»—. Recuerdo su busto y espaldas desnudos como los primeros que me alebrestaron ya de mayorcito (en México, el verbo alebrestar significa encandilarse, alborotarse).

Tía María estaba casada con un señor rondeño muy simpático, bastante más viejo que ella. Siendo yo muy niño tuvo un percance, se le quemaron las manos al pretender apagar las llamas que habían prendido las ropas de su hermana, pobre loca que me inspiraba miedo en la gran casona de Ronda. A este tío Enrique, inválido de manos y casi ciego, lo conocí siempre torpe de movimientos, pero ágil de memoria y muy amigo de los periódicos, las novelas y los naipes. No estaba para ajeteos —cosa que encantaba a mi tía— y casi todas las tardes venía a mi casa para que yo le leyese los artículos de fondo de *El Imparcial*, escritos por un buen periodista y paisano suyo, creo que se llamaba Troyano.

Como el matrimonio no tuvo hijos, adoptó a un sobrino, que había de heredar tres fincas de campo y cuatro o cinco urbanas de gran importancia. Por lo pronto lo rodearon de cuanto quería el niño; mi primo Enrique resultaba, pues, un ser privilegiado y rico a mi lado. Entre otras cosas tuvo desde la infancia coche propio,

un cochecito con capota de lona, del que tiraban dos preciosos borriquillos engalanados con madroños y cascabeles. En este lindo juguete me hicieron coger la primera mona. Entre el cocherito, mi primo y algún otro amigo me hicieron beber tanto vino dulce de Málaga, que en mucho tiempo no pude oler el vaho de las tabernas.

Mi primo tenía de todo, pero le faltaba gracia e inteligencia y era bastante envidioso. De todos modos fue mi compañero de infancia. Casi todas las semanas íbamos a una de sus fincas de campo, El Cañaveral, sobre un ramal del camino de Antequera. La casa era hermosa, con una galería muy amplia a lo largo del segundo piso, en la cual había dormilones de paja, mecedoras y mesas. Desde allí se dominaban las grandes extensiones de cañas dulces, el molino, los acueductos, los viñedos y el jardín. En aquella finca gocé viendo las costumbres de los labradores y peones. Allí vi hacer sus «comedias» al uso medieval, esto es, improvisando el diálogo al presentarse en escena, habiéndose puesto de acuerdo previamente sobre un hecho o trama sencilla.⁷³

DE LAS PRIMERAS NOCIONES⁷⁴

Si mi tía María queda caracterizada por estas tres notas, irresponsabilidad, poco recato y régimen de puerta abierta en su casa para nosotros, mi tía Trinidad podría caracterizarse por su hermetismo hueco y una cierta solemnidad afectuosa. Ella hubiera

⁷³ En 1924, Moreno Villa se encarga de la edición crítica del volumen *Teatro*, de Lope de Rueda, para la colección Clásicos Castellanos de la editorial La Lectura de Madrid. En el prólogo (págs. 13-14), Moreno Villa recuerda: «A cada poco, leyendo sus comedias, se me aproxima el recuerdo de las comedias rústicas que vi en mi mocedad en los cortijos andaluces, representadas por cavadores y vendimiadores; comedias improvisadas o a base de una patraña que viene rodando en el tiempo, para representar las cuales se ponen de acuerdo los que estén dispuestos a salir, convienen en lo que ha de pasar a grandes rasgos y dejan el diálogo a lo que den las facultades individuales. La trama es burda y el ingenio naturalmente rústico, grosero en muchas ocasiones, pero a veces cargado de humanidad y de gracia».

⁷⁴ Publicado con el título «Memorias revueltas. De las primeras nociones», *El Nacional*, México, 7 de octubre de 1951.

podido representar en un drama histórico el papel de reina viuda, mientras aquélla sólo hubiera encarnado bien el de dama enredosa y casquivana.

Tía Trinidad era rica; tendría unos cuatro millones de pesetas. Vivía en un verdadero palacio, cuyas escaleras y columnas eran de mármol, como todas las solerías de las habitaciones, patio y galerías. Los muebles procedían de un fabricante inglés famoso. A mi tío Antonio —su marido— le gustaba lo inglés por encima de todo, aunque para ciertas cosas, como la pintura y la comida, admitía la superioridad de Francia y de Italia. Cuando heredaron los millones y se fabricaron aquella gran casa, mi padre hizo de mentor en las cuestiones estéticas; elección de cuadros al óleo y estilos de muebles para el salón francés, la sala, el comedor, los cuartos y galerías. No puedo ocultar que mi padre tenía buen gusto y que al entrar en la casa de su hermana se sentaba en las grandes y cómodas butacas como pensando: qué bien hice en comprar este sillón de cuero rojo.

La primera noción de la vida ampliamente cómoda y rica sin extravíos estéticos, la recibí en aquella casa. Pero también la primera noción de cómo toda una gran felicidad comienza a disminuir hasta convertirse en pavesa.

Primero murió mi tío. Creo que del riñón, por haber bebido largo y seguido. Luego, el mayor de sus hijos; antes de los treinta años. También a consecuencia de la bebida y la crápula. Pero él, no del riñón sino de tuberculosis. Y aquí vienen las terribles consecuencias del hermetismo y de la rígida dignidad de mi tía; nunca quiso admitir que mi primo estaba tuberculoso. Y para mayor ceguera, ella y su hija se pasaban horas en el dormitorio cerrado del enfermo; cerrado hasta con puertas de madera, porque el noctámbulo no quería ver el sol. Le llamaba «el odioso padre Febo».

La ocultación de mi tía raya en lo trágico; no cedió hasta que ya el enfermo era un esqueleto. Entonces apeló a un especialista de fuera, para que no se divulgara por Málaga lo de la enfermedad. El médico no hizo otra cosa que ordenar el traslado de mi primo a los montes. Siempre recordaré la frase esta de aquel derrochador de

salud: «Pepe, me voy, a morirme en los montes; no quiero darles aquí este disgusto, ni que nadie me vea morir».

Murió como lo quiso y predijo. Y lo bajaron muerto sobre un pollino. Su madre no quiso entregar al lavado las sábanas manchadas de sangre; las guardó. ¿Cabe mayor manía de hermetismo? No hablar, no confesar enfermedades, intimidades.

Y con la única hija siguió la misma conducta. Prendió en ella la tuberculosis y la desconocieron. Era mi prima una chica de diecinueve años, preciosa. Tenía ya su novio y para no dejar de asistir a bailes, aún con calentura, se mojaba la cabeza en agua fría. La llevaron a Madrid cuando ya no tenía remedio. En mi libro *Evoluciones* le dediqué unas emocionadas páginas⁷⁵.

A continuación murió de lo mismo y en la misma casa la única nuera de mi tía, casada con mi primo Amaro, inglesita elegante pero muy poca cosa, bonita pero insustancial. Le siguió su marido, que sobre tarambana era jugador. Murió en Panticosa, lugar norteoño a donde acuden los tísicos. La misma noche de su muerte perdió en el juego cuarenta mil duros.

¿Qué más? El año 1925 ya no existía más que un vástago de mis tíos, que se salvó por haber seguido la carrera militar y haber vivido en otro ambiente. De Amaro y Georgina quedaron dos niños. Tengo entendido que uno murió en la guerra civil.

En esta rama familiar comencé a darme cuenta de lo tediosa y hasta repugnante que es la vida de los adinerados pero pobres de espíritu. Ni las atenciones y ayudas que me prestaron aquellos parientes pudieron vencer la callada antipatía que me inspiraban por su frivolidad o vacuidad. Y más tarde aprendí que la vida colectiva se venga. Al ir desapareciendo la familia, José Luis, el vástago militar, vendió la casa; en ella se instaló el periódico más populachero de Málaga: *La Unión Mercantil*. El pueblo la quemó en un momento revolucionario.

⁷⁵ Se refiere a las páginas que componen el capítulo titulado «El último epitafio. El que nunca hubiera querido hacer», compuesto por los textos «Nota» y «Recuerdos de una noche siniestra», en *Evoluciones*, Madrid, Calleja, 1918, págs. 199-206.

Al encontrarme en la escuela con los verbos irregulares, sentí una contrariedad inexplicable, algo como un timo. Mucho después me conformé pensando que si la vida se compone de cosas regulares e irregulares, tal fenómeno tendría que revelarse también en el lenguaje y en la gramática.

No hace mucho pude oír este breve diálogo entre madre e hija:

—Si yo tenera...

—No. Se dice, si yo tuviera.

—Eso te dije.

—No. Tú me dijiste «teniera».

—¡Claro, de tener, no de tuvier!

Mi chica, Paloma, contestó a su madre con tal frescura porque estaba en casa; no sé si en la escuela hubiera sido tan expedita. Yo, en su lugar y delante del maestro, me hubiera quedado en silencio, aunque renegando interiormente. La irregularidad me ofendió desde niño, lo mismo en la gramática que en la vida.

Mi primer colegio infantil era un antro. Afortunadamente para los niños de hoy, los centros educativos han subido de nivel. En el mío dominaba el mal olor: una mezcla de tinta, orines y pelos sucios. Faltaba luz, faltaba aire, sobraban ruidos. Yo abría los ojos extrañados. No comprendía el porqué de tanta baraúnda e irregularidad. Indudablemente me faltaba algo que bullía en los demás compañeros: el instinto de molestar al prójimo y de hacer cosas impropias del lugar en que estábamos. Unos chicos se dedicaban a cazar moscas, introducirles un papelito en cierta parte y echarlas a volar. Un mocosito se metía los dedos en las narices y se los limpiaba luego en los bordes de la banca. Otro le pegaba en el codo al compañero que se esmeraba en su plana de caligrafía. Todo era irregular y absurdo. El maestro se enfurecía de vez en cuando; daba golpes con el puntero en la mesa y vociferaba. Después se dejaba caer

⁷⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. Lo irregular en la vida», *El Nacional*, México, 14 de octubre de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 191-192.

en el sillón y se abstraía totalmente, como si todo lo que le rodeaba no existiera.

De aquel primer colegio pasé pronto a otro algo mejor. Por lo menos con más aire y más luz. Tenía un gran patio y un jardín. En el patio podíamos correr y jugar; al jardín no teníamos acceso. Sin duda porque temerían su arrasamiento.

Cada vez veía yo con más claridad que la tendencia original del hombre consiste en acabar con todo, aun con lo que ama. Amor y destrucción son las dos emanaciones que despierta el alma.

Sobre uno de los costados del patio se veía una reja: era la del calabozo, un tapanco donde nos reclusan por alguna travesura. La fierecilla enjaulada podía contemplar desde aquella reja el alboroto de los compañeros que jugaban en el patio. Si hubiera podido reflexionar, caería en la cuenta de que por su extremosa irregularidad estaba sometida a la regla del castigo, mientras los compañeros, por no haber roto regla alguna, podían entregarse al desenfreno. Desenfreno es justamente liberación del freno, de la norma o regla.

Mi tercer colegio fue muy otro. Situado sobre una loma costera, dominaba el mar. Estaba inundado de luz y colores. Era limpio y muy amplio. Lo guiaban los jesuitas. Vivíamos internos, sin salir durante el año a nuestras casas más que en las vacaciones estivales.

Comencé mis estudios del bachillerato con gran aplicación. Me gustaron las matemáticas y la geometría; más tarde, la retórica y la filosofía. Renegaba de la historia y de todo lo memorístico. La especulación y la indagación me importaban más que el almacenar datos inertes. Aprender algo para saltar a otro algo encadenado con el anterior, me gustaba; y esto no lo da la historia. En los sucesos de ésta parece que predomina la irregularidad y hasta la iniquidad. Si la historia tiene una lógica, es demasiado oculta y misteriosa, nada científica.

Durante el tercer año —teniendo yo trece— compuse mis primeras poesías, muy influidas por el ambiente religioso. El padre Boysen, que era muy largo, como se dice, las comentó delante de mi padre con un simple: «¿Qué sabes tú de eso?». Es que una de las composiciones iba contra el Carnaval.

En ese mismo año de Retórica culminaron mis arrebatos casi místicos; llegué a disciplinarme y ponerme cilicios. Tres años después se vino abajo todo el castillo de mis creencias.

EL VER Y EL NO VER⁷⁷

En carta reciente a un escritor joven y lejano, le digo: «No ceso de escribir y de pintar. En reacción contra lo agobiante del mundo, pinto cosas fáusticas y escribo “memorias revueltas”, que no respiran agonía, sino suave complacencia. La niñez es un fondo inagotable. Sólo en la madurez se la comprende y aprecia. En cambio, por no vislumbrar el futuro ni acoplarnos con lo circundante en la juventud, hemos sido poetas melancólicos»⁷⁸.

Esta confidencia epistolar, salida espontáneamente, la coloco ahora delante de mi máquina para repensarla. Quisiera esclarecer en mí ese fenómeno de la complacencia ante el pasado y de la angustia ante el presente y el futuro.

¿No será un fenómeno de cobardía? Me molesta pensar que así sea, pero no rechazo la pregunta. La afronto y ensancho con esta otra que me duele más aún: «¿Entonces, todo lo sustancial de mi producción poética se deberá a la cobardía?».

En la investigación autobiográfica de mi *Vida en claro* aludí varias veces a mi timidez, y en un poema del año pasado dije:

Quiero animar el coro, y no aventar más lágrimas
si no son como estrellas.⁷⁹

⁷⁷ «El ver y el no ver», *El Nacional*, México, 29 de noviembre de 1951.

⁷⁸ En el Cuaderno II, pág. 276, Moreno Villa copia el párrafo que aquí se reproduce, con alguna variante: «En carta a J. Luis Cano, digo: No ceso de escribir y de pintar. En reacción contra lo agobiante de la vida del mundo, pinto cosas fáusticas y escribo “memorias revueltas” que no respiran agonía, sino suave complacencia. La niñez es un fondo inagotable. Sólo en la madurez se la comprende y aprecia. En cambio, por no poder vislumbrar el futuro somos poetas melancólicos en la juventud. /1 Oct. 51». Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/2), Residencia de Estudiantes, Madrid.

⁷⁹ «Entereza», publicado junto a los poemas «A la belleza y sus aspirantes» y «Evocación de Blanquita», en *Cuadernos Americanos*, año X, núm. 1, México, enero-febrero de 1951.

¿No expresaba de este modo la resolución de abandonar ya la queja, el lamento, y en general todo el resto romántico, por considerarlo síntoma de debilidad?

Sí. Las lágrimas son poco viriles. Pero hay que andarse con cuidado; a veces, alguien tiene que clamar y llorar por todos los que no lloran. Ya sé que es más varonil mesarse los cabellos; recordemos al prototipo de varón, el Cid.

Tampoco sería justo decir que todos los románticos fueron unos cobardes. Ahí están todavía en el recuerdo vivo nuestro Espronceda y Byron. Además, aparte de los románticos, están los clásicos elegíacos. El hombre no deja de llorar —aunque se trague las lágrimas— desde que el mundo dejó de ser Paraíso.

Hay, pues, que buscar otra razón más honda, la base de la cobardía. Y pienso en que sea el *no ver*. El no poder ver y, por consiguiente, *no comprender* el presente ni el futuro es lo que nos acobarda.

Por esto nos complace el pasado; porque a éste sí lo vemos ya y lo comprendemos. Ya está limpio de angustia o temor. Nada puede afectarle. Vivirá en absoluta quietud, sin más variaciones que las impuestas por nuestros ángulos de contemplación.

El pasado nos arranca lágrimas desesperadas o gritos furibundos porque sus quiebras pesan ya lo mismo que sus momentos felices. Vemos en él las compensaciones; mientras que en el presente pesan mucho más las inquietudes, los sobresaltos.

Claro que hay muchos seres mejor dotados que otros para enfrentarse con el presente y darle cara al futuro. Ellos son más valientes. Y no estoy seguro de que ven más, sino de que se adhieren a una creencia o fe ciega que los lanza y sustenta. Es el caso de los políticos y los caudillos.

Pero éstos caen fuera de los tipos que pueden seducir a los espíritus filosóficos y contempladores de la historia. Su valentía puede ser funesta, lo mismo que la cerrazón mental de sus secuaces. Al hombre naturalmente bueno le ponen en inquietud los redentores. Suelen ser esquizofrénicos o delirantes que azotan y desangran al género humano.

Volviendo a nuestro ver y no ver, que es el de los más, deduzco de todo lo apuntado que el *no ver* claro en la vida presente o futura

justifica la actitud de cobardía y lágrimas; así como el *ver* con claridad y en bloque el pasado nos proporciona un amable bienestar.

No creo que en lo porvenir pueda evitar las lágrimas en absoluto. Trataré de contenerlas, pero no en balde se califica de «valle de lágrimas» al planeta Tierra. En compensación, ahí tengo la historia, el pasado, lo ya inmutable y por lo mismo tranquilo, aunque sujeto a revisiones periódicas que nos aclaren más y más la condición humana.

VERANEO DE TIERRA Y VERANEO DE MAR⁸⁰

Prosigo con Málaga, España. Volviendo los ojos a la niñez comprueba uno el mudar de los tiempos. Solemos creer que los días difieren poco, y que las costumbres son inmutables; pero no hay tal monotonía, sobre todo en un siglo como el nuestro, tan dotado de mecanismos. Las máquinas que acortan las distancias y el tiempo, que nos ponen ante los ojos lo ocurrido lejos y en los oídos la voz del antípoda, trastocaron mucho los modos de vivir.

Evoco mi veraneo, mi vacación malagueña en una época anterior al automóvil y me encuentro con un cambio fundamental. Entonces, los hacendados malagueños se retiraban de la capital buscando el reposo en las fincas y pueblos de tierra sin mar. El mar lo dejaban para los que venían de tierras adentro, de lo que llamamos allí «olla de Andalucía» porque en ella se cuece la sangre durante el estío.

Nosotros íbamos a Churriana, pueblecito muy citado por mí. Este lugar había estado de moda en tiempos de mis abuelos. Yo no alcancé el apogeo de tal moda. Recorriéndolo con algún familiar, éste me iba diciendo: «La casa que ves a la derecha era de la familia Tejón; aquella otra, de los Paniega; esta que ves muy abandonada, de los Heredia». Y así otras y otras. Casas que durante el invierno permanecían cerradas, imprimiendo al pueblo un aire de

⁸⁰ Publicado con el título «Memorias revueltas. Veraneo de tierra y veraneo de mar», *El Nacional*, México, 3 de febrero de 1952.

soledad y de silencio mortecino. Recuerdo perfectamente la de los Picasso. Estaba cerca de la iglesia. Nunca tropecé con el vástago de esta familia que había de ser un artista universal. Cuando yo contaba once años, él tendría diecisiete, y ya estaba lejos de Málaga.

Para un veraneante de hoy, la vida que hacíamos en Churriana sería incomprensible e intolerable. No había distracciones; eso que la gente llama distracciones. Para mí las había, y muchas más que en la capital, porque gozaba con todas las faenas del campo y con todo lo que en él veía, fuese persona, insecto, pájaro, riego, trilla, siembra, ordeña, vendimia, etc. Yo mismo cavaba, sembraba y regaba en algunas parcelas de la huerta que nos dejaban para recreo. Pero las personas mayores carecían de estos recursos. Para ellas no había otras cosas que dormir, comer, sentarse horas y horas bajo los nísperos y los chirimoyos, en la umbría, leer y platicar a ratos con el jardinero o algún campesino que llegase.

No teníamos mar, no teníamos cine (no existía), no teníamos radio, por la misma razón, ni teléfono, ni tren, ni coche, ni tertulias. Algún domingo, o sábado por la noche, daban una función de teatro al aire libre, y había que llevar las sillas de casa.

Yo miro con envidia aquel retiro absoluto, aquel descanso pleno de todo lo que en la ciudad nos ajetea y fatiga; pero la vacación y el veraneo que pide la gente de hoy son muy distintos.

Antes de abandonar yo Málaga por Madrid comenzó a variar la cosa. Las familias descubrieron como posible paraíso de veraneo un pueblecito a la orilla del mar llamado Torremolinos; fabricaron sus casitas y pronto fue el sustituto de Churriana. Era lógico.

Desde entonces, otros pueblos de la costa fueron asaltados paulatinamente por los veraneantes que preferían el mar a la tierra seca. Hoy, según noticias lejanas, toda esa costa es de un atractivo incomparable. Aun siendo casi tropical —en ella se da la caña dulce—, muchos españoles que antes iban a las playas del norte acuden a ella. Los tiempos son otros, los días no se repiten indefinidamente.

Junto al mar hay campos de juego y en cualquier parte se encuentra ya un cine o un bar. Desde las casas o desde la orilla,

se contempla una inmensa bahía, en cuyo brazo derecho se afirma Gibraltar. Las aguas son tranquilas y de un azul brillante, iluminado siempre por el sol, que se levanta del mar y se hunde en él. Las lindas traineras, lanchas de vela que salen a pescar, vuelven con el copo de sabrosos pescados. Por tierra llegan a cada momento los automóviles. Dinamismo por tierra y por mar.

Yo conocí en Torremolinos a un señor inglés muy curioso. Era viejo pero fuerte y activo. Tenía dinero. Compró una gran casa en sitio estratégico; sembró su huerta, donde él se distraía; compró una lancha y un caballo; jugaba al tenis; pero, como otros ingleses, trataba de propagar la Biblia, y como la gente pobre del pueblo se hacía la remolona, tuvo que alquilar oyentes, es decir, pagaba un duro a quien asistiese a sus lecturas. ¿Qué sería de él?

ALCURNIA DEL PUEBLITO⁸¹

Vuelvo a Churriana para reparar un olvido de cierta importancia que podría molestar a los churrianeros.

En ninguna de las páginas dedicadas al pueblecito he aludido a su alcurnia. Y tengo algunas pruebas de ella. Se remonta a la época romana.

¿Por qué no lo saben los historiadores malagueños? Un arqueólogo del tiempo de mis padres, llamado Palanca, descubrió en Churriana una linda figurita romana que luego compraron los Heredia. Palanca organizó para estos ricos señores un museíto romano en la finca La Concepción. Allí pude ver la piedra, que representaba a Urania, sentada y en actitud un poco melancólica, si no recuerdo mal. Mediría de alto un metro y veinte.

Palanca fue también el descubridor de las llamadas tablas malacitanas, preciso documento pétreo del antiguo municipio.

Yo no fui tan afortunado como Palanca en esto de los descubrimientos arqueológicos, pero, en nuestra finca misma, y abriendo

⁸¹ Publicado con el título «Memorias revueltas. Alcurnia del pueblito», *El Nacional*, México, 10 de febrero de 1952.

zanjas para los muros de unas casitas, pude ver que salían y salían monedas de cobre romanas a puñados. Monedas de emperadores con rostros gastados en su mayoría, que recogí golosamente y enseñé a un pariente muy aficionado a las antigüedades, el cual se quedó con las mejores y me dio las otras para jugar. Monedas bajo trigales durante muchos siglos. Yo tendría diez u once años.

La estatua de Urania y estas monedas son los datos que tengo a mano para afirmar, al cabo de tanto tiempo, que Churriana puede presumir de alcurnia a pesar de su aspecto pobretón de hoy. Las altas y bajas que haya sufrido a través de los siglos, las desconozco. Después de su apogeo romano, sólo sé que tuvo en el siglo XIX un periodo de cierto esplendor, una época de moda. Después, los hacendados se fueron a Torremolinos o la Caleta, dejándola en un aspecto decrepito.

Churriana se asienta en la última estribación de una sierra, la de Mijas. Desde su altura —pequeña, pero suficiente—, se domina toda la rica vega de Málaga. Y la gente del pueblo llama a cierto lugar el Castillo. Es un lugar avanzado y a pico, donde no quedan más que unos muros flojos. Si no recuerdo mal, de ladrillos. Muros que más parecen moros que romanos.

Las calles de Churriana son pendientes y estaban empedradas con grandes guijos de río. Una de ellas se llamaba calle de Rodahuevos.

A pesar de la pequeñez del pueblo, se dividía nominalmente en dos sectores, bajo y alto, que ostentaban estos curiosos nombres: La Higuereta —diminutivo de higuera— y La Ñoreta, que no sé si será diminutivo de ñora, voz murciana, según la Academia, que se aplica a la guindilla o pimiento muy picante.

Por la calles se ven burros, carros, carretas, labriegos, mujeres lavando ropa en un acueducto, cerdos, gallinas que picotean, perros famélicos y gitanos que se dedican a pelar pollinos o al castizo oficio de la caldería.

Las gitanas, por lo general, venden randas o quincalla. Llevan su mercancía en un arconcito que apoyan sobre el cuadril. Andan con garbo y suelen ser muy guapas. Cuando yo empecé a pintar quise que una me sirviera de modelo, pero corrió la voz de que

estaba enamorado de ella y no lo permitió el gitano. Realmente era una belleza cálida, digna de que Salomón la hubiese llevado a su serrallo.

Por las tardes, todas las viejas del pueblo se sientan en el umbral de la puerta que da a la calle, y cuando alguien pasa por delante, suspiran hondamente.

Yo sé lo que tienen dentro de sus pechos estas viejas: las he tratado, las he visto sufrir. Una vez, hablando mi madre con una de tantas, le preguntó:

—Oye, fulana, ¿desde cuándo no te confiesas?

Y ella le repuso:

—No sé los años, señorita.

—Pues deberías confesarte, que ya estás vieja.

—¿Y de qué quiere usted que me confiese?

—Pues de los pecados, de lo que tengas.

—Señorita, ¿qué quiere *usté* que tenga? Yo no tengo más que la *vía* (la vida).

Maravillosa expresión, que no se me olvida. Ella no tenía más que la vida, las cosas que la vida le había impuesto, buenas, malas o medianas, todas excusables porque así vinieron.

AMANE CER DE LA SEXUALIDAD⁸²

Este capítulo de la sexualidad es el que más interesa a la gente, de todas edades y categorías, sobre todo a partir de la difusión de las ideas de Freud.

Al querer resucitar o despertar mis experiencias lejanas, de los albores sensuales y sexuales, topo con dos inconvenientes: el olvido y la represión que me impone el respeto al público.

Mi memoria para lo antiguo es bastante nítida, pero no sería capaz de fijar el día y el año en que se me reveló el apetito sexual. Por otro lado, mi capacidad expresiva está educada y podría sortear

⁸² Publicado con el título «Memorias revueltas. Amanecer de la sexualidad», *El Nacional*, México, 2 de noviembre de 1952.

dificultades para no herir el pudor auditivo del lector; pero entonces quedarían defraudados los que esperan revelaciones sensoriales.

Creo que revelaciones de este calibre no podría ofrecerles. Mis experiencias primeras las considero corrientes, vulgares, como las que ya expresó de un modo magistral el padre del gongorismo —aunque esta vez sin gongorismo alguno— en aquel romance que comienza: «Hermana Marica»... y termina: «Barbola, la hija / de la panadera, / la que suele darme / tortas con manteca, / porque algunas veces / hacemos yo y ella / las bellaquerías / detrás de la puerta».

Góngora clavó aquí lapidariamente uno de los rasgos típicos de la sexualidad en su amanecer: la ocultación. Todas aquellas pequeñas bellaquerías requerían secreto. Incluso las enseñanzas verbales se hacían cuchicheando, a escondidillas. Al repensarlas ahora veo a todo nuestro grupo infantil de entonces como ratoncillos inquietos que brujulean y se agitan en la sombra entre faldas y cobijas calientes. La misma mirada vivaz del ratón era la nuestra para atisbar por rendijas, ojos de cerraduras y grietas de pared. Y nuestro olfato se enardecía como el de los animales al rastrear el olor femenino.

Éramos muy animalitos, nos atraían más los olores fuertes de la hembra poco aseada; igualmente la más abundante en vellos. Con razón dice el Talmud que el pelo es desnudez.

Lo sorprendente es que junto a estas manifestaciones burdas del instinto animal yo sentía que brotaba en mí un amor a la hembra con signos más puros. A los nueve, a los diez años, lo que me despertaba la mujer madura y trabajadora era muy distinto que lo despertado por la niña de mi edad y bien lavada.

En mi niñez no convivíamos en los colegios niños y niñas; en general, la educación tendía a mantenernos alejados desde los albores de la sexualidad, y a esto creo que se debía el brote de aquel otro amor más difícil; que por lo apartado nos hacía suspirar.

Extraña mezcla la de entonces: amor brutal y amor romántico, platónico. Mezcla que me duró mucho y que quizás nos dure toda la vida.

Cuántos suspiros y coplas lanzábamos como gatos en las proximidades de la casa donde habitaba nuestro amorcillo. Algunas de las niñas amadas por mí se quedaron sin saber de mi boca lo mucho que las deseaba. Pienso especialmente en Blanquita, con la cual no cambié nunca más que miradas en la iglesia.⁸³

Al poner este nombre me acude el de otra, llamada Araceli. A ésta, sí, llegué a declararle mis sentimientos; pero es verdad que ya contaba yo con dieciocho años. A pesar de esto, qué gran esfuerzo tuve que hacer para llegar a la confesión. Y qué torpeza para desarrollar el pensamiento. Le repetía siempre la misma frase, hasta que la cansé y me dijo: «Qué pesado eres». A lo cual repuse: «Sí, ya me lo decía mi ama de cría». Sé que esta antigua amiguita vive aún y es abuela. No la he vuelto a ver desde el año cuatro. Como es forzoso, ni ella ni yo estamos como en los días juveniles; habrá engordado y encanecido; quizás no conserve siquiera su modo de mirar ni la forma de aquellos ojos, pero de buena gana platicaría con ella sobre nuestro diálogo aquel, sostenido en el Liceo de Málaga durante un baile de Carnaval y en vísperas de mi salida para Alemania.

Por entonces se cantaba mucho una copla que decía:

Virgen mía de Araceli,
a visitarte he *veníó*
ya que tanto poder tienes
dame lo que te he *pedío*.
Y verás quien bien te quiere.

Al cantarla yo en mis soledades alemanas, no veía a la Virgen del altar que motivó la copla, sino a la que yo entronizaba en mi capilla interior, naturalmente.

⁸³ En el poema «Lazo al tiempo» Moreno Villa evoca este recuerdo: «Te estoy mirando en la Misa / del pueblo de Churriana. / Yo no te quitaba ojos, / tú, a ratos, me los echabas», *El Nacional*, México, 8 de enero de 1950.

La calle aquella que conducía a nuestra casa de campo no se llamaba así; su verdadero nombre era calle de Torremolinos. Diré por qué la rebautizo.

Todas las tardes, justo al hundirse el sol veraniego, solía recorrerla con pretexto o sin él. No tenía casas más que a un lado; del otro había una larga tapia que defendía la Huerta del Platero.

No me gustaba caminar por la estrecha banqueta junto a las casitas bajas porque era de piedras mal asentadas y se me torcían los pies. Prefería pasar arrimado a la tapia. Ello me permitía ir echando miradas hacia los interiores de las modestas viviendas sin la agresividad o el descaro que tendrían al echarlas desde la acera pedregosa y estrecha.

Las puertas de las casitas labriegas estaban abiertas y en el umbral de cada una posaba una vieja vestida de oscuro y tocada con un pañuelo amarrado bajo la barbilla.

Esta serie, este rosario de viejas enlutadas y sentadas a lo largo de la calle, me parecía cosa artificial o de teatro, puestas allí para producir un efecto determinado, tal vez de misterio. Pero lo más impresionante era que estas viejas lanzaban suspiros sucesivamente, conforme avanzaba uno, fuera yo o fuera Perico el de los palotes.

Por esto recuerdo aquella calle como digna de llamarse calle de los Suspiros. Es un nombre que por su calidad poética me hace contemplarla a distancia con respeto y amor, sublimada tantito.

Por lo pronto ya no la integran otros detalles reales que, si me esfuerzo, puedo ir desentrañando del olvido: las gallinas que picoteaban en la rúa, el cerdo que se escapaba burlón, el burro cansino que pasaba de tarde en tarde seguido de un labriego de cara romana o gitana, la diligencia que despedía polvo y ruido con sus seis caballos y un mayoral que restallaba su látigo.

Todo esto se aparta de mi memoria, huye por los bastidores como elementos de coro y me dejan pura la estampa, el escenario

⁸⁴ Publicado con el título «Memorias revueltas. La calle de los suspiros», *El Nacional*, México, 23 de noviembre de 1952.

silencioso de la calle de los Suspiros con las viejecitas sentadas en los umbrales de sus moradas.

Una vez, mi madre hablando con una como ellas que venía de otro pueblo a vender huevos y también suspiraba, le preguntó: «¿Qué tienes?». Y Frasquita la María, que así se llamaba, respondió: «¿Qué quiere que tenga, señora?, la *vía*».

Eso, la *vía*, la vida es lo que alentaba en los suspiros de todas las almas vestidas de negro que punteaban la calle.

Y me entrego a divagar sobre las diferencias entre suspiro, lamento, clamor.

«¡Déjame respirar, hijo!», dice alguien que llega sofocado. La fatiga le pide calma y llenar de oxígeno sus pulmones. En esta respiración fatigosa hay un anuncio del suspiro.

El suspiro no lo produce tanto la fatiga física del momento como la fatiga moral. A las viejecitas de la calle les pesaba lo vivido y lo que les quedaba por vivir, por malvivir. Les pesaba la vejez. Se entristecían al ver pasar la juventud por delante de sus puertas. Se acordaban de sus años mozos y saludaban sus ayeres con esa descarga del ánimo que llamamos suspirar. ¡Respirar, suspirar, expirar! Peldaños de la existencia.

El lamento y el clamor son de otra categoría. Son más engolados. El suspiro es humilde; le basta la respiración para definirse; no requiere vocales, sílabas ni palabras. No dice, se expresa con el profundo aliento que mana directamente del dolor, de la fatiga o la angustia.

Muchas veces he pensado que la poesía lírica tiene por dios al suspiro. Esto nos lleva a una penosa conclusión, a comparar con las viejas a los poetas suspirantes.

Pero no hay que alarmarse, poetas. No se suspira por declinación o acabamiento del ánimo únicamente. Se puede suspirar por deseo, por anhelo, por ansia viva de algo muy digno.

Aunque también hay quien por algo indigno suspira.

Y es que quien aspira, suspira. Porque el aspirar cansa.

*Amistades
mexicanas y
extranjeras*

1950-1952

Ya van acumulando memorias mis trece años en México. Buen cacho de nueva vida en la Nueva España. Nueva patria desde el año 1941.⁸⁶

Si miro en mi *almario* (armario del alma), veo que se han acomodado en él muchas cosas nuevas. Unas están firmes, en bateas y cajones; otras, más inseguras, en colganderos o perchas. En los primeros están las amistades y relaciones; también aquellos impactos recibidos por los ojos durante los viajes. En los segundos, las frases, oídas o leídas. Son las que se me borran más pronto.

Por temor a que estas cosas me desaparezcan cualquier día, las fijo a veces en las cuartillas. Confieso, sin embargo, que, por pereza, casi siempre dejo de apuntarlas.

A esto se debe que no sepa todavía, después de tantos años, expresarme con los giros propios del país en las circunstancias debidas, es decir, cuando se bromea en las conversaciones recurriendo a frases populares. Y las hay muy sabrosas. Precisamente me he regocijado estos días con un cuentecillo en fabla mexicana que trae Juan José Arreola en su primer libro, *Varia invención*⁸⁷. Este novel cuentista me parece que va a dar frutos buenos. Por lo pronto sabe escribir con un gusto que me recuerda a Dühamel en muchas ocasiones.

⁸⁵ Publicado con el título «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 13 de agosto de 1950; recogido por primera vez en *Nueva cornucopia mexicana*, edición de Roberto Suárez Argüello, México, SepSetentas, 1976; 2.^a reimp., *Cornucopia de México y Nueva cornucopia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (col. Popular), págs. 342-347.

⁸⁶ A finales de 1939 Moreno Villa se enfrenta a un problema legal ante las autoridades mexicanas referente a la validez de su matrimonio con Consuelo Nieto, al considerarse nulo por haberse realizado ante el cónsul de un país extranjero —España— y entre un ciudadano extranjero y una ciudadana mexicana. La única solución legal que le quedará será celebrar un nuevo matrimonio ante el Registro Civil mexicano y, al tiempo, aceptar la posibilidad de nacionalizarse mexicano. Existe un informe del abogado Antonio Carrillo Flores explicando pormenorizadamente el asunto, que está fechado en México el 24 de octubre de 1939, apenas diez meses después de haberse celebrado su matrimonio.

⁸⁷ Juan José Arreola, *Varia invención*, México, Tezontle, 1950. En el ejemplar que se conserva en la Biblioteca José Moreno Villa (Residencia de Estudiantes, Madrid), se lee la dedicatoria siguiente: «Homenaje de / admiración, afecto / y gratitud a / Don

Al citar el nombre de este joven amigo, creo que lo primero es hablar de ciertas amistades valiosas que me hicieron gratos estos años de México. Las más importantes son las de Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor. Digo que son más importantes porque han sido las más frecuentes o continuas, y por lo mismo las que han podido mostrar más datos de adhesión o estima. Es muy posible que otras amistades no se hayan desarrollado porque las circunstancias no han sido propicias; no por falta de mutua simpatía. Dependen a veces de cosas tan sutiles o fortuitas las amistades, pueden intervenir tantos factores insospechados, que mortifica pensarlo.

Entre los amigos mexicanos que no han cambiado para conmigo en los trece años que llevo en el país, uno es Eduardo Villaseñor. Me fue presentado en la estación por Genaro Estrada la noche en que llegué: 10 de mayo de 1937. Y ayer —24 de junio de 1950—, al salir de la fiesta que celebró por la confirmación de su hijo Lorenzo, me puse a considerar lo raro que es en la vida encontrar amistades como la suya; persistentes, iguales a lo largo del tiempo, sin que medie entre los componentes intereses mezquinos y sin que la creciente confianza disminuya el respeto mutuo.

Oí una vez a Eugenio d'Ors, hablando de la amistad con aquella afectación filosófica y tonal que le distinguía, que el amigo modelo es aquel que a la hora de la muerte nos habla de usted sus últimas palabras.

Ni Eduardo ni yo hemos tenido que recurrir al tuteo. Nos vemos de tarde en tarde; pero sus casas de San Ángel o de Tepoztlán están abiertas para este amigo suyo siempre que lo desee.

Mucho ha contribuido a esto la pintura. El primer óleo que yo vendí en México me lo compró él; un retrato que hice del pintor Federico Cantú en su estudio, el año mismo de mi llegada. Al

José Moreno Villa / Juan José Arreola / México / julio 20 / de 1950», y el cuento al que hace mención en este artículo, «Hizo el bien mientras vivió», está profusamente anotado al margen con comentarios de admiración. Un ejemplo puede ser el siguiente: marca el párrafo «En aquel día de paseo, mientras yo dormía insensatamente bajo un árbol, a ella le fue dado contemplar las maravillas del paisaje que luego me deslumbraron a través de su descripción» y escribe al margen: «Otra vez la ironía más delicada, el humor poco visto entre españoles», pág. 16.

siguiente me brindé a retratar a su primera mujer, Margarita Urue-
ta. El hecho de instalar un caballete, acomodar los útiles de pin-
tar en una mesa, quitarse el saco y vestir alguna prenda que defien-
da de las manchas coloras, es algo muy distinto que una simple
visita; viene a ser como una toma de posesión de la casa. El pin-
tor manda en ella un poco. Le ordena a la señora que adopte tal
postura y se acomode en tal sitio, pide que se descorra tal cortina,
reclama un cojín o un asiento distinto. Y la señora, por su parte
—si todo esto se hace con naturalidad y buena crianza—, se des-
vive por hacer gratas las horas del trabajador, asistiéndole con algún
reconfortante: un bocadillo, un té o un vaso de *whisky*.

Todo esto es verdad, pero la confianza entre nosotros venía ya cre-
ciendo por otros antecedentes, sobre todo por la información que de
mí le hizo Genaro Estrada. Eduardo sentía hacia este mexicano ilus-
tre respeto y gratitud por la ayuda que le prestó en sus comienzos.
A la viuda de Genaro, que luego ha sido mi mujer, y a su hija Palo-
ma, las consideró desde la viudez y la orfandad como un tanto fami-
liares, y de este afecto y confianza he venido a participar yo.

Quien entraba en su casa no era, pues, uno de tantos amigos
artistas; que sobre tales factores obraran además mi condición de
exiliado, con todo lo que esto representa de torpor para moverse
en tierra nueva, o las afinidades de gusto por los libros y las artes,
no me parece inverosímil.

El hecho es que la casa de Eduardo ha sido durante estos trece
años la más acogedora para mí. Siempre que Eduardo daba fiestas
—y las dio grandes y espléndidas—, me llamaba. Siempre que le ofre-
cían en venta cualquier objeto de arte, me telefoneaba. Y lo mismo
cuando acariciaba proyectos de obras o adquiría libros interesantes.

Eduardo estuvo siempre al tanto del movimiento cultural y polí-
tico de nuestra España. Conocía personas y obras nuestras. Había
vivido entre nosotros, y hasta se representó una obrita teatral suya
en la casa madrileña de los Baroja. Todo ello nos unía espiritual-
mente. Muchas tardes, durante nuestra guerra civil, como durante
la Segunda Guerra Mundial, colgábamos nuestras inquietudes de
las antenas de la radio y al terminar los mensajes, reaccionábamos
con iguales caras optimistas o significativos silencios.

En su casa he conocido o he vuelto a ver a mucha «gente gorda» del mundo internacional. Recuerdo a Stravinsky, Breton, Negrín, Morgentau, Erik Johnson, Nelson Rockefeller, Raúl Prewich.

En su casa, durante una fría noche navideña, recuerdo al profesor y musicófilo Mr. Trend dando palos a una piñata en pleno jardín, con los ojos vendados y vestido de esmoquin; y recuerdo al profesor de Filosofía y querido amigo José Gaos con una bandeja en la mano y bailando al compás de no sé qué música diablesca.

Eduardo tiene el buen gusto de hacer una porción de cosas sociales como si no tuviesen importancia, al desgaire. Es rápido, mental y físicamente. Le conozco en sus horas felices y en las de tormenta interior. Sonriente, con estallidos de risas muy abiertas y entenebrecido, con nublazón de sus ojos chinescos y un absoluto mutismo. Por esto he podido hacer un buen retrato suyo al óleo, porque «me lo sé» bastante bien.

Le he visto apasionarse por la literatura, por la música, por la pintura, por las ediciones buenas y bien empastadas, por los tapices y esmaltes, por los muebles y alfombras, por los viajes y por la buena cocina y la buena bodega. Lo mismo era Genaro Estrada. Y alguna vez me pregunto cómo estos hombres han podido cultivarse en tantos sentidos y en tan escaso número de años, habiendo tenido que trabajar duro al mismo tiempo. Son ejemplos sorprendentes que quizás no se puedan dar más que en América.

Y en estos tipos se puede observar otra cosa, que siendo profundamente mexicanos, alcanzan un nivel tan universal o cosmopolita en cuanto al trato o relación social. Lo he visto desde luego en Alfonso Reyes, pero lo mismo en Daniel Cosío Villegas, en Luis Montes de Oca y en los anteriores.

Tal cosa no es extraña en los individuos «profesionalmente aristocráticos»; pero si se mira bien, éstos no tienen dentro nada más que ciertas maneras cosmopolitas, mientras los que yo digo tienen esas maneras o formas sociales como un plus que agrada, un plus sobre otras muchas cosas de interés humano y general.

Estos hombres están bien en cualquier parte del globo; nunca están desplazados; en cada sitio, en cada círculo pueden encontrar algo que les sirva de engarce espiritual.

El secreto puede que esté en que son naturalezas activas y creadoras. Son espíritus llenos de ansias nobles; y donde quiera que estén estarán ampliando, mejorando, corrigiendo, guiando.

Yo no puedo sopesar la labor de tipo económico llevada al cabo por Eduardo Villaseñor en los puestos de confianza política, pero puedo decir que cuando llegué a México estaba al frente de un banco —creo que fue el llamado Agrícola—, que de allí pasó a la Subsecretaría de Hacienda y después a la dirección del Banco de México. Tales ascensos no se logran sino por capacidad demostrada.

En otros aspectos más pintorescos, le conozco más concretamente. Por ejemplo, en la construcción de su casa en Tepoztlán. En un principio, esta casa se iba a reducir a una especie de cajoncito que les sirviera de albergue en los «rabos de semana» (dicho sea de un modo que suene a español). Pues bien, puesto a levantar las cuatro paredes del cajoncito, se fueron complicando las cosas, es decir, las ocurrencias, los deseos —que son explosiones del espíritu creador—, y el modesto albergue «rabisemanal» acabó en algo que ya he calificado una vez superlativamente de Alhambra.⁸⁸

Así es Eduardo. No le duelen prendas. Es generoso y creador. Para acabar de retratarle, apuntaré que sabe bailar muy bien y que juega al golf, que habla muy bien inglés y francés, y que en unos momentos de tormenta psíquica se dejó crecer la barba.

Afortunadamente salió de ella. Y hoy, con Laura y su nuevo hijo, me llaman a pintar con el mismo afecto de siempre.

He pintado a los dos, y los tres hemos quedado contentos.

⁸⁸ Véase «Tepoztlán, agosto de 1946», págs. 649-650.

Mi amistad con Alfonso Reyes comienza el año de la primera Gran Guerra mundial. Hace treinta años. Media vida.

Llegó a Madrid a fines del año 1914. Venía de París y de San Sebastián. Venía sin recursos económicos, pero traía los que nunca fluctúan con los cambios monetarios ni las mudanzas políticas: los valores del espíritu. Con ellos quería abrirse paso en la vida literaria de Madrid, «castillo famoso» realmente por aquellos días. Pronto lo vi en las tres atalayas más dominantes: la revista *España*, fundada por Ortega y Gasset; *El Sol*, fundado por Urgoiti, con el contrafuerte espiritual del mismo Ortega, y el Centro de Estudios Históricos, donde Menéndez Pidal, Gómez-Moreno, Tormo, Hinojosa, Asín Palacios, Rey Pastor presidían las secciones de Filología, Arqueología, Bellas Artes, Derecho, Árabe y Matemáticas.

Entrar en cualquiera de estos tres reductos daba prestigio y sello. Reyes traía ya los suyos, pero tenía que «tomar la alternativa» en aquellas plazas madrileñas, que eran muy especiales y muy exclusivas. Sin temor a ambigüedades puede decirse que muy aristocráticas, porque aspiraban a trabajar con más seriedad, severidad, pulcritud, sentido crítico que los centros universitarios momificados y las publicaciones rutinarias.

Cuesta un poco darse cuenta del fenómeno cultural español de aquellos días. No basta decir que una generación nueva operaba. Operaban tres: la de los abuelos, la de los padres y la de los hijos. Para individualizar diríamos: la de don Francisco Giner, la de Menéndez Pidal y la de Ortega. Individuos que cifraban la educación moral y estética, el sentido y la disciplina histórica o científica, la apertura de horizontes culturales.

Involuntariamente he omitido cuatro nombres ilustres: Cajal, Achúcarro, Bolívar, Pío del Río [Hortega].

La omisión involuntaria se debe a que mi pensamiento ponía la proa decididamente hacia las figuras que tuvieron más contacto

⁸⁹ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 83, México, 3 de septiembre de 1950; recogido por primera vez en *Nueva cornucopia mexicana*, cit., págs. 348-353.

con Reyes y conmigo. Yo trabajaba en la sección de Gómez-Moreno; Reyes, en la de Menéndez Pidal, con Américo Castro, Navarro Tomás, Solalinde y otros. Al caer la tarde, salíamos de aquel centro. Yo me incorporaba al grupo de filólogos porque eran más literatos que los de mi grupo. Solíamos irnos a tomar unos tarros de cerveza a la cervecería del Águila, ubicada en la esquina de la calle de Serrano y de Hermosilla. En esta última vivía un ilustre mexicano, poeta, historiador y diplomático: don Francisco de Icaza, y muchas veces venía con nosotros. También nos acompañó alguna vez Urbina.

Reyes era más joven que yo, pero yo me sentía un doctrino junto a él por su desenvoltura y azares vividos. Tenía más cosas sobre las espaldas y sobre el corazón que yo. Nos contaba de un país lejano, de la muerte fatal de su padre, del sentimiento de expatriación. Sobre su juventud pesaba carga de hombre maduro; pero aquella juventud le asomaba con tal brillantez por los ojos y por la boca, que casi no daba crédito a lo demás.

Me divertía verle cargado de carpetas y folletos y sacando a cada paso una gordísima pluma fuente para apuntar direcciones, notas o recados, estuviéramos en la cervecería o en mitad de la calle. Se sentía bien con nosotros. Bromeaba o colocaba una frase aguda en las conversaciones. Ya tenía esa flexibilidad expresiva en el semblante que todos le conocemos.

Al recapitular momentos de nuestra amistad no puedo prescindir de situarlo en distintos sitios. Le veo ante la reja de la Biblioteca Nacional de Madrid, le veo en el trenecito jadeante y bailarín de Toledo, en nuestra casita de la Ciudad Imperial, conocida por El Ventanillo, con aquel comedor pequeñín que parecía querer deslizarse por los viejos tejados hasta bajar al Tajo o ascender a la Virgen del Valle. Lo veo allí, sentado en la esterilla de petate, recitándonos no sé qué historia de san Baltasar.⁹⁰ Lo veo en la revista *España*, de pie,

⁹⁰ Alfonso Reyes recuerda esta casita de El Ventanillo así: «Al Ventanillo se llegaba por una callecita estrecha y en declive. Tan en declive y accidentada, que habría que bajarla rodando, si no fuera por su estrechez misma. [...] La callecita era oscura, pero la casita luminosa, porque se asomaba como un mirador a la vertiente del Tajo. [...] El Ventanillo era nuestro refugio para pequeñas vacaciones de dos o tres días.

levantando la cara sonriente hacia la cara de Baroja, enfurruñada siempre sin motivo. Lo veo en su primer pisito madrileño, con su mujer, Manuela, y su chaval, Alfonsito, donde conocí a Pedro Henríquez Ureña. Lo veo en su gran piso de la calle Serrano, cuando ya disfrutaba de buen puesto diplomático. Allí nos reuníamos los domingos con el inolvidable Enrique Díez-Canedo y allí organizamos la publicación de unos «Cuadernos literarios» que después fenecieron en manos del editor de *La Lectura*, por dispersión nuestra.⁹¹

Lo veo también fuera de España, de embajador en París, creo que el año 25, cuando visité una gran Exposición Internacional. En aquella nueva casa estreché manos internacionales, como las del escritor y poeta de origen peruano Ventura García Calderón, las del pintor argentino Figari; y las del músico mexicano Tata Nacho.

Pasan ocho años, y vuelvo a verle más lejos, en Río de Janeiro, en Copacabana. Muy feliz, muy desenvuelto, aunque ya más redondo. Cuando era más joven, la afectividad le subía a los ojos desde el pecho; después, al redondearse físicamente, le salía radialmente, o en cruz.

[...] Entre Américo Castro, Antonio Solalinde, José Moreno Villa y yo instalamos el Ventanillo. [...] Años más tarde, el Ventanillo fue recibiendo otros huéspedes, y los primeros nos dispersamos. Sé que fue creciendo en gloria y lujo. Sé que Bagaría decoró las salas con la leyenda y hazañas de san Baltasar, bajo cuya advocación se abrió el Ventanillo. Este culto de san Baltasar tiene otra explicación pintoresca. La misma noche del año nuevo que he recordado en el *Reloj de sol*, se me ocurrió, para divertir a los compañeros de excursión —todos filólogos y humanistas—, desenterrar una vieja y chistosísima oración que encontré citada hace muchos años en el libro de nuestro Vicente Riva Palacio, *Los Ceros, por Cero*, y me puse a recitarla en medio de la oscuridad, ahuyentando con voz cavernosa el sueño de los que empezaban ya a adormilarse: Era tanta la pujanza / del señor San Baltasar, / que una vez llegó a ensartar / ciento cincuenta en su lanza. / ¡Oh lanza, divina lanza, / lanza, lancita, lanzón: / échanos tu bendición / y la bienaventuranza, / amén!», en Alfonso Reyes, *Las vísperas de España*, Buenos Aires, Sur, 1937; recogido en Alfonso Reyes, *Obras completas*, tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, págs. 96-98.

⁹¹ En esta pequeña colección, iniciada en 1924, Alfonso Reyes publicará su *Calendario*, con un retrato suyo a línea dibujado por Moreno Villa, y éste publicará su obra de teatro *La comedia de un tímido*. Moreno Villa también realizará, entre otros, los retratos de Pío Baroja, Enrique Díez-Canedo, Ramón Gómez de la Serna y José Gutiérrez Solana, así como la viñeta que se reproducía en cubierta. Estos dibujos se conservan en el Fondo José Moreno Villa que custodia la Biblioteca Nacional de Madrid.

Vuelvo a verle en Buenos Aires, donde tantas amistades había cultivado.

El amor y la literatura le mantenían en un hervor juvenil o llama viva, que contrastaba con la serenidad sonriente de Enrique Díez-Canedo, embajador de España entonces en Montevideo.

Pasan otros cuatro años y el destino hace que nos reunamos ya de un modo más fijo en la capital mexicana, donde sucumbe Enrique, el más ponderado de la terna. Desde este momento, Alfonso es mi superior jerárquico por su función de presidente en la desaparecida Casa de España y luego en El Colegio de México. Tal jerarquía no desniveló nuestra amistad. Ella se mantiene sobre carriles firmes, sobre afinidades y vocaciones invariables.

Sería ceguera en mí no ver que Alfonso alcanzó una fama que yo ni vislumbro. El año pasado sonó como candidato al Premio Nobel; su obra suena con claridad de campana en poblado silencioso; es un hombre de gran brillantez; cosa de la que carezco. Pero ninguna de estas cosas afecta a la amistad que digo. Tal vez porque desconozco lo que es envidia; pero desde luego porque mi propio trabajo no deja lugar para andar en cavilaciones malsanas. En la amistad estamos al mismo nivel.

Al ir pensando todo esto tengo en cuenta que la amistad entre literatos suele ser quebradiza, a causa de los juicios literarios que unos tengan de los otros en privado o en público. En nuestro tiempo, incluso por las fatales posiciones políticas; pero en nuestro caso no ocurre esto. Yo podré diferir de Alfonso en preferencias literarias, en estilo o en modalidades vitales, pero coincidimos en cosas de fondo: en la vocación asistida amorosamente por la escrupulosidad, en el respeto al Verbo en cuanto supremo valor humano, en la conciencia de tener en la mano el instrumento de mayor responsabilidad y eficacia que puede soñar el hombre.

¿Para qué más explicaciones? Amamos nuestro trabajo, soportamos las dificultades que la sociedad oponga a la complicada vocación nuestra porque en ella encontramos las mayores alegrías. ¿Por qué no decir que hay una moral de la belleza? Las letras cuentan con héroes. Muchos han sucumbido en su lucha por la expresión perfecta de lo que bulle oscuramente en el alma. Y todo escritor

de calidad gasta su vida en la obra. Hay, pues, una moral de la belleza.

En estos trece últimos años ha sido enorme la labor de Alfonso. Libre ya de misiones cambiantes, reintegrado a su patria, se hizo su biblioteca-habitación, su campo de brega donde en traje de faenero ha ido amasando la mucha semilla almacenada. Esta biblioteca es como una basílica, con capillas laterales, capilla mayor para la *sacra conversazione*, y despacho en coro alto. Preside un orden perfecto en toda ella. Sin este orden sería imposible hallar un papel entre tantos, o un folleto entre los volúmenes. Fotografías, cartas, recortes, apuntes, mapas, dibujos, todo está en su sitio y fichado.

La gran compañera de su vida, Manuela, es la que sabe dónde está todo, es la aposentadora mayor de las prendas, alhajas y muebles literarios.

Allí es donde conversamos, ya que los otros sitios que frecuenta, como el Colegio Nacional o el de México, son para las conferencias y el papeleo burocrático.

También nos hemos encontrado algunas veces en el sitio de reposo modelo que es Cuernavaca, donde acude siempre que la salud se lo manda. Lo mismo en un sitio que en otro, nuestras conversaciones giran sobre lecturas, trabajos en marcha, viejos amigos queridos y lejanos, lugares no menos lejanos y queridos. La edad tiene las alforjas llenas de frutos o frutillos que gusta mondar, pelar y roer.

Nuestra amistad, en suma, es descanso. Las amistades que no son esto, no me parecen amistades. Descanso, bajo el cielo de Cuernavaca o bajo el de la biblioteca, con una mesa en medio, que si es allá tiene unos vasos refrescantes, y si es acá, tiene un objeto curioso que siempre le acompañó; un original pisapapeles: un cable de acero hecho nudo.

Así sea la amistad; tersa, pulida, irrompible, como nudo de acero.

Qué gusto no tener que definir, pero qué necesario. Para mi uso particular me basta y me recrea pensar en los amigos como en pinturas impresionistas. Sin embargo, hay momentos en que a los amigos o enemigos hay que definirlos con dibujo neto y radical, no con manchas sin contorno.

Al escribir del pasado no se pretende otra cosa que salvar de la neblina ciertos aspectos a fuerza de dibujarlos con ahínco, hasta rayando el papel.

De todos los amigos que tengo en México, Daniel Cosío Villegas me resulta el más britanizado. No digo anglómano ni anglófilo, que son los calificativos académicos, por huir del matiz patológico o político que llevan consigo: manía o filiación.

Diré por qué me parece así Daniel. Es por un conjunto de factores. No es sólo porque le gusten unas telas, unos zapatos o el corte del traje en determinado estilo; aunque esto pueda influir en mi opinión. Es por su modo de entender un asunto, un negocio, una institución, un libro, una casa.

Veó perfecta concordancia entre la casa ideada por él (con su distribución, materiales, mobiliario) y los demás detalles que nos ayudan a diferenciarlo, internos o externos, sea la indumentaria o la formación literaria, el modo de dialogar o su actuación en la vida.

Dialoga con calma, sopesando las palabras como todo hombre acostumbrado a la reflexión o la crítica. Construye su casa con muros de piedra, no con tabiques de cascote; distribuye los aposentos según normas muy meditadas y adecuadas a su modo de vivir —lo cual no todo el mundo se atreve a hacer—, y cada mueble o complemento decorativo es como es por algo muy tenido en cuenta. Muebles robustos y amplios, severos, una alfombra española, de las que hacía la Real Fábrica, un paisaje de Clausell, que respira sobria melancolía, una talla gótica y burgalesca según creo,

⁹² Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 24 de septiembre de 1950; recogido por primera vez en *Nueva cornucopia mexicana*, cit., págs. 358-363.

una preciosa charola michoacana, una pintura anónima española de la primera mitad del siglo XIX y un Diego Rivera de sus tiempos parisinos componen la sala, cuyo piso es de mazaríes o ladrillos rojos y encerados. La sala es espaciosa, clara y sin concesiones a la monería insustancial. La solidez preside y se acompaña de comodidad y limpieza.

No es fortuito que Daniel simpatizara en España con Alberto Jiménez Fraud. Este amigo fraternal mío es otro britanizado que no perdió en su fibra española. Como sus maestros Francisco Giner y Manuel B. Cossío, estimó siempre ciertos aspectos de la vida inglesa, fundamentales y externos, de educación, de preparación humanística y deportiva. No cabe duda de que Inglaterra fue maestra en muchas cosas durante la Edad Contemporánea. Se la consideró como heredera de la antigua Grecia, cultivadora por igual del cuerpo y del espíritu.

La guerra civil española alcanzó a Daniel en España. Venía de Portugal, donde fue encargado de negocios, pasó a Francia y se internó en España con un propósito que los españoles no podemos olvidar. Comprendiendo que la floreciente labor intelectual hispana iba a quedar en suspenso durante años tal vez, inició las gestiones para que México absorbiera al mayor número de investigadores. Le escribió a don Luis Montes de Oca, quien como director del Banco de México era miembro gubernamental, le remitió una lista de nombres para que Genaro Estrada, como gran conocedor de nuestra gente, señalase los que podrían hacer una labor más útil en México, y así fue llevada la cuestión hasta el general Cárdenas. Yo conservo cartas de don Ramón Menéndez Pidal, de Juan Ramón Jiménez y de otros que Genaro quiso traer aquí. Genaro no me descubrió todo el tejemaneje que se traían, pero me di cuenta de lo que después me confirmaron las cartas de Cosío Villegas.

Yo fui el primer español de la lista que pudo disfrutar del acogimiento mexicano, y esto por la sencilla razón de estar más cerca, en Washington. Al escribir mi *Vida en claro* desconocía estos detalles. Y he llegado a conocerlos hoy por una pregunta que le dirijo a Daniel relativa a su intervención en el asunto llamado en las carpetas de Estrada «Traída de españoles».

Este recato, esta prudencia exquisita de Daniel, de Genaro y de Montes de Oca no es sólo de diplomáticos, es de mexicanos, y no puedo decir que sea en ellos herencia española.

Con Daniel y la familia he pasado horas y días de viaje a Veracruz, de estancia en Mocambo. Con él estuve en Morelia. Ni en tales paseos ni en las frecuentes charlas domésticas me reveló una cosa importante en su biografía y tan importante para un buen lote de españoles. Sólo hoy, al cabo de catorce años llego a conocerla, y esto por el requerimiento dicho. Se decide a hablar y a enseñarme las cartas. La primera es del 16 de octubre de... 1936. Montes de Oca recibe la sugestión con gran simpatía. Le lee telegramas, y listas de nombres. Al oír la decisión del general Cárdenas, pienso en su valiente e insólita decisión anterior, la de orden internacional ante el estallido de la guerra civil y aventuro la pregunta: «¿Tuvo algún consejero en ese momento? ¿Fue latido personal?». «Fue sentimiento suyo».

No pedí más datos, no tomé otros apuntes. Me quedé removiendo emociones lejanas en silencio durante unos largos segundos. ¿Cómo no ha de ser amiga nuestra esta gente magnífica? Realmente, estos mexicanos quieren a España como cosa de ellos. Pero hay algo superior aún, miran por encima, miran hacia lo que debe ser, tienen estos arranques porque respetan los valores y se guían por principios morales. Daniel tuvo la inspiración de salvar la cultura al brotar la contienda, en los primeros meses. Luego vinieron otros a completar la obra de salvación humana en masas.

Daniel anda por casa en uniforme de obrero, en overol y zapatos que no temen a la tierra humedecida. Trajina en el jardín, en la pequeña huerta y en la biblioteca o escritorio. La parte superior de su alta figura se va encorvando. Pero está fuerte, en la plenitud. Dicen que es adusto y difícil. Yo digo que por táctica. Conmigo es cordial y hasta creo que la estimación que me tiene ha contagiado a Emma, su mujer, y a sus hijos. Cuando estoy entre ellos me siento en familia y soy más locuaz que en mi propia casa. Me gusta el contraste de los esposos. Él, britanizado, ella, supermexicanizada. Con ese larguísimo calificativo quiero expresar que su mexicanismo es agudo, afilado a veces y siempre sensible. Su

crítica se acompaña y aligera con la luminosidad de su sonrisa y la dulce calidad de su voz. Voz que ha heredado la hija. En las dos hay un desborde alegre cuando alguna saeta de inteligencia se dispara en la conversación. Una de las personas a quien más quiere Emma es a Gabriela Mistral. Cada vez que puede toma el camino de Veracruz o sus cercanías, donde reside la poetisa desde hace dos años. Daniel lleva el volante. Yo los he acompañado en uno de estos viajes.⁹³ Daniel maneja como se debe, con un ritmo inalterable y sin distraerse. Parece que está oficiando. Lo cual no le impide intercalar alguna frase chispeante en la conversación.

Como buen chofer tiene siempre el pie derecho dispuesto a frenar, lo cual aunque no exclusivo del británico, es también britanismo. Le conozco frenando en instituciones como la Casa de España, Colegio de México, Fondo de Cultura Económica. En esta última trabajó con el acelerador más que con el freno, alcanzando a poner la editorial a un nivel no conocido en el mundo de habla hispana. Magna obra. Y bien que le han servido en ella los elementos españoles que tanto empeño puso en salvar.

Cuando pienso en esto me digo que salvando al prójimo se salva uno también. Los intelectuales mexicanos como Reyes, Villaseñor y Daniel Cosío facilitaron nuestro desenvolvimiento intelectual, pero nuestro esfuerzo se convierte en esfuerzo mexicano. Yo no sé qué hubiera sido de mí sin las facilidades editoriales y el estímulo que me prestaron estos tres grandes amigos.

⁹³ Viaje relatado en «Con Gabriela Mistral y Germán Arciniegas. Apuntes de un cuaderno que nunca fue diario», *Las Españas*, México, 29 de octubre de 1949; recogido con el título «Encuentro con Gabriela Mistral y Germán Arciniegas», en *Los autores como actores...*, cit., págs. 178-181.

Recuerdo a Valle Arizpe en el Madrid de 1921 o 1922. Ambos tendríamos treinta y cinco años, uno más, uno menos. Me lo presentó Alfonso Reyes en la banqueta del Café Regina, entre los veladores o mesitas de los parroquianos, y precisamente una tarde en que don Ramón del Valle-Inclán enarbolaba la porra de su bastón contra un golfo que había hecho no sé qué trastada.

¿Le llamaban ya don Artemio? No recuerdo si me lo presentaron con ese título de respeto. Lo que sí recuerdo es que se mantenía parado y estirado como un galán de comedia de capa y espada. Usaba patillas y bigote a la borgoñona o a lo káiser. Refa como un capitán de los tercios de Flandes, dueño de medio mundo. Parecía hombre de buen humor, y de chispa, pero perfilada literariamente. Esto y el modo de mover el cuello y de mirar al público le prestaban un aire de actor como al otro Valle, al otro don que peroraba en la mesita del café.

Nunca he olvidado este primer efecto que me hizo, y en consecuencia, cuando me lo encuentro y charlamos cuatro palabras, pienso en don Ramón del Valle-Inclán y en que tipos como ellos pertenecen al mundo irreal, ficticio, creado por ellos para distanciarse del vulgo y divertirse o divertir.

Don Ramón fue más personaje que persona normal, y lo mismo puede decirse de don Artemio.

Don Artemio no fue de los mexicanos que se acercaron a mí por curiosidad o simpatía cuando llegué a México. Tal vez por la «rojez» que me envolvía. Fuese por lo que fuese, pasaron los primeros tiempos y pasaron los segundos sin que coincidiésemos en peñas de amigos con alguna frecuencia. Nos hemos encontrado de tarde en tarde, no hemos hablado de nada trascendental, pero en todo momento nos hemos saludado como amigos muy conocidos de antiguo y que se leen mutuamente.

Yo observo que los literatos mexicanos conocedores de España por haber estado en ella y trabado amistad con la gente allá tienen

⁹⁴ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades literarias mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 26 de noviembre de 1950; recogido por primera vez en *Nueva cornucopia mexicana*, cit., págs. 364-368.

para el literato español que llega a este país una disposición de ánimo distinta que los no conocedores de España. El fenómeno se caracteriza por una mayor confianza. Parece que un mexicano de esos primeros nos saluda diciendo: «Nos conocemos de antiguo». Y la conversación se entabla enseguida sobre esos supuestos que facilitan las conversaciones de los amigos asiduos.

Esto, que me ocurrió con muchos, me ocurre con Valle Arizpe. Somos de la misma generación, él ha estado unos años en mi tierra, conoció los valores literarios de allá como yo, podrá diferir en gustos, pero nuestro tiempo es el mismo y, por consiguiente, nos podemos sonreír de las mismas cosas o estimarlas dentro del campo literario.

Valle Arizpe, además, fue amigo de Estrada; las cartas suyas a éste vinieron a mi custodia, y algunas veces me recreo leyéndolas. Son de las pocas llenas de vivacidad que hay en el epistolario de Genaro. Hablan de muchas cosas y hasta descubren las manías coleccionistas. Genaro, entre otras manías, tuvo la de coleccionar sortijas y cucharillas de ciudades. Desde México le mandaba piedras preciosas —casi siempre falsas— a don Artemio, cuando éste se hallaba en Madrid, para que las montasen en unas sortijas y las cincelase el famoso Juan José⁹⁵. Sobre esto leo en una de las cartas: «Lástima, ¡ay!, que esas amatistas y esos zafiros sean falsos, lo mismo que los rubíes y los topacios; pero no importa, con esa síntesis de apócrifa Gioconda que me ha mandado se le harán tres estupendas sortijas [...]. Hay que esperar que Juan José lleve a cabo mis ideas, porque el hombre anda ahora muy lleno de trabajo [...]. Le está haciendo a don Enrique Rodríguez Larreta ocho rejas estilo renacimiento español, y como están cinceladas como verdaderas joyas, le están llevando mucho tiempo. Ya no hace sortijas para nadie absolutamente, únicamente para mí, y, por lo tanto, para usted».

Es rara la carta donde deja de hablar de sortijas: «Su anillo de perro va a quedar estupendo», o de cucharillas de plata con lemas de ciudades: «Creo que del Escorial no hay». Pero habla de

⁹⁵ Sobre Juan José, Moreno Villa escribió el texto «Artes decorativas. Juan José, trabajos de hierro», *Arquitectura*, núm. 107, Madrid, marzo de 1928, págs. 93-94; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 504-505.

infinidad de cosas que pueden interesar a los biógrafos de estos hombres muy especialmente; unas por referirse a literatos mexicanos y a libros, otras porque revelan humorismo, temores o intranquilidades, antipatías y entusiasmo, notas psicológicas. En una le anuncia a Genaro el envío de una estampa con la figura de fray Martín de Porres para que la ponga en su biblioteca, porque defiende de los ratones. La estampa tiene una leyenda que traducida del latín dice: «Venerable fray Martín de Porres, profeso de la Orden Tercera de Predicadores. Ordenó a los ratones que se recogieran en la canasta y que no osaran seguir royendo, disponiendo les fuera vedado el paso por la sacristía. Lima, noviembre 3 de 1639».

Un temor que le acomete en Madrid es el de que le saquen de la carrera diplomática por no saber hablar y escribir francés e inglés según pide el reglamento. «Yo, el francés lo hablo mal, nada correctamente, ni mucho menos; tengo una pronunciación mala y un acento infame; y así y todo, es lo mejor, porque mi inglés es un verdadero desastre».

En cierta ocasión se preocupa por los trabajos de Luis Urbina. Cuenta que éste retiró al fondo del baúl un libro recién terminado por algunas observaciones que le hizo González Martínez, y lamenta el porvenir malo que pueden tener los demás papeles: «Al morir el pobre Viejecito, Dios sabe a dónde irán a parar esos papeles, y más vale que queden impresos, aunque sea en modesta edición. Y haga usted que termine sus memorias. Serán interesantísimas, sin duda alguna».

Acá y allá reflejan estas cartas algo de la vida literaria madrileña, informando sobre los buenos libros que salen y las revistas, sin olvidarse de otras de carácter social, por ejemplo, del divorcio de Gómez Carrillo y la Raquel Meller.

Por España siente verdadero entusiasmo, que le continúa después en México. Así, en una carta del año 33, estando ya Genaro en la Península, le escribe: «Ojalá en su veraneo no haya dejado de darle otro repaso a esa maravilla que es Santillana del Mar, uno de los viejos pueblos españoles que más me encantaron. ¡Qué sorprendente ciudad! ¿Vio usted Pasajes? ¿Y Hernani y la antiquísima Fuenterrabía y Tolosa? Voy a morirme y no volveré a ver más

todos esos lugares [...]. Cuando vaya por Andalucía, no se le pase ver Úbeda y Baeza; de Sevilla para Granada se detiene en esos estupendísimos lugares».

Por estos botones de muestra se ve que las cartas de Valle tienen la virtud de la vivacidad informativa, y que algún día deberán publicarse con otras dirigidas a otros amigos. Entre las treinta que guardo hay algunas postales como las dos que publico ahora, en que se ve a don Artemio vestido de gala, en uniforme diplomático. En ellas se puede comprobar lo que dije de su apostura. Al enviárselas dentro de una carta, le escribe a Estrada: «Ya sabrá de nuestra estupenda recepción como embajada especial extraordinaria. Fue un acto lleno de suntuosidad y magnificencia, la que se acostumbra en esta corte para esas cosas. Verá las fotos que van a la secretaría con el informe respectivo. ¡Cuáles carrozas, querido Gordo, y cuáles posillones y lacayos, y cuáles caballerizos y aurigas, y alabarderos, y cuánto uniforme y qué gran regumbio! Fue todo ello en Madrid, donde hacía mucho que no se veía una recepción de embajador. Todo ese brillante desfile atravesó por todo lo principal de la ciudad, la Castellana, Recoletos, Alcalá, calle Mayor, hasta Palacio, y luego vuelta por los mismos lugares hasta la calle de Lista, donde vivía Alessio». Al señor Miguel Alessio Robles se le ve en una de las postales en primer término, y cortando la figura de Alfonso Reyes.

Estas dos postales traen al dorso cuatro epigramas firmados por Artemio y por Alfonso que no quiero omitir:

En Carrosa de Amaranto
andaba luciendo Artemio...
¡Y yo, que lo envidio tanto,
me quedé en el fondo: abstemio!
(Abstemio de foto.)

A. R.

Esa patilla que ves
dibujada en mi mejilla,
es borla, que no es patilla;
una borla de las tres.

Artemio

Has de saber gran Genaro
—con ser oficial tan Gordo—
que si yo me veo raro,
tú ya pareces un tordo,
(de la condición del tordo).

Alfonso

De vernos tendrás tal miedo
que vas a quedarte al punto
como el que en el grupo adjunto
se estaba chupando el dedo.

Artemio

La mañana del día de Navidad [1950] fue de muerte para Xavier Villaurrutia, un compañero de letras leal y distinguido. La oposición de Navidad y fallecimiento hará inolvidable la fecha de su paso a la sepultura. La fecha del día será fácil de retener, pero también la del año, puesto que en 1950 se acaba ya y con él la primera mitad de nuestro siglo.

Villaurrutia no ha conocido otro; yo, sí. Por esto le consideraba un joven. Ha muerto de cuarenta y seis o cuarenta y siete años. Quiero recordar cómo le conocí y cómo le traté desde 1937.

Recién llegado yo a México, me obsequiaron con un banquete unos cuantos escritores que designaron a Xavier Villaurrutia y a Raúl Martínez Ostos para que se reunieran conmigo en el peristilo del Palacio de las Bellas Artes y me condujeran al restaurante del hotel Plaza.

Ellos no me conocían ni yo a ellos, pero acertamos unos con otros. Acaso reconocieron en mi sombrero y en mi saco verde pinta de extranjero; acaso descubrí en ambos los movimientos escrutadores y de consulta que suelen hacerse en tales ocasiones. Cambiamos sonrisas y apretones de manos; consultaron los relojes y, como era temprano, Raúl pidió permiso para hacer no sé qué compra y vernos en un pequeño restaurante, frontero al Bellas Artes, que ya no existe.

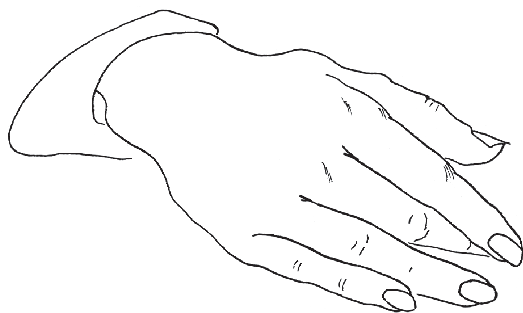
Allí, con sendas cervezas delante, cambiamos las primeras palabras no convencionales. Le oí hablar y, con esa frescura del viajero ansioso de generalizar, le dije: «Hablan ustedes con un tono y un tempo tan distinto del peninsular que yo, ignorante de muchas cosas, me pregunto si no se deberá a que ustedes *aprendieron* el idioma. ¿Comprende? Lo *aprendieron*, no les nació en los labios».

Villaurrutia, que era poeta, me comprendió enseguida. Comprendió lo que en aquella frase había de verdad y de ficción, de

⁹⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades literarias mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 7 de enero de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 139-142.



Retrato y dibujo
de la mano de
Xavier Villaurrutia.



ilusión y de observación, lo que había de sentencia poética en resumen. Y desde aquel momento se puso a tono.

Esto, que parece tan sencillo, es bastante difícil. Yo no me pongo a tono con el chistoso ni aun con el ingenioso que abusa del ingenio. Es cuestión de medida. Gusto del ingenio y de la gracia pero dosificados o cuando vienen a pelo, no en forma torrencial y agotadora. Esto es lo que me fatiga en Gómez de la Serna y en Bergamín.

Villaurrutia no atosigaba como estos españoles y antiguos amigos. Por control, por mexicanidad o, por lo que fuese, hablaba de otro modo. Tal vez no sea excesivo recordar a Benavente en el modo de soltar cierta frase intencionada. Y después de la «puntada», silencio, brillar de ojos y un cierto recogimiento.

Después de aquel primer encuentro, le oí recitar en un banquete, y en casa del arquitecto amigo Obregón Santacilia, un bello poema sobre *La rosa*; algo más tarde nos veíamos en una galería de la universidad abierta en Dolores y regentada por María Asúnsolo, donde yo expuse mis primeros óleos mexicanos y donde una mañana le hice a pluma la «cabecita» que aquí reproduzco.

Pero, andando el tiempo y habiendo penetrado yo algo más en la vida social de los literatos mexicanos, le vi todas las tardes en el antiguo Café de París, del cual escribiré porque la peña de aquel entonces abundaba en figuras interesantes, algunas de las cuales han pasado ya el umbral definitivo, como este amigo que recuerdo ahora.

Cuesta y Ortiz de Montellano desaparecieron. No eran muy asiduos, pero dejaron sus improntas en el recuerdo. Otros se fueron yendo a París, a Washington, a mil sitios. León Felipe levantó el vuelo y no regresó a México hasta dos años después; Octavio Barreda partió para Norteamérica y Europa; el otro Octavio, el poeta Paz, se nos enroló en la diplomacia y fue conquistado por la capital francesa; Celestino Gorostiza tomó el bastón de mando teatral; Ermilo Abreu Gómez, que fue de los últimos «peñíscolas», acabó por aceptar un puesto en Washington. Villaurrutia no se fue del país, pero, deshecha la peña, desapareció.

El disgregamiento no fue cosa de un día; la peña duró varios años y durante ellos ocurrieron incluso desavenencias serias, como

la originada poco después de fundarse *Cuadernos Americanos*. Los inconformes con Larrea fundaron *El Hijo Pródigo*. Villaurrutia se sumó a esta revista o contribuyó a crearla, pero sin pelear. Siempre tuvo el buen gusto de no gastar bravatas en las discusiones «peñíscolas» ni de querer convencer al contradictor. Sabía que el tiempo nos quita la razón a todos y nos empuja hacia la única puerta viable. La que sea. Como a niños, como a toros.

Yo no tengo para Villaurrutia más que agradecimiento. Siempre estuvo atento a mis publicaciones y a mis pinturas. Escribió artículos encomiásticos sobre obras mías por libérrima voluntad, por generoso corazón. Tengo entendido que él mismo gustaba de pintar, pero nunca estuve en su estudio ni llegué a ver lo que hacía. Su compañero inseparable, el pintor Agustín Lazo, seguramente conservará algún diseño que me gustaría reproducir ahora. Si no llega a tiempo, cuando escriba de este sensible pintor y literato aprovecharé la ocasión.

Villaurrutia era delgado y de poca estatura. En su semblante, que no acusaba ningún rasgo indígena, se notaban cambios frecuentes, de buen color e intensa palidez y demacración. Su abundante cabello fue ondulado y muy negro, como el color de sus ojos chispeantes, en los cuales había como lágrimas dispuestas a brotar. Haciendo mentalmente caricaturas de amigos, me pregunté alguna vez qué tal le hubiera sentado a su estampa la perilla y puro de don Jacinto Benavente.

Es la segunda vez que me acude el nombre del gran comediógrafo español al escribir estas líneas, y es que siempre le tuve como el Benavente mexicano, a pesar de las coincidencias o afinidades que su obra teatral pueda tener con dramaturgos franceses o ingleses. Estoy seguro de que la muerte prematura le impidió desarrollar la vena satírica debida o cumplidamente. Pero no es hora de aquilatar su producción; me contento con asentar estos recuerdos en mis memorias. Y los escribo después de haber escapado a la muerte, pues pocas horas antes de su entierro me caí por una escalera de hierro al subir un cuadro a mi estudio.

He dibujado muchas cabecitas a pluma de escritores grandes o menos grandes a lo largo de la vida; en Madrid, en Nueva York y en México. Me gustaría verlas reunidas todas y preguntarles: ¿Son ustedes cabezas verdaderamente amigas?

El deseo no se puede realizar por completo. No soy coleccionista, ni existen ya las publicaciones donde colaboré en calidad de dibujante. He podido allegar algunas y calcar otras. Pero la dificultad no es única; al contemplarlas veo que es necesario decir algo de cada una. ¿Cómo hacer para no rebasar el espacio que se me concede en el *Suplemento*?⁹⁸

Escribiendo de ellas en concisión telegráfica y dedicando a las de los extranjeros muy pocas palabras, porque ya dije de ellos algo en otros lugares. Así de Paul Valéry, de Federico de Onís, de Gabriela Mistral y de Germán Arciniegas.

En la de Onís creo que está lo que tiene de nudoso, de labriego castellano a la manera de san Pedro Alcántara.

En la de Paul Valéry, la mirada del vidente. Luminosa expresión en ojos luminosos, claros y pasmados.

En la de Gabriela, la sonrisa supermaternal.

En Arciniegas, el evidente cariz vasco.

Aunque me doy cuenta al terminar un dibujo de si refleja con exactitud la expresión anímica o no, me gustan las frases que Valéry y Arciniegas lanzaron al ver lo que había conseguido; el primero dijo y escribió debajo: «Vu et approuvé». El segundo: «Éste soy yo».

En México, la mayor parte de «cabecitas» las fui publicando en la revista fundada y sostenida heroicamente por Octavio Barreda durante seis años, titulada *Letras de México*. Pero como esta revista feneció y después han ido sumándose a mis amistades nuevos

⁹⁷ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades literarias mexicanas y extranjeras», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 105, México, 4 de febrero de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 143-149.

⁹⁸ Se refiere a *México en la Cultura*, suplemento del periódico *Novedades* de México.

valores literarios, fiel a mi propósito de sumar cabezas históricas conocidas por mí, apporto algunas inéditas.

La más comprometida o difícil de hacer fue la del director del *Suplemento*, Fernando Benítez. Por muchas razones, por las circunstancias sobre todo. Delante de un director se altera un poco el ánimo y la plumilla. Pero, además, en este caso, el modelo no es de los pacientes; se mueve, no acaba de encontrar la postura más efusiva y tranquila. Se puso a leer, y así, las gafas resultaron de un valor excesivo, superior a los ojos, la boca y otros detalles que definen lo formal y lo anímico. Espero que en futuras «poses» y números del *Suplemento* le atrape en una visual más completa; he de insistir por el agradecimiento que le tengo, ya que gracias a él me conocen hoy algunos millares de lectores a quienes mis años de poeta y publicista anteriores no habían llegado.

Entre las cabezas inéditas tengo la de Juan de la Cabada, un tipo que me simpatiza extraordinariamente por lo que tiene de cordial y de despegado, de social y de misterioso.

Juan de la Cabada parece que se desmadeja. Se diría que el viento quiere arrebatarle la chaqueta a toda costa, Juan se ve como combatido por el viento no sólo en este detalle indumentario, también en sus largos y lacios cabellos, canosos ya, y hasta en la manera de hablar, levantando la cabeza o hundiéndola, como si le ahogase la ventolera. Hasta su vocalización es borrosa, borrada por las ráfagas. Por sus ojos húmedos, de marino, pasan oleadas risueñas, con crestas luminosas y depresiones verdes. La expresión, sin embargo, es de soñador bondadoso, zarandeado por los huracanes.

De nadie habla mal Juanito de la Cabada; para todo y para todos trata de buscar Juan justificación o una salvación. Menos —¡claro es!— para las villanías y los manifiestamente desquiciados.

De cuando en cuando se ríe de lo que dice; pero se ríe a fondo, con ganas. Le encantan los misterios de los pueblos encenagados en las selvas; ha vivido con los lacandones, pero resulta que se lleva bien con las gringas. No digo que con los gringos. Entendamos.

Entre las obras clásicas mexicanas tengo por segura la de Andrés Henestrosa, titulada *Retrato de mi madre*.



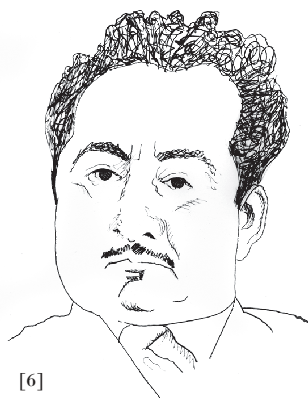
[1]



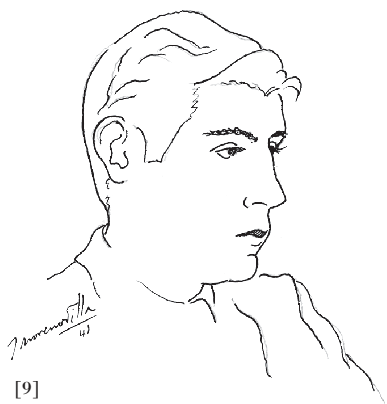
[2]



[5]

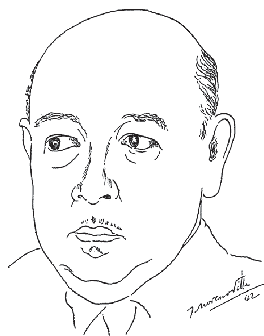


[6]

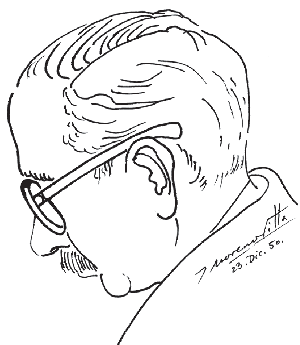


[9]

- [1] Gustavo Pittaluga.
- [2] Samuel Ramos.
- [3] Alfonso Reyes.
- [4] Fernando Benítez.
- [5] Ermilo Abreu.
- [6] Andrés Henestrosa.
- [7] Jaime Torres Bodet.
- [8] Juan de la Cabada.
- [9] José Luis Martínez.
- [10] Leopoldo Zea.
- [11] Agustín Yáñez.



[3]



[4]



[7]



[8]



[10]



[11]

¿Cómo y dónde aprendió Andrés a escribir con ese impulso frenado y eficaz? No en Francia, seguramente. No en España. Tengo la sospecha de que leyendo inglés. Aunque no guste, lo digo: Qué pocos escritores nuestros saben aquello de «ir al grano», es decir, no distraerse con las florecillas lingüísticas del camino ni con lucubraciones imaginativas encargadas de velar la falta de grano precisamente.

Con la figura física de Andrés Henestrosa me ocurre lo contrario que con la de Daniel Cosío; al pensar en ella la veo sin piernas; tal es la fuerza del abdomen y de la cabeza levantada y algo vencida hacia el lado cordial.

¿Quiero decir con esto que Andrés no tiene base? No. Andrés da la impresión de firmeza y seguridad. Un día le dije: «¿Ya no va usted para político?». Y es que me lo figuraba bien en un escaño y defendiendo ideas auténticas.

Al hacer su retrato a pluma, le dije: «Caray, cómo aumenta su papada», y me contestó: «Soy un Ávila Camacho retrasado». «Pues ojalá le aventaje un día», le digo desde aquí, sin otra intención que desearle mando, poder, o bien holgura para escribir, ya que lo hace tan bien.

Arnaiz y Freg es de las personalidades jóvenes que se desenvuelven con gran soltura. Es también de las que mayores muestras de consideración tienen para mí. Sus palabras en el Congreso de Historia efectuado en Guanajuato, al leer yo mi ponencia, me confirmaron su amistad.

Es hombre de anchas espaldas, pecho fuerte y cabeza bien asentada y proporcionada. Sus ojos vivaces siguen letra por letra las palabras de quien habla, y su mano diestra subraya la afirmación final, abriéndose y apuntando o abriéndose y quedando en la actitud de quien acaba de decir: «Esto es así».

Habla con despejo y fluencia; le he visto intervenir muchas veces en el citado congreso; y le he visto organizar. Lo tengo por un buen capitán de la cultura mexicana.

Conozco a Gustavo Pittaluga desde mucho antes de dirigir orquestas y estrenar sus creaciones musicales. Hoy es un hombre internacional, que tan pronto se encuentra en Nueva York como en México, en París como en Cuba.

Siempre me parecieron los músicos unos seres ambulantes, sin sitio fijo; especialmente los directores de orquesta. Tal vez se deba ello a que no se nos borra su imagen sobre el podio. Allí, con los brazos aleteando, más la colita del frac, resultan volátiles.

Gustavo, además, según el retrato que le hice, tiene algo de ave en el rostro; de ave de presa, lo cual no es en la vida social. ¿Será una mala interpretación de mi plumilla? No lo creo, porque me obedece todavía con fidelidad.

Con Ermilo Abreu Gómez he pasado muchas horas de café. Nos veíamos primero por las tardes, en la peña de París, de la cual he hablado ya en las líneas dedicadas al poeta y dramaturgo recién fallecido Xavier Villaurrutia. Pero cuando aquella peña se acabó, nos solíamos ver en las mañanas, cerca del mediodía. Llegaba con su cartapacio, sus grandes gafas y un arqueo prematuro de la espina dorsal que parecía abrumarle de años y preocupaciones. Bajo esta impresión le dibujé. Y aunque resultó un poco avejentado, creo que refleja bien su espíritu y la estructura de su cabeza yucateca.

Tengo a Ermilo por uno de los amigos más fieles. A su influencia debo el estupendo viaje a Yucatán, invitado por el gobernador. También le debo un cariñoso artículo para cada uno de los libros que he publicado en México. Conoce y aprecia toda la literatura española, lo mismo vieja que nueva. En su menudo cuerpo hay un alma bondadosa, casi franciscana.

De Alfonso Reyes hice ya en esta serie de «Amistades mexicanas» un abundante desembolso de recuerdos. Ahora me limito a señalar que en el dibujo le acusé una expresión poco frecuente. Su semblante suele abundar en sonrisas; ríe hasta con los ojos, y aquí, en el momento de posar, ha debido pasarle por la memoria algún recuerdo inquietante, como pajarraco detestable.

Nadie puede reconocer ya en la cabeza que doy de Torres Bodet al director de la Unesco. Es dibujo del año 30, de cuando estaba en Madrid como secretario de embajada. Entonces le dominaba la poesía. Le recuerdo sentado frente a mí en los cuartitos de mi Residencia de Estudiantes. Me interesaron su modo de expresarse y su fisonomía, por el cruce de mexicano y francés.

También entre el dibujo que hice de José Luis Martínez y su apariencia actual hay grandes diferencias. Han transcurrido diez años. En el cuarenta y uno era soltero y esgrimía sus primeras armas literarias en la revista *Tierra Nueva*, de la cual fue uno de los creadores; hoy, padre y dedicado a la historia de la literatura mexicana y a la crítica, tiene más oscura la rasurada, y, aunque en su mirar sigue habiendo cierta melancolía de poeta, en su voz hay un acento firme que no es de muchacho, sino de maestro.

Uno de los dibujos míos que más estimo y hasta me impresionan es el de Agustín Yáñez. Hay en él un algo de ídolo, de piedra multiseccular que me detiene. Lo mismo me pasa con el original, es decir, con la presencia del propio Yáñez. Al verle, y después de la impresión primera que hace un hombre tan alto, tan fuerte, tan serio, me llegaría a él con ímpetu de abrazo, pero como ante la impasibilidad de una piedra precortesiana, me detengo y ni le hablo de *Al filo del agua*.

En la cabeza del joven filósofo Leopoldo Zea procuré la cerrazón de la boca, porque ya es proverbial su mudez voluntaria. Y esta violencia que me hice desdibujó un poco la línea del carrillo, engordándole tantito. Sin embargo, en los ojos está su alma. Ojos sin irritación, ojos que miran a *tempo lento*, sombreados por largas pestañas «en aguacero», como he oído decir en México.

Siguiendo con los filósofos, acotaré el dibujo que le hice al amigo Samuel Ramos, en el año 1940. No estoy contento de la calca hecha ahora, pero, de todos modos, se le parece. Conserva todavía cierto aire de joven inglés, a pesar de las canas y de la discreta adiposidad que se ha echado en estos últimos once años.

Samuel Ramos era uno de los contertulios en la citada peña del Café París.

El retrato de Genaro Estrada lo hice mes y medio antes de que muriese. Ya no era el Gordo, como le llamaban los íntimos; pero conservaba los rasgos esenciales del mestizaje, y en su flacura una mayor dignidad.⁹⁹

Comencé a publicar cabecitas de celebridades el año seis. Las dos primeras fueron la de Unamuno y Pablo Casals, que coincidieron

⁹⁹ Véase este retrato de Genaro Estrada en la página 474.

en Málaga. Las publiqué en un periódico local, embutidas en un artículo que titulé «Las dos cuerdas».

Después, en Madrid, fueron saliendo esporádicamente; las más de ellas en *La Gaceta Literaria*, pero también en la revista *Residencia* y en los *Cuadernos Literarios*.¹⁰⁰

Desde el principio procuré que fuesen fieles a los originales; como verdaderos documentos para la historia artística o literaria. No quiero que mañana quede un Cervantes o un Cortés sin sus rasgos bien definidos.

Al lote de hoy seguirá otro, que pienso ir acopiando.

¹⁰⁰ Si alguna vez llegaran a reunirse en un volumen las «cabezas» que Moreno Villa realizó, tanto en España como en México, tendríamos una iconografía realmente sugerente del mundo cultural hispánico.

Entre mis amistades tenían que abundar los poetas. Ahora, en este lote de «cabezas» van cinco, contra un solo historiador y un filósofo. No se quejarán los vates. Aunque... quién sabe, porque somos muy aficionados a los retratos:

En la catoblepa
retratos pedía
el buen Hinojosa
de José María.^{1C2}

Los de Manuel Ponce, Octavio Paz y León Felipe corresponden a los años 41 y 42. Se publicaron en *Letras de México*, y aquí reproduzco las calcas por ignorar el paradero de los originales.

El de Manuel Altolaguirre lo dibujé por septiembre del 49. Los de Alí Chumacero y Carlos Pellicer, en estos primeros días del 51.

¿Qué ha sido de aquel joven poeta moreliano, Manuel Ponce, que se me presentó en el estudio un buen día enviado por Octavio Barreda? ¿Se metería a fraile? Quiero recordar que me habló de la carrera eclesiástica.

Que no se extrañe de lo que implican estas preguntas. Viviendo en una misma ciudad no sabemos muchas veces lo que hace un amigo ni si escribe o viaja por nuevas rutas. De los lejanos resulta más difícil aún llevar la cuenta.

No me ocurre lo mismo, naturalmente, con León Felipe y Octavio Paz. Hemos sido asiduos del Café París, perseverantes en la amistad años y años. Además, uno y otro actúan de tiempo en tiempo sobre la vida literaria con verdadera fuerza. Son de esas personalidades que se adentran en el cercado ajeno por las buenas —quiero decir en las preocupaciones de uno— y nos imponen las

^{1C1} Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades literarias mexicanas y extranjeras», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 25 de febrero de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 151-155.

^{1C2} Véase la nota 15 al capítulo XIII, «Vuelta al retiro y la nueva generación», de *Vida en claro*, pág. 139.

suyas, que, como son interesantes, acabamos agradeciendo. Ojalá viniesen a interferir con lo nuestro más creadores.

No importa que Octavio se encuentre en París si desde allá piensa en México y en muchos problemas que seguimos todos, en muchos latidos de la tierra de hoy. Lamentamos no verle ni personalmente oírle hablar con aquella pasión de cerebro joven entonces, con aquella seguridad de joven voraz que le distinguía por los años en que yo frecuentaba su casa y le retraté al óleo juntamente con Elena, su esposa¹⁰³. La simpatía mutua brotó en nosotros desde su llegada de España. Siempre le tuve por uno del grupo hispano, el más afín de todos los poetas que iba conociendo en el Nuevo Continente.

De León Felipe, ¿qué voy a decir que no haya dicho? Primeramente, pedirle perdón por este esbozo de caricatura; porque es el menos retrato de todos los hechos por mí. Pero es que, a veces, adquiere León un aspecto de viandante trashumante que se despierta de un sueño echado bajo un olivo o cabe las lonas de un teatro de la legua. Se despierta con el sombrero abollado y las barbas en alboroto, se pone las gafas y pregunta: «¿Dónde estoy? ¿Quién soy yo? ¿Por qué me llamo Felipe?».

León posee una intranquilidad y una insistencia a la vez verdaderamente semitas y parejas a las de Unamuno. Se transforma sin dejar de ser el mismo. Pasa de ese aspecto dicho, al de distinguido señor castellano y al de un patricio de Roma. Bajo este último aspecto lo retrató el escultor Victorio Macho; y del busto en bronce escribí en su día.¹⁰⁴

De Alí Chumacero no puedo aportar datos personales como de los anteriores porque no lo he tratado tanto. En nuestros encuentros he podido apreciar en él los siguientes rasgos: disposición amistosa, atropellamiento al hablar, como le ocurre a quien pretende soltar de una vez un cúmulo de atisbos, intranquilidad sofrenada que le lleva al silencio.

¹⁰³ Elena Garro, entonces casada con Octavio Paz. El retrato al que se refiere Moreno Villa, *Octavio Paz y señora*, de 1938, fue incluido en la *Exposición Moreno Villa*, Galería de Arte Mexicano, México, noviembre de 1940.

¹⁰⁴ Véase «Un retrato y un libro de León Felipe», págs. 499-501.



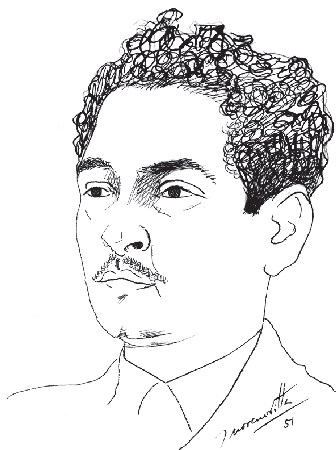
[1]



[2]



[3]



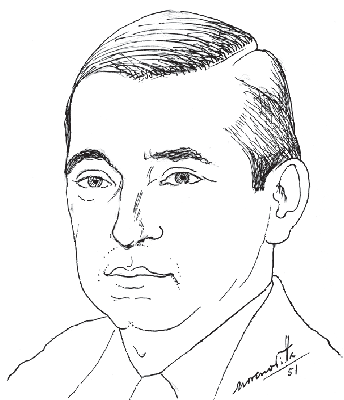
[4]

[1] Manuel Altolaguirre.

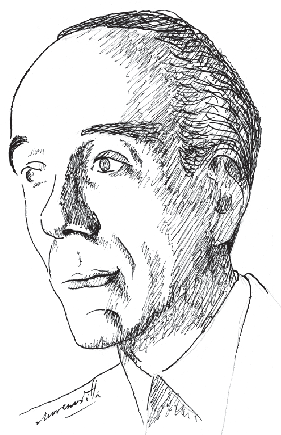
[3] León Felipe.

[2] Carlos Pellicer.

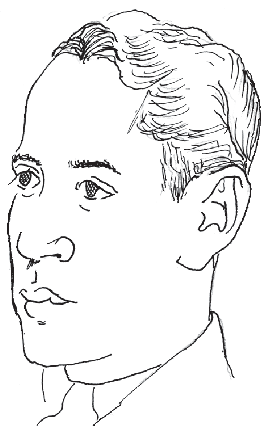
[4] Alí Chumacero.



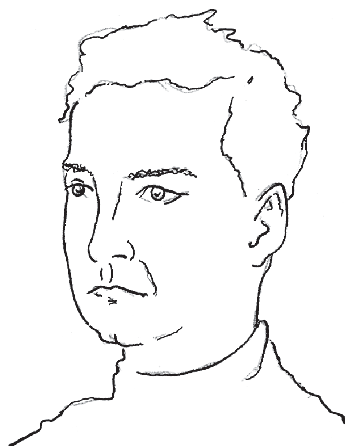
[5]



[6]



[7]



[8]

[5] Silvio Zavala.
[7] Manuel Ponce.

[6] Eugenio Ímaz.
[8] Octavio Paz.

Yo no sé si por reflejo de su nombre veo en el retrato este que le hice rasgos de arabismo. Su mirada parece extenderse sobre el desierto y sus cabellos ensortijarse por obra del intenso calor solar.

Carlos Pellicer. ¿Qué me dice su cara? Primero, que es levantada, segundo, que es escrutadora, de ojos punzantes, no sé si de visionario o de ido. Podría servir para modelo de fraile zurbaranesco, sobre todo ahora que ha enflacado.

Veo también en su semblante ciertos acentos asiáticos, que probablemente le vendrán por la línea indígena tabasqueña. El cráneo, sin embargo, es español y sé que tiene ascendencia valenciana.

La voz personal, física, de Pellicer no empareja con la voz poética. La primera es casi cavernosa, de gran bocina de cartón, de bajo profundo, de cañón soterrado. En cambio, su voz poética posee una alegría que la distingue dentro del coro de cantores mexicanos; la alegría del viajero que se pasma ante la efervescencia de la vida, ante los colores del paisaje y los jugueteos de los hombres. Resulta un encandilado por la naturaleza. Creo que éste es el término que yo buscaba antes: encandilado.

Manuel Altolaguirre. La fisonomía de Manolo corresponde al tipo que los alemanes llaman *Lowengesicht*, cara leonina; tipo que se ve en toda Europa, al cual pertenecieron lo mismo Beethoven que Goya.¹⁶⁵

¹⁶⁵ Moreno Villa escribió un texto sobre Manuel Altolaguirre hacia 1949 con motivo de la publicación de su libro *Fin de un amor*, que aún permanece inédito y en el que utiliza por primera vez esa semejanza leonina: «El poeta Manuel Altolaguirre / (con motivo de su libro *Fin de un amor*) // Si al Machado más viejo le llamábamos Manolo, a este segundo Manuel de la lírica española moderna le llamamos indistintamente Manolo o Manolito. / Que yo le llame con este redimutivo es lógico, porque le conocí de niño. Pero también es lógico que se lo llame el público por otra razón: por lo que en su aspecto y sus maneras conserva de infantil. A pesar de su actual desarrollo corpóreo (estatura y fuerte abdomen), y a pesar de su cara leonina (a lo Beethoven, a lo Goya) hay en ésta un aire que dulcifica lo que pudiera indicar fiereza. Y su trato y movimientos en la vida acusan un alma desasida y volátil. En tiempos atrás decían que era un ángel por estos signos fisionómicos de cachorro jugueteón», Cuaderno IV, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/4), Residencia de Estudiantes, Madrid, [págs. 103-109].

En Altolaguirre queda amortiguada la posible ferocidad por la expresión de los ojos. Se diría que contempla siempre con nostalgia la marina malagueña, el puerto y la farola de nuestra Málaga.

Le conozco desde niño; entonces decían que era un ángel flaquito y largo, como los del Greco, con pies poco aptos para caminar. Hoy conserva en su interior el ángel poético, pero por fuera es un angelote con tendencia a la obesidad y lleno de dinamismo humano. Creo que ha vivido más que todos los poetas de la selección hispana debida a Gerardo Diego. Y en mi sentir lo tengo por el más poeta de los que aparecieron después de García Lorca.¹⁰⁶

Silvio Zavala. Historiador, director del Museo del Castillo sobre el bosque de Chapultepec. Amigo joven, cuyos primeros pasos en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, pude apreciar. Caso raro de aplomo desde entonces.

Al encontrarnos después en México, no me extrañó que ganase rápidamente crédito de científico y le confiaran puestos de responsabilidad a pesar de su aire juvenil. Posee una firmeza y un temple este yucateco verdaderamente raros. Con suavidad asiática y ojos claros sabe salir al encuentro de los hechos históricos y presentes. Respira pulcritud y maneras cosmopolitas.

Hace una decena de años, cuando yo no tenía casa ni familia en México y seguía la guerra civil española, solía ir a su vivienda para escuchar por radio los partes guerreros.

Eugenio Ímaz. Una realidad imperiosa, fatal, me obliga a extraer de un mal retrato fotográfico las líneas de este magnífico amigo que se negó radicalmente a seguir con nosotros, ahogado ya desde no sabemos cuándo por oscuras y claras vicisitudes de la existencia.

Un retrato a pluma, que le hice antes de su estadía en Venezuela, parece que se perdió allá. Mi próximo libro, *Los autores como*

¹⁰⁶ Aún queda mucho por decir sobre la relación entre Moreno Villa y Altolaguirre. Relación no sólo poética, porque «en mi sentir» —parafraseando a Moreno Villa— existe una línea muy clara que los une, la línea específicamente malagueña que Francisco Giner de los Ríos Morales gustaba llamar «Juanista», de san Juan de la Cruz; sino que en lo referente a lo estrictamente personal también habría que hablar de una relación casi paterno-filial.

actores, aparecerá dedicado a él porque poco antes de su alejamiento determiné sorprenderle con este signo de amistad.

Gran compañero desaparece; buen tipo vasco, de los culminantes, con esa hombría que gusta de enlazar cierta rudeza con la evidente finura y ternura del alma. Fue limpio en todo; en su mirar, en su vestir y en su pensar. Fue limpio en su trabajo laborioso, casi titánico, de los últimos diez años. Trabajo que le agotó y separó desgarradoramente de lo que hubiera querido hacer, obra creativa, suya.

Deja más rastro de lo que él mismo suponía y de lo que ahora mismo podemos calcular. Su penosa labor ha contribuido a elevar el crédito de las publicaciones filosóficas hechas en México. El Fondo de Cultura Económica no le podrá sustituir fácilmente. Los estudiantes de habla hispánica no recibirán más de las obras que él elegía y traducía con acierto. Los *Cuadernos Americanos* se verán también afectados por su ausencia.

Ímaz no fue nunca solemne ni pedante; sabía reír, beber y cantar como un muchachote vasco cuando se está de fiesta. Esta camaradería y exclusión de solemnidad es dañina para muchos, porque el vulgo no sabe apreciar lo que hay de finura moral e intelectual en ellas. El vulgo pide panza oronda y gesto grave a quien dedica sus miradas, o buen cuerpo y desnudez a la bailarina. No entienden los matices.

Hay una clase de gente —aunque se pretenda abolir las clases— que se distingue por una cosa que podríamos llamar *bogar en el espacio*, en una región vacía, donde no hay tiendas, ruidos, interferencias ni matraca alguna. Una región, por decirlo de una vez, ideal. Esa clase de gente es la mía; a ella pertenecen mis amigos, sean de aquí o de allá, de Alemania o de la Cochinchina.

Yo voy bogando aquí en México desde hace catorce años entre remeros que son altos, medianos y bajos de estatura, adustos o afa- bles, expresivos o reconcentrados, pero todos remeros, remeros en esa región de las ideas y las formas, donde el esfuerzo máximo se hace sin pensar en la recompensa inmediata ni el aplauso. Si éstos vienen por añadidura, bien, y si no vienen, lo mismo. Que el remero puro de esta clase es esencialmente abnegado.

En mis *Memorias revueltas* aspiro a que queden con su *vera efi- gie* tales compañeros de remo. Irán mostrándose sin orden de preferencia, según se presente la ocasión de dibujarlos. Ya han salido muchos, nacionales y extranjeros. He aquí otros.

¿Cuántos puestos de confianza ha desempeñado este don Jesús Silva Herzog dentro y fuera de su país? Podría citar algunos, pero el que más me importa es el de director de *Cuadernos Americanos*. Ahí está su obra trascendental y su cargo más importante a juicio de un remero amigo. Sin su prestigio y amistades no hubiera podido emprenderse la publicación de tal revista, única en el mundo hispánico por hoy. Supo entusiasmar a Juan Larrea y nombrarle secretario, pero tuvo agallas y verbo para enfrentarse a los financieros y sacarles la ayuda económica necesaria. Diez años lleva la publicación sin que se cansen esos auxiliares; lo cual demuestra que no siempre las finanzas desconfían de las letras.

Varias virtudes hacen de Silva Herzog lo que es; las que más admiro son tres: su tesón (que es fe), su entusiasmo invariable (que

¹⁰⁷ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amigos remeros en el espacio», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 22 de abril de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 157-161.

es fe) y su amplitud de miras, que también puede ser un aspecto de la fe.

Indudablemente le queda en la sangre algo de teutón (Herzog es un nombre germánico que significa duque). Su naturaleza es robusta y no le vendría largo ni ancho un uniforme de general tudesco. Afortunadamente, le acompaña también en la sangre lo ibericomexicano, que atempera la adustez germánica con flexibilidad de campechanía.

Al estar pensando en las actividades editoriales de Jesús, recuerdo que también pertenece al consejo directivo del Fondo de Cultura, la gran editorial donde trabajan como técnicos varios amigos muy queridos, remeros también del espacio: Joaquín Díez-Canedo, Luis Alaminos, Julián Calvo, Sindulfo de la Fuente; donde trabajaron también Paco Giner de los Ríos y el malogrado Eugenio Ímaz. Donde trabaja igualmente el poeta Alí Chumacero, aparecido ya en estas memorias.

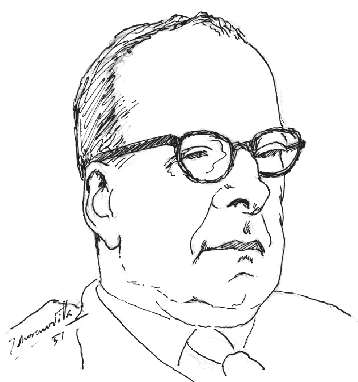
Hay que agruparlos —me dije— y sumar a ellos el retrato de Miguel Prieto por lo que tiene de editor y codirector del *Suplemento de Novedades*. Así tendrá cierta homogeneidad el lote de hoy.

Homogeneidad por la índole del trabajo editorial, no por otra cosa. Basta con ver sus rasgos fisonómicos para sentir las diferencias que distinguen a uno de otros.

El trabajo de los técnicos editoriales es harto duro y de responsabilidad; son muchas las horas de atención competente las que exigen los libros de alta cultura. Son muchos los problemas de interpretación que se presentan en las traducciones y en los originales. Las buenas casas editoras necesitan un equipo de gente bien preparada.

Cosío Villegas, gran amigo nuestro, echó mano de buenos elementos hispanos que andaban a la deriva por circunstancias dolorosas. Y creo que no se habrá arrepentido. La labor de ellos ha sido seria.

Tan seria que uno se agotó, se quemó, feneció: aunque seguramente contribuyeron otros factores a su muerte. Me refiero al joven filósofo Eugenio Ímaz, que, aparte de las traducciones del alemán, seleccionaba los originales para los «Breviarios», esos libritos de tanto éxito.



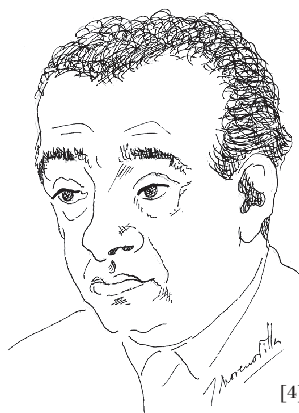
[1]



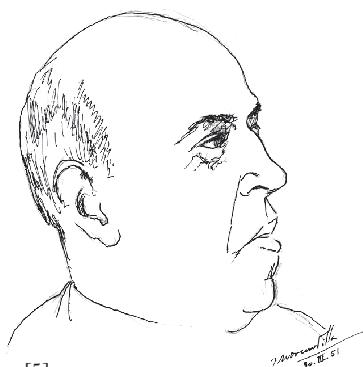
[2]



[3]



[4]



[5]

- [1] Jesús Silva Herzog.
- [2] Joaquín Díez-Canedo.
- [3] Miguel Prieto.
- [4] Julián Calvo.
- [5] Luis Alaminos.

El Fondo de Cultura y El Colegio de México —al cual pertenezco— trabajaron durante varios años bajo el mismo techo, y yo entraba allí con la misma soltura que en mi casa. Sigo entrando. A veces, por mero gusto de saludar a los amigos y desatar por unos momentos las amarras de sus ojos, que a veces parecen surgir de simas profundas y sombrías.

Enseguida veo en la figura del que fue ingeniero y persona de confianza de Azaña al hidalgo palentino que si habla de su solar es porque uno le induce. Sindulfo es la prudencia y el tacto.

Muy cerca está la mesa de Luis Alaminos, el andaluz recio y enciclopédico, que rebosa vitalidad y templanza, tan difíciles de hermanar. Alaminos, tras una carrera brillantísima en el magisterio, llegó a ser director general de primera enseñanza. Charlamos de Málaga muchas veces, de sus callejuelas, de sus freidurías, del vientecillo marinero y de muchas cosas que son preludio de Cuba.

Con Julián Calvo, abogado y profesor un día, platónico de Guillén y de otras figuras literarias con quienes guarda correspondencia epistolar. Está al corriente de la vida literaria española y tiene para todos nosotros una actitud tan deferente y abnegada que conmueve.

Con Joaquín Díez-Canedo hablo brevemente y en forma de disparos, porque siempre está asediado de consultantes, visitantes, reclamantes, impresores, encuadernadores, linotipistas, grabadores, corredores de papel y telefonemas. Él viene a ser el rompeolas que precede al cuarto del director del Fondo de Cultura, que ahora es Orfila, por alejamiento de Daniel Cosío Villegas. De momento no puedo sacar el retrato de Orfila por encontrarse en Europa.

A Joaquín Díez-Canedo le conozco desde que nació. Su casa de la calle de la Lealtad en Madrid la recuerdo ladrillo por ladrillo y tabla por tabla. Su padre y yo trabajábamos en la editorial Calleja, también en calidad de técnicos literarios. Enrique Díez-Canedo era el hombre más enterado en España de la literatura hispanoamericana. Mi amistad con él duró hasta su muerte, pero se prolonga en este Joaquín y en todos los miembros de su familia.

Registrados ya de este modo conciso los amigos remeros del Fondo de Cultura, enlace con ellos al pintor Miguel Prieto que rema

como editor en el *Suplemento de Novedades* en compañía de Fernando Benítez y de Leopoldo Zea.

Prieto reveló su capacidad compositiva al dar forma plástica interesante, movida a la revista *Romance* que se fundó en México hace unos años. Su acierto fue tal que repercutió acá y allá, lo mismo en América que en España. Formato y forma fueron copiados o seguidos de cerca. Así quedó atrapado el amigo Miguel en las redes editoriales y de publicidad. Después de su labor en la revista citada pasó a la creación del *Suplemento de Novedades*.

Por iniciativa suya principalmente colaboro yo desde el principio en esta publicación. Conste así mi agradecimiento en estas revueltas memorias.

Cada uno de estos remeros sigue naturalmente su ruta náutica. A veces tardan mucho en encontrarse unos a otros; a veces, por temporadas, coinciden en los mismos puertos.

Me gustaría poder usar la exactitud marinera y decir en qué punto de las coordenadas encuentra mi nave a las naves amigas. A tal grado de altitud o de meridiano, a tal grado de longitud o paralelo.

Mis escalas semanales, desde hace algún tiempo, son éstas: puerto de la calle de Sullivan, puerto de la calle de Extremadura, puerto de Cerrada de Frontera (San Ángel), puerto del paseo de la Reforma.

En el primero encuentro a Manolo Altolaquirre, a María Luisa [Gómez Mena] —su segunda mujer—, a Eduardo Ugarte, a Gustavo Pittaluga y a Juan de la Cabada; a éste con menos regularidad.

En el segundo puerto veo al nauta Luis Buñuel, con su esposa, Juana Rucar, a José Ignacio Mantecón —no dibujado todavía—, a Luis Alcoriza, colaborador de Buñuel, a dos de los remeros encontrados en el puerto de Sullivan, o sea, Ugarte y Pittaluga y, cuando hay fiesta, a remeros difíciles de encontrar por mí, como a Efraín Huerta.

En el puerto de Cerrada de Frontera (San Ángel), al *capitán de navío* —por decirlo así—, Daniel Cosío Villegas, con Emma y amigos variados, no todos pertenecientes al gremio de remeros nuestro. ¿Cómo diría yo? Que son navegantes de alto bordo y no persiguen estrellas que se desvanecen en el espacio, sino lucecicas que calientan de verdad en las radas o caletas de la costa.

En el puerto del paseo de la Reforma, finalmente, al *capitán de fragata* con mástiles de pinceles Arturo Souto, a Carmen, su mujer, a Juan Rejano, al doctor Pascual y a otros remeros sin escala periódica fija, como León Felipe, Jorge Guillén, Pedro Garfías, Paulino Masip, Max Aub.

Los puertos son lugares de descanso para los remeros. Bajamos de las lanchas, o de las nubes y las estrellas ilusorias, con hartas ganas de oír cosas intrascendentes, reír de los tropezones

¹⁰⁸ Publicado con el título «Memorias revueltas. Más remeros de altitudes», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, 13 de mayo de 1951.



[1]



[2]



[3]



[4]

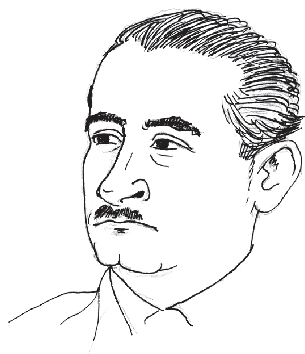
[1] Efraín Huerta.

[2] Eduardo Ugarte.

[3] Juan Rejano.

[4] Arturo Souto.

[5] Alfredo Cardona Peña.



[5]

de cada quisque, sentarnos con absoluta dejadez, abandonarnos al vago fluir de las ocurrencias y tomar unas copas acompañadas de cacahuètes, hojuelas de papas fritas, rodajas de chorizo u otras menudencias equivalentes. De vez en cuando, las apacibles reuniones se truecan en verdaderas fiestas. Así ocurrió hace unos días en el puerto de la calle de Extremadura, con motivo del triunfo de *Los olvidados*, en Cannes¹⁰⁹. Se bebió, se cantó, se bailó. Y entre la barahúnda me dibujé las cabezas de los poetas Efraín Huerta y Juan Rejano. Quise probar si el pulso y la vista podían conservar su perfecto equilibrio mejor que la lengua y las piernas. ¡Casos de marinero en puerto! ¡Y manías de investigador! Comprobé que sí.

No siempre estoy para tlaquepaques semejantes, pero cuando lo estoy me divierto más que de joven. ¿Qué dirán los académicos de este neologismo azteca que acabo de inventar? (Tlaquepaque es el nombre de un pueblo, pero por sonarme a traquetero lo empleo en vez de rebullicio.)

Faltó en la fiesta Eduardo Ugarte, el director de cine que acaba de triunfar ahora con *Doña Clarines*¹¹⁰, y que, baile donde baile, parece que está en La Bombilla madrileña. No sólo por el modo de bailar el *agarrao*, sino por su templanza en hablar, como silabeando.

¡Qué diferencia entre el habla española de los remeros! Qué lejos el tiempo lingüístico de Ugarte del de Efraín. Qué velocidad o fuga en éste. Qué agudeza escurridiza. Y, en cambio, qué acompasamiento sentencioso en el madrileño castizo.

La prosodia española es tan variable como las razas que hablan nuestro idioma. En casa del pintor Souto —en otros puertos—

¹⁰⁹ Luis Buñuel recibió el Premio Especial de la Crítica Internacional por *Los olvidados* en el Festival de Cannes celebrado del 3 al 20 de abril de 1951. El día 11 de mayo de este mismo año, se celebró un homenaje a Buñuel con motivo de su triunfo que tuvo lugar en el Hotel Majestic de México, donde Moreno Villa pronunció unas palabras en el banquete. Véase «José Moreno Villa. Escritos sobre Luis Buñuel», presentación y notas de Juan Pérez de Ayala, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, núm. 16, Madrid, diciembre de 1994, págs. 95-97.

¹¹⁰ *Doña Clarines* (1950) fue dirigida por Eduardo Ugarte y producida por Manuel Altolaguirre (Producciones Isla). Altolaguirre le encargó a Moreno Villa la realización de un retrato de uno de los actores, Gustavo Rojo, que aparece en un determinado momento de la película. Este fotograma está reproducido en Juan Pérez de Ayala (ed.), *José Moreno Villa, 1887-1955*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, pág. 130.

podemos oír esa variedad prosódica. El pintor habla con la suavidad galaica y pronuncia claramente; no así Manolo Altolaguirre, que por malagueño tiende más a la desmadejada o licuada pronunciación cubana. Juan Rejano, aunque doblemente andaluz por haber nacido en Córdoba y vivido mucho en Málaga, pronuncia con claridad y corrección; su andalucismo se nota en la curva tónica, en la especial ondulación de la frase, que tiene algo de larga toreira. También se nota en el tono de voz, honda y sombría en él, como de campesino sentencioso.

Se ve que las gargantas son caminos de diferente anchura, lisura y curvatura. Unos son carreteras, otros son caminos vecinales, otros, senderillos a ras (título de un libro de Genaro Estrada), y otros, resbaladillas por donde caen las palabras como chiquillos revueltos.

El poeta costarricense —hoy mexicano— Cardona Peña tiene por garganta un sendero bien cuidado y sus palabras, muy escogidas, salen rápidas o lentas, pero siempre con el latido seguro del punzón que va punteando un papel.

Recuerdo en este punto las voces, los trinos de otras aves que cruzan hoy el espacio poético. La de Guillén (Jorge), aguda y garrasposa; la de Neruda, un tanto china y melcochada; la de Juan Ramón, con algo de tenor; la de León Felipe, con timbre de noble madera —a diferencia de los timbres argentino y cristalino—; la de García Lorca, desafinada a cada paso; la de Unamuno, chillona y angosta; la de Antonio Machado, como de canónigo que habla consigo mismo.

Qué gusto pensar en esas características y calidades de tantos remeros amigos, presentes e inquietos o alejados y ya tranquilos.

Otro aspecto de las amistades consiste en ser fijas o periódicas, como los cuerpos del espacio llamado celeste. Además, como los planetas, estrellas y meteoros, unas están a una distancia, otras a otra y algunas aparecen y desaparecen, vuelven o no vuelven.

Amistades de tamaño y eficacia del sol o de la luna son muy pocas las que se presentan en la vida. Y por lo general surgen durante nuestra juventud o los años de mayor actividad, pocas veces en la madurez. Durante ésta podemos entrar en conocimiento con seres jóvenes llenos de simpatía y de luces, pero la distancia o el tiempo, que han labrado ya en cierta forma nuestro cerebro, impiden toda concordancia perfecta. Ni aun los padres se suelen entender con los hijos.

Con las cabezas que presento hoy tengo amistad desde tiempos muy diversos. Con la de Adolfo Salazar, desde la segunda década del siglo; con la de Paco Giner de los Ríos, desde 1937, principalmente, desde la guerra civil española; con Octavio Barreda, desde que llegué a México, en el 37 también; con Emilio Uranga, desde el año pasado, 1950.

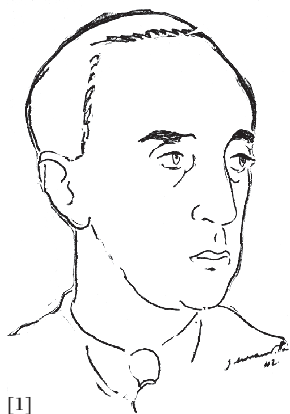
¿Cómo puedo hablar de amistad en el caso de este último no habiendo cambiado con él más de cuatro palabras y en pocos encuentros? No es exacto hablar de amistad; sería más justo hablar de simpatía, que viene a ser una amistad latente. Simpatía que nace en mí de verle tan lleno de espíritu, tan en su papel vocacional de filósofo joven, combativo, sonriente y consumido. Sí, la consunción, el enflaquecimiento en jóvenes como él suele ser el sello que avala el trabajo de la lucha interna. Se diría que el cuerpo juvenil no está preparado para resistir la violencia y la impaciencia del espíritu en los primeros años. Y aunque sé de muchos cuerpos que ni con la edad pueden recobrase frente a la fuerza de este divino demonio.

^{III} Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades periódicas y fijas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 20 de mayo de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 163-165.

Entre los papeles de la fenecida revista *Letras de México*, ha encontrado Octavio Barreda este retrato que le hice el año 42. Creo que conserva parecido con el Barreda de hoy; pero han pasado nueve años, y no en balde.

Durante una pila de años ha sido Barreda paladín del movimiento literario de México fundando revistas. *Letras de México* prestó un buen servicio dentro y fuera del país. Duró más de lo que suelen durar las publicaciones hechas con sólo entusiasmo personal. En ella colaboré desde el principio. Entonces nos veíamos Barreda y yo todas las tardes en un café con otros compañeros de pinceles y plumas estilográficas, lápices y máquinas de escribir. La amistad estaba cuajada y se extendió a Carmen, su mujer —una Marín, otra Marín, puesto que todas descuellan y compiten en simpatía humana—. Carmen fue la primera persona que supo de mi casamiento, y la amistad de los Barreda ha seguido años y años sin tropiezos, como sobre rieles, aunque con largas temporadas de no vernos, por ausencias del país en su caso, y porque los trabajos de Octavio y míos divergen. Siempre que se reintegra a la vida de orden diplomático hay un paro en las actividades literarias y en el trato amistoso. Así ha ocurrido desde que cerró el despacho de *El Hijo Pródigo* donde íbamos a recalar con nuestras leves cuartillas.

Cada amistad es un caso que se afirma con rasgos peculiares. La de Adolfo Salazar tiene de curiosa que siendo muy antigua no ha pasado de honda estimación mutua. Esto se debe, creo, a la poca frecuencia con que nos hemos visto siempre, en España o aquí, debido en parte a que allá repartía él su tiempo en muchas actividades, como yo, y en que luego, aquí estamos enquistados en nuestros cuartos de trabajo. Sólo de vez en cuando, las raras veces que me puedo permitir el lujo y el gusto de reunir en mi casa unos cuantos amigos, lo llamo a él primero. Su gracejo, su vivacidad, su información extensísima, su inteligencia ponen o ayudan a poner a los reunidos en la vibración debida, deseada. Este Adolfo es un caso de riqueza espiritual casi alarmante; a cada poco nos sorprende con un libro —pero un señor libro— de miles de páginas, y cuando encuentro a su persona en la calle, le veo los ojos tan despiertos y chispeantes como lista su boca para seguir disparando ocurrencias.



[1] Octavio Barreda.

[3] Adolfo Salazar.

[2] Emilio Uranga.

[4] Francisco Giner de los Ríos.

En cuanto a la amistad con Francisco Giner de los Ríos empiezo por decir que nace antes de que él naciera. Conocí a su abuelo, don Hermenegildo, a su tío abuelo, don Francisco —una de las claves de España—, a su padre, Bernardo —dicho sin don porque lo creo coetáneo—, y, ya después de comenzada la guerra española, le traté a él en la Embajada de España en Washington. Desde entonces he podido apreciar sus diversas y buenas cualidades: su hombría, su rectitud, su laboriosidad, su resistencia en las adversidades y su fondo poético, que le sale con voz propia en poemas y prosas templados, mullidos y luminosos. No quiero decir más porque parecería interesado. ¡Ándale, Paco, sigue como buen remero!

Juan José Arreola. Juventud; con la dramática «penosería» que la juventud ha sido para muchos literatos y artistas. De un lado, el impulso natural de la vida, de otro, la falta de medios económicos y, de otro, la pasión por hacer algo que no es precisamente lo que da de comer en este mundo. Total, grandes y penosas cuitas.

Conocí a Juan José Arreola en un banquete, hace varios años. Se destacó al leer un soneto. Lo leyó con seguridad y gracia, dos notas que no esperaba de su flaqueza corpórea y de su color extremadamente pálido. Otro día se me acercó en el Fondo de Cultura interesado por los libros que yo tuviese del o sobre el poeta François Villon. Hablamos. Vi que conocía francés y que leía lo mismo al antiguo Villon que al prosista moderno Dühamel. Me pareció un joven despierto, que puntualizaba con exactitud lo que decía, que temblaba ante todo lo bueno y fino del mundo y que estaba poseído de esa ansiedad nerviosa del raudal contenido por la angostura del cauce.

Pasado algún tiempo, me presentó a su mujer y a sus niñas, verdaderos pimpollos, blancos y sonrosados, vendiendo salud, como suele decirse, muy otros que el padre. Estaban sentadas en la zona de césped de la arteria principal de las Lomas de Chapultepec. Juan José había venido a mi casa por libros y lo esperaban allí. Le felicité, pero al despedirme me fui pensando en ese misterio de la naturaleza que saca de un tronco, seco al parecer, frutas llenas de lozanía y de jugo.

Otro día me trajo su libro de cuentos. Lo leí.¹¹³ Lo encontré tan pulcro y cuidadoso como al autor en su trato. Comencé a verle como a una promesa literaria que empieza a cuajar. Su nombre fue sonando en los periódicos y, hace una semana, me enteran de que la Institución Rockefeller le concede una beca, por un año, como a otros cuatro escritores mexicanos y jóvenes. Pensé en lo que esto significaba para el joven amigo, para la lucha íntima y silenciosa que

¹¹² Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades mexicanas y extranjeras», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 5 de agosto de 1951; recogido por primera vez en *Nueva cornucopia mexicana*, cit., págs. 388-393.

¹¹³ Véase la nota 87, pág. 401.

sostenía. No le felicité, no le llamé por teléfono; decidí publicar un retrato que le había hecho para un libro, y aquí está ya con su acompañamiento verbal.

El dibujo creo que es de los más justos, en espíritu y forma, de los que llevo publicando en este *Suplemento de Novedades*. Se le ve ascético, visionario, deslumbrado por lo que vislumbra y quiere apresar.

Rodolfo Usigli. Este gran autor dramático mexicano tendrá en cuenta que yo no lo soy, que por lo mismo no sé manejar los personajes como él, y que pasar de un bosquejo a otro en este repertorio es muy otra cosa que dramatizar o comedizar.

Todo lo que yo apunte ahora y aquí respecto a un personaje está desligado de lo dicho sobre otro. No hay trama ni relación alguna entre ellos. Son consideraciones aisladas como las que hago al dibujarlos con el lápiz.

Se me ocurre empezar por sus nombres. Rodolfo, nombre germánico; Usigli, nombre italiano. Aunque el germánico se escribe Rudolf, al españolizarlo resulta con tres admirativas oes. A éstas van a seguir las dos penetrantes, insinuantes fés y la *u* del apellido italiano. No vemos una *a*, ni una *e* para un remedio, y esto me parece ya un designio, porque éstas son las vocales menos dramáticas. Las suyas meten miedo. *U... O... I...*

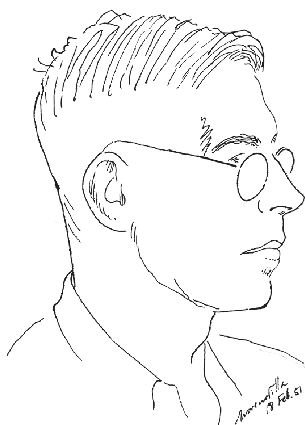
Con todo esto no quiero expresar otra cosa sino que sus nombres son apropiados para un dramaturgo; suenan bien, se distinguen.

Usigli ha ido elevándose sobre la escena mexicana desde hace años y ya lo tenemos en pleno triunfo con las doscientas representaciones de su obra *El niño y la niebla*.

Yo tenía la seguridad de que le estaba reservado esto desde que leí *Corona de sombra* y una novela, *Ensayo de un crimen*.

Esta obra fue la que me hizo amigo suyo. Cayó en mis manos sin buscarla. Me entretuvo, la leí como se leen los buenos libros de diversión, sin notar que está uno leyendo, arrastrados por el interés del asunto y sin tropezar con alambicamientos de lenguaje ni falsedades o incongruencias. Y la leí en esta edad madura en que ya no se resisten tantas cosas como antes.

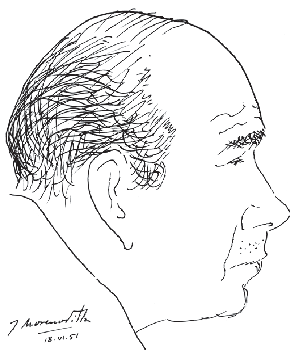
A los pocos días de esta experiencia me encontré con Rodolfo en la puerta revólver de Sanborns. Le espeté mi felicitación como



[1]



[2]



[3]

- [1] Stephen Gilman.
- [2] Juan José Arreola.
- [3] Rodolfo Usigli.

un disparo, porque la puerta nos impelía en sus revoluciones. Desde aquella demostración de pláceme fuimos amigos. Sin duda comprendió que en mis palabras había otra cosa que lisonja: veracidad. Y desde entonces pone al llamarme Pepe un tono de compañerismo de buena ley que le agradezco.

Usigli no es nada fácil de dibujar. No se está quieto, habla pensando (cosa no tan frecuente), y al pensar sufre modificaciones faciales de gran importancia. Pasa de lo serio a lo irónico sin mudar de tono: deja

la *u* o la *o* por la incisiva *i*, que a veces parece tan afilada como una daga italiana. No me cabe duda de que es mexicano, pero muchas veces le miro como a un europeo. Tiene un nivel de crítica o de juicio por encima de lo usadero. Es ágil mentalmente, y siempre fino.

Un yanqui: Stephen Gilman. Este joven profesor hispanista fue discípulo de dos españoles amigos y admirados: Américo Castro y Augusto Centeno. El segundo no es tan famoso como el primero, pero la culpa no es de él sino de su pereza para escribir. Prefiere ir perdiendo ocasiones de ascenso en las universidades ultratejanas, antes que ponerse a redactar algo de lo mucho que expone en sus clases y desarrolla en sus pláticas amistosas. El hablar le gusta más que el escribir.

Gilman es, además, yerno del poeta español Jorge Guillén. Está casado con Teresa, que yo conocí de cuatro años y ahora la encuentro madre de un pequeño Antón y una más pequeña Isabel. Teresa, contra lo que pudiera creerse, no ha perdido lozanía viviendo entre profesores. Sigue alegre y entusiasta la obra de ellos. Lo cual indica que el poeta y profesor Guillén, más el profesor Gilman no son inhumanos, como otros que andan por los claustros universitarios.

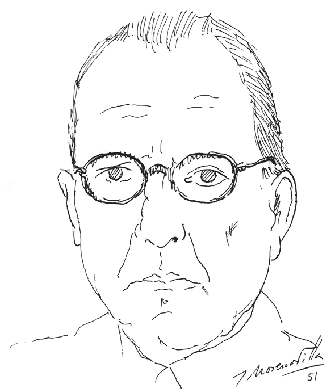
Gilman, en efecto, es un joven lleno de vitalidad. Tiene ese aire de muchachote que conservan muchos años los de raza anglosajona. No le falta ni siquiera ese remolino de pelos tiesos en la coronilla que solemos ver en los chamacos.

Gilman y toda su familia están en México y por segunda vez en menos de un año. Coincidió su primera estancia con la salida de su libro *Cervantes y Avellaneda*, publicado por la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, del Colegio de México. Libro de estudio, pero con buen leer; agudo, penetrante. Se subtitula *Estudio de una imitación*. Y es que al estudiar la imitación que Avellaneda hizo del *Quijote*, llega Gilman a revelar las dos Españas que ya entonces se disputaban la Península. Avellaneda imita el *Quijote* de Cervantes, pero no por amor, sino para tergiversar el espíritu de universalidad humana de éste. Lo imita en enemigo contrarreformista.

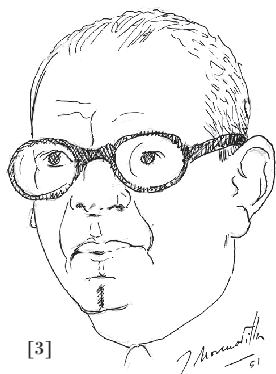
Dibujé al sagaz historiador y filólogo en una casita del pueblo de Tepoztlán. La casita que fue de Octavio Barrera y hoy es de Altolaquirre-Gómez Mena.



[1]



[2]



[3]



[4]

- [1] José Revueltas.
- [2] Agustín Millares.
- [3] Max Aub.
- [4] Pedro Garfias.

¿Habré de repetir que yo personalmente no sigo ningún credo político, no estoy afiliado a nada ni asisto a tertulias donde se intrigue o conspire? Las amistades que voy sacando a fuerza de pluma en estas memorias son de todos los colores, países, ideologías y edades. Me agrada reunir las porque así doy testimonio de mis ilustres contemporáneos. A unos los trato desde antiguo, a otros los he conocido ayer e ignoro la vida que llevan, aparte de la literaria o pública. Me basta que hayan hecho algo digno y que sean personas tratables, no energúmenos.

Aquí está el amigo Agustín Millares. Le conozco desde el año 10, hace cuarenta y un años. Al dibujarle, me dice: «Recuerdo en este momento la hora y el sitio del Ateneo en que me regaló usted su primer libro de versos, *Garba*. Éramos dos estudiantes. ¡Cuánta vida desde entonces!». Y yo le contesto: «Me acuerdo de eso y del chaleco a cuadros que usted llevaba y se hizo famoso».

Estudiábamos paleografía, disciplina que él siguió y yo abandoné después de haberme dedicado cuatro años a las letras visigóticas y mozárabes. Millares fue muy tesonero en sus estudios, a la par que muy ocurrente y alegre en su conversación, virtudes que conserva. Está dotado de una gran capacidad de trabajo, como otros dos ilustres guanches (antiguos pobladores de las islas Canarias); me refiero a don Benito Pérez Galdós y a don Juan Negrín. Son tres ejemplares de humanidad y humanidades: robustos, realistas, sensuales y de asiento para trabajar. Las muchas horas de investigación y redacción no les impidieron tener otras de *gaudeamus*. Han vivido intensamente.

Agustín llegó a todo, incluso a académico, que es un colmo. Y a todas partes llega con ese aire de persona dispuesta bondadosamente a abrir el cerrojo enmohecido, la ventana atrancada, el enigma chino (y si no chino, latino). Por esto, al llegar a México se captó la confianza de los claustros, los directores de bibliotecas y las

¹⁴ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistades de distintas latitudes y credos», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 14 de octubre de 1951.

entidades culturales en general. Traía su bagaje y continuó sus trabajos, aunque con más trabajo. Tengo la impresión de que su labor en el nuevo país dejará huella.

Si es natural que de Millares pueda escribir largo, no así de José Revueltas. El uno tiene largo historial, el otro comienza a vivir, como suele decirse de los jóvenes. Además, lo he tratado poco; no pasarán de tres o cuatro las ocasiones en que hemos cruzado unas palabras; y tales ocasiones distan años unas de otras. Conozco sus trabajos por las críticas y las referencias, ya que no suelo leer novelas ni sigo las producciones cinematográficas. No tengo de él, por consiguiente, más que una impresión directa, quizás matizada por las opiniones de otros. Me parece un hombre cordial, efusivo e impulsivo, aunque se frena. Su modo de hablar es entrecortado, no fluente, muy mexicano. Su mirada pasa con mucha rapidez de la expresión reflexiva y soñadora a la punzante y vivaz. Su sonrisa es franca, muy abierta. Me lo figuro polémico; finalmente, descubro en su fisonomía y su complexión total bastante de la raza asturiana.

Con el dibujo de Max Aub me ocurre una cosa curiosa, que puede ser significativa: lo logro a lápiz, pero se me escapa al pasarlo con la pluma. ¿Qué es esto? ¿Tendrá que ver con el efecto que me hace su modo extranjero de hablar? Esa erre... esa erre no rodada con la punta de la lengua en la delantera del paladar, sino de costado y con el borde trasero de la misma, tiene la culpa de que el amigo Max no parezca español, siéndolo, y valenciano por añadidura. ¿Cuántas añadiduras tiene? Me refiero a las añadiduras raciales. Porque no cabe duda de que Max resulta un cóctel de razas donde lo duro germánico está suavizado por el anisete semítico y donde el desparpajo ibérico se corrige con la erre francesa. ¿En qué quedamos? Yo quedo en que se le tiene que dibujar a lápiz, no a pluma.

Conozco a Max Aub desde que intentaba publicar sus primeros versos. Conozco su vocación y tengo bastante de su producción. No soy quién ni éste es el sitio para juzgarla. Es abundantísima y requeriría dedicación muy exclusiva, cosa reservada a los especialistas en crítica literaria. Tiene capacidad inventiva, fluencia imaginativa; es todo lo que un improvisador puede decir; lo demás sería temerario.

Con esto llego a Pedro Garfias, buen amigo, buen poeta, un tanto pintoresco para nuestros días por lo que tiene de recitador andariego. Tal vez por esto no lo incluyan los despistados antólogos en sus selecciones. ¡Qué antologías han lanzado últimamente allá en Madrid!

Garfias, afortunadamente, sigue su camino sin atender a otro llamamiento que al de su inspiración. Yo lo he defendido siempre, desde que fundó la revista ultraísta *Tableros*. Entonces, por la osadía juvenil; después, por haber dejado esa línea y penetrado en preocupaciones de mayor alcance. Durante nuestra guerra civil le vi de miliciano; no sé si llegó a tener algún grado, pero sí que iba al frente. La experiencia de aquellos tiempos le afirmó en su derrotero poético. Se acostumbró —¡caso extraordinario!— a componer *in mente* libros enteros, poemas que recitaba y recita donde quiere; poemas de hondo sentimiento y muy paladeables, que llegan al público. Con ellos ha recorrido gran parte del país, pasando angustias y dificultades. Pero se sale de ellas al modo castizo sevillano: encerrándose en algún *colmao* con cañas de manzanilla, guitarras y cantaores.

Ha llegado a mi puerta un compañero. Es el fundador —con Manolo Altolaguirre— de una revista literaria que dejó huella en la historia de la poesía española: *Litoral*.

Trae mi buen amigo casi blanco el pelo; pero sostiene levantada la cabeza como en su juventud. Hay en su semblante huellas forzosas, pero sabe sonreír todavía cuando se le responde en tono malagueño. Es Emilio, Emilio Prados, aquel que yo veía pasar cerca de mi casa, en Málaga, camino del puerto, camino del mar, su sitio. Los azares de la vida le arrancaron de la orilla y situaron en un circo volcánico, donde el agua no juega a embestir, como en el Mediterráneo, sino que cae del cielo en sábanas estrepitosas durante ciertos meses.

Le hago sentarse. Le pregunto por varias cosas, divaga, emigra lejos de mi propósito. Le digo que quiero dibujarle. Se resigna. Le explico que quiero saber detalles de su vida. Divaga. Por fin encuentro el método para sujetarle mentalmente:

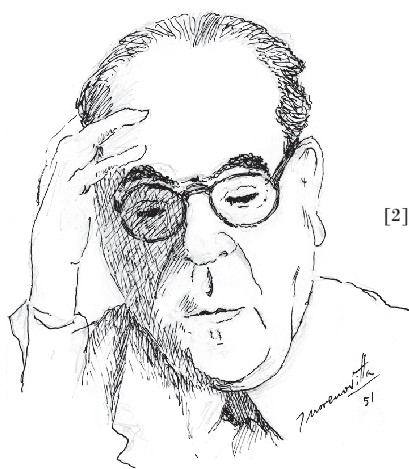
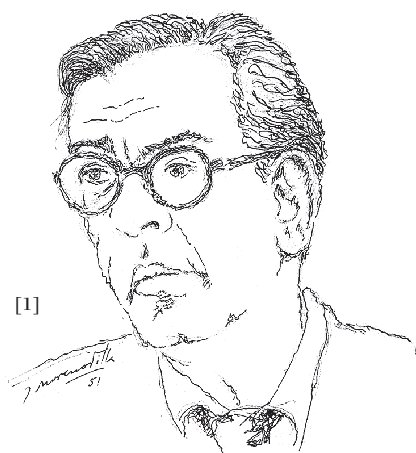
—Me vas a decir cuántos accidentes has sufrido a través de los años. Veo que tienes una cicatriz profunda en la palma de tu mano derecha.

—Ah, sí. Pudo ser grave, porque la palma de la mano tiene muchos canalillos, que una vez infectados son difíciles de limpiar. Pero, nada. Ya ves. Se me clavó un vaso. Éste fue uno de los accidentes, ya en México. Aquí he sufrido otros dos: la rotura del brazo, por un atropello de bicicleta. Cosa de risa. Y la salpicadura de aceite hirviendo al ojo; cosa que me pudo dejar ciego.

—Eres una calamidad, Emilio. Sigue. Principia por los accidentes lejanos: los de la infancia.

Se repantiga en el sillón, hace memoria levantando la vista y me va diciendo que de tres y cuatro años sufrió terrores nocturnos, en los cuales se mezclaba la realidad con el sueño. Que por la misma época padeció el mal de San Vito. Que a los cinco años, yendo por

¹¹⁵ «Remeros de altura. Del Litoral al Fondo», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 143, México, 28 de octubre de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 193-196.



[1] Emilio Prados.
[2] Arnaldo Orfila Reynal.

entre el laberinto de muebles del almacén de su padre, tropezó, derrumbó algunos y quedó preso entre sus maderas. Que a la edad de doce, corriendo a caballo por los montes de Málaga, se le desbocó el animal y casi muere de la caída. Que a los diecisiete años, enfermó del pecho y tuvo que ser trasladado a Suiza, donde permaneció por tres años.

—Qué calamidad eres, Emilio. Qué de calamidades vinieron sobre ti.

—No paran ahí las cosas. A los veintinueve años, bañándome en el mar, fui envuelto por la medusa *fisaria*. Me envolvió el cuerpo como una llamarada. Despidió ácido fórmico, que me produjo ardor. Fue un accidente muy desagradable.

—¿Todavía más?

—Sí, la caída desde un tejado, el año treinta y uno. Entonces me rompí la pelvis en tres pedazos, y el brazo. Estuve enyesado tres meses.

Como noté que se quedaba en calma y rememorando aproveché para dibujar, y le dije:

—Vamos a ver si en este dibujo te pareces a aquel que te hice el año veintitantos. No serás igual, naturalmente. Tu perfil se conserva parecido, pero de frente has variado. Te voy a sacar los dos aspectos.

Mientras dibujaba, uno y otro de nosotros sondeaba en el pasado.

—¿Cuándo se fundaron la imprenta Sur y la revista *Litoral*?

—El año 1924.

—¿Con qué dinero empezaron ustedes?

—Con trescientas pesetas. Eso nos costó una prensa de mano.

—¿Componías tú mismo?

—Yo y Manolo. Teníamos un aprendiz, un niño que ganaba veinticinco céntimos al día.

—¿Veinticinco céntimos? ¿Cómo es posible?

—Eso es lo que se pagaba entonces a un aprendiz; y como yo protesté diciendo que habíamos de darle dos pesetas cincuenta céntimos, me calificaron de comunista.

—Tu primer libro de versos se titula *Tiempo*, y el primero de Manolo, *Las islas invitadas*. ¡Qué certeros ambos! Manolo quedó preso por las islas soñadas veinte años antes y, tú, por el tiempo

sin límite. Y en tu *Jardín cerrado*. ¡Cuántas cosas nos vienen a la memoria pensando en *Litoral*!

De pronto me dice: «Y tú eres de *Litoral*, en cambio, Guillén no. Tú, siendo mayor que nosotros, estás con nosotros, en nuestro mundo poético. Guillén pertenece a otro».



De este *Litoral* paso al *Fondo*. Al Fondo de Cultura. Tengo allí un amigo a quien le debo un dibujo. Hablé de él cuando presenté en estas páginas del *Suplemento* a sus colaboradores. Él estaba entonces en España, por asuntos editoriales.

—¿Cómo está el amigo Orfila?

—¿Qué hay, Moreno Villa?

—Vengo a dibujarle.

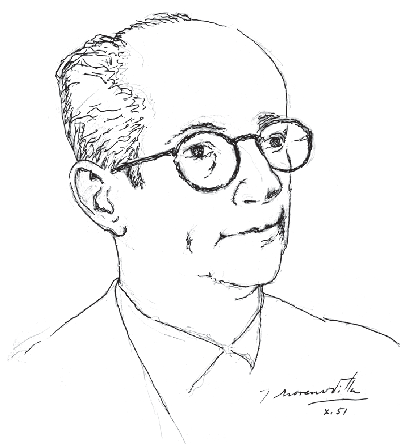
—Pero, hombre... ¿a mí? No hay motivo.

—Mire, Orfila, dejémonos de consideraciones. Usted está al frente hoy de la empresa editorial más avanzada de la América hispana. Vamos a sentarnos. Por algo le han puesto en ese sillón. Usted es lo que se dice en castellano «un hombre de fiar». En usted confían los del consejo de esta fundación.

Y Orfila, entre simpáticas excusas y unos «ya» muy argentinos, muy con filos de navaja, procura estarse quieto; cosa muy difícil. Se nota que le desagrada o inquieta el servir de modelo. Es hombre de actuación, no de pose.

Le conozco sobre todo en los momentos que reúne a escritores en su despacho con algún motivo especial. A veces de muy distintas nacionalidades. Entonces descubro su saber coordinador, su sentido del trato humano, su llana cortesía, su claridad de inteligencia y su hombría, en una palabra.

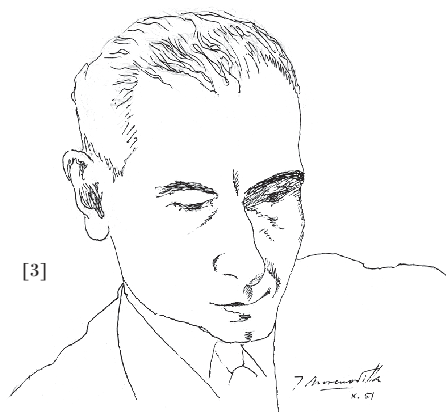
—Salud, buen remero, remero de fondo. Valga este juego de palabras. De fondo y del Fondo de Cultura Económica.



[1]



[2]



[3]

- [1] Francisco Monterde.
- [2] Ceferino Palencia.
- [3] Raimundo Lida.

Al escritor y profesor Francisco Monterde le encuentro en una conferencia de primera magnitud en un congreso de historia o en alguna reunión extraordinaria del Fondo de Cultura. Quiero decir que nos vemos poco. En Guanajuato, el año pasado, después de leer mi ponencia en un congreso al que fui invitado, su intervención fue muy clara y comedida. Me gustó, francamente.

Monterde ha ocupado muchos puestos burocráticos, pero en tales puestos no le veo, porque no los frecuento poco ni mucho. Lo que sé de él me llega directamente, por su aspecto personal, al dibujarle, o por las lecturas e informaciones de los amigos. Lo aseado y correcto de su vestir corresponde al aseo y cuidado de su prosa. Según me dicen, es un excelente maestro; en sus clases de Literatura sabe despertar cariño en los discípulos por las obras del pasado. Pero no por esto y por haber escrito una biografía novelada de Moctezuma o varios estudios sobre clasicismo, romanticismo y modernismo en México, ciñe exclusivamente su atención sobre el pretérito: ahí están sus artículos de campaña a favor de un teatro nuevo.

Al dibujarle voy haciendo deducciones y preguntas. ¿De qué parte del país es usted? De la capital. Debí suponerlo. ¿Por qué? La capital imprime carácter en el vestir y hasta en el mirar.

No creo que esa sonrisa latente siempre en su semblante sea tampoco de provincia. Yo diría que guarda un humorismo en el fondo de su alma, una pizca de ironía para la vida, que no se atreve a soltar.

Cuando la política actual hizo imposible la vida en la Argentina para algunos espíritus, el profesor Amado Alonso se trasladó a los Estados Unidos y en uno de sus viajes a México logró trasplantar a esta capital la *Revista de Filología* que editaba en Buenos Aires. El Colegio de México hizo posible este trasplante. Amado Alonso es el director y Raimundo Lida el secretario. Como Alonso vive en

¹¹⁶ «Improntas y medallas amistosas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 4 de noviembre de 1951.

Norteamérica, quien lleva el peso de la revista es Lida, emigrado también de la república del Plata.

Yo quisiera resumir la medalla dedicada a este amigo diciendo: es un filólogo completo, y es una inteligencia viva, precisa y transparente.

No diría más. Pero el laconismo pudiera interpretarse por frialdad y ello está lejos de mi deseo. Aprovecho, pues, para decir que somos en general poco generosos con esta clase de hombres abnegados, disciplinados, cuya dedicación a la ciencia es absoluta y no viven sostenidos por el estímulo de un círculo amplio de lectores.

He tenido amistad con los primeros filólogos de España, con don Ramón Menéndez Pidal, y los discípulos, Américo Castro, Solalinde, Onís, Navarro Tomás, Amado Alonso; y veo en el amigo de hoy, Raimundo Lida, un vástago argentino de aquella escuela: un vástago que mejora en algunos aspectos a la rama.

Lida queda incorporado a la cultura de México y México ha ganado todo lo que ha perdido la Argentina.

Aquí está Ceferino Palencia, viejo amigo a quien tuteo. ¿Dónde no está, y dónde no ha estado? ¿Qué no ha visto ni leído? Puede decirse que nació en el mundo de la farándula. Gran actriz su madre, recio autor su padre. La farándula es una escuela que forma y deforma. Si en ella se aprende a ver —a ver pueblos, caracteres, reacciones de la multitud— también se llega a considerar el mundo como un inmenso teatro, donde todo es fingido, y lo que vale es el efecto, la simulación, el remedo de la verdad.

Ceferino trató en su infancia y pubertad [a] mucha gente pintoresca. Cuenta y no acaba cosas divertidas de autores, cómicos, redactores y gente bien que frecuentaban su casa o el teatro. «¿Por qué no escribes un anecdotario, el tuyo?», le digo algunas veces. Y él contesta con un gesto entreverado de risa y lágrimas: «Hijo, Pepe, tengo que escribir para comer».

En efecto, a él, como a la mayoría, la expatriación le impuso un camino y un ritmo de vida muy distintos de los que llevaba en España. Él y su mujer —la inteligente y malagueñísima Ysabel de Palencia, o Ysabel Oyarzábal— lucharon por la vida en España, pero de otro modo, sin el apremio de hoy. De altos puestos

diplomáticos vinieron a cobijarse en un departamento y a emprender tareas literarias de esas que según los editores son del gusto público. Obras enciclopédicas, resúmenes sobre cómo ha vestido la humanidad y cosas por el estilo.

Lo admirable de esta pareja es el aliento juvenil, el entusiasmo inagotable por todo lo que es producto de creación. No pierden la esperanza.

Yo no sé de dónde saca tiempo Ceferino para redactar tanto artículo, componer gruesos volúmenes, actuar en televisión, pintar, intervenir en sociedades como el Ateneo Español de México, asistir a una peña de amigos y mantener viva la relación social en diferentes casas.

Para todo eso se necesita tiempo, pero también fuerza física. Y ya va siendo viejo. Al dibujarle he visto que su cabeza tiende a ser rectangular y que en ella hay algo nórdico, boreal, de oso peludo y de lord congestionado.

I

Acaba de írsenos —¡maldito cáncer!— uno de los españoles que más han trabajado por los altos estudios en América: Amado Alonso.

Era navarro, nacido en Lerín —y qué bien portaba la boina vasca—. Cuando le conquistaron para la ciencia filológica los discípulos de Menéndez Pidal, hacía de corredor de apuestas en un frontón madrileño, y usaba la boina roja, como es costumbre en tales sitios de recreo. Nunca tuvo que ver con los que la llevan como distintivo político partidista.

Tenía entonces veinticuatro años (1920). A los treinta y uno fue nombrado director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Allí fundó la *Revista de Filología Hispánica*, hija de la creada en Madrid por el Centro Histórico. La nieta nace muchos años después, aquí en México, gracias a la iniciativa de Alfonso Reyes. Esto fue cuando la política le alejó del Plata y fue requerido para profesar en los Estados Unidos de Norteamérica. Alfonso le nombró director. Se bautizó a la heredera con el nombre de *Nueva Revista de Filología Hispánica*, y fue Raimundo Lida el encargado de ella en México, ya que Amado residía en Harvard.

Conservo algunos recuerdos de este «remero de altura», como llamo a los que teniendo vocación por una cosa se remontan y no ceden ante las vicisitudes de la vida. Si estos recuerdos fuesen proyectables en una pantalla, podríamos ahora verle con su boina, en una tarde madrileña, o con su cartera de profesor, en un luminoso mediodía del verano, moviéndose entre las alumnas norteamericanas, allá por los años del 26 o 27. Fue por entonces cuando una alumna inglesa linda le sujetó para siempre, Joan Cann Evans.

Le recuerdo en Buenos Aires, el año de 1934. Al llegar yo al puerto, me dijo estas dos cosas, como si nos hubiéramos visto el

¹¹⁷ «Remeros de altura», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 15 de junio de 1952; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 221-224.

día anterior: «Esa gabardina que trae no le sirve a usted ahora» y «Sabrá que acaba de nacerme un hijo, y que hemos pensado en usted para apadrinarle».

Resulta, pues, que fui compadre suyo. Y también resulta que, como hemos vivido tan lejos unos de otros, jamás he vuelto a ver a mi ahijado José, ni regalado un juguete. Ya es tarde. Aunque no para hacerle ver por escrito lo mucho que estimé a su padre.

Fue éste, de joven, un muchacho guapo que alelaba a las mujeres. Y tenía una seriedad muy hispánica, a la vez que un tono de voz pausado y paternal. Creo que abusó un poco de esto llegando en sus conferencias a olvidarse de que le oían personas mayores, no niños. Ésta es la tacha que le hago cuando ya es inútil, porque no le llega.

En Buenos Aires me atendió con una solicitud inolvidable desde el primer día hasta el último. Me acompañó a excursiones, me presentó en conferencias públicas y en tertulias caseras. Por él conocí a Victoria Ocampo y a un buen número de escritores.

Siempre tuvo Amado Alonso una conducta fraternal conmigo y una desenvoltura campechana en su trato con todos. Conservaba mucho de hombre del pueblo —del sano y realista pueblo navarro—, hondo de voz y de sentimientos. En sus ratos de diversión era alegre como un chaval y reía plenamente, como alma no sombreada nunca por preocupaciones. Y las tenía, como cada cual. A menudo le asomaban en su mirada, haciéndola melancólica, seriamente triste.

Así le vi la última vez en México, cuando ya barruntaba que su padecimiento era incurable.

De su labor extensa, de sus escritos y lecciones se ocuparán las revistas profesionales. Ha muerto joven, pero ha dejado estela brillante y honda, cantidad de discípulos.

II

Otra cabeza de la cual quiero dejar constancia gráfica y verbal en estas memorias es la de Paul Westheim. También él va marcando profunda huella en la cultura americana, especialmente en la de México. Se halla estrechamente ligado a nuestra vida intelectual,

y avanza por ella con la seguridad y firmeza de un tanque sobre el terreno más abrupto.

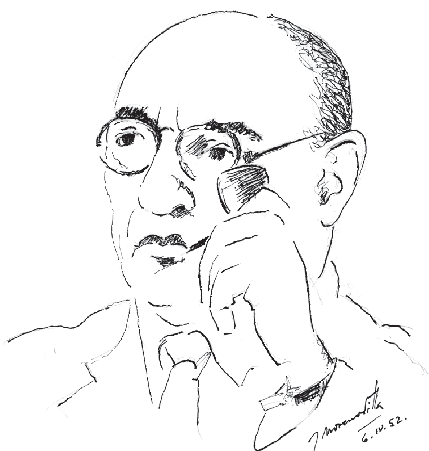
Westheim trabaja a lo teutón, como alemán que es. Huye de los efectismos deslumbrantes. Prepara el terreno de sus investigaciones reuniendo y clasificando los materiales de fundamentación con amoroso cuidado para después levantar sobre ellos la obra personal. Pertenece a la época grande de Alemania, anterior a la primera Gran Guerra. Se le puede considerar en la línea de Worringger, pero en su formación entran las aportaciones de otros muchos ilustres historiadores germanos que abordaron el estudio de las obras de arte con un sentido filosófico, desentrañador de esencias.

El nombre de Westheim como director de revistas y escritor me salía a cada momento en la época de mi intervención en la revista de *Arquitectura* que editaba el Colegio de Arquitectos en Madrid. Éramos jóvenes y estábamos a favor del movimiento arquitectónico moderno que se llamó «funcional», nombre choteado mucho después a causa de las aberraciones cometidas por espíritus ligeros e incomprensivos.

Las persecuciones de Hitler, la pulverización temporal de Alemania, y tantas cosas de esta época turbulenta nos trajeron a este amigo a México, uno de los pocos refugios que nos quedaron. Westheim difunde su saber en este *Suplemento de Novedades*, en conferencias y libros. Su *Arte antiguo de México* creo que es lo más abarcador y profundo que lleva escrito aquí.



[1]



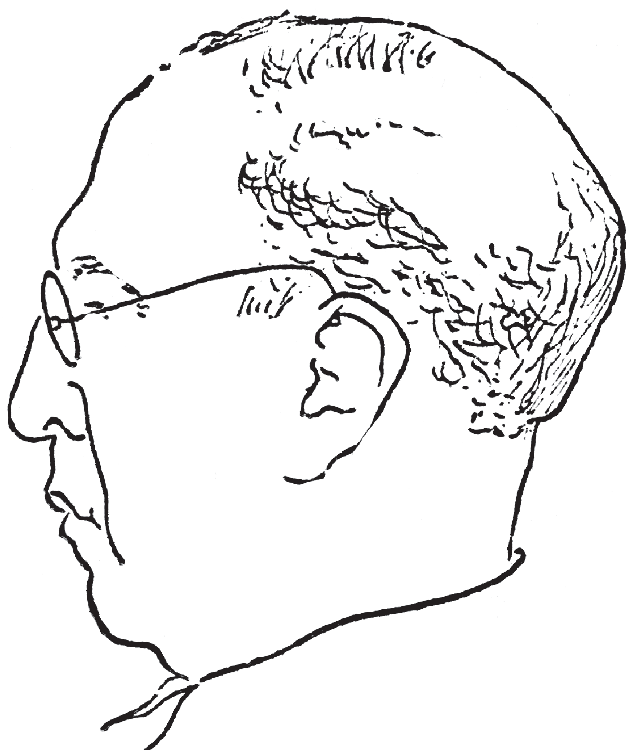
[2]

[1] Amado Alonso.

[2] Paul Westheim.

*Recuerdos y
memorias*

1937-1955



Genaro Estrada.

—¡Hola licenciado! ¿Cómo le ha ido, licenciado? —y sonreía. Sonreía porque la gente le llamaba licenciado, no obstante su declaración repetida de no serlo.

—Pues nada, licenciado. ¿Ha visto usted lo de hoy en España? —. Y unas veces por Aragón, otras por Asturias, Andalucía o las Vascongadas, entrábamos gustosos en la tierra querida. Porque él la quería como un español más. Muchas veces, hablando de las diferencias gramaticales o fonéticas de México, me dijo:

—Después de todo, no son mayores que las de algunas regiones españolas.

Y es que para un espíritu universal como el suyo, no existían los angostos puntos de vista que solemos notar en los aldeanos.

En nuestras charlas sosegadas, hablábamos de los presidentes de la República española como de unos amigos que están algo más allá de las Lomas de Chapultepec, pero no muy lejos.

Conocía lo mejor de la gente de España. Y de una manera nada superficial. Era tan penetrante, tan buen psicólogo, como buen catador. Así, al hablar con él de nuestros valores literarios, políticos, artísticos, étnicos o folklóricos, jamás caíamos en discusiones. Nuestros diálogos zigzagueantes resultaban tan apacibles como las carreteras que parten de México a Puebla o a Taxco.

En esto, que parece no ser nada, se ve al hombre de educación profunda y de sensibilidad. Al hombre que nada tiene ya de petulante, jactancioso, «finchado» o farsante. Cuando él sabía de alguna materia menos que yo, me preguntaba y aceptaba mi parecer.

Después de los meses pasados en su compañía en México, me convencí de que el Estado mexicano tenía en él uno de sus mejores hombres exportables, inteligente, enérgico, fino y capaz de captarse las simpatías en cualquier parte para su nación.

Muy mexicano y muy cosmopolita, hubiera querido traer hacia esta tierra suya lo mejor de la civilización universal, a la vez que

¹¹⁸ «Recordando al amigo», *Letras de México*, núm. 18, México, 1 de noviembre de 1937; publicado también en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 12 de febrero de 1938.

hubiera querido hacer evidente a esa misma civilización los valores mexicanos del orden que fuesen.

Hablando una vez del ir y venir de las cosas y de las dificultades de explicarse la aparición de un fenómeno cualquiera en un determinado lugar, me contó lo siguiente:

—Durante las jornadas veraniegas en San Sebastián solíamos hacer incursiones a la frontera francesa. En el camino, al pasar por una huerta, vi que había un gran plantel de calabazas en flor. Bajé del coche, me acerqué al hortelano, y le dije que si me vendía unas cuantas flores de aquellas. «¿Vender? —exclamó el vasco—. ¡Si no valen nada! ¡Las tiramos a los puercos!». «Pues yo me las como».

El aldeano sonrió para expresar sus dudas, pero cortó las flores y me las dio. Esta misma escena se repitió unas cuantas veces, hasta que, por fin le mandé con el chofer unas «quesadillas» o tortillitas con flor de calabaza, como las que se hacen en México. Las cató el seriote vasco y toda su familia; gustaron mucho de ellas; se informó de cómo se hacían y ya desde entonces comen en aquel pueblo este manjar mexicano.

Así, anónimamente, emigran los usos y las costumbres. Porque mañana, ¿quién sabrá que ha sido todo un embajador el que introdujo aquel manjar en el pueblo vasco, si es que arraiga?

¿Y quién sabrá cómo han llegado a México informes sobre determinados y concretos puntos del estado actual de las letras, la investigación o el arte en España?

No importa que yo lo diga aquí ahora, porque ya sabemos que las hojas periodísticas viven lo que un amanecer o un anoecer. De modo que todo lo que Estrada haya divulgado con sus conversaciones llanas sobre el Centro de Estudios Históricos de Madrid, la Residencia de Estudiantes, la música, los poetas, los políticos, los caracteres regionales de los vascos, catalanes, gallegos, andaluces y castellanos, habrá caído en algunas conciencias, pero al poco tiempo nadie sabrá cómo llegó al país.

He podido percibir que el pueblo de México sentía por Estrada respeto y afecto; algunas personas por conocer al detalle las aportaciones que hizo a la cultura nacional; pero otras muchas, por

barruntar sencillamente que aquel hombre, con un valor humano, [era] capaz de entender los intereses nacionales, la trama de la vida palpitante y la trama de la historia, lo mismo que los problemas pequeños o grandes del individuo aislado.

En las librerías, en los cafés, en la calle, en los camiones, he observado la actitud de la gente con él, la de él con la gente. Apego sin familiaridad, es decir, amoroso respeto es lo que fluía entre unos y otros. Quién más, quién menos, leía en su semblante una inteligencia repleta de conocimientos y ocupada sin afectación en los problemas humanos de su país y hasta de los países alejados. Se puede decir que el pueblo le consideraba como cosa suya, a pesar de reconocer el nivel cultural en que vivía, tan por encima del suyo.

Y es que fue muy humano, generosamente abierto a las cosas más varias. Para estudiarle habría que ver, en primer término, las secciones de su biblioteca: historia de México, obras de derecho, literatura universal, arte español, revistas y folletos rarísimos, estampas, cartas... Pero habría que tener en cuenta sus colecciones de objetos varios: jades, cuadros, tapices y alfombras... Y su conocimiento musical, y su conocimiento culinario, y su conocimiento tipográfico.

Su memoria musical era enorme. Yo le vi sostener durante más de una hora preguntas sobre cómo empezaban tales óperas, tales actos o tales sinfonías. Recordaba óperas enteras y, como un director de orquesta, anunciaba la entrada inmediata de las distintas voces.

Como buen catador de comidas y bebidas, sabía lo bueno de cada país y los restaurantes y bodegones del mundo entero. Sabía lo que había que pedir en el mejor restaurante de París y en la tasca más oscura y sabrosa de los barrios populares de Madrid.

Pero no alardeaba de nada. Era sencillo. Aparentó mucho menos de lo que valía. Durante su misión diplomática en España no usaba condecoraciones ni en los actos de protocolo y yo recuerdo que entraba como un Juan particular aun en aquellos sitios donde podía hacer valer su jerarquía. Así, durante la época que se dedicó a estudiar en la Academia de la Historia. Entraba en la biblioteca, pedía los manuscritos y ocupaba un sitio cualquiera. Pero una vez, halló que estaban ocupados todos y le dijo al mozo:

—¿No podría sentarme en algún otro cuarto?

—Señor, no hay más que el reservado para los académicos.

—Pero es que yo lo soy.

—Y ¿cómo no lo dijo nunca, señor?

Muchos recuerdos tengo del ilustre amigo, pero no es cosa de acaparar todas las columnas con una sarta de ellos compuesta con premura. Por hoy me contento con cerrar esta nota, repitiendo muy alto que Genaro Estrada fue un gran amante de la España republicana y uno de los hombres de más calidad que México ha dado.

Conocí a Estrada en Madrid. Nos conocimos sin que mediase presentación alguna. Fue de este modo. Celebraba yo una exposición de mis pinturas y, una mañana, me dijo el celador:

—Ha vendido usted un cuadro.

—¿Cómo se llama el comprador? —le pregunté.

—Fulano Martínez.

—No lo conozco. ¿Dónde vive?

—¿En Hermanos Bécquer?

—Pero... ésa es la Embajada de México.

Agarré mi cuadro vendido y fui a entregarlo personalmente. Resultó que el tal Martínez era el portero. Genaro no había querido dar su nombre, sin duda para evitar que nuestro conocimiento se debiera a una compra. ¡Cómo se reía después!¹²⁰

A los pocos días organizó una cena a la que asistieron Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre y Luis Cernuda entre otros. Todos poetas en pleno éxito. Genaro sostenía que en España había un florecimiento poético más interesante que en cualquier otro país. Pero sin haber dicho esto se hubiera conquistado las mismas amistades. Se le veía interesado por nuestra vida y por el pasado de España. Se le encontraba en las conferencias, en los teatros, en los museos, en las bibliotecas. Y siempre contento.

Allá, sin embargo, no llegamos a conocernos bien. Fue aquí, en su postergamiento. Él comprendía perfectamente mi dolor de español en esta hora y yo el suyo de mexicano. Lo comprendía más íntima y calladamente, sin comentarios. Por fortuna, él y yo teníamos dentro recursos contra el abatimiento, proyectos y cosas con que ilusionar la existencia.

¹¹⁹ «El amigo Genaro», *El Nacional*, México, 7 de noviembre de 1937; recogido por primera vez en Genaro Estrada, *Obras. Poesía / Narrativa / Crítica*, edición de Luis Mario Schneider, México, Fondo de Cultura Económica, 1983 (col. Letras Mexicanas), págs. 61-64.

¹²⁰ Moreno Villa se refiere al grafumo *Mujeres y cabeza de toro en la playa*, de 1932, que fue mostrado en la *Exposición Moreno Villa*, celebrada entre octubre y noviembre de ese mismo año en las salas del Museo de Arte Moderno de Madrid.

El Estrada que conocía en España era un hombre carirredondo, cuyos ojos un tanto oblicuos se medio perdían en la adiposidad; robusto de abdomen y apretado de cuello.

El Estrada que me encontré en México era otro. Encorvado, indeciso al andar y desinflado de cuerpo. Al afinársele los rasgos faciales cobró más dimensiones su cráneo. Viéndole de espaldas daba la impresión de un anciano caduco.

Este nuevo aspecto me produjo cierta angustia. ¿Cómo se había derrumbado aquel hombre tan vigoroso? Pude observar que los antiguos amigos se sorprendían al verle y, sin cautela ni discreción alguna, le mostraban su alarma.

A los quince días de mi llegada a México —a donde vine por mediación suya con mi Gobierno—¹²¹ tuvo que retirarse a Cuernavaca, cuya menor altitud debería favorecerle.

Las veces que le visité allá lo encontré debatiéndose con la soledad, aplicado a los libros, de los cuales hacía notas y comentarios para *Hoy*. A veces bajaba, desde el hotelito alquilado, al pueblo, para ponerse inyecciones, arreglarse en la barbería o echar el correo.

Mis visitas lo animaban, según decía doña Consuelo, su mujer, y según yo mismo notaba. Y no porque fuese con él más hablador

¹²¹ En cuanto Genaro Estrada tuvo noticias de la llegada de Moreno Villa a Washington, se puso en contacto con él para convencerle de que se trasladase a México. Las razones, además de amistosas, eran de otra índole más personal y cercana, fiel reflejo de su personalidad. En la primera carta que Estrada escribió a Moreno Villa, fechada en México D. F., el día 26 de marzo de 1937, le decía: «Me han llegado noticias de que se halla usted en Washington, comisionado en la embajada española. Y allá le dirijo esta carta, con la esperanza de hallarle. Ya está muy cerca (esto con la relatividad de las distancias de América), muy cerca de México y ya es tiempo, amigo mío, de que venga usted. Aquí encontrará usted la España en paz. Lo supongo movilizado allí como podría estar en Budapest. Aquí es otra cosa: ambiente, comprensión, simpatía para el momento en que vive España. Estoy seguro de que aquí sería más provechosa para la causa española la estancia de usted: conferencias, ambiente, simpatía, calor fraternal, entendimiento inmediato. Sería suficiente la conversación. Con que ¡sus! a nosotros. Convenza usted a quien corresponda; hable con de los Ríos y a México. Hallará su rincón de la calle del Pinar, su chopo aquél y su medio habitual. En Washington hacen falta ahora otra clase de comisionados: expertos en armas, finanzas, géneros alimenticios, etc.», Correspondencia José Moreno Villa, Archivo José Moreno Villa (JMV/1/26/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

ni divertido que de ordinario, sino porque le evocaba España y los días felices pasados allá. Sentados en la galería de aquella casa vecina del Hotel de la Selva, hablábamos y callábamos como si lo más gustoso de cada evocación fuese el lento rumiar de lo sugerido. Yo le decía, por ejemplo: «Aquel trozo de pared blanca en el horizonte, junto a la araucaria negra, me recuerda un paisaje familiar de Málaga, una finca de mis bisabuelos en un pueblo llamado Churriana».

Con estos datos, su imaginación formaba todo un teatro y una vida. Y cuando su pequeña Paloma se le subía a las piernas pidiéndole un cuento, no era raro que comenzase de este modo:

—Una vez, hace muchos años, vivía en un pueblecito de España conocido por Churriana un niño que se llamaba Pepe, Pepe Moreno...

Al iniciar con estas palabras el cuento, levantaba la cara sonriente y nos miraba, a la niña y a mí. Pero la niña no llegó nunca a gustar de este relato. Comprendía que no era serio y protestaba:

—Ése no. ¡Otro!

Cuando, después de los dos meses pasados en Cuernavaca, volvió a la capital de la República sin haber conseguido reducir la presión arterial, que era terrible, ya no salió de casa, sino para lo más perentorio. Y, dentro de ella, apenas sí se levantaba del sillón. Los médicos le habían impuesto absoluto reposo.

A poco le sobrevino una ceguera que el oculista —no sé si por no alarmarle— le dijo que dimanaba de la albúmina. Yo supe por los médicos que era otro síntoma de la presión arterial.

Este fenómeno fue lo más duro para él. Sin andar, ni visitar librerías, ni leer, ni escribir, se vio reducido a la mera actividad mental y a la conversación.

Nuestras charlas se prolongaban a veces. Genaro y Consuelo acabaron por rogarme que compartiera la cena o «merienda» con ellos. Y hubo noches en que fui yo sólo quien cenó en aquella casa, porque él tomaba un simple atole y su señora llegó a no poder soportar comida alguna viendo el estado de su marido.

—Esto no puede ser —decía yo—. Es una vergüenza que componga una cena sólo para mí.

Y él, hundido en su sillón, inclinado hacia delante para disminuir la disnea, levantaba la cara y sonriente decía:

—No haga caso. ¿No estamos aquí más a gusto que en Prendes? Aquí tiene usted el libro que citamos al charlar, y la estampa vieja de México que usted quiere ver.

Su mente no se nubló en todo el tiempo. Su memoria tampoco, ni su buen humor. Estoy seguro de que no se daba cuenta de su gravedad. Sólo en los últimos días le oí un par de frases relacionadas con la muerte.

Algunas de aquellas tardes llegaban amigos, cada uno con su aportación de amistad, su problema erudito o su producción intelectual. Con calma y viveza al mismo tiempo atendía a todos los requerimientos. Con exactitud imponía algunas correcciones al trabajo que le leían. Y con jugosidad intercalaba una anécdota o un trozo de vida de los muchos que retenía su prodigiosa memoria.

Escrupuloso y veraz para lo histórico, exigente para lo moderno, compenetrado con el arte antiguo y del día, su espíritu crítico discernía perfectamente los valores en los campos de la erudición, la investigación y la creación. Y, además, estuvo lleno de proyectos hasta su última hora. Uno de los que más le animaban era el de atraer a México los valores intelectuales que ahora en España no podían producir con holgura. Con ello hacía un doble bien a los españoles y a México.

El día 28 de septiembre, a las nueve de la mañana, me llamó doña Consuelo por teléfono. Me dijo que Genaro había sufrido una caída por parálisis a las siete y media.

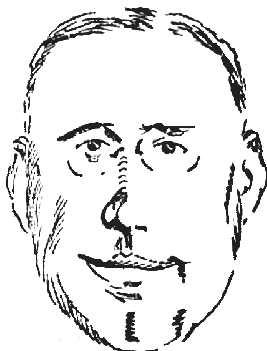
Cuando llegué a su casa le encontré balbuciente, emitiendo palabras sueltas. Todavía en aquel estado tuvo algún rasgo de humor y todavía pensaba en España.

Con su muerte he perdido yo un rincón hispánico, pero los liberales españoles han perdido un amigo desinteresado, íntegro y leal hasta el fondo.

RECUERDO DE FEDERICO GARCÍA LORCA,
ANTONIO MACHADO Y MIGUEL HERNÁNDEZ¹²²



¹²² «Recuerdo de Federico García Lorca, Antonio Machado y Miguel Hernández», dibujo reproducido en *Litoral*, 3.^a época, núm. 1, México, julio de 1944.



EL NOMBRE HECHO HOMBRE¹²³

Al evocar a un muerto se toca un timbre mágico. Este timbre es el nombre. Y, en consecuencia, el hombre. Se dice Canedo y salta inmediatamente su tónica personal.

Nombradlo. Parece cosa de magia. Podéis ensayar antes con otros para apreciar las enormes diferencias tónicas que nos separan a unos de otros. Decid Costa, decid Unamuno, decid García Lorca, decid Castelar y veréis cómo se os presentan rápidamente, de manera escueta y breve, con sus notas últimas y definitivas. Se diría que unos son luz y otros sombra, unos línea y otros masa, unos cueva y otros cántico.

Costa es un gemido tormentoso del mar entre las rocas; Unamuno, el búho espantado de la muerte; Castelar, el vibrante gallardete suelto en lo alto del mástil; García Lorca, el agua cantarina que sube del Generalife al cielo.

Cada nombre de hombre, cada nombre hecho hombre, es un maravilloso resumen vital, que nos dice la altura, la hondura, el aire, el color, la ductilidad, la agudeza, la alegría o, dicho brevemente, la tónica y el temple del individuo, esto es, del indivisible.

Las estelas o losas sepulcrales de los tiempos clásicos solían apuntar las virtudes características del acogido bajo su amparo. Es decir, daban a la posteridad ese resumen que se nos presenta de golpe a los que estuvimos familiarizados con el que bajó a la tierra. En tiempos clásicos, el encargado de redactar el epitafio de Díez-Canedo tendría que decir: «Fue jovial, animoso, erudito y poeta, jugó limpio, vivió en impecable lealtad y ponderación, no dejó un solo enemigo».

¹²³ «El nombre hecho hombre», *Litoral*, 3.^a época (número especial), México, agosto de 1944.

Durante los primeros terribles meses de la revolución española del 36, unos sujetos, insujetos, se presentaron a registrar la casa de J. B. [José Bello], muchacho «alacre» y ajeno a las contiendas políticas. Entre sus papeles encontraron los visitantes uno que parecía de pergamino, cuidadosamente enrollado y atado con una cinta de seda. Lo abrieron, y, apenas iniciada la lectura, exclamaron: «Y esto... ¿qué es? Un cuadro de una Orden... y tú en ella. ¡Echa pa'lante! ¡Vámonos!».

Este muchacho —que ya no lo era tanto, pues tendría sus 35— se explicoteó como pudo, medio riendo, medio protestando: «Pero, hombre... qué disparate... Si ésta no es una Orden nobiliaria... No está en el Gotha ni en ninguna guía oficial de la nobleza... Es cosa o invención de literatos amigos de Toledo. Pueden ustedes preguntar por teléfono a la Alianza de Intelectuales. En ella figuran García Lorca y Alberti. Además, este papel que parece de pergamino es de envolver pitillos, y lo decoré yo».

Los insujetos, como hombres ajenos a las letras y mucho más a la ironía de crear órdenes, dudaron, desconfiaron un buen rato, pero, al fin se fueron sin llevarse por delante al «caballero» de la Orden de Toledo.

¿A qué respondía esta Orden, quién la creó y cuándo, quiénes la integran? Todos los problemas históricos pudieran aclararse como éste si estuvieran en vida los actantes. Yo mismo, sin saberlo,

¹²⁴ «La Orden de Toledo», *El Nacional*, México, 12 de octubre de 1947; recogido por primera vez en «José Moreno Villa. Escritos sobre Luis Buñuel», cit., págs. 91-94. Creo que este artículo fue la primera noticia escrita que se tuvo sobre la Orden de Toledo. En un primer borrador, Moreno Villa incluyó otros recuerdos y anécdotas: «Todos estos miembros de la Nueva Orden habían visto a Gómez de la Serna salir en el circo, montarse en un elefante y leer sus ocurrencias emulando a los payasos. La osadía era el motor primordial en esta juventud halagada entonces incluso por los filósofos. [...] Yo he vivido en Toledo cosas increíbles —me dice Buñuel—, cosas que no sabíamos si eran alucinaciones o realidades. Y lo mismo mis acompañantes. Usted —dirigiéndose a mí— como un poco más viejo que nosotros se iba a la cama cuando empezábamos las correrías y experiencias. Por eso le dí un título tan bajo en la Orden», manuscrito a tinta, [1947], Cuaderno V, [págs. 110-115], Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/5), Residencia de Estudiantes, Madrid.

figuro en ella, por determinación irrefragable del fundador y autocondestable Luis Buñuel. Éste me informa que después de muchas visitas a Toledo en plan romántico-bohemio-delirante, con amigos y amigas, se le ocurrió fundarla; él nombró caballeros a los que eran dignos de serlo y él fijó los grados de cada quién según los merecimientos, actuaciones y experiencias tenidas en la más fantástica población de España.

Esto ocurrió el año 1923, cuando la osadía juvenil de «los alacres» estaba culminando. Es pues, signo de alacridad, y por eso lo registro. Aunque yo era catorce o quince años más viejo que Buñuel, Dalí, García Lorca, Garfias y otros de los caballeros, la «alacridad» me envolvió en cierto modo, como puede verse en mis libros *Jacinta la pelirroja* y *Carambas*.

Un historiador escrupuloso añadiría que muchos de los componentes de esta Orden, siendo «alacres», se diferenciaban ya de Gómez de la Serna en la índole de su revolucionarismo. Podría decirse que eran más surrealistas que cubistas. Con lo cual apunto que la preocupación política, y hasta demagógica, asomaba en ellos. ¡Cosa grave desde hoy, vista desde 1947! Pero en realidad o en el fondo, el gran móvil era la osadía juvenil, que conquistó incluso a los filósofos. ¿Es que el *Homo ludens* de Huizinga no responde al valor que entonces se le concedió a la juventud, y consiguiéramos al juego?

Los caballeros de la Orden de Toledo no iban a la ciudad matriz en busca de los detalles que emboban a los turistas, sino de experiencias personales. En vez de alojarse en los hoteles señalados por las guías, se acomodaban en las posadas de la Santa Hermandad o de La Sangre, entre arrieros, burros y telarañas que seguían siendo los mismos que en tiempos de los Reyes Católicos o de Cervantes. Cenaban y bebían sin continencia y se lanzaban luego al laberinto de las callejuelas que, desde luego, estaban menos alumbradas que ellos. Hacían mofa de los monumentos consagrados, pero besaban las piedras por las que habían pisado generaciones y razas y mucha gente como ellos, los Grecos, Lope de Vegas, Cervantes, Herreras, Quevedos, Calderones, alucinados e inquietos. Buscaban sitios de miedo; caminaban esperando sorpresas.



Reunión de la Orden de Toledo. De izquierda a derecha, Salvador Dalí, María Luisa González, Luis Buñuel, José Moreno Villa (sentado), Juan Vicens y José María Hinojosa, Toledo, 1924.

En una noche de nieve, a las tres de la madrugada, arribando a una de las plazuelas típicas Buñuel y Eduardo Ugarte vivieron esta especie de alucinación: oyeron voces de niños cantando la tabla de multiplicar. De vez en cuando cesaban aquellas voces infantiles y se oían risitas y la voz del maestro. Mis amigos se quedaron pasmados. ¿Cómo era posible aquello en tal hora? Buñuel se trepó a la ventana de donde salían las voces al parecer. Y no vio más que oscuridad y silencio.

Otra noche, estando con las hermanas Ernestina y María Luisa [González] el mismo condestable, esperando que las monjas de un convento entonaran sus cánticos a las dos de la madrugada, vieron rondar dos figuras. Ellos estaban sentados en un poyo de rincón, fumando, hablando bajo y disparándose besos. A la segunda o tercera vuelta, los rondadores se fueron aproximando cautelosamente, Buñuel se levantó y empuñó la pistola que llevaba.

—¿Qué quieren ustedes?

—Somos policías.

—A ver, las placas.

—Como éstas —enseñándolas—. Y, ahora, venga esa pistola.

—Tengo licencia. Véanla.

—Está bien, pero vámonos a la comisaría.

Ya en ésta, preguntó el comisario a los guardias qué traían; contestaron:

—Pues... aquí éstas... se besaban con este joven y estaban fumando...

—Hay muchas señoritas hoy que fuman y se besan —contestó bonachón el comisario.

El condestable y sus amigas pudieron seguir sus románticas peregrinaciones.

En otra de ellas trabaron conocimiento con un ciego que les llevó a su casa, si aquello podía llevar tal nombre. Sentadas en unas esteras rotas había cuatro personas ciegas, hombres y mujeres, todos familiares. Una familia de ciegos. Allí no existían mesas, sillas, lámparas ni camas. Únicamente las esteras, unas mantas mugrosas y... ¡maravilla!..., una colección de cuadros siniestros, que representaban cementerios: pero no pintados ni dibujados con

lápices, sino con pelos. Cipreses de pelo, nichos de pelo, tumbas de pelo. De pelos rubios, de pelos negros y castaños.

Los caballeros de la Orden de Toledo nos regalarán algún día una publicación, un libro, con sus mejores experiencias.

Quiero terminar citando los nombres de caballeros desaparecidos o muertos, y de los degradados: Federico García Lorca (muerto), Antonio G. Solalinde (muerto), José María Hinojosa (degradado y muerto), Avida-Dolars, o sea, Dalí (degradado), Pierre Unik, francés (muerto), René Crevel, francés (muerto).

El destino le marcaba su sitio detrás de un mostrador de una sombrerería. La de su padre; pero él desvelaba por otras cosas: por los poemas y por los ensayos intelectuales.

La sombrerería estaba en la calle de La Compañía, en Málaga, y en su segunda mitad, que es la más frecuentada por campesinos, chulos de barrio y traficantes rústicos.

Pedro —que así se llamaba— veía desde el fondo de la tienda, como desde el interior de una cámara fotográfica, el trajín de la calle.

La puerta resultaba una lente de objetivo enfocado sobre la multitud en movimiento.

En las callecitas como aquella, de tipo en moruno, las personas y las bestias se rozan, se tropiezan, se van deslizando entre voces, relinchos y disputas sin darle importancia a la promiscuidad de la vida.

Pasaban burros y mulas cargados de melones o de paja; mujeres con cestas de hortalizas, gitanos con grandes tijeras en las fajas, mozos cargadores, estudiantillos holgazanes y propensos a apandar con algo ajeno, curas y soldados, mujeres de la vida sin trabas, mendigos, recuas que dejaban un rastro de suciedad humeante, mozos de aire torero que tañían un organillo de ruedas y viejos que arrastraban una carretilla.

Pedro estaba cansado de aquel escenario. Se consideraba sumido en una mazmorra, y que su padre era el carcelero. Hablaba con éste como con un individuo adverso que le vigilaba y pedía lo que estaba contra su íntima voluntad; agarraba la cinta métrica como si fuera la soga de un ahorcado, y, con mucha parsimonia se acercaba al rústico en turno. Éste se descubría y humillaba la cabeza pelona,

¹²⁵ Publicado con el título «Tipos curiosos. Ni sombrerero ni poeta», *El Nacional*, México, 30 de noviembre de 1947. Pedro Vances, amigo de la juventud de Moreno Villa, de los hermanos Gustavo y Alberto Jiménez Fraud, y de Ricardo de Orueta, fue uno de los integrantes de la llamada «peña malagueña». Participó en la colecta para llevar a Unamuno a Málaga con el fin de que pronunciara una serie de conferencias en 1906; y colaboró y escribió en la revista *Gibralfaro* (1909), creada por ellos; también tradujo, con asiduidad, libros del francés para la editorial Granada que Alberto Jiménez fundó en Madrid.

Almacén y fábrica de Sombreros de PEDRO VANCES

MARQUÉS DE LA PANIEGA, (antes Compañía), 21

Amplio surtido en todos los artículos del ramo.
==Gorras de todas clases.==Sombreros de copa, de sacerdote, bombines, flojos; Sombreros ingleses ó italianos, marca Borsalino.

Anuncio publicitario publicado en *Gibralfaro*, 1909.

calva o mazorral, pero siempre sudorosa. Pedro alargaba los brazos y ceñía la cinta, que a veces quería quedarse pegada al cráneo, por esa afición que el hule siente por la grasa. Entonces Pedro daba un jalón que conmovía al cliente, siempre sumiso y temeroso. Con tales tirones creía el joven sombrerero vengarse de su oficio, de su padre y de la humanidad que le había tocado [en] suerte.

Yo caía en la tienda cuando no me llamaba otro lugar, y me encontraba a Pedro midiendo cabezotas o hundido en una silla detrás del mostrador. Algunas veces conseguía sacarlo de la cárcel, con permiso del carcelero y llevármelo a tomar el aire del puerto, en la cumbre de Gibralfaro, o en otros de los cerros que avanzan sobre el mar. Allí nos confiábamos nuestras lecturas, ensayos, versos y preocupaciones de todo orden. Pedro fue quien me facilitó los primeros libros de Manuel Machado que yo leí en mi vida. Recuerdo cómo recitaba el poema titulado «El jardín gris», aquél que dice: «Jardín sin jardinero, / viejo jardín, / viejo jardín sin alma, / jardín muerto. / En el estanque, el agua / yace podrida. ¡Ni

una onda! El pájaro / no se posa en tus ramas»¹²⁶. Etc. El ritmo y el espíritu de este poema dura largos años en mí; tal vez se pueden rastrear en mis primeros versos.

Pedro, aunque leyó mucho a este poeta y a Juan Ramón, no producía versos melancólicos precisamente. Había en él fondo amargado y sarcástico que tal vez provenía de su encierro en la sombrerería y de la incompatibilidad con su padre. Todo su ser mostraba inclinación a la extravagancia y a la salida genial. Como recuerdo aún la siguiente poesía suya, diré su nombre completo; se llamaba Pedro Vances. Y ésta es la poesía: «EGO SUM». «Un salvaje; / un salvaje que viste a la europea. / Yo tengo sólo de europeo el traje / y alguna que otra idea. / Si alguna vez me encuentro con coraje, / —para ese día tu perdón recabo— / tiro el traje, me pongo un taparrabo / y dejo las ideas en el traje».

No hay que confundir a este Vances con el profesor Bances Candamo; el andaluz escribía su nombre con V, y el asturiano con B.

Pedro consiguió con el tiempo evadirse de la sombrerería y de Málaga. Se fue a Madrid y vivió en plan bohemio. Allí nos veíamos poco y nunca me quiso enseñar versos ni prosas originales. Era muy recatado. No sé si escribía y guardaba sus escritos en un cajón.

Una de las veces que me encontré con él me dijo que le habían operado el estómago, y que sufrió la operación sin anestesia. Yo no le creí. Le gustaba alardear de sufrido y resistente. La vez postre-
ra que nos vimos fue con motivo del entierro de un gato; un gato muy querido de una gringa amiga suya.

¹²⁶ «El jardín gris», perteneciente a *Alma*, dice así: «¡Jardín sin jardinero! / ¡Viejo jardín, / viejo jardín sin alma, / jardín muerto! Tus árboles / no agita el viento. En el estanque, el agua / yace podrida. ¡Ni una onda! El pájaro / no se posa en tus ramas. / La verdinegra sombra / de tus hiedras contrasta / con la triste blancura / de tus veredas áridas... // ¡Jardín, jardín! ¿Qué tienes? / ¡Tu soledad es tanta, / que no deja poesía a tu tristeza! / ¡Llegando a ti, se muere la mirada! / Cementerio sin tumbas... / Ni una voz, ni recuerdos, ni esperanza. / ¡Jardín sin jardinero! / ¡Viejo jardín, / viejo jardín sin alma!».

No es sólo del llamado Viejo Mundo, por venir de allá, sino del mundo antiguo por venir de un historiador y estar llena de informes referentes a los esfuerzos llevados a cabo en los últimos años para arrancar secretos al Tiempo.

Mi corresponsal se llama Francisco J. Sánchez Cantón, subdirector del Museo del Prado (Madrid) veinticinco años, aunque a todos nos consta que ha ejercido de director verdadero durante todo ese tiempo. Es la primera carta que me envía desde 1938, y por lo mismo larga con sabrosa información. Transcribiré primero lo que me dice del campeón en cuestiones históricas don Manuel Gómez-Moreno, maestro mío entre los años 1911 y 1916.

«Está muy bien, pese a sus setenta y ocho años. Trabaja mucho y con el desorden habitual, picando en los más distantes temas. Ha publicado un libro impresionante con el resultado de la exploración de los sepulcros reales en Las Huelgas de Burgos —cosa que a mí me pareció profanación y contra la que protesté— pero que, debo confesar, dio por resultado el hallazgo de maravillas en telas árabes, etc., etc., en especial, la tumba que encierra la momia bien conservada del infante de la Cerda, es deslumbrante. Ahora tiene entre manos una edición de sus trabajos dispersos, pero temo que no salga nunca, pues se ha metido a completarlos y rehacerlos; un texto nuevo y superior de la historia de la guerra de los moriscos, de don Diego Hurtado de Mendoza, ya avanzada su impresión; el estudio de las tumbas de los reyes viejos en la catedral de Toledo, que se abrieron en el pasado verano, con notables hallazgos en la de Sancho IV, y, además, sus incesantes estudios sobre alfabetos ibéricos, etc.».

Ya este primer párrafo importante me removió intimidad de cosas dormidas, conocimientos y recuerdos, todo ese mundo antiguo donde habitualmente vive el historiador y que para muchos resulta como cueva de topo. En Las Huelgas estuve con Gómez-Moreno cuando era su discípulo y tenían para mí las mujeres recoletas en los conventos un velo de misterio sobre el velo real de sus hábitos. El aislamiento de las recluidas en aquel convento cisterciense me

¹²⁷ «Carta del mundo antiguo», *El Nacional*, México, 25 de enero de 1948.

fue revelado indirecta e involuntariamente por una de ellas al preguntarme por Américo Castro, que había visitado el convento cuatro años antes. Me pareció que aquella mujer no había vuelto a hablar con ningún hombre hasta que llegamos nosotros. Y me pareció además que aquella mujer vivía desde los tiempos de Alfonso VIII, el de Las Navas. Con sigilo, con miedo a pisar fuerte, me acerqué a los toscos féretros de piedra que han sido abiertos ahora, con la misma curiosidad que la tumba de Tutankamon. Hay que recordar que el infante don Fernando de la Cerda murió a fines del siglo XIII, y que estamos en el XX. Son siete siglos los que llevaba en absoluto reposo este hijo primogénito de don Alfonso el Sabio, y, al cabo de ellos, se destapa su caja pétreo y se ve su momia «bien conservada». ¡Quién sabe si hasta con el mechón de pelos en el hombro que le valió el sobrenombre: infante de la Cerda! El libro de Gómez-Moreno se me apetece ahora como un viaje a Acapulco. Las aguas del Tiempo son también deliciosas.

Con este libro volveré a entrar en aquel panteón de reyes medievales y comprobaré que los cuerpos hispano-góticos se enterraban envueltos en las mejores telas árabes. Comprobación que me servirá para un futuro libro. ¡Cómo hace pensar el arabismo nuestro, ese elemento que va con nosotros por encima de las olas y puede ras trearse aquí mismo, en México! ¿No es verdad, Manuel Toussaint?

Con ese libro entraré en aquel primer Escorial de España, donde siguen sepultados, aunque ya sin misterio, don Alfonso el Emperador y su nieto, el de Las Navas, doña Berenguela y unos treinta reyes e infantes más.

Con ese libro volveré a saber de la abadesa de Las Huelgas, primera dama de la cristiandad, que ejercía derechos señoriales sobre sesenta y cuatro pueblos. ¿No es increíble? Un sueño. Entrar en ese sueño y salir de él es un buen ejercicio, porque nos revela lo andado, las diferencias que van de tiempo a tiempo. Incluso en España, país que ahora quisiera ser como era en aquellas edades. Ya no puede haber damas mitradas que tengan señorío sobre tantos pueblos. Ya no hay pueblos que se sometían a semejante señorío. Hasta parece que se acabaron los panteones reales.

La carta del mundo antiguo da para mucho más. Me induce, entre otras cosas, a que hable de los poetas atrapados por la Historia.

Prometí seguir comentando la carta de Sánchez Cantón. El párrafo que dedica a Menéndez Pidal dice: «Don Ramón Menéndez Pidal está magnífico; nadie diría que va a entrar en los ochenta. Ya sabrá que le han vuelto a elegir director de la Española, de la que estaba apartado desde la guerra —aunque nunca dejó de asistir a la de Historia—. En aquella Academia, desde hace más de un año, corren vientos de renovación casi inverosímiles; han elegido numerarios a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego, a José M. Cossío y funciona un laboratorio de lexicografía; supongo que don Ramón impulsará esta corriente».

Comentario: Conocía ya la reelección de Menéndez Pidal y bastantes glosas periodísticas adversas a su conducta. Conozco también una parte de su valiente y admirable prólogo a la magna *Historia de España* que dirige, por habérmelo leído Alfonso Reyes. Pero conozco además lo que le sucedió en Galicia con motivo del homenaje que le organizó el alcalde del pueblo donde vio la luz del día. Homenaje que fue suspendido por orden superior momentos antes de comenzar, teniendo el alcalde que empaquetar en el tren a don Ramón y devolverlo a Madrid. ¿Cómo se ata este acto de agravio con aquel otro de reintegrarlo a la dirección de la Academia de la Lengua? Es difícil juzgar los actos humanos y las razones que se tienen en cada caso para aguantar ciertas cosas; pero a muchos nos parece que don Ramón aguanta los zamarreos de unos y otros porque lo que más le importa en el mundo es su tarea historicista, vocacional y absoluta, aunque le valga las mayores censuras por lo que representa de egoísmo o frialdad ante los problemas humanos de trascendencia inmediata y futura. Por el valer auténtico de su obra y por la antigua amistad pienso muchas veces en su caso, y en el de otros antiguos amigos; trato también de explicarme su conducta, pero no llego más que a esto, primero, a equipararlo con los frailes, que para salvar su alma se retiran del mundo, de sus vanidades; segundo, a equipararlo con aquellos que han previsto la imposibilidad de arreglo político y que,

¹²⁸ «Poetas atrapados por la Academia», *El Nacional*, México, 1 de febrero de 1948.

considerando imposible seguir en espera para continuar su destino vital, cierran los ojos al conflicto inmediato y se sumergen en su tarea, seguros de que ella ha de reportar más beneficio a la cultura humana que su adhesión moral a una causa en litigio. La quiebra de una y otra decisión está en que hoy no hay profesión ni vocación que pueda vivir libre; cualquiera determinación que adopte el hombre resulta con un marcado tinte político; el abstencionista no se salva de esta fatalidad, y cae irremisiblemente en el bando de los conservadores. Llamando así benévolamente a los que buscan la perpetuación de muchas lacras por miedo a otras lacras posibles.

Pero veo que no hablo del tema capital, o mejor dicho, que en este preámbulo se me agota la dimensión normal del artículo. ¿Qué pasa con los poetas atrapados por la Academia?

Pues pasa lo que con don Ramón, en primer término; y, en segundo, que me da risa. Dámaso Alonso, querido amigo y compañero, comienza su último libro de versos, titulado *Los hijos de la ira*, de este modo: «Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas). A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en que hace cuarenta y cinco que me pudro...». Etc. Este comienzo, que tiene de verso lo que tiene de peral un álamo negro, tiene su poesía o su profunda verdad, pero es de índole que ha rechazado siempre la Academia. Es una verdad desnuda, sin hoja de parra, y no sé cómo la pueden contemplar los prelados; a no ser que también éstos vayan cobrando aquellas libertades de visión que distinguía a los cardenales del Renacimiento y a los papas, que dejaban franquicia plástica a un Miguel Ángel.

Ya sé que los amigos Dámaso Alonso y Gerardo Diego han llevado dentro del pellejo, toda la vida, una sotana cada uno, pero... de todos modos... han escrito cosas, se han manifestado de tales modos, que parece incongruencia meterlos en ese casón valetudinario, carente sobre todo de igualdad espiritual y de calidad mental. No lo comprendo; ni por ellos ni por la Academia comprendo recepciones semejantes. Estoy en esto con don Manuel B. Cossío, que jamás quiso entrar en la de San Fernando, y con Juan Ramón, que jamás admite ser de la Real de la Lengua. Estoy todavía con Rubén Darío al decir: «De las epidemias, de horribles blasfemias, / de las Academias, / líbranos, Señor».

Lo principal de la carta de Sánchez Cantón queda comentado en mis dos artículos precedentes. Lo demás, aunque interesante para nosotros, no lo es tanto para el público. Habla de amigos comunes, de las adquisiciones para el Museo del Prado, de las mejoras en otros y de la generosidad sorprendente del señor Lázaro Galdiano al morir. «Murió hace dos meses Lázaro Galdiano, testando en tres renglones, dejando a España su inmensa fortuna y sus colecciones». Añadiendo más abajo: «He tardado en escribirle; no quisiera haberle fatigado con esta desmesurada memoria, pero por lo concreta y pormenorizada me parece que le hará revivir muchos recuerdos».

¡Ya lo creo! No lo sabe bien el amigo. Qué pocas cartas le llegan a uno tan removedoras. Tres semanas llevo viviendo de ella. Y hoy, cuando pienso archivarla, renunciando a más comentarios públicos, todavía se me agarra de algún modo.

Decía Unamuno —en carta a mí o a otro—, con aquella letra suya de miope, chica y apretada: «Yo pongo tanto interés en una carta como en un artículo». Jamás he olvidado esta frase maestra. Es toda una lección moral, social, religiosa casi.

No somos los españoles muy dados a la correspondencia epistolar, y sin meterme a sacar deducciones generales, confieso que ello me hace sospechar que nos importa poco el prójimo. Porque no escribir para los amigos es no dedicarles un rato, no tener el gusto de pensar en sus cosas ni en informarles de las nuestras. Y de una manera pormenorizada, como lo hace Sánchez Cantón en ésta que me dirige. Porque la carta lacónica, para salir del paso, se sale, en efecto, inmediatamente de nosotros; no nos deja nada para esa rumia intelectual que es lo sabroso. Intelectual o cordial.

Unamuno escribió en su vida millones de cartas. No sé si podrán recogerse algún día. No sé si habrá mercado en los pueblos hispánicos para esta manifestación de su espíritu. Llenarán varios volúmenes; tal vez más que las de Flaubert, otro escritor que las

¹²⁹ «Las cartas», *El Nacional*, México, 8 de febrero de 1948.

hacía volcándose, con ahínco y minuciosidad, como si escribiera un artículo.¹³⁰

«Oiga usted —me decía Unamuno con las cartas de dicho escritor en las manos—, este Flaubert era un hombre».

Me sorprendió la salida; nunca pensé que al vasco pudiera recrear el estilo del gran estilista galo. Y era que yo no conocía sus cartas; juzgaba por sus novelas. Luego, mucho más tarde, aquí en América, las he leído y he comprendido aquella exclamación de Unamuno, dicha con agrado, como cuando el hombre da con lo que le une a otro.

¡Cuántas veces nos ocurre estar junto al prójimo y pensar: Con este hombre no tengo lazo de unión, nada común; su timbre, su mundo espiritual es ajeno al mío! Y, un buen día, ¡zas!, brinca una chispa que nos une, una palabra que abate los obstáculos interpuestos.

Unamuno fraternizó con Flaubert por el género epistolar. En sus cartas descubrió al hombre. Y es posible que en aquella ocasión se lo dijese en carta a algunos de sus correspondientes. Porque don Miguel trasladaba a ellas todo lo que iba pensando y viviendo al minuto, como si las cartas fuesen su diario íntimo.

Sánchez Cantón no está en la línea de Unamuno; evita la aventura del pensamiento; se reduce a fijar hechos. Es lo que se llama un hombre objetivo. Pero siendo esta una condición fría, a fuerza de comunicar detalles puede levantar calor en quien lo lee. Calor producido por la frotación con los recuerdos.

¿Qué me importaba a mí el señor Lázaro Galdiano? Nada. Más bien me inspiraba antipatía por su petulancia. Quería convencernos de que era tan rico como Morgan y de que todas las piezas de sus colecciones eran auténticas. Como si fuésemos lelos. Como si ignorásemos que muchas pinturas de su casa estaban amañadas allí mismo.

Sin embargo, al conocer su voluntad postrera, parece que se me acerca y se despoja de todo lo que le hacía antipático. El rasgo final y la desaparición de su persona viva nos lo deja limpio, como recién salido del Jordán.

Cuando los hombres como Cantón limpien de faramalla y morralla las colecciones del ricacho muerto, harán de «Parque Florido» —como se llamaba su residencia— un lindo museo madrileño.

¹³⁰ Por anotaciones manuscritas de Moreno Villa, se sabe que en el mes de junio de

¿Cómo no decir algo sobre ambas cosas? La amistad que nos profesamos puede hacer creer a la gente que ha de velar mis juicios. Es lógico y humano que los amigos se traten bien. Pero ni yo soy censor profesional ni León Felipe necesita ya que lo empuje nadie hacia lo alto. Ha subido a lo más alto de la escalera poética y —no tiene remedio, como se dice en México— está sentado entre los escogidos, allá en el Olimpo, aunque corporalmente se halle de momento en Buenos Aires.

Allí lo tenemos bregando con muchas cosas, incluso con el furibundo calor del estío. Está entregado al lanzamiento de dos libros más, cuyos contenidos ignoro. Posiblemente encierran todo lo que ha ido leyendo y perorando por las repúblicas del Centro y del Sur de América en una peregrinación que ya dura más de año y medio.

Este hombre andariego, conocedor de sus facultades, se dijo un día: «Si soy un juglar, ¿por qué no he de ganar el sustento por esos mundos recitando y removiendo a los adormecidos?». Pregunta que coincidió con esta frase torera de su sobrino Carlos Arruza: «¿Por qué no vas a la Argentina? Tienes allí más cartel que yo. Cuenta conmigo para salir de viaje».

Y lo comenzó. No importa señalar los puntos del mapa donde fue posando, lo que importa es decir que cada vez que bajó del avión levantó una polvareda de aquellas que levantaban las diligencias por los antiguos caminos reales. Porque la voz de este poeta y amigo es de las que levantan torbellinos.

La Historia y la Poesía las hace el Viento.

Así dice en las líneas preliminares del libro recién llegado que se titula *Antología rota*. Libro que lo compendia. Es toda su voz de trueno, de viento huracanado, prolongación de la de los profetas bíblicos. Él mismo dice:

1947 había empezado a leer los tomos de la correspondencia de Flaubert. Cuaderno II, junio de 1947, [págs. 189-190], Archivo José Moreno Villa (JMV78/cu-1/2), Residencia de Estudiantes, Madrid.

¹³¹ «Un retrato y un libro de León Felipe», *El Nacional*, México, 29 de febrero de 1948.

Yo no soy nadie:

Un hombre con un grito de estopa en la garganta...

Pero a veces oigo un viento de tormenta que me grita:

«Levántate, ve a Nínive, ciudad grande, y pregona contra ella».

El Viento y el Grito son el alma y el arma de este León castellano que radica en México porque hay selvas tropicales y furibundas tolveneras. Es curioso que a su sobrino le apode la torería «El Ciclón». Ya sé que el Viento es símbolo del espíritu, pero nada se opone a que un torero con alma ciclónica lleve un mote tan ventolero. De familia le viene. Lo lleva en la sangre. «Sangre de Hispania fecunda», que cantó Darío en su «Salutación del optimista». Y si esta sangre de los Camino —primer apellido de León Felipe— hierve de por sí, ¿cómo no iba a levantarse con el Viento y rugir con él ante la tragedia fraterna de los españoles? Porque es en este acto de sangre donde acaba de adquirir León su vozarrón bíblico. Vozarrón que si se le compara a veces con el de Whitman, lo mismo puede oírse también en Unamuno.

Pero la angustia, el fervor y lo que le hace gritar a León como un poseído es algo más que la tragedia hispana; es la pulverización del mundo todo y el destino de este ser milagroso y misterioso que se llama hombre. Milagroso y misterioso por lo que tiene de aparición fugaz en la tierra, sin saberse para qué ni para dónde. Por esto, cuando levanta León su voz tronante, habla y grita en nombre del hombre, no en el suyo particular. Y, allá en el Olimpo, desde su asiento entre Unamuno y Whitman, contempla con sonrisa piadosa a los poetas que hablan de sus angustias particulares. Incluso a este amigo. Y lo digo sin resentimiento; porque sé que cada uno viene con su voz a la tierra, y que ese Viento, llamado también espíritu, con sólo cambiar de velocidades puede ser huracán o brisa sin perder su esencia divina. Dios sabe perfectamente que unas cosas se producen por la brisa, otras por el soplo, otras por el vientecillo, otras por el aire, otras por el torbellino, el tornado y el huracán. Si contamos con el Viento, la intensidad es secundaria. Aunque, en determinados momentos, como éste de hoy, la intensidad máxima sea la requerida para que se llegue a oír en la vorágine del mundo.

Hay que ser Jonás, sí, poeta, y ser actor, buen recitador, para que las terribles o proféticas oraciones del caminante lleguen a todos, a los preparados y a los divagados o medio lelos.



En una de las posadas del camino se tropezó el rapsoda con el escultor amigo, llamado Victorio Macho. Fue en Lima. Victorio es otro de nosotros, es decir, de los arrancados del árbol por ese Viento que hace lo mismo la Historia que la Poesía. Y al verle otra vez la cara al poeta, le dijo: «Siéntate, caminante. Unas horas, no más. Por tus gritos y tus barbas mereces un busto romano. Eres un rapsoda homérico».

Y León Felipe, que ya tiene más retratos que Jesús, por ver cómo lo interpretaba este hombre de manos privilegiadas, posó otra vez.

El retrato es magnífico: fuerte y exacto de parecido. La foto se la he tenido que arrancar materialmente a la esposa del poeta, a mi amiga Berta [Gamboa], enemiga de todo lo que pueda parecer propaganda. Creo que la convencí diciéndole: «No se trata de eso; no quiero otra cosa que presentar este retrato de hoy con otro de León en compañía de Unamuno cuando él era un cachorro todavía. Sin barbas».

El azar es el régulo del periodista. Ordena, manda, impone despóticamente. A veces nos agrada su mandato porque viene como una oferta. Hoy, por ejemplo, me alarga el cartero un sobre certificado procedente de España. (¿Qué pasa allá para que comiencen a acordarse de nosotros?)

El sobre contenía un librito de versos, firmado por Alejandro Gaos. ¿No será este Gaos el que me escribió hace dos o tres meses? No; aquél era Vicente. Luego es otro, ¿y también poeta?

Pues, Señor..., es el cuarto Gaos que conozco; y todos hombres de espíritu. Esto no se da frecuentemente en las familias; los hermanos Gaos constituyen un caso; hay que pensar en él y decírsele a los que se interesen por estas cosas.

A José Gaos, el filósofo que tanta labor ha hecho y sigue haciendo en México, le conozco, le aprecio y respeto desde hace doce años. Hasta he colaborado en un libro suyo, *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, con una viñeta.¹³³ Es un hombre que parece despedir vitalidad. Si ríe, ríe con fuerza; y si se concentra unos minutos, para contestar, se aprieta por dentro con fuerza también. Sus palabras son firmes y seguras. Camina con prisa, tajando el aire con el pecho y la cabeza erguida. Viste con pulcritud, no fuma, y es limpio. Lo que más me impresionó en él desde el principio fue que tomaba notas en las conferencias, como el más humilde escolar; especialmente en las de los poetas.

A Carlos Gaos, el ingeniero que vive y trabaja en Veracruz, le conocí más tarde, y le estimo también como espíritu noble y agudo. Es sumamente nervioso. Habla con precipitación y como escuchando las palabras a un lado y otro. Es efusivo; enjuicia con calor y acierto. Se apasiona por los productos literarios e intelectuales. Sabe latín y griego, ha leído mucho y debería escribir, porque guarda muchas cosas originales. Se me olvidaba que tañe el piano, lo cual era preciso tener en cuenta al pensar en los cuatro hermanos. No podía faltar la música en este cuarteto espiritual.

¹³² «Los hermanos Gaos», *El Nacional*, México, 7 de marzo de 1948.

¹³³ José Gaos, *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, México, Universidad de Nuevo León/Fondo de Cultura Económica, 1945.

A Vicente y Alejandro no los conozco; son menores y quedaron en España. Del primero recibí una carta en diciembre de 1947.¹³⁴ Aunque parezca exagerado, por una carta, y hasta por un párrafo epistolar, se puede vislumbrar lo que es un hombre. A este Vicente lo veo conciso, claro, metódico en la expresión, y lleno de impulso, como a los Gaos anteriores.

Al segundo, al del libro que da motivo a estas líneas, no puedo juzgarlo sino por el libro mismo. Y aquí viene lo que saco de la primera lectura.

El libro se llama *Vientos de la angustia*¹³⁵, título poco afortunado aunque responda a una verdad. El libro derrama angustia, en efecto, pero no por eso mismo huelga en el título, y más aún acompañada de la palabra Vientos. Pero aquí dejo los reparos estéticos. No he tomado nota de ellos. En cambio apunté algunas que me dibujaban el carácter del hombre-poeta. Helas aquí:

«...Su amor en *agonía*, sus *ímpetus* desnudos».

«...¿te acuerdas de este amigo / que *sufre* todavía / en las *iras* del mundo cerrado a la ternura?».

«*Violencia* del amor»; «*tremendas* primaveras se agolpan en las manos». «*Sube* un temblor de vida desde el último hueso».

«Por fin las almas *huyen* para *volver veloces*».

«...que al fin *volaron* juntos / robándose la *prisa* / por un callado cielo».

«Junto a hombres con *furia* boreal de elegidos / capaces de *moverse* por todas las tinieblas, / *atravesando* cielos de *agonías* dulcísimas».

«En medio de otras almas poderosas y *ardientes*.» ... «señaladas con *ímpetu* por las *iras* y el fuego».

¹³⁴ Vicente Gaos escribe a Moreno Villa desde Valencia, el 9 de diciembre de 1947, con motivo de estar preparando, con Dámaso Alonso, una *Antología de la poesía española contemporánea* para la editorial Losada de Buenos Aires. En la carta le pide varias cosas: una nota biográfica y otra bibliográfica, y el envío de sus libros de poesía publicados posteriores a 1936, al no poder conseguirlos en España, y aprovecha para indicarle la selección de poemas que ha hecho, al tiempo que le escribe: «Usted me dirá si esta selección es de su gusto, o si tiene alguna observación que hacerme, y que yo acogeré gustoso». Por último le pide —«si los tiene»— el envío de «un par de poemas inéditos», Correspondencia José Moreno Villa, Archivo José Moreno Villa (JMV/1/32/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

¹³⁵ Alejandro Gaos, *Vientos de la angustia*, Valencia, Tipografía Moderna, 1947.

«Me quemas *vivamente*, te yergues con mi *furia*».
«Mensajeros del *ímpetu* / descolgados del alma...».

En estos ejemplos he subrayado las palabras que denotan dinamismo y violencia. A cada paso surge el ímpetu. La agonía de este poeta no es melancólica, sino furiosa, llena de ira y rebeldía. En esto coincide con León Felipe. Pero tampoco me interesa de momento la coincidencia con otros poetas, sino con sus hermanos. Y veo que es grande, verdaderamente fraternal.

Para expresar plásticamente lo que veo en toda esta familia diré que el nombre Gaos, como el de Gasset, encierra gas, fuerza expansiva, ímpetu.

Desde México saludo al nuevo poeta con la alegría de reconocer en él ciertos enlaces con los espíritus más sensibles, pero además, porque le veo muy hermano de sus hermanos, a quienes estimo y quiero. Sé que me faltan otros Gaos por conocer, y que todos tienen fuerte personalidad. Posiblemente me prestarán libros de Vicente y podré seguir escribiendo del tema.

Le llamo así, con el adjetivo fervoroso, porque descubro de una vez lo que tiene de fervor y de hervor. Si su sangre es hirviente, su pensamiento es ferviente, colmado de ardor religioso.

Al escribir de los hermanos Gaos en general, terminé con la esperanza de que algún amigo me prestase los libros de Vicente. La esperanza se cumplió, y ya puedo decir que en este vástago de la gran familia —grande por lo numerosa y por lo acentuado de sus personalidades— se dan las características que en los ya conocidos por mí.

Su primer libro, que obtuvo el premio Adonais en 1943, se titula *Arcángel de mi noche*, y lleva como subtítulo «Sonetos apasionados». Título y subtítulo bastante elocuentes para quien sepa leer el lenguaje conciso de la poesía. Pues Arcángel nos habla de religión; Noche, de oscuridad angustiosa; Sonetos, de rigor formal; y Apasionados, de esa vehemencia, impulso y ardor cordial que descubrían en todos los hermanos.

Podría ir espigando en este libro las frases o palabras significativas como hice con el de Alejandro, pero creo que bastará con reproducir un soneto:

TE QUIERO Y TE LO DIGO

Toda la luz del cielo ya en la frente
y en el labio un carbón apasionado.
Mi pensamiento, así de iluminado,
mi lenguaje de amor, así de ardiente.

Así de ardiente, así de vehemente,
diamante en su pasión transfigurado.
Amarte a ti, universo deseado.
Mi luz te piensa apasionadamente.

Mi luz te piensa a ti, luz de mi vida,

¹³⁶ «El fervoroso Vicente Gaos», *El Nacional*, México, 14 de marzo de 1948.

pasión mía, luz mía, fuego mío,
llama mía inmortal, noche encendida,
cauce feliz de mi profundo río,

arrebata flecha, alba elegida,
mi dulce otoño, mi abrasado estío.

Dámaso Alonso, al escribir sobre la poesía de este nuevo poeta y de su amor por el soneto, dice: «Pasión de torrente, ímpetu de astro, duro latido de sangre humana, que han encontrado su cauce, su órbita, su árbol arterial, violentos y apasionados, y a la par, naturalmente, diáfanos y exactos, salen estos sonetos al mundo, primer fruto de una joven savia».

Conforme, conforme en todo, aunque eso de la «joven savia»... es algo ambiguo. Porque la savia joven que corre por las venas de este poeta es la misma de sus hermanos mayores y menores; y la savia religiosa que corre por su espíritu es ya multiseccular. Sin duda se refiere a la savia poética, pero, aun así; no la creo tan nueva, ni tan única. Mañana se verá que es la savia de todo un grupo de poetas enclaustrados en el cenobio español de esta época triste. No me queda más que aceptar lo de savia joven como fuerza motriz poderosa. Y en esto sí, estoy conforme. Vicente Gaos irrumpe en el escenario poético con estro y con armas.

Dámaso, al pensar en Vicente, se acuerda de dos poetas pensadores: el lusitano Antero de Quental y el vasco Miguel de Unamuno. Claro que para desvanecer enseguida toda comparación; únicamente para indicarnos que en él se da el pensamiento apasionado, como en aquellos dos grandes lumineros del Parnaso hispánico.

Se acuerda de estos dos maestros y, en cambio, se olvida de que en la propia familia hay pasión filosófica, hervor y fervor de pensamiento, vehemencia y constancia en la indagación, en la persecución de la verdad. Su apego al pensamiento le llega también en la sangre.

A mi ver, todos los elementos de su carácter y de su poesía se encuentran ya sueltos en la venturosa familia; pero si el crítico exige para sus comparaciones hechos poéticos anteriores, venas poéticas cargadas por igual de pensamiento y de pasión, que busque, que bus-

que, que pronto dará con otros ejemplos españoles; aunque quizás los deseche por un tanto heterodoxos. Y por un tanto despreocupados de la formalidad clásica. Más de nuestros días.

A mí, personalmente, me aburren los sonetistas; pero no por eso voy a salir gritando contra ellos. Está bien que suene el órgano si vamos a oír la guitarra después. Qué bien si, al apagarse las castañuelas, oímos en el silencio la fuente del jardín.

No me refiero a un empalme político. Se trataba de cosa muy distinta en dos conversaciones tenidas el mismo día. Una, con un yucateco; otra, con dos españoles.

El yucateco, hombre de cuarenta y tantos años, fuerte y sanguíneo, chaparro y braquicéfalo, me confió que había comprado un terreno en las proximidades de Mérida, se había fabricado una casita, y estaba decidido a retirarse de todo estruendo capitalino. Sin pregunta ni planteamiento de ningún problema le estuve escuchando. En el fondo, me complacía. Era que yo envidiaba la posibilidad de que disfrutaba aquel hombre joven y fuerte. No se me ocurrió pensar que el anhelo de retiro es lógico en un hombre de mi edad, pero no en un individuo colorado y robusto.

Un cuarto de hora después, abro la puerta de un despacho que no me obliga a ceremonias ni saludos, y me siento sumergido en el mismo tema del yucateco. Sólo que ahora lo trataban dos españoles y no tan jóvenes. Por sus caras pasaban fugaces expresiones contrarias de sarcasmo y de nostalgia, de desesperanza total y de ternura casi mojada en lágrimas.

—Yo ya tenía preparado mi retiro poco antes de estallar la tremenda tremolina —decía el mayor de los dos—. Tenía lista mi casa en un pueblo castellano de la provincia de Palencia, donde pasé mi infancia. Llevaba veinticinco años sin aparecer por allí. Al regresar, me encontré con que había crecido un árbol en medio del comedor. Sorpresas del abandono. Tuve que arreglar muchas cosas y poner instalaciones modernas de cierto confort, como para vivir de asiento. Aunque, ¡claro!, con escapadas a Madrid, de vez en cuando, para «no secarme».

No podría rehacer todo el diálogo que siguió, ni recuerdo la frase que me hizo ver de repente la clave de este sentimiento de apego al rincón solitario. El hecho es que les dije a los amigos:

—Lo que pasa es que, a la edad de uno, quisiera empalmar su existencia con aquella vida de la niñez que quedó interrumpida a

¹³⁷ «Empalme imposible», *El Nacional*, México, 20 de julio de 1948.

los quince o dieciocho años. A la edad en que brota el hombre dentro del niño. Entonces, todo aquello con que gozaba antes, se deja. Sobreviene un verdadero corte. Y, al llegar la vejez sentimos imperiosamente el deseo de reanudar lo interrumpido, de empalmar lo roto.

Este sentimiento lo llevamos escondido durante toda la vida los que somos de naturaleza contemplativa, más que activa; y aparece con timidez en todos los momentos de cansancio o de tropiezos con los obstáculos humanos. No creo que se dé en los tipos de acción, luchadores y ambiciosos. Si se da en éstos será por fatiga, no por nostalgia de lo perdido allá en la niñez. Lo cierto es que nosotros tres y el yucateco no fuimos creados para la lucha material, sino para un trabajo que se nutre de la contemplación, de la reflexión, de los acordes y relaciones espirituales. Un trabajo que, sin duda, puede llegar a ser gala y orgullo de la especie humana, pero que la especie humana no remunera como otros esfuerzos del hombre. El trabajo del hombre contemplativo suele mirarse con escama, con recelo; parece a los demás un ardid de holgazán. Y es que la mecánica del pensamiento no suena. Nadie puede oír si dentro del prójimo trabajan las ruedas que producen ideas. El trabajo de éstas es tan silencioso y lento como el de las raicillas o el de los mundos estelares. Nadie oye lo que se está tramando en el cielo ni en el seno de la tierra.

Ustedes, el yucateco y yo, lo que deseamos es empalmar nuestra vida de hoy con aquella vida rota al venir la pubertad. Pero tal empalme es utópico. A lo menos, íntegramente. Los lados del corte han sufrido desgarraduras y alteraciones que impiden la soldadura. En el cabo de acá, o sea, en el cabo donde empezó nuestra vida de hombre, hay responsabilidades y preocupaciones infinitas que nunca existieron en aquel otro cabo que se quedó del lado de la niñez. Ya no podemos disfrutar del campo con la limpieza de los lejanos días. El huerto de fray Luis de León no ha existido nunca. Y esa famosa escondida senda seguida por los sabios es cada día más intrincada y penosa; un verdadero camino de la cruz, Vía Crucis.

Fue en un rincón de la Selva Negra donde me presentaron a Poe y a su amada Annabel Lee. Tenía yo entonces dieciocho años. Recuerdo con exactitud el sitio y la hora: una sala-estudio de mi compañero Davos Bein, canadiense, pelirrojo y funambulesco.

Eran las diez de la noche.

Bein estaba tocando esa especie de guitarra llamada banjo y canturreando «espirituales». De pronto le dije: «Léame poesías en inglés, a ver cómo suenan. No importa que yo no las entienda; busco el encanto fonético».

Mi amigo dejó la guitarra, se levantó del diván, se acercó a un estante de libros, se dio una patadita con la pierna derecha en la corva de la izquierda, como después hizo tantas veces Chaplin, y extrajo un libro.

Era un libro de Edgar Allan Poe, el «divino Edgardo» para Darío. Y el poema que me leyó primero se llamaba «Annabel Lee».

Yo estaba sumido entonces en la mayor inocencia literaria. Ignoraba el nombre de Poe, aunque ya leía versos de Baudelaire, *Las flores del mal*, traducidas por Marquina. Me gustaba leer poesías, pero no me importaban los autores ni el grado que ocuparan en la escala de valores. Compuse versos a lo Baudelaire —que la poesía comienza por ser contagio puro— y aquellos versos los rompió mi buena madre años después porque le parecían demasiado tristes y salpicados de la palabra sangre.

Tal impresión me hizo la lectura del poema «Annabel Lee», que me lo aprendí de memoria a la manera de los loros, sin saber lo que decía. Y de tal manera se me grabaron que, a lo largo de mi ya larga vida, los recito cuando alguna persona de habla inglesa me pregunta si sé inglés. Es todo lo que sé de este idioma. Y creo que no es malo lo que sé.

¿Quién es capaz de traducir estos versos?

¹³⁸ Publicado con el título «Recuerdos biográficos. Poe y Annabel Lee», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 9 de octubre de 1949.

It was many and many a year ago,
In a kingdom by the sea...

Sus valores fonéticos son intransmisibles a otro idioma. Pasa con ellos lo que con los versos de Darío y de todos aquellos poetas que se cuidaron de la musicalidad ante todo. Traducid esto del nicara-güense: «Era un aire suave de pausados giros; / el hada Harmonía ritmaba sus vuelos...».

«¿Qué quiere decir esto?» —le preguntaba yo a mi compañero de estudios químicos Davos Bein:

And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.

Y aun hoy, para traducirlo, me tengo que valer de Berta Gamboa —la mujer del poeta y amigo León Felipe—, para escribir aquí:

Y esta niña vivía con el único pensamiento
de amar y ser amada por mí.

¡Oh encanto de aquellos dieciocho años! ¡Cuánta
religiosidad pura en aquel amor de juventud!

But we loved with a love that was more than love.
(Pero amábamos con un amor que era más que amor.)

Y ese amor de Poe, tan celestial y romántico, despertó celos en los ángeles, y una nube fría de la noche tuvo la misión de taladrar y congelar el pulmón de la niña amada.

Entonces, ante un hecho tan lacerante, el fervor y la pasión se rebelaron y exclamaron:

And neither the angels in Heaven above
Nor the demons down under the sea
Can ever dissever my soul from the soul
Of the beautiful Annabel Lee.

(Y ni los ángeles de arriba en el cielo,
ni los demonios del fondo del mar,
podrán separar nunca mi alma del alma
de la bella Annabel Lee.)

El mismo énfasis que puso Poe en esta estrofa lo puse yo siempre al recitarla como doctrino y loro. Con la diferencia de que ya sabía el sentido total de ella.

Han pasado cuarenta años desde que conocí de este modo al más poeta de los poetas norteamericanos y a su delicada niña. Yo que estoy tecleando en una máquina, me siento viejo, pero él, «el divino Edgardo», que se fue de la tierra hace un siglo, es sentido por mí como joven todavía y acostándose junto a la ribera del mar de ese reino donde quedó hundida y rutilante su bien amada Annabel Lee. Yo me siento viejo sin haber conseguido aprender el inglés necesario para saberme de memoria y a conciencia otros poemas del poeta que me fue presentado en Friburgo, de Brisgovia, por un canadiense simpático y «charlotesco», entre sonos de banjo, canciones «espirituales»; y algunos sorbos de *whisky*. Pero es que este idioma... Cada vez que tengo que escribir «whisky» he de confrontar su ortografía con la botella.

Entre las cosas que nos ocurren a los viejos hay una muy curiosa: podemos contemplar las etapas de nuestra vida como cerradas o concluidas, como cuerpos en el tiempo, separados de nosotros.

Comprendemos que se trata de una ilusión; que el niño no quedó invariable allá en la lejanía, como retrato en un álbum familiar. Lo sentimos diluido en nuestro ser de hoy y, a veces, hasta podríamos decir o señalar los sitios de nosotros mismos en que el niño sigue niño, y otros en que el niño ha madurado con exceso.

Esto quiere decir que el niño no va desapareciendo por igual en el desarrollo de las etapas sucesivas. Le pasa lo que al automóvil en su desarrollo histórico. Un auto de hoy tiene muchas piezas o componentes que son casi iguales a los de un auto primitivo; en cambio, otras, y sobre todo el conjunto, han mejorado, se ve que han evolucionado.

A pesar de estas consideraciones, ya digo, los viejos tenemos la facultad de poder contemplar nuestra niñez como un verdadero ser exento, separado de nosotros.

En Málaga se quedó mi niñez; por esto vuelvo a ella la atención de vez en cuando; a ver si me explico algunas cosas, ya que la ciudad natal y la familia antigua —eso que se va perdiendo— imprimen los primeros e imborrables sellos en ese cuerpo invisible, pero con caracteres de metal a veces, que llamamos alma.

Hoy, sin embargo, no voy a buscarme en ella, sino a buscar lo que de ella perdura en mi recuerdo, en mi estudio de pintor y escritor, para que la vean de algún modo a través de mis palabras los que tienen la curiosidad de leerme.

Si yo fuera un cantaor, con una malagueña os revelaría más que con mis recuerdos. Desgraciadamente, no es el caso.

La Málaga de hoy no es la de mi niñez. Ha variado bastante, en lo físico y en lo moral. Hablaré, pues, de mi Málaga. Seguramente

¹³⁹ «Málaga en el estudio», *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento de *El Nacional*, México, 26 de marzo de 1950. Texto de una charla-conferencia pronunciada en México ese mismo año; recogido por primera vez en «Dos visiones de Málaga por José Moreno Villa», nota previa de Juan Pérez de Ayala, *Palabras del 27*, núm. 2, Málaga, 1988, págs. 30-33.



«Málaga en el estudio».

conserva la solera, eso que es lo fundamental para el sabor. Y que, según se me alcanza, es una mixtura de lo moruno, lo romano y lo gitano.⁴⁰ Nada han podido borrar de esto los comerciantes nórdicos extranjeros que durante los siglos XVIII y XIX se instalaron y radicaron en ella, atraídos por la ganancia que dejaban las uvas y los caldos de los montes. Pudieron introducir algunos modos y costumbres, formar un núcleo social distinguido, pero ellos mismos fueron adquiriendo modos y costumbres locales y acabaron por ser más malagueños que los nativos: campechanos, locuaces, vivos, jacarandosos, aficionados a los toros y a platicar en los casinos.

Las zonas sociales llegaron durante el ochocientos a tener sus zonas topográficas. Málaga se abrió como una granada; dejó de ser aquella «piña de casitas y conventos», cuando los bienes eclesiásticos se pusieron en pública subasta. Se abrieron calles, se derribaron monasterios y los nuevos ricos fueron construyendo sus residencias fuera del núcleo primitivo.

Este núcleo viejo estaba asentado al pie de dos emergencias montañosas: en una, la más baja, se yergue la Alcazaba, obra moruna, y en la más alta el castillo de Gibralfaro. Nombre mixto de árabe.

En la falda de la Alcazaba se escarba un poco y se encuentran pavimentos de mosaicos romanos y trozos de cerámica fenicia. En una finca cercana a la capital se descubrieron las tablas del municipio romano malacitano. Roma sigue estando en el subsuelo de Málaga, y no digo que también la Mauretania, porque ella está más a flor todavía.

Pues bien, en una de las vertientes de la Alcazaba hay un camino —más que calle— que se llama el Mundo Nuevo, y en él se cobijan ramerías de baja categoría y gitanos pelaburros.

En muy poco terreno encontramos, como veis, los ingredientes del cóctel anunciado hace poco: romano-moruno-gitano.

⁴⁰ En su artículo «Estudios superficiales. Romano-moruno-gitano», publicado en *El Sol*, Madrid, 27 de octubre de 1926, Moreno Villa escribe: «Sean nuestros dos más próximos minutos para pensar en el tipo físico del andaluz. Y digamos de paso que se nos perdone la generalización. Muchos extremos que se ajustan perfectamente a Málaga puede que no se ajusten a Huelva, Jaén o Almería».

La toponimia acusa este cóctel a cada paso. Uno de los sitios típicos lleva el nombre de «La Coracha» (en latín, *coriacea*, de cuero). El novelista Arturo Reyes, que parecía un moro agitanado, escribió una novela titulada *Del bulto a la coracha*. Por cierto: esta palabra alusiva al cuero se aplicaba al saco de cuero que servía para traer tabaco, cacao y otros géneros de América.

Junto al nombre de origen latino o romano, tenemos el de los ríos de Málaga: Guadalmedina y Guadalhorce. Totalmente árabes.

No tenemos, o no recuerdo yo ahora, nombres gitanos para sitios o lugares. Pero, no sé por qué, eso de llamar a un barrio de allá el Barrio de la Pelusa, me suena a ocurrencia gitana. Es un mote muy dentro del estilo cañí.

Con lo dicho en torno a la Alcazaba tenemos apuntados los tres ingredientes fundamentales del cóctel racial de Málaga. Ahora nos falta ir a otra zona territorial donde radica otra zona social, la más moderna y rica, muy de origen extranjero. Una cuchufleta satírica y algo chabacana que corría por la ciudad a fines del siglo pasado y compuesta con los nombres de las familias extranjeras encumbreadas por el comercio, decía: «La aristocracia de Málaga es ésta: Huelin, Bolín, Bombareli, Garrastacho y “El parío”».

Este núcleo social de suecos, ingleses, italianos, franceses, alemanes y lo que ustedes quieran fue desintegrándose del caserío viejo, labrando sus residencias a lo largo de la costa oriental de la población, por el paseo de Reding (nombre de un militar suizo que peleó a nuestro lado en Bailén) y por la Caleta célebre. Célebre no tanto por los hotelitos de lujo como por los colmados, los ventorrillos y las cosas del mar, el «copo» y las sardinas en espetones.

Este núcleo social de origen extranjero, al asentarse en la Caleta ya estaba hecho malagueño y sus señoritos se sentían tan andaluces como los señoritos sevillanos. Emulados por éstos, compartían sus ocios entre la bebida, el deporte y las procesiones.

Pero yo viví de niño un momento de Málaga en que este señorismo no había alcanzado la supremacía. Un momento en que Málaga tuvo un decoro social que yo llamaría «Época del Liceo». Y corresponde a la última veintena del siglo pasado.

No creo, no tengo noticia de que otra población andaluza haya tenido una institución semejante. El Liceo fue una sociedad con biblioteca grande y cómoda, teatro, salones de baile y de tertulia, un patio hermoso, jardín, billares y comedor; aunque se podía pedir la comida en el rincón más apetecido y sabroso. Los fundadores supieron elegir el sitio y la casa. Aprovecharon parte del antiguo convento de San Francisco. Por esto disfrutaron de tanta amplitud.

La ejemplaridad de aquella institución estuvo en que por vez primera se hizo en Málaga vida de sociedad, sacando a la gente de ese mero ir de visiteo familiar por las noches que era toda la vida de relación que disfrutaban antes los malagueños. Hemos de pensar que, hacia el año 80, ver a una señora con sombrero por las calles de Málaga era motivo de regocijo infantil, que las damas salían a la calle con un mantoncillo o una toca, y que las calles estaban llenas de derribos de los conventos.

La generación del Liceo, la de mis padres, alcanzó un nivel de decoro y finura de trato que fue perdiéndose en las generaciones sucesivas. Los señores sabían beber, pero no se les notaba. En cambio, los pollos que vinieron luego hacían alarde, se emborrachaban a la vista de todo el mundo y se paseaban con sus queridas. Aquellos señores del Liceo dejaron memoria de su buen humor, y gustaban de leer y de llevar a sus señoras a los bailes. Murió el Liceo, subsistieron el Círculo Mercantil y el Malagueño; surgió el Licefílo; pero ninguno tuvo ya el rango de aquella sociedad casi perfecta.

Los historiadores de literatura y de arte españoles no se fijan en fenómenos como éste. Yo tengo la convicción de que si Málaga comenzó a dar a luz a pintores, poetas y novelistas a fines del siglo pasado, se debe muy principalmente a instituciones como la del Liceo, que educaron y alzaron el nivel de cultura, no ya libresco únicamente, sino integral, del ser humano. De la generación del Liceo fueron los padres de Picasso, la madre de Juan Gris, malagueña, los padres de Bores (sobrino este pintor del «Pollo antequerano» Romero Robledo). Hijos y nietos de los de aquella generación fueron Enrique López Alarcón, Bergamín, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre y el mismo Aleixandre, por haberse educado

allí. Rueda, el primero por orden cronológico en la serie de poetas malagueños, pertenece a la generación del Liceo. El novelista conservador y arcaizante Ricardo León fue contemporáneo del Liceo. El historiador de arte Ricardo de Orueta fue liceísta. El pedagogo Jiménez Fraud fue hijo de liceísta. En suma, todas las figuras malagueñas que han contado algo en la cultura española de la primera mitad del siglo XX han recibido o podido recibir influjo de aquel centro.

Costaba trabajo de minero abrir cauce en el ambiente malagueño para que penetrase el interés por las cosas espirituales, pero se fue logrando. La política, la pintura y el teatro prendieron antes que la poesía, la novela, el ensayo y la música. Y así aparecieron Cánovas, Romero Robledo y Bergamín (políticos), Moreno Carbonero, Martínez de la Vega, Ferrándiz, Simonet y Muñoz Degrain, pintores de origen valenciano acaparados por Málaga. Rosario Pino, Tallaví y Thuiller, actores teatrales. De la música no recuerdo más que a Eduardo Ocón.

Pero si es verdad que Málaga los criaba, también es verdad que los desalojaba. Su ambiente, a pesar de los esfuerzos citados y de otros posteriores, no es para retener espíritus de gran aliento creador y desinteresado. Allí manda el comercio y, a ratos, la desenfrenada pasión política. Mandan las uvas, los limones, las pasas, la caña, el vino, los boquerones, la aceituna. Estos productos de la región son los que preocupan y absorben la vida de los malagueños. ¿Qué podían hacer en medio de este gran mercado un don Francisco Giner, rondeño, un Fernando de los Ríos, rondeño y sobrino del anterior, un José Ortega y Gasset, medio malagueño y educado en el colegio jesuítico de El Palo?

Se comprende que Málaga dé a luz criaturas sensuales y creadoras en el ámbito artístico, porque la naturaleza y la gracia de los habitantes invitan a soñar, a recrearse y a saborear los dones del mundo: pero no se comprende que pueda retener a tales seres privilegiados, incapaces en su mayoría de luchar por la peseta.

Acabo de aludir a la gracia de sus habitantes; voy a pedirle a Málaga —considerándola figura que posa en mi estudio— que cambie de postura y me permita recoger algo de este aspecto suyo.

Primera muestra: se trata de un pintor decorador que subido en su andamio dibujaba una greca en uno de los salones del Liceo. De pronto se puso a cantar un cuplé muy en boga que decía:

Yo soy feliz,
—¡viva el placer!—
sin mi mujer...

Alzamos la cabeza para ver a qué obedecía la ocurrencia y estamos en risa: al ritmo de cada versículo trazaba una de las curvas. La concordancia era perfecta entre ritmo y trazo.

Segunda muestra: don Elisio Marín, hombre de barba y bastón, empleado del Ayuntamiento con un sueldo mezquino, hombre muy sobrio e intachable, se sentaba por las tardes en una de las butacas de mimbre que sacaban del Círculo Mercantil a la banquetta, y allí, en aquel apostadero, se le veía gozar del airecillo refrescante y del espectáculo cinético de la calle de Larios. Allí pasaba su rato de descanso; cambiaba frases amables con los contertulios y, al cabo de una hora, cuando ya el sol no quemaba, se dirigía lentamente hacia las afueras de la ciudad donde tenía un lote de terreno. Al llegar a él, se acodaba en la barda, rociaba la vista sobre el solar, la levantaba al cielo de la tarde y exclamaba dando media vuelta: «¡Pies, ¿para qué os quiero?!».

Tercera muestra: una vieja, que me quería mucho y estaba ya tan acabada que murió a los pocos meses, me dijo la penúltima vez que la visité la siguiente frase que hubiese querido oír el picante don Juan Valera: «¡Niño, mucho cuidado con el cirio, que la procesión es muy larga!».

Dicen que un botón basta para muestra: yo he dado tres, y hasta voy a dar el cuarto: al montar en el trenecito suburbano que corre entre Málaga y Coín, el conductor que nos taladra los billetes le dice al paso a mi padre: «¡Buen purito nos gastamos hoy, don José!».

¿Conciben ustedes esto en Alemania, en Inglaterra o en Francia? Ni siquiera en Castilla. En Madrid, una mujer que despidió a un amigo le dice: «Recuerdos a tu mujer y un besito al nene». Pero una andaluza no es tan sobria; le diría «y un montón de besos al chavea».

Esta familiaridad del conductor y esa efusividad de la andaluza son rasgos que pasan a Cuba y crecen con el trópico. Los extremos de las rutas marinas, y aun de los caminos de tierra, se contagian y parecen. En la salida de Madrid para Valencia se encuentran ya una tienda y un tendero valencianos. Al salir de Veracruz parece que salimos de Málaga. Y sin que el fuerte de San Juan de Ulúa se parezca a la farola malagueña, hay algo disperso y sin netos perfiles que sabe, huele y anuncia el puerto de arribada.

¿Cómo es el caserío malagueño? Éste es otro aspecto de Málaga. Le pediremos que cambie de postura en el estudio.⁴¹

El caserío malagueño es, en general, debilucho, como todo lo moruno, incluyendo la famosa Alhambra. Hay por el mundo musulmán ejemplares arquitectónicos que han resistido siglos la incursión humana y los excesos de los países tórridos, secos y polvorientos, pero no hablo de esos vestigios suntuosos, de alto rango, sino de las casas del montón, de esas que se aprietan y sostienen como pobres mujeres que hacen cola para el carbón o la leche en tiempos belicosos y de penuria como son los nuestros.

Las casas malagueñas corrientes son humildes, pero graciosas y como vestidas de percal blanco y planchado. Esto, que significa limpieza, se ve todavía mejor en las grandes poblaciones de la provincia, como Ronda, especialmente, donde la cal ciega.

Abundan en las casitas malagueñas los balcones, pero en los barrios hay esas rejas bajas, para pelar la pava, que también emigraron al nuevo continente. Además, hay lo que llamamos «cierros», que son balcones cubiertos, cerrados con cristales, como medias jaulas que se proyectan sobre la calle y sirven para que las niñas mayores y los viejos vean lo que pasa por ella. Placer único, placer meridional y medieval, que han disfrutado las malagueñas hasta que llegó esta época de no parar en casa. Y afirmo esto último sin haberlo contrastado. Pero es que la vida, las costumbres —sobre todo las malas costumbres— se han unificado gracias a la

⁴¹ En los párrafos que siguen, Moreno Villa rememora su estudio «Fisonomía del caserío malagueño», publicado en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, t. 1, núm. 3, Madrid, septiembre-diciembre de 1925, págs. 289-296; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 421-426.

maldita gracia difusora del cine. Norteamérica acabó con la vida de hogar, con ese vaho suyo, que si no era siempre muy higiénico para la carne, lo era para el cariño, la unión y el espíritu. Diréis que huelo a conservador. En esto, sí. La inteligencia humana camina ganando y conservando. Su actividad es doble que en la «no inteligencia humana», que para caminar necesita destruir.

En el comedor de nuestra casa de campo «churrianera», o sea del pueblo de Churriana, distante nueve kilómetros de Málaga, contemplaba yo de niño una litografía de la capital, una vista panorámica regalada por un periódico según el letrero al calce, que decía: «Vista de la ciudad y puerto de Málaga tomada desde el mar. Regalo a los subscriptores de *El Avisador Malagueño*». No recuerdo el año. *El Avisador Malagueño* dejó de avisar mucho antes de haber podido leer este que os lee a mediados del siglo XX.

Yo me deleitaría hoy pudiendo presentarles esa tira litográfica, para irles señalando dónde quedaban los edificios notables de Málaga, la Alcazaba moruna, el castillo, la catedral, la puerta del Mar, que cita Cervantes y es árabe, la mezquita convertida en parroquia de Santiago, la Aduana de Carlos III, y la única portada gótica que allí queda, la del Sagrario, levantada por cierto sobre una sinagoga.

Pero, a falta de esa vista panorámica, luego proyectaré algunas de estas piezas monumentales y algunas fotos de cosas típicas, como de las faeneras de limones.

Málaga es una ciudad faenera. Ruego a Málaga que nos presente ahora ese otro perfil en su postura de modelo a mi servicio.

Y, en efecto, me presenta el perfil del corazón, la entraña, lo que labora. Mujeres llamadas «faeneras», que empaican limones acá y allá, en corrales abiertos o en almacenes sombríos que uno ve al pasar.

¡Mujeres y limones! ¿Se les habrá pegado del limón a estas mujeres el color, la luz de ese color, y el jugo sabroso y desprendido, ese jugo en el mirar y en el sonreír que como el del limón nos inunda la boca de propia savia?

Si no empaican limones, asientan lechos de pasas en cajas de madera. Unas y otras tienen en sus manos los frutos que más dinero dejan a Málaga. Ellas los visten, los aderezan canturreando. Son guapas, o pizpiretas, o lindas. Son habladoras o reconcentradas —dos modos

andaluces— pero, todas, como el limón o la uva pasa, es decir, necesarias para el platillo de carne y necesarias para el postre.

Naturalmente, no son las mujeres las únicas que trabajan. Los trabajos más duros son para el varón.

En mi familia las dos generaciones anteriores a la mía tuvieron estrecho contacto con ese mundo laborioso de Málaga. Tenían almacenes de vino para la exportación; y en esos almacenes se pisaba la uva. Y yo, de niño y de mayor he catado ese vino hecho a fuerza de pisadas, que salía de allí para ser bebido lo mismo en los palacios regios que en los altares del Escorial y del Vaticano. ¡Vino de misa y de mesa! ¡Lacrima Cristi!

El vino ha sido lo más serio de Málaga desde el punto de vista económico. Y el vino sigue siendo lo más serio para los policías en un puerto de mar, por lo que abusan de él los marinos extranjeros.

Muchas veces, al llegar a una población, como Málaga, de apariencia ligera o frívola, nos preguntamos: ¿de qué come esta gente, si no trabaja?

La equivocación está en la segunda parte de la oración; es que trabaja, aunque no se vea. Tiene esa elegancia. Tal vez podría trabajar más, pero es odioso ese trajín de las grandes urbes modernas, y ese gastar la vida sin darle al cuerpo, que es espiritual, horas de esparcimiento, contemplación, ocio.

Málaga trabaja, ¿quién corta la caña?, ¿quién riega los maizales?, ¿quién vendimia? Málaga trabaja. Y porque trabaja en condiciones pésimas casi siempre, y porque trabaja en medio de hoteles lujosos, casinos y autos, se rebela a veces con salvaje furia.

Málaga, ciudad bravía
entre antiguas y modernas,
tiene doscientas tabernas
y una sola librería.

De esta copla satírica sólo queda de verdad lo de bravía. Y este carácter le quedará mientras no cambien las circunstancias.

Y esas circunstancias no mejoran.

Un escritor cuyo nombre me guardo por consideraciones fáciles de comprender, le contaba en París hace unos días a mi confidente,

que había estado en Málaga, que allí domina el cotarro elegante el actual obispo, señor Herrera, el antiguo director del diario madrileño *El Debate* y que este líder, maneja y entretiene a la sociedad organizando en sabio turno bailes y sermones; lo cual da ocasión a que los jóvenes malagueños y guasones se acerquen a las damistas y, para pedirles un baile, le digan: «¿Me concedes el primer Te Deum?».

Al oír esta frase malagueña me acuerdo de la sal, del salero y de otro término: lo saleroso. ¡Cómo se ve que estamos junto al mar! La sal es para el malagueño el símbolo de la gracia. Y es que se da cuenta de que sin mar, esa Málaga suya se convertiría en un poblachón polvoriento y sin gracia fresca. Yo tengo en mi libro de memorias un capítulo dedicado al mar, que completaría esta lectura. Pero noto que no he dicho nada todavía de los cafés cantantes, ni de los «menosos».

Los «menosos» son los tipos jóvenes del barrio del Perchel oponibles a los señoritos. Se empezaron a llamar «menosos» porque sacaban en procesión al Cristo del escultor Pedro de Mena. Después, ese mote se quedó para todos los jóvenes de barrio presumidos y un poco chulos. Se vestían de blusa tableada, pañuelo de colores al cuello, pantalón ceñido y sombrero ancho de poca ala. Este tipo ha desaparecido.

También han desaparecido los antiguos Café de la Loba, Café de España y el de Chinitas. Los cafés cantantes antiguos de mi Málaga.

Mi muchachez —no ya mi niñez— vivió en ellos como espantado a esas horas en que uno quiere a toda costa parecer hombre. Me acuerdo del barullo, las voces, el humo del tabaco, los veladores y mesas con cañas y vasitos de café, terrones de azúcar, paquetillos de tabaco y hombres que peinaban «tufos» y escupían a cada momento. Me acuerdo de las faldas de volantes evolucionando en el tablado junto al guitarrista más serio que un cura, y me acuerdo del cantaor, a quien yo envidiaba el sentimiento, mientras me fijaba en lo prominente de su nuez y lo negro de su boca en forma de O.

Me acuerdo de Manolo Torres en el Café de España cantando aquella copla:

Aunque vayas tú y te bañes
donde se baña el león
no se borrará la mancha
que de mí se te pegó.

Ya he olvidado muchos nombres de cantaores. En Málaga hicieron un libro que recogía fotos de cantaores y bailaoras no hace muchos años, unos veinte, y siento no tenerlo en esta hora. Pero he de hacer mi homenaje a Juan Brevas porque sus coplas me hicieron llorar, llorar de gusto. Mi pobre madre, lo imitaba bien y se le asomaban las lágrimas al imitarlo. Ella tenía —como su contemporánea, la reina doña María Cristina— varios abanicos de lujo sembrados de coplas flamencas.

Y no digo más, porque se hace tarde y porque voy a leer del mar, de lo que dejó en mí, según puse en mi *Vida en claro*.

ENTRE BALLETS RUSOS Y BAILES GITANOS,
LA PINTURA DEL 16⁴²

El tema de los «ballets» me retrotrae a los años de la Primera Guerra Mundial. Precisamente durante el 16 estuvo Sergei de Diáguilev en Madrid con aquella tropa que sólo él supo reunir y nunca fue superada ni igualada.

Parece que Diáguilev fue un genio organizador; supo reunir los mejores bailarines, los mejores músicos y los mejores pintores. Así logró aquellos conjuntos sorprendentes que, como el vino, encalabraban al público. A pesar de su enorme éxito, murió trece años después —el 29— sin otro caudal que las mancuernas de su camisa y una colección de antiguos libros rusos. Con su muerte vino la desbandada. Alguien se dio cuenta de que concluía para siempre una creación maravillosa: trató de salvarla acudiendo al dinero; reunió 120.000 francos, pero dados a condición de que se liberasen los decorados de Picasso, Matisse, Derain, Braque, Chirico, Juan Gris, Bakst, etc., y esto fue imposible.

Los bailes rusos y la pintura moderna son dos cosas inseparables en cierto momento inicial y creo que hasta la música. Porque es un hecho que desde aquellos años hemos vivido esperando cada día obras de esos ya maestros, como de Stravinsky, Falla o Poulenc. Todavía siguen sosteniéndose vivos los valores pictóricos y musicales que cooperaron al éxito de los bailes rusos. Valores que allá por el año 16 se consideraban tan revolucionarios como el bolchevismo.

Vi a Nijinsky y a la Pavlova invitados por el musicólogo y diplomático español Rafael Mitjana y por su mujer, una dama sueca inolvidable por su inteligencia, distinción y finura: Hilda Falk de Mitjana. Con agrado estampo aquí sus nombres, no habiendo tenido ocasión de citarlos en mi *Vida en claro*. Rafael fue un hombre muy enterado de lo suyo —la música—, pero en el trato resultaba bastante pesado, y era ella la que con un prudente aleteo de su

⁴² «Entre ballets rusos y bailes gitanos, la pintura del 16», *Novedades*, México, 8 de abril de 1951.

espíritu alejaba la modorra que nos amenazaba con el moscardoneo de su marido, el buen amigo y paisano Rafael.

Nijinsky dejó estampados en mi memoria sus brincos y vuelos prodigiosos. La elasticidad de sus piernas de acero le permitían recorrer el espacio como un ave que sabe de curvas no descubiertas por ningún dibujante. En *El espectro de la rosa* parecía pasar por una metamorfosis mágica, de ave en aroma que se escapa por el ventanal. Le vi en *Las danzas del príncipe Igor*, en *Scherezada*, en *Petruschka* y en *L'après-midi d'un faune*. Poseído de ira, de ternura, de sumisión y rebeldía, de abatimiento y loco entusiasmo según el viento de las distintas músicas de Weber, Borodin, Debussy, Stravinsky. Realmente, no creo que volveré a ver espectáculos como aquéllos, tan complejos y completos, tan ricos en matices. Diáguilev fue un genio de la coordinación musical y visual. Soñó con trasladarnos a mundos apetecidos o imposibles y logró su propósito juntando elementos supremos de varias artes y someténdolos a medidas y ritmos nunca vistos.

Los pintores modernos deben mucho al creador de los bailes rusos. Él les abrió las puertas del mundo: él modificó los escenarios, los trajes, los decorados y, finalmente, el gusto del público. Él le cambió a cada espectador el órgano de la vista; o si esto parece chocante, el modo de mirar; el no buscar realismo en la pintura, sino equivalencias plásticas.

¡Qué cambio tan radical se propuso al mundo del arte en aquellos años! ¡Qué normas nuevas de aseo! ¡Cuánta limpieza se hizo en la casa y en el estudio! Y ello entre pataleos y protestas de la gente aferrada a los chirimbolos de siempre, al brasero y al anafe, al baño de asiento, al pediluvio y la «marinita» para la sala, que nunca se abría sino en fechas de solemnidad. Salas que todavía sobreviven por ahí, en casas viejas o entre gente insobornable, como podridos cascos de buques desarbolados.

Claro está que también lo antiguo tenía su encanto; pero no por la suciedad y la rutina. En lo antiguo había valores de intimidad, de lealtad, de sabia acumulación, como creo que los hay en nosotros los hombres viejos; pero reconozco que en los viejos hay cosas indeseables, abominables para la juventud, como son las arrugas, los pellejos,

la endeblez de las piernas, las caries de dientes, el temblor de las manos y el enfriamiento de la sangre para todo lo que sea bullicio. La senectud es fea, y el arte moderno fue contra ella descaradamente, sin piedad.

Antes de llegar a Madrid los bailes rusos, tanto yo como mis coterráneos no disfrutábamos de otros bailes que del flamenco y, algunas veces, del clásico de ópera. Ya triunfaba en los tablados «La Argentina», Antonia Mercé. Yo la adoraba. Su sensualidad no era corriente, iba mezclada con una extraña dosis de pureza, de despegó y altanería. Resultaba una sensualidad aristocrática, muy por encima de la que notábamos a Pastora Imperio. La de ésta era una sensualidad bronca, reconcentrada, como de leona, o mejor, como de tora. Me daba miedo; en cambio, la de Antonia me embellessaba, me llamaba. Cada cimbramiento de su alto cuerpo era un manso látigo que se me enroscaba al cuerpo. Y, luego, aquella sonrisa larga, de puerto blanco, gaditano o cubano, tropical.

¿Quién ha tocado las castañuelas como La Argentina? También en este arte suyo latía la sensualidad con manera propia. Modulaba el repiqueteo de tal modo que se nos colaba por debajo de las axilas y de las corvas. Matizaba los viajes de sus expresivos brazos y en ellos nos embarcaba hacia rutas de puro ritmo gozoso. ¡Cómo se la veía gozar!

Conocí de lejos a esta mujer antes de ser estrella en Málaga, siendo yo un jovenzuelo. La vi después actuar muchas veces, pero no en su última fase, universal ya, cuando bailaba en cuadrilla —según recuerdo—, por influjo de los bailes rusos. No fue en esto tan intransigente como Pastora. Lo mismo le pasó luego a Encarna, «la Argentinita». También formó su cuadro para bailar por los mundos de Dios. Y así las demás.

No sé lo que se hizo en México en los años de apogeo del ballet. Pero tengo un documento tan precioso como maltratado; un manuscrito a lápiz rojo en la primera página de un programa editado en Nueva York. Dice así: «Querido Genaro: Nikita Balieff estuvo aquí una semana con su *Chauve-Souris*. Decididamente, la “Ch-S” de N. B. está cada día más *kursi*. Tableaux vivants —Abanicos Luis XV—, Visiones patrióticas-, Relojes Imperio-. Porcelanas de Saxe,

etc. Lo único estupendo son los cuadros rusos que no son de Nikita, sino de Rusia, hoy U.R.S.I.A. Quise verlo (a N. B.), pero cuando supo que se trataba del fundador del Murciélago Mexicano, se escabulló indignamente. Ya me la pagará. De todos modos te aseguro que mi Murciélago era superior a éste y que la descortesía de Balieff, Ni-kita ni pone nada a nuestras glorias pasadas o futuras, Te abraza»... (Firma borrada por el tiempo.) Yo adivino de quién es. Daré sus iniciales: R. M.

EL ALMA Y EL DECANO DE LOS POETAS
DE HABLA ESPAÑOLA¹⁴³

Este decano es don Enrique González Martínez. Nacido en 1871, ha cumplido el día 13 de este mes de abril ochenta años. Sobrevive a todos los de su generación. Nadie puede arrebatarle, pues, el título.

Dispuesto a colaborar en el homenaje que se le rinde hoy en este *Suplemento de Novedades*, enfoco un tema que seguramente ha de interesarle, el del *alma*. Y lo enfoco abruptamente, preguntándole así, con tuteo inclusive: «Ya que has vivido unos cuantos añitos y has hablado del alma desde tus primeros versos, dime si ella es hoy en ti lo que era en 1909».

Consideremos la pregunta como una invitación al diálogo, aunque de momento no pase de un comienzo de meditación histórica-literaria.

Yo también voy siendo viejo; alcancé la época que podríamos llamar «animista». Me acuerdo de aquel ensayo de Unamuno llamado *Alma* y de otro titulado *Adentro*. Me acuerdo de que *Alma* es el primer libro de Manuel Machado, de 1902. Y me acuerdo de que los poetas alemanes de mis años estudiantiles en Friburgo llamaban al «animismo» *Einfühlung*. Se hablaba del alma de las cosas, pero el hecho es que se trasladaba a ellas la emoción del propio poeta. En el estudio que dedico a Manuel Machado en el libro *Los autores como actores*, hablo de *Alma*, del reino interior y de la melancolía neorromántica que a todos nos envolvió. También en mi estudio sobre Espronceda digo algo.¹⁴⁴

Pues bien, teniendo todo ello en cuenta, recordando además la lectura recién hecha por el propio decano en el Palacio de las Bellas Artes y la hecha por mí estos días con propósito analítico, ha surgido la pregunta: «Tu alma de hoy ¿es como la de ayer? ¿Verdad que no?».

¹⁴³ Publicado con el título «El alma y el decano de los poetas de habla española. Enrique González Martínez», *Novedades*, México, 15 de abril de 1951.

¹⁴⁴ Se refiere a los ensayos «Manuel Machado, la manolería y el cambio» y «Espronceda», en *Los autores como actores...*, cit., págs. 102-125 y 233-269, respectivamente.

La cuestión parece agresiva pero no lo es. Yo no niego que nuestro espíritu tiene algo de perdurable, pero también de mudable. Y a esto voy.

¿Cómo es mudable, qué es lo que modifica nuestra alma? Y me respondo: el alma de las épocas que atravesamos.

Por esto supongo, amigo y maestro Enrique, que tu alma de hoy no es la misma de ayer, se ha ido enriqueciendo (y conste que no juego con este gerundio y tu nombre, aunque bien podría). Se ha ido desarrollando, ha ido sumando almas de épocas; exactamente igual que el cuerpo. Y éste no es hoy el de antaño, como te consta, ¡ay!

¡Qué inocente y desvalida nos resulta el alma niña, y que distante! Como niña que era, se creía mayor e inmensa. Sensible para todo, convertía la ternura en dolor, en melancolía. Confesemos que el dolor de aquella almita nos sirvió de almohada. El romanticismo nos legó este blando objeto para apoyarnos en él, dormir y soñar.

¡El alma, el alma!... ¿Qué sabíamos del alma al comienzo de la vida? Entonces era para nosotros un mero receptáculo de impactos espirituales, emocionantes, dolorosos. Aun creyendo que el alma era transmisible a las cosas, o sea, que les transmitíamos nuestra sensibilidad, nunca pensábamos en que fuera también capaz de otras cosas, por ejemplo, de resolver una ecuación o de descubrir la relatividad. El alma era más captadora de sombra que de luz, de dolor más que de alegría o serenidad.

Muchos años me costó a mí sacudirme el lastre romántico. Me di cuenta de que estaba preso por él cuando escribí el prólogo para las obras de Espronceda, pero mi primer libro de liberación fue uno que titulé *Jacinta la pelirroja*. Es decir, en 1929. No obstante, de vez en cuando, me sale el tono aquél, tan arraigado por los años de formación como las cosas religiosas. Y repelo. Todavía en unos poemas recién publicados por *Cuadernos Americanos*, digo: «quiero animar el coro y no aventar más lágrimas / si no son como estrellas»¹⁴⁵.

Entre los versos de don Enrique recogidos estos días para ver las veces que cita al Alma, incluí uno que me era necesario para explicarme la modalidad de su espíritu, nada abatido por años ni

¹⁴⁵ «Entereza», *Cuadernos Americanos*, México, enero-febrero de 1951.

por la formación poética. Dice así: «me envuelve la infinita claridad de la vida».

Yo necesitaba de tal verso porque he visto en su semblante y en su porte cotidiano un alma en pie, gozosa, apetente de vida, nada delicuescente. Y en su habla, como en el tono general de su poesía, un respeto, un amor a la serenidad.

Contra esta frase poética suya: «Mi tristeza es como un rosal florido», que confirma lo que dije antes sobre el regusto de la melancolía, se me yerguen otras como éstas: «No turbarás la santa / placidez de mi espíritu». «No turbar el silencio de la vida y sosegadamente». «... y la paz aquella que me deja el alma sosegada y limpia».

Ese sosiego, esa serenidad, esa dignidad han triunfado en ti, maestro Enrique. Tienes todo derecho al decanato.

De los médicos tomo el término. Vientre timpánico significa tenso, tirante como la membrana del oído llamada tímpano. Ya de niños decíamos tener la barriga como un tambor.

Podemos estirar el concepto y lanzar el término *timpanismo* para aplicárselo a esta época que atravesamos. Nuestra época sufre de timpanismo y el alma individual está timpánica, vive en tensión constante.

Los que pasamos de los sesenta podemos apreciar mejor este fenómeno que los jóvenes; hemos vivido una época que se caracterizaba por todo lo contrario, por una laxitud casi letal. Los finales del siglo XIX, recordados con amorosa nostalgia en estas memorias, fueron años de decadencia, de aflojamiento vital. El niño —y concretamente el que fui— sentíase a gusto a pesar de que la casa familiar iba decayendo y de que el hogar patrio se desmoronaba por días. Nacidos bajo un espíritu de resignación, nos conformábamos creyendo que nuestro destino era el acabamiento suave. Una sensación de bienestar nos envolvía. Nuestros pocos años no analizaban ni [barrun]taban¹⁴⁷ el futuro. Y para colmo, los poetas posrománticos envolvían las almas juveniles en ocasos de jardines olvidados, en amores imposibles, que comenzaban mustios, y en quejidos o en doloras escépticas. A estas *Doloras* de Campoamor se contraponían los poemas cívicos del vallisoletano don Gaspar Núñez de Arce; pero los jóvenes poetas posteriores a estos dos establecieron enlace con los románticos españoles, o con los deliciosos y musicales de la Francia en declive. No cito más que a Verlaine, el reconocido por Rubén Darío como «maestro mágico».

Qué lejos de hoy tanta laxitud deliciosa, de vida enfermiza. Precisamente por hallarse en lejanía nos damos cuenta del *timpanismo* actual. La juventud carece de un término de comparación semejante.

¹⁴⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. El alma timpánica», *El Nacional*, México, 2 de septiembre de 1951.

¹⁴⁷ En los ejemplares del periódico consultados en varias hemerotecas tampoco acabó de imprimirse el principio de la palabra, que suponemos era la que damos entre corchetes.

A pesar de que gran parte de nuestra obra lírica —la de los poetas posteriores al 98, pero anteriores a la Primera Guerra Mundial— está impregnada de aquel espíritu romántico señalado.

Para salir de tan aplastante laxitud tuvieron que sobrevenir catástrofes y revoluciones descomunales. La guerra del 14 y la «rebelión de las masas» —aceptando el calificativo de Ortega, cierto pero inexacto— fueron los rejonos clavados en la piel humana que modificaron el estado de cosas. Desde entonces empieza la tensión universal, el timpanismo, aunque sin llegar al grado de hoy. El de hoy comienza con la guerra civil española. Lo cual significa que llevamos quince años de *alma timpánica*.

Yo he sido muy reacio a admitir la importancia de los acontecimientos: en parte —creo yo—, por aquella mala educación del espíritu en la época de la infancia. Mi paso por la vida, o mi modo de caminar, consistía en defenderme lo más posible de las circunstancias para dedicarme a la obra personal, nada lucrativa pero atrayente. Ya lo he dicho en *Vida en claro*. Lo que no he dicho allí es lo que únicamente la experiencia de los últimos años me pone de manifiesto: que la tensión o *timpanismo* de la hora nos ha modificado a todos íntimamente. Algo increíble.

Las circunstancias se han impuesto a la voluntad individual. Conservo muchos rasgos míos, pero noto en mi modo de vivir y de pensar otros rasgos *que acepto por fuerza*, que no nacen de mí.

La cosa es grave, sobre todo para un espíritu liberal. La independencia resulta imposible. Dependemos de las circunstancias, en mayor grado cada día. Y a la vez comprendemos que de nada vale gemir; que es preciso sobreponerse.

Pero sobreponerse es vivir en tensión perpetua, en continuo timpanismo, como pugilista, como soldado en activo; cosas que no se avienen con la edad madura.

Rumiando todo esto llego a la conclusión de que el desarrollo de mi vida no es lógico: actividad y tensión en la vejez, cuando la carne y el espíritu requieren descanso, paz; y, en cambio, laxitud, descorazonamiento, en la infancia y la pubertad.

¿Qué esperanza me estimula para seguir? Como siento que es una fuerza ciega, la respeto y me callo.

Estaba de profesor en Baltimore, ha muerto en un hospital de Cambridge; fue a este segundo lugar por estar cerca de su hija y de su yerno. Así me informa Julián Calvo, que sostiene correspondencia con la familia. La novedad llegaba atenuada porque desde hace ocho meses conocíamos el carácter incurable de su enfermedad. Yo lo supe por su compañero inmejorable, Jorge Guillén.¹⁴⁹

Salinas muere en el destierro, no por político, por incompatible con el régimen y la vida actual en España. No creo que haya escrito páginas o cuartillas combativas, como otros poetas españoles exilados. Él y Guillén se han mantenido dentro del círculo o círculos de sus actividades de siempre: la enseñanza profesoral y la creación poética. Adhesiones y firmas en determinadas ocasiones sí las dio; no podía ser menos; por su formación y por sus amistades pertenecía a la España liberal.

Conocí a Salinas apenas llegué a Madrid, el año de 1910. Me lo presentó el cordial y nunca olvidado Enrique Díez-Canedo, que por entonces era como su mentor. No sólo él, sino de un grupo en que figuraban Fernando Fortún, Rivas Cherif y otros.

Por entonces era un muchacho tímido y flaco. Ni siquiera exteriorizaba que producía versos. Siempre he creído que el casamiento fue para él una liberación. Lo transformó de tímido en desenvuelto. Y en seguro de sí mismo. No he conocido un cambio más radical en este sentido.

Yo le llevaba cuatro años solamente; sin embargo, su primer libro de versos data de 1923, y el primero mío de diez años antes. Por sólo esta reserva, timidez y cautela, Salinas resulta de una generación muy posterior a la mía y muy diferenciada en estilo.

En varias ocasiones he sentido deseo de estudiar la personalidad poética de este amigo y me duele ahora el no haber podido cumplir lo que apuntó en mi voluntad. En esta nota recordatoria

¹⁴⁸ «Pedro Salinas muere en el destierro», *El Nacional*, México, 9 de diciembre de 1951.

¹⁴⁹ Jorge Guillén visitó México en el mes de julio de 1951 y, seguramente, fue entonces cuando le hablara sobre la enfermedad de Pedro Salinas. Sobre la visita de Guillén, véase José Moreno Villa, «Notas ocasionales. Jorge Guillén en México», *El Nacional*, México, 15 de julio de 1951; y «Notas ocasionales. Guillén visto y leído», *El Nacional*, México, 22 de julio de 1951.

no puedo intentarlo. Sólo quiero hacer memoria de su persona y en los sitios donde le fui encontrando más tarde.

Sí, porque Salinas dejó pronto su Madrid, para irse a Sevilla, a Murcia, a la Sorbona, a Cambridge (la de Inglaterra). El joven tímido de la casa paterna —situada, por cierto, en la madrileña calle de Don Pedro, que algún día se llamará de Don Pedro Salinas—, se torna en el hombre resuelto y viajero, ansioso de ganar el tiempo perdido, como Proust, a quien traduce.

Creo que Sevilla y los sevillanos le inyectan la manzanilla que le faltaba en los madriles. Allí asimiló mucho, como también en Francia y en Inglaterra. La disciplina profesoral, el estudio que su cátedra exigía fueron moldeándole en un sentido, pero era lo bastante inteligente como para no dejar que la erudición le marchitase el alma. Por esto bebería el aire «manzanillero» de Sevilla con verdadero frenesí, hasta con la fe de un peregrino que visita Londres.

Como más recuerdo a Salinas es haciendo de director de cursos para extranjeros en la Residencia de Estudiantes. Ya estaba casado y su abdomen mostraba la llamada curva de la felicidad. No por esto perdió dinamismo; se movía entre los grupos de «ellas» con agilidad y con un acervo crecido de ocurrencias felices, observaciones oportunas y sanas sonrisas.

El saber tres idiomas como los sabía, le facilitaba el éxito con los extranjeros. No creo que ningún otro director de cursos haya desempeñado su papel con igual soltura y dignidad.

Los tales cursos tenían lugar los veranos, que en Madrid son de prueba. Se llegaba a las noches con un ansia de respirar el fresco y de gozar de la amistad como en ninguna parte. De las cero a las dos de la madrugada se bendecía la existencia.

Alguno de estos veranos, Salinas me visitaba y leía su último libro de versos. Yo le escuchaba, y... francamente, no le ponía una cara de satisfacción. Por entonces era yo muy exigente y muy duro en mis críticas. Si viviera el pobre Federico García Lorca podría confirmar lo que digo. Quizá pueda decir lo mismo Jorge Guillén. Más de un jarro de agua fría les eché a todos.

Era la juventud, era la intransigencia de la juventud, que no admite más que lo suyo.

Fue al escritor Paulino Masip a quien le oí este acertado calificativo una tarde en que echábamos de menos las perdices de Toledo, los boquerones de Málaga, los chipirones de Bilbao y hasta los «bartolillos» de Botín, célebre tasca madrileña.

Claro que hay una nostalgia gastronómica. Nos sonará un poco a desacato al principio porque a la nostalgia la hemos reverenciado mucho desde el romanticismo. Digno de ella era sólo aquello que estaba nimbado de nobleza o prestigio, como el amor, la juventud, la patria. Hasta nuestros días de destierro nadie habló o escribió —que yo sepa— de la nostalgia promovida por el recuerdo de los manjares, y sobre todo nadie llamó gastronómica a tal nostalgia.

Por si fuera poco el destierro, justificará el ocuparse de nostalgia tan materialista el haber vivido en tiempos de la «fenomenología». Yo la practiqué a mi modo en *El Sol*, periódico madrileño, y mis pequeños aciertos al escribir sobre México se deben —creo yo— a haber discurrido directamente sobre los fenómenos que se me presentaron en este ambiente nuevo para mí.¹⁵¹

Dediquemos, pues, unos momentos a este fenómeno de la nostalgia gastronómica; creo que encierra algo más de lo aparente.

Por lo pronto hay que señalar que no se trata de una nostalgia simple o sencilla. No es que nuestro estómago se acuerde con pena de tal o cual bocado exclusivamente, sino de ellos en tales o cuales lugares.

Yo sé que si me traen un día unas perdices guisadas en Toledo no me van a saber como las comidas allí, en la famosa Venta de Aires. Ya me tiene ocurrido esto con los boquerones, con los chipirones y otros manjares nones, quiero decir impares. Luego, la nostalgia de que hablamos es de manjar y de lugar. Con todo lo que añade el lugar: aire, luz, ambiente, caras, tonos del habla, escenarios.

¹⁵⁰ Publicado con el título «Memorias revueltas. La nostalgia gastronómica», *El Nacional*, México, 30 de diciembre de 1951; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 197-199.

¹⁵¹ Moreno Villa se refiere a la serie de artículos titulados «Estudios superficiales» publicados en *El Sol* de Madrid entre 1926 y 1931, y a los titulados «¿Será esto así? Cosas vistas en México» publicados en *Hoy* y en *El Popular*, México, entre 1937 y 1938, y luego recogidos en *Cornucopia de México*, México, La Casa de España en México, 1940.

Las cosas no se desgajan sin que se desgarren. La tortilla mexicana, puesta en Madrid sola y a la fuerza, no puede saber como aquí. Los tamales de Mérida hay que comerlos en Yucatán, como los vinos franceses hay que beberlos en Francia.

¡Alto!, me dirá alguien, ¡ya quisiéramos poder beber todos los días vinos franceses aquí!

Ya, ya, cómo no —le responderé—; los vinos franceses, los tabacos habanos, los quesos de muchos países, el caviar y muchas otras cosas exportables, precisamente por ser exportables se han convertido en cosmopolitas y no son ya objetos de nostalgia.

La nostalgia gastronómica recae sobre aquello que no se come o se bebe como en el lugar donde se produce. De aquí que se diga: siento no ir a Toledo para comer aquellas perdices estofadas que hacía en la Venta de Aires la misma mujer que se las preparaba a don Antonio Maura cuando iba de cacería.

Con una frase como ésta no se denigra a Toledo, aunque se le subordina. Pero tengamos en cuenta que una ciudad es tanto más interesante cuanto mayor sea el número de cosas apetecibles o dignas de admirar que encierre. Toledo posee cosas que hablan a la imaginación y en general al alma española, pero también otras que afectan gratamente a los sentidos corporales, a la vida material, tan necesaria y hermosa. No seamos parciales ni hipócritas; el hombre bien equilibrado puede hablar con igual entusiasmo de su constitución material como de su constitución espiritual. En nada desmerece si dice: «Quiero ir a Puebla para comer las chalupas del paseo de San Francisco» si también declara que quiere ir para recrearse una vez más en la ornamentación fabulosa de la capilla del Rosario.

Las poblaciones, como las personas, tienen sus gracias menores, es decir, menos llamativas, pero de un valor humano más caliente. Al pensar ahora en Guanajuato recuerdo que allí sirven unos panecillos muy curiosos, de diversas formas y todos pequeños, que son llamados «menudencias». Pues bien, por esas menudencias quiero a Guanajuato con un cariño más familiar.

Repase cada lector en su memoria los encantos menores de las diversas poblaciones que conoce y verá que hay muchas clases de nostalgias además de la gastronómica.

París se apunta los tantos buenos logrados por los artistas que trabajan dentro de ella, vengan de donde vinieren. México parece que no quiere seguir esa norma política y sabia. Al menos por ahora. Tal vez sea prematuro.

Digo esto pensando en mi viejo amigo Luis Buñuel; viejo en amistad, no en años. En mi *Vida en claro* le dediqué algunas líneas al hablar de los estudiantes notables que traté en la Residencia. No quedamos satisfechos de tales líneas ni él ni yo. Quiero ampliarlas.

Y la ampliación de hoy va a ceñirse a un aspecto de su personalidad nada más; a un aspecto persistente a través de los años: el amor al examen minucioso de los mecanismos, ya sea el mecanismo de una escopeta, de un hombre o de un grupo humano. Sin excluir el mecanismo de una rata.

Creo que fijándome bien en esto me explico mejor sus obras.

Durante los años primeros de Buñuel en México, sin trabajo seguido aún, me invitó varias veces a pegar tiros al blanco en un lugar abrupto y bello de la carretera de Toluca. Entonces me di cuenta del cuidado exquisito con que trataba las armas de tiro y del entusiasmo que le producían las variedades mecánicas. Yo tenía un rifle viejo, nunca usado por mí, más un revólver precioso de Eibar, con el nombre de Genaro Estrada, que tenía dentro, desde siete años atrás, unas balas. Se entusiasmó al tocarlos, me los pidió, los desarmó, los engrasó y los dejó como nuevos. A mí me producía cosquillas de gusto en el espinazo el verle manejar las piececitas sueltas e irlas poniendo en su sitio sin titubear. Me fijaba en sus manos y dedos gordetes y no comprendía cómo con aquellos medios, toscos al parecer, podía colocarlos. Fue entonces cuando descubrí o me puse a pensar en que puede haber una conjunción feliz entre lo tosco y lo fino. Después, examinando las obras grabadas por Goya, noté lo mismo. Y llegué a la conclusión de que toda obra de empuje es como la obra de carpintería de un retablo; que en él es tan precisa la tarea dura y bronca del escultor como la fina del pintor.

¹⁵² Publicado con el título «Memorias revueltas. El amigo Luis Buñuel», *El Nacional*, México, 5 de enero de 1952; recogido por primera vez en «José Moreno Villa. Escritos sobre Luis Buñuel», cit., págs. 103-105.



Luis Buñuel.

Durante los años de estudiante había en el cuarto de Buñuel, entre otras cosas, una, dos, tres ratas blancas, a más de unas mariposas. Estudiaba por entonces ciencias naturales. También le vi muchas veces examinando grillos y ranas. Yo no sabía si en aquel cuarto tan limpio y ordenado siempre, Buñuel se divertía o estudiaba. Después he comprendido que aquello era lo que tenía que hacer; y que el aprobar o desaprobar asignaturas era una bobería junto al mandato del instinto y la vocación. Lo que hacía era darse cuenta del mecanismo animal; lo mismo que al enfrascarse en armar y desarmar un revólver, o al encararse con Las Hurdes y huronear en el modo de vivir [de] la gente de aquel increíble rincón de España.

El motor de Buñuel es de carácter científico. Él es en el fondo un investigador. No un policía ni un crítico. No juzga ni censura, expone lo que han visto sus ojos guiados por la intuición del buen investigador. Los que le atacan distan mucho de saber cómo es. Creen que va como sabueso buscando lo que puede ser denigrante. Nada, nada. El investigador no piensa en la bondad ni en la maldad; eso queda para el sociólogo o el moralista. Lo que le interesa es lo absurdo de ciertos fenómenos y el mecanismo de los hechos. Como autor o director de películas no triunfará nunca con argumentos convencionales o falsamente dramáticos, compuestos según reglas manoseadas, sino con los que son frutos de observación directa y apretados hasta que suelten lo verdaderamente interesante, aunque sea sofocante y estridente para las sensibilidades amaneradas. Esas sensibilidades que no resistirían ver la disección en un hospital.

Pues bien, ¿es que al operador vamos a mirarlo o censurarlo según los principios morales de bondad o maldad? ¿No será más justo medir si es operador experto, un técnico?

Desde el año 1917 conozco a este amigo. Lo conozco en muchos aspectos de la vida: como camarada de diversiones, como padre de familia, en viajes, en espectáculos, en sociedad fina o rústica, estudiando o bebiendo. Lo que me parece más personal en él es lo dicho, su afán de dar con la médula de lo que ve, y, para ello, trabajar con gran limpieza y cuidado, eliminando lo inútil, lo anodino, lo vulgar, lo insustancial y lo cursi. Un baturro no puede ser cursi.

El siglo XIX español tuvo Ramones literatos y políticos, pero no tantos como el siglo XX. Yo alcancé a don Ramón de Campoamor, aunque no le conocí personalmente. En los últimos años del XIX era el poeta más popular. Todo ser alfabetizado sabía en España, de memoria, un puñado de *Doloras* y otro de *Humoradas*. Le llegó su momento de mutis o de escotillón y se fue; no sin haber sido un completo representante del ambiente espiritual que dominó en aquellos años de la Regencia.

Los demás Ramones de aquel siglo no alcanzaron tanta popularidad dentro y fuera del país. Estoy seguro de que el nombre de Mesonero Romanos es desconocido por la mayoría de mis lectores.

Pero viene el siglo nuestro y van apareciendo don Ramón del Valle-Inclán (no importa que sea pseudónimo), don Ramón Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala y el que llegó a no necesitar apellidos, el Ramón de Pombo, el de las *Greguerías*, el más fecundo escritor de nuestro tiempo.

Nunca me he explicado tal avalancha de Ramones. El nombre es muy asturiano, y en Asturias se usa el diminutivo Ramonín en vez de Ramoncito.

Campoamor era asturiano, como Menéndez Pidal y Pérez de Ayala; pero Valle-Inclán, Juan Ramón y Gómez de la Serna vieron la luz en sitios muy distantes y diversos: en Galicia, en Palos de Moguer y en Madrid. La floración ramoniana se extiende por toda España. Parecía una cosa de moda. Ya no recuerdo todos los literatos de menor nombradía que fui conociendo. Me acuden a la pluma en este momento sólo dos: Ramón Tenreiro y Ramón Iglesias, gallegos también. En don Santiago Ramón y Cajal, el nombre en comentario fue apellidado.

He venido a pensar en los Ramones por haber releído ahora el *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, inducido por un artículo de Vasconcelos que hablaba de Lorens y su visión de México; también porque la juventud filosófica de la capital mexicana insiste de

¹⁵³ Publicado con el título «Memorias revueltas. Los Ramones de mi tiempo», *El Nacional*, México, 13 de enero de 1952.

nuevo este año en que todos volvamos a recapacitar sobre el tema «lo mexicano».¹⁵⁴

Destacaré, pues, del alud ramonístico al Ramón de las barbas de chivo que decía Rubén Darío. Tengo la sensación de que su figura ha de interesar mucho todavía a las naciones americanas. Y ha de interesar porque a él le interesaban ellas como a ningún otro español, con un interés más hondo que el puramente literario.

En los últimos años de su vida estuvo a punto de volver a México. Me consta por cartas cruzadas con Genaro Estrada, que algún día publicaré.

¿Qué imán tuvo para él este continente? Nunca le hice esta pregunta, que tanto nos interesaría en este momento; pero por detalles esporádicos de nuestras charlas —que no fueron muy seguidas— vislumbro que le fascinaban en estas tierras su estado revolucionario de formación, su desajuste y sus enormes posibilidades.

Valle-Inclán tenía alma de aventurero. Hubiera querido ser un caballero Casanova y un guerrillero. No le secundaba su naturaleza, su complexión física. Por ella y por sus barbas mosaicas, su falta de un brazo y su atuendo en general, estuvo siempre más cerca de don Quijote que de un poderoso paladín.

Durante los últimos años de la revista *España* pasé grandes ratos con él, mientras le hacía retratos al óleo Juan de Echevarría, el lento pintor amigo de los literatos.¹⁵⁵ Primeramente le pintaba en la redacción de la revista, después en su estudio. En uno de los retratos se ve a don Ramón con gran capote de campaña y erguido como un mariscal de campo. No sé si la idea de tal actitud e

¹⁵⁴ Moreno Villa se refiere, sobre todo, a su cercanía con el grupo Hiperión, formado por Samuel Ramos y Leopoldo Zea, entre otros; a la aparición de una nueva colección editorial titulada México y lo Mexicano, en la que se volvió a imprimir *Cornucopia de México* (núm. 5, México, Porrúa y Obregón, 1950), y a que, en este año de 1952 se celebró un congreso sobre «Lo mexicano» en la Universidad de México organizado por Leopoldo Zea, en el cual Moreno Villa leyó su ponencia «Tras un dibujo del mexicano y, si se quiere, de lo mexicano», luego publicado en *Revista de Guatemala*, vol. 2, núm. 5, Ciudad de Guatemala, 1952.

¹⁵⁵ Moreno Villa publicará «Comentarios a la exposición de Juan de Echevarría» precisamente en la revista *España*, Madrid, 19 de febrero de 1923; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 269-272.

indumentaria partió de él o del pintor; de cualquier modo es un retrato psicológico.

También charlé con él un día en su casa, estando encamado, enfermo. Entonces le vi más Quijote que nunca, tanto por la corrección y énfasis de su lenguaje como por su extrema delgadez; bajo las sábanas parecía no existir cuerpo alguno.

Nunca me expliqué de dónde sacaba tanto espíritu para la controversia o la plática iluminada, ni cómo llegó a vivir los años que vivió con aquel cuerpo tan pobre, enfermizo y hasta mal alimentado a veces. Porque don Ramón atravesaba épocas de gran penuria, en que parecía simular haber comido como nuestros clásicos hidalgos.

A todo esto no he dicho nada de su *Tirano Banderas*. Ya lo diré.

Sigo con Valle-Inclán, que a pesar de sus defectos está vivo. Es muy americano, y sobre todo muy mexicano. Mucho más que Alarcón.

Sus defectos provienen del mal gusto literario que aprendió en algunos autores al finalizar el siglo XIX. Una tendencia irresistible hacia la adjetivación rebuscada es quizás lo más característico de aquel mal gusto. ¿Quién se atreve hoy a escribir frases como éstas?: «los torpes conceptos vetustos, celebraba con risa natural y bina-ria»; «en la turquesa del día, orfeón van sus gruñidos de marranos»; «la mueca verde remegía los venenos de una beta aún soturna y lar-bada en los repliegues del ánimo: Diseñaba la vírgula de un sar-casmo hipocondríaco».

Las tres frases están tomadas de *Tirano Banderas*, que sin disputa se puede considerar como el primer libro americano escrito por un español.

¿Por qué una afirmación tan rotunda? ¡No tenía ya escrita también la novelita sobre «La Niña Chole» (*Sonata de estío*)!

Sí, pero la idea, la ocurrencia genial que preside en *Tirano Banderas*, no aparece aún cuajada en la otra novela. Y esa idea es lo que da mayor importancia a la obra. No sé lo que medió entre la escritura de ambas, cuánto tiempo; sea el que fuese, durante él fue naciéndole a Valle el deseo de recoger en una obra las variedades lingüísticas y folklóricas de todo este mundo nuevo y lejano. Recoger las bien trabadas, en una composición armónica, no como puede recogerlas un filólogo o un costumbrista. En esto estriba la genialidad de la obra.

Valle se tuvo que remontar sobre éste contingente como un águila. Se nota en la obra que lo mejor conocido para él era lo mexicano, pero con suma amabilidad se vale de lo poco o mucho que conoció de las otras repúblicas hermanas.

¹⁵⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. Americanismo y mexicanismo de Valle-Inclán», *El Nacional*, México, 20 de enero de 1952; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 205-207.

Sin que termine en esto el ensayo genial. No se contenta el autor con escribir una novela americana y con elementos orales o plásticos de aquí, sino que aspira a escribirla en un lenguaje abierto y grande, capaz de sumar con lo español todos los elementos genuinos de acá. Un lenguaje futuro, como si dijéramos, que tal vez no se realice, pero que revela una aspiración grande y generosa en el autor.

Valle-Inclán sabía levantarse sobre las observaciones y hacer síntesis. Ahí está «El Ruedo Ibérico», otra visión sintética, aunque con la nueva modalidad suya de última hora: el esperpento.

Respecto a su mexicanismo, bueno sería examinarlo detenidamente. En carta que tengo a la vista dice: «Ya hacía propósitos de poder embarcarme para nuestro México en el próximo octubre...». El nuestro aquí no me suena a cumplimiento amistoso; sé que este país le fascinaba. Su recuerdo le quedó para toda la vida. En la Sonata de la Niña Chole quedan testimonios biográficos y observaciones reales. Debíó haber vivido más tiempo en tierras jarachas que en la alta meseta. Desembarca en San Juan Tuxtlan (¿no será San Andrés?). En seguida le impresionan las criollas, «ataviadas con graciosa ingenuidad de estatuas clásicas, cabello suelto, hombros desnudos, velados apenas por rebocillo de transparente seda». Recorre extensas llanuras de Tierra Caliente, «plantíos que no acababan nunca de henequén y caña dulce». Va a las ruinas de Tequil. La niña Chole se le apareció entre pirámides como una Salambó. La Niña tenía «esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud estática y sagrada de la raza maya, raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la Asiria».

Al describir la llegada a Veracruz siente como una emoción religiosa y recuerda lecturas hechas en la infancia que le habían despertado el ansia de conocer aquella tierra hija del sol; «Narraciones medio históricas, medio novelescas, en que siempre se dibujaban hombres de tez cobriza, tristes y silenciosos como cumple a los héroes vencidos, y selvas vírgenes pobladas de pájaros de brillante plumaje, y mujeres como la Niña Chole».

Aquí tenemos ya revelado el misterio. Estas lecturas infantiles obraron en Valle-Inclán el mismo efecto que en Santa Teresa los

libros de Caballería. Valle penetró en el país conociendo ya su atractivo, encendido por sus relatos. «Yo —dice—, español y caballero, sentía el corazón henchido de entusiasmo, y poblada de visiones gloriosas la mente, y la memoria de recuerdos históricos. La imaginación exaltada me fingía al aventurero extremeño... Yo iba a desembarcar en aquella playa sagrada, siguiendo los impulsos de una vida errante, y al perderme, quizá para siempre, en la vastedad del viejo Imperio Azteca, sentía levantarse en mi alma de aventurero, de hidalgo y de cristiano el rumor augusto de la Historia».

¿Qué más podemos pedir? Así dejó aclarado su amor a México, su psicología y el germen de su novela.

Este hombre de pequeña estatura y sordo como una esponja (¿por qué ha de ser siempre como una tapia?), sostiene sobre sus hombros una cabeza bien dada, es decir, superior a su cuerpo.

Aunque empiezo a escribir esta nota de tal manera, no estoy en plan de hacer su caricatura. Cada día estimo más su valer y lo útil de su labor. Una labor tenaz, de minero y espigador a la vez, que posee una brújula para orientarse en los inmensos campos de la literatura y la producción artística. Guillermo es un historiador —con crítica— de los movimientos contradictorios, apasionados y numerosos de nuestra época. Los ha venido siguiendo con tenacidad ejemplar desde que se inició en las letras. Dejó la poesía por el estudio, se casó con una angelical pintora, se encerró en su silencio involuntario —el de la sordera—, y se puso a oír por los ojos todo lo que decían los libros y los cuadros; más todo lo que propugnan los autores de los cuadros y los libros.

Enorme tarea, muy superior a la de aquellos exégetas literarios de hace un siglo, porque la producción actual es infinitamente mayor. Para informarse bien de lo que se escribe en nuestro tiempo hay que tener ojos de obsidiana, de piedra resistente al frotamiento de tanta letra.

Me acaba de llegar su último libro, titulado *Problemática de la literatura*.¹⁵⁸ No lo he comenzado a leer. Me impresiona ya el índice. Es de un interés embriagante. Abarca todos los conflictos que rodean al hombre espiritual que profesa el arte o la escritura. Problemas de orden estético que se cruzan con los de orden ético y político. Sería intolerable copiar aquí todos los atractivos enunciados del índice; por los que figuran en la última parte, que se titula «Conclusión», y por algún otro salpicado puede juzgarse: De la gratuidad a la responsabilidad. Imposibilidad de una literatura antiliteraria. Órbitas culturales y contraste de direcciones. Muerte o metamorfosis de la literatura. Formas y mitos. ¿Adónde va la literatura?

¹⁵⁷ Publicado con el título «Notas ocasionales. Labor penetrante de Guillermo de Torre», *El Nacional*, México, 27 de enero de 1952.

¹⁵⁸ Guillermo de Torre, *Problemática de la literatura*, Buenos Aires, Losada, 1951.

Éstos son los enunciados de la conclusión; ahora, algunos sueltos: La literatura comprometida. La traición de los intelectuales. ¿Son culpables los supuestos «irresponsables»? Deber de fidelidad a la época. El arte al «servicio de...» y el «arte por el arte».

Con éstos creo que basta, pero los puntos y temas son muchos más. Lo mismo se ocupa Guillermo de la existencia como cambio, que de la razón vital y la razón histórica, o de las perspectivas del superracionalismo. Cada título es una sugestión. Es muy posible que en sucesivas notas tenga que partir de alguno de ellos.

Por hoy no más que acusar la presencia de un libro intenso y documentado, polémico también, ya que el presentar los problemas no es precisamente resolverlos enteramente. Además, por muy neutral o imparcial que quiera ser un escritor al enjuiciar la vida contemporánea, siempre acusará de algún modo su inclinación.

Conozco de antiguo a Guillermo de Torre, podría decir de antemano hacia qué platillo de la balanza se inclinará discretamente su dictamen; pero es obligatorio informar al lector seriamente, no con supuestos. Desde que no nos vemos —va para quince años— han ocurrido muchas cosas importantes en nuestras vidas. ¿Quién quita que mi amigo no vea hoy los acontecimientos de otro modo que ayer?

De todos modos, lo más importante en esta clase de obras es que plantee las cuestiones con claridad y profundidad, que eche luz sobre conceptos que han venido usándose sin precisión y que nos entregue un cuadro orgánico.

En México existe hoy un núcleo de filósofos jóvenes interesados por la problemática de la literatura, del arte y hasta de la filosofía. Son los que ahora se encaran con el problema de «lo mexicano», en una serie de conferencias donde este ya viejo escritor, amigo de Guillermo de Torre, se ve comprometido a leer algunas cuartillas. Ellos han de recibir el libro del sordito manchego con verdadero alborozo juvenil.¹⁵⁹

¹⁵⁹ Véase la nota 174, pág. 570.

León Felipe subió al tablado de la farsa donde estaba Christopher Fry, el joven dramaturgo inglés, moviéndose y vociferando. León, como si fuese médico, le agarró la mano y le tomó el pulso. Después le miró fijamente y lanzó esta frase enigmática: «¿Christopher?... ¿Usted no se llamaba Juan?».

Asiendo su bastón como para emprender la marcha, dio media vuelta, bajó del tablado, salió a la calle y se sumió en la noche.

Hablaba consigo: «Cristóbal, sí, Cristóbal. No Juan, aunque se le parece. Cristóbal, como el gigante que cargó con el Niño, y como el navegante que caminó sobre las aguas solitarias hasta la tierra que yacía agazapada en el revés de la tierra... Pero Juan... ¿no era el precursor? Lo parecía. Juan se parecía a Cristóbal; sólo que desvariaba, tenía el pulso dislocado. Y el de este Cristóbal martillea con regularidad».

Se sentó en un banco de la Alameda, llamó a un bolero y le dijo: «Límpieme el calzado, échale grasa, tengo mucho que andar y quiero pisar con zapatos limpios. No basta con tener limpios los ojos, hay que pisar con limpieza».

El betunero le miraba extrañado y sonriente, pensando si estaría marihuano, loco o simplemente vacilador. León no le veía, continuaba dentro de sí, conversando con este Christopher, con la dama que iba a quemar y con el héroe vagabundo que pide horca, horca, horca sin indagaciones. De repente exclama: «¿Y yo, León, no estoy dentro de este mundo? ¿No suena mi voz en la garganta de Cristóbal Fry? En la tierra hay ejemplares duplicados».

El bolero seguía limpiando y riendo solapadamente. Le divertía este señor de la barba y el cayado nudoso. León continuaba: «Hombres duplicados, sí. Pocos, pero hay. Hay hombres-niños, hombres-mujeres, y unos pocos hombres-hombres, con voz recia y decidida, que piden lo que debe haber».

Los zapatos estaban listos para pisar con limpieza. Pagó León y se puso en marcha. El disco de su monólogo continuaba girando:

¹⁶⁰ Publicado con el título «Notas ocasionales. Christopher y León», *El Nacional*, México, 23 de marzo de 1952.

«Yo tomo la palabra de Fry, la de mi pulso. Es mi voz. Cantaremos a dos voces: la suya, para el mundo inglés; la mía, para la otra mitad de la manzana».

«La manzana... he aquí el problema. ¿Está podrida? Todo es sombra; hay que echar luz sobre las sombras. ¿No serán manchas superficiales, sobre la cutícula nada más? Tal vez con una inyección de vitaminas en la médula del manzano... Amor, vitamina... con la aguja inyectora de la voz. Voz de hombre-hombre».



He visto la comedia de Christopher Fry vertida al castellano por mi querido amigo León Felipe y no puedo decir cuántos años hace que no se cumplía en mí una satisfacción de orden farandulero como en estos momentos.¹⁶¹

Sala chiquita, escenario chiquito... No importa. Los actores muy bien. ¿Para qué los reparos minúsculos cuando consiguen realzar los valores de la palabra hablada y de las intenciones?

El poeta mexicano Juan José Arreola comenta en algún periódico el timbre y el peso de los vocablos de León Felipe en esta versión. Es cierto. Los escritores teatrales de tipo prosaico venían sirviendo sus producciones en una jerga vulgar, descamisada, sin el justo énfasis que exige el teatro. Las palabras de León suenan como las mejores monedas de ley. Suenan tan bien que las almas pueriles comentan: «León ha puesto mucho suyo». ¡Claro que ha puesto!... pero no lo que ustedes quieren dar a entender, sino un vocabulario alzado y puro, no el de los traductores adocenados. Es poeta y poeta épico, que declama sus versos y sabe lo que llega a las multitudes. Sabe que las palabras justas y sueltas como las monedas tocan al alma por su valor fonético y su entonación.

Al salir del teatro y venir rumiando lo visto y vivido, discurrí que mi mejor comentario podría ser evocar la entrevista de Cristóbal Fry con León Felipe.

¹⁶¹ Se refiere a la obra teatral *Que no quemén a la dama*, de Christopher Fry, traducida por León Felipe.

La entrevista no ha tenido lugar más que en mi cabeza, pero yo la creo verdadera y ocurrida. Conozco —creo conocerlo— a León y poder colgarle un monólogo suyo no hecho por él. No creo que me lo rechace ni declare apócrifo. De hacer tales cosas me obligaría a explicarle cómo piensa, cómo camina y cómo se porta con los betuneros.

Por la revista literaria *Ínsula* y por una carta de Jiménez Fraud, que sigue en Oxford, sé de dos acontecimientos literarios: el éxito de Galdós —¡ahora!—, y el éxito de Gerald Brenan con su *The Literature of the Spanish People*.¹⁶³

Este mismo Brenan ha prologado la traducción de la obra galdosiana *La de Bringas*, perfectamente vertida por Gamel Woolsey, con el título de *La manirrota* (*The Spendthrifts*), e ilustrada por Charles Mozley.

El *Times Literary Supplement*, tras elogiar el «calor humano de Galdós, su simpatía cervantesca, su gracia y su ingenio», pide a los editores que sigan traduciendo sus novelas, ya que ésta se ha vendido en forma extraordinaria. Añadamos: «Y no siendo la mejor de sus obras».

Brenan, por lo que veo, es una figura de importancia hoy en el medio literario inglés. No le conocía. Conozco a otros profesores y escritores hispanistas, como Trend, Wilson, pero de Brenan únicamente lo que sigue: el año pasado recibí un libro titulado: *The Face of Spain* con una expresiva dedicatoria manuscrita, que terminaba: «de su admirador y (casi) conciudadano, pues vivo en Churriana, Málaga, Gerald Brenan». ¹⁶⁴

Me pregunté quién sería este escritor y dónde podría contestarle. Descifré lo que me interesaba primordialmente en el libro —ya que leo muy poco el inglés—, supe que había comprado la casa inmediata a la que fue nuestra; supe que vivió en Málaga durante los días terribles de la guerra civil y que había visto mucha hambre en la población.

Esto fue todo. Al cabo del tiempo, en la última carta de Jiménez Fraud, me dice: «Quien te cita también con mucho elogio es Gerald Brenan en la *Literatura del pueblo español*, que publicó hace poco y ha tenido mucho éxito, a pesar de ser un libro caro».

Al día siguiente de recibir esta carta leo en un artículo de Antonio Mejía enviado desde Londres a la revista madrileña *Ínsula*: «La

¹⁶² «Los ingleses y nuestra literatura», *El Nacional*, México, 6 de abril de 1952.

¹⁶³ Gerald Brenan, *The Literature of the Spanish People: From Roman Times to the Present Day*, Cambridge, Cambridge University Press, 1951.

¹⁶⁴ Gerald Brenan, *The Face of Spain*, Londres, Turnstile Press, 1950.

obra más importante del año es *The Literature of the Spanish People*». No pude reprimir una exclamación, ¡Diablo! ¡Al fin se acuerdan de uno! Y la revista española ha tenido que estampar mi nombre.

Leyendo la detallada información del cronista veo que el libro obedece a un concepto personal muy distinto del que preside los enfadosos manuales. Por lo pronto, el título es significativo, no se llama «Historia de la literatura española», sino «Literatura del pueblo español». Y es que se ocupa de los escritores españoles de todos los tiempos, hayan escrito en latín, en árabe o en español. Se ve que el hombre busca al hombre español, en lo profundo porque, además, elimina a unos y deja a otros; así, entre los hispanolatinos, presenta a Quintiliano y Marcial, eliminando a Séneca y Lucano. Y de entre los escritores del 98 y siguientes, suprime a Azorín, Ors, Pérez de Ayala y Miró. Gómez de la Serna y yo cerramos esta historia.

El cronista de *Ínsula* finge no entender que el autor hace estas eliminaciones con propósito deliberado, pues dice: «No obstante estos huecos, todos fáciles de llenar en una segunda edición, la historia de Brenan es un libro enjundioso y hermoso, en manera alguna pensado para que sea libro de texto, sino trabajado como ensayos directos (queremos decir: directamente sacados del estudio inmediato de nuestras letras), y por lo mismo con visiones muy personales y originales».

Debe haber armado cierto revuelo en España esta obra, según se trasluce en párrafos del cronista, como éste: «Pero a la vuelta de esta y otras herejías, ¡cuán clara y profunda vista muestra el historiador en la inmensa mayoría de sus ensayos! Esto es precisamente uno de los encantos de la muy excelente obra [...]. En conjunto y en muchas de sus partes, esta historia se sostiene como un estudio atentísimo, agudo y talentudo de nuestra literatura».

Jiménez me anuncia también el envío de dos folletos de Trend, uno de los cuales estudia a García Lorca.

Todas estas noticias me emocionan como español y como individuo. El reconocimiento de Galdós por los ingleses es de trascendencia. Su obra se derramará por medio mundo y con todo derecho. Muchas de sus novelas se igualan o superan a las mejores del novelesco siglo XIX. Y su estilo es fácil de traducir; carece de tonterías estilísticas, marcha por los lisos rieles de los clásicos.

Al llegar a Madrid el académico de la Lengua señor González Amezuía declara entre otras cosas que México D. F. cuenta con muchas librerías. Es verdad. Y esto me trae a la memoria lo contrario: las pocas que encontré en la capital hace quince años. En estos años se ha operado la gran transformación mexicana en muchos órdenes, y he tenido la fortuna de vivirla.

Genaro Estrada me presentó en los dos establecimientos de los hermanos Porrúa. Él iba todas las tardes un rato a la que fue librería de Robredo, ya en poder de don José Porrúa, que estaba y está en la esquina de Argentina y Guatemala. El aspecto del local era bastante sórdido, polvoriento y oscuro. Como de librería de viejo.

A Estrada le gustaron siempre estos almacenes de tesoros insospechados; a mí, nada. Los libros viejos me parecen momias. Pellejos y huesos horripilantes como los que ven los turistas en Guanajuato o en aquella iglesia de Toledo que sólo podían verse metiéndose por el ara de un altar.

En la librería de don José tuve sin embargo un encuentro de cierta importancia para mí: un ejemplar del *Catálogo de los dibujos del Instituto Jovellanos*, que hice en Gijón el año 1921 y fue publicado por la Diputación, Ayuntamiento y particulares en 1926. Libro de importancia histórica hoy porque todos los dibujos aquellos se quemaron durante la guerra civil. Los fotografié todos, pero ¡quién sabe en qué manos amigas o enemigas están las placas! Quedaron con todas mis cosas en Madrid.¹⁶⁶

Don José Porrúa era grueso, bonachón y estrábico. Su estrabismo me desconcertaba tanto como la sordera de Manuel Toussaint.

¹⁶⁵ Publicado con el título «Memorias revueltas. Librerías, y restaurantes», *El Nacional*, México, 16 de marzo de 1952; recogido por primera vez en *Nueva cornucopia mexicana*, cit., págs. 285-287.

¹⁶⁶ Parte de las «cosas» que dejó en su cuarto de la Residencia de Estudiantes de Madrid: óleos, dibujos, grabados, manuscritos, fueron custodiados y depositados años más tarde en instituciones públicas. Otras, van surgiendo aquí y allá y también van siendo recuperadas. Ésta es una historia larga y casi novelesca que quizás algún día pueda ser reconstruida en su totalidad.

Eso de no saber si le miran a uno resulta tan inquietante como el no saber si nos oyen al hablar.

Don José consideraba mucho a Genaro Estrada. Con éste, de director, inició por entonces una serie de libros de historia. Fue un éxito, pero Genaro no pudo gozarlo. Apenas vería dos o tres tomos, y le sustituyó en la dirección de publicaciones el amigo Silvio Zavala. Pocos años después murió también don José y ya desde entonces volví poco por la librería. Con los hijos Pepe y Rafael conservo amistad. Pepe, impulsado por las innovaciones de estos años, abrió hace poco una librería moderna, limpia, en una arteria mayor de México, en la avenida Juárez, asociado con Obregón, joven dinámico y atento. Rafael se quedó en la casa matriz, remozada, más alegre que en los años de mi llegada.

El primero de los Porrúa que vio la necesidad de salirse a los medios —como dice la gente de toros— fue Manuel, vástago de la otra rama de esta familia, espíritu inquieto, vivaz. Él se estableció en la calle de Cinco de Mayo. Todos prosperan.

Prosperan, pero perdieron el ser casi los únicos libreros y editores de México, con Botas y Herrero. Las librerías se multiplicaron con la llegada de los refugiados. Nacieron como por encanto, y las editoriales. La segunda guerra grande contribuyó mucho a este fenómeno, por la afluencia de capitales y de gente con dinero acostumbrada a comprar libros caros, de lujo. Después de esa guerra el mercado mundial vive de preciosos libros de arte. Yo no sé quién los compra, pero cada día vienen más y se consumen. Yo me siento a verlos en la Librería Madero, de mis amigos Espresate y Naval. Es la que tengo más cerca de mi camión. Además, como españoles exiliados, hablan de España y de su gente, cosa necesaria de vez en cuando y metiendo freno.

Corren las líneas y no he dicho nada de los restaurantes. Éstos han crecido, se han multiplicado tanto como las librerías. Es lo natural, tenían que emparejarse, porque no sólo de libros vive el hombre, necesita pan.

El mismo Genaro Estrada me condujo a Prendes. Fue el primer restaurante que pisé en México. Los Prendes o sucesores eran también asturianos, como los Porrúa. Prendes era el mejor de los

restaurantes; sus manjares eran de garantía y no caros. Estaba lleno de turistas yanquis, de ricos mexicanos y de gente conocida en los medios de arte y literatura. Allí conocí al Doctor Atl, muy mussolinesco por entonces. Allí me tropecé con la gringa llamada por mí Jacinta *la pelirroja*, mi amor de diez años antes.

Sigue el desfile hacia el definitivo pasado. Y es natural, muchos de los que salimos de España estábamos muy próximos a la vejez. Y han pasado quince años. Y los maduros y supermaduros no han dejado de trabajar.

Hemos enterrado al amigo Luis Á. Santullano. Será un alivio recordarlo treinta años atrás, cuando subió a la Colina de los Chopos a instalarse provisionalmente en el primer pabellón edificado para Residencia de Estudiantes.

La vida le destinó a ser un avanzado en las empresas culturales, un capitán ejecutivo y optimista que cumplía gozoso los mandatos porque su clara conciencia estaba acorde con las conciencias de unos hombres a quienes veneraba, don Francisco Giner y don Manuel B. Cossío, los maestros de la España moderna, vencida hoy por lo que todos sabemos.

Santullano —¿en el once de este siglo?— subió a la Colina de los Chopos, bautizada así por Juan Ramón Jiménez, que fue el primer acogido en aquel pabellón a medio terminar. Les visité por sorpresa a la hora de comer. La luz entraba fulminante en el cuarto. Posiblemente no era así, pero la impresión conservada es de que Santullano, Juan Ramón, la mujer del primero y sus hijas estaban vestidos de blanco. Todo era luminoso y alegre. Juan Ramón estaba en vena y Santullano sonreía.

Esta sonrisa había de ser la que lo definiera para mí a lo largo de la vida, junto a su firmeza moral.

¿Por qué? ¿No hay mucha gente que sonrío?

Claro que sí; pero a que no es lo mismo la sonrisa de Roosevelt que la de Truman.

Es muy difícil diferenciar las sonrisas por medio de frases, pero aventuro esta definición: Santullano sonreía y reía desde abajo. ¿Qué quiero decir? Mucho en poco, como se acostumbra en poesía.

¹⁶⁷ Publicado con el título «Memorias revueltas. Firmeza y sonrisa de Santullano», *El Nacional*, México, 18 de mayo de 1952; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 213-215.

Desde abajo, porque su estatura era mediana; desde abajo, porque era modesto; desde abajo, porque admiraba los fulgores de la inteligencia ajena y disfrutaba con ella.

Esta condición de admirar gozosamente resulta muy rara en los medios intelectuales, nublados de envidias y celos. ¡Cuántas dedicatorias en los libros mienten por servirse del vocablo «admiración»!

¿Cuántos admiramos sin reservas? Santullano fue de los pocos. Admiraba y gozaba riendo lo mismo si tenía delante a un chico que a un santón, siempre que uno y otro destellasen inteligencia y gracia.

A lo largo de veinte años le vi delante de niños y de altas personalidades. Algunas veces me tengo dicho: «Qué bueno si la pedagogía formase muchas criaturas como Santullano».

Sí, porque la pedagogía no le había tocado con sus defectos de pedantería, de sabihondez aburrida y manoseada. Por algo era escritor, es decir, hombre que antes de escribir piensa y mide, hombre que no se deja arrastrar por el lugar común, hombre que tiene una trayectoria o norma de conducta.

Sonrisa gozosa y continuidad moral. Esto segundo no es extraño en un español; la moral en nosotros llega a ser perniciosa, originando fanatismo e intransigencia.

Santullano estaba en la línea moral de los «erasmistas», como llamaban los de Falange a los institucionistas. Por esa moral estaba en el destierro; no por pertenecer a partido político.

Esto requiere unas palabras más. No pertenecía a ningún partido de los que luchan en las elecciones, pero sí a un grupo muy político en el fondo, cuyo ideal se cifraba en la honda transformación de España por medio de la educación, la cultura. Aun hoy, nuestros enemigos y señores de la vida española se han tenido que apoyar en las instituciones creadas por ese grupo, aunque deformándolas e inyectándoles otro espíritu. ¿Quién creó en España el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Cajal, el de Física y Química, las Residencias de Estudiantes, el Instituto-Escuela, las Misiones Pedagógicas, etc., sino el hontanar de la Institución Libre de Enseñanza?

Santullano fue un abnegado proseguidor de la obra emprendida por Giner, Cossío, Castillejo, Alberto Jiménez. Su calidad moral y su sonrisa gozosa no podrán olvidarse. No las olvidarán sus amigos, no las olvidará nuestro Alfonso Reyes, que conociéndolas de antiguo, le sentó en un despacho de El Colegio de México para atender, escuchar y comprender al visitante, para opinar sobre cosas diversas de un organismo parecido a los muy conocidos por él. Como ayudante político, en suma.

México me regala con muchos sobrinos, creo que son cuarenta y cinco. Todos nietos de Nieto, prócer, esto es, personalidad eminente, en la diplomacia y en el gobierno durante unos años prehistóricos para mi vida mexicana.

Entre todos estos sobrinos despunta por ahora Tita Valencia que, al suprimir su segundo apellido —Nieto—, parece indicar que quiere hacer subir lo más alto que pueda el de su difunto padre.

Tita es un primor de alma y de figura en sus quince primaveras. Físicamente engarza con las otras primas que salen a la abuelita, Ester del Castillo, viuda de Nieto. Linda rama. No sé si la belleza va siempre acompañada de música —tal vez, ¡quién sabe!—, pero en este caso, sí. Nuestra Tita sintió desde sus primeros años que la música era su vida, como si su sangre se moviese sólo a impulsos melódicos.

Tita se presentó anoche —11 de junio de 1952— como solista de piano entre músicos de la Orquesta Sinfónica Nacional y ante un público que llenaba totalmente la Sala Chopin. Si no me hubiese impresionado tanto, no figuraría en este registro de mis memorias. Creo que lo familiar no me ofusca, pero uno puede engañarse, sobre todo si pisa un terreno que no es el suyo. Y el mío no es precisamente el musical.

De todos modos, aunque no pretendo suplantarlo a los críticos de música, lo cual sería ofender a mi amigo Baqueiro Fóster, me aventuro a predecirle a mi sobrina Tita un brillante porvenir.

Y voy a decirle por qué. Voy a hablarle desde un terreno más mío, el de la pintura. O de otro, más mío aún, el de la poesía.

En uno y en otro hay cosas que se pueden aplicar al de la música. El poeta y el pintor saben que para un poema largo y para un cuadro de dimensiones y gran composición se necesita más aliento y abundancia de recursos que para un poema corto y un cuadro de pocos elementos compositivos. Teniendo esto presente, o casi olvidado de puro sabido, ambos podrán apreciar en una faena pianística

¹⁶⁸ Publicado con el título «Memorias revueltas. Mi sobrina Tita Valencia», *El Nacional*, México, 15 de junio de 1952.

de verdadera prueba la capacidad y los recursos del ejecutante, su sensibilidad y su resistencia. Para ello no necesitan ser críticos de música. Yo añadiría que también pueden apreciar otros detalles que tendrán sus nombres técnicos, y que por ignorarlos me restrinjo a llamarlos ajustes, soldaduras; los hay en las artes de pintar y de ver-sificar. La superficie teñida con un color tiene que ajustarse perfectamente con la del color vecino en el límite donde coinciden.

Baste con esto, para no ser pesado ni confuso. Las tres piezas del concierto eran largas y difíciles. Las manos femeninas y juveniles no titubearon, no se aflojaron, estuvieron siempre tensas y dispuestas para lo duro y lo suave, maestras de sí mismas. Como en muchas ocasiones semejantes, me embargaba el temor de que un calambre pudiese agarrotar un dedo y producir el desastre. Hay momentos en que el espectador y oyente vive suspendido por ese temor, sobre todo en aquellos que se desarrollan como desbocados, en ríos de notas que suben y bajan a lo más alto y lo más bajo. ¿Qué puede pasar en tales alturas vertiginosas? Es lo que nos preguntamos al volar en avión.

Tita salió de todos los trances airosamente y con una sencillez o naturalidad que me sorprendieron. Parecía que no le costaba trabajo. Y de esta naturalidad todos sabemos algo: es la sencillez del dominio.

¿Qué será de esta niña a lo largo de su carrera? Casi tanto como en la expresividad de sus dedos sobre las teclas leo en la mirada de sus ojos claros, alegremente dulces, de reconcentrada sonrisa. Leo que tiene un alma tenaz y confiada.

«Qué valiente es», me dije cuando apareció ante el público; y al estar recibiendo los aplausos del final repetí corrigiendo: «Qué valiente, pero emocionada».

«Ha estado divino», decía ella después. Y aunque esta expresión aflora hoy en demasía por las bocas juveniles, creo que en la suya reflejaba más verdad; debió de sentirse como llegando al paraíso. Y a nosotros nos pareció que su figurita blanca y rubia pisaba el primer escalón de la gloria conmovida por aleluyas, miradas radiantes y palmas.

Hablando con alguien de las caídas que ambos habíamos sufrido a lo largo de la existencia, cité primero mi última, tenida en México, hace unos cuatro años. Pudo ser mortal; pero la suerte me libró de la muerte.

Habíamos estado celebrando el día de Isabel Custodio en un alto piso no sé si tercero o cuarto. Álvaro, su marido, me acompañó hasta la puerta del piso. Cuando me vio con la mano en la barandilla de la escalera, cerró la puerta y me quedé completamente a oscuras. Era pasada la media noche. Y era la primera vez que yo descendía por tales escalones. Durante la subida no tuve la precaución de estudiar la forma en que se desarrollaban, sobre todo en el último tramo.

Mi mano izquierda no se agarró más que levemente al pasamanos y mi pie derecho se lanzó confiado como si fuese sobre un escalón normal. Pero no lo era, sino de esos en forma de abanico que en la parte de conjunción con el eje de la escalera no ofrecen casi punto de apoyo. Y me fui al vacío. Al oscuro vacío, con la mano derecha extendida para recibir el primer encontronazo. Éste fue tan violento, que me hizo girar y caer de espaldas sobre los escalones del segundo tramo. Mi espina dorsal hizo de freno, y mientras iba frenando pensaba yo que algo en mi cuerpo quedaría en mal estado. La conciencia permanecía despierta y el ánimo tranquilo hasta lo inverosímil. A poco se detuvo mi cuerpo en una pared del segundo descansillo. Di unas voces, salió Juana Buñuel del piso de los Custodio, me ayudó a subir y, aunque con intensos dolores en los dedos y la palma de la mano derecha, comprobamos que no me había roto nada con el acrobatismo involuntario. Y ya tenía mis sesenta y un años.

Otra caída morrocotuda me ocurrió en París, cuando la Exposición Internacional del año 1925. Íbamos a tomar un largo tranvía, José María Hinojosa y yo, en el momento de arrancar. Él tuvo tiempo de montar, pero yo no logré más que asirme a las agarraderas del estri-

¹⁶⁹ Publicado con el título «Memorias revueltas. Caídas con suerte», *El Nacional*, México, 22 de junio de 1952.

bo. En vano mis pies quisieron ganar en velocidad al vehículo; me arrastraba. Entonces, discurrí que sería muy práctico dar un pequeño giro al cuerpo, de modo que quedase de cara al cielo, como haciendo el muerto en el mar y, en tal postura, mover los pies alternativamente, corriendo sobre los talones. Me salió bien la medida táctica. Pero inmediatamente me asaltó el temor de que una piedad se me fuese hacia las ruedas. Y se me fue, sólo que topó con una defensa. Estoy salvado, me dije, y ya seguí taloneando como si se tratase de un agradable deporte, y colgado siempre de las agaraderas. Hasta que se detuvo el tranvía en la parada siguiente.

Cuando subí a la plataforma, noté el terror de la gente en sus semblantes. Yo no sé cómo estaría el mío. Nadie profirió una palabra. Hinojosa me miraba como a un resucitado. Me sonreí, aunque mis piernas temblaban.

Al llegar a la estación de nuestro destino, bajamos, y le dije a mi compañero, tartamudeando: «Vamos a ver dónde hay un cepillo... Por cierto, ¿cómo se dice cepillo en francés?».

Mi alteración era evidente, pero el gran miedo me vino horas después, cuando ya estábamos sentados en un restaurante.

«No me explico este miedo retrospectivo», le dije a Hinojosa. «Sí, hoy se ha nacido usted, y ahora se da cuenta de todo el peligro pasado. No piense más y vamos a celebrar su nuevo nacimiento con un poco de champaña».

Este pobre amigo —aspirante a poeta surrealista— tuvo una muerte trágica en los primeros meses de la guerra. Lo fusilaron en la provincia de Málaga por sus actividades falangistas.¹⁷⁰ Era terrateniente, joven adinerado; le gustaba escribir y hacer colección de pinturas nuevas. Yo le prologué un libro titulado *La flor de California*, así, con acento en la *í*.

¹⁷⁰ Moreno Villa se hace eco de lo que se contaba entonces: Hinojosa había sido fusilado en Campillos por sus propios trabajadores, cuando la historia fue bien distinta. Encarcelado después de la sublevación militar del 18 de julio de 1936, junto a su padre y hermano, por ser miembros activos del Partido Conservador, será fusilado el 22 de agosto de este año después de ser asaltada la cárcel por elementos incontrolados como represalia por el bombardeo sufrido en Málaga el día anterior. Junto a Hinojosa, su padre y su hermano, también será fusilado un hermano de Manuel Altolaguirre.

Me acuerdo de otras caídas mortales, pero pertenecientes a esa época de la infancia en que uno parece de goma y con siete vidas, como los gatos.

Ya de algo mayor, me caí al saltar una red de tenis en un pueblecito de Inglaterra; y también me di un «azotón» tremendo en Alemania bajando en esquís por una ladera del Feldberg.

Tocaré madera, como dice la gente, que cada vez está uno menos elástico para salir con suerte de estas aventuras.

Siempre que veo este insuperable retrato fotográfico de Unamuno se me levantan mil cosas de España. Hay en él un poder evocativo como en ninguno de los hechos por pintores a base de muchas sesiones, consideraciones y cálculos.

«Es magnífico», exclamamos todos al verlo por primera vez. Y ahora me detengo a pensar en por qué es magnífico.

Advierto que lo mismo podríamos llamarlo «magno». Y ello me lleva al concepto que buscaba: «Magnitud». Tanto este sustantivo como los dos adjetivos anteriores implican grandeza, y esto es lo que hay en el retrato.

La concordancia entre el personaje y el fondo es perfecta. Unamuno tenía que ser retratado sobre la tierra de Castilla, pero en un paraje determinado, sobre un otero, desde donde se dominase la inmensidad, casi oceánica de la gran planicie. Ahí, en la comba del otero, sentado entre cardos espinosos, y visto muy de cerca por el objetivo de la máquina, tendría su figura material o corpórea toda la magnitud o grandeza que su figura espiritual. Así lo hizo el afortunado fotógrafo, y así obtuvo la soberana impresión.

Adopta el rector de la Universidad de Salamanca una postura muy suya, o que le vi muchas veces. Es una postura que permite balancear el cuerpo tantito, como en una mecedora. Es postura de cierta tensión, no de abandono total. Unamuno jamás aparecía en desplome. Solía repetir en sus charlas que la hora, para él, se componía de sesenta minutos, y el minuto, de sesenta segundos; con lo cual significaba que no perdía un instante de la vida.

La gran dimensión o magnitud de la figura, nótese que no empequeñece a la del paisaje. Ninguna es afectada por la otra; se corresponden. Y se diría que la inmensidad panorámica —casi desierta— está esperando la inmensa siembra espiritual del hombre.

La luz desempeña en este momento un papel importante. Es luz mañanera, como corresponde al madrugador don Miguel. Un sol

¹⁷¹ Publicado con el título «Memorias revueltas. El magnífico retrato de Unamuno», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 31 de agosto de 1952.

bajo le pega en la espalda y en los crespos cabellos de nieve, quedando en sombra transparente lo delantero de la cabeza. Por oscuro se dibuja la frente huidiza, aerodinámica. No se acusan bien sus ojos lechuzos en este momento tan luminoso y contrastado, pero sí la finura tajante de su nariz y el prognatismo de la boca.

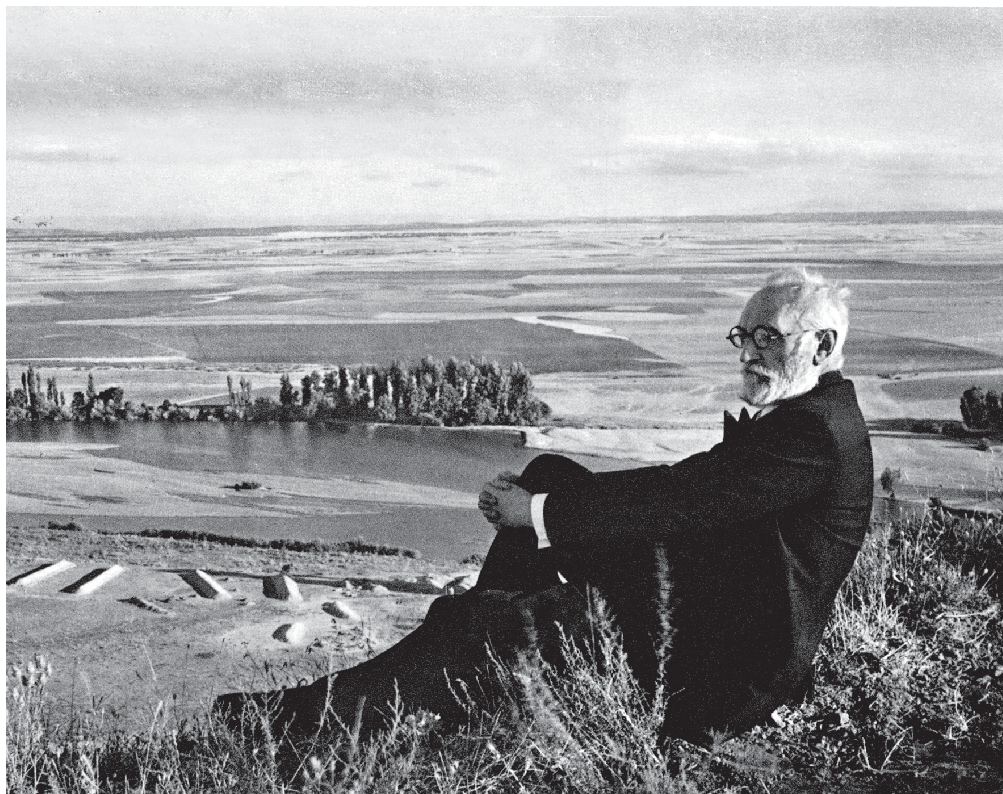
La cabeza de Unamuno hubiera podido servir de modelo a Cervantes para su don Quijote. Pensando en la vida del caballero manchego que escribió el caballero salmantino (aunque bilbaíno), se me antoja que existe una vaga correlación entre ambos. Algo le prestó de sí el uno al otro, y don Miguel sostuvo en los campos de España peleas morales e ideales verdaderamente a lo Quijote. Empresas que por no ser políticas en la mayoría de los casos, ni en un sentido estricto, no constituyeron partido, pero le ganaron muchos adictos entre la juventud intelectual. Sus escritos fueron el pan nuestro de cada día durante decenios y decenios. Pan caliente, no galleta fría o pesado pastel germánico.

Los problemas morales y educacionales le movían más que todos, como a buen español. Por ello le reúno a veces con Carlyle, el del culto a los héroes. Este escritor inglés se leía en España por los tiempos en que Unamuno empezó a escribir. Fue Clarín quien tradujo su obra famosa.

Conservo de Carlyle la reproducción de un simpático retrato que se guarda en el Museo Victoria y Alberto de Londres y me agrada que se publique aquí con el de Unamuno. ¡Qué lejos en figura uno de otro: Carlyle, joven e inglés, Unamuno, viejo y celtíbero, sobre vasco. Casi estoy seguro de que a uno y otro debo el respeto para los héroes o altos valores morales e intelectuales. La posición contraria, sostenida por Baroja de una manera sistemática, me parece falsa, una verdadera aberración. Nadie desmerece por admirar, aunque todo sea relativo en el mundo.

De Carlyle avejentado hay un retrato al óleo muy conocido, hecho por el americano Whistler. Aparece sentado en una silla simple, de perfil y paralelo a la pared, postura repetida por el pintor en el retrato que hizo de su madre. La obra se halla en el Museo de Glasgow.

Tiene Carlyle el bastón en la mano derecha, con la otra que se apoya en la pierna, agarra unos guantes. En la rodilla reposan el



Miguel de Unamuno, 1934.

sombrero y una manta. Todo ello habla de interior doméstico en lugar frío. Y el semblante acusa desilusión y agotamiento. Es un retrato opuesto, oponible al de Unamuno, quien aunque viejo está vigoroso y expuesto al ímpetu del frío mañanero del campo salmantino.

Gustaba Unamuno de llegarse al huerto famoso de Fray Luis, sobre el Tormes. Por allí debió de ser retratado; el río se ve bastante bien, con fila de árboles en una orilla y camellones de paja trillada en la otra. Esa fila horizontal de grandes árboles empequeñecidos por la distancia, más las otras fajas a medio tono que rayan las lejanías hasta perderse en el llano horizontal son las que marcan la escala, la magnitud de la figura y del panorama.

Cualquiera diría que el hombre no es materia cristalizable. Cualquiera diría también que la vida —lo que entendemos vulgarmente por vida— no puede tender a cristalizarnos. Yo observo, a pesar de todo, que hay en la vida individual y en la colectiva una fuerza que opera con insistente propósito de que cristalicemos en una forma.

No diré que en dodecaedro o en alguna otra variedad geométrica, pero sí en una forma inmutable.

Desde pequeño hay que cuajar. Acordémonos de la frase: «Fulano, que ya es hombre cuajado»... La sociedad ve con alegría o confianza al hombre que cuaja, es decir, al que ya no vacila ni varía de forma. Y, por otra parte, el individuo tiende también a cuajar o cristalizarse. Desde la mocedad sueña con llegar a ser el mejor dibujante lineal, el mejor mecánico, el mejor sastre, dentista o escritor. No se da cuenta de la férrea tiranía que ha de caer sobre su persona. Tiranía del oficio que acaba cristalizándole. Que me nieguen esto los cómicos. En ellos es donde más se acusa el fenómeno.

Pero dejemos, de momento, al profesionista. Tratemos de ver cómo la vida social, o la insociable, nos empujan a cuajar en una forma.

¿Cuál es tu forma de vida?, pregunta la gente. O bien, ¿qué vida haces? Y ambas preguntas son muy elocuentes, muy certeras.

Ya no se trata de averiguar la profesión únicamente, sino lo externo a ella.

Y el preguntado responde: «Hago una vida retirada», «hago una vida de ajetreo, una vida de crápula, o de rutina».

¡Alto en esto de la rutina! Ella es la que más nos cristaliza. Y ella alcanza al profesionista serio como al joven bueno-para-nada, al incapaz.

La rutina es muy necesaria en la vida, me advirtió un maestro siendo yo muchacho. Y añadió un ejemplo: «Para que no se te olvide ninguna de esas cosas que llevamos en los bolsillos, acostúmbrate a ponerlas todas las noches en la mesita próxima a la cama y por el mismo orden: reloj, llaves, monedas, lápiz o pluma, etc. Vís-tete también las prendas por orden. Hay que llegar a hacer mecánica o automáticamente muchas cosas para no tener que perder

¹⁷² Publicado con el título «Memorias revueltas. Peligrosa cristalización», *El Nacional*, México, 7 de septiembre de 1952.

tiempo y energía en pensar dónde están los objetos menudos o por dónde debemos comenzar los actos vulgares. ¡Rutina! ¡Rutina!».

Pues bien, la rutina es la forma de cristalización humana; sin ella pueden lograrse obras grandes y sueltas, pero muchas de las grandes y todas las pequeñas están presas por la rutina.

He caído en la cuenta de todo esto al encaminarme días pasados a casa de unos buenos amigos que no veía desde hacía meses. Fui reflexionando sobre mi conducta con ellos, al parecer despegada, de olvido. ¿Cómo justificar mi larga ausencia? ¿Qué les diré que sea verdad y convincente?

Miré mi vida diaria, vi su forma, su rutina y exclamé interiormente: «¡Estoy cristalizado! Y lo estaré hasta que cualquiera eventualidad rompa esta cristalización; pero vendrá otra. Más rica o más pobre en facetas, pero cristalización también. Cuando alguien nos llama fortuitamente; cuando esa llamada no es cotidiana, se altera nuestra forma de vida, no sabemos cómo actuar sin romper la rutina, sentimos flojera o desconcierto».

El hecho era patente: para aquella visita tuve que romper la cristalización en que me hallaba desde hacía meses.

Esto no podrán comprenderlo algunos y hasta dirán que yo soy un caso raro. Pero es que no se miran bien. Por muy dispuestos que estén a movimientos inesperados; por muy libres de rutina que se consideren; por muy extrovertidos que sean, vivirán sujetos a una forma de vida. El más frívolo de ellos podrá sentir en un momento que le incomoda y trastorna la llegada de un familiar lejano, la reclamación de un abogado, la falta de gasolina en la soledad de una carretera larga. El libertino que se crea más libre de todo es preso de su libertinaje; no puede vivir sino en la forma que se ha hecho. Se acostará a la misma hora, se verá con la misma gente, bailará, se embriagará, jugará, etc., lo mismo todos los días.

Desde pequeño he sentido rebeldía frente a la casi inevitable cristalización. Al llegar a la ciudad de Friburgo (Alemania), con mis dieciocho años, y conocer la calle de la universidad, lo primero que pensé fue esto: «Desde hoy, todas las mañanas tendré que recorrer este camino, dar los mismos pasos, subir las mismas escaleras. ¡Qué fastidio!».

El Viejo Madrid, meollo popular, cabe en un abrazo; pero además, sus callejuelas son elementos urbanos que se abrazan.

El núcleo del Viejo Madrid no se parece al de las ciudades americanas, trazadas a cordel y según cuadrícula. Sus calles son curvilíneas y desniveladas. Cuando pienso en ellas veo que tienden al abrazo, a imbricarse unas en otras como los brazos de las personas que se quieren.

Estas calles con tendencia circular son encantadoras para dar un paseo, porque se vuelve al mismo lugar de partida sin pasar por los mismos sitios ni doblar muchas esquinas.

Todo es apretado y chico en este Viejo Madrid; por esto se le quiere entrañablemente, como a persona. A la distancia que lo veo y desde los años que dejo de verle, diría que todo él cabe en el Zócalo de México. Y es que no me fijo más que en el riñón de ese núcleo: en la calle del Sacramento, en la plaza del Cordón, en la de la Paja y otras adyacentes.

Hoy he recibido desde Buenos Aires una carta de Guillermo de Torre protestando amistosamente de un error mío en el libro *Los autores como actores*.¹⁷⁴ «No soy manchego (aunque no me pesaría serlo, y a mucha honra quijotesca), sino madrileño neto. ¡Que conste! He nacido en la plaza del Cordón, al lado de la calle del Sacramento, detrás de la Casa de Cisneros y de la Torre de los Lujanes, en la misma casa donde —según la tradición— vivió san Isidro Labrador». Con gusto y por deber me rectifico. Comprendo que mi amigo reclame un solar de tanto abolengo y tan sabroso, como diría un mexicano. ¿Se acordará él de esta coplilla zarzuelera?:

Te pondré, si no te ofendes
y si aceptas mi pasión,

¹⁷³ Publicado con el título «Memorias revueltas. El Madrid abrazado», *El Nacional*, México, 12 de octubre de 1952.

¹⁷⁴ La protesta amistosa de Guillermo de Torre se refiere al error aparecido en el artículo «Notas ocasionales. Labor penetrante de Guillermo de Torre» (véanse págs. 547-548), en el que habla del «sordito manchego», y no en el libro *Los autores como actores...*, donde no se hace ninguna alusión a su supuesto origen manchego.

un pisito con balcones
a la plaza del Cordón.

A pesar de mi cariño por este barrio, no viviría en él. La vida moderna pide otros aires, aunque sean más fríos. Hay más calor en lo apretado, en lo juntito, pero los barrios viejos son como los trajes viejos. Con la diferencia de que no podemos mandarlos al tinte.

Pensar que están en pie todavía las casas de Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, san Isidro, etc., y que en ellas han muerto tantos tísicos, variolosos, cancerosos, apestados, es cosa que nos repele. No me importaría tener un estudio en alguna de tales viviendas bien encajada y con patio soleado. Esto sí, porque la buena solera popular nutre el alma y le da color. Pero durante mi reposo nocturno prefiero dotar a mis pulmones de un oxígeno menos enranciado.

Un día, mirando una vista de la Castellana (que no pertenece al Viejo Madrid), me decía Pittaluga: «Qué gusto ver que esas cosas están ahí, han estado y seguirán estando; que son casas para siempre, de verdad, no de pacota». Le repuse: «Pero hay muchas cosas que conviene cambiar. Incluso las generaciones, los hombres. ¿Qué tal si permaneciéramos los mismos y para siempre en este mundo? Hasta nuestras “verdades” se hacen inservibles».

Entre el Madrid viejo y el nuevo cabe decir que a éste le mueve una fuerza centrífuga, mientras a aquél la contraria, la centrípeta. Fenómeno, por otra parte, universal y moderno, común a todas las poblaciones que prosperan rápidamente.

Debido a esto ya no podrán mañana los historiadores señalar las casas de nuestros famosos varones en un espacio urbano tan reducido como el ocupado por las de los escritores y pintores antiguos. ¿Dónde han vivido Baroja, Ortega, Juan Ramón, Gómez de la Serna, Arniches, Cajal, Giner, Cossío y tantos otros? En el Madrid centrífugo, en el de los brazos o calles abiertos. Cada vez más lejos de aquel núcleo abrazado y calentito.

Únicamente Benavente y Azorín se aferraron al viejo caserío.

Me explico estos dos casos. El de Benavente —aparte de que su casa tal vez la heredó de su padre, famoso médico—, por su oficio

y por su naturaleza desviada. Los chulos y las comadres enseñan más a un dramaturgo que otras clases. Son gentes más abiertas.

Y por lo que atañe al semimudo Azorín, tal vez por ese amor tan suyo a lo recogido, a lo pequeño y silencioso, a lo humilde. Y también por su amor a los clásicos. No lejos de su morada está enterrado Cervantes.

¿Qué hombre dedicado a componer, a construir una obra olvida que ha de mirar simultáneamente al detalle y a la totalidad? El poeta, el novelista, el dramaturgo, el pintor, el escultor, el arquitecto lo saben muy bien. Muchos de los fracasos en el terreno de las artes provienen de no calcular debidamente los pormenores y el conjunto.

No sólo para los artistas es primordial atender a estos dos factores del éxito o del logro de la tarea, sino para el ingeniero, el negociante y el político. Para todo el que componga o construya, como dije antes. Se puede decir que es una ley vital y que incluso para construir armoniosamente nuestras vidas todos tendríamos que aprenderla desde niños en las escuelas primarias.

Aprenderla, o saber que existe, porque aplicarla con equilibrio es de una gran dificultad. Unos temperamentos nos inclinamos más a considerar los conjuntos al producir y, otros, los detalles. Raro es el autor verdaderamente ponderado, mejor dicho, dotado de equilibrio.

En la literatura y en la pintura, como artes libres que son, tal desequilibrio puede, sin embargo, convertirse en el mayor atractivo. Azorín y Baroja, por ejemplo, son en nuestra literatura dos casos de desequilibrio tectónico. Geniales por acumulación de pormenores, incapaces en cambio para concebir un plan, un conjunto en que los detalles sean detalles meramente, encajados en sus lugares como complementos sometidos a la idea total.

La generación de Galdós, doña Emilia, Clarín, Palacio Valdés y Pereda construía de otro modo, cuidándose del conjunto más que del pormenor delicadamente observado.

Pero la generación de Gómez de la Serna —que sucede a la del 98— lleva al colmo el estilo detallista. Sus construcciones parecen simples pirámides de piedras preciosas amontonadas.

Tal vez por esto fue una generación de buenos poetas líricos, penetrantes y hondos pero en obras de poca extensión. Yo me di

¹⁷⁵ «El pormenor y el conjunto», *El Nacional*, México, 9 de noviembre de 1952.

cuenta muy pronto de que este camino de piedrecitas acabaría por fatigar e intenté un poema largo, «En la selva fervorosa». Carecía de modelos, ya que los de Núñez de Arce no cumplían con lo que yo vislumbraba. Solucioné el conflicto técnico enfilando breves poemas líricos ligados por un motivo conductor muy sencillo. Inmediatamente vino Pérez de Ayala con otro poema largo. Y después, León Felipe. Hasta el mismo Antonio Machado intentó el poema extenso; pero recurriendo a la técnica de los viejos romances. Sin olvidarnos del empujón dado también por Unamuno con su «Cristo».

En la España actual hay poetas de aliento lírico, como Aleixandre, pero montando piedrecitas preciosas. De todos modos se ha conseguido levantar construcciones y huir de la técnica disgregadora de Juan Ramón y de Ramón.

Sería muy aleccionador un estudio de nuestra literatura y de nuestra pintura partiendo de este punto temático: el pormenor y el conjunto.

Velázquez fue un conjuntista insuperable, pero también un pormenorista. Su equilibrio no lo alcanzó nadie en nuestra cultura plástica. Tampoco el de Cervantes.

En nuestro siglo XVII hay otros que miran tanto al conjunto como al detalle, pero sin la ponderación, la fuerza y la serenidad de aquellos dos maestros.

No creo que en las escuelas se saque provecho de un tema tan beneficioso como éste para la formación de los muchachos. No creo que los encargados de enseñar Historia del Arte expliquen a los alumnos que nuestras vidas serían más armoniosas si desentrañáramos esa ley arquitectónica del pormenor y el conjunto.

Una obra de Brunelleschi puede ser una lección moral.

Por mi experiencia sólo puedo añadir que al practicar la pintura he aprendido más moral que en la religión. Al componer un cuadro tropieza uno con problemas de orden como un gobernante. Orden y armonías que han de lograrse en cada caso de un modo justo, preciso, sin arbitrariedades. Y si con genialidad, miel sobre hojuelas.

En este mes de noviembre de 1952 se casa el último vástago de Enrique Díez-Canedo, el poeta, el escritor, el amigo que conocí en Madrid y falleció en México. El casamiento de Joaquín trae a mis memorias la reconsideración de la amistad con su padre.

Ella comienza por el año 1913, cuando publiqué mi primer volumen de versos, *Garba*. Me saludó con su crítica desde las páginas de aquella revista, *La Lectura*, que fundó Acebal. Entre aquel saludo y las últimas palabras que cambiamos antes de su muerte no surgió entre nosotros nada que alterase nuestra consideración ni nuestra amistad. Aunque dejásemos de vernos por largas temporadas, siempre el reencuentro era natural y de sencillo alborozo. Me gusta pararme un poco ahora en su clase de amistad, porque era una amistad con clase, distinta de otras muchas.

Para calificarla de una vez digo que fue despegada y fiel.

¿Cabe despego en la amistad? No sólo cabe sino que es necesario. Un poco de despego facilita la armonía y permite ver y valorar mejor al amigo. Muchos creen que el apegamiento untoso, las intromisiones en la vida íntima del compañero son las mayores muestras de amistad, pero la experiencia nos enseña que en estas amistades tan apretadas surgen turbulencias y discrepancias molestas e irreparables. Un poco de despego pone un sello de aristocracia en la relación humana. Sin que este despego impida una comunicación alegre y un afecto profundo.

Con cara alegre, de sonrisa esbozada y ojos brillantes encontraba uno siempre a Enrique. Lo mismo en sus años difíciles que en los prósperos. Ni en la víspera de su muerte cambió de cara. Le recuerdo en ese día. Estaba en cama. Le rodeábamos varios amigos. Hablando de su estado general nos dijo que habíase descubierto en el cuello una especie de rosete. Me acerqué a examinarla

¹⁷⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. Amistad despegada y fiel», *El Nacional*, México, 16 de noviembre de 1952; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 245-247.

y me retiré diciendo: «Nada, eso es un pequeño derrame como el que tengo yo en un tobillo desde hace cuarenta años».

No se alteró su semblante. Con la sonrisa habitual hizo este comentario burlón: «De todo entiende este Pepe Moreno».

En el modo de llamarme señalaba el despego, la corrección, al mismo tiempo que el afecto de siempre. Lo que le chocaba era la familiaridad. Esa familiaridad hispana que pretende desbordarse desde que un compañero desconocido nos ofrece en el tren un cigarrillo para entablar conversación.

Me pregunto si este despego era en él congénito o si fue un hábito adquirido para mejor ejercer la crítica literaria. Y me inclino a creer que le nacía de su ser y que por ello se metió en el campo de la crítica.

Aquel despego le permitía ser equilibrado y justo en sus juicios. Tal vez le investía de frialdad, pero en el fondo era apasionado; apasionado por lo objetivo.

Mi temporada de mayor trato con él duró desde el año 1916 al 20. Nos sentábamos a escribir en mesas fronterizas en un despacho de la editorial Calleja. Trabajábamos duro desde las diez hasta la una. Después, durante las vacaciones veraniegas —en que las familias emigraban al norte—, nos íbamos a comer juntos al Café de Levante, previo el sorbo de aperitivo en La Maison Dorée. Nos acompañaba algunas veces Lorenzo Luzuriaga, el escritor de pedagogía, que también trabajaba en Calleja.

En estos ratos gozaba extraordinariamente. No fumaba, pero paladeaba con fruición la bebida y la comida. Su aperitivo predilecto era el ajenjo. Gusto adquirido en Francia, donde vivió algún tiempo. Sentado a su vera lo caté por primera vez, y recuerdo que me produjo tal alegría que salí a la calle de Alcalá dando vivas. Vivas al sol, a las caras bonitas y a la simpatía madrileña.

De aquellos años recuerdo también su piso en la calle de la Lealtad. Era un cuarto piso, al que se subía por un ascensor lentísimo, creo que movido por agua. Su despacho se componía de dos pequeñas habitaciones muy ordenadas y limpias donde su arte supo colocar más libros que en muchas bibliotecas espaciosas. Teresa, su mujer, entraba un momento con la vivacidad y la solicitud de siempre.

Se desvivía porque no le faltase nada al marido. Los pequeñuelos asomaban unos instantes, todos cuatro muy blancos y dorados, como quebradizas porcelanas. El padre acentuaba al verlos aquella sonrisa en arco de comba que le caracterizó siempre y que yo acentué en el dibujo que le hice para uno de sus libros. Un librito de una colección que iniciamos Alfonso Reyes, Enrique y yo.¹⁷⁷

¹⁷⁷ Véase el dibujo reproducido en el artículo «El nombre hecho hombre» (pág. 484).

Dos afluentes principales tiene este río del escribir que es la vida del escritor; el uno viene cantando por entre rocas y piedras menores, a plena luz del día y durante el silencio oscuro y latiente de la noche; el otro viene horadando, perforando capas inertes y duras. Al primero se le llama vena popular, al segundo lo llamaremos vena cultural o intelectual.

Puestas las manos sobre el teclado de la máquina, dispuesto a proseguir escribiendo *Memorias*, noto que me asisten como ángeles interesados en el equilibrio de mi trabajo amoroso. Solícitos y prudentes me tocan con suavidad en los hombros y me soplan con aliento casi imperceptible, palabras, giros, conceptos evocadores.

A veces me pongo a la máquina sin noción de lo que voy a concretar. No me apuro; sé que la oración viene con el recogimiento. Sé que mis asistentes de siempre están aquí, a mi derecha y a mi izquierda. Y, en efecto, ya comienzan a soplar me ocurrencias, muchas de ellas estrambóticas, o que me lo parecen por incapacidad mía del momento para encontrarles asidero.

En este momento, por ejemplo, se sale uno de ellos cantando este principio de malagueña:

Que te quise y que te quiero.
En mi *vía* negaré
que te quise y que te quiero.

Y ya está el milagro. Ya estoy en temple. Una poderosa onda de calor humano me recorre todo, como inyección intravenosa de calcio. La copla me traslada a cierto lugar de mi tierra y a ciertos años de mi juventud. Es una malagueña del Pena, cantaor de Alhaurín o de Coín, pueblos malacitanos. No llegó el Pena hijo a cantar con el poderoso brío de Juan Brevas, pero las malagueñas tienen en sí un brío y unos cambios que se bastan por sí solos.

¡Y que no me vengan los puristas a denostar lo flamenco en su totalidad! Que si el cante jondo es bueno por ser hondo, la malagueña es buena por ser alta, por levantarse desde el fondo.

¹⁷⁸ Publicado con el título «Memorias revueltas. Dos afluentes», *El Nacional*, México, 7 de diciembre de 1952.

La entrada es severa y doliente: se vale del segundo verso para empezar:

Que te quise y que te quiero.

Y una vez lanzada esta afirmación, cuya profundidad de dolor sólo aquilata quien ha querido a lo largo de toda la vida y por encima de la falta de correspondencia, se levanta gallardamente y clama:

En mi *vía* negaré
que te quise y que te quiero.

¡Basta!, le digo al ángel o al afluente popular. No quiero más. Ya tengo aquí a mi buena madre, que al cantar malagueñas me sonreía con los ojos llenos de lágrimas. ¡Basta, que me vas a poner sensiblero! Mira que por viejo y exiliado es uno propenso a la sensiblería.

Y entonces, el otro ángel o segundo afluente, para que me reponga me recuerda esta frase de un maestro muy querido, don Manuel B. Cossío: «La vida no es alegre ni es triste, es, sencillamente, seria».

¿Cuándo se da cuenta el hombre de que la vida es cosa seria? ¿A qué edad? Los hombres no son iguales en esto. Algunos ven la seriedad de la vida muy pronto; algunos la llegan a descubrir a fuerza de aflicciones; otros se mueren sin vislumbrar que sus fracasos obedecieron al desconocimiento de esta verdad.

Confieso que el abominable señoritismo andaluz, del cual fui preso hasta mis veintitantos años, recibió el tiro de gracia cuando escuché la frase en boca del gran ejemplar humano que fue Cossío.

Tal vez lo más importante de la pedagogía institucionista se pueda concretar en esa frase. La gran labor de la Institución fue la de inculcar en la gente el amor a la seriedad. Y entiéndase esto bien, seriedad para todo, incluso para el juego. Ni Giner ni Cossío fueron pedagogos tristes o serios a lo burro. Nada más lejos de ellos que la seriedad asnal.

Recordemos que estos maestros florecieron en aquella triste época del 98, dominada por la frivolidad que condujo al desastre a España. Seriedad contra frivolidad es lo que propugnaron estos claros varones.

En un pueblo castellano —¿Cadalso de los Vidrios, Maqueda?—, y allá por el siglo XV, mandó grabar en un ornato del jardín la señora de aquellos pueblos un lema de esos que se nos presentan hoy tan extraños como un ídolo azteca. Decía lo siguiente: «Viva la muerte, muera la vida».

Aludí a esto en un artículo publicado hace muchos años en la revista *Residencia*, de Madrid.¹⁸⁰ Hoy lo recojo para relacionarlo con cierto aspecto de la vida, muy notable entre escritores.

Estuve escribiendo esta mañana acerca de Sorolla y ciertas figuras prominentes de los diez primeros años del siglo.¹⁸¹ Al paso cité el retrato que Sorolla le hizo a Juan Ramón Jiménez, y, pasadas unas horas, anduve recordando el sistema de vida llevada por este gran poeta y por la mayoría de nosotros. Total, que del poeta elegíaco llegué hasta el lema macabro de la marquesa de Villena, que bien podían adoptarlo todos los suicidas.

Juan Ramón no llevó en Madrid la vida de los de mi generación ni la de aquellos que nos sucedieron. Creo que tampoco la de sus iguales en edad. Comparada con la nuestra, la suya fue una vida claustral. Claustral con zapatos de charol. Diré por qué.

Ni mi vida, ni la de Salinas, ni la de Guillén, para citar algunos de los que fuimos amigos suyos, se distinguieron por rasgos bohemios. La mía fue considerada también como conventual por haber pasado parte de ella en la Residencia de Estudiantes. Sin embargo, entre mi vida y la de Juan Ramón Jiménez hay una divisoria o

¹⁷⁹ Publicado con el título «Memorias revueltas. Macabro lema», *El Nacional*, México, 18 de enero de 1953.

¹⁸⁰ «Círculo Valdeiglesias, Cadalso de los Vidrios, Navalcarnero», *Residencia*, vol. I, núm. 2, Madrid, mayo-agosto de 1926, págs. 142-145; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 540-543. Moreno Villa recuerda mal el lema de la sepultura ya que, en el texto de 1926, dice: «El lema de su sepultura, donde estaban en efígies de mármol, decía: “Viva la fama y muera la vida”. Es un lema que vale por una historia de España».

¹⁸¹ Se refiere a los artículos publicados unos días después en *México en la Cultura*, suplemento del periódico *Novedades*: «En la primera década del siglo XX. Ramón Casas y Joaquín Sorolla» (25 de enero de 1953) y «En la primera década del siglo XX» (19 de febrero de 1953).

frontera espiritual y física que ahora, con años de distancia, veo claramente.

Juan Ramón vivió exclusivamente para su poesía; se encerró con ella; se apartó de la convivencia o trato con amigos en sociedades o cafés; gustaba de que los jóvenes poetas le visitasen a ratos, pero los recibía con zapatos de charol y muy puesto. Daba la impresión de que le preocupaban dos cosas: señalar su jerarquía de pontífice y mantener una distancia en la amistad para poder interrumpirla en el momento que el menor detalle de confianza le pareciese abusivo.

Vivir en tal exclusivismo y en tal encierro nos parecía y sigue pareciendo equivalente a gritar: «Muera la vida». Sí, muera la vida exterior, rica en contingencias y enseñanzas. La pluma se seca si no hay dónde mojarla. Y creemos que la suya se fue secando y secando por su radical alejamiento del tintero.

Nosotros, los demás, no rechazábamos una excursión que implicaba comer y beber y cantar y gritar con desbordamiento; no rehuíamos de vez en cuando reunirnos para disparatar, para reír o para comunicarnos los problemas y angustias. Sentíamos la necesidad del compañerismo, aunque fuese con grandes intervalos. La vida interior nos exigía retiro, pero no rompíamos del todo con la vida exterior y de convivencia. Por mi parte, aun en mis años de mayor apartamiento, atendía a la gente en la biblioteca o el archivo, en la Sociedad de Arquitectos y en la Residencia; gozaba en las giras a los viejos pueblos en compañía de gente seria o alacre; me sentía, en suma, uno entre otros, no uno, sólo uno, a solas con la noria del propio pensamiento.

Juan Ramón ha vivido siempre al filo de la locura. Por esto nunca quería verse lejos de un médico. Cuando Sorolla le hizo el retrato, tenía la asistencia y ayuda del doctor Simarro, y pasó temporadas en un sanatorio. Hoy, con sus setenta y pico de años, sigue necesitando la presencia constante de un médico. Y muchas veces pienso que su maravillosa compañera, Zenobia, ha pasado una vida de enfermera heroica.

¡Pobre amigo! ¡Pobres amigos! El macabro lema de aquella atormentada señora española se me enreda con ustedes. Sobre todo por su segunda parte.

Y pensar que en este Juan Ramón había tanta vida o tantas condiciones y virtudes para vivir a lo humano. Porque estaba lleno de alegría y de gracejo, que a veces se le salían o escapaban involuntariamente. Y lo mismo algunas muestras de afecto.

Grande obra ha dejado, pero gran vida ha perdido. Trabajó en contra de ella. Trabajó a *redrovida*. Y ella se vengó secándole. De aquella mata de vid jugosa que fue en sus primeros tiempos, pasó a ser manojos de sarmientos secos.

AIRE EN GARCÍA LORCA.
DESPLANTE EN FRANCISCA SÁNCHEZ¹⁸²

I

Ésta es la foto de Federico que yo esperaba encontrar.¹⁸³ La de Federico dinámico, alado, sonriente, que surge de la tierra baja del cielo difundiendo alegrías. (Uso el plural porque le va mejor y porque así relaciono su alegría con un género de coplas.)

Hay en esta foto una alegría matinal. En mañanas luminosas, diáfanas y algo frías del Madrid otoñal o primaveral he gritado muchas veces yendo por el campo. Aquellos gritos no tenían finalidad alguna: los lanzaba por el contento de vivir en un medio tan maravilloso. Reventaba de alegría, de vitalidad y, si es más claro, de animalidad. Se sentía uno tan libre y tan elástico como un corzo, tan dueño del aire como un pájaro. Estaba en plena juventud.

Así también Federico el granadino, el de los «Cármenes», el amigo de Falla y de los gitanos, el perseguidor de sonos, melodías y coplas de los siglos pasados. Seguramente andaba en sus veintisiete años, porque la instantánea es de 1925.

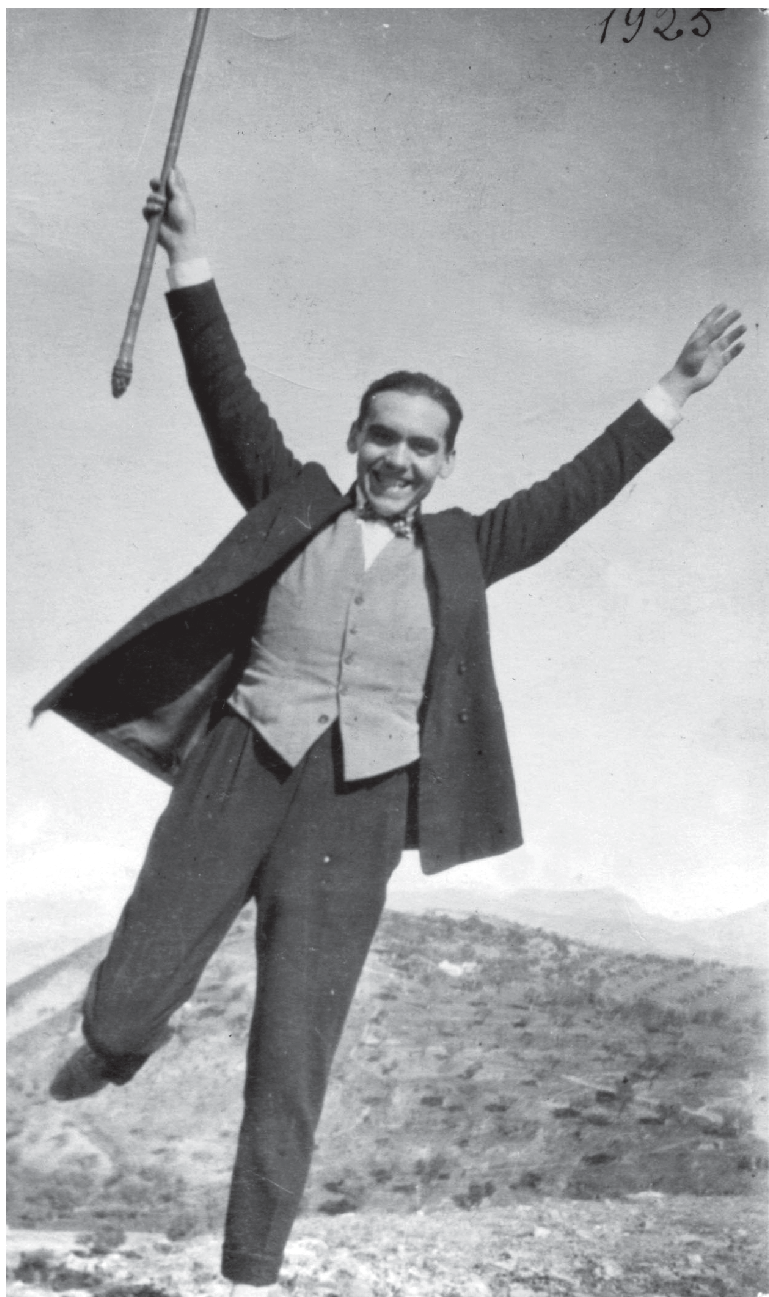
¿Dónde fue hecha? Estos montes me recuerdan los de Málaga, a donde iba en invierno algunos años. El traje revela que fue hecha en tal estación. Recuerdo perfectamente el chaleco; también los botines.

Lo raro es que Federico enarbola un bastón, cosa que no usaba. Se lo debieron prestar para subir a la colina. Era torpe para andar, renqueaba un poco, o pisaba con pie plano, y es que según un informe de crédito, padeció de parálisis infantil en su infancia. La pierna

¹⁸² Publicado con el título «Imágenes fotográficas. Aire en García Lorca. Desplante en Francisca Sánchez», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 15 de marzo de 1953.

¹⁸³ Esta fotografía, muy reproducida a partir del año 1998, se hizo pública por primera vez en este artículo y es su propietario, Luis Buñuel, quien se la presta a Moreno Villa para que pueda reflexionar sobre el poeta a partir de las sugerencias que le provoca la imagen.

¹⁸⁴ Moreno Villa, persona absolutamente contraria a hacer caso de rumores, se ampara en la frase «un informe de crédito», la cual hace pensar que la persona que le refiere el dato pudiera ser el propio Buñuel. Y podemos imaginarnos la secuencia: Buñuel le enseña la fotografía a Moreno Villa, éste se entusiasma y comienza a analizarla y comentarla, y una cosa lleva a la otra y surge el comentario al que hace referencia aquí.



Federico García Lorca, 1925.

derecha, que presenta alzada en la foto, fue la paralítica y se ve que su movimiento al doblarse no es enteramente suelto.¹⁸⁴

A pesar de esto, la actitud es vital, de triunfo y aleluya. Nos parece verle en los momentos que descubría a los amigos después de las vacaciones. El descubrir era lo que le envolvía en aquel aire de júbilo tan comunicativo y suyo.

El amigo Luis Alaminos me hablaba un día de cómo presenció en la universidad veraniega de Santander un diálogo muy tenso, acerca de la poesía y las generaciones poéticas, entre Guillén y Federico, en el cual éste abogaba por los jóvenes, en el sentido de facilitarles el paso, de no obstaculizarles el camino con la eterna presencia de los mayores.

Esto me hizo pensar después en un tema muy lógico. ¿Fue feliz la vida de Federico? Mirada en conjunto, creo que sí. Tendría sus angustias, como lo revelan algunas poesías y la premonición constante de la muerte, pero pudo gustar de todo lo que se le apeteció porque la fortuna familiar le permitía vivir y viajar sin preocuparse de ganar el sustento. Además, su natural simpatía le granjeaba amistades en todas partes.

En este año de la foto ya era un hombre triunfante y el triunfo no dejó de acompañarle hasta el momento en que una malquerencia bestial y sádica le barrió de este mundo, como si se tratase de un elemento humano fácil de hallar en cada esquina y a cada hora.

Por la injusticia recaída sobre él en sus momentos de apogeo es por lo que vuelve a mi memoria con frecuencia.

II

¿No os habéis preguntado alguna vez sobre cómo sería la mujer a quien Darío en sus horas finales le dijo: «Francisca Sánchez, acompáñame»?

Seguramente, porque además recordaréis que dijo en otra ocasión: «La mejor musa es la de carne y hueso».

Un periódico español publica el retrato antiguo de esta mujer, que todavía vive en un pueblo de Ávila llamado Navalsáuz. Su imagen actual difiere mucho de la captada por la fotografía en aquellos años en que el Rubén Darío Sánchez se retrató con su madre el día de la primera comunión.

Fernández Figueroa, que la visita, nos la pinta así: «Se asoma una mujer y me quedo con la boca abierta. Tiene la faz añosa y llena de arrugas. Viste un traje marrón, descolorido, con cingulo de charol negro (el hábito del Carmen) y se toca con un sombrero de paja manoseada en el que, seguramente, el tiempo y la cabra han hecho mella. Unas medias de lana basta y alpargatas también negras completan su perfil físico, de una severidad y desaliño a tono con el paisaje, con las casas y las calles del pueblo y sin duda con su vida espiritual presente».

¿Qué se esperaba el escritor visitante? Aunque por el matrimonio que hizo esta mujer después de muerto Darío llegase a tener la mejor casa del pueblo, Francisca Sánchez volvió a enraizar en terruño aldeano. Volvió a vivir entre gallinas, puercos, gañanes y jaculatorias en nada parecidas a las pronunciadas por el poeta en sus momentos de clarividencia.

Nada queda ya en su apariencia de la mujer que fue, es decir, de esta que reproducimos. Mujer de empaque altivo, de desplante y energía. Mujer vigorosa, nada princesita. Mujer que sirve, no para ser servida cortesantemente. Mujer de carne y hueso, no arquetipo fantástico.

Nada nos extraña. Así tenía que ser. Siempre pensamos que Darío la llamó así porque ante el ablandamiento del corazón rodado, ya no apetecía más que manos de verdad, de carne y hueso y fuerza y salud campesinas.

Cuando llegué a la capital de la República mexicana tirando de aquel traumatismo de la guerra civil o fratricida, distraía mi soledad un rato en el frontón, que estaba frente a mi casa, es decir, frente a la casa de León Felipe y Berta [Gamboa], por entonces en España. Esto era en el verano del 37. Estaba en todo su apogeo una música briosa conocida por «Atotonilco». Ella y el vigoroso cuanto ruidoso juego de los pelotaris me sirvieron más que muchas vitaminas en los días actuales.

Dos años después, en el invierno del 39, dejé muchas veces de escribir mi «Cornucopia de México» porque el aparato de radio llenaba la casa con la bullanguera mazurca llamada «El barrilito». Esta musiquilla me sitúa en la calle de Mérida, en la casa de mi suegra, donde viví unos meses.

Después vinieron los años de la «Bamba» y la «Raspa» —¿46, 47?—. Y ahora parece que el 53 quiere sellarse con un danzón cuyo estribillo es «Tú, y tú y tú».

Si miro hacia mi pasado, veo que puedo dividirlo en épocas que se distinguen por una de esas musiquillas populares. Musiquillas que vienen a ser gritos, banderas o exponentes del tiempo.

Pero la misión de ellas no termina en fijar el tiempo, señalan también el lugar.

Cuando oigo el pasodoble de Silverio Pérez, con aquello de «torero, torerazo...», me parece estar en Acapulco; y ello porque durante una temporada que pasé allí en el año 44, todas las noches lo tocaban y cantaban desde un cabaret cercano y lo más escandalosamente que podían, como sí se tratara de que lo oyera el faraón en Texcoco.

Un vals muy anticuado cuyo nombre no recuerdo, me transporta siempre que lo silbo automáticamente a un barco inglés que me llevó de España a la Argentina. Y esto se debe también a la machaconería con que lo tocaba la orquesta del trasatlántico británico.

¹⁸⁵ «Los años tienen su música», *El Nacional*, México, 17 de mayo de 1953; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 329-331.

Los *blues* oídos en Nueva York el año 27, cantados y bailados con un recogimiento digno de una catedral, se me quedaron ahí, en la cinta de la memoria, marcando fecha y personas.

Porque ésta es otra virtud de las piezas musicales muy señaladas: además de evocar tiempo y lugares, evocan personas.

«Bárbara» se llamó un *fox* de allá por el veintitantos, y basta decir su nombre para que se me presente aquella gringuita que en Madrid me enseñó a bailar.

Todo esto que apunto sobre el poder evocativo de la música es archisabido, pero tiene la novedad de ir ensamblado con mis experiencias personales. Novedad ante todo para mí, que me propuse ahora relacionar las cosas desde este resorte de la música.

¡No toquen el disco de «Los cuatro muleros», que luego aparece Federico García Lorca!

La canción «Ya se van los pastores a la Extremadura, / ya se queda la sierra triste y oscura...» me recuerda a otro Federico, al de Onís, que logró hacer que cantaran canciones españolas en los colegios de señoritas de Nueva York.

Al pensar en este tema veo que las evocaciones traídas a cuento constituyen como un álbum en que se juntan estampas y retratos de muy distintos acentos anímicos, tristes, alegres, dulcemente melancólicos, ligeramente frívolos, estimulantes, etc.

Los *foxes* reunidos por el gran catador de ellos y profesor de Literatura Española en los Estados Unidos, Augusto Centeno, acuden en esta hora para decirme que así, constituidos en organismos, en *corporation*, a la americana, son algo serio, a más de grato.

Finalmente, una alusión a dos cantaores flamencos, Chacón y el Pena. Este segundo era —y tal vez sea— un cantaor malagueño, de Alhaurín o de Coín. En veinte años no me llegó su voz; pero he aquí que hace unos días me trajo Paloma [Estrada] un disco que era una malagueña cantada por él. Me tocó en el fondo. Sentí como congoja.

Lo de Chacón es otra cosa. Recuerdo que un día después de ser enterrado puse en mi tocadiscos una media granadina cantada por él. Me pareció que se incorporaba en la fosa.

Cualquiera diría que voy a escribir un cuento. Quizás otro día; por hoy son más modestas mis pretensiones.

Quiero señalar un hecho, partir de una observación que se relaciona con mi tierra natal, Málaga, y con mi chamaco, que es nacido en México D. F.

A Málaga la llaman algunos «la tierra de los boquerones». Un extranjero no llegará a comprender lo que significan estos pescaditos para un malagueño. Aparte de lo que pueda representarle para la economía, son su manjar diario. Un manjar que no cansa y que encierra un sabor marino especial, inconfundible, yo diría que colmado de gracia.

También podría decirse que son la gracia del colmado si gusta uno de los juegos de palabras.

Desde que salí de España no como boquerones frescos, recién fritos. Me resigno a comer los enlatados, que a veces salen feos, negruzcos y apelmazados. Deberían los empacadores precisar en los envases la fecha de expedición. En la lata que tengo delante veo que ya se intenta ganar con esto la confianza del comprador poniendo la fecha del año 1952. Lo cual quiere decir que tienen más de medio año, por lo menos, estos manojitos. Al notar que no están tan negros como otros, ni tan resecos o duros, ni tan fuertes de olor, deduzco que durante años atrás he comido boquerones que debían llevar tres y cuatro años de encerrados en las latas.

El boquerón viajero no ha encontrado todavía el modo de presentarse en forma más atractiva, Mi mujer lo mira y hace un gesto de desagrado. Salvo mi hijo, nadie come boquerones conmigo. Y yo me detengo ante este hecho para preguntarme si le gustan al chamaco por lo que, a través de mí, tenga de malagueño en su paladar.

¿Es posible que te gusten?, le digo. Pues todavía no sabes lo bueno que son recién fritos. Si algún día puedo, te llevaré a Málaga. Y aprenderás que hay tres grados en estos pescados: «chanquetes», «boquerones nuevos» y «boquerones». Los «chanquetes» son pequeñísimos y muy rubitos. Algunos malagueños dicen que

¹⁸⁶ «El boquerón viajero», *El Nacional*, México, 24 de mayo de 1953.

no son boquerones; yo siempre los he tenido por tales. Y los echaba a puñados en el gazpacho o en la sopa caliente una vez fritos.

Los envasan en un pueblecito que linda con Málaga, llamado El Palo, donde los jesuitas tienen un colegio y yo hice los cuatro primeros años de bachillerato. En aquel tiempo no se expedían al extranjero; es industria posterior a mis años de Málaga. Y es industria que no ha logrado un buen nivel en eso de la presentación o cámara de viaje para el pescadito. Lo cual lamento, porque podía servir de botana en los países más remotos, junto al caviar, a los ostiones ahumados del Japón y otras cosillas sabrosas.



Con esto del boquerón viajero he viajado mentalmente a mi tierra. Los años no me la borran. Pienso en ella y comienzo a respirar y oler la brisa marina, que me parece azul.

He recordado las botanas. Cuánta variedad. Las tabernas y los cafés de Málaga sacan veladores o mesitas a las banquetas de la calle. Con cada caña de manzanilla o con la bebida que sea, sirven apetitosas botanas, mejillones, aceitunas rellenas o no, anchoas, coquinas, boquerones, cebollitas, papas fritas, trocitos de queso, calamares...

¡Calamares, calamarillos fritos! Fritos como en ninguna otra parte del mundo, porque en Málaga están las mejores freidurías de pescado. ¿No es verdad? Que lo digan los bohemios, pintores o escritores, que con dos monedas de cobre se compraban un cartucho de calamares y no necesitaban más en medio día.

Los calamares de allí son chicos y blandos. Comes uno de botana y se te antoja un plato lleno.

¡Oiga usted! —como dice el locutor Paco Malgesto—. Me parece que con este viaje imaginario a la cuna del boquerón estoy escribiendo en un tono agitanado y enfático que no es el mío de siempre. ¿No será bueno parar la jaca?

El maestro grande de la España moderna y maltrecha, don Francisco Giner de los Ríos, en sus clases universitarias, se embalaba a veces sin darse cuenta, pero enseguida que lo notaba sonreía, tirando del freno, y con gracia rondeña (de Ronda, Málaga) se burlaba de su propensión a la elocuencia.

Ahora que algunos escritores y pensadores españoles alcanzan homenajes por la edad a que han llegado, hago un recuento de los que fumaron durante su vida y de los refractarios al tabaco.

Apuntaré primero los que no fumaron o no fuman: Giner, Cossío, Unamuno (que murieron viejos), Menéndez Pidal, Baroja, Azorín, Ors, Gómez-Moreno, Juan Ramón.

Los que fumaban o fuman, y yo conozco también, son: Benavente, Ortega, Ramón Gómez de la Serna, Pérez de Ayala, y los fallecidos Galdós, Valle-Inclán y Antonio Machado.

¿Se puede sacar alguna consecuencia de este recuento? Desde luego ninguna si lo que pretendíamos era fijar el influjo del tabaco en la edad. Benavente no ha soltado el puro en su vida y se acerca a los noventa. Creo que está en los 87. En cambio, don Ramón Menéndez Pidal nunca se llevó un cigarrillo a los labios y cuenta 84 años.

¿Es importante que en la nómina de los no fumadores figuren nueve y en la de fumadores siete? No lo creo porque, si estas cuentas las hicieran otros que yo, tal arrojaría otras cifras. Yo no hubiera pensado nunca que los no fumadores eran tantos. Y no cuento más que los personajes que he tratado durante muchos años.

Me empuja también a divagar sobre el tema del tabaco mi nueva situación. He dejado de fumar y no por gusto. Se quejan mis bronquios de una manera ruidosa y espectacular. Llegaron a no dejarme dormir ni subir una escalera. Y la verdad es que no puedo quejarme de ellos al calcular la de cigarrillos que se tragaron. Hago esta cuenta: desde el año diez al presente van 43 años. ¿Cuántos días caben en éstos? Quince mil seiscientos noventa y cinco, que multiplicados por cuarenta cigarrillos al día son seiscientos veintisiete mil ochocientos cigarrillos. Lo cual es algo. Y he suprimido los que fumé antes de 1910, porque eran de tabaco negro.

Si el fumar de ahora fuese como el de mi niñez la cuenta sería muy otra. Entonces, en España no se conocían los cigarrillos ingleses,

¹⁸⁷ «Fumar. No fumar», *El Nacional*, México, 14 de junio de 1953.

turcos ni mucho menos los yanquis. Los había cubanos, hechos a máquina, pero casi todos los españoles fumábamos unos cigarrillos que nosotros mismos liábamos.

Ya nadie tiene idea de lo que era «echar tabaco». Y el tiempo que se tardaba en esto. Si llevaba uno el tabaco de picadura, suelto en la petaca de Ubrique, se desenchufaban las dos partes de ésta, se volcaba una pequeña cantidad en la palma de la mano izquierda, se volvían a enchufar las componentes de la petaca, que se guardaba en el bolsillo; enseguida se sacaba un papel de un librito especial: papel fino y engomado, que recibía el montoncito de picadura, y ésta era extendida y acomodada de modo que pudiera ser liada, enrollada. En la operación se iban de dos a cinco minutos, según la pericia del liador y según lo que se distrajera hablando.

Si el tabaco no se sacaba de la petaca, se sacaba de unos cigarrillos que vendían en paquetes. A estos cigarrillos había que cambiarles el papel. Ello representaba también algo de tiempo. Total, que entre preparar y encender y volver a encender, porque solían apagarse, podemos decir que de cigarrillo a cigarrillo mediaba media hora o más. En este tiempo y con cigarrillos rubios suaves y bien hechos solía yo fumarme tres.

Antes era el fumar una operación lenta. En el campesino resultaba hasta llena de dignidad. Y la prolongaba, porque no encendía con cerillos, sino con pedernal, yesca y eslabón. Y la yesca había que cortarla —cortar un cachito—, ponerla en la piedra y conseguir encenderla a fuerza de golpes, que no siempre daban chispas.

Por algo dice uno que fumar hoy es cosa carente de categoría. Está a la altura de las niñas frívolas y sofisticadas, que con indolencia extraen el cigarrillo, lo encienden con mechero, le dan dos chupadas y, apenas lo tiñeron con el rojo de los labios, lo apagan retorciéndolo cruelmente contra el fondo del cenicero.

Lo que sí conserva algo de solemnidad todavía es fumar un puro, un buen veguero. Por algo Churchill lleva siempre uno entre sus labios afeitados. Y no importa que lo use apagado. Apestará, pero en las estampas y televisiones no se nota el olor.

Mucho me duele haber dejado de fumar, sobre todo a la hora de escribir y después de los alimentos. Cuando hay un parón en el discurso y se paran los dedos sobre la máquina, echo manos al bolsillo para buscar ayuda en el tabaco, en el humo. Y ya no tengo tal recurso.

El humo ha sido un relleno constante en los huecos de mis tareas literarias y pictóricas. Ya, no. Un recurso menos.

La película *Él* parece que trae divida a la gente en general y a los profesionales de la crítica cinematográfica. He ido a verla por esto y porque la elaboración del asunto (novela de la señora Pinto), y la dirección, se deben a buenos amigos míos.

Además, por el tema, que nunca se hace viejo ni se aleja del hombre. ¿Quién no ha sido o ha pasado por alguna etapa de celos?

A la salida del espectáculo me pongo a monologar tranquilamente:

No sé lo que en el fondo piensa cada espectador. Cada persona puede reaccionar de un modo arcano. Muchas veces, en compañía de mirones de cuadros, he notado que algunos salían por los cerros de Úbeda si se les preguntaba por su juicio.

Tal vez hacemos mal cuando nos dirigimos al prójimo diciéndole: «¿Qué te parece?». Deberíamos empezar preguntándole: «¿Qué has visto?». Lástima que esto resulte una grosería.

¿Qué has visto?, me pregunto. Y me respondo: He visto las peripecias de un caso de celos, de un caso patológico.

—Al caer bajo la garra de los celos ¿no entra todo hombre en un estado patológico?

—Puede ser, creo que sí, pero lo patológico en *Él* es distinto. Sus celos son los correspondientes a un ser tarado, que nace anormal. Ya lo era también su padre.

Todo celoso hará extravagancias, pero las de éste pueden tener características muy propias. La histeria le impulsará tan pronto hacia arriba como le abatirá y sumirá en congojas de niño o de inválido. Después de reñir y hasta golpear a su diosa, a su ídolo, *Él* se humilla declarando al criado su desgracia.

Este pobre ser vive entre la pura exaltación y la pura depresión. Si algunas de sus reacciones nos parecen risibles, estamos convencidos de que todavía puede caer en otras más grotescas. Sus

¹⁸⁸ Publicado con el título «Especie de crónica. Los celos y *Él*», *El Nacional*, México, 19 de septiembre de 1953; recogido por primera vez en «José Moreno Villa. Escritos sobre Luis Buñuel», cit., págs. 106-109.

cambios repentinos y radicales son típicos de los trastornados. Viví muchos años en la vecindad de un sanatorio de locas y siempre recordaré aquellos gritos de una que tan pronto lanzaba vítores a Lerroux como mueras al mismo político.¹⁸⁹

Estos tránsitos bruscos se ven en *Él*. Acordémonos del momento en que estando desayunándose y sin hablar ni mirar a su esposa, se agacha para recoger una servilleta caída y, el ver los pies de ella, le hace olvidar todo lo violento de la situación y desatarse en cariños.

Esta escena es una resonancia de aquella otra con que empieza la película. Comienzo magistral porque con ella se apodera del espectador enseguida, sin titubeos.

Buñuel no se anda con rodeos, se va derecho a lo medular. Y esta película me parece llena de aciertos, tanto psicológicos como fotográficos. No hay muchas películas que me retengan en el asiento. Durante el desarrollo de ésta no supe si la butaca tenía brazos, ni si era blanda o dura.

Al ir repasando mentalmente esta obra de Buñuel reparo en que es obra sin personaje malo. Las maldades del héroe son involuntarias, de un perturbado. Y el carácter de ella es de una tolerancia más que ejemplar. Los personajes secundarios actúan poco y son correctos. En realidad, la película es sólo él, la compone él; los demás son leves apoyos para que resalte su figura desaforada.

Me dicen que el asunto es histórico, pero la novela, para pasar a este otro mundo que es el cine, se ha enriquecido con lo que llaman ángulos de visión llenos de vida propia y sellados con la marca del director.

Los espectadores que se acercan a esta obra esperando encontrar un Oteló, se sentirán burlados. Pero esto no es defecto de los autores. Su propósito dista mucho del énfasis tradicional teatral.

¹⁸⁹ En el capítulo «En presencia de la eterna juventud» de *Vida en claro*, Moreno Villa escribe: «He dicho que ningún edificio ajeno podía molestarle; sin embargo, teníamos un sanatorio de locas junto a las tapias de los dos pabellones primeros. Era una propiedad antigua, que como cuña se metía en los terrenos adquiridos por la Residencia. No molestaba. Sólo de tarde en tarde se escuchaban los soliloquios delirantes de alguna demente» (véase pág. 108).

Estamos en el siglo XX. En nosotros viven las multiseculares pasiones, pero miles de cerebros están rondando el secreto de nuestras almas enfermas o sanas y han sacado ya algunas cosas a luz, secretos preciosos que llenan hoy los libros de estudio y los recreativos.

Es natural que los Otelos de hoy sean más complejos que los de ayer y que algunos nos hagan reír a la par que nos muestran lo angustioso y terrible de su situación.

Ahora que actúa en México un equipo de fútbol asturiano me acuden recuerdos de su verde país, verde por lo bien mojado.

Viví en Gijón un año, desde el verano del 21 al del 22. Durante el invierno intercalado, supe lo que es llover de verdad. En tres meses, día por día, no me despoqué del impermeable ni de los chanclas más que para dormir. La biblioteca donde prestaba mis servicios como director estaba tan húmeda como la calle.

Tan nuevo como el clima me resultaba el lenguaje. Un día me paré a oír cómo disputaban dos mujeres por unas verduras. La verdulera decía que lo vendido eran *cebollines* y la compradora aseguraba que eran *cebolletes*. Poco versado en hortalizas, desconocía yo la diferencia entre cebollines y cebolletes. Hoy mismo, no sé de ellos más que la diferencia de género y que parecen hijos de la cebolla.

Del bable no puedo decir nada. Supe de un bardo famoso, cuyo hijo, Horacio, es pintor y vive desterrado aquí, en la capital.

De literatos no recuerdo más que al viejo don Julio Somoza, entercado jovellanista, y un poeta, Bonet, que estuvo dirigiendo un diario. Las figuras literarias de mayor relieve viven en Madrid, Palacio Valdés, Pérez de Ayala. A éste le trataba desde 1910.

En cambio, me reunía bastante con los dos pintores que eran considerados como maestros en Gijón: Piñole y Evaristo Valle.¹⁹¹ Dos tipos muy diferentes y muy asturianos. Piñole, tan melancólico y manso como la llovizna; Evaristo Valle, inquieto, huidizo, tan alocado como esos días en que llueve con sol. Piñole pintaba figuras del país entre los pomares, lindas asturianas y ágiles zagalones en romerías. Pero todo envuelto en tonos apagados, grises. Valle, por el contrario, gustaba de pintar escenas carnavalescas,

¹⁹⁰ Publicado con el título «Memorias revueltas. Estancia en Asturias», *El Nacional*, México, 2 de agosto de 1953; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 249-251.

¹⁹¹ Moreno Villa habla sobre estos dos pintores en su artículo «Cartas facticias. Paisajes y paisajistas», *España*, Madrid, 29 de abril de 1922; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, cit., págs. 559-561.

derivadas de las de Goya, aunque de tonos más estridentes. Con Piñole me solía reunir a pasear por la calle Corrida entre ocho y nueve de la noche, hora en que, muy provincianamente, gustaban los gijoneses de saludarse dando vueltas en esa vía principal. Otro de los compañeros de paseo era Balbuena, gran oculista y hombre inteligente, como su hermano Roberto, arquitecto y pintor residente ahora aquí, en México, y como lo fue Gustavo, desaparecido en las aguas mediterráneas al hacer la travesía de la Península a Mallorca.

Yo tenía parientes en Gijón: los Orueta. Domingo de Orueta, ingeniero, estaba casado con una prima de mi padre. Tenía una fábrica de vagones en El Llano.

Domingo dio mucho que hablar con su pretendido yacimiento de platino en tierras de Málaga. Era sabio y un tanto genial, como lo fueron su padre y su hermano Ricardo: escribió una obra de óptica de gran interés y trabajaba para la casa Zeiss, de Alemania. Pero en lo de las minas de platino se fue de ligero, calentó a la opinión nacional con una famosa conferencia y despertó el interés de Alfonso XIII, quedando luego el asunto en que la existencia de metal era tan escasa que no valía la pena la explotación.

Un hijo de Domingo, mi primo Manolo, sucumbió destrozado por las olas al querer salvar la vida de su chofer un día de fuerte temporal. Creo que levantaron un discreto monumento en memoria suya cerca del lugar trágico.

Con otro asturiano de cierta personalidad, Francisco Beceña, estuve en Covadonga, santuario de la Reconquista, lugar bravío y poco de mi gusto ciudadano. Recuerdo que le dije: «Yo estoy reñido con las peñas y los precipicios; la visión de Montserrat me espanta».

Beceña era de Cangas de Onís, vivió años en la Residencia de Estudiantes, estando allí hizo oposiciones a la cátedra de Derecho que luego tuvo en Madrid; anduvo metido en política cuando mandaba Lerroux y lo mataron en Cangas durante los primeros días de la revolución del año 36.

En Oviedo, en Villaviciosa, en Llanes y en muchos otros lugares de Asturias tuve y quizás tenga todavía conocidos y amigos.

En México, desde mi llegada entablé conocimiento con asturianos residentes, como los Macorra, los Prieto, los Robredo, los Prendes. En Puebla, durante mi primera visita, el año 1937, reconocí a un Migoya que había jugado mucho al tenis conmigo en las canchas de Gijón, pero él no hizo por reconocirme, acaso por la «rojez» que yo traía de mi tierra.

El mejor futbolista de aquella mi época en Asturias se llamaba Meana. Seguramente lo recuerdan los jóvenes jugadores recién llegados.

A lo largo de la vida va uno conociendo la gran variedad de antagonismos que existen entre los hombres. Pienso al instante en esos dichos tan mexicanos de «me cayó mal», «me cae gordo». Modismos o variaciones de «me resulta pesado», «me es antipático».

¿Qué es eso de «me resulta» o «me cae»? Una confesión tácita de que se trata de un sentimiento irracional, es decir, que está por debajo o por encima de la razón.

¿Quién se ve libre de este antagonismo irracional? A veces surge entre dos personas desde el primer golpe de vista; a veces, antes de que el sujeto antagonico haya pronunciado una palabra. Yo he llegado a sentir antagonismo por el modo de dar la mano algún individuo, o por el modo de mirar, o de sonreír. En los que dan la mano sin abrirla bien, me parece que hay algo de ruindad y desconfianza. En ciertas sonrisas descubro mucha hipocresía, y en ciertas miradas un fondo de crueldad.

A este antagonismo se le llamará irracional o sensual o instintivo porque se parece al de las bestias. Es notable que entre ellas y nosotros puede manifestarse como entre personas. Hay animales opuestos a mí, como los hay odiados por mí.

Da risa pensar que se puede ser antagonico de alguien por su calidad de voz.

El haber convivido muchos años con estudiantes mayores en la célebre Residencia de Madrid me suministró datos sobre este curioso tema. Allí pude ver que las profesiones crean antagonismos propios. Entre los ingenieros y los poetas había un claro antagonismo. El estudiante Balzola, ingeniero y nada tonto, no podía ver a García Lorca, poeta en todo momento. Oírle decir: «Verde que te quiero, verde» era para Balzola algo tan atentatorio como ponerle a la orilla de un precipicio. Y otro del grupo ingeniero se desternillaba de risa cada vez que recordaba aquello de Juan Ramón, «a caballo va el poeta / qué tranquilidad violeta». Se ve que entre las ecuaciones del ingeniero y las del poeta no cabe concordia, sino rivalidad.

¹⁹² «Los antagonismos», *El Nacional*, México, 30 de agosto de 1953.

En la misma Residencia pude observar a los estudiantes que eran antagónicos por política, o por el modo de enfocar la historia, o por la religión, o por la estética.

En política, un Wenceslao Roces, actualmente en México, no podía coincidir con su paisano Beceña. En estética, un Diego Angulo, historiador de arte, era totalmente contrario en técnica y concepto a Ricardo de Orueta. Y ambos opuestos al esteticismo de Eugenio d'Ors.

Pero allí, las controversias o disputas tenían lugar en las habitaciones particulares o en pequeños grupos acá y allá, por los alrededores.

Donde se ventilaban los antagonismos con toda su fuerza era en el Ateneo. Allí Galarza contra Calvo Sotelo, o éste contra Azaña, o éste contra un tipo, de cabeza fenomenal, dolicocefala y aerodinámica, que parecía nacido para meterse con Moret.

España es un país de seres antagónicos. El ser español se fue formando a fuerza de vivir eternamente en fronteras, como apuntó en alguna ocasión Federico de Onís. Además, cada raza que invadió la Península plantó su esqueje, como quien dice, y ya no lo arrancó nadie del suelo. En España sigue habiendo fenicios, iberos, romanos, moros, visigodos, gitanos, celtas y hasta atlántidas.

Los antagonismos son por esto allí más acusados y virulentos que en otros países.

Estoy por decir que el antagonismo es muy parecido a la alergia. Y añadir que, en España, los liberales sienten alergia ante los tradicionalistas, carlistas, requetés, fascistas; que los andaluces le producen alergia a los vascos; que los catalanes se la producen a los andaluces.

Estoy seguro de que a Ortega y Gasset le producía alergia Manuel Azaña y que a éste se la produjeron muchos de sus colaboradores políticos.

Habría que estudiar esto de la alergia en política.

Están de paso aquí, durante el mes de septiembre, Américo Castro, su esposa Carmen Madinaveitia y su hija Carmen Castro de Zubiri, el filósofo. Antiguas amistades, personas que hacen historia en mi vida y que dejan rastro en la vida cultural de España.

Américo y Carmen estuvieron ya otra vez, el año pasado. Él viene a corregir pruebas de la segunda edición de su gran libro *España en su historia*.

Pero la hija viene por primera vez. Y viene de España, lo que la rodea de un interés muy especial. He charlado con ella durante una hora. No la veía desde febrero de 1937, que la encontré en París, en la Casa de España, donde también estaba refugiado Pío Baroja. Fue la primera vez que la vi casada. Se me hacía raro verla en compañía de un marido a quien yo conocía también de antes, aunque dedicado a menesteres muy distintos que los matrimoniales, a los del sacerdocio y la filosofía. Zubiri, joven y guapo, empezaba a «robarle pantallos» a Ortega en la universidad. Zubiri comenzaba a ser personaje histórico, y, de repente, me lo encuentro de personaje novelesco también.

Han pasado catorce años y muchas cosas a todos nosotros. La Carmencita de otros tiempos presenta ya ramalazos o mechones de canas, pero sigue tan vivaz como siempre. Habla, mira y ríe con fuerza, lo cual no significa con violencia ni griterío, sino hablar con empuje, mirar con penetración y picardía, y reír con fresco alborozo.

Viéndola expresarse y contestar a las variadísimas preguntas que le disparo me parece asistir a un sueño. Esta mujer que tengo delante ahora es la niña que conocí en pañales y la mocita estudiante que actuaba con fervores políticos en Madrid cuando las cosas estaban verdes y cuando estuvieron más que maduras, pasadas. ¡Qué giros toman las vidas! Y he aquí presentes cuarenta años condensados en unos minutos.

La Carmen Castro es hoy escritora. Hace su viaje a fuerza de pluma. Veo que entrega a su padre un sobre bien abultado para que lo mande por avión. Explica dirigiéndose a mí: «Son diez artículos para el diario *Informaciones*. Hago allí una plana entera para

¹⁹³ «Amigos aquí, de paso», *El Nacional*, México, 6 de septiembre de 1953.

señoras». Y cambiando ligeramente me pregunta: «¿Qué te pareció mi libro sobre Marcel Proust?»¹⁰⁴.

—Bien, pero algo difícil, por lo apretado.

—¿Resulta pesado?

—No digo eso. Es que cada día me cuesta más separarme del campo o los campos literarios en que vivo y penetrar en terrenos poco frecuentados. Lo que me hizo gracia fue tu dedicatoria: «A José Moreno Villa, que está para mí siempre unido al cuento *El ancho, el largo y el clarividente*».

Yo recuerdo bien lo que le gustó este cuentecillo arreglado por mí para la famosa casa Calleja cuando Carmen tendría siete u ocho años; lo que no podía figurarme es que mi silueta física y literaria estuviese tan adherida a él en la mente de esta amiga.

¿Nos ocurrirá esto muy a menudo con las personas y las cosas? ¿Se irá fraguando así la historia de la vida en nuestras conciencias? Unamunescamente me pongo a *malabarear* con los vocablos partiendo de estos dos: la vida y la historia. La historia vivida. La vida historiada. *España en su historia*, el hombre en su historia.

Esto es lo que me interesa ahora. ¿Redacto memorias revueltas con el terco propósito de ir entendiéndome o por el vano placer de revivir?

Américo está metido en una tarea de mayor empeño y trascendencia. Busca a España en su historia.

Y es que los elementos o componentes de nuestras vidas se nos ríen en las barbas y se nos escapan a toda hora. Incluso los más cercanos. Nadie sabe la repercusión que va a tener un acto, una frase que se pronunció sin darle relieve.

De otra parte, al pensar en los giros que toman las vidas, nos decimos: dependen, más que de nosotros, de los acontecimientos atmosféricos. De esos huracanes que soplan enfurecidos sobre las carnes y los espíritus que van haciendo la historia de las épocas.

Pero una vez pensada cosa tan seria nos asalta la duda. ¿No será que queremos descargar sobre los meteoros nuestros móviles?

Salud, amigos. Aquí dejo las primeras impresiones de la charla de ayer.

¹⁰⁴ Carmen Castro, *Marcel Proust o El vivir escribiendo*, Madrid, Revista de Occidente, 1952.

El rector de la universidad, que era entonces don Armando Olivares, nos invitó a dar unas conferencias. Los invitados éramos Manolo Altola-guirre y yo. Recuerdo con gusto la excursión, salvo en los imprevistos.

En el coche de Manolo, manejado por su segunda mujer, María Luisa Gómez Mena, fuimos los tres y dos amigos más, Rafael Sánchez Ventura y el argentino Tomás Bo.

Nos alojamos en una fonda que había en una linda placita triangular donde se paseaban las muchachas y los jóvenes al mediodía y por las tardes. Debía ser por época de calor, porque años después visité aquel lugar en invierno y lo hallé desierto a esas horas.

Guanajuato nos fue conquistando a medida que lo recorríamos. El rector Olivares y el pintor y coleccionista señor Leal nos atendían y conducían ejemplarmente. A ellos se fueron sumando algunos amigos nuevos y todo marchó bien hasta el día en que le tocaba hablar a Manolo Altola-guirre.

A la una estábamos sentados en un banco de la linda placita. Con nosotros estaba un poeta joven que quería llevarnos a un rancho de su tío a pasar unos días. Se fueron acercando a nuestro grupo cinco o seis personas más y de ellas salió la idea de beber unos aperitivos.

La idea era excelente, llena de cordialidad y alegría, pero su realización, a base de obsequiosidades sin límites, fue desastrosa. Me retiré a las dos de la tarde muy enfermo. Pero María Luisa me dio a beber no sé qué cosa y a eso de las cuatro me hallaba perfectamente.

La conferencia de Manolo tendría lugar a las cinco. En el estrado se sentaron las dignidades de la universidad, seis o siete personas. Entre ellas me sorprendió ver al argentino Tomás Bo. ¿Por qué figuraba entre los profesores y el rector? Me sospeché que por las copas. Y en efecto. Empezó por sacar un cigarrillo y pedir fuego a uno de los profesores. Después, en un momento de la conferencia sobre san Juan de la Cruz, sin motivo alguno gritó un «¡olé, Manolo!».

Todos los concurrentes nos sentimos incómodos, en espera de que pudiese ocurrir algo peor. Afortunadamente no fue así. Tal vez

¹⁹⁵ Publicado con el título «Memorias revueltas. Imprevistos en Guanajuato», *El Nacional*, México, 13 de septiembre de 1953.

algún vecino de mesa le tiró un pellizco en una pierna. El hecho es que acabó durmiéndose sobre el tablero.

A esta peripecia siguió la provocada por el joven poeta. Después de pintarnos unos días de tranquila felicidad y curiosas novedades para nosotros extranjeros en un típico rancho mexicano, y después de asegurarnos que había cruzado telegramas con su tío y que todo estaba listo para recibirnos, aceptamos la invitación muy contentos y emprendimos el camino.

Miento, no había camino. El coche, que no era un Ford ni un tanque, tuvo que ir traqueteándose por terrenos peñascosos y ondulados durante cuatro horas. Y los ocupantes hacíamos como para no pesar sobre los asientos, a fin de que no se rompiese algo de los bajos de la máquina.

Alguno de nosotros empezó a refunfuñar y tirar pullitas al poeta joven. María Luisa que llevaba el volante se sentía cansada. El poeta joven callaba.

Llegamos finalmente y nos encontramos con lo inesperado. Nadie nos esperaba tampoco a nosotros. Ni estaba el tío del poeta ni nadie que supiese de nuestra llegada. No podían darnos ni una toalla para lavarnos y secarnos las caras y las manos sudorosas y empolvadas por el fatigoso camino. El joven poeta nos había tomado el pelo y no sabía qué hacer ni qué decir.

En esto apareció un primo suyo y él se encargó de ir en busca del tío. Cuando apareció mostraba un semblante de disgusto. Tuvo un nombre despectivo para el sobrino y nos invitó a pasar a una sala.

Todo aquello resultaba muy tirante y habíamos tomado ya el acuerdo de salir inmediatamente para la ciudad de México. Pero el tío del joven poeta dijo que ya estaba encargado el almuerzo.

De repente empiezan a llegar políticos, como quince o veinte. Aquello iba resultando fantástico. Nos sirven tequila y anís. Nos sentamos a la mesa, que era kilométrica. Los políticos, muy cerca del anfitrión, nosotros en la cola, como gente aparte.

Apenas acabada la comida nos despedimos de aquel ranchero en cuya cara se leía la ascendencia gala. No recorrimos la finca, pero desde el umbral de la casa veíamos unas sonrientes amapolas.

Pienso ahora en la plaza de la Merced o de Torrijos al recibir unas postales malagueñas que me envía desde Londres el escritor y paisano mío Salazar Chapela. Donosamente me dice en su carta adjunta que me las manda en agradecimiento por un artículo que escribí sobre los *boquerones ambulantes*.¹⁹⁷

La plaza de la Merced es un lugar ciudadano que pudiendo ser alegre tiene un sello de tristeza. Es amplia y formada por casas de regular altura y claro color, edificadas las de todo un costado en tiempos de Isabel II, obedeciendo a ese estilo discreto que unificó también las manzanas que forman la Puerta del Sol en Madrid.

Desembocando en la plaza por la calle de Granada, ese costado es el que se divisa, y recibe uno la impresión grata de lo correcto y limpio. Si se pregunta quién hizo tales casas, cualquiera responde: «Son las casas de Campos». Este Campos las edificó sobre terrenos del demolido convento de la Merced. Probablemente fue de los que se enriquecieron con la desamortización, entre los cuales hubo algún antepasado mío.

Aparte de estas casas de Campos, integran la plaza una barandilla sobre zócalo de piedra que define el jardín central y elevado, unos grandes árboles, unos canapés, como se les llamaba licenciosamente a unos bancos de piedra con respaldo y brazos de hierro, y, por último, unos cuadritos jardineros al pie del monumento levantado a Torrijos.

El sello de tristeza que tiene este lugar ¿no se deberá al monumento? De niño y de joven no caía en la cuenta; de mayor comencé a notar que sí, que la forma, el color y los adornos aplicados a la piedra eran funerarios. El monumento resultaba una evocación en grande de ciertas piedras tumulares vistas en los cementerios.

¹⁹⁶ Publicado con el título «Memorias revueltas. Una plaza en Málaga», *El Nacional*, México, 22 de septiembre de 1953; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 253-255.

¹⁹⁷ En la correspondencia de José Moreno Villa no se conserva ninguna carta de Salazar Chapela, pero entre sus documentos sí existen unas postales de la ciudad de Málaga que, con toda seguridad, son las que recibió en agradecimiento a la lectura del artículo «El boquerón viajero» (véanse págs. 589-590).

Una fina y esbelta pirámide de mármol blanco adornada con guirnaldas de hierro negro.

Por si esto fuera poco, en la parte más ancha de la pirámide hay cartelas con los nombres de los muchos adictos a Torrijos, fusilados como él en la playa de Málaga el 11 de diciembre de 1831. Fusilados por ser liberales y contrarios a Fernando VII.

Málaga, al levantar este monumento, quiso demostrar su disconformidad con el crimen cometido por el general que gobernaba antes. Hizo perfectamente. La memoria de aquella tragedia está viva aún en mi pueblo. Todavía se oye decir que el cura que confesó al jovencito fusilado se volvió loco.

Málaga hizo bien, pero los arquitectos que planearon el monumento no estuvieron acertados. No creo que para exaltar el recuerdo de unos héroes se deba recurrir a unas formas decorativas vulgarizadas en los cementerios que, donde se pongan, pondrán el sello exclusivo de la muerte. Creo, por el contrario, que para exaltar la memoria digna de ellos y alentar a los ciudadanos todos, debieron haber compuesto algo en que flotase el concepto de gloriosa eternidad. Algo, en suma, que no fuese sólo testimonio de dolor, sino también de entusiasta adhesión a la conducta.

De tal modo, la plaza de la Merced no sería tan triste.

Durante mi juventud he vivido en ella, sin embargo, momentos de alegría. Recuerdo algunas verbenas y ferias y algunas horas de sabrosas discusiones románticas. Muchas veces pensaba que de no vivir en el sector del puerto y del parque, hubiera vivido con gusto en la plaza de la Merced.

Porque, además, este sitio me parecía que era más entrañable, algo como un riñón de la ciudad por estar en el centro y fundir el caserío comercial, rico y ostentoso, con el caserío popular, modesto y de nido un poco misterioso.

Digo esto último porque en una de las calles que parten de esta plaza se recogían a vivir secretamente los *tórtolos* que no se avenían —por hache o por be— a las uniones rituales.

De la plaza de la Merced parte la calle de la Victoria, que remata en el templo de este nombre, donde se guarda la Virgen que baja al puerto cada año a pasearse en barca de pescadores. La Virgen

que entró con los reyes del tanto monta y vio cómo los moros eran echados de Málaga. La misma que después los ha visto llegar y pasearse por las calles a tambor batiente y levantando mucho las trompetas.

Málaga estuvo más tiempo bajo el poder musulmán que la América hispana bajo el español. Es de suponer, por consiguiente, que los malagueños tengamos algo de musulmanes, incluso aquellos que puedan probar, para efectos nobiliarios, pureza de sangre.

Encaramado en la torre de la catedral o junto al castillo de Gibralfaro tengo hechas algunas consideraciones sobre el sello moruno que presentaba la ciudad. Hoy, restaurada la Alcazaba, este sello se acentúa en un ciento por ciento.

¿Dejó en lo humano tanta marca como en lo arquitectónico el alma moruna? Dicho con más claridad: ¿Hubo tanto cruce de razas como para imprimir rasgos corporales en el pueblo dominado?

No creo que se pueda afirmar mucho en este sentido. El cruzamiento no debió de ser tan frecuente como en América. Desde mi antigua atalaya pensé en lo que fue «la morería» de Málaga, un recinto en el centro de la ciudad que concedieron los Reyes Católicos a los moros convertidos. (Los otros salieron con las fuerzas derrotadas.) Un recinto es un espacio acotado.

Sabemos la extensión que tuvo la morería; más o menos, la que abarca el centro comercial de hoy, entre la calle Nueva, Atarazanas y la calle de la Compañía. Se distingue aún por los nombres de las callejuelas, que como en los barrios moros, estaban dedicadas a una especialidad cada una, por ejemplo, calle de Carreterías, calle de Especería, de Carnicerías, de Panaderías, calle de Esparteros, etc.

Allí quedaron encerrados, o separados, los moros cristianizados; lo cual significa que todo lo demás del conjunto urbano lo disfrutaban los cristianos venidos con los Reyes Católicos o los antiguos cristianos residentes, entre los cuales quedarían sus poquitos visigodos y griegos y romanos.

Es muy difícil puntualizar algo sobre lo que esta morería influyó en el tipo malagueño, como es muy difícil indicar lo que influye-

¹⁰⁸ Publicado con el título «Memorias revueltas. La morería de Málaga», *El Nacional*, México, 13 de octubre de 1953.

ron otras morerías o núcleos moros en las demás provincias andaluzas; pero la influencia es evidente. En todas las capitales y no capitales hay ojos moros —grandes y expresivos—, hay finos labios, buenos dientes blancos y hermosas cabelleras oscuras. Muchas veces, al ver la foto de un significado marroquí me parece que miro a Juan Ramón Jiménez, a Gómez-Moreno, o a Giner de los Ríos, a uno cualquiera de los Machado; y sabemos que el primero es de Moguer (Huelva); el segundo, de Granada; el tercero fue de Ronda (Málaga), y los Machado, de Sevilla. No me costaría trabajo señalar otros ejemplares parecidos y correspondientes a Córdoba, a Jaén, a Cádiz y Almería. Y sin salirme del mundo intelectual.

Pero hay en nosotros algo más que el influjo antiguo de una morería. Siempre me ha intrigado la liga de elementos que puede haber en nosotros. Junto a la morería ¿no habrá una «gitanería» y hasta una «negrería»?

Por desgracia, ni los gitanos ni los negros hacen arquitectura, al menos fuera de sus tierras originales. (Pienso en Egipto y en África.) Existen en Málaga la calle de los Gitanos y la calle de los Negros, pero estos nombres no bastan para deducir cuántos eran ni cuándo ingresaron en la población malagueña.

Desde mi atalaya divisaba antaño una calle que llamaban del Mundo Nuevo, no sé por qué. En ella no había más que gente maleante, mancebías de ínfima clase y negros o negras. Desde luego no tenía el encanto, el atractivo del Albaicín de Granada. Por aquella calle no subía persona honesta y tranquila. No sé si habrá desaparecido al urbanizar la Alcazaba y sus alrededores.

Aunque al malagueño puro no le gusta que le encuentren parecido con el gitano o con el negro, yo veo que en las juergas y en las verbenas hay gitanería o no hay alegría. Y que la rumba es negra y el ¡ay! es gitano. Acaso, también, semita.

¡Qué viejo es cualquier andaluz! ¡Qué de oro y también de otra cosa llevamos a cuestras o dentro! ¡De cuántas gotas de sangre dis tinta se compone la que fluye por nuestros canalillos!

En la calle de San Juan y sus afluentes, que son ésas donde estuvo la morería, recuerdo haberme parado muchas veces a ver

las manufacturas de los talabarteros y de los albarderos. Los unos trabajan el cuero, los otros bordan con lanas de colores las albardas de los burros. No son moros los obreros, aprendieron de ellos. Así, muchos de nosotros, trabajando en otros campos, damos notas orientales y hasta africanas.

No sé si la inteligencia del prójimo basta por sí sola para sostener nuestro afecto por él. Me digo esto al pensar en Baroja con motivo del libro escrito por su sobrino Pío Caro Baroja²⁰⁰.

Apenas llevo leídas cincuenta páginas y ya estoy recordando la persona y la personalidad de don Pío. Le conozco desde el año 1913, que le dediqué en mi primer libro de versos el siguiente medallón o semblanza:

Le veo dentro de una pequeña prisión
con un gesto nostálgico de ciencia y de león,
con una carboncilla delante de un telón,
queriendo dar matices de luz con el carbón.

Durante los veinticuatro años que median entre aquella fecha y la de 1937, le vi mucho algunas temporadas y muy poco otras. Yo era bastante más joven que él, casi veinte años; no éramos de la misma quinta, como dicen los soldados. Le miraba como a un general o jefe mayor, con respeto y afecto.

Las épocas en que le traté más fueron aquellas de la Primera Gran Guerra, al crearse la revista *España*, y la de la librería abierta por su cuñado Rafael Caro Raggio en las Cuatro Calles. En este local me reuní muchas veces con él, con Azorín y con Ortega, y después de dar varias vueltas por la calle de Alcalá, solía yo acompañarle hasta su casa de la calle de Mendizábal. Esta casa fue destruida durante la guerra civil, y su sobrino Pío la describe con bastante relieve en *La soledad de Pío Baroja*. Noto, sin embargo, que al describirla piso por piso no alude a la imprenta, que para mí tiene especial recuerdo por haberse impreso en ella mi libro *Colección* el año de 1924.

Como he escrito en muchas ocasiones acerca de Baroja, de una manera dispersa he aludido a estos ratos con él en la revista,

¹⁹⁹ Publicado con el título «Memorias revueltas. Ratos con Pío Baroja», *El Nacional*, México, 11 de octubre de 1953; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 261-263.

²⁰⁰ Pío Caro Baroja, *La soledad de Pío Baroja*, México, Pío Caro Baroja Editor, 1953.

en la librería, en las calles, en el estudio del pintor Echevarría y en las excursiones largas en automóvil a que nos invitaba Ortega y Gasset.

De estas excursiones recuerdo siempre algunos detalles. En la fonda de Sepúlveda —pueblo segoviano de recio cariz medieval—, nos alojaron a don Pío y a mí en un dormitorio de dos camas. Ya estaba yo en la mía, y tapado hasta los ojos porque el aire congelaba, cuando me dice: «Oiga, Moreno Villa, usted perdonará que me ponga esto». Era que se ponía un gorro de dormir. Me eché a reír y le dije: «¡Claro, es mucha la superficie de enfriamiento!».

En otro sitio, en Béjar, al llegar se nos acercó un hombre del pueblo y después de mirar fijamente a Baroja queriendo reconocerle le dijo: «¿No es usted don Pío? Perdone que lo dude, es que ahora viene usted con un abrigo de pieles y, en aquellos años atrás, venía con un zurrón a cuestras y todo empolvado de la caminata. Se ve que se ha mejorado mucho. Y qué buen automóvil».

Baroja se rió con ganas y nos aclaró que había conocido al hombre en la época andariega y anarquizante.

De esta excursión recuerdo también que el dueño de la fonda y su hija eran notables: ella por lo guapa y él por lo ridículo; se había mandado hacer un retrato grande y al óleo en que se le veía con una sobera en las manos y una servilleta al brazo. Este retrato presidía el comedor de la fonda.

Baroja no habla nunca en *magister* ni construye largas oraciones. Para explicarse maneja frases cortas que son muy afirmativas o muy negativas. Es curioso que cuando niega el valor de una obra o de un hombre lo hace como si se sacara del bolsillo una cáscara de cacahuete y la tirase sin aspaviento, con sencillez y sin mirar al prójimo para ver el efecto que le produce.

Intercala en la conversación algunas preguntas o proposiciones que dan lugar a repasos introspectivos. Así, una tarde, cruzando la soledad esteparia de Castilla a la hora del crepúsculo, dijo: «Hay mucha gente que a esta hora siente miedo». Lo cual dio motivo a que cada uno de nosotros expusiera lo que sentía al oscurecerse el día.

Procuro al redactar estas líneas acordarme bien de todo lo que le he oído y de los tonos de su voz o las inflexiones de su espíritu.

La resultante me agrada, aunque en alguna ocasión he dicho que no se puede oírle días y días sin caer en pesimismo por las muchas negaciones que opone a obras y personajes.

Y vuelvo a lo del principio: ¿basta la inteligencia para crear afecto? Creo que no. Creo que la inteligencia tiene que ir acompañada de simpatía. La prueba está en que nunca he sentido afecto por Ricardo Baroja, siendo inteligente y buen aguafuertista. Este hermano de Pío no tiene la salsa humana necesaria que traba voluntades. Es mi impresión.

No es fácil recordar punto por punto cómo y cuándo nace el afán de componer o hacer por cuenta propia poesías, relatos y dibujos. Lo que sí puede uno asegurar es que desde muy temprano busca el retiro propicio para la producción.

Y qué apoyo moral se siente el día que se lee por vez primera el poema *Vida retirada* de fray Luis de León. Apoyo moral, porque las familias y los amigos pretenden siempre alejarnos de la senda escondida, del apartamiento.

Sin retiro no hay concentración posible. Y como la capacidad de concentración es muy variable en los individuos, unos necesitamos más retiro que otros, más horas de soledad.

En mis años mozos era muy lento para producir, y buscaba lugares de cierto encanto creyendo que darían impulso. Algunas veces me encaramaba en la torre de la catedral, otras me sentaba en las peñas de la escollera o espigón del puerto. También gustaba de irme a un jardincillo que había cerca de la subida al Calvario.

Desde la torre tenía la visión panorámica de toda Málaga, un avance de la visión que luego nos han proporcionado los aviones, aunque más tranquila. La visión de una foto hecha por los aviadores militares para estudios topográficos. Pero con un encanto de que carecen las fotos, el de ver a los seres humanos chiquititos y en movimiento.

Veía el mar y la playa; veía su borde espumoso sin oír su jadeo, veía su quebrado espejismo, su leve convexidad, sus matices colores, y hasta veía la costa de África.

No escribía nada de esto que ahora escribo, pero sin aquellas horas de retiro y embeleso me sentiría más pobre y sin recursos en mi edad presente y a tal distancia.

La visión desde la torre era la más rica en elementos y por esto me dejó más poso en el espíritu. Abarcaba mar, caserío, trazado

²⁰¹ Publicado con el título «Memorias revueltas. La escondida senda», *El Nacional*, México, 4 de octubre de 1953; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escondidas*, cit., págs. 257-259.

urbano, montes, vegas, líneas de ferrocarril y carreteras. El trazado de la Málaga vieja era irregular y moruno, estrecho y tortuoso. En la Edad Media, las calles resultaban pasillos de una sola y grande casa de vecindad.

Desde la torre catedralicia, que es renacentista, veía la torre árabe de la que fue mezquita y luego iglesia de Santiago, y esto me empujaba a pensar en nuestra constitución física y moral, en nuestras costumbres y gustos, medio africanos y medio europeos.

Las vegas y los montes me enseñaban que vivía en un lugar privilegiado, con mucho de tropical, donde crece la caña de azúcar, el plátano, la chirimoya, y donde algunas veces se pintan de nieve las crestas de la serranía.

En la escollera, las meditaciones eran más reducidas a un tema, el del mar. Y lo mismo me ocurría en el jardincillo al pie del Calvario. En éste, no tenía delante más que tierra, arbolillos sueltos escalando la colina y una ermita en lo alto.

A este jardincillo lo recuerdo siempre en días de invierno, con un buen sol y algunos enfermos convalecientes que salían a él de un hospital próximo. Por lo que veo ahora, mis retiros a este lugar fueron más frecuentes en invierno que en verano. Y buscaba en él la tibieza y el silencio de los aquejados de algo. Ya me comenzaba a roer el romanticismo de la juventud.

Este recuerdo me trae el de otro lugar que sólo visité una media docena de veces: el del patio del hospital de San Julián. Era un patio de no grandes dimensiones, con arcos en sus galerías y limoneros en el centro. Cada limonero en su alcorque. Los suelos eran de ladrillos rojos, de modo que en el conjunto había un juego de rojos con verdes profundos de las hojas y cantarinos amarillos del limón.

Lo más interesante y vivo de este bello patio era que en él aparecían sentados unos ancianos muy ancianos y vestidos como los viejos de aldea, con gruesa capa castaña, pantalón de pana, faja, chaleco y chaquetilla, un camisón blanco, sin corbata, y en la mano un cayado.

Estos viejitos saboreaban sus colillas de burdo tabaco picado, que se apagaba a cada instante y se cargaba más y más de saliva.

No hablaban. Algunos dejaban traslucir un dulce bienestar. No miraban. Las niñas de sus ojos carecían ya de esos perfiles netos que tienen durante la vida en plenitud. No escuchaban. Probablemente eran sordos casi todos.

Muchas veces he pensado en la felicidad de este retiro. Y me corrijo pensando: Sí, pero ya retiro sin alma, senda escondida e inerte.

Ya comienzo a sentir como un pasado lejano mis primeros años de México, de los cuales, los días corrientes, son una consecuencia. Ya esto que es mi existencia mexicana actual es a la vez aquello que comenzó en 1937. Desde el último vagón veo allá la máquina. Esta máquina está quieta, no avanza en el tiempo; lo que avanza es la cola del tren, y ello porque cada año es un vagón que se agrega a las demás unidades encadenadas.

Mi vagón 1953 no será exactamente como mi vagón 1938 pero nada puede separarle de éste, y la cadena que los une hace que esto de ahora forme parte ya de aquello de ayer.

Me angustia y me gusta la continuidad, el encadenamiento de tantas unidades similares. Me angustia pensar que entre mi vagón del año próximo venidero y el vagón del año 1937 no haya diferencias notables. Veo con envidia la posibilidad de cambios que disfruta la vida política de México en el tiempo que llevo aquí. El individuo no puede cambiar cada seis años. Está más sujeto, más encadenado que la política. Y ello por cosas suyas, por su vocación, por su profesión y compromisos.

Miro los años *cardenistas* y me parecen muy lejanos; sin que la lejanía borre sus perfiles bien netos. Lo notable es que también me resultan ya lejanos los años *alemanistas*, tan distintos y recientes. Y es que hay en los periodos políticos un principiar y un acabar radicales, lo cual no puede darse en el proceso de nuestras vidas únicas. Los perfiles que definían la situación alemanista pasan inexorablemente al pasado, a la historia, desde el día que cesa la situación.

¿Qué sería del hombre que cambiase de conducta o de criterio lo que ha cambiado en dieciséis años la vida política de México?

Al decir que «ya esto es aquello» cometo deliberadamente un equívoco. Parecería más correcto decir «ya el ahora es ayer», pero es que trato de resumir el tiempo y su contenido.

^{2C2} «Ya esto es aquello», *El Nacional*, México, 25 de octubre de 1953. En el recorte de prensa que se conserva en el Archivo José Moreno Villa (Residencia de Estudiantes, Madrid) aparece escrito a tinta, al margen: «Memorias revueltas».

Ahora estoy escribiendo esto; dentro de una hora «esto» es pasado y puedo referirme a él diciendo «aquello».

Pero basta de anfibologías. Lo sustantivo en lo dicho es que al reconsiderar la vida y lo hecho me parece que mis días se repiten infaliblemente; que mis días están llenos de actos o hechos iguales entre sí; que esta monotonía me angustia si pienso en ella; y que bajo algún aspecto me agrada.

Al pisar tierra mexicana me puse a escribir y a pintar. Llevo así dieciséis años; me ha valido de muy poco, pero sigo y seguiré hasta el final. No sé qué fe o credo alienta en mí; no es sólo por gusto tanto escribir y pintar. Eso pudo ser al principio, cuando uno decía: «No escribo para los demás». Después, al escribir pensando en ellos y en la objetividad necesaria a toda obra, ya el gusto se acompaña de trabajo hasta convertirse casi en castigo.

Recientemente he leído o escuchado esta anécdota: estando Baroja escribiendo junto a una ventana abierta sobre el huerto, pasó un campesino que le conocía y le dijo: «Hola, don Pío, ¿qué... descansando?». A lo cual contestó Baroja: «No, trabajando». Siguió su camino el labriego, pero a los pocos días volvió a pasar y viendo al maestro escardando en la huerta, le dijo: «¿Qué hay don Pío, trabajando?». «No, descansando».

El labriego se iría pensando que don Pío trabucaba las cosas, es decir, que estaba *medio lucas*.

Mis días mexicanos y cardenistas van ligados a los primeros tiempos del exilio o trasplante. Todo eso es ya «aquello», evidente lejanía. Un escritor español que me conoce mal, me ataca por descastado y olvidadizo, estando como estoy, cada vez más, viviendo de aquello, del pasado. Hasta el punto de convertir en lejano lo que apenas acaba de pasar.

Para librarme de este espejismo no tengo más que pensar esto: lo verdaderamente lejano es aquello que empieza a parecernos agradable, aunque no lo fue en su hora.

En las horas cercanas, los acontecimientos chicos o mayores tienen alborotada el agua, como piedras recién caídas.

Hago recuento de los amigos y conocidos que se fueron. Nos unía el exilio, aparte de la mayor o menor amistad anterior a la salida de España. Como siguen viviendo en la memoria, los evoco sin dificultad.

Veo a Enrique Díez-Canedo saliendo a mi encuentro con aquel modo de andar en que las piernas parecían torpes para seguir al corazón. Su pecho fuerte avanzaba voluntarioso, mientras sus pies se embrollaban un poco.

Veo a Eugenio Ímaz como midiendo el suelo, pensativo, y de repente descubrir a uno, levantar mucho los brazos y alegrarse como un marino al regreso. Tenía rasgos de marino vasco y quiso irse a morir junto el mar.

Veo a Joaquín Xirau, cuya efusividad siempre me pareció canina. Tanta era la fiesta que hacía a la llegada de persona querida; tan leal fue a los que consideraba nobles por sus empresas.

Veo a don Blas Cabrera, exponente de la Física en España; le veo sentarse, sonreír con ojos siempre llorosos y con parsimonia empezar por la fecha de un suceso cualquiera: «Por entonces, allá por el año cuatro, estaba yo, en...».

Veo a don Rafael Altamira como saliendo del Ateneo hace cuarenta años. Ya entonces de pelo y barbas blancas y gemelo de Bernard Shaw. También le veo pasear por la Reforma en los últimos tiempos, menos derecho y con boina.

Veo a don Ignacio Bolívar saliendo del Museo de Historia Natural en Madrid, con un hombro derrengado, las manos cruzadas atrás y un semblante que, a lo loco, yo diría «bondadoso e inglés». Términos incongruentes, pero posibles.

Veo a Francisco Barnés, con su semblante musulmán y una dulzura común a los dos hermanos, él y Domingo, ocupándose en los últimos tiempos de identificar los cuadros del Museo del Castillo de Chapultepec.

Veo al veterano Zozaya, pero no en sus días últimos de México, sino en Valencia, en «El casal dels sabuts de tota mena» (que me

²⁰³ «En memoria (1.º de noviembre)», *El Nacional*, México, 1 de noviembre de 1953.

perdonen los valencianos, así sonaba lo que significaba «La casa de los sabios de todas clases»).

Este don Antonio Zozaya estaba ya muy viejo en aquellos meses del 37 que yo le traté. Estábamos viviendo en esa misma casa, cuyo nombre oficial era «Casa de la Cultura». Los días no eran divertidos; a él no se le conoció alteración en nada. Vestía y hablaba como siempre, tan madrileño y de fines del siglo anterior.

También evoco al madrileñísimo don Roberto Castrovido, alma generosa y campechana, que andaba sobre muletas como sobre alas, con una agilidad igual a la puesta en sus artículos cada día.

Veo al pobre periodista Fabián Vidal, terriblemente bisojo y manchurrado, que parecía náufrago siempre, a medio ahogar. Parecido que respondía a lo profundo de su psique y le arrastró al suicidio.

Veo a Luis Santullano, cuyo tilín asturiano sonó siempre igual, lo mismo en los momentos angustiosos de Madrid, que en los de Valencia o los de México, donde vino a morir también su simpática hija Marilín, mujer del amigo Velo.

Veo al doctor Fraile, que por su comportamiento con Indalecios y Negrines, pobres y ricos, hizo honor a su apellido. Por su abnegación y desinterés, curando sin cobrar, y olvidado de eso que aquí es lo primordial, el negocio, recuerda lo que se cuenta de los misioneros de la edad heroica. Fue de los realmente buenos, porque los otros, ya saben ustedes, dieron motivo a la famosa frase: «Oyes, niño, no pidas tanto, que parece te ha hecho la boca un fraile».

Veo a Ruiz-Funes, ministro, doctor en Derecho y escritor, especializado en criminología, cuyo semblante claro, atento y sonriente no ligaba bien con la especialidad.

Veo, en fin, a dos pintores; al uno, Rodríguez Orgaz, no lo traté casi nada. Fue primero arquitecto. Su carrera de pintor no fue larga. Murió joven y con una obra no bien definida, aunque con calidades y promesas. Pintó bellas acuarelas en Teotihuacán donde disfrutó de una chamba poco tiempo.

El otro pintor fue Aureliano Arteta. ¿Aureliano? ¿No era Aurelio? Su muerte fue trágica. Azotó al pararse en seco un tranvía, yendo de pie y en el pasillo. Se dio en la sien contra una esquina

de un respaldo y falleció. Era un buen ejemplar humano y buen artista. Tal vez pecó de tímido y de perezoso. Tal vez los movimientos artísticos de entreguerras le desintegraron, haciéndole creer que ya su gusto quedaba viejo.

Hasta aquí los que me acuden. Registro dos pintores, un físico, un criminalista, un naturalista, dos filósofos, tres periodistas, un pedagogo, un médico, un escritor y un profesor de letras. Todos de buena talla moral e intelectual.

Tengo desde hace días un librito de versos que se titula *Málaga* escrito por el novel poeta malagueño Carlos Rodríguez Spiteri. No conozco personalmente a este simpático paisano mío; salió a la palestra literaria y acaso política después de salir yo de España. Su nombre y su familia me fueron conocidos desde la juventud.

En agradecimiento al envío y a la dedicatoria largamente afectuosa que asentó en el volumen, haré este comentario que no es de orden crítico.²⁶⁵

Lo que más me mueve en el libro es el vocabulario. No porque sea producto de rebuscamiento ni enfadosa erudición, sino por lo que tiene de fresco y abundante, como tesoro popular pescado en el trajín de la vida malagueña.

Como el libro quiere presentar y abarcar muchas facetas de Málaga, lo temporal y lo eterno, la noche y el día, el mar y la tierra, los caminos y las calles, las flores y los peces, la copla y el vino, este joven poeta, que se ha metido en cada uno de estos aspectos y modos malagueños con verdadera ansia de captar cosas esenciales, sale a flote con abundantes manojos de vocablos típicos, concretos, muy evocativos para quien es originario de tan maravilloso lugar.

Releo, por ejemplo, el poema titulado «La pesca» y apunto: Jabegotes, coquinas, marengo, aparejos, brecas, jureles, jábegas, cenachos. Palabras que saltan en el poema y cobran un valor de pincelada justa al terminar con estas líneas: «Por donde larga fila de hombres, descalzos / arrastran por la playa la soga y el corcho / entre gritos y golpea de remos».

La visión queda completa y el vocabulario brilla con sabor y color.

Tal vez consideren algunos que los vocablos puramente locales, o los de tareas y oficios muy sujetos a un rincón del mundo,

²⁶⁴ «Vocabulario malagueño», *El Nacional*, México, 22 de noviembre de 1953.

²⁶⁵ Carlos Rodríguez Spiteri, *Málaga*, Madrid, Revista de Occidente, 1952. El ejemplar conservado en la Biblioteca José Moreno Villa (Residencia de Estudiantes, Madrid) contiene la dedicatoria: «A José Moreno Villa, / que ha escrito en *Vida en claro*, / un gran libro de nuestra Málaga. / Con un cariñoso abrazo / Carlos Rodríguez Spiteri / Madrid, mayo, 1953. / Paseo de la Castellana 28».

carecen de valor evocativo para el lector universal. Es cierto, pero no cabe duda de que para el lector que conoce el medio son de un poder emotivo incomparable.

Yo paladeo ciertos versos o palabras sueltas de este librito como si fueran realidades de carne y hueso o de otra materia archiconocida. Qué valor de autenticidad el de esta frase: «Entrar en sus cañas y cañizos para dejar correr la fuente que chapotea».

Qué gusto volver a oír nombrar mostos, los lagares, los cachirulos, la vendeja, el afrecho, los altramuces, los seretes, las almeceinas, el pan de higo, los chumbos y las pencas, las ahumadas cañas de los espetones.

No recuerdo ningún libro de poeta español tan rico en vocabulario de sustantivos concretos y no usados en poesías. Me acude a la memoria el de un autor norteco muy rico en términos náuticos, y lamento no poder citar su nombre.

Otra cosa que me parece de gran acierto en este libro es la selección de citas o lemas debidos a escritores amantes de Málaga, o hijos suyos. Me agrada ir en compañía de Cánovas, Ortega y Gasset, Salvador Rueda, Aleixandre, Antonio Machado, Jorge Guillén, García Lorca, Picasso, Juan Ramón, Gómez de la Serna, Rafael Alberti, Azorín y san Juan de la Cruz. Estos dos últimos, por valores muy sublimados. Azorín, por haber escrito lo siguiente: «Nacer en una tierra no es indiferente; llevamos siempre con nosotros el cielo, el suelo, las costumbres de la tierra». San Juan por aquello: «Cuando más alto subía / deslumbróseme la vista».

Parece extraña la cita de Cánovas, el gran político malagueño de la Regencia; dice así: «solo, en el silencio de la noche, me acuerdo de Málaga, y no te diré, sin embargo, que la amo todavía».

Qué extraña declaración de querer amar a su tierra y no poder amarla todavía. Tengo oído hace mucho tiempo que Málaga fue ingrata con él. Pero no conozco nada a fondo lo que hubo entre Málaga y este hijo preclaro.

Emocionante lo elegido de García Lorca: «Puedo decir que Málaga me ha dado la vida».

Muy elusivas las palabras de Gómez de la Serna: «Me tiré a fondo hacia Málaga y he comprobado lo lejos y escondidos que estamos, y por lo tanto cómo puede anidar en estas orillas la última felicidad, la última claridad paradisiaca del vivir».

De entre las frases de Ortega traslado una: «El andaluz se sabe privilegiado porque, sin previa promesa, Dios le ha adscrito al mejor rincón del planeta».

Para remate de esta nota daré algunos nombres de flores tomados del poema que dedica a ellas: salvia, saúco, yedra, geráneos, alceas, clavel, pastor, aguavientos, quencias, malvillas, clavelillo de trigo, malvas reales, perpetuas, pasiflora, carambuco, nardos.

Y como versos sueltos del tal poema, estos dos:

Vienen los pájaros tirando las hojas.
Canta el que busca cultivar un jardín.

Ahora que el dinero se ha vuelto dinerillo y apenas alcanza para comer, conecto el presente con el pasado pensando, por ejemplo, en la despensa, en aquellas despensas de mis abuelas.

Comienzo riendo porque pudiera haber en este movimiento del ánimo una semejanza con el de aquellos viejos hidalgos castellanos que sembraban de miguitas de pan sus barbas por puro afán de aparentar un vivir holgado.

¿Qué les parecerían a ellos los refrigeradores modernos, que son nuestras despensas en realidad?

Les parecerían bellos objetos de arte, atractivos por su limpieza y posibilidad de orden, eficaces además porque dotan de frío a los manjares que con el calor se corrompen.

Pero estoy seguro de que no cambiarían por ellos unas despensas bien abastadas.

Las de las fincas campestres eran unas señoras despensas. No tenían tantas latas como nuestros refrigeradores, lo cual quiere decir que no tenían tantos recursos efectistas (y aquí al oído, peligrosos), en cambio, tenían sustanciosas y fragantes realidades macizas, de esas que resucitan a un muerto, según dicho tan vulgar como gracioso.

Me hicieron siempre mucha impresión las orzas (escribo en México y siempre me acomete el temor de que ciertos términos sean extraños e incomprensibles). Me impresionaban porque de su seno, oculto por una especie de nevada que era pura manteca de cerdo, extraía mi abuela unas chuletas que nos gustaban más que los peces extraídos del mar por los pescadores.

En estas orzas, cuyo origen griego asegura lo científico y estético de su forma, no guardaba mi abuela Luisa solamente chuletas de cerdo (¿en adobo?), guardaba lomo, guardaba butifarras, que ella misma hacía a la perfección porque, aunque nacida en Málaga, era hija de padres catalanes (don Luis Corró de Bresca y doña Catalina Ferrer). Guardaba también aceitunas aliñadas.

²⁶⁶ «La despensa y el fielato», *El Nacional*, México, 31 de enero de 1954.

No sé dónde guardaba las gordas morcillas. Se me olvidó el lugar destinado a las longanizas y chorizos. Pero al recordar que los jamones colgaban del techo, vi que todos los embutidos, como los salchichones y los antedichos, pendían igualmente.

Qué impresión me causa pensar ahora, al cabo de los años, en que yo pude ayer —ayer no más— comerme un chorizo crudo.

Casi todo lo que había en las despensas me queda prohibido hoy. Cuando los médicos empiecen a sustituir lo guardado en las despensas por lo guardado en las boticas, ya podéis ir pidiendo plaza en un asilo de ancianos.

Mi abuela Luisa me declaraba el escondite de la llave despensera. No se lo declaraba a nadie más que a mí. «Tú eres muy prudente», me decía. Y yo, que no he sido nunca glotón ni desordenado, abría la despensa para agarrar dos o tres galletas o unos azucarillos, unas almendras o un puñado de pasas.

Éramos las criaturas de entonces menos gastosas que las de hoy, aunque nuestros padres tuviesen más dinero que nosotros respecto a nuestros hijos. Una merendilla rústica y tal vez helénica consistía en un buen pedazo de pan candeal con un hoyito en medio donde se vertía un poco de buen aceite de oliva. Pan con aceite, pan pringado. ¡Qué basteza, qué ordinariez!, pensarán algunos, como si fuese algo superfino la Coca-Cola. Entonces bebíamos refrescos de zarzaparrilla, que es lo esencial en la bebida gringa.

En la despensa había grandes tinajas de aceite y de arroz, sacos de papas y boniatos y unas romanas para pesar.

La despensa solía ser un lugar sombrío, donde no se sintiesen los cambios de temperatura.



Y ya que hemos evocado este recinto me acude al recuerdo algo que estaba muy unido a lo de la despensa, una institución que se llamaba Fielato, consistente en un local o casilla sita en las carreteras a la entrada de la ciudad donde unos llamados fieles reconocían al viajero y le hacían pagar si traía comestibles de pago.

Esta manera de impuesto resultaba odiosa y las mujeres trataban de burlarla como podían.

Yo tuve una parienta que gozaba poniéndonos en situaciones peligrosas con sus pequeños contrabandos. Se ponía faldas de mucho vuelo y bajo ellas escondía un jamón, o una gallina o una sarta de chorizos.

El tío del fielato —que así se llamaba— no se permitía tentar a las viajeras; se contentaba con preguntar y dar por seria la respuesta. La varilla de hierro que manejaba su diestra le servía para pinchar los sacos y ver así la homogeneidad del contenido, pero no podía emplearla en un cuerpo humano sin peligro de asesinato. Era odioso su oficio.

Empiezo a leer la segunda edición del importante libro de Américo Castro *España en su historia*, que ahora, con las novedades y variaciones introducidas se llama *Realidad histórica de España*. Si cuando lo termine veo el modo de presentarlo aquí, en mi tono habitual y con las dimensiones que considero tolerables para un lector de periódicos, lo haré con verdadera satisfacción.

Por ahora lo que me sugiere es pensar en cómo la Historia nos va seduciendo a todos, incluso a los que no queríamos hacer otra cosa que volar por los aires de la creación poética o literaria.

Miro en mis amistades próximas y veo a este Américo —amigo desde el año 1910—, desprendido cada vez más de sus estudios filológicos iniciales y bogando con poder en la Historia hasta lograr imprimirle a ésta un sello original.

Veo a Alfonso Reyes haciendo cursos de Historia en el Colegio Nacional de México.

Veo a Daniel Cosío Villegas meterse a todo vapor en la Historia y conseguir en dos años lo que otros no alcanzan en veinte.

Yo mismo, de no haber venido a México, no hubiese escrito ciertas páginas de carácter histórico.

¿Qué pasa? Porque lo que nos ocurre a los citados les ocurre a los más puros poetas. Guillén y Salinas, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, fueron y son profesores de historia literaria. Y lo mismo puede decirse de Cernuda e incluso de León Felipe y Larrea y Juan Ramón. Sin olvidarnos de Ramón Gómez de la Serna.

¿Qué escritor no ha hecho algo de historia, aparte de lo que con su obra creativa contribuye a la historia literaria?

Fijándonos en el estilo, o los estilos que empleamos los contemporáneos citados cuando escribimos historia, creo descubrir el secreto. La historia nos seduce porque mediante los «ensayos» hemos conseguido vivificarla.

Este género de los «ensayos» invitaba a filosofar y aventurar ideas sobre temas y hombres históricos o presentes. En España,

²⁰⁷ «Seducción de la Historia», *El Nacional*, México, 23 de mayo de 1954.

desde Unamuno, Ganivet, Ortega y Maeztu, irrumpen en los trabajos periodísticos los CÓMOS y PORQUÉS de divisa filosófica. Todos después nos preguntábamos por las esencias de las cosas. Todos queríamos averiguar qué somos y qué hemos sido los españoles o los mexicanos desde que empezamos a ser tales en la historia.

El problema que plantea el libro de Américo no es otro. Sólo que en este libro alcanza unas dimensiones en profundidad y en altura muy difíciles de igualar.

Sin haber pasado por los «ensayos» no se hubiera podido escribir un libro como éste. La historia a la antigua era muy otra cosa. Se reducía a la acumulación de datos. Esto era lo científico y lo serio.

No digo que el método moderno acabe con el antiguo. Lo que digo es que atrae o seduce más el camino de la indagación e interpretación de hechos que el de sumar datos sin sacar consecuencias.

Personalmente, creo poco en esta gran matrona que nos seduce. Resulta de un dramatismo romántico esto de estar enamorado de una sombra. O de una figura que vamos construyendo poco a poco a fuerza de reflexiones y relaciones. Pienso que si se nos escapa la verdad de los hechos que presenciamos, con más razón se nos escaparán los del pasado lejano.

Me sostiene, sin embargo, un hilo de fe y es éste: que no está la verdad en las menudencias, sino en ciertos signos que flotan sobre el mar de los hechos menudos y confusos...

La suerte, la fortuna están en poder intuir cuáles son los signos. El talento está en dar con ellos. Américo ha llegado a establecer grandes síntesis. Espero poder presentar aquí, más tarde o más temprano, lo más sustancioso de ellas.

Cuando uno se enferma cree que todos los demás están malos y que los pocos no afectados de algún mal son unos seres de piedra revestidos con piel de cerdo e incapaces de sufrir.

En vano combate esta fatigosa estulticia que el sueño me depara. Caigo en otra, que también es razonadora y dialéctica según mis mañas oníricas en estos últimos años. Digo, por ejemplo:

No es que uno se enferme, es que la salud se retira. La salud es una asistente que se cansa de nuestros disparates y se toma unas vacaciones.

Estaría bueno que uno se encontrase con su salud en un balneario inesperadamente. Qué alegría, qué alzar los brazos y enrollarlos al cuello.

Pero, ¿no es así muchas veces? Claro, sólo que sin personificación de la salud. Se encuentra uno con la salud, no con Salud.

Hay una pausa y enseguida torna la pesadilla con su tema de la salud retirada. Hablo en ella de este modo: el doctor Tal me devolvió la salud, o bien, la salud me la devolvió cierta medicina, o me la devolvió Acapulco.

Según estos decires, nuestra salud fue a dar en poder ajeno sin que sepamos cómo. Lugares, personas o establecimientos llegaron a tenerla y por esto o por lo otro nos la devuelven.

Esto que se nos puede arrebatar o se nos va a manos ajenas no puede ser persona, debe ser cosa de textura o esencia variable. Decimos: «se me fue la salud». Y decimos también: «se le fue la vida».

La salud y la vida se nos van, pero con esta diferencia, que la salud puede volver y la vida no.

¡Nada, nada! No darás con la realidad mientras sigas manejando metáforas. Esto me decía en el sueño. Y con la insistencia y el afán de puntualizar y razonar proseguía; déjate de pensar en el dinamismo de la salud o en si ella es cosa o persona. Piensa únicamente en que es un estado.

^{2c8} Publicado con el título «La salud retirada (Notas del poeta enfermo)», *El Nacional*, México, 7 de febrero de 1954.

Se está bueno y se deja de estar. Se está malo y se deja de estar. Gozar de salud es estar bien. Luego la salud es un estar y la enfermedad es también un estar.

Cuando un virus errabundo, de esos que los antiguos simbolizaban con formas diabólicas espantosas, punza mi vesícula o mi pulmón, el estado de éstos varía y, en consecuencia, el mío. Ya mi ser perdió el equilibrio en que estaba y ha pasado a estar enfermo.

¿Para qué preguntarse dónde fue a parar la salud? Todo eso de que se retira o se pierde y de que se recobra son modos de decir, modos figurativos que nos acostumbran a pensar la salud como persona o cosa corpórea a quien desaloja de nuestro cuerpo la enfermedad.



Escribo esta nota para enseñársela al médico. Me gustaría platicar con él sobre lo que puede significar esta clase de sueño-pesadilla en que lo molesto es la insistencia en redactar sobre un mismo tema cuantas veces recupere el sueño interrumpido. Redactar buscando la expresión más exacta, más breve y precisa. Voy viendo en letras luminosas y mayúsculas lo que pronuncio; me sorprende la nitidez de lo dicho estando yo dormido. Hay en lo que discurro una evidente lógica que no suele verse en los asuntos oníricos.

Posiblemente obedezcan estas pesadillas a la preocupación natural del escritor; pero nunca las tuve en los cuarenta años que llevo escribiendo con iguales cuidados.



Mi enfermedad parece clara a los médicos, pero yo no sé cómo se llama. Es una afección bronquial que en los periodos agudos se parece al asma. Cualquier esfuerzo para andar o subir unos escalones me ahoga y no quiero más que reposo.

Pero un reposo en que no cabe leer ni escribir. Puedo estar todo el día solo e inmóvil hecho un buda, sin pedir de comer ni de beber porque nada se me antoja. Hay en mí una pérdida de interés por todo; menos por una cosa, la salud. No me cansa contar los minutos que tarda en asomar.

A pesar de todo lo discurrido en sueños creo que se retiró y que ha de aparecer hoy, mañana, el otro...

Reportaron de Madrid hace poco que a la bailarina Antonia Mercé, *la Argentina*, le van a levantar un monumento en la plaza del Cordón, cerca de la iglesia de las Maravillas o de los santos Justo y Pástor. (¡Ojo! Acento en la a de Pástor, porque no es Pastor como creen muchos.)

El escultor Sebastián Miranda es el encargado de interpretar a tan famosa bailarina. Conozco a Miranda y su capacidad de entender aquel fruto complejo por lo popular y lo refinado que fue la Argentina.

La noticia es de las que remueven las brasas del brasero personal. La primera vez que vi a esta mujer fue en Málaga y allá por el año cuatro. Me llevó a verla mi primo Antonio, el borrachín de aspecto inglés y gusto por lo cañí, del cual hablo en mi *Vida en claro*.

Dos cosas me impresionaron sobre otras en ella, la enorme sonrisa de su boca lujuriosa y el modo de quebrar la cintura y dibujar con los brazos un doble movimiento hacia arriba y hacia abajo como si con uno de ellos quisiera recoger toda la semilla del suelo y con el otro arrebatarse al cielo todas sus estrellas.

No puedo resumir con plasticidad lo enorme, lo abarcante y brioso de ese movimiento que iba acompañado además por un modo de doblar las piernas como doblan los caballos andaluces los remos delanteros.

«¡Qué bien bracea tu jaca!», se suele decir, y al ver a la Argentina habría que exclamar: «¡Qué bien pernea!».

Si en el juego de brazos de la otra figura del baile entonces, la Pastora Imperio, parecía querer sostener la techumbre celeste, a modo de caríátide, en el juego de los de Antonia Mercé se desarrollaba un roleo amplio, un ondular sin nudo ni tropiezo, que parecía querer envolvernos a todos y cada uno de los espectadores. Y realmente nos envolvía y enajenaba hasta el grado del embobamiento.

²⁰⁹ «Ella se llamó Mercé», *El Nacional*, México, 14 de marzo de 1954; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 341-343.



Antonia Mercé, «La Argentina».

En Pastora dominaba lo cañí, con su estatismo de medio cuerpo, mientras en Antonia dominaba el arrebato, el frenesí, conducidos con supremo saber y suprema medida.

Estas diferencias de estilo y de temperamento nos han enseñado a muchos en la juventud más que los libros de retórica. Para un poeta o un buen prosista, contemplar a estas mujeres en pleno baile era una profunda lección que le hacía comprender y relacionar muchas cosas del mundo pasional hispano y del abstracto mundo de la estética.

¡Y cómo tañía las castañuelas! ¡Qué graduaciones, qué modulaciones tan sutiles y penetrantes! Escalofriaba oír las. Y a veces estaban a punto de producir congojas de llanto gozoso.

Repiqueo magistral que ella iba subrayando con sus brillantes ojos, entornándolos para que no dejaran ver toda su intención voraz o pícara, todas promesas de alegría y felicidad que también temblaban en la sonrisa de sus largos labios jugosos.

Después de aquella primera visión de su arte en Málaga la vi mucho en Madrid a partir del año diez. En la época de las grandes figuras.

Había entonces un puñado de mujeres «troteras y danzaderas», cupleteras y tonadilleras que ahora, en la lejanía de los años, dan ganas de bautizar con el mote un poco irreverente de la «generación del 8», para que contrabalancee a la «generación del 98», la eminentemente intelectual. ¡Buenas tandas las dos!

Estaban la Pastora, la Argentina, la Argentinita, la Chelito, la Fornarina, la Tórtola Valencia, entre otras: seis figuras oponibles a estas otras seis: Benavente, Valle-Inclán, Unamuno, Maeztu, Azorín y Baroja.

La Argentina murió bastante joven, pero aun así me parece que vivió más de lo que prometía su cuerpo. Siempre me pareció propensa a la tuberculosis. No es que fuese pechihundida, pero desde luego no fue nunca tan pechisacada o pechirrobusta como Pastora.

Antonia, fina y alta, manojo de nervios azules, fue sin duda brote de una estirpe en decadencia, pero se llamó Mercé, y en verdad que fue regalo para los ojos, preciosa dádiva de los cielos para los suelos.

Ahora, en el año 55, como en el cinco que corresponde a cada década, se cumple el aniversario del nacimiento de nuestro gran poeta Antonio Machado. Los dieciséis años transcurridos desde que murió no entenebrece su memoria lo más mínimo, antes al contrario, la ilumina más y más. Si su obra no fue tan voluminosa como la de otros, tiene en cambio tantos ingredientes hispanos y es tan rica en facetas universales o humanas que cada estudioso de ella puede encontrar motivos interesantes para su investigación.

Una de las características que yo advierto en los grandes hombres es la de saber detener al tiempo. Eso que se oye decir a cada paso: «Leyendo a don Fulano, no me di cuenta del tiempo», no es otra cosa que el poder mágico mediante el cual el autor parece que lo detiene.

Pero yo creo más, creo que todo lo que toca o se relaciona con genios de esta clase, se imanta de esa extraña capacidad y queda invariable ya para siempre en la memoria.

Pienso esto al recordar un día, un anochecer en una fonda de Soria, donde por vez primera vi de cerca a Machado. Hará de esto cuarenta y cinco años.

Ni el escenario ni los personajes han cambiado para mí desde entonces.

Yo iba a Soria como aprendiz de arqueólogo e historiador de arte con don Manuel Gómez-Moreno. Después de haber andado de acá para allá todo el día, nos metimos en el comedor de la fonda con verdadera necesidad de restauración.

El comedor era una pieza bastante amplia pero de una desolación angustiosa. Nada en las paredes y nada sobre las veinte o treinta mesas cubiertas de modestos manteles. Las sillas eran de las llamadas de Vitoria, de maderas curvadas y pintadas de oscuro. A un lado del comedor había un piano de cola.

²¹⁰ «Detención del tiempo», *El Nacional*, México, 12 de febrero de 1955; recogido por primera vez en José Moreno Villa, *Medio mundo y otro medio. Memorias escogidas*, cit., págs. 371-372.

Viendo la soledad del manducatorio (¿no se dice dormitorio al sitio de dormir?, ¿por qué no llamar manducatorio al sitio donde se manduca?) nos preguntamos uno a otro si sería muy temprano para cenar. En esto se presentó un criado con la tradicional servilleta doblada en el antebrazo. Nos preguntó si queríamos cenar y nos separó unas sillas en una de las mesas.

Desaparecido el mozo nos pusimos a comentar la soledad de la fonda y la de las calles, es decir la de Soria. A mí, novato entonces en andanzas por el corazón de España, la ciudad me parecía «de mentirillas», como dicen los chicos andaluces. De mentirillas como las que se hacen en los teatros, en cuyas calles no aparecen más que los pocos personajes que sabe manejar el dramaturgo.

De repente, aunque sin ruido, penetraron en el comedor cuatro personas, las cuatro vestidas de negro. Dos mujeres jóvenes y dos hombres. Uno de ellos era Antonio Machado según me dijo Gómez-Moreno.

Las cuatro personas se arrimaron al piano de cola. Una de las señoritas se puso a preludiar, y al poco tiempo cantaron una canción que tenía por letra el poema de Gustavo Adolfo Bécquer «Volverán las oscuras golondrinas».

Recuerdo a Machado moviendo afirmativamente la cabeza y sentado. Creo que llevaba ya su bastón.

Y nada más. Allí no pasó nada. Yo no sé si ellos se fueron antes que nosotros. Fue tan grande la fuerza emotiva de aquel cuadro, que me cegó para lo demás, y quedó inmóvil, detenido en el tiempo.

Soria, soledad, vejez, gente vestida de negro, un piano de cola, unas jóvenes románticas que cantan poemas de Bécquer, y como capitán, o quién sabe si conducido por la amistad, el gran cantor de Soria.

Diarios y viajes
1938-1949

Actuación en Bienes Nacionales.

Día 26 Feb. 38. Visita al almacén de la catedral, al de Tlatelolco y al de San Pablo; con el subsecretario y Toussaint.

Día 28. Catedral a las cuatro con T[oussaint]. Estudiamos el modo de hacer lugar para desenvolvernos. Hay falta de espacio. Se ordenó bajar algunos cuadros.

Día 1 Marzo. Clasifiqué, solo, un lote de cuadros procedentes de Montserrat. No salió nada bueno. Una cosa menos que mediana se clasificó como segunda categoría, para Puebla. Dejé para consultar con Toussaint los restos de un lienzo, casi telón por su tamaño, del cual podrían sacarse cuadros pequeños de ángeles. Tardé dos horas en clasificar unos dieciséis lienzos. De diez y media a doce y media.

²¹¹ Manuscrito a tinta, [1938]. Archivo José Moreno Villa (JMV/5/56/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Día 14 de marzo, 1944 (martes). Salida de México a las seis y media. En Cuernavaca a las nueve menos cuarto. Parada en el camino a Taxco por culpa del acumulador. Perdimos tres cuartos de hora. En Iguala estábamos a las doce y media. De Iguala a Chilpancingo hay pocas curvas. Lo peor de éstas se halla en la subida a Taxco y en la bajada, que es fuerte y rápida.

El viaje es penoso en estos camiones con asientos de «emergencia», miserables sillas que incrustadas en el pasillo inmovilizan al pasajero. El «emergente» busca los brazos de los sillones adjuntos y acaba por invadir el sitio de uno. Veinticuatro pesos por asiento dizque de primera clase. Llegamos a las seis y media a Acapulco.

Se marearon Consuelo, Marta M. Hostos y mi hijo que me lo volcó todo encima.

Nos instalamos en la casa de la viuda de Hay. Bien situada cerca de la playa. Hermosa, con el mar a unos pasos. Mi primer chapuzón en el Pacífico fue una paliza de una ola, que me aporreó contra la arena lastimándome la órbita del ojo derecho.

Comimos (día 15) bajo uno de los grandes mangos. Estos árboles tienen hojas largas y estrechas, muy espesas. Los frutos, de forma un tanto acorazonada, caen de las puntas de unas varitas; y parecen racimos pero colgados como bolitas de árbol de Navidad. Ahora están todavía verdes.

Aparte de tales árboles hay buganvillas de un rosa precioso y otra enredadera lila de camote muy bonita.

La casa es cómoda, tres recámaras, cuatro baños, sala comedor y amplia terraza.

Vienen unos pájaros negros, que llaman zanates (sanates) pichos (en Oaxaca), elegantes, más grandes que mirlos. Se pelean como los gallos.

Lupe es negra desteñida, con ojos de cabra maléficos, tristes. Habla que no le entiendo. Tiene mal genio y es sumamente lenta.

²¹² Manuscrito a tinta, Cuaderno III, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/3), Residencia de Estudiantes, Madrid, [págs. 144-150].

El marido, Ciriaco, es un viejo soldado, perezoso, que amontona cinco hojas caídas y se sienta a descansar. Justinita, la hija, está como en el limbo. Pronuncia un sí muy particular y se calla.

Con este servicio no se consigue nada. El primer día comimos a las tres y media, y esto porque Consuelo, Marta y María lo hicieron casi todo.

No puedo vivir entre arenas, pingajos por todas partes, camas deshechas, alpargatas y guaraches, vasos sucios, juguetes tumbados, peleas de niños y lentitud para todo. Yo mismo me pongo a barrer la terraza si quiero sentarme a escribir.

Pero el clima es magnífico y hasta ahora voy ganando. Veremos si no nos guarda alguna sorpresa desagradable. Ayer (sábado 18) se enfermó del estómago Paloma y nos dio la tarde con sus gritos y retorcimientos.

Los comestibles están por las nubes: un queso vulgar, 8 pesos.

A los Villaseñor se les enfermó Martita, con viruelas locas.

Llevo cinco días sin leer un periódico. Ya siento necesidad de ver lo que ha pasado por el mundo. ¿Habrà comenzado la invasión en Europa? Se aplaza tanto que van a llegar antes los rusos a Berlín que los aliados a Calais.

(Martes 21). Borrachera de Ciriaco: respetuosa. Vinieron los vecinos y no le hallaron. Andaba con dos mozalbetes que hoy están despeinados y embarrados. Todo sigue lentamente, sin peleas, reproches, ni nada.

Motorcito en la casa vecina; los zanates como todos los días, avizoran lo que pueden picar. Viene un extraño de visita. Ya no hay sillón para sentarse tranquilo y cómodo a ver la vida de los pájaros, del motor, de los borrachitos, las criadas, los niños, los camiones, el mar. A cada instante hay un elemento de dispersión que hace de demonio, rompe la tranquilidad e imposibilita seguir atentamente la palpitación de las cosas en torno.

La casa en que vive Eduardo Villaseñor es de los famosos hermanos Miranda, mexicanos que se naturalizaron yanquis. Se encuentra en lo más alto de los cerros, en lo que llaman La Cima, y domina todas las radas y bahías de Acapulco. El litoral, mirando hacia Pie de la Cuesta, es de un perfil inquieto, con muchas entradas

y salientes, altas y bajas, llenas de caminitos y búngalos. La vista es sorprendente, pero el sitio no me agrada para vivir, por lo mucho que le combate el aire.

La casa junto a la de Hay es del doctor Carlos Aguerrebere, médico de la fábrica de papel de Peñapobre en Tlalpan. La compró a don Isidro Díaz Lombardo (licenciado) en 30.000 pesos, el cual se la compró a su suegro, un alemán que la compró a unos españoles en 10.000.

La Quebrada, altísima hendidura en el acantilado. Los muchachos indígenas se arrojan desde unos cincuenta metros a una entrante del agua que tendrá de anchura unos dieciséis. Algo impresionante. Algunos se han estrellado en las rocas. A estos saltos les llaman «clavados». El público se asoma a unos balcones o terrazas con barandales que hay a distintas alturas. Los saltarines o clavadistas recogen unos cuantos pesos entre los mirones. Hoy, catorce. Catorce pesos por jugarse la vida.

El agua de coco, en el zócalo, machete para cortarlo. Agüilla que no se sabe si es producto marino o terrestre porque tiene un sabor intermedio levemente marino, no se puede decir que levemente acidulada. Los mexicanos tienen paladar fino para apreciar sabores tenues como éste o como el arroz, que a mí me parece insípido.

Los vendedores en el zócalo piden a su antojo, no tienen precios fijos para sus cosas. Por los cigarrillos Delicados que valen 20, me pidieron 45, 35 y por fin 30 centavos en tres distintos tendajones.

Curiosa la planta de donde se sacan el zacate, es como una larga mazorca verde llena de fibra.

Los negros propenden a hablar de tú. Y se les enreda la oración y parece que se van a despeñar en el caos. La indolencia de estos negroides de Acapulco y el gusto de engañar. El primer día comimos a las cuatro. Hace falta arrearlos como a los niños y a las bestias.

En llegando al mar todo cambia en mí, desde los nervios hasta el pelo de la barba. Qué bien se afeita uno y con qué suavidad fluye la sangre al leer o escribir teniendo al alcance de la vista la sábana plata y azul de la bahía.

Se han ido los niños y las mujeres a vagar por el pueblo, a curiosar por las tiendas y los hoteles. Son las diez de la mañana. Me acomete un deseo imperioso de escribir. Escribir de algo. Escribir. Es que el pensamiento necesita también desperezarse, hacer su gimnasia, sentirse en palabras. Y en cierto ritmo. Junto a la playa este ritmo es cadencioso. Cada lugar impone su ritmo. Es verdad aquello de Stendahl: «Sin el mar, ningún paisaje puede decirse que sea completamente bello».

Pasa un avión. No recuerdo el número del que me trajo aquí desde México. Lo siento, porque quisiera volver en el mismo.

Qué leve tránsito, montado en la incertidumbre que todavía es para mí el volar en estos pájaros metálicos. Y qué interminable vuelo sobre sierras, montes, cañadas, hondilones, nubes. Un mar de tierra. De vez en cuando una laguna, o un perfil de río. Se tarda hora y cuarto en este vuelo de 450 kilómetros. Mañana se hará en media hora o en quince minutos. Yo esperaba salir pronto de las sierras y ver el mar, pero nuestra ruta fue severa, siempre por encima de los montes.

Si la vista se despierta ante la novedad del paisaje de avión, descubre que cada conglomerado o macizo montañoso encierra una vida quieta y sorda como los pliegues de la piel elefantiaca. La tierra montaraz, desde el avión, cobra un aspecto de vida reconcentrada y en latencia de explosión.

Ayer tarde vino a casa Lucha Novoa, tan hombrona de voz, tan afirmativa y segura. Y con tanto impulso refrenado durante años. Dio a entender que aquí se soltaba el pelo, no perdiendo noche de cabarets, bailes y lunadas. Dice que hay aquí en Acapulco un desenfreno terrible y que es muy dañino para los hombres. Que

²¹³ Manuscrito a tinta, Cuaderno VII, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/7), Residencia de Estudiantes, Madrid, [págs. 1-7].

hay muchas gringas que los sonsacan. Que todos van a las oficinas con crudas (resaca o posborrachera), la cabeza sin acabar de despertarse. Yo creo que juzga a todos por su hermano ... Rincón Gallardo. Ella venía de retar y vencer a un par de hombres al tenis, en una tarde calurosísima. Tiene treinta y cuatro años, dos hijos y un marido enano y feo. Vive junto a nuestra casa, en un chalet pequeño, con dieciocho personas, entre niños y mayores. Dice que allí todo es revoltijo y tiradero; que están todos en tres cuartos. Y que las ropas de las quinceañeras quedan a la vista, por los suelos. ¡Qué modo tan suave de aludir a la regla! Y agrega: «Todas las niñas están ennoviadas. ¡Esto es el trópico!».

Yo me acuerdo del cuento que hice, hace un año, sobre los dientes y el trópico.

Son las diez y media y hace ya un calor que hace sudar. No comprendo cómo podía tener tan frías las extremidades en México. Aquí me saco los guaraches para sentir la brisa en los pies; y las manos están acaloradas y abultadas de veras. Se ve que la circulación me llega hasta las últimas riberas del cuerpo.

(Los zanates, pájaros negros, de larga cola, que chillan mucho. Las llaman también urracas. Yo debo tener un apunte sobre ellos en otra libreta).

Los mangos verdes picados por los pájaros caen con un ruido sordo y macizo. No hay silencio. Las casas están demasiado cerca unas de otras.

La carretera de Acapulco se ve asaltada de vez en cuando por bandoleros armados. Si yo fuese francés diría: «El Gobierno prepara los asaltos con cierta irregularidad para mayor emoción de los turistas anglosajones que vienen buscando color local». Pero como el humor hispano es otro, cuando lo hay, no asiento esa frase sino entrecomillada.



La falta de agua en Acapulco hace que el suelo sea polvoriento y que las casas no tengan esa presencia tranquila y fresca del pasto verde. Se vive en un terrenal que sofoca de calor y polvo. El pueblo es hediondo, las calles sucias y con baches llenos de agua sucia.



Cuando los niños no van a la playa tiene uno que leer o escribir entre un imposible guirigay. Un niño silba, otro llora, otro llama. Otro es llamado por la mamá o la nana. Las urracas chillan y se animan otros pájaros e insectos emulados por la garrulería infantil. Encima del umbroso mango toca su flauta un zanate. El muchacho que riega me rodea con la manguera. Un perro escarba cerca de mí. Comienza a gotear un desagüe. Pasan cuatro aviones en diez minutos. Un vecino me pide permiso para hablar por teléfono. Otra vecina me da los buenos días. Mi hijo me pregunta cada minuto por la hora, deseoso de que den las doce para ir al baño. Viene el carro de la Coca-Cola. Me levanto para pagarle.



¡Cómo se pone la piel en este ambiente y con esta agua! Suave, suave. Y se ve la nicotina de los dedos manchados.

Otra mañana. Domingo 20 de enero. Los niños están pacíficos. Un chamaco se ha puesto a regar con cubeta y este hecho me puso ante la memoria mi antigua finca de Churriana. Hay en estas faenas jardineras una cosa universal que está por encima de las diferencias raciales y locales. El chamaco es medio negro, pero hace lo mismo que el andaluz, anda descalzo, habla algunas palabras, entre faena, con una chica de la casa, y, de vez en cuando, aventa de una pedrada a los pájaros que vienen a picotear en el prado. El rumor del agua que cae de la llave es el mismo que en Málaga. Cuando cae en el cubo vacío produce un ruido ancho y grave que se mitiga al irse llenando.

[Día] 21. No se descubre nada nuevo en realidad viajando en avión. Las montañas las conoce uno desde la primera vez que subió a una cresta serrana.

Lo que cautiva realmente es la rapidez, la velocidad. No porque se sienta ésta, que no se siente, sino porque en poco tiempo y sin fatiga se llega al fin del viaje.

[Día] 25. Una escuadra de pelícanos en el mar. Una fila inmensa de cien o doscientos. Sin moverse, reposando el desayuno.

[Día] 26. He terminado de leer *Lamiel* de Stendhal. Me parece

lo más endeble suyo. Acaba la novela de un golletazo. Y la figura de la chica no inspira cariño. Tengo aquí otro libro suyo, de páginas escogidas y buenos apéndices. Leo en una página: «La historia, la novela, el viaje, la biografía han sido para él sucesivamente el cuadro donde fue haciendo entrar el objeto único y constante de su pensamiento. Este objeto fue el conocimiento del hombre y, después, el conocimiento de la dicha o bienestar como objeto inmediato de aquel conocimiento primordial. Para él no hubo más que una gloria, la de ver con justeza y deducir rigurosamente...».

«El horror a la *vaguedad*, a lo *vago*, que se confunde con el horror al vacío, engendra toda una manera de escribir...» (*Revue des Deux Mondes*, 30 de enero de 1843).

Siempre he sentido una gran atracción por este espíritu, pero comprendo que mi afinidad con él es parcial. Para la poesía me gusta lo vago, para la prosa, la exactitud y el rigor. Un ansia de conocer y apreciar rectamente me mueve en la vida y en el estudio, pero sé que hay zonas del alma, exclusivas, donde no sirve la lámpara de la inteligencia sino los tentáculos de la intuición.

TEPOZTLÁN, AGOSTO DE 1946²¹⁴
EN EL CASTILLO DE VILLASEÑOR (MORELOS, TEPOZTLÁN,
SÁBADO Y DOMINGO DE 1946)

Eso que decimos todos acá o allá en los sitios panorámicos: «Aquí me fabricaría yo mi casa», eso es lo que ha hecho Eduardo.

En un cerro que domina el valle de Tepoztlán. El pueblo con su iglesia a los pies del cerro. La iglesia, una de las primeras que hicieron los españoles. Iglesia fuerte, almenada, que fundaron los dominicos. Todo este valle sería de ellos, según costumbre de los monasterios.

Vinieron a este lugar los frailes a plantarse en uno de los focos más importantes de la fe primitiva. Aquí, en lo que llaman «El Tepozteco», tenían su pirámide los indios y se cuenta que hay enterrados tesoros indígenas. Aquí se plantaron los frailes y si ellos no siguen, sigue viva la iglesia, como perenne testimonio de la llegada y toma de posesión. Todavía los indios desconfían de los que llegamos al pueblo y de los que quieren tener una casita en él. Temen que vengan a quitarles lo suyo.

Entra el sol bajo del amanecer por la boca del valle. Se calientan los tonos verdes de la vega y la iglesia se destaca por oscuro en ellos.

Allá, tras la boca del valle, una faja azulina de montañas lejanas semejan un listón marino. Una profusa vegetación tropical lo rodea todo, y sube hasta el castillo de Villaseñor. Distingo entre cafetales un granado, un aguacate, un chirimoyo; árboles que me acercan los lejanos días de mi niñez en Churriana, pueblecito malagueño.

(La plaga de aquí son los alacranes, los pequeños escorpiones. ¡Qué bien de dibujo el que maté anoche!)

Templanza, brillo, limpidez en el aire. Algunos zopilotes volando en largas cadencias. Ligeras nubes blancas.

Oigo algún motor. Veo algunas mujeres de rebozo oscuro y faldas claras camino del mercado.

²¹⁴ Manuscrito a tinta, Cuaderno II, Archivo José Moreno Villa (JMV78/cu-1/2), Residencia de Estudiantes, Madrid, [págs. 105-107].

La casa o castillo ha tardado en hacerse unos cuatro años. Se asienta sobre bancales. Cada plataforma es un plano jardinero con vida propia. No sabría nombrar por sus nombres la variedad de árboles, grandes y pequeños. Pero veo que unos son de hojas finitas como las de los helechos, como dobles peines o esqueletos de peces; otras, largas, anchas y carnosas; otras, redonduelas y pegadas a las varetas; otras, como cortos cabellos alisados. Hay ramas de árboles que presentan sus flores en los extremos como haciendo un ofrecimiento a quien los mira. Por el contrario, hay otras ramas de hojas caedizas, pendulares, como las plumas de los antiguos cascos de coraceros.

Enredaderas de «llamaradas» de flor naranja encendida con forma periforme.



Día 4 de ag[osto de] 1946. Tepoztlán²¹⁵

Esa mata de florecillas me está tentando. Quiere que piense en ella, que la mire hasta comprenderla bien, que le diga cosas o que diga cosas de ella. Es femenina hasta en esto.

¿Cómo se llama la mata? No sé. Su nombre serviría para que los demás la reconocieran enseguida. Pero yo sé que a pesar de reconocerla no la podrían ver como yo ahora.

De la misma mata brotan unas que tienden por su color a rosa y otras a lila. Como a una madre le nacen niños claros y oscuros. Tiene cinco pétalos radiales y muy juntos, formando un pentágono. La unión de los pétalos en el centro está pintada de blanco en la color de rosa; pero en la morada o lila este círculo está interrumpido por cinco radios de morado más oscuro.

Medirá cada florecilla dos centímetros escasos. Y son primores de una mata rastrera crecida en el cerquillo o albergue de un árbol.

²¹⁵ Manuscrito a tinta, Cuaderno II, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/2), Residencia de Estudiantes, Madrid, [pág. 135].

Tepoztlán, 12 de febrero de 1949

De la iglesia y el convento me interesan hoy solamente los vestigios pictóricos: bajo el encalado del antiguo comedor hay figuras de cuerpo entero, y al descubierto, dos cabezas de frailes de muy buena traza. Como los mejores de Huejotzingo. Manolo [Altola-guirre] ha hecho fotos, pero en malas condiciones. También hizo para mí otras de las franjas decorativas del claustro bajo, donde los roleos acaban en cabezas de reyes barbudos. Todas las cabezas ostentan coronas. Las hay de perfil y de frente. Las de los tenantes están de perfil. El dibujo de estas orlas se repite como con marquilla y no hay más que dos variaciones. Los tenantes sostienen un disco con la cruz de la orden.

Hemos hecho también fotografías de los pináculos que coronan el edificio y cierran los ángulos de las almenas. Son vestigios medievales, como los coronamientos de castillos que se ven en los manuscritos del siglo XIII. Tres o cinco carretes rematados en conos oscuros y sobre una base perforada con cuatro arquitos de medio punto.

Los dos semblantes que quedan de los monjes se asoman entre las costras de cal como restos vivos, vigilantes, que nos miran desde el siglo XVI.

A veces estos vestigios están mejor sin restauración. ¡Quién sabe lo que hay junto a la cara de uno de los frailes! ¿Es una flor? Mejor pensar esto que suponer que son las manos.



Terrazas marcadas por líneas blancas finas. Paredes grises. Las líneas y toques blancos acá y allá saliendo entre verdes grietas y ligeras ramas. Una cúpula, unos pináculos y torretas con sabor morisco, todo sobre el cielo fino y transparente.

El fuerte, castillo, palacio y sitio de recreo. Alhambra de este Tepoztlán, pero sin agua.

²¹⁶ Manuscrito a tinta y a lápiz, Cuaderno IV, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/4), Residencia de Estudiantes, Madrid, [págs. 129-131].

Qué diferente la emoción ante una cara —un par de caras— y la de una orla. Qué fría resulta la decoración, si es analizada, junto a los retratos, aunque sean decorativos.

El encanto de Tepoztlán está en ir trenzando lo actual con el pasado, casa de Villaseñor, bailes populares, cerdos abiertos en el mercado, puestecitos de cacahuets, caritas de monjes en el viejo convento, pirámide del Tepozteco, cafetales, las ocho iglesitas agazapadas entre el ramaje, las nubes amenazadoras, la campana que suena rajada, el cine, las inditas descalzas, el polvo, la limpieza de la atmósfera, las cañerías del agua por doquiera a flor de tierra, como venas del hombre plástico.

Salí de México el 4 de octubre a las ocho de la mañana. A las dos (tres de Cuba) llegamos a ésta, en medio de un turbión. Esperaban María Luisa Gómez Mena y Sara Hernández Catá. Cenamos en El Templete. Vino Wengüemer, simpático. Me acosté a las diez, a pesar de haber cenado cangrejos moros y media docena de sardinas.

Sobre nubes casi todo el viaje. El litoral de la isla, precioso de color. Unos verdes esmeralda, en las aguas, difíciles de captar y de expresar. Habría que poner el caballete en las nubes. Hablé por teléfono con Martín [Domínguez].

Día 5. A las once vinieron al hotel Martín Domínguez y Paulino Suárez. Comimos en la Floridita. Daiquiri estupendo. Por la noche cené en casa de los cuñados de Martín, donde vive ahora él con su hijo. Su mujer, Josefina, está en Nueva York. Después fuimos a casa de Pittaluga, hasta las doce.

Día 6. Volvió Ángel Lázaro con un fotógrafo para ilustrar la interviú de ayer. Vino también Fernández de Castro, que me dio su último libro. Comí con Manolo [Altolaguirre] en...²¹⁸

Me telefoneó Gustavo Pittaluga diciéndome que mañana a las seis y media vaya a su casa para ir a la de Lydia Cabrera, que fue amiga de Federico García Lorca.

Hablé por teléfono con don Fernando Ortiz y quedé en ir a su casa el sábado.

7. Cené con Lydia Cabrera, con Titina y Pittaluga. Casa colonial de buen gusto. Muebles finos, cuadros, libros, finales siglo XIX, ídolos negros. Lydia y Titina muy simpáticas. Nos reímos y pasamos bien. Me trajeron en coche a las doce.

Este día comí en el restaurante Centro Vasco con Manolo, al mediodía. Retrato de Unamuno en el restaurante.

8. Inútiles visitas a [Raúl] Roa. Ayer lo vi, pero tan ajetreado y nervioso que no quise permanecer en su despacho. Nos despedimos y me citó para el día siguiente. Pero no acudió al ministerio.

²¹⁷ Manuscrito a tinta, Cuaderno IX, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/9), Residencia de Estudiantes, Madrid, [págs. 1-7].

²¹⁸ Frase inconclusa en el original.

Por la tarde estuve hora y media con don Fernando Ortiz. Gran tipo. Entero, robusto a sus sesenta y ocho años. Guapa su mujer. Me recibió don Fernando con cordial naturalidad. Hablamos de su estancia en España. A los pocos meses de nacido se lo llevaron a Menorca, donde estuvo catorce años. Se doctoró en Madrid. Hablamos de su libro *El huracán* que yo había leído. Me prometió ocuparse de mis conferencias.

9. Excursión con Martín y Paulino a Cabañas. El paisaje bonito, pero algo monótono. Precioso el mar.

Salió artículo de Ángel Lázaro en *Mañana*.

Muchos días sin apuntar nada. Entretenido en escribir un artículo para *Bohemia* y en recibir visitas.

He vuelto a ver a Titina Rojas y a Lydia Cabrera. Quedó ésta en ayudarme para dar alguna conferencia en el Lyceum Club. Me temo que María Luisa estropee todo arreglo.

He asistido a la cena del PEN Club. Bajo nivel intelectual y ninguna gracia.

La noche del sábado 15 la pasé en la finca de Olga Gómez Mena, llamada Villa Gloria, cerca del pueblo Catalina de Güines. Olga se va a casar con Diego Ruiz, un militar español que se separó del ejército después de haber estado del lado de Franco.

La noche no fue muy grata porque en el cuarto mío saltaba una rana, posándose con atracción en mi almohada. Desde las once y media hasta las dos y media estuve luchando con el sueño, los zarpazos de la rana, los ronquidos de un perro —que yo suponía criatura humana— en el cuarto vecino, y los jadeos de coito en el cuarto de Olga. A las dos y media conseguí echar fuera al batracio.

Por la mañana, a las ocho, purísima luz, transparencia aérea y vivacidad colora en las plantas. Intensa sensación de trópico junto al río a eso de las once. Árboles gruesos gomosos con ramas que se arrepienten de subir, y bajan a agarrarse de las raíces. Del montón de hojas empapadas en el suelo fangoso recojo unas secas que se llaman *llagruma* o *yagruma*. Gris ceniza por una cara y color café por la otra al secarse, que corresponden al blanco y verde primitivos. Ya secas quedan en actitudes muy plásticas y barrocas, que

invitan a dibujar y pintar y esculpir. Servirían muy bien para decorar capiteles. Tal vez mejor que el acanto.

A esta hora y en tal sitio me siento incómodo, como falto de aire. Tengo los zapatos urbanos con tres dedos de barro en las suelas, manchadas las partes bajas de los pantalones. Estoy sudoso y mareado. No me pude bañar esta mañana por deficiencias de instalación. En fin, que no soy feliz en el campo, aunque la casa es grande y hermosa.

El trópico es para mirarlo y salir huyendo. El trópico campesino.

Me abruma la fogosidad de la tierra y la de las mujeres que me acompañan. Echo de menos el silencio y la soledad, la frescura y la limpieza capitalina.

Diego Ruiz, a pesar de su incultura, es quien más tiene que contar, por sus hechos de guerra y sus cicatrices. Es gallego. Fue de marina, pero peleó en tierra. Es basto, se cree cantor y desafina. Se sabe de memoria muchos versos malos que recita y alaba. Se muestra muy admirador mío porque dirigió la revista *Arquitectura*.

Olga es un remedo de María Luisa. Cuerpo, voz, movimientos, ocurrencias, osadía del mismo género, aunque sin la exaltación y la gracia de ésta.

Día 20. No sé todavía si voy a dar la conferencia en el Lyceum. Tienen ocupados todos los días. Tampoco sé de otras conferencias. Hablé ayer con Mañach por teléfono y me prometió hablar con don Fernando Ortiz.

Mañach, a quien conocí en la revista *Bohemia*, es vivaz de inteligencia. No habla como cubano, se le distingue cada letra y se le distinguen las letras, el cultivo de la palabra y el pensamiento.

Hoy estuvieron a verme Eduardo Ortega y Gasset, más Rafael Marquina. Ortega tiene ahora una fábrica de conservas en latas, y dice que estas latas de ahora son sus mejores artículos. Su padre era de Cuba: Ortega Munilla, y su abuela o bisabuela de Málaga, de Marbella, por los Chinchilla.

Marquina ha estado muy afectuoso y dispuesto a hablar con Roa sobre mi conferencia. Él escribe en *Información* y es funcionario de cultura. ¿Cuántos españoles ilustres proceden de Cuba?

Llevo conocidos veintiséis restaurantes distintos y todos buenos: El Templete, La Moda, Mario, Floridita, Miami, Zaragoza,

Inglaterra, Prado 86, Toledo, La Reguladora, Pacífico, Puerto de Sagua, Yacht Club, Picken Chicken, Viena, Centro Vasco, La Isla, París, La Panera, El Patio, El Mariel, La Idea (pelotaris), Frascatti, Victoria.

Hoy domingo, me invitó Paulino Suárez. Comimos en el Hotel Victoria, fuimos a Regla embarcados y después recorrimos la parte vieja de Cuba.

Salió artículo de Rafael Marquina hablando de Manolo y de mí, en *Información*.

Mañana es mi conferencia «Los hermanos Machado» en el Lyceum. Me presenta Antonio Ortega.



Aquí, en Cuba, no tengo las manos ni los pies fríos. Digiero bien, como con apetito y en mayor cantidad. Subo sin fatiga y camino sin titubeos. En cambio, la cabeza no está tan clara como en México. Tengo ganas de pintar, pero no de escribir.

Estoy iniciándome en lo negro. He asistido a una reunión en casa de Manuel Moreno, con [Odilio] Orfé, el músico, y ya sé que lo ñáñigo es una masonería negra. He oído música de ñáñigo. Según Orfé, lo cubano se distingue porque el final o estribillo es una rumba gitana y lo anterior es ñáñigo, misterio religioso. Tendríamos, pues, que lo cubano es como un sorbete de chocolate con fresa. Pero cuando le digo a don Fernando Ortiz esto de Orfé me interrumpió con un expresivo: «¡De eso, nada!». Y yo digo: ¿En qué quedamos?²¹⁹



Me ha costado trabajo dar dos conferencias en La Habana. Esto, que debería ser un desaliento para un hombre que lleva años y años escribiendo, me hace creer que soy un principiante, desconocido, anónimo. Jamás he pensado lo que esos otros que con escribir dos poemitas creen que ya el mundo les conoce y venera. Yo

²¹⁹ Manuscrito a tinta, Cuaderno IX, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/9), Residencia de Estudiantes, Madrid, [pág. 48].

sé que romper la inercia y la rutina del mundo ilustrado es difícil y que para ello se necesitan otro tono y otras características que las mías.²²⁰



Al regreso (Del regreso)

Miércoles 2 de noviembre

Ahora, al volver de este viaje a Cuba, siento y comprendo con madurez, que mi lugar definitivo es éste. Mi sangre ya está aquí en mi hijo, fundida, revuelta, batida con la mexicana de mi mujer. Y aquí está mi casa y mis pocas pero buenas conexiones amistosas. Mi interés está aquí. Mi atracción está aquí.

La separación temporal acendra el cariño, limpia telarañas, descubre realidades profundas; y un viaje es un depurativo moral y físico. Se regresa mejor y más bueno.²²¹

²²⁰ *Ibíd.*, [pág. 53].

²²¹ *Ibíd.*, [pág. 11].

*Memorias
inconclusas,
apuntes y notas*

I. CÓMO NACIÓ LA BURBUJA

Los veo a todos en una tarde campestre y veraniega de 1896. Como si hubiésemos vuelto a ser niños y estuviésemos en aquellos lentos y sabrosos años de fin de siglo.

Yo tenía tres hermanas, y sus amigas —las niñas de La Cónsula— en número de cuatro venían con sus tres hermanos algunas tardes a jugar con nosotros en el jardín y la huerta de nuestra finca. En ella había una gran alberca, un columpio, muchos caminitos, una cuadra, con un mulo blanco, una porqueriza con unos cuantos cerdos, un gallinero entre muros derruidos, un paseo de granados, otro de chirimoyos y otro de nísperos.

La gran alberca estaba dividida por un ancho muro que nos encantaba pasar y repasar como si fuese un puente entre dos abismos. El tazón izquierdo de ella era menos hondo que el derecho. En él se lavaban las ropas y los trapos. En el de la derecha, que servía para el riego de la huerta, nos aventurábamos los muchachos a bañarnos entre verdosas camas de ranas. En él no hacíamos pie; y en el centro había un pozo cuyo fin ignoramos siempre.

Las niñas no presenciaban nuestros baños, se quedaban apartadas, cuchicheando y moviéndose entre los árboles. Sus vestidos blancos, o de suaves tonos policromados, alegraban el jardín más que las flores porque eran grandes y en movimiento.

Nosotros encontrábamos mucho interés en la alberca. Tenía unas gradas como las plazas de toros. En estos escalones crecía el musgo, y por ellos trepaban lagartijas y hormigas, grillos, cochinitas de san Antón, que se hacían bolas al ser tocadas, y otras cochinitas que bajo sus brillantes cordetes rojos punteados de negro, escondían unas alitas débiles con las que escapaban de nosotros. Junto a la alberca teníamos un plantel de fresas, y algunos árboles frutales: un peral y un hermoso ciruelo que daba unas ciruelas mora-

²²² Manuscrito a tinta inconcluso, Cuaderno I, [hacia 1950], [págs. 1-12], Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

das grandes, jugosas y dulces. Ciruelas claudias, tan ricas en jugo que se nos escurría por los lados de la boca.

A veces nos olvidábamos de las niñas, sumidos en nuestros ejercicios de baño y en nuestros curioseos o infantiles investigaciones. En cueros, y sin secarnos, correteábamos por las gradas, nos acercábamos a las frutas, arrancábamos de los troncos pegotes de goma que les nacían, echábamos a pelear hormigas, destruíamos hormigueros por ver la hechura que tenían, formábamos pequeños regatos, tirábamos piedrecitas a las ranas atontadas o nos dejábamos secar al sol tendidos cara al cielo.

De estas distracciones nos sacaba el jardinero, que aparecía de pronto diciendo: «Ea, ya voy a regar». Y destapaba un boquete o salidero de agua.

Los niños y niñas de La Cónsula eran siete. Nosotros éramos cuatro. Y, además, nos acompañaba Donamano, a quien llamábamos Angelón por ser muy largo y muy rubio.

Este Angelón vivía por temporadas en la casa de al lado. Era hijo único, pero tenía muchos primos.

Al principio nos pareció digno de lástima. Y las niñas le tomaban el pelo. Más tarde llegó a ser el único importante de todos nosotros, el que concentraba la atención de todos. Y aunque seguimos llamándolo Angelón, alguien comenzó a decirle «Burbuja», por lo ingrátido, movido y dotado de una gracia especial, aparentemente bobalicona. Nosotros no sabíamos entonces en qué radicaba su gracia mayor. Fue mucho más tarde cuando descubrimos que ésta era su fantasía.

Era un chico que inventaba. Que convertía en cosas nuevas las cosas viejas. Que a cualquier chirimbolo le sacaba partido para jugar. Que fabricaba con un pedazo de madera y un cuchillo. Que no se aburría nunca y siempre hallaba entretenimiento para nosotros.

Este amigo que aparece en mi niñez, desaparece luego, pero reaparece en mi juventud, y en la guerra y en el destierro.²²³ Se diría que, como las burbujas, sube del fondo oscuro del agua, hace un

²²³ Ha resultado imposible identificar a este amigo de la infancia que reaparece a lo largo de su vida. No hay ninguna mención escrita conocida que pueda darnos una mera sospecha o leve suposición para poder aventurarnos con un nombre.

recorrido brillante, luminoso, revienta al llegar a la superficie y luego vuelve a ir saliendo de la oscuridad.

Pensando ahora en él me pregunto si no seremos también nosotros para él burbujas en el mar.

Y al hacerme esta pregunta vuelvo a verme de niño y contemplando embobado el paso de las burbujas por los arroyos y acequias o las subidas de ellas en la alberca cuando tirábamos una piedra o agitábamos el agua con una varita. Vardasco, decíamos en Málaga. Horas y horas creo haber pasado bajo el encanto de las burbujas en los charcos o en el mar, en los pozos, en las fuentes. Y sin saber a qué obedecía mi arrobó. Como no lo saben los niños de ayer y de hoy. Mi hijo se queda extasiado siempre ante las que suben de mi cerveza o de su refresco espumoso, especialmente ante las que forman pompas en el gollete de la botella. «Mira, mira, papá, qué grande se hace ahora».

Y es éste uno de los encantos —o misterios— de las burbujas: que no todas son iguales de tamaño, y que unas crecen hasta reventar y otras revientan sin haber alcanzado su crecimiento. Burbujas que nacen para grandes y burbujas que se quedan chicas a lo largo de su carrera. Cosa que hace pensar en que también ellas tienen como los hombres sino, destino, suerte o infortunio. ¿Por qué, si no, hay unas destinadas a las charcas pútridas y, otras, a recorrer alegremente el sabroso champagne?

También nos interesan aquellas que hacían su camino adheridas a otra mejor, como lapas, pobres burbujas parásitas o pequeños mundos que no consiguieron arrancarse como la Tierra del globo solar originario.

El mote de «Burbuja» que le pusimos a Angelón en aquellos años fue acertado, pero, mucho después, ahora precisamente, al recordar los años infantiles y no infantiles, pienso que todos los niños reunidos allá en mi jardín y huerto, resultamos unas burbujas en el tiempo. Unas burbujas cuyas trayectorias en la vida, movimientos o reposos y estallidos, son fraternos y capaces de emocionar.

Desde luego, la burbuja más fiel a mi vida, es decir, que me sigue apareciendo temporalmente donde quiera que yo esté, es Angelón. Esta burbuja no me será difícil de perfilar.

Pero, ¿las otras?

Las otras son burbujas remansadas, de esas que, al soltar el chorro de una llave, se van alejando en círculos concéntricos y acaban pegándose a los costados del pilón o pilar. Son burbujas de fuente, de recipiente pequeño, cortas de alcance y propensas a la estabilidad o la inercia. Lo cual no les impide estallar, desaparecer.

Si pienso en Lola, Enrique, Pepa, Teresa, Isabel y Silvia, la primera tanda de niños de La Cónsula que jugaban con nosotros, veo que se apagaron pronto, sin hacer nada en la vida fuera de lo vulgar. Tuvieron unos años de juventud y belleza y llegaron al matrimonio envueltos en una sosería muy común en los grupos sociales poco o nada afectos a las cosas del espíritu. Ya de por sí eran vástagos decadentes de una familia que fue algo. Si a esta decadencia se une la falta de lecturas o de interés por algo de lo mucho que hay en el mundo, aparte del dinero, el juego y el matrimonio, resulta una prole insustancial, por no decir algo peor. De tales personas no hay que esperar nada importante, aunque sea en el terreno de lo malo; no llegan ni a grandes criminales siquiera. Se quedan en espectadores pasivos de las menudencias que les rodean.

En mi vida brillan un instante, unos años, tal vez sus mejores años.

Tenían una casa que era un palacio, con jardín amplio y frondoso; el inglés que la hizo era del cuerpo consular y por esto la gente bautizó la finca con el nombre de La Cónsula. De la casa recuerdo especialmente la escalera, porque en su primer desarrollo, y en la pared que veía el visitante al subir, un pintor rezagado había pintado, a mediados del XIX, un hombre bostezando muy al gusto del siglo XVIII. Así, quien llegaba, recibía una inyección de aburrimiento, porque ya sabemos que el bostezo se contagia.

Recuerdo también la galería larga y muy poblada de anchos butacones de cuero, mis piernas medio desnudas, de muchacho, gustaban de la lisura y fresca de la vaqueta. Pero, de todo lo que había en La Cónsula, lo que más bello me parecía, lo que yo casi envidiaba, era el cochecito tirado por tres burros morunos.

En él, aquellas cinco niñas eran cinco rosas pimpantes.

Las dos mayores me interesaban más que las tres pequeñas. Pero en Lola se acusaba una especie de altanería. Era la más fina

y perfecta de facciones; la más blanca, la más alta y la de mejores andares. Caminaba como su madre, como una princesita. Y la postura de su cabeza era de dominio, un poco altanera. Ésta se llamaba Lola. Y la misma altivez se descubría en la tercera y en la quinta de las hermanas, es decir, en las impares, llamadas Teresa y Silvia. En cambio, la segunda y la cuarta, las pares, eran sencillas y mansas como las aguas de algunos manantiales. Éstas se llamaban Pepa e Isabel.

Pepa llegó a ponerme triste; suprema señal de amor en los chicos de entonces. Me acercaba a ella y no sabía de qué hablarle a ciertas horas, y, desde lejos, le dedicaba coplas. Me sentaba a la sombra de un árbol y me ponía a cantar granadinas, tangos y malagueñas con tanto sentimiento que casi lloraba; pero con pocas facultades. Mis hermanas se burlaban, y yo les decía: «No es que me falte oído, es que la garganta no secunda mi deseo; yo noto que desafino».

Pepa me atraía como le atraen a uno las manzanas hermosas. Nunca la comparé con las flores, la rosa, el jazmín o la violeta; pero sí con la manzana; por su color, su robustez y hasta su perfume. Despertaba mi hambre. Con razón al deseo se le llama también apetito.

Cuando yo tenía doce años, ella tendría diez. Enteramente una niña, preciso ahora que la reconstruyo. Voy evocando la calidad de su piel en la cara, los brazos y las piernas. Era una piel no muy fina al tacto, pecosa y con la pelusa rubia del durazno o del melocotón. Si a su hermana Lola no se le notaba la sangre bajo la blanquísima piel, a Pepa, sí. Por eso era más cálido su color.

Y su olor era como el de la manzana y el limón. Una vez hasta me pareció que olía a clavel. Fue una tarde en que jugábamos al toro y ella hizo de picador subiéndose a mis hombros. Qué impresión, aquel salto, aquella especie de abrazo que me hicieron sus blancos calzones al ceñirse a mi nuca y aquel instante fugaz de un poderoso olorcillo a clavel.

A estas niñas y el simpático Angelote los veía yo únicamente durante el verano, en julio y agosto; y eso si mis padres querían pasarlo en la finca del pueblo.

Eran, pues, unas amistades interrumpidas por diez meses, lo menos. Y cuando nos volvíamos a ver estábamos cambiados.

—Cómo ha crecido este chico —observó mi madre al llegar Angelote acompañado de su mamá el verano que le invitamos a pasarlo en nuestra casa.

—A ver, ponte a su lado, hijo... ¿Ves? Ya te lleva unos cuatro dedos. Y el año pasado era un poco más bajo que tú.

—Mamá —exclamé yo— tú también te quedaste más chaparra que la señora. —Y señalé a la mamá de Angelote—.

—Mis bisabuelos eran suecos y eso explica mi estatura —agregó la señora aludida—. Todavía ha de crecer este hijo mío. Y será tan desgalichado como nosotros.

Angelote se acercó a su madre y la besuqueó. Era muy zalamero.

Dejamos a nuestras madres y nos fuimos al huerto. Yo quería enseñarle enseguida mis sitios de recreo y las cosas que hacía. Le enseñé los camellones que acababa de hacer para regar un cuadro que había sembrado. Luego nos subimos a mis árboles predilectos, un níspero y un granado.

Angelote era más torpe que yo en esta gimnasia, pero trepó y se acomodó en la horquilla de dos ramas. Y se puso a mirar lejos con aire distraído y en silencio. Al cabo de un rato me dijo:

—¿Sabes que he dado con unos libros que me gustan mucho? Son de leyendas y de versos. En las leyendas aparecen muchachas pálidas que desfilan por ruinas de palacios o aparecen en oscuras iglesias a un joven muy triste que las persigue y nunca puede hablar con ellas. A mí me gustan estos pasajes en que se medio ven las figuras. Todo lo misterioso y nebuloso me encanta.

Nunca me había hablado de tal modo Angelote. Comprendí que durante el año transcurrido había cambiado.

Como no le respondí nada, se calló y siguió mirando al cielo retrepado en unas ramas del granado.

Poco después, inquirió: «¿Qué haces?».

Yo trataba de interrumpir la fila de hormigas que subía por el tronco del árbol.

—¿Has echado a pelear hormigas alguna vez? —me preguntó—.

—No.

—Verás.

Y, agarrando dos, de las más gordas, las sujetó con los dedos e hizo con ellas una bolita sin apretar mucho. Luego, las soltó sobre una superficie bastante lisa y ancha de una rama y pude ver cómo se mordían. Eran feroces, y le mordían a uno los dedos con verdadera saña.

Yo le dije, después de verlas reñir: «Déjales, animalitos».

Y él, reaccionando...

El Día de Todos los Santos del año 1801 entraron los tíos en Málaga por el puerto. Venían de Cataluña. Él era un hombre más bien bajo, fuertecete y pelinegro. Tenía veintiséis años y recién casado. Murió el año [18]54, nació el [17]74.

Abrieron tienda de comercio en la calle de San Juan, todavía existe con el número 2 esquina a Cisneros, con un balcón en la ochava. A los diez años (cuando los franceses) aquel modesto pero seguro y firme matrimonio tenía cien mil duros ganados, pero la tía no gastaba en criadas aún.

Frasquito el Pipero (cochero)

Un lacayito: Miguelín.

Ángel el negro (comprar el rubio por las tardes)

Mariana la Picharda. Abría la puerta y cuidaba de la cotorra.

Pepa la granadina.

Dos costureras a diario para hacer vestidos para los pobres.

Mariano el cartero.

Sopas para los gatos de la vecindad, con grandes galletas, después de comer los señores.

Carretela con dos mulas, Culebra y Colegiala. Perro, Capitán.

Sala. Dos mesitas de tresillo con relojes y candelabros. Lámpara de cristal. Dos sofás. Sillón alto de respaldo donde ella se sentaba. De Imperio. Un mapa orográfico de Melilla. Unos espejos estrechos y largos dorados sobre las mesitas.

Los espejos grandes de madera de rosa con una media caña de palo santo en medio y clavos dorados en las cuatro esquinas.

Mesa de centro de patas de águila, garra y alas doradas, lo demás negro.

Sierro y balcón al mar, a la playa. Su dormitorio daba a esta sala donde vivía y recibía siempre.

Pintado al temple con guirnaldas, las paredes.

²²⁴ Manuscrito a lápiz, s. f., Archivo José Moreno Villa (JMV/6/93/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Ángel Bresca se llamaba el negro.

Hacia el año 36 pagaba más contribución que nadie en Málaga, en segundo lugar, don M. A. Heredia.

Llegaba a Churriana. Desde las primeras casuchas acudían con presentes, higos chumbos, huevos, un pollito.

Luego se abrían las ropas y enseñaban la falta de ropas.

¡Qué necesidad tengo yo de ver la barriga de ustedes!

Almuerzo, 9.

Comida, a las 3.

Cena a las 10, rubio cocido en blanco y chocolate.

El salir de la casa paterna, lanzado a la vida, representa caer en el círculo de un magisterio difuso. Allá, en casa, durante la niñez, el magisterio lo ejercían mis padres y unos maestros, ni buenos, ni malos, maestros no elegidos por uno, que me enseñaban cosas poco interesantes. Pero los otros, los que luego me busqué yo en la vida, no fueron nunca maestros a horas fijas, ni de temas impuestos por un programa. No eran maestros, en fin, aunque ejercían sobre mí un magisterio real.

No pensamos lo bastante en esto: en que nuestra verdadera formación se debe a las enseñanzas esporádicas o electivas, más que a las reguladas e impuestas.

Yo no conservo nada de mí de la Química escuchada y practicada en Friburgo; ni de los textos aprendidos para los exámenes de Historia en Madrid o para las oposiciones al cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. En cambio, puedo afirmar que mis nefastos primos, con sus juergas andaluzas, mis primeros pasos solo en el barco que se alejaba de Málaga, mis luchas en un país cuya habla no entendía, mis lecturas inaconsejadas, los espectáculos, los deportes, los rozamientos inevitables con los seres humanos y con las máquinas, las conversaciones y discusiones y los poetas, han sido mis maestros, han ejercido sobre mí un magisterio difuso que yo ahora trato de esclarecer y asentar en mi conciencia ya madura.

²²⁵ Manuscrito a tinta, [hacia 1941], Cuaderno VI, Archivo José Moreno Villa (JMV/8/cu-1/6), Residencia de Estudiantes, Madrid, [pág. 9].

Debe mi musa a todos los amigos y a todas las cosas que me rodearon desde que nací y muy especialmente a las circunstancias desde 1910.

Estas miniaturas visigóticas y mozárabes, esta frase de don Francisco Giner, esta conferencia de Cossío, este pregón malagueño, este esfuerzo por sacar los peces del mar en la Caleta de Málaga, esta caña de manzanilla. Esta visita a las primeras iglesias cristianas de Asturias. Esta noche pasada en el monasterio de Silos, esta visión de un pantano nuevo.

¿Quién le va a contar al exégeta de un autor que bebió vida, que le brotó tal idea de un manantial imposible de sospechar?

Mi musa engorda con las musas ajenas, pero, sobre todo con el contacto humano y directo.

Eugenio d'Ors habla y dice: «El amigo ideal sería aquel que a la hora de la muerte me siguiera hablando de usted».

Antonio Machado dice: «Voy haciendo caminos de la tarde».

Juan Ramón Jiménez, dijo: «Tú me mirarás llorando».

Unamuno, dijo: «Dejar un grito, nada más que un grito».

Y un anónimo pintor alemán me había dicho: «Vor jeder Gegenwart blüht ein Gedanke». (Ante cada presencia brota un pensamiento.)

Las musas están ahí, o mejor dicho, esas frases fueron pasto para mi musa. Lo mismo que «Le sanglots longs / des violons / de l'automne».

El alma juvenil absorbe con el mismo ahínco que la magnesita calcinada.

La Argentinita, la Argentina, la Pastora y la Niña de los Peines tienen tanta parte en mi musa como Alfonso X el Sabio y como Ganivet. El puente de Toledo y Toledo todo es un alimento inacabable de mi musa, como los guardias civiles, o la maravillosa urbanización de las grandes ciudades.

²²⁶ Manuscrito a tinta, s. f., Archivo José Moreno Villa (JMV/5/59/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Debe mi musa tanto a un epitafio recién hallado en León como al mejor poema de Leopardi.

Es imposible seguir por su orden las cosas ingeridas por la musa. En tal hora leí un estudio de Séneca que me suavizó los nervios mucho más que las luminaletas.

Hoy he conocido a Reyes, el escritor americano. Es el año de 1914. Oigo por primera vez la característica cortesía y la suave e incisiva *s* del azteca. He conocido también a Pedro Henríquez Ureña, que sabe de memoria versos míos que yo no sé. De repente he sentido la existencia del Nuevo Mundo. Por añadidura he visto en el Ateneo levantarse y leer un poema con misteriosa gravedad a la persona de Rubén Darío. He sentido miedo a la obra bella. Tanto como de la primera mujer que me gustó.

Otro día, Benavente, también en el Ateneo, se me acerca, después de mi breve estudio sobre Santa Teresa y me regala uno de sus magníficos cigarros. Ha sido mi primera salida al público. Estoy todo tembloroso. Me piden retratos para el *Heraldo de Madrid*. Oigo rumores de elogio. De pronto me conocen mil gentes. La musa se nutre.

Hoy visité la editorial de Renacimiento. Estaban allí Picón, Ricardo León, Martínez Sierra y no sé quiénes más. Todos serios y sin hacerme caso. Entra Baroja y, al presentarme a él, me dice: «¿Usted es Moreno Villa? Esos medallones de *Garba* están muy bien». Yo me he entendido bien siempre con este hombre llanote.

Ortega fue para mí lo que éstas frases representan: «Sí, exacto. Es curioso, yo hubiera dicho eso, lo mismo que usted. Bien, pero hay que andarse con tiento. Debemos tener en cuenta que dentro de poco seremos nosotros los que estemos en la primera fila. Y esto nos exige mucho». (Frases de hacia 1914.)

Lo que ellas representan os lo descubriré someramente. En primer lugar que Ortega dialogó siempre, no fue un monologista como Unamuno y tantos otros españoles. En segundo lugar, que desde muy temprano se sintió capitán y llamado a ocupar la primera fila. En tercero, que me comunicó confianza en mí mismo. Mejor dicho, quiso comunicármela, porque yo jamás cobré más confianza en mí por las opiniones ajenas aunque viniesen de almas poderosas. Siempre supe de lo que era capaz y de lo que no. Lo único que la confianza del próximo me inspiró en todas las ocasiones fue el producir con más alegría.

²²⁷ Manuscrito a tinta, s. f., Archivo José Moreno Villa (JMV/5/59/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Hace reír el punto de mira de los biógrafos y exégetas literarios. Nunca sabrán lo verdaderamente importante. Ese ligamento, ese encadenamiento que reúne a todas las cosas pequeñas y grandes nutricias para nuestra musa.

En tal día coincidí con Ortega y Gasset y me dijo: «Es notable, usted usa la palabra presencia como la hubiera usado yo. Esto le viene de Alemania, ¿verdad?». Sí, le respondo: «Equivale a *Gegenwart*».

Esto ocurría en 1913. Hoy la palabra presencia está en todos los poetas de España y de América.

Otro día me escribe Juan Ramón: «Venga usted a verme. Le enseñaré algo que puede interesarle». Voy y me enseña un *Bestiario* de...²²⁹ «Usted no lo conoce, ¿verdad?». «No, y no quiero leerlo hasta que haya escrito el mío».²³⁰

Otro día miro pacer las vacas. Dormir echadas en la tierra junto a las sábanas tendidas al sol.²³¹

Otro día, al día siguiente de enterrar a mi prima, miro el campo de tenis cubierto de nieve, como una sábana, como una losa fría.²³²

La musa se va nutriendo, de esto, de aquello, de lo que ve y de lo que oye, no sólo de lo que lee.

Que Nietzsche, que Goethe, que Verlaine, que la copla andaluza, que la traducción de Shelley, que los versos de Unamuno... Sí, pero ¿acaso no del relato histórico, de la vida en torno a Felipe II, de los cuadros que veo, del Escorial que contemplo desde la sierra del Guadarrama mientras las águilas planean sobre las barrancas?²³³

²²⁸ Manuscrito a tinta, [hacia 1940], Archivo José Moreno Villa (JMV/5/59/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

²²⁹ Frase inconclusa, seguramente se refiere al *Bestiario* de Guillaume Apollinaire.

²³⁰ Este recuerdo podría fecharse hacia finales de 1916, ya que a principios de 1917 Moreno Villa empieza a publicar su «Bestiario» en las páginas de la revista *España*, que luego pasará a formar parte de su libro *Evoluciones*, Madrid, Calleja, 1918.

²³¹ Esta visión se traduce en el poema «Paisaje», *Índice*, núm. 3, Madrid, 1921; recogido en *Colección*, Madrid, Caro Raggio, 1924.

²³² «La nieve que cayó en el tenis, ésa se fue virgen al otro mundo. Sin mácula se la tragó la tierra porque allí no entró nadie», en «La nieve», *España*, Madrid, 3 de enero de 1918; recogido por primera vez en *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1935)*, cit., pág. 921.

²³³ Esta visión se traduce en el poema «En el mismo paraje», *Colección*, Madrid, Caro Raggio, 1924.

Para los que perdimos la patria original hay situaciones de ánimo bastante curiosas. Dos son las principales. Unas veces nos sentimos como en una isla muy apartada y faltos de todo lo que nos rodeó allá. Esto podemos sentirlo incluso en reunión con otro antiguo compatriota. De repente, pensar así: «¡Qué raro, estar yo aquí, desde hace trece años y hallarme frente a este compañero que también falta de su tierra otros tantos! ¿Cómo podemos vivir sin lo antiguo?».

Otras veces, la sensación es opuesta. Nos vemos en compañía de hombres nacidos en el país acogedor. De repente nos asalta el recuerdo de lo de allá y lo rechazamos diciendo: «Aquello pasó, la vida me ha puesto aquí, éstos son mis amigos».

²³⁴ Manuscrito a tinta, [hacia 1950], Archivo José Moreno Villa (JMV/5/60/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Hoy cumplo trece años en México. Allá en España y pensando en que algún conocido mío llevaba diez años en América me parecía un tiempo fabuloso. Mis trece no me parecen nada, no los puedo medir con medida de tiempo ni de separación. No me siento desterrado. Me siento alejado para siempre por mi voluntad o si queréis, por aceptación del destino; pero alejado para siempre desde el día que decidí quedarme.

El tajo abierto a cercén era definitivo y yo me hice a la idea de tener que empezar otra vida. Y en este continente tenido siempre por factoría, por sitio donde ganar dinero y en poco tiempo. Cosa que no me sedujo nunca y para la cual contaba ya demasiados años de vida.

Vine viejo, pero he renovado mi vida en estos trece años. He hecho más cosas que en España durante cincuenta. Cosas de las que yo podía hacer; dinero, no. Libros, cuadros, conferencias, estudio de un país, de su cultura pasada, de su gente actual. He sumado, me he enriquecido con almas nuevas. Tengo otros amigos y familia.

²³⁵ Manuscrito a tinta, [1950], Archivo José Moreno Villa (JMV/5/51/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Para unos chicos el mundo en que aparecen es el mundo natural que esperaban, para otros, no. Para estos otros es un mundo muy desconcertante, como si ya hubiesen estado en otro más perfecto, tranquilo y ameno.

Los que venimos así, parece que llegamos del limbo. Todo nos sorprende y amedrenta. Abrimos los ojos como ante una barbaridad a cada paso y los ojos se nos quedan para siempre como a la máxima abertura del obturador.

Tenemos pues, chicos que vienen a su mundo y chicos que vienen al mundo de los otros.

²³⁶ Manuscrito a tinta, s. f., Archivo José Moreno Villa (JMV/6/101/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Entre las cosas que nos ocurren a los viejos hay ésta: podemos contemplar las etapas de la vida como cerradas, de modo que vemos al niño que fuimos como un ser concluido, separado y lejano.

Comprendemos que en la realidad no hay tal corte; que el niño aquel no quedó quieto invariable y concluido como en un retrato, porque, de hecho, sentimos que sigue inmerso en nosotros.

²³⁷ Manuscrito a tinta, s. f., Archivo José Moreno Villa (JMV/6/95/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Las personas que sean precisas. El paso del estado de convivencia al de desintegración.

Una sala, con diez gentes al final.

«Tú, ¿no te quedas, a veces, con la mirada fija en nada, rotas las amarras con todo lo que te rodea?».

Las gentes, cuando nos ven en este trance, se empeñan en sacarnos de él. Cosa que es muy fácil. Pero yo he procurado sostenerme en él. No por enfermedad, sino por saber hasta dónde llega esa vida fantasmal que es nuestra y nos empeñamos en sofocar o ahogar.

El fantasma de cada cual tiene que vivir y crecer, acaso con más derecho que el otro personaje, el que todos conocen de nosotros.

²³⁸ Manuscrito a tinta, s. f., Archivo José Moreno Villa (JMV/7/52/1), Residencia de Estudiantes, Madrid.

Bibliografía

1. EDICIONES DE *VIDA EN CLARO*

Primera edición:

México, El Colegio de México, 1944.

Segunda edición:

Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Tercera edición:

Prólogo de Juan Pérez de Ayala,

Madrid, Comunidad de Madrid. Consejería de Educación/Visor Libros, 2006.

2. BREVE BIBLIOGRAFÍA A *VIDA EN CLARO*

ABREU GÓMEZ, Ermilo, «Memorias», *Letras de México*, México, octubre de 1944.

«Su estilo es como el espejo de su fisonomía literaria. El estilo de José Moreno Villa corre parejas con su intención. La intención humana de José Moreno Villa se reduce a vivir con quietud, con apaciguamiento, la plenitud de los sentidos y de las potencias del alma. Es así como, sin bullicios ni aspavientos, vive y recuerda vigiliass y sueños. Es así como logra un estilo tan manso en la superficie como ahondado en la entraña. Su obra es el reflejo transparente de su ser. La prosa de José Moreno Villa no va nunca cargada

de recuerdos literarios; desconoce todo adorno, carece de todo retorcimiento, se da tal cual es. Es la forma precisa que reclama lo que existe. Pero su estilo no se desgobierna dócil como la nube al impulso del viento, sino que se mantiene recio, firme, en su simplicidad, ante los vaivenes de los impulsos que le arrastran. No es un estilo veleidoso el suyo. De tan claro que es deja de existir. Es como un cristal que desaparece delante del paisaje; si acaso nos permite mirar algún reflejo que abulte el brillo del rocío o la transparencia del cielo. En ocasiones, con la penumbra, el cristal se adensa y nos ofrece ocasión para mirarnos en él como en un espejo. En verdad el estilo de José Moreno Villa es como ya se dice, estilo ejemplar».

BAL Y GAY, Jesús, «Fracaso y triunfo de Moreno Villa», *El Universal*, México, 1944.

«La de Moreno Villa es —y no nos sorprenda— el más reciente eslabón de una cadena clara y lógica de hechos vitales claros y consecuentes entre sí. Está escrita con admirable sencillez —lógica y claridad de nuevo—. (Ya hace años que Azorín le dijo a Moreno: “Ha llegado usted al súmmum: la sencillez”.) Y va dirigida al lector que más interés pueda tener por ella: el hijo del autor».

CARDOZA Y ARAGÓN, Luis, «*Vida en claro. (Autobiografía)* por José Moreno Villa», *El Nacional*, México, 1944.

«Y me gusta que con esa su transparencia de agua clara nos dé en el límite de sus páginas un campo tan abierto de recuerdos, emociones, ideas. Qué elegancia, qué discreción en el discurrir de su espíritu. Las virtudes cardinales de la poesía de Moreno Villa están aquí presentes, depuradas, con delicado equilibrio. Toda la obra tiene un tono mate, de sencillez y de emoción, sin rastro de elocuencia. Ni frío, ni cálido, sino *chambré*, como un vino tinto, bueno y añejo. En tal ambiente va surgiendo su infancia, su adolescencia, su juventud y madurez; pero no es una historia de su vida propiamente, sino una historia de lo significativo en la vida de su espíritu. Y en ello reside su valor como testimonio general de una época y como testimonio íntimo de un poeta».

FERNÁNDEZ GRANELL, Eugenio, «Vida del pintor Moreno Villa», *La Nación*, Ciudad Trujillo, 12 de marzo de 1945.

«*Vida en claro* es un formidable alegato espiritual contra la caótica corrupción de los confusos momentos actuales. Una esponja que elimina la podredumbre y deja a la vista la rutilante limpieza de cuanto supone valor humano, eterno valor.

»Aun habiendo escrito su autobiografía, Moreno Villa sabe muy bien, y lo dice, que “las mejores biografías de los artistas son sus obras”, lo cual, siendo cierto, hace también doblemente importante este libro que es, sin duda, una de sus obras más veraces y acabadas.

Ojalá que estas notas esbozadas con más emoción que juicio aún dentro de la caliente emoción de su lectura densa, animen a muchos amigos a sentir por sí mismos el alivio reconfortante del último libro de Moreno Villa».

MARTÍNEZ, José Luis, «José Moreno Villa. *Vida en claro. Autobiografía*», *El Hijo Pródigo*, México, diciembre de 1944.

«Frente a la autobiografía de Moreno Villa, el lector se preguntará quizás el porqué de ese carácter extraordinario que percibe en la que no es sino el fiel relato de una vida ordinaria, inclinada a la quietud y hasta desprovista del normal repertorio de atrocidades y peripecias que toda vida común incluye. Y aun a las moderadas por las que atravesó nuestro memorialista, suele no enfatizarlas, revistiéndolas de una gravedad o tiesura que las desfiguraría, ya que prefiere transmitir las al lector con una honradez no menos humana que literaria en la que apenas, por un hilo tenue, deja prender a la evocación nostálgica, y por muchos, más recios, a la reflexión que inquiere los legados perdurables de aquellas experiencias».

PORTUONDO, J. A., «Una vida en claro», *La Voz de México*, México, 17 de abril de 1945.

«*Vida en claro* tiene la significación de un gran espectáculo de época que gira en torno a una atrayente figura central: el autobiografiado. En sus páginas es posible advertir, en sus más profundas

palpitaciones, la vida cultural española que precedió a la rebelión fascista».

SÁNCHEZ TRINCADO, J. L., «Ejemplos. La Autobiografía de un poeta», *El Universal*, Caracas, 18 de febrero de 1945.

«Necesitamos de esta autobiografía para comprender su autocrítica, indisolublemente unidas, y al revés. *Vida en claro*, autobiografía de José Moreno Villa, impresa por El Colegio de México, en 1944, es, aparte de otros merecimientos, una obra indispensable para adivinar al poeta de *Garba* y *Salón sin muros*, al pintor, al prosista, al crítico, al investigador de Historia que hay junto al hombre Moreno Villa. Estas páginas, en prosa jugosa, elegante y llana, van ilustradas con las propias poesías y pinturas del autor, del mismo modo que el crítico necesita glosar en prosa el verso o la pintura que es objeto de su estudio, para iluminar sus secretos».

TORNER, Florentino M., «Viñetas. Letras hispanomexicanas», *El Nacional*, México, 24 de abril de 1945.

«*Vida en claro* es la biografía de cincuenta años, porque en este libro viven con el autor y conviven con los lectores, el tiempo, las cosas, las personas y los ambientes y paisajes. En sus páginas el tiempo hace algo más que transcurrir, porque las horas están como sensibilizadas y llenas de vida suya propia, como frutos cuya pulpa se ha impregnado de los zumos agridulces que ha ido destilando la vida del poeta».

3. BIBLIOGRAFÍA A «MEMORIAS REVUELTAS»

Artículos publicados bajo el título «Memorias revueltas»

«Memorias revueltas. Aprendizaje anárquico», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 30 de abril de 1950.

«Memorias revueltas. Magisterio de los criados», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 7 de mayo de 1950.

- «Memorias revueltas. Los tipos estrafalarios en la niñez», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 28 de mayo de 1950.
- «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 2 de julio de 1950.
- «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 23 de julio de 1950.
- «Memorias revueltas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 13 de agosto de 1950.
- «Memorias revueltas. Amistades mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 3 de septiembre de 1950.
- «Memorias revueltas. Amistades mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 24 de septiembre de 1950.
- «Memorias revueltas. Amistades literarias mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 26 de noviembre de 1950.
- «Amistades literarias mexicanas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 7 de enero de 1951.
- «Memorias revueltas. Amistades literarias mexicanas y extranjeras», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 4 de febrero de 1951.
- «Amistades literarias mexicanas y extranjeras», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 25 de febrero de 1951.
- «Amigos remeros en el espacio», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 22 de abril de 1951.
- «Memorias revueltas. Símbolo y realidades académicas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 6 de mayo de 1951.
- «Memorias revueltas. Más remeros de altitudes», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 13 de mayo de 1951.
- «Amistades periódicas y fijas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 20 de mayo de 1951.

- «Memorias revueltas. El mirlo y la pubertad», *El Nacional*, México, 29 de julio de 1951.
- «Memorias revueltas. Amistades mexicanas y extranjeras», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 5 de agosto de 1951.
- «Memorias revueltas. La enseñanza de los pobres», *El Nacional*, México, 5 de agosto de 1951.
- «Memorias revueltas. La alcubilla y la higuera», *El Nacional*, México, 12 de agosto de 1951.
- «Memorias revueltas. Los juguetes y la Historia», *El Nacional*, México, 19 de agosto de 1951.
- «Memorias revueltas. Toros y gallos bravos», *El Nacional*, México, 26 de agosto de 1951.
- «Memorias revueltas. El alma timpánica», *El Nacional*, México, 2 de septiembre de 1951.
- «Memorias revueltas. El riego y las albercas», *El Nacional*, México, 9 de septiembre de 1951.
- «Memorias revueltas. La Marrullera», *El Nacional*, México, 17 de septiembre de 1951.
- «Memorias revueltas. Baraja de parientes», *El Nacional*, México, 23 de septiembre de 1951.
- «Memorias revueltas. Primeras nociones del mundo», *El Nacional*, México, 30 de septiembre de 1951.
- «Memorias revueltas. De las primeras nociones», *El Nacional*, México, 7 de octubre de 1951.
- «Memorias revueltas. Lo irregular en la vida», *El Nacional*, México, 14 de octubre de 1951.
- «Memorias revueltas. Amistades de distintas latitudes y credos», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 14 de octubre de 1951.
- «Memorias revueltas. Las letras y el tonto alfabetizado», *El Nacional*, México, 21 de octubre de 1951.

- «Remeros de altura. Del Litoral al Fondo», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 28 de octubre de 1951.
- «Improntas y medallas amistosas», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 4 de noviembre de 1951.
- «Memorias revueltas. La nostalgia gastronómica», *El Nacional*, 30 de diciembre de 1951.
- «Memorias revueltas. El amigo Luis Buñuel», *El Nacional*, México, 6 de enero de 1952.
- «Memorias revueltas. Los Ramones de mi tiempo», *El Nacional*, México, 13 de enero de 1952.
- «Memorias revueltas. Americanismo y mexicanismo de Valle-Inclán», *El Nacional*, México, 20 de enero de 1952.
- «Memorias revueltas. Veraneo de tierra y veraneo de mar», *El Nacional*, México, 3 de febrero de 1952.
- «Memorias revueltas. Alcurnia del pueblito», *El Nacional*, México, 10 de febrero de 1952.
- «Memorias revueltas. Las terribles mudanzas», *El Nacional*, 17 de febrero de 1952.
- «Memorias revueltas. Librerías, restaurantes», *El Nacional*, México, 16 de marzo de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 13 de abril de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 20 de abril de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 27 de abril de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 4 de mayo de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 11 de mayo de 1952.
- «Memorias revueltas. Firmeza y sonrisa de Santullano», *El Nacional*, México, 18 de mayo de 1952.

- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 25 de mayo de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 1 de junio de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 8 de junio de 1952.
- «Memorias revueltas. Mi sobrina Tita Valencia», *El Nacional*, México, 15 de junio de 1952.
- «Remeros de altura», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 15 de junio de 1952.
- «Memorias revueltas. Caídas con suerte», *El Nacional*, México, 22 de junio de 1952.
- «Memorias revueltas. Alegrías y ayes», *El Nacional*, México, 29 de junio de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 13 de julio de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 3 de agosto de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 10 de agosto de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 17 de agosto de 1952.
- «Memorias revueltas. Algo sobre poesía», *El Nacional*, México, 24 de agosto de 1952.
- «Memorias revueltas. También sobre filosofía», *El Nacional*, México, 31 de agosto de 1952.
- «Memorias revueltas. El magnífico retrato de Unamuno», *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 31 de agosto de 1952.
- «Memorias revueltas. Peligrosa cristalización», *El Nacional*, México, 7 de septiembre de 1952.
- «Memorias revueltas. Mi españolismo y mi mexicanismo», *El Nacional*, México, 14 de septiembre de 1952.

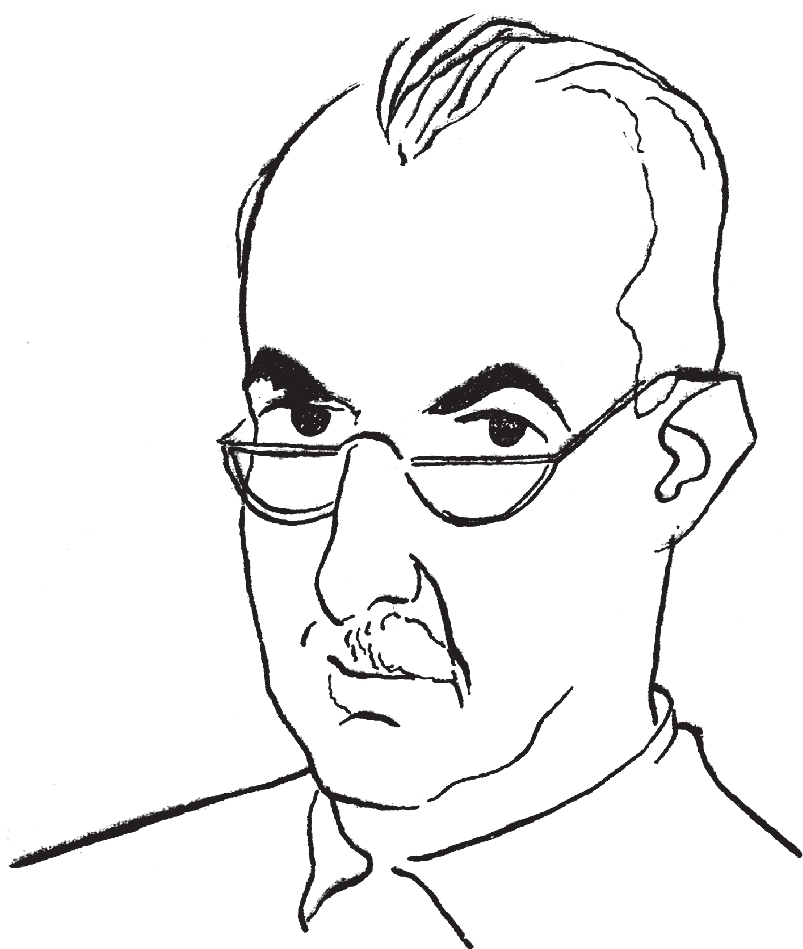
- «Memorias revueltas. Lo irreductible», *El Nacional*, México, 21 de septiembre de 1952.
- «Memorias revueltas. La voz aborigen», *El Nacional*, México, 28 de septiembre de 1952.
- «Memorias revueltas. Ramos y el brote filosófico», *El Nacional*, México, 5 de octubre de 1952.
- «Memorias revueltas. El Madrid abrazado», *El Nacional*, México, 12 de octubre de 1952.
- «Memorias revueltas. Amanecer de la sexualidad», *El Nacional*, México, 2 de noviembre de 1952.
- «Memorias revueltas. Amistad despegada y fiel», *El Nacional*, México, 16 de noviembre de 1952.
- «Memorias revueltas. La calle de los suspiros», *El Nacional*, México, 23 de noviembre de 1952.
- «Memorias revueltas. Dos afluentes», *El Nacional*, México, 7 de diciembre de 1952.
- «Memorias revueltas. Las discusiones y las guerras», *El Nacional*, México, 14 de diciembre de 1952.
- «Memorias revueltas. Los toros vienen a mí», *El Nacional*, México, 4 de enero de 1953.
- «Memorias revueltas. Macabro lema», *El Nacional*, México, 18 de enero de 1953.
- «Memorias revueltas. Los atentados políticos», *El Nacional*, México, 12 de abril de 1953.
- «Memorias revueltas. Estancia en Asturias», *El Nacional*, México, 2 de agosto de 1953.
- «Memorias revueltas. Los antagonismos», *El Nacional*, México, 30 de agosto de 1953.
- «Memorias revueltas. Imprevistos en Guanajuato», *El Nacional*, México, 13 de septiembre de 1953.
- «Memorias revueltas. Una plaza de Málaga», *El Nacional*, México, 27 de septiembre de 1953.

- «Memorias revueltas. La escondida senda», *El Nacional*, México, 4 de octubre de 1953.
- «Memorias revueltas. Ratos con Pío Baroja», *El Nacional*, México, 11 de octubre de 1953.
- «Memorias revueltas. La morería de Málaga», *El Nacional*, México, 18 de octubre de 1953.
- «Memorias revueltas. Ya esto es aquello», *El Nacional*, México, 25 de octubre de 1953.
- «Memorias revueltas. Dulces y guerras», *El Nacional*, México, 24 de julio de 1953.
- «El gozo de pintar», *El Nacional*, México, 7 de agosto de 1954.
- «Memorias revueltas. Mientras suben los rascacielos», *El Nacional*, México, 14 de agosto de 1954.
- «Memorias revueltas. Familias prepotentes», *El Nacional*, México, 21 de agosto de 1954.
- «Memorias revueltas. De un palacio y de una iglesia», *El Nacional*, México, 29 de agosto de 1954.
- «Memorias revueltas. Medio siglo y *La novia de Mesina*», *El Nacional*, México, 4 de septiembre de 1954.
- «Memorias revueltas. Habitantes de mis sitios», *El Nacional*, México, 11 de septiembre de 1954.
- «Memorias revueltas. Eugenio d'Ors», *El Nacional*, México, 2 de octubre de 1954.

Otros artículos que se conservan en el Archivo José Moreno Villa con anotaciones de pertenecer a la serie.

- «Relaciones fraternales», *El Nacional*, México, 11 de noviembre de 1951. [Anotación: «M. R.»]
- «El pormenor y el conjunto», *El Nacional*, México, 9 de noviembre de 1952. [Anotación: «M. R.»]
- «Formas de vida. Mujeres en el mirador», *El Nacional*, México, 26 de febrero de 1953. [Anotación: «M. R.»]

- «Las llaves y las mujeres», *El Nacional*, México, 28 de junio de 1953. [Anotación: «M. R.»]
- «Saberse la ciudad», *El Nacional*, México, 23 de agosto de 1953. [Anotación: «M.»]
- «Los antagonismos», *El Nacional*, México 30 de agosto de 1953. [Anotación: «Memorias»]
- «Amigos aquí, de paso», *El Nacional*, México, 6 de septiembre de 1953. [Anotación: «M. R.»]
- «Las costumbres. Democracia y realeza», *El Nacional*, México, 20 de septiembre de 1953. [Anotación: «Mem. Rev.»]



Autorretrato, 1937.



Autorretrato, 1944.

Índice onomástico

Este índice no sólo recoge los nombres de las personas mencionadas a lo largo del libro, sino también los de revistas y periódicos, así como los títulos de obras literarias, que figuran bajo el nombre de su autor. Se han obviado los nombres de algunos amigos de la infancia, campesinos o familiares de Moreno Villa que sólo aparecen citados por su nombre de pila. Los números que siguen a cada entrada corresponden al número de la página, cuando aparecen en cursiva remiten a una ilustración y la letra n indica que el nombre o título se encuentra en una nota a pie de página.

- ABC*, 169, 197
Abreu Gómez, Ermilo, 422, 426,
429
Abril, Manuel, 150
Achúcarro, Nicolás, 406
Aguerreberre, Carlos, 644
Aíta, Antonio, 164
Alaminos, Luis, 440, 441, 442, 585
Alarcón (*véase* Ruiz de Alarcón,
Juan)
Alba, XIII duquesa de (Cayetana
de Silva Álvarez de Toledo), 159
Alba, XVII duque de (Jacobo Fitz-
James Stuart), 149, 261
Alberti, Rafael, 117, 133, 136, 141,
207, 213, 331, 485, 624
Marinero en tierra, 117
Alcántara, san Pedro, 424
Alcoriza, Luis, 444
Aleixandre, Vicente, 136, 138, 517,
574, 624
Alemán, Miguel, 220
Alessio Robles, Miguel, 418
Alfonso VII el Emperador, 494
Alfonso VIII el de las Navas, 494
Alfonso X el Sabio, 671
Alfonso XIII, 132, 152, 155, 158,
598
Allende-Salazar, Juan, 101
Almazán, duque de, 48, 155
Alonso, Amado, 102, 162, 163, 166,
465, 466, 468, 469, 471
Alonso, Dámaso, 495, 496, 503n,
506, 629
*Antología de la poesía española
contemporánea* (ed.), 503n

- Los hijos de la ira*, 496
- Altolaguirre, Manuel (*Manolo*), 20,
133, 136, 137, 201, 331, 432, 434,
436, 436n, 437, 437n, 444,
446n, 447, 455, 460, 462, 479,
517, 563n, 604, 651, 653, 656
Fin de un amor, 436n
Las islas invitadas, 462
- Álvarez-Buylla, Adolfo, 160
- Álvarez Pastor, Joaquín, 252
- Álvarez Quintero, hermanos, 358
- Álvarez Santullano, Luis, 202, 557,
557n, 558, 559, 621
- Amor, Inés, 217
- Amorim, Enrique, 162, 165
La carreta, 165
- Anguiano, 187
- Angulo, Diego, 601
- Annunzio, Gabriele d', 76
- Ansermet, Ernest, 163
- Apollinaire, Guillaume, 113, 674n
Bestiario, 674n
- Aragon, Louis, 107
- Araquistáin, Luis, 93, 118, 207
- Archivo Español de Arte y de
Arqueología*, 55n, 520n
- Arciniegas, Germán, 414n, 424
- Argentina, la (*véase* Mercé,
Antonia)
- Argentinita, la (*véase* López Júlbez,
Encarnación)
- Argüelles, José María, 215
- Arnaiz y Freg, Arturo, 428
- Arniches, Carlos, 117, 132, 571
- Arquitectura*, 100, 160, 280, 416n,
470, 655
- Arreola, Juan José, 401, 401n,
402n, 452, 454, 550
- Varia invención*, 401, 401n
- Arruza, Carlos, 499
- Arteta, Aurelio, 153, 201, 311, 621
- Asín Palacios, Miguel, 102, 406
- Asúnsolo, María, 422
- Atl, Dr., 214, 556
- Aub, Max, 444, 456, 458
- Austria, casa de, 112, 158, 225, 322,
324, 324n
- Austria, Mariana de, 159
- Avellaneda (*véase* Fernández de
Avellaneda, Alonso)
- Ávila Camacho, Manuel, 428
- Aza, Vital, 361
- Azaña, Manuel, 93, 100, 118, 132,
159, 167, 213, 442, 601
El jardín de los frailes, 132
- Azcárate, Cache, 292
- Azorín, 89, 90, 114, 132, 135, 144,
167, 169, 170, 252, 256, 328,
553, 571-573, 591, 612, 624,
635, 684
- Bagaría, 408n
- Bailón, san Pascual, 46
- Bakst, Léon, 525
- Balbuena (*véase* Fernández
Balbuena, Roberto)
- Balieff, Nikita, 527, 528
- Baltasar, san, 407, 408n
- Baltasar Carlos, 158
- Balzola, Antonio, 600
- Bances Candamo, Francisco, 492
- Baqueiro Fóster, Gerónimo, 560
- Barbudo (*véase* Sánchez Barbudo,
Antonio)
- Bárcena, Catalina, 117
- Barnés, Domingo, 85, 620
- Barnés, Francisco, 620
- Baroja, familia, 403
- Baroja, Pío, 85, 89, 98, 114, 131,
135, 144, 151, 170, 207, 252, 254,
256, 320, 339, 408, 408n, 566,
571, 573, 591, 602, 612, 612n,
613, 619, 635, 672
- Baroja, Ricardo, 614
- Barradas, Rafael, 117
- Barreda, Octavio, 422, 424, 432,
448, 449, 450, 455
- Basile, Giovanni Battista, 345n

- Baudelaire, Charles, 76, 275, 510
Las flores del mal, 510
- Beceña, Francisco, 107, 598, 601
- Bécquer, Gustavo Adolfo, 37, 38,
 103, 144, 637
- Beethoven, Ludwig van, 436, 436n
- Bein, Davos, 75, 76, 275, 510, 511
- Bello, José (*Pepín*), 109, 119, 485
- Bello, Luis, 102, 118
- Benavente, Jacinto, 87, 89, 132,
 256, 358, 422, 423, 571, 591,
 635, 672
- Benítez, Fernando, 425, 426, 443
- Benlliure, Mariano, 149
- Berenguela de Barcelona, 494
- Bergamín, Francisco, 518
- Bergamín, José, 135, 136, 141, 345n,
 422, 517
- Berruguete, Alonso, 101, 144
- Besteiro, Julián, 189, 252, 307
- Blanco, Pedro, 293
- Blanco y Negro*, 150
- Bo, Tomás, 604
- Boccaccio, Giovanni, 268
De claris mulieribus, 268
- Boecklin, Arnold, 78
- Bohemia*, 654, 655
- Boletín de la Fundación Federico
 García Lorca*, 134n, 446n
- Boletín de la Institución Libre de
 Enseñanza*, 246n, 250n
- Bolín, familia, 138, 516
- Bolívar, Ignacio, 261, 266, 406,
 620
- Bolívar, Simón, 98
- Bombareli, 516
- Bombita, 373
- Bonafé, Juan, 148
- Bonet, Joaquín A., 597
- Bores, Francisco, 112, 140, 148, 517
- Borges, Jorge Luis, 162, 166
- Borodin, Alexander, 526
- Borrás, Enrique, 361
- Botas, 555
- Boysen, 386
- Braque, Georges, 148, 525
- Brenan, Gerald, 369, 552, 552n, 553
The Face of Spain, 369, 552,
 552n
*The Literature of the Spanish
 People: From Roman Times to
 the Modern Day*, 552, 552n, 553
- Breton, André, 404
- Brevas, Juan, 111, 524, 578
- Brunelleschi, Filippo, 574
- Buñuel, Juana (*véase* Rucar,
 Jeanne)
- Buñuel, Luis, 20, 27, 109, 113, 116,
 207, 280, 444, 446n, 485n, 486,
 487, 488, 538, 538n, 539, 540,
 583n, 594n, 595
Él, 594, 595
Los olvidados, 446, 446n
Un perro andaluz, 113
- Byron, lord, 388
- Cabada, Juan de la, 425, 426, 444
- Cabrera, Blas, 105, 107, 118, 207,
 266, 320, 620
- Cabrera, Lydia, 653, 654
Cahiers d'Art, 154
- Cajal (*véase* Ramón y Cajal,
 Santiago)
- Calder, Alexander, 107
- Calderón de la Barca, Pedro, 144,
 159, 196, 486
La vida es sueño, 159
- Calleja, Rafael, 92, 93
- Calvo, Julián, 440, 441, 442, 534
- Calvo, Rafael, 37
- Calvo, Ricardo, 358
- Calvo Sotelo, José, 183, 186, 601
- Cambó, Francesc, 189
- Camino, familia (*véase* Felipe, León)
- Campoamor, Ramón de, 37, 532, 541
Doloras, 532, 541
Humoradas, 37, 541
Rimas, 37

- Campos, Antonio, 606
 Camprubí, Zenobia, 581
 Canedo (*véase* Díez-Canedo, Enrique)
 Cano, J. Luis, 387n
 Cánovas del Castillo, Antonio, 518, 624
 Cantú, Federico, 217, 402
 Cárdenas, Lázaro, 412, 413
 Cardona Peña, Alfredo, 445, 447
 Cardoza y Aragón, Luis, 217, 327
 Carlos II, 158
 Carlos III, 43, 521
 Carlos IV, 158
 Carlos V, 79
 Carlyle, Thomas, 263, 355, 566
 Héroes, 355
 Carmen, 139
 Carnavon, Leonard, 108
 Caro Baroja, Pío, 612, 612n
 La soledad de Pío Baroja, 612, 612n
 Caro Raggio, Rafael, 89, 612
 Carreño, Juan, 158
 Carrillo Flores, Antonio, 401n
 Carter, Howard, 108
 Casals, Pablo, 244, 245, 430
 Casanova, Giacomo, 542
 Casas, 187
 Casas, Ramón, 580n
 Castañeda, 46
 Castelar, Emilio, 484
 Castillejo, José, 264, 559
 Castillo, Ester del, 560
 Castillo, Ignacio, 209
 Castillo Nájera, Francisco, 211
 Castro, Américo, 83, 85, 90, 100, 102, 132, 167, 207, 252, 407, 408n, 455, 466, 494, 602, 629
 España en su historia (Realidad histórica de España), 629
 Castro de Zubiri, Carmen, 207, 320, 602, 603n
 Marcel Proust o El vivir escribiendo, 603n
 Castrovido, Roberto, 621
 Cavia, Mariano de, 138
 Ceán Bermúdez, Juan Agustín, 115
 Centeno, Augusto, 209, 325, 455, 588
 Cerda, Fernando de la, 493, 494
 Cernuda, Luis, 133, 136, 139, 331, 479, 629
 Cervantes, Miguel de, 98, 112n, 196, 235, 358, 380, 431, 455, 486, 521, 566, 571, 572, 574
 Don Quijote de la Mancha, 73, 76, 274, 309, 455
 Novelas ejemplares, 73, 76
 Cervera, Pascual, 371
 Cézanne, Paul, 151
 Chacón, Antonio, 111, 588
 Chamisso, Adelbert von, 83
 Chaplin, Charles (Charlot), 275, 510
 Chávez, Ignacio, 217
 Chelito, la, 635
 Chesterton, Gilbert Keith, 107
 Chinchilla, familia, 655
 Chinchín (*véase* Larios Heredia, Ricardo)
 Chirico, Giorgio de, 525
 Chopin, Frédéric, 110
 Chumacero, Alf, 432, 433, 434, 440
 Churchill, Winston, 592
 Cid Campeador, el (Rodrigo Díaz de Vivar), 159, 258, 370, 388
 Clarín, Leopoldo Alas, 355, 566, 573
 Clausell, Joaquín, 411
 Climent, Enrique, 148, 156
 Cobeña, Carmen, 358
 Cocteau, Jean, 135, 136
 Cohen, Hermann, 94
 Colón, Cristóbal, 159, 165
 Corró de Bresca, Luis, 54, 626
 Corró y Ferrer, Luisa, 47, 48, 626, 627

- Cortés, Hernán, 431
- Cosío Villegas, Daniel, 220, 226,
402, 404, 411-414, 428, 440, 442,
444, 629
- Cosío Villegas, Emma de, 413, 414,
444
- Cossío, José M., 495
- Cossío, Manuel Bartolomé, 106,
132, 189, 223, 264, 266, 319,
412, 496, 557, 559, 571, 579,
591, 671
- Cossío, Pancho, 148
- Cossío de Jiménez, Natalia, 271,
281
- Costa, Joaquín, 253, 484
- Crevel, René, 489
- Cristóbal, san, 346
- Crooke, familia, 369
- Cruz, san Juan de la, 77, 437n,
604, 624
- Cruz Marín, Antonio, 100, 107
- Cruz y Raya*, 136, 311
- Cuadernos Americanos*, 387n, 423,
438, 439, 530, 530n
- Cuadernos Literarios*, 431
- Cuesta, Jorge, 422
- Culturas*, 271n
- Custodio, Álvaro, 562
- Custodio, familia, 562
- Custodio, Isabel, 562
- Dalí, Salvador, 109, 112, 112n, 113,
116, 119, 125, 129, 139n, 148,
280, 331-333, 486, 487, 489
Un perro andaluz, 113
- Dante, Alighieri,
Commedia, 97
- Danvila, Alfonso, 163
- Darío, Rubén, 82, 95, 170, 331,
496, 500, 510, 511, 532, 542,
585, 586, 672
- Darío Sánchez, Rubén, 585
- Darwin, Charles, 100
- Debussy, Claude, 110, 526
- Derain, André, 525
- Diáguilev, Sergei de, 525, 526
- Diario 16*, 271n
- Díaz Lombardo, Isidro, 644
- Díaz de Mendoza, 358
- Dicenta, Joaquín, 358
- Diego, Gerardo, 117, 135, 139, 141,
437, 495, 496, 629
- Dieste, Rafael, 201
- Díez-Canedo, Enrique, 86, 87, 151,
167, 256, 294, 408, 408n, 409,
442, 484, 484, 534, 575, 577,
620
- Díez-Canedo, Joaquín, 440, 441,
442, 575
- Díez-Canedo, Teresa de, 576
- Dolci, Carlo, 340
Madonna, 340
- Domínguez, Josefina de, 653
- Domínguez, Martín, 119, 653, 654
- Domínguez Bordona, Jesús, 98
- Dostoievski, Fiódor, 120
- Dühamel, Georges, 401, 452
- Dumas, Alexandre, 37
- Duncan, Isadora, 79
- Durero, Alberto, 353
- Éboli, condesa de, 159
- Echegaray, José, 358
El gran Galeoto, 360
En el seno de la muerte, 360
- Echevarría, Juan de, 131, 151, 542,
542n, 613
- Einstein, Albert, 108, 209, 325
- El Avisador Malagueño*, 521
- El Debate*, 183, 523
- El Hijo Pródigo*, 423, 449
- El Imparcial*, 83, 253, 381
- El Mundo*, 253
- El Nacional*, 19, 28, 215, 263n,
327n, 362n, 364n, 367n, 369n,
371n, 373n, 376n, 378n, 380n,
382n, 385n, 387n, 389n, 391n,
393n, 395n, 396n, 479n, 485n,

- 490n, 493n, 495n, 497n, 499n,
502n, 505n, 508n, 513n, 532n,
534n, 536n, 538n, 541n, 544n,
547n, 549n, 552n, 554n, 557n,
560n, 562n, 568n, 570n, 573n,
575n, 578n, 580n, 587n, 589n,
591n, 594n, 597n, 600n, 602n,
604n, 606n, 609n, 612n, 615n,
618n, 620n, 623n, 626n, 629n,
631n, 633n, 636n
El poema del Cid, 136
El Popular, 215, 536n
El Sol, 93, 102, 120, 121, 125, 131,
135, 168, 267n, 406, 515n, 536,
536n
Éluard, Paul, 112
Encina, Juan de la, 149, 197
Erasmus de Rotterdam, 132
Ernst, Max, 135
España, 87, 93, 97, 118, 339, 406,
407, 542, 542n, 597n, 612, 674n
Espresate, Tomás, 555
Espronceda, José de, 38, 327, 388,
529, 529n, 530
Establier, Ángel, 320
Estrada, Genaro, 138, 149, 149n,
210, 211, 213-220, 222, 223, 226,
227, 282, 333, 402-404, 412,
413, 416-419, 430, 430n, 447,
474, 476, 478, 479, 479n, 480,
480n, 481, 482, 527, 538, 542,
554, 555
Obras. Poesía / Narrativa /
Crítica, 479n
Estrada, Paloma, 219, 342, 385,
403, 481, 588, 643
Evans, Joan Cann, 468
Expedito, san, 344

Falk de Mitjana, Hilda, 525
Falla, Manuel de, 70, 107, 109, 110,
132, 525, 583
Nocturno del Generalife, 70
Felipe II, 158, 159, 674
Felipe IV, 158
Felipe V, 158
Felipe, León, 107, 144, 202, 422,
432, 433, 433n, 434, 444, 447,
499, 499n, 500, 501, 504, 511,
549, 549n, 550, 550n, 551, 574,
587, 629
Antología rota, 499
Fenosa, Apeles, 140
Fernández, María Antonia, 147
Fernández Alvarado, 340
Fernández de Avellaneda, Alonso,
455
Fernández Balbuena, Félix, 598
Fernández Balbuena, Gustavo, 598
Fernández Balbuena, Roberto, 598
Fernández de Castro, José Antonio,
653
Fernández Figueroa, Juan, 585
Fernández Montesinos, José, 171, 173
Die moderne spanische
Dichtung, 173
Fernández Moreno, César, 162, 165
Fernando VII, 607
Ferrándiz y Bádenes, Bernardo,
356, 518
Ferrer, Catalina, 626
Figari, Pedro, 408
Fiscowich, Alfonso, 163
Fitt, 122
Flammarion, Camille, 100
Flaubert, Gustave, 76, 497, 498, 499n
Florence, 120, 120n, 121-130, 134,
142, 144, 145, 161, 171, 180, 181,
208, 210, 211, 216, 271, 271n,
279, 281, 556
Flores, Pedro, 148
Flórez, Antonio, 257
Floriano, Antonio, 98
Fontanals, Manuel, 117
Fornarina, la, 87, 635
Fortún, Fernando, 534
Fortuny, Mariano, 340
Fournier, Raoul, 217

- Fraile, 621
 France, Anatole, 76, 378
 L'Histoire contemporaine, 76
 Franchetti, Alberto
 La figlia di Iorio, 358
 Francisco, san, 235
 Franco, Francisco, 100, 158, 368, 654
 Fraud, Enriqueta, 355, 356
 Freud, Sigmund, 112, 154, 280, 331, 393
 Freuller, 218
 Frobenius, Leo, 107
 Fry, Christopher, 549, 549n, 550, 550n
 Que no quemem a la dama, 550n
 Fuente, Sindulfo de la, 440, 442
 Fuentes, 372

 Galán, Fermín, 293, 294, 298, 306
 Galán Caballero, Carolina, 245n
 Galarza, Ángel, 601
 Galdós (*véase* Pérez Galdós, Benito)
 Gamboa, Berta, 501, 511, 587
 Gandhi, Mahatma, 164
 Ganivet, Ángel, 355, 630, 671
 Cartas finlandesas, 355
 Gaos, Alejandro, 502, 502n, 503, 503n, 504, 505
 Vientos de la angustia, 503, 503n
 Gaos, Carlos, 502, 502n, 503-505
 Gaos, José, 132, 207, 404, 502, 502n, 503-505
 Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo, 502, 502n
 Gaos, Vicente, 502, 502n, 503, 503n, 504, 505, 505n, 506
 Antología de la poesía española contemporánea (ed.), 503n
 Arcángel de mi noche. Sonetos apasionados, 505
 García Bilbao, Luis, 93
 García Calderón, Ventura, 408
 García y García, José (*Pepín*), 189, 294, 298, 306
 García Lorca, Federico, 70, 108, 109, 111, 113, 116, 132, 133, 144, 170, 202, 280, 331, 437, 447, 479, 483, 483n, 484-486, 489, 535, 553, 583, 583n, 584, 588, 600, 624, 653
 Mariana Pineda, 117
 García Mercadal, Fernando, 150
 García Monge, Joaquín, 96
 García Morente, Manuel, 100, 118, 252, 266, 356, 360
 García-Pelayo, Manuel, 188, 294
 García Sanchiz, Federico, 76
 García Solalinde, Antonio, 85, 88, 102, 209, 323, 407, 408n, 466, 489
 Garfias, Pedro, 444, 456, 459, 486
 Garrastacho, 516
 Garro, Elena, 433, 433n
 Gattermann, Ludwig, 249
 Die Praxis des organischen Chemikers, 249
 Gauguin, Paul, 151
 Gaya, Ramón, 148, 156, 201
 Gaztelu, Ángel, 59n
 George, Stefan, 263
 Geraldini, hermanos, 358
Gibraltar, 93, 93n, 264n, 490n
 Gil-Albert, Juan, 201
 Gil Robles, José María, 169, 183
 Gilman, Stephen, 454, 455
 Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación, 455
 Gilman Guillén, Antón, 455
 Gilman Guillén, Isabel, 455
 Giménez Caballero, Ernesto, 132, 135, 136, 150
 Trabalenguas sobre España, 136
 Giner de los Ríos, Bernardo, 121, 451
 Giner de los Ríos, Francisco, 84, 98, 251, 252-254, 264, 406, 451, 518, 557, 590, 610, 671

- Giner de los Ríos, Hermenegildo, 451
 Giner de los Ríos Morales,
 Francisco (*Paco*), 437n, 440,
 448, 450, 451
 Giotto, 154
 Goethe, Johann Wolfgang von, 72,
 75, 226, 262, 263, 274, 674
 Gogh, Vincent van, 368
 Gómez, Máximo, 370
 Gómez Carrillo, Enrique, 417
 Gómez Mena, María Luisa, 444,
 455, 604, 605, 653-655
 Gómez Mena, Olga, 654, 655
 Gómez-Moreno, Manuel, 85, 98,
 99, 406, 407, 493, 494, 591,
 610, 636, 637
 Gómez de la Serna, Ramón, 107,
 135, 136, 153, 167, 353, 408n,
 422, 485n, 486, 541, 553, 571,
 573, 574, 591, 624, 625, 629
 Greguerías, 541
 Góngora, Luis de, 134, 141, 142, 394
 González, Ernestina, 488
 González, María Luisa, 487, 488
 González Amezúa, 554
 González Garaño, Alfredo, 166
 González Guzmán, Ignacio, 217
 González Martínez, Enrique, 417,
 529, 529n
 González de la Serna, Ismael, 148
 Gonzálvez, Abundio, 354
 Gordón Ordás, Félix, 215
 Gorostiza, Celestino, 422
 Goya, Francisco de, 144, 149, 158,
 159, 196, 333, 436, 436n, 538,
 597
 El Tribunal de la Inquisición, 149
 Gracián, Baltasar, 38, 136
 Greco, el, 116, 120, 151, 189, 196,
 219, 333, 437, 486
 El caballero de la mano en el
 pecho, 167
 El entierro del conde de Orgaz,
 219
 Gris, Juan, 148, 517, 525
 Guerra (*véase* Hernández Guerra,
 José Domingo)
 Guerrero, 39
 Guerrero, María, 358, 360
 Guerrita, 372
 Guillén, Jorge, 133, 136, 144, 213,
 442, 444, 447, 455, 463, 534,
 534n, 535, 580, 585, 624, 629
 Guillén, Teresa, 455
 Guimerà, Àngel, 358
 Güiraldes, Ricardo, 166
 Don Segundo Sombra, 165
 Gutiérrez Solana, José, 152, 153,
 197, 201, 311, 408n
 Gutiérrez Solana, Manuel, 201
 Hanfstaengel, Bubi, 75
 Hauptmann, Gerhart, 76
 Haussmann, Óscar (*Oscarito*), 71,
 72
 Hay, 642, 644
 Heine, Heinrich, 38, 76, 263
 Henestrosa, Andrés, 425, 426, 428
 Retrato de mi madre, 425
 Henríquez Ureña, Pedro, 95, 96,
 408, 672
Heraldo de Madrid, 672
 Heredia, familia, 389, 391
 Heredia, M. A., 669
 Hernández, Gregorio, 101
 Hernández, Jesús, 330
 Hernández, Miguel, 483, 483n
 Hernández Catá, Sara, 653
 Hernández Guerra, José Domingo,
 106, 107
 Herrera, Juan de, 486
 Herrera Oria, Àngel, 523
 Herrero, 555
 Hinojosa, Eduardo de, 102, 406
 Hinojosa, José María, 139, 139n,
 140, 406, 432, 487, 489, 562,
 563, 563n
 La flor de California, 564

- Hita, Arcipreste de (Juan Ruiz), 144
 Hitler, Adolf, 75, 150, 470
 Hobbema, Meindert, 262
 Hofmannstahl, Hugo von, 76, 77
 Der Abenteurer und die Sngerin, 76
 Holmberg, 76
Hora de España, 201, 311, 328, 329
 Hostos, Marta M., 642
Hoy, 480, 536n
 Huelin, 516
 Huergo Cardoso, Humberto, 337n
 Huerta, Efraín, 444, 445, 446
 Huidobro, Vicente, 139
 Huizinga, Johan, 486
 Homo ludens, 486
 Huntington, Archer Milton, 151
 Hurtado de Mendoza, Diego, 493
- Icaza, Francisco de, 102, 407
 Iglesias, Ramón, 541
 maz, Eugenio, 435, 437, 438, 440, 620
 Imperio, Pastora, 527, 633, 635, 671
ndice, 674n
Información, 655, 656
Informaciones, 602
Ínsula, 552, 553
 Isabel II, 606
- Jacinta «la pelirroja» (*véase* Florence)
 Jacob, Max, 107
 Jaeger, 74, 75
 Jammes, Francis, 213
 Jesús, santa Teresa de, 38, 87, 132, 171, 253, 339, 545, 672
 Jiménez, Juan Ramón, 90, 92, 93, 95, 99, 132, 135, 141, 142, 213, 214, 253-255, 331, 412, 447, 492, 496, 541, 557, 571, 574, 580-582, 591, 600, 610, 624, 629, 671, 674
- Diario poético*, 141
Laberinto, 255
 Jiménez Fraud, Alberto, 83, 103-105, 105n, 106, 107, 120, 186, 252, 253, 257n, 263, 264, 265, 266, 281, 355, 412, 490n, 518, 552, 553, 559
Historia de la universidad española, 257n
Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna, 257n, 263n
 Jiménez Fraud, familia, 355
 Jiménez Fraud, Gustavo, 355, 356, 490n
 Johnson, Erik, 404
 Jorro, Daniel, 83
 Jovellanos, Gaspar Melchor, 115, 116
 Juan José, 416, 416n
 Juanes, Juan de, 45
 Justo, Agustín Pedro, 76
- Kayam, Omar, 75, 275
 Keyserling, Hermann, 107
 Kneis, 73, 75
 Kneis, Berthold, 74
 Kneis, Ernst, 74
 Kneis, Matilde (*Thilde*), 74
 Kneis, Thilde, 74
 Kohlbe, 76
- L'Art d'Aujourd'hui*, 154
La Gaceta Literaria, 135, 431
La Lectura, 408, 575
La Nación, 166
La pintura vasca, 1909-1919. Antología, 151
La Unión Mercantil, 59n, 245n, 384
La Voz, 88
 Lacasa, Luis, 207
 Lagartijo, 371
 Largo Caballero, Francisco, 183

- Larios Heredia, Ricardo
(Chinchín), 347, 348, 349, 368
- Larrea, Juan, 423, 439, 629
- Larreta, Enrique (*véase* Rodríguez Larreta, Enrique)
- Las Españas*, 414n
- Lázaro, Ángel, 653, 654
- Lázaro Galdiano, José, 497, 498
- Lazo, Agustín, 423
- Le Corbusier, 107, 163
- Leal, 604
- Lee, Annabel, 510, 510n, 511, 512
- Lehár, Franz, 77
Viuda alegre, 77
- León, fray Luis de, 509, 567, 615
- León, Ricardo, 88, 518, 672
- Leone, Pascual, 203
- Leopardi, Giacomo, 76, 672
- Lerroux, Alejandro, 169, 183, 187, 595, 598
- Letras de México*, 71n, 216, 424, 432, 449, 475n
- Lezama Lima, José, 59n
- Lezcano, Francisco, 158
- Lida, Raimundo, 464, 465, 466, 468
- Litoral*, 137, 460, 462, 463, 483n, 484n
- Livio, Tito, 346
- Lizcano, 299
- Llobet, 166
- Llorca, Ángel, 106, 188, 197, 282, 291, 292, 294, 297, 298, 307, 308
- Lola*, 139, 141
- Lope de Vega, Félix, 90, 132, 144, 159, 196, 486, 571
- López Alarcón, Enrique, 517
- López Júlbez, Encarnación, 107, 110, 527, 635, 671
- López Mezquita, José María, 197
- Lorens, 541
- Los Lunes de El Imparcial*, 83
- Lucano, 553
- Lugones, Leopoldo, 166
- Luque, Francisco, 257
- Luzuriaga, Lorenzo, 576
- Maceo, Antonio, 370
- Machado, Antonio, 95, 97, 117, 135, 170, 197, 199, 201, 202, 253, 255, 256, 280, 330, 331, 447, 483, 483n, 574, 591, 610, 624, 636, 637, 656, 671
- Machado, Manuel, 107, 132, 170, 256, 436n, 491, 529, 529n, 610, 656
Alma, 492n, 529
- Machquito, 373
- Macho, Victorio, 197, 200, 202, 433, 501
- Macorra, familia, 599
- Madinaveitia, Carmen, 602
- Madrid*, 201, 311, 324n, 328, 329
- Maeztu, Ramiro de, 630, 635
- Mairena, Juan de, 132
- Maisky, Ivan, 203
- Malgesto, Paco, 590
- Mallea, Eduardo, 162, 163, 166
- Mallo, Maruja, 148
- Mami, Dalí, 112n
- Mantecón, José Ignacio, 444
- Mañach, Jorge, 655
- Mañana*, 654
- Maragall, Juan, 96
- Marañón, Gregorio, 152, 213
- Marcelino, 197
- Marcial, 553
- Margallo, 369
- María Cristina (reina), 70, 524
- Marichalar, Antonio, 136
- Marín, Carmen, 449
- Marín, Elisio, 519
- Mario, 358
- Márquez, Manuel, 197, 202
- Marquina, Eduardo, 510
- Marquina, Rafael, 655, 656
- Martín de Porres, fray, 417

- Martínez, César, 351
 Martínez, José Luis, 426, 430
 Martínez Ostos, Raúl, 420
 Martínez del Río, Amelia, 218
 Martínez del Río, Amelita, 218
 Martínez del Río, Chela, 218
 Martínez del Río, familia, 217
 Martínez Sierra, Gregorio, 88, 89, 117, 132, 672
 Martínez de la Vega, Joaquín, 518
 Martos, Antonio, 350
 Masip, Paulino, 444, 536
 Matisse, Henri, 525
 Maura, Antonio, 132, 159, 537
 Maura, Miguel, 186
 Maura y Gamazo, Gabriel (conde de la Mortera), 117
 Mauthner, Fritz, 83
 Crítica del lenguaje, 83
 Mazantini, 372
 Meana, 599
 Mejía, Antonio, 552
 Meller, Raquel, 417
 Mena, Anselmo, 220
 Mena, Pedro de, 101, 523
 Méndez, Concha, 137
 Méndez, Rafael, 206
 Méndez Calzada, Enrique, 162
 Menelic, 361
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 98
 Menéndez Pidal, Luis, 117
 Menéndez Pidal, Ramón, 99, 102, 117, 131, 214, 266, 292, 406, 407, 412, 466, 468, 495, 541, 591
 La España del Cid, 131
 Mercé, Antonia (*la Argentina*), 111, 527, 633, 633n, 634, 635, 671
 Mesa, Enrique de, 86, 87, 149, 253
 Mesensec, 203n
 Mesonero Romanos, Ramón, 541
México en la Cultura, 337n, 341n, 345n, 351n, 356n, 401n, 406n, 411n, 415n, 420n, 424n, 432n, 439n, 444n, 448n, 452n, 457n, 460n, 465n, 468n, 510n, 565n, 580n, 583n
 Miaja, José, 293
 Migoya, 599
 Miguel Ángel, 241, 262, 496
 Millares, Agustín, 456, 457, 458
 Miranda, Francisco de P., 217
 Miranda, hermanos, 643
 Miranda, Sebastián, 633
 Miró, Gabriel, 117, 553
 Miró, Joan, 148
 Mistral, Gabriela, 169, 414, 414n, 424
 Mitjana, Rafael, 525
 Moctezuma, 465
 Moisés, Julio, 148, 148n
 Mola, general, 302
 Mombert, Alfred, 263
 Montenegro, Roberto, 214
 Monterde, Francisco, 464, 465
 Montes de Oca, Luis, 214, 215, 226, 404, 412, 413
 Montesinos (*véase* Fernández Montesinos, José)
 Morales, Luis de (*El divino Morales*), 120, 153
 Moreno, Manuel, 656
 Moreno Carbonero, José, 518
 Morente (*véase* García Morente, Manuel)
 Moret, Segismundo, 347, 601
 Moreto, Agustín
 El desdén con el desdén, 358
 Morgan, 498
 Morgentau, 404
 Moro, Antonio, 158
 Mozart, Wolfgang Amadeus, 110
 Mozley, Charles, 552
 Munthe, Axel,
 La historia de San Michele, 167
 Muñoz Degrain, Antonio, 518
 Murillo, Bartolomé Esteban, 45, 340

- Nadie Parecía. Cuaderno de lo Bello con Dios*, 59n
- Naval, 555
- Navarro Tomás, Tomás, 102, 132, 187, 197, 202, 203, 205, 407, 466
- Negrín, Juan, 106, 107, 118, 204, 205, 208, 404, 457, 621
- Neruda, Pablo, 137, 331, 447
- Nervo, Amado, 213
- Nieto, 560
- Nieto, Anselmo Miguel, 153, 154
- Nieto, Consuelo, 24, 138, 220-222, 229, 283n, 401n, 480-482, 642, 643
- Nietzsche, Friedrich, 319, 674
Ecce homo, 319
- Nijinsky, Vaslav, 525, 526
- Niña de los Peines, la, 671
- Nithard, Juan Everardo, 159
- Novalis, 76
- Novedades*, 337n, 341n, 345n, 351n, 356n, 401n, 406n, 411n, 415n, 420n, 424n, 432n, 439n, 444n, 448n, 452n, 457n, 460n, 465n, 468n, 510n, 525n, 529n, 565n, 580n, 583n
- Novoa, Lucha, 645
- Nueva Revista de Filología Hispánica*, 455, 468
- Núñez de Arce, Gaspar, 37, 38, 532, 574
- Obregón, 555
- Obregón Santacilia, Carlos, 422
- Ocampo, Victoria, 162, 163, 469
- Ocón, Eduardo, 518
- Olivares, Armando, 604
- Olivares, conde-duque, 159
- Onís, Federico de, 83, 102, 107, 124-126, 209, 264, 272, 325, 424, 466, 588, 601
- Orfé, Odilio, 656
- Orfila Reynal, Arnaldo, 442, 461, 463
- Ors, Eugenio d' (*Xenius*), 94, 96, 107, 132, 253, 256, 402, 553, 591, 601, 671
Glosas, 95
- Ortega, Antonio, 656
- Ortega, Manuel, 369
- Ortega y Gasset, Eduardo, 655
- Ortega y Gasset, José, 73, 77, 83, 85, 87, 93, 94, 98, 104, 105, 115, 118, 131, 135, 136, 141, 142, 152, 154, 170-172, 174, 181, 186, 187, 223, 252-255, 264, 266-268, 280, 319, 339, 339n, 406, 518, 533, 571, 591, 601, 602, 612, 613, 624, 625, 630, 673, 674
Misión de la universidad, 266
- Ortega y Gasset, Rosa Spottorno de, 254
- Ortega Munilla, José, 655
- Ortega Spottorno, Soledad, 254
- Ortiz, 351
- Ortiz, Fernando, 653-656
El huracán, 654
- Ortiz de Montellano, Bernardo, 422
- Orueta, Domingo de, 115, 598
- Orueta, familia de, 598
- Orueta, Manolo de, 598
- Orueta, Ricardo de, 85, 98, 100, 101, 106, 115, 116, 250, 252, 291, 490n, 518, 598, 601
- Ostwald, Wilhelm, 249, 249n
Electroquímica, su historia y doctrina, 249n
Lehrbuch der allgemeinen Chemie, 249n
Líneas fundamentales de la química inorgánica, 249n
Los fundamentos científicos de la química analítica, 249n
- Oyarzábal de Palencia, Ysabel, 466
- Palabras del* 27, 513n
- Palacio Valdés, Armando, 573, 597
- Palanca, 391

- Palencia, Benjamín, 148, 156
 Palencia, Ceferino, 320, 464, 466, 467
 Palencia Oyarzábal, 320
 Palencia Tubau, Ceferino, 360
 Paniega, marqués de la, 218, 368, 389
 Paniega, marquesa de la, 368, 389
 Panofsky, 322, 325
 Paradox, Silvestre, 101
 Pardo Bazán, Emilia, 102, 573
 Pascua, Marcelino, 106, 107
 Pascual, 444
 Pastora, la (*véase* Imperio, Pastora)
 Patinir, Joachim, 241
 Pavlova, Anna, 525
 Paz, Octavio, 422, 432, 433, 433n, 435
 Peinado, Joaquín, 140
 Pelayo, 46
 Pellegrini, Carlos Enrique, 166
 Pellicer, Carlos, 432, 434, 436
 Pena, el, 578, 588
 Pereda, José María de, 573
 Pérez, Antonio, 159
 Pérez, Silverio, 587
 Pérez de Ayala, Juan, 134n, 250n, 446n, 513n
 José Moreno Villa, 1887-1955
 (ed.), 446n
 Pérez de Ayala, Ramón, 86, 87, 173, 256, 541, 553, 574, 591, 597
 Pérez Galdós, Benito, 38, 339, 358, 457, 552, 553, 573, 591
 La de Bringas, 552
 Pérez Sarmiento, Diego, 67
 Perrín, Tomás G., 217
 Pertusato, Nicolás, 158
 Picasso, familia, 390
 Picasso, Pablo, 112, 114, 135, 140, 148-150, 154, 163, 331, 332, 390, 517, 525, 624
 Picón, Jacinto Octavio, 88, 672
 Pino, Rosario, 358, 360, 361, 518
 Pinto, Mercedes, 594
 Él, 594
 Piñole, Nicanor, 115, 597, 598
 Pittaluga Fattorini, Gustavo, 118
 Pittaluga González del Castillo, Gustavo, 426, 428, 444, 571, 653
 Poe, Edgar Allan, 76, 510, 510n, 511, 512
 Ponce, Manuel, 432, 435
 Porrúa, hermanos, 554, 555
 Porrúa, José, 554, 555
 Porrúa, Manuel, 554, 555
 Porrúa, Pepe, 554, 555
 Porrúa, Rafael, 554, 555
 Poulenc, Francis, 525
 Prados, Micaela Rubio de, 199
 Prados Such, Emilio, 109, 116, 133, 136, 137, 201, 331, 460, 461, 462, 517
 Jardín cerrado, 463
 Tiempo, 462
 Prados Such, Miguel, 119, 197-199, 310
 Prendes, familia, 555, 599
 Prewich, Raúl, 404
 Prieto, familia, 599
 Prieto, Indalecio, 186, 621
 Prieto, Miguel, 156, 440, 441, 442, 443
 Prieto, Ramón, 187
 Primo de Rivera, Fernando, 86
 Primo de Rivera, Miguel, 85
 Proust, Marcel, 535, 603, 603n
 Pruna, Pere, 148
 Puche, José, 205
 Quental, Antero de, 506
 Quevedo, Francisco de, 486, 571
 Quinteros (*véase* Álvarez Quintero, hermanos)
 Quintiliano, 553
 Rafael «el Gallo», 372
 Ramón y Cajal, Santiago, 132, 266, 406, 541, 571

- Ramos, Enrique R., 100, 252
 Ramos, Pepa, 365
 Ramos, Samuel, 426, 430, 542n
 Ravel, Maurice, 110
 Regoyos, Darío de, 152
 Reinach, Salomón, 49
Repertorio estatuario, 48
 Rejano, Juan, 444, 445, 446, 447
 Renau, José, 153, 201
 Renault, A., 363n
 Renner, Hugo A., 90
Lope de Vega, 90
 Renoir, Pierre-Auguste, 151
Repertorio Americano, 457n
Residencia, 106, 166, 257n, 431, 580, 580n
 Reverte, 371, 372
Revista de Filología, 465
Revista de Filología Hispánica, 468
Revista de Guatemala, 542n
Revista de Occidente, 93, 112, 118, 136, 311
Revista Mexicana de Cultura, 513n
 Revueltas, José, 456, 458
 Rey Pastor, Julio, 102, 406
 Reyes, Alfonso, 85, 88, 96, 102, 121, 134n, 161, 167, 226, 402, 404, 406, 407, 407n, 408n, 409, 410, 414, 415, 418, 419, 426, 429, 468, 495, 559, 577, 629, 672
Calendario, 408n
Las vísperas de España, 408n
Obras completas, 408n
Pasado inmediato, 88
 Reyes, Arturo, 516
Del bulto a la coracha, 516
 Reyes, Manuela Mota de, 408, 410
 Reyes Católicos, 486, 609
 Reyes Mota, Alfonso (*Alfonsito*), 408
 Ribera, Julián, 102
 Rilke, Rainer Maria, 77
 Rinaldini, 162
 Rinaldini, Nieves Gonnet de, 162, 163
 Rincón Gallardo, 646
 Río, Ángel del, 109, 325
 Río Horta, Pío del, 108, 132, 197, 266, 298, 311, 406
 Ríos, Fernando de los, 17, 208-210, 223, 307, 480n, 518
 Ríos, Laura de los, 211
 Riparographos, 148, 153
 Riva Palacio, Vicente, 408n
Los Ceros, por Cero, 408n
 Rivas, duque de, 38
Don Álvaro, o la fuerza del sino, 360
 Rivas Cherif, Cipriano, 534
 Rivera, Diego, 412
 Roa, Raúl, 653, 655
 Robredo, familia, 599
 Robredo, Pedro, 214, 554
 Roces, Wenceslao, 205, 324, 324n, 330, 601
 Rockefeller, Nelson, 296, 404
 Rodríguez Hernández, Julio Antonio, 149
 Rodríguez Larreta, Enrique, 166, 416
 Rodríguez Luna, Antonio, 148, 156
 Rodríguez Orgaz, Mariano, 621
 Rodríguez Spiteri, Carlos, 623, 623n
Málaga, 623n
 Rojas, Titina, 653, 654
 Rojo, Gustavo, 446n
Romance, 443
Romancero de la guerra civil española, 197
 Romero Calvet, Rafael, 106, 352, 353
 Romero Robledo, Francisco, 159, 517, 518
 Romero de Torres, Julio, 153
 Roosevelt, Franklin Delano, 208, 557

- Rostand, Edmond,
 Cyrano de Bergerac, 358
 Rubens, Pieter Paul, 241
 Rubio Sacristán, José Antonio, 119
 Rucar, Jeanne (Juana), 444, 562
 Rudolphi, 45
 Rueda, Lope de, 327, 382n
 Teatro, 382n
 Rueda, Salvador, 518, 624
 Ruiz, Diego, 654, 655
 Ruiz de Alarcón, Juan, 544
 Ruiz-Castillo, José, 160
 Ruiz-Funes, Mariano, 621
 Ruiz Senén, Valentín, 136

 Sabio, Fernando, 296
 Saboya, Amadeo de, 350
 Sacchetti, Juan Bautista, 160
 Sacristán, José Miguel, 105, 118,
 197, 200, 201
 Sade, marqués de, 184, 185
 Salas Viu, Manuel, 210, 323, 325
 Salazar, Adolfo, 448, 449, 450,
 Salazar Chapela, José, 606, 606n
 Salinas, Pedro, 133, 136, 213, 534,
 534n, 535, 580, 629
 Salmerón, Nicolás, 253
 San Martín, José de, 98
 Sánchez, Francisca, 583, 583n,
 585, 586
 Sánchez, Roberto, 373
 Sánchez Arcas, Manuel, 86, 197
 Sánchez Barbudo, Antonio, 201
 Sánchez Cantón, Francisco J., 98,
 101, 493, 495, 497, 498
 Sánchez Mazas, Rafael, 345
 Sánchez Ventura, Rafael, 604
 Sancho IV, 493
 Santillana, marqués de, 87
 Santullano (*véase* Álvarez
 Santullano, Luis)
 Sarasate, Pablo de, 79
 Sardou, Victorien, 358
 Scarlatti, Domenico, 159

 Schiller, Friedrich, 76, 274
 Schlegel, Friedrich, 89, 327
 Lucinda, 89, 327
 Schneider, Luis Mario, 479n
 Schubert, Franz, 110, 356
 Schwarz, Berthold, 79
 Segura, 183,
 Sellés, Eugenio, 358
 Séneca, 553, 672
 Serna, La (*véase* González de la
 Serna, Ismael)
 Shakespeare, William
 Hamlet, 358, 359
 Otelo, 358, 359
 Shaw, Bernard, 620
 Shelley, Percy Bisshe, 674
 Silva Herzog, Jesús, 439, 441
 Simarro, Luis, 581
 Simenon, Georges, 320
 Simonet, Enrique, 518
 Simons, 167
 Solalinde, Antonio (*véase* García
 Solalinde, Antonio)
 Solana (*véase* Gutiérrez Solana,
 José)
 Solana, Francisco, 85
 Solanas (*véase* Gutiérrez Solana,
 José, y Gutiérrez Solana,
 Manuel)
 Somoza, Julio, 116, 597
 Sorolla, Joaquín, 150, 580, 580n, 581
 Souto, Arturo, 148, 156, 444, 445,
 446
 Souto, Carmen de, 444
 St. Pierre, Bernardin,
 Pablo y Virginia, 55
 Stendhal, 76, 647
 Lamiel, 647
 Steuer, Otto, 75, 274, 275
 Strauss, Richard, 77
 Stravinsky, Igor, 404, 525, 526
 Suárez, Eduardo, 211
 Suárez, Paulino, 106, 207, 291,
 297, 320, 653, 656

Suárez Argüello, Roberto, 401n

Tableros, 459

Tagore, Rabindranath

Jitanjali, 254

Tallaví, José, 358, 361, 518

Taller, 33n

Tamayo y Baus, Manuel

Un drama nuevo, 361

Tata Nacho (Ignacio Fernández

Esperón), 408

Tejón, familia, 389

Tenreiro, Ramón, 541

Thuiller, Emilio, 358, 361, 518

Tierra Nueva, 430

Times Literary Supplement, 552

Tolstói, León, 76

Tormo, Elías, 98, 101, 406

Torre, Guillermo de, 150, 547,

547n, 548, 548n, 570, 570n

Problemática de la literatura,

547, 548n

Torres, Manuel (*Manolo*), 70, 523

Torres Balbás, Leopoldo, 98

Torres Bodet, Jaime, 426, 429

Torrijos, José María de, 365, 606,
607

Tórtola Valencia, Carmen, 635

Toussaint, Manuel, 217, 494, 554,
641

Trend, John Brande, 404, 552, 553

Troyano, 381

Truman, Harry S., 557

Tubau, María, 358, 360

Tutankamon, 108, 494

Ugarte, Eduardo, 444, 445, 446,
446n, 488

Doña Clarines, 446, 446n

Uhland, Ludwig, 76

Unamuno, Miguel de, 89, 93, 93n,
94, 98, 107, 111, 124, 135, 136,
142, 144, 170, 183, 244, 245, 252,
253, 264, 264n, 331, 339, 375,

430, 433, 447, 484, 490n, 497,
498, 500, 501, 506, 529, 565,
565n, 566, 567, 567, 574, 591,
630, 635, 653, 671, 673, 674
*Conferencias dadas en Málaga
por D. Miguel de Unamuno en
los días 21, 22 y 23 de agosto de
1906*, 264n

Unik, Pierre, 489

Uranga, Emilio, 448, 450

Urbina, Luis G., 213, 407, 417

Urgoiti, Luis María de, 406

Urueta, Margarita, 214, 403

Usigli, Rodolfo, 453, 454, 454

Corona de sombra, 453

El niño y la niebla, 453

Ensayo de un crimen, 453

Uzelai, José María, 149

Valadés, José C., 220

Valdés, Juan de, 327, 339

Valencia, Tita, 560, 560n, 561

Valencia de Don Juan, condesa, 46

Valera, Juan, 519

Valéry, Paul, 107, 280, 424

Valle, Evaristo, 597

Valle Arizpe, Artemio de, 415, 416,
418

Valle-Inclán, Ramón María del, 88,
107, 132, 142, 153, 170, 256, 415,
541, 542-544, 544n, 545, 546,
591, 635

El ruedo ibérico, 545

Sonata de estío, 544

Tirano Banderas, 541, 543, 544

Vances, Pedro, 355, 490, 490n,
491, 492

Varela Radío, Manuel, 219

Vasconcelos, José, 541

Vázquez Díaz, Daniel, 153, 154

Vela, Fernando, 118

Velázquez, Diego, 120, 144, 158,
195, 196, 241, 327, 333, 574
El niño de Vallecas, 158

- Velázquez, Isidro, 160
 Velo, Carlos, 621
 Velo, Marilín de, 621
Verdad. Diario de Unificación de los Partidos Comunista y Socialista, 202n
 Verlaine, Paul, 76, 532, 674
 Vermeer de Delft, Johannes, 241, 262
 Verne, Julio, 37
 Vicens, Juan, 487
 Vicente, Eduardo, 148
 Vicente, Esteban, 148
 Vidal, Fabián, 621
 Villa, Pancho, 150
 Villa y Choza, Antonio, 47, 48, 81, 218, 378
 Villaseñor, Eduardo, 214, 217, 220, 226, 402, 405, 414, 643, 649, 652
 Villaseñor, Laura de, 405
 Villaseñor, Lorenzo, 402
 Villaseñor, Marta, 643
 Villaurrutia, Xavier, 217, 420, 421, 422, 423, 429
 Villena, marquesa de, 580
 Villon, François, 452
 Vinci, Leonardo da, 153

 Wagner, Richard, 77
 Weber, Carl Maria von, 526
 Weill, 325, 370
 Weiller, 370
 Weismann, August, 78, 249
 Wells, H. G., 107
 Wengüemer, 653

 Westheim, Paul, 469, 470, 471
Arte antiguo de México, 470
 Whistler, James, 566
 Whitman, Walt, 500
 Wilson, 552
 Winthuysen, Xavier de, 261
 Wölfflin, Heinrich, 115, 154, 327, 339, 339n
Conceptos fundamentales en la Historia del Arte, 115, 327, 339
 Woolsey, Gamel, 552
 Worringer, Wilhelm, 470

 Xirau, Joaquín, 620

 Yáñez, Agustín, 426, 430
Al filo del agua, 430

 Zamacona, Luis, 218
 Zarazola, 320
 Zavala, Silvio, 435, 437, 555
 Zea, Leopoldo, 426, 430, 443, 542n
 Zorrilla, José, 38, 196
 Zozaya, Antonio, 620, 621
 Zubiaurre, Ramón, 153, 154
Los remeros vencedores de Ondárroa, 154
 Zubiaurre, Valentín, 153, 154
Por las víctimas del mar, 154
 Zubiri, Xavier, 132, 207, 320, 602
 Zuloaga, Ignacio, 152, 213
 Zulueta, Antonio de, 262
 Zulueta, Luis de, 264
 Zurbarán, Francisco de, 45
 Zweig, Stefan, 76, 77, 89

Procedencia de las imágenes

La mayoría de los dibujos y fotografías que ilustran los textos de este libro son los que acompañaron a los artículos de prensa de Moreno Villa en sus ediciones originales. En esta relación sólo se especifica la procedencia de las imágenes cuya fuente es distinta a la del texto al que complementan o cuando se conoce el archivo o la colección en los que actualmente se conserva el original. La procedencia del resto de las imágenes puede consultarse en las correspondientes notas a pie de página, con la referencia bibliográfica de cada uno de los artículos reproducidos en este volumen.

Pág. 2

Biblioteca Nacional, Madrid

Pág. 349 (Wenceslao)

Residencia de Estudiantes, Madrid

Págs. 22 y 25

Residencia de Estudiantes, Madrid

Págs. 426 y 427

[2], [3], [4], [7], [9] y [10]

Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 30

Residencia de Estudiantes, Madrid

Págs. 434 y 435

[1], [2], [3], [4], [5], [6], [7] y [8]

Residencia de Estudiantes, Madrid

Págs. 259 y 260

Dibujos publicados en la revista

Residencia, año I, núm. 1, Madrid,

1926

Pág. 441

[1], [2], [3], [4] y [5]

Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 265

Colección particular

Pág. 445

[1], [2], [3], [4] y [5]

Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 270

Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 450
[2], [3] y [4]
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 454
[1], [2] y [3]
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 456
[1], [2], [3] y [4]
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 461
[1] y [2]
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 464
[1], [2] y [3]
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 471
[1] y [2]
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 487
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 539
Reproducido en el catálogo de la
exposición *José Moreno Villa*
[1887-1955], Madrid, Ministerio
de Cultura, pág. 82.

Pág. 567
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 634
Residencia de Estudiantes, Madrid

Pág. 692
Reproducido en *El Nacional*, México,
1 de diciembre de 1937

Pág. 693
Reproducido en la cubierta de
la primera edición de *Vida en claro*,
México, El Colegio de México, 1944

CUADERNILLO GRÁFICO

[1]
Colección José Moreno Nieto

[2]
Colección particular

[3], [4] y [5]
Colección José Moreno Nieto

[6] y [7]
Colección particular

[8]
Colección particular

[9]
Colección José Moreno Nieto

[10] y [11]
Residencia de Estudiantes, Madrid

[12]
Fundación José Ortega y Gasset-
Gregorio Marañón, Madrid

[13] y [14]
Residencia de Estudiantes, Madrid

[15]
Fotograma del documental *Qué es
España*, de Luis Araquistáin, 1929.
Instituto Valenciano de
Cinematografía Ricardo Muñoz Suay
(IVAC-La Filmoteca)

[16]
Residencia de Estudiantes, Madrid

[17]
Residencia de Estudiantes, Madrid
(copia digital)

[18]
Colección particular, Madrid

[19]
Colección particular, Madrid

[20]
Residencia de Estudiantes, Madrid
(copia actual)

[21]
Colección particular, Málaga

[22]
Colección particular, Madrid

[23]
Colección particular, México

[24]
Colección particular, México

[25]
Colección particular, Madrid

[26]
Colección José Moreno Nieto

[27]
Colección José Moreno Nieto

[28]
Residencia de Estudiantes, Madrid

[29]
Colección particular, México

[30]
Colección particular, México

[31], [32], [33], [34], [35], [36], [37]
y [38]
Colección José Moreno Nieto

[39]
Residencia de Estudiantes, Madrid

[40], [41], [42], [43] y [44]
Colección José Moreno Nieto

[45]
Archivo particular, México D. F.

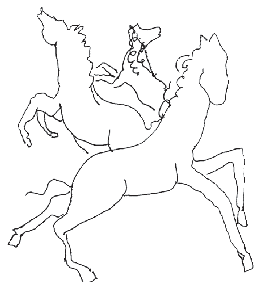
[46]
Residencia de Estudiantes, Madrid

[47]
Colección José Moreno Nieto

[48]
Colección particular, México

[49]
Colección José Moreno Nieto

[50]
Fotografía realizada por Manuel
Altolaguirre. En la Residencia de
Estudiantes se conserva una copia
actual.



Caballos, último dibujo de José Moreno Villa,
realizado pocos días antes de su muerte
y encontrado en su cuarto del hospital junto
con otros dos también relacionados con el tema
de los caballos, posiblemente la figura que aparece
con mayor frecuencia en sus cuadros y dibujos
a lo largo de toda su vida.

ESTE LIBRO, COMPUESTO EN TIPOS BODONI Y BAUER BODONI, SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OCTUBRE DE 2011, CUANDO SE CUM-
PLEN CIENTO UN AÑOS DE LA INAUGURACIÓN DE LA RESIDENCIA
DE ESTUDIANTES, LA CASA DE JOSÉ MORENO VILLA EN MADRID,
Y SETENTA Y UNO DE LA CREACIÓN DE EL COLEGIO DE MÉXICO,
AL QUE PERMANECIÓ VINCULADO SIEMPRE DESDE SU FUNDACIÓN.

Títulos publicados de las
Obras Completas de José Moreno Villa
(El Colegio de México/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes)

1

POESÍAS COMPLETAS, 1998
(Edición española agotada)

2

MEMORIA, 2011

Este libro reúne por primera vez los escritos autobiográficos de José Moreno Villa, uno de los más claros exponentes de la llamada generación del 14, protagonista y testigo de excepción del Madrid literario y artístico de los años anteriores al estallido de la guerra civil y, posteriormente, del México que dio refugio a buena parte de los exiliados españoles.

Tras vivir durante casi veinte años en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en 1937 Moreno Villa se vio forzado a empezar una nueva vida en México, donde fue uno de los miembros fundadores de El Colegio de México, al que permanecería vinculado hasta su muerte. Allí comenzó a sentir la necesidad de narrar sus recuerdos y se decidió a escribir el libro de memorias que abre este volumen, *Vida en claro* (1944), uno de los más hermosos ejercicios autobiográficos de la literatura contemporánea en español, que contiene el primer testimonio escrito sobre la historia de la Residencia de Estudiantes. Acompañando a *Vida en claro*, en este tomo se recogen por primera vez y de forma unitaria las series de artículos publicados en México entre 1937 y 1955 en los que el autor siguió trabajando sobre su memoria y por los que desfilan sus recuerdos e impresiones de amigos españoles como Antonio Machado, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Alberto Jiménez Fraud, Luis Buñuel o Federico García Lorca, y de mexicanos como Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Octavio Paz, Xavier Villaurrutia o Juan José Arreola. Una compilación de manuscritos inéditos y de artículos prácticamente desconocidos realizada por Juan Pérez de Ayala, que en muchas ocasiones ha podido partir de los originales conservados en la Residencia, entre los que cabe destacar los «Escritos sobre la guerra civil española», las series de «Memorias revueltas» y «Amistades mexicanas y extranjeras», así como otras páginas de sus diarios, crónicas y recuerdos sobre los acontecimientos vividos por Moreno Villa que no habían sido publicadas hasta la fecha.